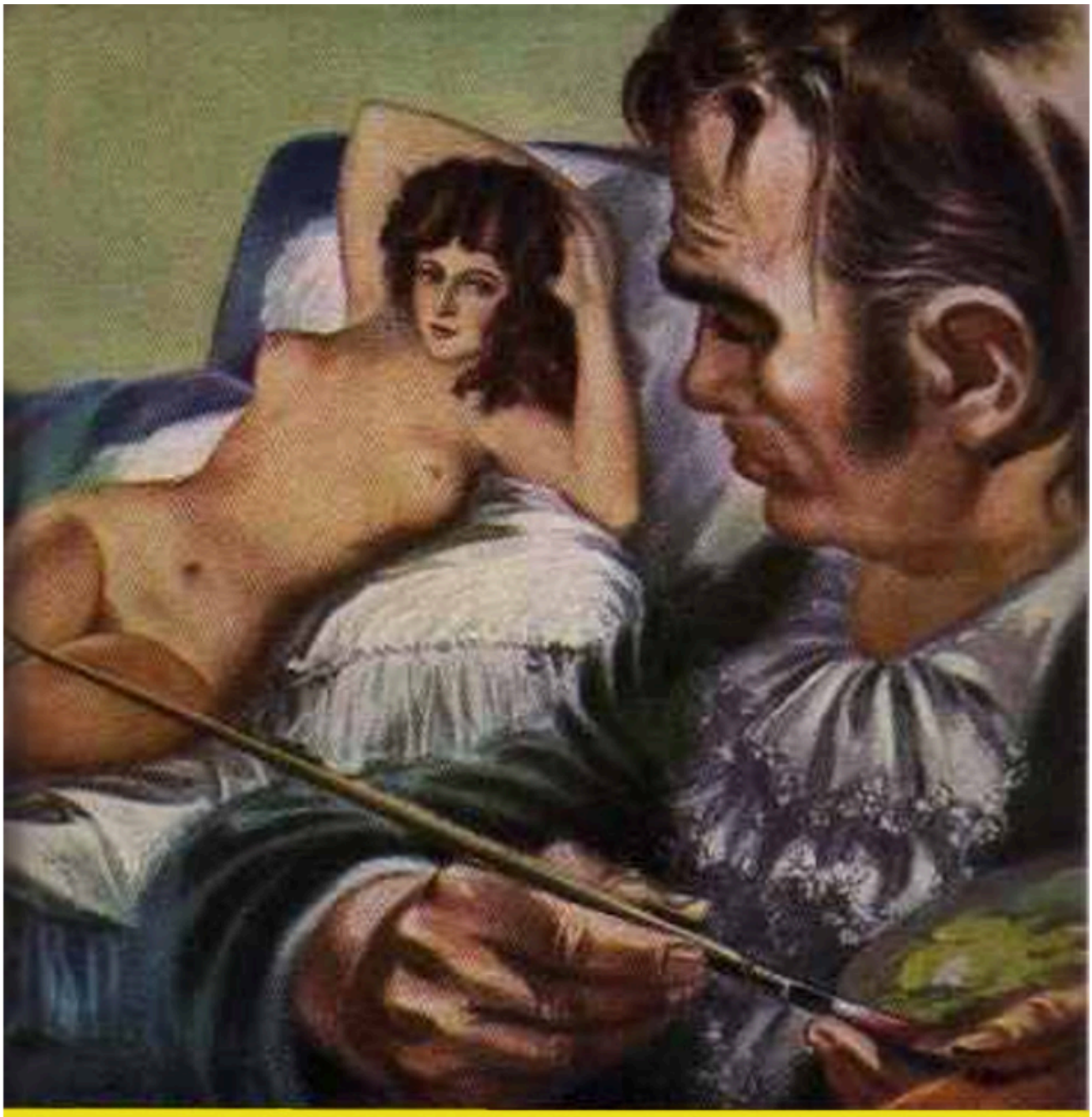

LION FEUCHTWANGER

GOYA

Los caprichos del pintor Francisco de Goya fueron entregados a la Inquisición española: dibujos heréticos, insolentes, subversivos, impresiones del horror, imágenes visionarias. La duquesa Cayetana de Alba, la mujer a quien Goya estaba estrechamente unido, los juzgaba brutales, bárbaros y de mal gusto. El amigo del pintor, el poeta Quintana, los elogia: «Goya da forma visible al miedo profundo y encubierto que paraliza al país». Podrá creerse solo una cuestión de tiempo que el santo tribunal consiga aniquilar al hereje y destruir su obra… Pero el nuevo arte del pintor, audaz y obstinado, acaba triunfando sobre el fantasma de la arbitrariedad inquisitorial.

Con una gran precisión en la descripción de los detalles y en los conocimientos históricos, Feuchtwanger narra la vida de Goya en la Corte española y en los palacios de la nobleza. En verdad, don Francisco había recorrido un largo camino desde el pueblo aragonés de Fuendetodos hasta llegar a ser el pintor de cámara del Rey. El autor ofrece un retrato pleno de color de una época en que, reinando los Borbones, y bajo la amenazadora sombra de la Revolución Francesa, empieza a desmoronarse la antigua España, a la que se aferran con fuerza tanto la arrogante nobleza como el poderoso clero.

Éste es el mundo en que vivió Goya, amoldándose y manteniéndose independiente al mismo tiempo. También es la época en que el artista dibujante, grabador y pintor, conocedor de la naturaleza humana, se erige en el acerbo crítico que se adelantó en un siglo a su tiempo y que, odiado y perseguido por la Inquisición, se retirará finalmente a la soledad del exilio francés, sordo y completamente decepcionado.

Lion Feuchtwanger

Goya

ePub r1.2
Titivillus 21.01.2020

Título original: *Goya*
Lion Feuchtwanger, 1951
Traducción: Arístides Gregori

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: kochab208
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Goya

Primera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

Segunda parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28

29
30
31
32
33
34
35
36
37
38

Tercera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37

Notas

Primera parte

1

HACIA FINES del siglo XVIII, la Edad Media estaba casi extinguida en la Europa occidental. Seguía subsistiendo también en la península ibérica, encerrada en tres de sus lados por el mar y en el cuarto por las montañas.

Siglos antes, para echar a los árabes del país, la realeza y la Iglesia concertaron una alianza indisoluble. La victoria era posible solamente si los reyes y los eclesiásticos podían unir con severa disciplina los pueblos de España. Lo lograron, fundiéndolos en una fe profunda para con el trono y el altar. Y esta unitaria reciedumbre siguió perdurando.

Al final del siglo XVIII, la tradición clásica se había amanerado en forma ridícula. Ya dos siglos antes, el más grande de los escritores españoles había destilado la esencia de esta voluntad sombríamente grotesca de inerte obstinación y creado una imagen, por siempre valedera, del hidalgo que no abandona los viejos hábitos caballerescos, sin sentido ya, y su héroe, tan digno de simpatía, patético y risible, era famoso en todo el mundo.

Los españoles se mofaron de don Quijote, pero no cejaron en su fidelidad a la tradición. Y en la península, el espíritu de la caballería medieval se conservó por mucho más tiempo que en el resto del Occidente europeo. El valor guerrero, la virtud heroica hasta la locura, la adoración a la mujer; fruto de la veneración a la Virgen María, siguieron siendo los ideales de España. Las prácticas caballerescas, desprovistas ya de sentido, sobrevivieron.

Vinculado con este belicismo, existía cierto desprecio por la nueva cultura. Y también un enorme orgullo, famoso en el mundo; orgullo de la nación en todos, de su clase en cada individuo. Hasta el cristianismo perdió en España su humildad y su alegría, y tomó una apariencia sombría, señorial.

Las ciudades, la vestimenta, los ademanes de sus habitantes, hasta sus rostros, daban al extranjero una extraña impresión de rigidez, residuo del pasado.

Mas al otro lado de las montañas norteñas, separado apenas de España por la cordillera, se extendía un país luminoso y sensato: Francia. Y por encima de las cumbres, a pesar de las barreras, penetraban el buen sentido y la actividad. Debajo de la superficie anquilosada, fueron transformándose también los hombres.

Dominaban entonces en España reyes extranjeros, monarcas de origen francés, Borbones. Los españoles hubieran podido obligarlos a adaptarse, como antes españolizaron a los Habsburgos. Pero la nobleza ibérica conoció las costumbres de afuera gracias a esos Borbones y sus cortesanos, y muchos nobles aprendieron a amarlas.

Entre tanto, mientras la aristocracia se transformaba, el resto se aferraba a lo antiguo. Ávidamente, el pueblo asumió derechos y deberes de los que renegaban los Grandes. El deporte más noble eran las corridas de toros, privilegio de la aristocracia. Ejercicio y espectáculo estaban antes reservados a la nobleza; cuando los Grandes no se ocuparon más de ellas, el pueblo siguió con más pasión la castiza costumbre. Y cuando los Grandes relajaron sus modales, la etiqueta del pueblo se tornó más severa. Los zapateros trataron de ser considerados pequeños nobles, hidalgos, y los sastres se saludaron con títulos ceremoniosos. Don Quijote había abdicado; estaba convertido en un elegante señor de Versalles. Entonces el pueblo tomó su escudo y su magro Rocinante. Sancho se trasmutó en don Quijote, heroico y grotesco.

Allende los Pirineos, el pueblo francés decapitaba a su rey y expulsaba a sus príncipes. En España, el pueblo endiosaba a sus monarcas, aunque fuesen de origen francés y poco monarcas. El rey era rey para el pueblo; el Grande, Grande; y mientras estos últimos, cada vez más esclavos de los hábitos galos, no hubiesen vacilado en pactar con una Francia republicana, el pueblo español seguía combatiendo ardorosamente a los ateos franceses y moría por su rey, sus Grandes y sus sacerdotes.

Hubo españoles, por cierto, que sintieron íntimamente esta contradicción y en su alma agotaron la lucha entre viejas y nuevas costumbres, entre sentir y comprender, a menudo con tormento y pasión, victoriosos a veces, pero no siempre…

2

DOÑA CAYETANA, décimotercera duquesa de Alba, ofrecía a los amigos una velada teatral en su palacio de Madrid. Una compañía de actores parisienses que había huido a través de los Pirineos ante el Terror, representaba una pieza de Berthelin, «El martirio de María Antonieta», un drama de estilo clásico a pesar de su tema contemporáneo.

Los espectadores —pocos y casi todos de alta alcurnia— se perdían en la amplia sala, poco iluminada, para dejar más luz a lo que ocurría en el escenario. Dignos y monótonos llegaban resonantes desde las tablas los seis pies de los yambos; ese pomposo francés no resultaba siempre claro a los oídos hispanos, la sala estaba recalentada y, poco a poco, una agradable somnolencia fué invadiendo a los oyentes repantigados en cómodos sillones.

En el escenario, la real viuda impartía nobles enseñanzas a sus hijos, la princesita y el rey Luis XVII, de catorce y nueve años respectivamente. Luego se dirigía a su cuñada, la princesa Isabel, y juraba que lo soportaría todo con una entereza digna de su asesinado esposo, Luis XVI.

La duquesa de Alba no se había dejado ver aún. Eso sí, en la primera fila, estaba sentado su esposo, el marqués de Villafranca, quien, según los usos, a sus muchos títulos había agregado también el de su mujer. El elegante señor, delgado, pero de cara redonda y llena, miraba pensativo con los bellos ojos negros a la delgada actriz que declamaba versos sentimentales y patéticos; el buen señor veía en ella a la difunta María Antonieta. El duque de Alba era muy poco amigo de una labor artística inferior y había demostrado ya su escepticismo. Pero su querida duquesa le declaró que por el luto impuesto a raíz de la horrible muerte de María Antonieta, la vida en Madrid se había vuelto muy aburrida: era necesario emprender algo. Una representación como la del «Martirio» daría vida a la casona y demostraría solidaridad en el duelo por los reyes de Francia. El duque pudo entender que su esposa, célebre en todas las Cortes europeas por sus caprichos, se aburría realmente en la soledad de su palacio madrileño, y ahora soportaba aquello desconfiada y pacientemente.

Indolente y poco atenta, estaba sentada a su lado su madre, viuda del décimo marqués de Villafranca. ¡Qué chillona y plañidera resultaba esa habsburguesa en la escena! No, así no era María Antonieta; la marquesa la había conocido y hablado con ella en Versalles. Esa María Antonieta de Habsburgo y Borbón era una dama encantadora, tal vez llamativa y vivaz con exceso; pero siempre una Habsburgo, sin la serena aristocracia de una Villafranca. ¿No tenía la relación entre María Antonieta y su callado Luis cierto parecido con la de Cayetana y su don José? Miró furtivamente a su hijo; era el benjamín y la debilidad de la madre, que lo consideraba el centro del mundo. Don José amaba a su mujer, cualquiera podía verlo; pero, no cabía duda, para el mundo era el marido de la duquesa de Alba. Todos conocían y elogiaban su distinción, pero pocos sabían de su armonía interior, del aleteo maravilloso de su alma; tampoco su esposa conocía mucho al respecto…

En las tablas, arriba, el brutal presidente del tribunal revolucionario se dispuso a anunciar la sentencia. Pero antes enrostró a la reina una vez más sus infamias y leyó una lista tonta y horrorosa de crímenes monstruosos.

Perdido en su amplio sillón, seco y magro en el orgulloso uniforme de diplomático, estaba allí el señor de Havré, encargado de negocios del hombre que regía a Francia desde Verona, en lugar del pequeño rey prisionero de los republicanos. No resultaba fácil gobernar un país del que no se poseía una pulgada; menos fácil todavía ser el embajador de tal Regente. El señor de Havré era un viejo diplomático, había representado durante décadas el brillo de Versalles y se sentía incómodo en su lamentable situación. Los encargos que tenía que cumplir en Madrid en nombre del Regente, a veces exigentes, chocaban en labios de un hombre cuyo traje comenzaba a mostrar las hilachas y que sin el auxilio de la Corte hispana no podía pagar el almuerzo. Y allí estaba ahora, ocultando con el bicornio los puntos roídos de su casaca, y a su lado su hija Genoveva, de apenas dieciséis años, delgada, paliducha, bonitilla, que hubiera necesitado nuevos vestidos, por el interés de Francia y del suyo propio. ¡Ay, qué decadencia! Y había que felicitarse si mediaba una invitación de la duquesa de Alba…

En el escenario, el hombre del tribunal había comunicado a la real viuda la condena a muerte, y ella le había contestado que anhelaba reunirse con su esposo. Pero no le hacían muy fácil la muerte: aquellos perdularios sin Dios habían inventado la última infamia. María Antonieta —vociferaba en verso el tremendo señor— había rebajado a Francia ante los ojos del mundo durante largos años de libertinaje desenfrenado;

el pueblo la degradaría a su vez; sería llevada al cadalso desnuda hasta el ombligo.

Los espectadores habían leído noticias acerca de aquella tragedia, pero eso era algo nuevo. Estremecidos y curiosos, aplicaron los oídos y sacudieron de sí la somnolencia; el drama se acercaba a su final, interesando a todos. Luego se corrió el telón; hubo aplausos corteses. Los invitados se levantaron para desentumecer los miembros; se pasearon por la sala. Los lacayos encendieron más velas y los presentes se pasaron revista.

Llamaba la atención un hombre que entre los atildados huéspedes se distinguía un poco, figura casi desmañada a pesar de su pulcra y valiosa vestimenta. No era muy alto; los ojos se le hundían bajo gruesas pestañas; su labio inferior era abultado; la nariz salía recta, carnosa y plana desde la frente; la cabeza tenía algo leonino. Andaba lentamente por la sala; casi todos lo conocían y contestaban su saludo. «Es un placer verlo, don Francisco», se oía repetir.

Don Francisco de Goya estaba ufano porque la duquesa de Alba lo había invitado entre tan selectos huéspedes; se felicitaba por el respeto que le demostraban. Había sido largo y nada fácil su camino desde el pueblo rural de Fuendetodos hasta ese palacio; pero allí estaba el pequeño Francho, pintor del rey ahora, primer pintor de cámara, y cuando hacía retratos de grandes damas y nobles señores, no se podía decir quién favorecía a quién.

Se inclinó profundamente ante la anciana marquesa de Villafranca. «¿Qué le parecieron la pieza y la interpretación, don Francisco?» preguntó ella. «No puedo imaginar», contestó, «que María Antonieta hablara de ese modo. Y si así fuera, lamentaría menos su muerte». La marquesa sonrió. «Lástima, de todos modos», repuso, «que no hayan estado aquí los soberanos». Pero en su voz había un asomo de picardía; ella lo miró con sus bellos ojos desenfadados, contraída apenas la ancha boca de labios delgados. Y él también sonrió y pensó en lo que ella no decía: que precisamente los Borbones españoles se hubiesen estremecido al escuchar durante toda la velada la suerte corrida por las cabezas de sus parientes de Francia [*].

«¿Cuándo me pintará a mí por fin, don Francisco?» continuó la marquesa. «Ya sé, estoy vieja y usted tiene algo mejor que hacer». Goya refutó a la marquesa con pasión y convencimiento. La dama era bonita, a pesar de sus años; la rodeaba siempre el halo de una vida muy vivida hasta entonces. Goya veía el rostro inteligente y resignado, veía el oscuro vestido, sencillo y precioso, el delicado mantón blanco en el cual se destacaba una rosa: exactamente lo que imaginara de una gran dama en sus sueños juveniles. Sentiría placer en pintarla.

El mayordomo invitó a pasar a la sala de recepción, donde aguardaba la duquesa. Goya acompañó a la marquesa, para cruzar lentamente por la galería que unía el teatrillo con el salón. Había en las paredes obras escogidas de antiguos maestros españoles, flamencos e italianos y costaba trabajo detenerse ante un cuadro u otro, ¡tan magnífica irradiaba la vida del pasado a la vacilante luz de las velas!

«No puedo remediarlo», confesó la marquesa a Goya, «pero admiro a mi Rafael. De todo esto prefiero “La Sagrada Familia”». Goya, contrariamente a la generalidad, no admiraba al pintor de Urbino y estuvo por contestar amablemente, sin comprometer juicio.

Pero habían llegado al recodo de la galería y veían a Cayetana de Alba por la puerta del gran salón. Estaba sentada a la vieja usanza sobre un estrado bajo, alfombrado, separado del resto de la sala por una reja con amplio acceso, y no llevaba un vestido moderno, como las demás, sino uno nacional de viejo corte. La marquesa sonrió. Doña Cayetana era así; tomaba de Francia lo bueno que de Francia venía, mas no negaba que era española. Aquella velada le pertenecía; las invitaciones habían sido enviadas en su nombre y no en el de ambos esposos; nadie podía tomar a mal que hiciese seguir a la primera parte de la reunión de carácter francés una segunda esencialmente hispana. Pero producía un efecto casi chocante el que se mostrara en su casa durante una velada social casi como una maja. «Nuestra Cayetana tiene siempre nuevas ocurrencias», dijo la marquesa al pintor; «elle est chatoyante», agregó en francés.

Goya no contestó. Aturdido, callado, se había quedado en el umbral y miraba a la duquesa con ojos enormes. Sobre el vestido gris plateado llevaba encajes negros; la cálida palidez del rostro oval, sin cosméticos, lucía morena; crespo cabello negro enmarcaba voluptuosamente el rostro; bonitos y menudos en los zapatos puntiagudos, los pies sobresalían de la falda de amplio vuelo. Tenía en sus rodillas un lanudo perrillo blanco, grotesco y diminuto, y ella lo acariciaba con la mano izquierda enguantada. La derecha, desnuda, delgada, carnosa, infantil, se apoyaba a medias en el brazo del sillón y, cansadamente los dedos afilados, apenas tendidos, sostenían colgado el abanico casi cerrado.

Como Goya seguía callado, la marquesa creyó que no había comprendido su francés y tradujo: «Brilla como una gata…». Pero don Francisco estaba clavado en su sitio. Había encontrado muchas veces a la duquesa; sin atención había pintado un retrato de ella, pero no había conseguido nada bueno; trasformó por juego el rostro de la dama, de la que Madrid hablaba tanto y tan a gusto, en un esbozo galante y anodino,

para los tapices de los palacios del rey. Y ahora no la reconocía, como si nunca la hubiera visto. ¿Era ésta la duquesa de Alba?

Le temblaban las rodillas. Cada cabello de ella, cada poro de su piel, las gruesas y altas cejas, los pechos semidesnudos bajo los negros encajes, provocaban en él una pasión desmesurada.

Las palabras de la marquesa fueron para él un eco apenas; no pudo captar su sentido y contestó maquinalmente: «Sí, es cierto, doña Cayetana tiene una pasmosa independencia, netamente española». Seguía estando allí en el umbral, fija la mirada en la mujer, que en ese instante levantó la cabeza en su dirección. ¿Lo veía? ¿Miraba, sin verlo, por encima, más allá? La duquesa no dejó de conversar ni de acariciar al perrillo. Mas con la mano derecha levantó el abanico, lo abrió tanto que se vió la figura pintada en él —un *cantaor* que enviaba su copla a un alto balcón—, lo volvió a cerrar y lo abrió de nuevo.

Un alegre miedo paralizó la respiración de Goya. Había un lenguaje del abanico, por medio del cual las majas se entendían con los desconocidos en la iglesia, en fiestas y mesones, y la seña que llegaba del estrado era una viva incitación.

La anciana marquesa, tal vez, siguió hablando; quizás él contestó. Lo ignoraba. Brusca y groseramente la plantó y atravesó la sala en dirección al estrado. Se oían voces apagadas, risas, ruidos de platos y copas. En el quedo rumoreo se elevaba del estrado una voz casi dura, pero no estridente, una voz muy joven, la voz de ella. «¿No fué un poco tonta María Antonieta, después de todo?» preguntaba la de Alba, y al advertir que sus atrevidas palabras sorprendían, explicó en amable chanza: «Me refiero, es natural, a la heroína del drama de Berthelin».

Goya estaba ya en el estrado. «¿Qué le pareció el espectáculo, señor de Goya?», preguntó la dama. Él no contestó. La miraba sin preocuparse. Goya no era joven ya; tenía cuarenta y cinco años y no era hermoso. La cara redonda, de gruesa y chata nariz, de ojos hundidos y abultado labio inferior, se coronaba extrañamente de abundante pelo empolvado; el cuerpo, apretado en la elegante casaca, era bastante gordo. La figura de rostro leonino daba una impresión de rustiquez por su cuidado arreglo: un destripaterrones en traje palaciego demasiado relamido.

No supo nunca si contestó o si otros hablaron. Pero admiró el gesto de la cara morena, altiva y caprichosa y volvió a oír la voz turbadora. «¿Le gustan mis encajes?», preguntaba. «Los conquistó el duque de Alba hace más de dos siglos en Flandes o Portugal, no sé bien». Goya no contestó. «Pero ¿qué descubre usted en mí?» continuó ella; «me pintó, tiene que conocerme». «No fué un retrato», logró decir; su voz, siempre sonora y suave, era ahora ronca y descortesmente fuerte. «Tampoco los rostros del tapiz pasan de un simple juego. Quiero intentarlo otra vez, doña Cayetana».

Ella no dijo ni que sí ni que no. Lo miró, sin mover la cara, con los ojos de acero fijos y penetrantes. Pocos segundos lo estuvo mirando así y durante la eternidad de esos segundos los dos estuvieron solos en el salón lleno de gente. Pero en seguida ella quebró el encantamiento recíproco. Como de pasada, dijo que no tendría tiempo pronto, desgraciadamente; estaba atareada con la construcción y el arreglo de una casa de campo en la Moncloa. Del proyecto se hablaba mucho en Madrid; Cayetana, a semejanza de la desaparecida reina de Francia, quería su Trianón, un pequeño palacio para pasar en él unos días sola, no con los amigos de los Alba, sino con los suyos propios.

Pero en seguida recobró el tono de antes. «¿No quiere pintarme algo entretanto, don Francisco?» preguntó. «Tal vez un abanico… ¿Por qué no me pinta en él “El abate y la maja”?». Se trataba en realidad de «El fraile y la maja», un entremés de Ramón de la Cruz, una comedieta atrevida que, vedada a la escena pública, había sido ofrecida secretamente en una representación de aficionados.

La duquesa de Alba pedía al pintor de cámara que le pintara un abanico… Nada extraordinario; a menudo las damas procedían así; doña Isabel de Farnesio era famosa por su colección que pasaba del millar. Nada llamativo ocurría en el estrado, mas para los presentes fué un espectáculo extraordinario y prohibido.

«¡Pobre don Francisco!» pensaba la vieja marquesa; tenía delante de los ojos un cuadro de Rubens: un Hércules a quien Onfalia obliga a hilar. La marquesa cuidaba de las buenas maneras, pero no guardaba rencor al artista (único burgués entre aquellos Grandes) que la dejara plantada tan groseramente. Ni tomaba a mal que su nuera se divirtiera tan lamentable y escandalosamente. Comprendía a la de Alba, había vivido mucho y amaba la vida. Su hijo, delicado y débil, necesitaba de una compañera fuerte para gozar el delgado hilillo de su vida; le convenía esta mujer a su lado y cabía perdonar muchas cosas. Las grandes familias hispanas degeneraban, los hombres se tornaban cada vez más finos y débiles, y la fuerza que aún existía estaba en las mujeres; en ésta, por ejemplo, mujer del hijo querido, que jugaba, graciosa y audaz, con el pintor, uno de los pocos varones que conocía.

También el duque de Alba miraba pensativo el juego de su esposa con el pintor. Y allí estaba él, don

José Álvarez de Toledo, décimotercer duque de Alba, undécimo marqués de Villafranca y dueño de muchos otros títulos; de los ciento diecinueve Grandes del reino sólo dos tenían su rango; él disfrutaba de todos los bienes del mundo. Flaco, distinguido, muy elegante, no se sentía impulsado a intervenir en los destinos humanos, como le daban derecho su origen y el nombre heredado, el gran nombre orgulloso y sombrío de los Albas, temido aún en Flandes. Más bien se sentía cansado de su elevada posición y no le atraía mandar o prohibir. Sólo era verdaderamente feliz oyendo música o ejecutándola. Las cosas de la música le robustecían; se opuso audazmente al rey, cuando éste se negó a mantener la subvención a la ópera en el Coliseo del Príncipe; como en desafío, tomó a su cargo el mantenimiento del teatro, hasta que el soberano se lo prohibió. Observaba ahora a su bella duquesa, que estaba echándole el anzuelo al pintor. Sabiéndose endeble, comprendía que Cayetana se sintiese atraída por Francisco, artista y varón. Cayetana le era adicta, pero él notaba un dejo de piedad en la adhesión; ella nunca lo había mirado como a don Francisco… Una suave tristeza lo invadió. Cuando estuviera solo, tomaría el violín y con Boccherini o Haydn borraría de su alma el «Martirio» y sus consecuencias. Advertía encima de sí los ojos preocupados de su madre; con una sonrisa casi imperceptible se volvió hacia ella. Se comprendieron sin hablar; la anciana supo que él perdonaba a la mujer del entarimado su peligroso juego.

Sobre el estrado, Goya comprendió que la mujer ya no se ocupaba de él y que esa noche no lo miraría más. Se marchó extrañamente temprano.

Encontró afuera un tiempo desapacible; las desagradables noches madrileñas de enero, llenas de viento y escalofríos por la nevasca. Lo aguardaba el coche con lacayos de librea, como correspondía al pintor de la Corte invitado a casa de una duquesa. Con sorpresa de su gente, despidió el carruaje. Prefirió ir a pie hasta su casa; el económico señor no pensó en el deterioro de su sombrero de copa y de sus zapatos.

Salvaje, tentador, desafiante y peligroso surgió ante él el futuro inmediato. Acababa de escribir a su amigo Zapater, en Zaragoza, que sus cosas estaban encarriladas, y era verdad. No había disputas con Josefa; sus hijos lo encantaban; de todos los que le había dado su mujer vivían sólo cuatro, pero lindos y sanos. El cuñado, el insoportable Bayeu, primer pintor del rey, no criticaba ya ni su arte ni su conducta; se habían reconciliado; además Bayeu sufría del estómago y no duraría mucho. Tampoco lo inquietaban como antes sus enredos con mujeres; Pepa Tudó, suya desde hacía ocho meses, era razonable. Vencido un grave acceso morboso un año antes, oía mal sólo cuando quería. Y buena era también su situación financiera. Los reyes le demostraban mucho aprecio en toda ocasión; de la misma manera procedía don Manuel, duque de Alcudia, favorito de la reina, y todos los nobles y los ricos de Madrid competían por un retrato de su pincel. «Ven pronto, Martín de mi alma —así concluía su carta—; verás tú mismo la dicha de tu afortunado amigo de siempre, tu pequeño Francho, *FRANCISCO DE GOYA Y LUCIENTES*». En la cabeza y al pie de la carta había dibujado una cruz para asegurar su felicidad, y en posdata pidió al amigo la ofrenda de dos pesadas velas a la Virgen del Pilar, para que le conservara su dicha.

De nada valieron las cruces y las velas; no era ya el mismo Goya de dos días antes. La mujer del estrado lo había trastornado todo. Fué embeleso sentir la mirada de los grandes ojos acerados de la cara altiva y caprichosa; fué una renovada inyección de vitalidad. Él no ignoraba que hay que pagar lo bueno tanto más caro cuanto mejor es. Le tocaría luchar y sufrir por esa mujer; nos rodean malos espíritus; lo monstruoso se abalanza sobre el desprevenido que se abandona incautamente a sueños y deseos…

Había visto mal. Se imaginó a la mujer como una muñeca jovial. Lo era, sí, pero él no vió lo demás, lo que había detrás. Cuando el retrato aquél, no trabajó mal; mucho mejor que sus colegas sin excluir a los dos que le precedían en la Corte: Bayeu y Maella, que pudieron haber aprendido mucho de Mengs y Winckelmann; él tenía el ojo más penetrante y, como maestros, a Velázquez y la naturaleza. Había sido un chapucero, sin embargo. Vió lo evidente en el hombre, no lo múltiple, lo intrincado en cada ser, lo peligroso. Realmente, había comenzado a pintar en los últimos años, más aún, en los últimos meses apenas, desde su enfermedad. Tuvo que pasar de la cuarentena, para saber lo que es pintar. Ahora sabía y trabajaba muchas horas todos los días. Y he ahí la intromisión de esa mujer… Una grandiosa figura, sí, para una vida grandiosa también. Le daría que hacer, le robaría tiempo y alma al trabajo… Y maldecía de sí, de ella y de la suerte, porque tendría que pagarla muy caro… Le llegó, a través de la nieve, el ligero son de una campanilla; un sacerdote y un monaguillo con el Santísimo se abrían paso en la noche, en camino hacia un moribundo. Renegando quedamente, sacó un pañuelo, lo extendió en la acera fangosa y se arrodilló, como mandaban la costumbre y su alma.

Era de mal agüero encontrar el copón camino de un agonizante. El enredo con la dama acabaría mal… «Sería mejor atajar a un toro de nueve años en un callejón —refunfuñó— que correr detrás de una mujer, si el corazón es lascivo». Goya venía del pueblo y pensaba con vieja agudeza popular.

Sin querer, resopló avanzando en la nevasca, rozando los muros; en la calzada, el lodo le llegaba al

tobillo. ¡Todo eran sinsabores! De pronto pensó en Havré, el embajador de Francia. Lo había retratado y el francés le debía la tela. Le envió tres veces la cuenta y en la Corte le advirtieron todavía que veían mal que importunara al diplomático. Goya tenía encargos, todos los que quería: lo difícil era obtener el pago. Y los gastos aumentaban. El coche y los caballos costaban mucho, los lacayos no tenían vergüenza y pedían más y aún robaban. No le quedaba otro remedio; un pintor de palacio no podía dejar de pagar. Si su difunto padre supiera que Francho gastaba en un día lo que habría gastado para mantener a toda una familia durante un año en Fuendetodos, se estremecería en su sepulcro. Mas ¿no era maravilloso que pudiera gastar tanto? Y se sonrió.

Llegó a su casa; el sereno le abrió la puerta. Goya subió a sus habitaciones, se quitó el traje empapado, se metió en cama. No pudo dormir. Envuelto en una bata, pasó al estudio. Hacía frío. En puntillas, se deslizó por el pasillo. Por una rendija de la puerta de Andrés, el lacayo, salía luz. Goya llamó; si el mozo cobraba ya sus quince reales, por lo menos debía encender fuego. A medio vestir, el joven cumplió la orden de mala gana.

Sentóse Goya, contemplando el fuego. Sombras espectrales trepaban de arriba abajo por la pared; atraían desagradablemente, amenazantes. En una pared, un tapiz representaba una procesión; la luz vacilante destacaba detalles, el santo gigantesco, llevado en andas, los rostros de la multitud fervorosa. El cardenal de robusta quijada, obra de Velázquez, espectador en otra pared con ojos aburridos, parecía un fantasma por el reflejo de las llamas; hasta la antiquísima talla casi negra de la angulosa Virgen de Atocha, protectora de Goya, parecía una caricatura torva.

Don Francisco se levantó, se desperezó y se arrancó a la somnolencia, sacudiendo vigorosamente los hombros. Corrió por la habitación de un lado a otro; tomó puñados de arena, la volcó en la mesa.

> *Y comenzó a dibujar en la arena. Surgió una mujer desnuda; estaba acurrucada en el suelo, las piernas cruzadas, en abandono. Goya la borró; hizo una segunda, desnuda y bailando. La devolvió también a la arena, borrándola; hizo una tercera; marchaba erguida, con soberbio porte, y una vasija en la cabeza. Y ésta tercera también tuvo que volverse arena informe. Tomó el carboncillo, y en un papel dibujó la cuarta, que llevaba una alta peineta. Y desde la peineta caían negros encajes de una mantilla sobre la blanca desnudez. Suspirando, irritado sin remedio, resoplando, Goya miró el dibujo y lo rompió.*

3

ESTABA TRABAJANDO. Desde la tela miraba una dama muy hermosa, con el rostro alargado levemente disfrazado y burlón, los ojos muy separados bajo las cejas espesas, la boca ancha, apretando el delgado labio superior sobre el inferior más abultado. La dama había concedido tres sesiones, pero él tenía varios apuntes más. Quería concluir el cuadro; dominaba el oficio y era veloz. Pero desde cuatro semanas atrás estaba atareado y no conseguía sacarlo a flote. Todo estaba bien, sin embargo… Ésta era la dama, la conocía bien y desde hacía mucho; la había pintado varias veces. Era la mujer de su amigo Miguel Bermúdez. Allí estaba toda ella, con lo más secreto y burlón, con la profunda astucia oculta por una máscara de gran dama. Mas faltaba un imponderable que era para él lo decisivo. La había visto en casa de don Manuel, duque de Alcudia, el omnipotente favorito, de quien Bermúdez era secretario de confianza; llevaba un vestido sencillo y sobre él blancos encajes; y de repente, la había visto totalmente, con lo vago, desconcertante y abismal que ahora no hallaba. Se había volcado entonces sobre ella cierto matiz de plata y al verla en ese vestido amarillo con los blancos encajes, supo exactamente lo que debía y quería hacer. Mas ahora estaba atormentándose con aquello, aunque todo estuviera allí, cara, carne, porte, vestido y fondo gris luminoso, seguramente exacto. Pero allí no había nada, faltaba el matiz imprescindible, faltaba un imponderable, y lo que faltaba era todo.

En lo más oculto del alma sabía por qué el retrato se malograba. Habían pasado más de dos semanas desde la velada en el palacio de Alba y nada había sabido de la dama del estrado. Se amargaba. Si no venía, ¿por qué no lo llamaba por lo menos y pedía el abanico? Estaría ocupada con su atrevido y grotesco palacete en la Moncloa. Hubiera podido ir sin ser llamado; podía llevar el abanico. Mas no se lo consentía el orgullo. Ella debía llamarlo, y lo llamaría. Aquello del estrado no se podía borrar tan fácilmente como los dibujos en la arena.

Goya no estaba solo en el estudio. Como casi siempre, estaba allí su discípulo y colaborador Agustín Esteve; la sala permitía que no se estorbaran mutuamente. Don Agustín estaba pintando un retrato ecuestre del general Ricardos. Goya había hecho la cara, fría y triste, y dejaba a su concienzudo Agustín el caballo y los infinitos detalles del uniforme y las medallas, que le importaban mucho al anciano general. Agustín, un hombrecillo flaco, de unos treinta años, con cabeza cerril, frente alta y combada bajo el pelo con entradas, gruesas mejillas, labios delgados, el largo rostro en punta, no era muy conversador; Francisco, en cambio, comunicativo por temperamento, gustaba de charlar, aun trabajando. Pero ese día estaba callado. Cosa rara en él, no había hablado con nadie acerca de la velada en el palacio de Alba.

Como le era habitual, Agustín se puso quedamente detrás de Goya y contempló la tela de color gris de plata con la mujer de igual color. Desde siete años atrás vivía con Goya; estaban juntos casi todo el día. Agustín no era un gran pintor, y lo sabía, dolorosamente. Pero era un conocedor y nadie como él veía tan exactamente lo vigoroso de las obras de Francisco y lo apenas discreto también. Goya necesitaba de él, de su hosco elogio, de su hosca censura, de sus mudos reproches. Goya necesitaba la crítica, contra la que se rebelaba, insultaba con desdén al censor, lo cubría de insolencias, pero no sufría su ausencia, necesitaba su aprobación o su repudio. No podía prescindir de su Agustín callado, menudo, siempre agrio, muy comprensivo, sabio y entendido, siempre dando vueltas; lo ultrajaba, lo mandaba al diablo, lo amaba. No salía del paso sin él, y tampoco podía estar el otro sin el gran amigo, un poco niño, muy admirado y muy insoportable.

Esteve miró largo rato el cuadro. Conocía a la dama de la tela, de mirada burlona, la conocía mucho y la amaba. Mas no tenía suerte con las mujeres y se sabía poco atrayente. Doña Lucía Bermudez, era notorio, no tenía cortejantes, y menos un amante. Francisco, que, proponiéndoselo, gustaba a todas, podía cortejarla. Le satisfacía a Agustín el que no lo quisiera, pero también lo mortificaba. Con todo, imparcialmente, podía mirar el cuadro solamente como artista. Lo vió bueno, pero inferior justamente al deseo de Goya. Lo lamentó, pero se alegró, volvió a su enorme tela y se dedicó a retocar, callado, las ancas del caballo del general.

Goya estaba acostumbrado a la observación de su labor por parte de Agustín, colocado a sus espaldas. El retrato era un fracaso, pero la obra tenía originalidad y audacia; esperó, pues, ansioso el juicio del discípulo. Y al verlo otra vez trabajando en su tela, se enfureció. ¡Qué atrevido este fallido alumno que sin él comería la sopa boba en los conventos! ¿Qué sería de él sin su piedad? ¡Un eunuco consumido por todas las mujeres, sin confianza en sí mismo, que nada alcanzaba! Y un ser de este jaez osaba alejarse así tan

callado… Pero se contuvo. Simuló no haberle visto contemplar la tela. Y siguió en su labor.

Aguantó tal vez dos minutos; luego, rencoroso, perversamente suave, lanzó por encima del hombro: «¿Qué querías decir? Hoy mi oído anda mal. Podías abrir más tu perezosa boca, ¡caramba!». Agustín replicó fuerte, secamente: «Nada dije». «Para saber algo de ti», gritó Francisco, «hay que rogarte; si nada te piden, sueltas cataratas». Agustín no replicó. Goya, agriado, continuó: «Le prometí al general Ricardos ese mamarracho para esta semana. ¿Acabarás por fin el caballo?». «Hoy mismo», contestó secamente Esteve; «pero usted volverá a poner las manos en el alma del general». «La culpa será tuya», aulló indignado Goya, «si no puedo entregarlo. Creí», añadió sarcástico, «que no emplearías una semana en el trasero de un caballo». Agustín no tomó a mal la grosería; no importaba lo que dijera Francisco, sino sólo lo que pintara. Y en la tela ponía sus sensaciones y sus ideas, fiel y franco, hasta el linde de la caricatura. Y los retratos que había pintado de él, no decían solamente en la dedicatoria: «A don Agustín Esteve, su amigo Francisco Goya»: eran realmente la obra de un amigo.

Goya volvió a su retrato y ambos trabajaron un rato en silencio. De pronto llamaron a la puerta y entró sin anunciarse el abate don Diego.

No le molestaba a Goya que lo vieran trabajar; disciplinado, se reía de los pintores que, como Antonio Carnicero, el impotente, se llenaban la boca con estados de ánimo. Los amigos y aun los hijos de Francisco podían entrar en el estudio en todo momento, preguntar y charlar a su gusto durante su labor. El estudio se cerraba sólo después de la cena, consumida muy temprano; entonces él admitía únicamente a sus elegidos, un amigo o una amiga, y también a veces, se quedaba solo. No se molestó, pues, con la llegada del abate, casi bienvenido en ese momento. Sabía que esa tarde no «vería» lo inasible flotante ante él; era de los pocos que no tratan de alcanzar lo que debe esperarse.

Observó perezosamente las vueltas del abate en el estudio. El pesado señor nunca se sentaba tranquilo; caminaba levemente por la habitación; tenía la costumbre temperamental de examinarlo todo donde estuviera, tomarlo en la mano y volverlo a su sitio, ya se tratara de libros, ya de escritos o lo que fuese. Goya, por su rápida penetración, conocía a don Diego hacía mucho, pero nunca lo comprendió claramente; ese varón tan inteligente parecía llevar siempre una artística máscara. Debajo de la alta frente centelleaban ojos sagaces y gozosos; seguía una nariz chata y recta; la boca ancha se abría placentera. La cara pálida, jovial, sabia y absurda resaltaba sobre el hábito negro del sacerdote. El hombre era más bien rudo, pero en él todo estaba cuidado, hasta prestar elegancia a la misma ropa talar; preciosos encajes salían de la pesada seda; enjoyadas, brillaban las hebillas de los zapatos.

Curioseando por el estudio, don Diego contaba hablillas, amablemente irónico; a veces era agudo, nunca aburría. Estaba bien informado y se sentía cómodo entre los amos de la Inquisición y en los círculos de los librepensadores.

Goya le prestaba poca atención. Mas al oírle decir que esa mañana había asistido al arreglo mañanero de doña Cayetana, se sobresaltó vivamente excitado. ¿Qué ocurría? Veía al abate mover los labios, pero no oía una sola palabra. ¿Volvería el mal que creía superado para siempre? ¿Estaría sordo? Miró con horror y desamparo la vieja talla de la Virgen de Atocha. «Que ella y todos los Santos no lo permitan», pensó. Y no pensó en otra cosa; era lo único en que podía pensar.

Cuando volvió a oír, el abate hablaba del doctor Joaquín Peral que seguramente había presenciado también el levantarse de la duquesa. Éste había regresado del extranjero hacía poco y, de la noche a la mañana, se había convertido en médico milagroso de la sociedad madrileña. Se decía que salvó al conde de Espaja, ya desahuciado. Además, contaba el clérigo, era docto en todas las artes y ciencias, sin dejar de ser un elegante hombre de mundo. Pero, por mimado, se hacía desear. Y visitaba todos los días a la duquesa de Alba, que lo estimaba extraordinariamente. Francisco se esforzó en respirar tranquilo. Pensó que nadie había notado su acceso; Agustín y el abate tenían ojos de lince. «Ninguno de estos rapabarbas y sangradores pudo mejorarme todavía», dijo rencoroso. Hacía poco, los médicos habían podido independizarse de los peluqueros. El abate sonrió. «Creo, don Francisco», replicó, «que usted es injusto con el doctor Peral, que sabe su latín y su anatomía. Y del latín hablo con conocimiento de causa».

Luego se calló un rato. Estaba detrás de Goya, observando el retrato en que éste trabajaba. Agustín clavaba sus ojos en el abate, que era íntimo de los Bermúdez; creía que las atenciones del clérigo para con la hermosa Lucía eran a veces algo más que las galanterías lícitas de un abate de mundo. Y allí estaba ahora don Diego ante el retrato de ella, y Agustín, tenso, aguardaba lo que diría. Pero el abate, siempre tan locuaz, no abrió la boca al respecto.

En cambio continuó hablando del doctor Peral, el gran médico, que había traído de fuera magníficos cuadros, aún empacados. Peral buscaba casa para su colección; entre tanto acababa de comprar un suntuoso carruaje, mejor que el de Goya. La carrocería era de estilo inglés, con la ornamentación de Carnicero, que

también había asistido al tocado de doña Cayetana. «¿Él también?», no pudo evitar de exclamar Goya. Pero se impuso calma, no deseaba otra oleada de furia y sordera. Y con no poco esfuerzo lo consiguió. Y los vió a todos con su ojo de pintor: al abate, al rapabarbas, a Carnicero, el borroneador, el pintorzuelo, llegado con sus mañas a pintor de Corte; vió a los tres antipáticos individuos sentados alrededor, mientras la dama se aderezaba y vestía; los vió charlar con ademanes ampulosos, regocijarse mirando a la mujer, y ella sonreírles altiva, pero incitante.

También él hubiera podido asistir a ese espectáculo de intimidad; ciertamente, para él, la de Alba tendría una sonrisa más honda y amable. ¡A otro perro con ese hueso! No iría ni teniendo la seguridad de que la mujer se le entregaría. Ni por todos los tesoros de las Indias…

El abate anunciaba que, terminado el luto palaciego, dentro de unas semanas, la duquesa ofrecería una recepción para inaugurar el palacete de Buenavista en la Moncloa. Pero no era fácil hacer proyectos, a raíz de las noticias militares del día anterior. «¿Qué noticias?», preguntó Esteve con extraña prisa. «¿En qué mundo viven ustedes, amigos míos?», exclamó el abate. «¿Seré el primero que les trae malas nuevas?». «Pero ¿qué nuevas?», insistió Agustín. Y el abate contestó: «¿No saben que los franceses reconquistaron a Tolón? En el palacio de Alba no se hablaba de otra cosa. Exceptuando naturalmente», agregó con malicia, «la próxima corrida de Costillares y el nuevo coche del doctor Peral». «¿Cayó Tolón?», preguntó roncamente Agustín. «Parece que la noticia llegó hace días», continuó el abate, «pero la retuvieron. Recobró la plaza un oficial joven, bajo nuestras narices y las de los ingleses, un simple capitán Buonafede o Buonaparte o algo semejante».

Sin dejar entender si en su voz había dolor o cinismo, Goya observó: «Está bien, tendremos la paz muy pronto». Agustín lo miró sombrío. «Pocos españoles», refunfuñó, «querrán la paz en este caso». «Algunos no la desearán siquiera», asintió el abate. Lo dijo con fingida indiferencia y doble sentido: los otros se sobresaltaron. Envolvía al clérigo un halo misterioso. Años hacía que llevaba el título de secretario de la Inquisición, que respetó hasta el nuevo Gran Inquisidor. Se decía que don Diego era un confidente. Mas, por otra parte, era amigo de estadistas liberales y se rumoreaba que era el autor de libros que corrían bajo el nombre de ellos; hasta se afirmaba que simpatizaba en secreto con los republicanos franceses. Ni Goya sacaba nada en limpio de ese burlón tolerante; lo único cierto era que el gozoso cinismo que exhibía no pasaba de ser una máscara.

Después que el abate se marchó, Agustín dijo: «Su amigo don Manuel tendrá que aceptar el gobierno ahora y usted se afirmará en la silla». En los corrillos se decía que don Manuel Godoy, duque de Alcudia, el favorito, era contrario a la guerra desde el comienzo y se había negado a la aceptación oficial del poder.

Goya había retratado varias veces a don Manuel, que quedó muy satisfecho; con Agustín, Francisco se ufanó más de una vez dejando creer que tenía algún valimiento con el señor más poderoso del país. Por eso notó la doble sutileza de la ironía de Esteve, ardorosamente ocupado en secreto de cosas públicas, que hablaba de ellas entusiasmado y con cordura y guardaba rencor al amigo por su desinterés al respecto. La observación hirió profundamente a Goya. Sí, había confiado en una pronta paz y en la toma del gobierno por su protector. ¿No era justo que eso le agradara? Era lo único que podía interesarle en política, porque detestaba las complicaciones de esa clase. La guerra o la paz correspondían al rey, a sus consejeros, a sus Grandes. No eran cosa suya; él era pintor.

No contestó; se detuvo delante del retrato. «No dijiste una palabra del cuadro», se quejó. «Usted sabe perfectamente lo que ocurre», contestó Agustín, que se acercó a la tela. «Nada falta y falta todo», murmuró regañón y autoritario. «No hubiera podido encontrar compañero más grato para mis horas sombrías», observó sarcástico Goya. Y como el otro siguiera de pie delante del retrato, mirándolo, continuó: «Aquí está tu Lucía ¿la ves o no?», y para mortificarle más agregó con malicia: «Mírala a tus anchas. ¿Qué más puedes hacer con ella, pla-tó-ni-co…?». Pronunció con esfuerzo la palabra, silabeando. Agustín apretó los labios. Nunca hablaba de su pasión, pero Goya lo escarnecía con eso, cuando estaba de mal humor. «Sé que no soy atrayente», contestó Esteve con voz de hielo, «pero aun estando en su lugar, maestro, con su talento y sus títulos, no trataría de seducir a la mujer de un amigo común».

«Noble conducta», exclamó con ironía Goya. «Orgullosas palabras… Un campeón de la virtud, de pies a cabeza. Lástima que nunca pondrá a prueba tu moral esa amada por quien languideces». Esteve no contestó. Hosco, se acarició la barbilla, mirando en silencio a la querida mujer del cuadro…

Goya se irritó: «Nadie, ni el mejor, puede encontrar color, matiz y ritmo en este halo agrio que emana de ti». Y, enfurecido, tomó sombrero y capa y abandonó el

taller.

4

CUANDO COMO ESE DÍA nada le apremiaba, prefería pasar la velada con su familia; quería a su mujer y se regalaba con sus hijos. Mas con esa irritación temía que la inocente charla de la mesa familiar le resultara insoportable. Resolvió visitar a su amiga Pepa Tudó.

Pepa tuvo una grata sorpresa. No vestía con descuido dentro de casa; como tantas mujeres; esa noche también llevaba una bonita bata azul de la que brotaba, radioso, su blanco cutis. Recostada en el sofá, indolente y voluptuosa, jugaba con el abanico y charlaba quedamente.

Entró Conchita, con el fin de saber qué deseaba don Francisco para la cena. La enjuta mujer había querido a Pepa desde la cuna y resistido con ella los embates de su breve y agitada existencia. Se consultaron sobre la comida, luego la anciana se fué de compras, sin olvidar la manzanilla, bebida casi vulgar preferida por Goya.

El pintor callaba, aunque Conchita se había ido. Hacía calor en el bello cuarto; el brasero estaba colmado; ambos se sentían bien en esa molicie, aun sabiendo que tendrían que discutir. Pepa solía con cierto desenfado, dar a uno la cara sin volverse; esa carita muy blanca, de frente ancha y baja, con ojos verdes muy separados y una corona de cabello de oro rojizo.

«¿Cómo pasaste estos días?», preguntó por fin Goya. Había cantado y aprendido las tres coplas de María Pulpillo en la nueva zarzuela, y jugado a las cartas con la dueña; Conchita, cosa rara, era pródiga, pero hacía trampas en el juego. A pesar de eso, Pepa le había ganado con trampas tres reales. La joven había visitado a la modista, «mademoiselle Lisette», en Puerta Cerrada. Doña Lucía le aseguraba que Lisette haría una excepción para ella; pero, aun a precio especial, el abrigo costaría demasiado caro. Tendría que conformarse con la capita. «Además, estuve en casa de Lucía», contó, «y ella vino a verme».

Goya creyó que podría saber lo que había dicho Lucía del retrato, pero Pepa lo hizo esperar; tendría que preguntar él. Sí, varias veces se habló del retrato. «La pintas con el vestido amarillo que le hizo "mademoiselle Lisette"; le cobró ochocientos reales: ya ves qué precioso». Goya se contuvo. «Y ¿qué dice doña Lucía del retrato?», preguntó por fin. «Le sorprende», explicó Pepa, «que tardes tanto. Cree que hace mucho debió estar listo y no sabe por qué no quieres mostrárselo al esposo. También yo me admiro, si he de ser franca», continuó Pepa. «Es cierto, don Miguel es dificilillo y lo critica todo. Pero tú no le haces caso, ya lo sé. Y ¿qué te pagará? Nada, probablemente; nada, porque es amigo tuyo. No tus tres mil reales, seguramente».

Goya se levantó para pasearse por el cuarto. Tal vez hubiera hecho mejor quedándose a comer con su familia… «Dime, Francisco», insistió Pepa, «¿por qué tardas tanto en ese retrato? En el mío para el almirante no tardaste tres días y cobraste cuatro mil reales. ¿Es más difícil Lucía? ¿Qué pasa? ¿La cortejas? ¿O eres su amante? Verdaderamente, es muy bonita». Pepa hablaba con indiferencia, sin emoción.

La maciza cara de Goya estaba sombría. ¿Quería Pepa enardecerlo? Tal vez no. A veces era muy amarga y cruda. Si quería, podía cortejar a doña Lucía, a pesar de su disfraz de intocable. Pero… Había muchos peros. Y Pepa, a menudo, se volvía insoportable. No era muy de su gusto en realidad. Estaba llenita, jamona, una bestezuela linda y graciosa de piel muy lisa…

Pepa tomó la guitarra y cantó en voz baja con abandono. Era linda, sentada así, tarareando viejos romances populares, acompañándose en la guitarra. Goya sabía que en esos armoniosos versos ella se aludía a sí misma. Esa muchacha de veintitrés años había vivido mucho. Nacida en las colonias, en América, hija de un acaudalado terrateniente, cuando tenía diez años, su padre perdió su fortuna. Volvió a Europa con la familia; de una vida cómoda, Pepa pasó a otra más estrecha, llena de penurias. Su carácter alegre le evitó muchas penas. Después entró en su vida el joven oficial de marina Felipe Tudó, buen mozo, fácil de dominar. Formaron una pareja feliz, pero él era pobre y se cubrió de deudas. A la larga, la dicha se hubiese desvanecido. Pero Felipe pereció en un combate naval de la escuadra en aguas mexicanas; estaría en el cielo, porque era bueno. Cuando Pepa pidió al almirante Mazarredo un aumento de pensión, el grueso señor, a las puertas de la vejez, se enamoró locamente de ella. La llamó su «viudita», su viudita regalona, y le amuebló esa deliciosa residencia de la calle Mayor. Pepa no logró que el almirante la presentara en sociedad: fué mucho que la hiciese retratar por el pintor de cámara. Ahora, don Federico estaba en lejanos mares, en plan de guerra, y Pepa tuvo la suerte de conquistar a su pintor, fogosamente dispuesto a darle compañía en su soledad.

Pepa era de temperamento sosegado y se sentía feliz con lo que tenía, pero siempre recordaba la buena

vida colonial, los campos dilatados, los esclavos sin número. De todo eso le quedaba sólo la vieja y fiel Conchita, mujer honrada, que hacía trampa solamente cuando jugaba a las cartas. Francho era un amigo maravilloso, todo un hombre para una viudita, y un gran artista; pero tenía demasiado que hacer; lo reclamaba el arte, lo reclamaba la Corte, lo solicitaban amigos y mujeres, y aun estando a su lado, los pensamientos del artista y del hombre no le pertenecían…

En todo esto soñaba Pepa, cuando cantaba sus romances. Soñaba que era la heroína de aquellos versos; una bella joven, por ejemplo, asaltada por los moros o vendida por su amante a los árabes. Tendría sus ventajas ser la amante blanca endiosada por un valeroso príncipe moreno. Soñaba también que encontraría en Madrid otra vez la dicha, como las damas que varias veces en el año se trasladaban de los palacios de la ciudad a sus castillos en provincia, para volver a la villa y corte con maestresalas, sirvientas y peinadoras, vestidas a la moda de París y con los aderezos que hacía siglos conquistaran como botín los capitanes de Isabel la Católica o Carlos V.

La dueña pidió a Pepa que le ayudara a poner la mesa. Comieron. La cena era buena y copiosa y ellos la saborearon. Desde la alta pared los miraba el retrato del almirante Mazarredo; se había hecho retratar por Goya para una hermana y encargó una copia para Pepa. Esteve la había ejecutado a conciencia, y así estaba allí el almirante asistiendo a la cena de Pepa y del pintor.

No empujó a Goya una gran pasión a los brazos de Pepa; la naturalidad y el ardor con que ésta se le abandonó, lo llenaron de satisfacción. Su instinto objetivo de campesino le decía que Pepa sacrificaba algo a su amor. Conocía su situación. Muerto su oficial de marina, había tomado de la gran Tirana lecciones de representación teatral, y en esto se esfumó lo poco que le quedaba. Desde el comienzo de la guerra, recibía quinientos reales por mes, sin que se supiera qué parte correspondía a la pensión nacional y qué otra a la generosidad del almirante. Pero no se podían encargar vestidos a «mademoiselle Lisette». Goya no era avaro y traía a la graciosa amiga muchos regalos, pequeños a veces, pero valiosos. Mas le dominaba siempre la prudencia económica del aragonés del campo, y a menudo, al saber el precio de un regalo, prefería no comprarlo.

La mesa había sido levantada; hacía calor. Pepa estaba recostada en el sofá, incitante en su hermosura y pereza; abanicándose cansadamente, pensaba, por cierto, una vez más en Lucía y su retrato, porque señalando con el abanico el retrato del almirante, dijo: «No te costó mucho esfuerzo; cuando lo miro, creo que el brazo derecho es demasiado corto».

De improviso, Goya se había sentido envuelto en la poco grata impresión de sus malaventuras de los últimos días; la cansada espera de la de Alba, el fracaso del retrato de doña Lucía, el disgusto por la política y el rencor hacia Agustín, el criticón. Y ahora, también Pepa con absurdas arrogancias. ¿Toleraría la tonta charla —y de labios de una jamona— aquel que había mirado a la duquesa delante de los Grandes de España como si fuera su amante? Goya tomó su sombrero gris y se lo encasquetó a la mujer. «Ahora estás viendo el retrato de tu almirante lo mismo que hace un minuto», le gritó rencoroso.

Trabajosamente Pepa se quitó la prenda; estaba cómicamente graciosa tan despeinada. «Conchita», llamó furiosa, y apenas la anciana estuvo allí le ordenó: «Acompaña a don Francisco a la puerta». Pero Francisco se rió. «Es un disparate, Conchita»; dijo, «vuelve a tu cocina». Y en cuanto la mujer desapareció, quiso disculparse: «Estoy intranquilo, tuve muchos disgustos. Y lo del cuadro no es tal. Mira bien y el brazo no te parecerá corto». Pepa maulló e insistió: «Sí, es demasiado corto…». «Estás ciega, pero te queda bien el pelo alborotado», replicó él buenamente. «Además, te daré para un nuevo peinado», agregó para consolarla, y la besó.

Ya acostados, ella le dijo: «¿Sabes que don Federico vuelve pronto? Lo sé por el capitán Morales, que me trajo sus saludos». Francisco se vió abocado a una nueva situación. «Si el almirante regresa, ¿qué harás?», preguntó. «Le diré lo que hay; y todo entre nosotros se acabó», contestó Pepa remedando un verso de sus romances. «Será para él muy desagradable», pensó Goya en voz alta; «primero perdió a Tolón y ahora te pierde a ti». «Realmente, no perdió él a Tolón, sino los ingleses», quiso decir Pepa en defensa del marino; «pero le echan la culpa; siempre ocurre así». Al poco rato, Francisco concretó en palabras una idea que le rondaba por la cabeza: «Y ¿qué pasará con tu pensión?». «No lo sé», contestó Pepa despreocupadamente, «algo me quedará, supongo».

No entraba en la cuenta de Goya mantener a una mujer; un gran pintor no lo necesitaba. Podría borrar tranquilamente a Pepa de su vida. Por otra parte, era justo que una mujer bonita quisiese vivir placenteramente; le humillaría si ella, sólo porque él no le daba suficiente dinero, se entregara a otro o volviera a caer en brazos del almirante.

«No te aflijas», le dijo, «trataré de que vivas como hasta hoy». Pero lo dijo sin calor. «Gracias», repuso Pepa con indiferencia. «Y sacaremos al almirante de la pared», propuso animándose. «¿Por qué?», preguntó Pepa, «¿Porque el brazo es corto? Lo dije porque tardas tanto con el retrato de Lucía…».

5

ESTABA SOLO, delante del retrato, y lo contemplaba, buscando la falla con agudas miradas. Sin duda, ésa era doña Lucía. Así vivía, así era su cuerpo, así la veía él. Todo estaba allí, lo visible, lo casi artificial, lo oculto, porque algo oculto había en esa dama, y muchos creían haber visto antes a esa mujer, de unos treinta años, sin la máscara de dama.

Pepa le había preguntado si quería conquistarla. Pregunta absurda. Cualquier hombre sano y viril desearía ser el amante de cualquier mujer medianamente bonita, y doña Lucía era excitante y aristocráticamente bonita, en forma distinta de otras. Don Miguel era amigo suyo. Mas Goya admitía honradamente que no era la amistad lo que le impedía perder tiempo en la conquista. Le inhibía lo enigmático, lo vago, que excitaba en él al pintor, no al varón. Lo que ella era y lo que no era se entrelazaban, se resistían a la separación, era algo espectral, sospechoso, intimidados. Lo vió una vez, aquella vez, en el salón de baile de don Manuel. Fué un matiz plateado sobre el traje amarillo, un centelleo raro, una luz maldita, bendita, aquella luz. Ésa era la verdad de ella y la suya, ésa la imagen que anhelaba pintar.

De repente, volvió a ver. De repente, supo cómo fijaría ese color gris brillante, radioso, fundido en plata como entonces. No se debía al fondo, ni al blanco encaje sobre el traje amarillo. Había que suavizar aquí esta línea, allí esa otra; los tonos de la carne debían contribuir; la luz emitida por la mano debía salir de la cara. Nada era y lo era todo. Cerró los ojos y vió. Supo qué hacer. Trabajó. Corrigió. Quitó algo mínimo, algo mínimo agregó. Todo nació automáticamente, de por sí, sin esfuerzo. En un instante increíblemente breve todo estaba logrado.

Contempló su obra. Estaba bien. La había creado él. Allí había algo nuevo, grande. Ésta era la mujer de la realidad, con todo su halo. Había asido lo fluyente, lo flotante; allí estaba la luz, allí estaba el aire de Goya, el mundo de sus ojos.

Su cara se distendió, reflejando satisfacción. Se dejó caer en una silla, agotado, indolente.

Llegó Agustín. Saludó hosco. Dió unos pasos, cruzó delante del retrato, sin mirar. Algo debió llamarle la atención; se volvió súbitamente, aguzando casi los ojos. Miró largo rato. Carraspeó «Ya está, don Francisco», dijo por fin, roncamente. «Ya lo alcanzaste. [*] Ahora tiene aire y luz. Lograste el gris exacto». Toda la cara de Goya se iluminó infantilmente. «¿Lo dices en serio, Agustín?», preguntó, poniéndole la mano en el hombro. «Rara vez bromeo», repuso el otro. Goya estaba profundamente conmovido y Agustín también. Éste no sabía ufanarse citando a Aristóteles y a Wickelman, como Bermúdez o el abate. No sabía nada, era un miserable pintorzuelo, pero sabía más de pintura que cualquier otro y veía que su Francho había logrado algo que el siglo entero no sospechaba siquiera: se había liberado de la línea. Los demás habían querido fijarla, cada vez más neta y pura, y su arte era al final apenas colorear dibujos. Goya enseñaba a ver de nuevo, en multiplicidad. Y con todo su orgullo, tal vez no sabía siquiera todo lo grande y lo nuevo que había realizado.

Entonces Goya, muy despacio, tomó los pinceles y los limpió con cuidado. Y mientras lo hacía, calmo y gozoso, aunque cada vez más despacio, dijo: «Te retrataré otra vez, Agustín, con tu harapienta chaqueta y la cara más hosca. Será grandioso con este gris mío, ¿no te parece? Tu aspereza y mi luz; verás, será un efecto muy extraño». Se acercó al enorme retrato del general, en que Esteve seguía trabajando. «Muy bueno el trasero del caballo», reconoció. Luego, aunque no hiciera falta, siguió limpiando los pinceles.

Agustín se sentía hondamente feliz por ser amigo y camarada de este artista. Sí, a su manera lo había ayudado para encontrar su camino. Miró a su Francho cariñosamente, como un padre mira al hijo capaz y muy querido, que inventa siempre chascos nuevos, tontos, salvajes. Y juró soportar al insoportable camarada, al amigo bienquisto, por siempre jamás.

6

AL DÍA SIGUIENTE, enterados de la terminación del retrato, se presentaron en el estudio don Miguel y doña Lucía Bermúdez.

Francisco y Miguel, aun con mutuos reparos, eran muy amigos. Bermúdez, primer secretario del todopoderoso don Miguel, duque de Alcudia, dirigía los destinos del Estado detrás del escenario. Progresista, inclinado hacia los franceses, debía desplegar suma habilidad para resistir a las intrigas de la Inquisición, y Goya admiraba la modestia con que Miguel más que ostentar su poder lo ocultaba. Como hombre de ciencia y, sobre todo, historiador del arte, Miguel era mucho menos modesto, y su voluminoso léxico de artista molestaba por autoritario. Siguiendo a Winckelmann y a Rafael Mengs, valoraba solamente la línea simple y grandilocuente, la limitación de lo antiguo. Para él, Mengs y Bayeu el cuñado de Goya, eran los máximos maestros contemporáneos en España, y criticaba compasivo, cortés y pedante, al amigo Francisco, porque hacía tiempo se estaba alejando cada vez más de lo clásico.

Francisco, con maliciosa expectación, se sentía feliz en mostrar justamente al amigo, el retrato de la esposa, no obstante la violación de las reglas, convencido de que Miguel, aun en su severo doctrinarismo, sería sensible al verdadero arte. Quería dejar que el amigo caballeresco —seguramente muy interesado y curioso por la nueva obra, a pesar de su calma aparente— vertiese una vez más sus principios preciosistas en amplias disquisiciones, antes de sorprenderlo con el radioso retrato. Volvió contra la pared a la dama pintada, con su aura, su luz y su belleza, de modo que se viera sólo el revés tosco y gris de la tela. Ocurrió lo imaginado por él. Miguel se sentó con las piernas cruzadas y con una sonrisilla en el cuadrado rostro de frente lisa, ligeramente empolvado, señaló la gruesa carpeta que traía. «A pesar de la guerra», explicó, «pude adquirir estos grabados parisienses. Mis amigos tendrán que abrir los ojos con admiración. Son estampas de Morel y reproducen lo mejor de Jacques-Louis David de los últimos años». David era el pintor más conocido de Francia, el jefe de la escuela clásica, tan apreciada por el señor Bermúdez.

Los grabados, entre escenas de la antigüedad clásica, reproducían hombres y hechos de la historia más reciente, tratados a la manera antigua, por cierto; los convencionales franceses, por ejemplo, en la sala del *Jeu du Paume,* cuando juraron no tolerar caprichos de la tiranía; además retratos de Danton y Desmoulin, y, ante todo, de Marat, asesinado en el baño.

Esa labor era totalmente opuesta al estilo y a la obra de Goya. Mas nadie mejor que él podía reconocer que esas ilustraciones estaban realizadas con cabal sentido artístico. Marat asesinado, por ejemplo. Apoyaba flojamente la cabeza en un costado; flojamente colgaba el brazo derecho fuera de la bañera; la izquierda retenía aún la petición traída por la astuta asesina. Todo ejecutado con helada maestría y calculada indiferencia. ¡Cómo imponía, sin embargo! ¡Qué hermosa en todo su realismo resaltaba la odiosa cara de muerto! ¡Cómo debió de amar al «amigo del pueblo» el pintor! Por su horrenda y grandiosa sinceridad, la escena del grabado impresionó tanto a Goya que por un rato dejó de ser el artista en el examen crítico de una obra ajena; le invadió la perplejidad por el destino que nos acecha, pronto al ataque traicionero, delante del caballete mientras se trabaja, en la cama mientras se descansa, en la bañera donde se busca alivio.

«Da escalofríos mirar su obra», dijo por fin, «un gran hombre digno de aborrecimiento, sin embargo». Y todos recordaron que David, maestro y revolucionario, votó la condena de Luis XVI, su protector, en la Convención Nacional. «Ni por un mes», concluyó diciendo Goya, «cambiaría mi vida por la suya, aunque alcanzara la gloria de Velázquez».

Don Miguel explicó que en esos grabados se demostraba una vez más que el verdadero arte se funda en el estudio de los antiguos. En la línea residía todo. El color era un mal necesario y tenía una sola función: obedecer. Francisco sonrió bondadosamente. Pero entonces se mezcló don Agustín en la conversación: Respetaba y hasta admiraba la política valiente y maleable de don Miguel, pero todo lo demás en él le chocaba. Lo irritaban sobre todo su aridez y su escolasticismo pedantesco y ardoroso. Era inconcebible que una dama delicada, amable y bella como Lucía hubiera podido casarse con este señor, que era apenas una enciclopedia sobre dos piernas e íntimamente estéril. Con verdadero rencor gozó en ver destruida por la obra de Francho toda su aprendida y absurda teorización delante de su misma mujer.

Abrió ampliamente la boca delgada y hosca y, con voz bronca, dijo muy gentil: «Las figuras de David que nos acaba de mostrar, don Miguel, parecen en verdad culminantes». «Culminantes, sí», replicó con maliciosa amabilidad Bermúdez; «también con el dolor, del que tanto abusan ustedes, se podrían obtener

efectos sorprendentes, culminantes, como usted dice». Y con paso enérgico fué hasta la pared y levantó violentamente la tela gris allí apoyada.

«Ya me imagino», continuó con una sonrisilla don Miguel, «de qué hablaba don Agustín. Doña Lucía y yo, excitados por el retrato que durante tanto tiempo…». No concluyó la frase. En el caballete resplandecía la radiante Lucía del cuadro. Él se quedó mudo. Perito en arte, acostumbrado a juzgar con el patrón de sus pedantescas teorías, olvidó sus principios magisteriales. Esa mujer era la Lucía por él conocida y al mismo tiempo otra, desconcertante. Una vez más, contra su norma, miró a la Lucía de carne y hueso, ocultando apenas su sorpresa.

Cuando se casó, hacía muchos años, Lucía era una maja, impulsiva, de reacciones imprevisibles; su casamiento había sido una resolución rápida, pero atrevida y peligrosa. Mas el instinto, la experiencia y el estudio de los clásicos le habían enseñado que si no se cierra pronto la mano, casi siempre se queda vacía, y que los dioses brindan una sola vez la gran oportunidad a los mortales. No tuvo que arrepentirse de su precipitación. Y seguía amando y deseando a su bella mujer como el primer día; además, ella se había transformado de equívoca muchacha de la calle en la respetable señora de Bermúdez, por la que lo envidiaban. Una dama de la sociedad, apetecible y ejemplar, era también la del cuadro; pero en torno a ella había allí algo inasible, luminoso, y don Miguel lo supo de repente: la Lucía que creyó conocer totalmente a través de los años, era siempre tan extraña y enardecedora, tan fatalmente misteriosa como el primer día; una maja siempre…

Goya notó, alegremente complacido, el asombro en los ojos del amigo, siempre tan dueño de sí. «Sí, querido Miguel», pensó, «los métodos de tu David son buenos; buenas son las líneas claras, y claras pueden reproducirse las cosas… claras. Pero el mundo y los seres no siempre son claros. Lo perverso, lo peligroso, lo agorero y nigromántico no se pintan con tus recursos, ni se copian de los antiguos que veneras. Y de esto ni Wickelmann, ni Mengs, ni tú mismo saben nada…».

También Francisco volvió los ojos de la tela a la mujer viva, que miraba callada. Sus ojillos oblicuos, bajo las altas cejas graciosamente contraídas, contemplaban la luz centelleante que la envolvía en la tela; la caprichosa carita había perdido algo de su disfraz; la ancha boca estaba ligeramente entreabierta y, alrededor, había una sonrisa, no delicadamente burlona como casi siempre, sino una más honda y peligrosa, pero también más vulgar y viciosa. Y de pronto, Goya recordó un episodio olvidado y a menudo evocado. Una tarde, se paseaba con una mujer en el Prado; hacía de esto muchos años, y una avellanera en agraz —tendría catorce o quince años— se le acercó. Goya quiso comprar avellanas para su dama, porque la chicuela insistía. Pidió dos reales de avellanas y la joven vendedora, una maja legítima, lo cubrió de insultos. «Dos reales… Preguntaré al amo. Espéreme aquí, buen mozo; dentro de seis meses volveré con la respuesta». Y se fué, gritando a otros sus quejas. «Vengan, amigos, aquí hay un tipo que tira el dinero. Se siente generoso. Despilfarra dos reales para su dama». Avergonzado e irritado, Goya tiró a la atrevida mocosa cinco reales. Había sido un milagro poder pintar algo de aquellos lejanos días, algo de esta dama vulgarmente pícara, algo de su capcioso placer en las réplicas atrevidas y las bromas groseras. Y era un triunfo ver que su retrato la impulsaba a levantar un poquito la máscara…

Agustín, por su parte, con Lucía delante del cuadro, vió que la belleza de la mujer realzaba la belleza del retrato, y la magnificencia del retrato, la magnificencia de la mujer, y sintió el corazón apretado de goce y deseo.

Todos callaban. Finalmente abrió los labios doña Lucía. «No sabía», dijo a Goya arrastrando levemente la voz, «que soy también una viciosa». Mas esta vez, el tono juguetón y, sobre todo, la sonrisa, revelaban más de lo que ocultaban. Estaba desafiando al pintor, no cabía duda. Y justamente delante de su esposo comenzaba con él un juego temible. Goya se conformó con replicar gentilmente: «Me complace que el retrato le guste, doña Lucía».

El breve diálogo arrancó a Esteve de su embeleso, para volver sobre su propósito: humillar a don Miguel. «Tengo curiosidad», dijo con voz cascada, «por saber si también el señor está tan contento como usted con el retrato». Repuesto de la primera sorpresa, Bermúdez se esforzaba en desechar puntos de vista personales, pero el teorizador se sentía tan perplejo como el marido. No podía negarlo: esa obra extraña lo sacudía, lo impresionaba, era hermosa. «Todo esto es absolutamente falso», dijo por fin, «pero, lo admito, es grandioso». «Usted es un experto», replicó Agustín, y sonrió, con malicia en la huesuda cara.

Pero el honrado Miguel llegó a un reconocimiento aún mayor. «Te vi Lucía», dijo, «con este vestido en el baile de don Manuel y estabas maravillosa. En el retrato lo eres aún más. Y, con todo, este diabólico pintor interpreta fielmente la realidad». «¿Cómo lo lograste, Francisco?». «Yo se lo diré, don Miguel», explicó secamente Esteve; «hay algo más que la realidad, precisamente».

Los alfilerazos de don Agustín no pudieron irritar a Bermúdez ni lo atormentaron mucho la perplejidad y

el despecho que le deparara el retrato. Coleccionista fanático de arte mayor, su alma se ensanchaba cálida por conseguir por poco dinero o por nada este cuadro anticlásico, pero excitante y valioso para la historia del arte.

Los asuntos más graves de don Manuel estaban en sus manos y su tiempo era muy medido. Se demoró, sin embargo, en el estudio. Con las piernas cruzadas, jugueteando mecánicamente con los grabados de David, observó: «Francisco, quisiera saber si usarás este nuevo método también para retratar al duque». Y como Goya se sorprendiera, continuó como al pasar: «Lógicamente, al asumir él la presidencia del gobierno, necesitaremos por lo menos dos retratos nuevos y, además, buen número de copias para ministerios e instituciones públicas». Goya se alegró; el amigo no quería regalos; no pagaría un real por el retrato de Lucía, pero le proporcionaba encargos honrosos y remuneradores. La caída de Tolón pesaba realmente en su vida; le cargaba con el problema de Pepa, pero le traía también un buen negocio.

Entre tanto don Miguel, con el mismo tono ligero y despreocupado, seguía hablando: «Si te parece, combinaré una sesión más larga en estos días después de la audiencia de la mañana». «Eres un gran amigo», agradeció don Francisco.

Pero Bermúdez no había terminado. «Cambiarán muchas cosas», reveló, «con don Manuel a cargo de las riendas del gobierno. El país tendrá que acostumbrarse a pensar que la República Francesa es un elemento que no puede eliminarse del mundo». Agustín aguzó los oídos. «Si no entiendo mal», dijo fogosamente, «don Manuel volverá a colocar la política interna en el rumbo anterior. ¿Derogará ciertas medidas tomadas contra los liberales?». «Justamente», repuso don Miguel, y jugando siempre con sus grabados, sin mirar a Goya, le dijo: «Tú podrías ayudarnos, Francisco. Sabes que don Manuel te ve con placer a su lado. Durante la sesión para tus apuntes podrías sugerirle cierta medida política». Y en voz queda, como conversando concluyó, mientras agitaba la pierna cruzada: «Creo que es hora de hacer volver a don Gaspar». El calmoso Agustín se puso de pie excitado. Goya resopló fuertemente por la nariz con el fastidio pintado en la cara.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos era, en efecto, el más respetado estadista liberal y el escritor más apreciado del país; lo llamaban «el Voltaire español». Como ministro del rey anterior, había implantado muchas reformas acertadas. Para Carlos IV y don Manuel, el hombre severo y exigente se había tornado molesto, al complicar a la Corona en continuas disensiones con la Inquisición y la nobleza reaccionaria; el estallido de la revolución francesa ofreció fácil pretexto para poner a un lado al subversivo jefe liberal, y lo confinaron en las montañas de su alejada tierra natal, prohibiendo también sus publicaciones. No resultaba grato eso de pedir gracia a don Manuel para tal político.

Francisco callaba. Agustín, excitado, caminaba de aquí para allá con paso violento. Doña Lucía, jugando con el abanico, miraba curiosa, con los ojos velados, la cara perpleja del pintor. «¿Y me necesitas a mí para esa sugestión, Miguel?», preguntó finalmente Francisco. «¿Por qué no intercedes tú mismo en favor de Jovellanos?». «Desde que el Duque asumió el poder», repuso tranquilo don Miguel, «resolví pedir la rehabilitación de mi amigo y maestro. Pero don Miguel sabe como todo el mundo lo que le debo a don Gaspar: toda mi carrera y también mi saber. Tú no eres sospechoso, te conocen como políticamente neutral y nada adicto a don Gaspar, aunque algo hizo por ti, si mal no recuerdo. Tendría más eficacia, sin duda, si dieras tú el primer paso. Luego yo insistiría, y estando Jovellanos entre nosotros, podría rehabilitar también al conde de Cabarrús y a otros más».

Molesto Francisco, echó atrás el espeso cabello sobre las orejas. Le irritaba la alusión a los favores recibidos de don Gaspar. Era verdad. Cuando él llegó a Madrid, pobre y desconocido, Jovellanos le dió muchos encargos, recomendándolo además eficazmente. Pero en el fondo del alma, ese despiadado y severo señor era un extraño para él; comprendía que el despreocupado duque no pudiera sufrir al rencoroso liberal, que era un reproche viviente. Y el excelente Miguel le exigía gratitud y magnanimidad… Pensó, como piensa el pueblo, que las buenas acciones se pagan solamente en el cielo; las malas, en esta tierra.

Don Miguel insistió: «Ahora justamente, que don Manuel quiere la paz con Francia, hay las mejores perspectivas para la sugestión».

Probablemente era cierto. Pero el pedido de Miguel resultaba extraño y, sin poder reprimirse, Goya mostró su repulsa. Lenta había sido su elevación, conquistada con el trabajo, la terquedad, la perseverancia, la astucia y la prudencia. Y ahora tendría que jugarse lo alcanzado por mezclarse en política… «Al final de cuentas el político eres tú», dijo con enfado, «yo soy pintor». «Pero Francisco», replicó paciente Bermúdez, «en este caso eres tú el mejor abogado, precisamente por carecer de ambiciones políticas».

Doña Lucía miraba constantemente a Goya. Tenía el abanico casi cerrado, en dirección al pecho; en el lenguaje de las majas eso significa desdeñoso repudio; la sonrisa en sus largos labios se había ahondado. También Agustín tenía los ojos fijos en Goya, tenso, displicente, y el artista vió que también su fiel amigo condenaba su vacilación. De parte de Miguel, era una villanía hacerle esa penosa propuesta delante de doña

«Está bien», dijo contrariado y sin entusiasmo, «está bien; lo haré. Y que me proteja nuestra Virgen de Atocha para que no fracase». Y miró la talla de madera, persignándose.

Lucía dijo, sonriendo, al marido: «Sabía que tu amigo Francisco está siempre dispuesto a colaborar, noble, valientemente, con desinterés cabal; es todo un hidalgo de pies a cabeza». Don Francisco miraba lleno de rencor.

Apenas los esposos se marcharon con el retrato de doña Lucía, Francisco se volvió con maldad hacia Esteve. «Tranquilamente sentado», comenzó, «te ríes y te alegras. Y te ufanas de decente, muerto de hambre. ¿Qué puedes perder todavía?». Lanzó un suspiro. «Dondequiera sólo encuentro sinsabores», gruñó, «dondequiera, lo mismo siempre: deberes, deudas, hijos, mala hierba…».

7

DOS DÍAS DESPUÉS, cuando Goya se presentó a la audiencia mañanera de don Manuel para comenzar el retrato, encontró la antecámara llena de gente. A través de la puerta, se veía el elegante dormitorio donde vestían y acicalaban al duque. Había proveedores de toda clase, vendedores de encajes, joyeros, un capitán de retorno de América con raros pájaros para don Manuel; estaba el señor Paván, director del periódico geográfico «El viajero del mundo», recién fundado, que el duque subvencionaba; estaba don Roberto Ortega, el gran botánico, para entregar su última obra; a don Manuel le parecía elegante fomentar la ciencia de las plantas. Pero más numerosas eran las mujeres jóvenes y bonitas con peticiones para el ministro.

Cuando le anunciaron a Goya, el duque fué a su encuentro hasta la antecámara, a medio vestir, con la bata de dormir al descuido sobre los hombros, seguido por secretarios y lacayos. Éstos llevaban calzas rojas, color reservado a la Casa real; pero Carlos IV había facultado al duque para que hiciera llevar también a sus domésticos esa prenda tan distinguida.

Don Manuel saludó cordialmente al pintor. «Lo estaba aguardando», dijo y lo hizo pasar a la cámara, mientras se quedaba un rato más en la antesala. Habló con unos y otros, displicente pero amable; cambió cumplidos con el capitán que se adelantó entre una barrera hostil; agradeció satisfecho al botánico, miró jovialmente y sin disimulo a las mujeres, hizo recoger las peticiones por un secretario, despidió a todos y volvió a su cuarto, al lado de Goya.

Mientras concluían de vestirlo y Bermúdez le sometía papeles para la firma con breves explicaciones, Francisco puso mano a la obra. El bello rostro del ministro, lleno, indolente, con la boca pequeña, voluptuosa y muy roja, tenía una extraña dureza. En su fuero interno, mientras trabajaba, Goya se sonrió de los retratos chapuceros que otros le hicieran y que habían fracasado por esforzarse en darle posturas de héroe. No era fácil ver con exactitud a don Manuel; había alrededor muchos odios. La cosa pública marchaba mal, y los españoles, fieles al rey, no culpaban al monarca sino a la reina, la extranjera, la italiana, y a su favorito, sobre todo. Éste venía de abajo, sólo tenía una suerte desvergonzada, y debía conducirse como ellos, no como gran señor.

Goya pensaba de otra manera. Justamente su suerte, su fabulosa ascensión, le hacían simpático aquel joven señor. Nacido en Badajoz, en la Extremadura rica en ganados, de modesta familia, Manuel llegó a la corte en calidad de teniente de guardias; allí llamó la atención de la mujer del príncipe heredero, la princesa de Asturias, por su físico de buena planta y su voz agradable. Ansiosa de vivir, la dama no lo soltó más, ni como infanta, ni como reina. Ahora, a los veintisiete años de edad, ese magnífico joven se llamaba Manuel de Godoy y Álvarez de Faría, duque de Alcudia, era capitán general de la guardia de corps valona, secretario privado de la reina, presidente del Consejo de la Corona, caballero del Toisón de Oro, dueño de riquezas ambicionadas y padre de los dos hijos menores del rey, la infanta Isabel y el infante Francisco de Paula, amén de muchos otros bastardos.

Goya sabía que era difícil tener tan buena suerte sin echarse a perder. Don Manuel seguía siendo magnánimo, respetaba el arte y la ciencia, era sensible a la belleza y grosero o cruel sólo cuando su voluntad encontraba oposición. Poner vida en la ancha cara no sería cosa simple, porque el duque era un poco teatral y se cubría con una máscara de generosa indiferencia. Goya, que simpatizaba con él, lograría pintar el ansia de vida y alegría, oculta detrás del ceño ligeramente aburrido.

Don Manuel acababa de firmar el despacho. «Y ahora», dijo Bermúdez, «debo comunicar a Su Excelencia algo que no está destinado al público», y sonriendo indicó con la mirada a Goya. «Don Francisco no es… público», observó gentilmente el duque y don Miguel se dispuso a informar. El encargado de negocios del Regente de Francia, señor de Havré, había pedido arrogantemente que España intensificara la guerra contra la atea república francesa. Don Manuel pareció más divertido que enojado.

«Nuestro rechoncho príncipe Luis representa fácilmente el papel de guerrero en un cuarto de hotel de Verona», comentó y explicó al pintor: «Vive en el hotel de “Los tres jorobados” y, cuando no le enviamos dinero, tiene que ceder una de sus dos habitaciones. ¿Plantea exigencias determinadas?», preguntó a Bermúdez. «Havré me confesó que lo menos que espera de la Corona española son diez millones de francos y veinte mil hombres». «Havré tiene una hija bonita», pensó don Manuel en alta voz. «Eso sí, flaca, muy flaca. No tengo prejuicios acerca de las flacas, pero tampoco se aguanta lo demasiado sarmentoso. ¿Qué opina, don Francisco?», y sin esperar respuesta ordenó a Miguel: «Diga al señor de Havré que hicimos ya todo lo que podíamos hacer. Y asígnele otros cinco mil francos en nombre del Señor». Luego, cambiando de

tema: «¿Le pagó ya el retrato?», preguntó a Goya. Y como Goya dijese que no, comentó: «Ya lo ve, hace apenas cinco años, Havré era uno de los más brillantes caballeros de Versalles; ahora no paga siquiera al pintor…».

«Desgraciadamente, no es el señor de Havré el único», informó todavía Bermúdez, «que exige el envío de refuerzos al frente. El general Garcini lo pide aún más insistentemente. Las noticias del teatro de la guerra son malas», continuó, y hojeó sus documentos. «Cayó Figueras», concluyó diciendo. El duque se había mantenido inmóvil hasta ese momento. Se sobresaltó, penosamente sorprendido, y se volvió a Bermúdez. Pero en seguida recobró su postura, disculpándose con don Francisco.

«Garcini», declaró don Miguel, «teme que si nuestros aliados sufren una derrota, los franceses retirarían tropas de otros frentes para lanzarlas contra los Pirineos. Más aún, teme que si no recibe refuerzos, los franceses puedan llegar en tres semanas al Ebro». Goya pensó que don Manuel lo despediría, pero éste permaneció en su postura de modelo. «No creo», reflexionó suavemente en voz alta, «no creo que enviaré refuerzos a Garcini». Y como don Miguel quería replicar, prosiguió: «Sé que la Iglesia se enfadará. Pero me haré cargo de la situación. Hicimos más que los aliados. ¿Vamos a desangrar al país? La Corte se reduce más y más. Doña María Luisa despidió dos caballerizos y diez lacayos. No puedo imponer a la reina nuevos sacrificios». Había levantado levemente la voz, pero mantenía firme la cabeza, como le indicara Goya. «¿Qué le comunicaré, pues, al general Garcini?», preguntó objetivamente Bermúdez. «La República Francesa corta la cabeza a sus generales vencidos; nosotros nos limitamos a no enviarles refuerzos. Comuníquele esto al general Garcini, pero en forma más amable».

«Es evidente», siguió informando don Miguel, «que nuestros aliados han perdido toda esperanza de vencer a Francia. El embajador de Prusia ha expuesto la opinión de su Gobierno acerca de la situación en un memorándum, en un largo memorándum». «Por favor, abrevie», pidió don Manuel. «El señor von Rohde», contestó Bermúdez, «explica que su Gobierno piensa concertar la paz, si logra condiciones medianamente aceptables. Nos aconseja lo mismo». «¿Qué pretende él con esa frase?», inquirió don Manuel. «Prusia juzga que sería una paz honrosa», repuso Bermúdez, «si la República nos entrega los hijos de los reyes asesinados». «Los pequeños príncipes de Francia…», murmuró don Manuel. «Si no reciben ningún territorio, han sido pagados ya caros con cincuenta millones de reales y doce mil españoles muertos. ¿No le parece, don Francisco?». Goya sonrió cortesanamente: le lisonjeaba que el duque lo hiciera intervenir en la conversación, pero continuó su labor, limitándose a escuchar con ansiedad. «Si el pequeño rey Luis y la princesa se acogen a nuestra protección», explicó don Miguel, «la idea monárquica de Francia sobreviviría en nuestro suelo. La paz no sería vergonzosa». «Don Miguel», replicó el duque, «me temo que usted nos va a sacar para los niños por lo menos el reino de Navarra». Con toda amabilidad, Bermúdez contestó: «Por mi parte, Excelencia… Pero creo que si no enviamos refuerzos a Garcini, tendremos que conformarnos con los pequeños», y dicho esto, reunió sus papeles, se despidió y se fué.

Entretenido por esa plática política, Goya había olvidado el segundo motivo por el cual don Miguel arreglara esa entrevista con el duque. Y ahora le encogía el alma el asunto de Jovellanos. Estaba preguntándose cómo se insinuaría, pero, antes de que hablara, don Manuel tomó la palabra. «Muchos exigirán que retire a Garcini», dijo pensativo, «muchos piden ya que destituya a Mazarredo, porque no evitó la caída de Tolón. La guerra es un juego de azar y yo no soy vengativo. ¿No hizo usted un par de retratos del almirante?», y prosiguió más vivazmente: «Creo haber visto en casa de él una tela suya, don Francisco. Sí», confirmó el mismo, «fué en casa del marino donde vi ese extraordinario retrato de mujer…».

Goya escuchaba asombrado. ¿Adónde quería llegar don Manuel? La mujer pintada para el almirante era Pepa Tudó; la había conocido durante las sesiones para el retrato del anciano. «Sí», repuso sin comprometerse, «retraté para él una dama de su círculo». «El cuadro es admirable», opinó don Manuel. «Además, la mujer debe de ser hermosa también en la realidad. Una viudita, creo que me dijo el almirante. El marido debió perecer en México o no sé dónde, y el ministro de marina le asignó una pensión. ¿O me equivoco? Una mujer extraordinariamente bonita…».

En su perspicacia objetiva de campesino, Goya adivinó adónde tendía don Manuel y se sintió vacilar, confundido e irritado. De pronto se veía metido en una complicada intriga. Supo también por qué Miguel no intervenía directamente en favor de Jovellanos y lo mandaba como avanzada: Miguel no tenía Pepas que ofrecer a cambio del anciano prohombre liberal. Sintió que estaba haciendo el tonto. Quizás, estaba doña Lucía detrás de aquello. Quizás por eso lo miró desdeñosa, sonriendo atrevida por su resistencia. Y aún agriado, le divirtieron los extraños caminos elegidos por el buen Bermúdez con el fin de obtener gracia para don Gaspar. Probablemente, Miguel creía que Goya tenía que entregar la amiga por algo tan grande como el retorno de Jovellanos. Probablemente, Miguel no consideraba excesivo el sacrificio pedido, y esto era exacto; Goya podía imaginarse su vida aun sin Pepa. Pero ese papel era antipático, hería su orgullo. Poco le

importaba Pepa pero no se la dejaría ni quitar ni comprar; y menos por este engreído gaznápiro de don Manuel, sólo porque la deseaba.

Por otra parte, debía gratitud a Jovellanos y no era justo mantenerlo en su rincón, condenado a la inacción en un momento difícil para España, sólo por quedarse con una mujer, una jamona que poco pesaba en su vida. Abordaría en seguida el asunto y hablaría de don Gaspar. Don Manuel pondría mala cara, pero quien ofrece vino agrio no debe sorprenderse si se le retribuye en la misma forma. Como estaban las cosas, don Manuel no podía negarse; después se vería…

Sin explayarse sobre el tema de Pepa, siguió trabajando y al rato dijo: «El país se lo agradecerá, don Manuel, si le trae la paz. Madrid será como antes y el corazón se ensanchará cuando vuelvan a verse caras echadas de menos durante mucho tiempo». Como Goya lo esperaba, don Manuel pareció asombrado. «¿Echadas de menos?», replicó. «Don Francisco, ¿cree usted en serio que Madrid echó de menos a los pocos liberales fanáticos a quienes dimos vacaciones en el campo?». «Algo le falta a uno», contestó Goya, «si no están ciertas personas. Mis cuadros, Excelencia, pierden la mitad de su vida por escasez de luz; algo pierde Madrid si no están aquí, digamos, el conde de Cabarrús o el señor Jovellanos». Don Manuel montó en cólera, pero Goya sin miedo pidió: «Por favor, Excelencia, deje quieta la cabeza».

Don Manuel obedeció. «Si el amigo Miguel me dijera estas cosas», dijo luego, «no me asombraría. En sus labios, don Francisco, son pasmosas». Goya siguió pintando. «Cosas que se me ocurrieron», replicó superficialmente, «cuando su Excelencia me otorgó el honor de asistir a su conversación con don Miguel. Usted me disculpará si fuí demasiado atrevido; tuve la sensación de que podía ser franco».

El duque había comprendido lo que era aquello. «Siempre escucho una opinión franca», contestó amable, casi condescendiente. «Estudiaré la sugestión con toda benevolencia». Luego, sin transición y más vivamente, continuó: «Volviendo a la dama del retrato, ¿sabe usted por casualidad si está en Madrid? ¿La encontró usted en estos días?».

Holgóse Goya al ver los inhábiles rodeos del duque. Acerca de lo que uno hiciera o dejara de hacer, se llevaba en los registros policiales la misma contabilidad minuciosa que en la Santa Casa, la Inquisición, y don Manuel estaba enterado de todo lo que atañía a Pepa Tudó y sus relaciones con él. Era probable que hubiese hablado ya al respecto con Miguel. Guardó, pues, alguna reserva. «Sí, don Manuel», contestó sin calor, «veo a la dama de vez en cuando».

No le quedó al duque otro recurso que hablar claro. Mantuvo la cabeza en la dirección indicada por el pintor y dijo simplemente: «Sería usted muy gentil, don Francisco, si me facilitara el conocimiento de la dama. Podría decirle que no soy tan groseramente sensual como me juzgan mis enemigos; tengo corazón firme para la verdadera belleza. El retrato es el de una mujer inteligente, con quien se puede conversar. La mayoría de las mujeres son hembras apenas y, cuando uno ha estado por tercera vez con ellas, no queda nada. ¿No tengo razón?». Goya pensó para sí en algo monstruosamente obsceno, pero dijo en voz alta: «Es cierto, Excelencia, con pocas mujeres es posible razonar». Y don Manuel se franqueó: «¿Qué le parece», propuso, «si pasáramos juntos una divertida velada, usted, la deliciosa viudita y algunos amigos con quienes valiera la pena comer, beber, charlar y cantar? Si no yerro, doña Lucía también conoce a la viudita. Pero siempre que usted asista a la tertulia, mi querido don Francisco».

El trueque no podía ser más claro: don Manuel aceptaba hablar de Jovellanos, si Francisco accedía a lo de la viudita. Goya vió mentalmente a Pepa sentada con abandono, lasciva, insinuante, que lo miraba con sus ojos verdes tan separados. Ahora podría pintarla exactamente con el pesado traje verde, por ejemplo, cubierto de encajes: lo más adecuado para su nuevo tono gris plateado. El otro retrato no había sido malo: entonces estaba enamorado de Pepa y supo expresarlo con el pincel. Pero era divertido esto de que con un hermoso cuadro hubiese despertado los deseos del duque. Ahora veía a Pepa claramente tal como era y como hubiera debido pintarla y como tal vez la pintaría. Y dado que se proponía estar con ella apenas un par de veces más, comenzó a despedirse de la amiga. «Será ciertamente un honor y un placer para la señora Josefa Tudó», dijo ceremoniosamente, «ver a Su Excelencia».

Pocos momentos más tarde, apareció uno de los lacayos de calzas rojas y anunció: «Hace diez minutos, Excelencia, que la dama espera». Impasible, discreto y respetuoso, el rostro del duque revelaba quién era la dama: la reina. «¡Qué lástima, don Francisco!», suspiró don Manuel, «tendremos que dejar…».

Goya se fué a su casa, atormentado por una doble sensación de desagrado. Había maltratado mujeres, plantado amigas por su carrera, pero nunca alguien se había atrevido a pedirle cosas semejantes y no se explicaba cómo había aceptado, aunque se trababa de don Gaspar.

En el estudio encontró a Agustín, que con su gesto agrio y desafiante contribuyera a meterlo en el enojoso asunto. Francisco tomó los apuntes de la mañana. Siguió dibujando; de la carnosa cara del duque desaparecieron la magnanimidad y el alma, la cara se tornó cada vez más faunesca, cochina. Rompió el

esquicio, desparramó arena en la mesa, dibujó a una Lucía apetecible, profundamente perdida con cara de gata perversa; dibujó a un don Manuel astuto, irritante, con cara de zorro. Suspiró enfadado; lo borró todo.

Malhumorado pasó Goya esa noche; malhumorado, las siguientes. Al tercer día le llegó un mensaje del palacio de Alba. Un lacayo de librea trajo una carta. En ella era invitado don Francisco a la fiesta proyectada por la de Alba para inaugurar el palacete de Buenavista su nueva residencia. Además, la carta decía «¿Cuándo tendré mi abanico, don Francisco?». Sonriendo, respirando aliviado Goya miró la diminuta letra, toda rizos. Era una ratificación, el premio celestial, por haberse vencido a sí mismo, por haber dominado su vanidad por la causa de España, por Jovellanos.

8

EL EMBAJADOR DE PRUSIA, señor von Rohde, informó a Potsdam acerca de don Manuel Godoy, duque de Alcudia:

«Se levanta temprano y da instrucciones precisas para la jornada a sus caballerizos y domésticos. Cerca de las ocho, acude al picadero de su casa de campo y todas las mañanas llega allí la reina, para acompañarlo a caballo. Es un excelente jinete. Pasean a caballo hasta las once. Cuando el rey regresa de la caza, lo acompaña en la cabalgata. Entre tanto lo aguarda mucha gente para discutir asuntos de toda clase; son despachados en pocos minutos. Luego concede la audiencia de la mañana, a la que asisten media docena de damas nobles y buenos ejecutantes de música. Alrededor de la una, don Manuel va a palacio. Dispone allí de un departamento: sala, cuarto de trabajo, dormitorio. Como chambelán, participa del almuerzo del rey. Después se retira a sus habitaciones, situadas debajo de las de la reina, que llega hasta él por una escalera oculta; el duque consume su verdadero almuerzo, mientras el rey vuelve a la caza. En estos encuentros, doña María Luisa y el favorito acuerdan las medidas que propondrán al rey.

»A las siete, más o menos, el duque se presenta al soberano para la información diaria. A las ocho, casi siempre, regresa a sus habitaciones, donde se congregan de treinta a cuarenta mujeres, de todas las clases sociales, con sus peticiones. La resolución al respecto le lleva poco más de dos horas. Para las diez cita el duque a sus secretarios y comienza su verdadera labor. Por lo general, dispone para ello de estas dos horas nocturnas. Los negocios corrientes se resuelven rápida y puntualmente. Las cartas que no requieren mayor estudio se contestan en el día. Su intuición es ligera y atinada y, aunque se cansa pronto, suele compensar con seguro juicio el daño que pudiese causar lo fugaz de su labor.

»Resumiendo: a pesar de su juventud, no cuida mal de su difícil cargo; sería un bien para Europa si todos los países tuviesen funcionarios semejantes en los puestos de responsabilidad».

9

LA REUNIÓN de don Manuel y la viuda Josefa Tudó se realizó en casa de doña Lucía Bermúdez. La residencia era amplia y estaba atestada de objetos de arte. En las paredes, apiñados, pendían cuadros antiguos y modernos, grandes y pequeños, en cantidad abrumadora, hasta reemplazar la tapicería. Y allí recibió doña Lucía a sus invitados, sentada en un estrado y bajo un alto baldaquín, según la antigua moda española. Vestía de negro, y su rostro, parecido a la cabeza de una lagartija graciosa y simuladora, debajo del peinetón, lanzaba miradas ansiosas. Allí estaba, pues, delgada y tiesa, pícaramente excitada y divertida de antemano por lo que ocurriría.

Vestido cuidadosamente, elegante y sin exageración, don Manuel llegó temprano. No llevaba peluca; no se había empolvado siquiera el cabello rubio cobrizo. De tantas condecoraciones, sólo tenía puesto el Toisón de Oro. Sin un asomo de suficiencia en la ancha cara, se esforzaba en conversar galantemente con doña Lucía, aunque un poco distraído; estaba esperando.

El abate contemplaba el retrato de Goya. Al principio, Miguel quiso asignar a la tela un lugar separado; luego pensó que se destacaría mejor su originalidad, rodeado por otras obras maestras. Y lo colocó entre los cuadros del salón. Don Diego no pudo permanecer más tiempo callado. Abundante en palabras, su discurso —adornado con citas latinas y francesas— glorificó la novedad y excelencia de la obra y sus loas fueron una declaración de amor para doña Lucía. Compartiendo el goce, don Miguel oyó complacido el elogio de las dos Lucías, la pintada y la viviente. Debió admitir que el abate celebraba la tela y su nueva tonalidad quizá con más conocimiento que él mismo.

Llegó Pepa. Traía un vestido verde con aplicaciones de encajes claros y una cruz enjoyada, regalo del almirante, como único aderezo. Así la vió Goya, mientras don Manuel le hacía su desvergonzada propuesta. Así hubiera querido retratarla ahora. La joven se disculpó, como de paso, por su tardanza: su dueña tardó en encontrar una silla de manos. Goya admiró la audacia de su calma. Entre ellos apenas si hubo alusiones a esa velada. Francisco esperaba una lluvia de reproches y maldiciones. Nada de esto; apenas unas frases ligeras irónicas y capciosas. Lógicamente, el proceder de Pepa era estudiado, lleno de intenciones. Adrede habíase retrasado, adrede exhibía lo precario de su situación. Quería avergonzarlo ante el duque, porque la mantenía tan miserablemente. Hubiera bastado que abriera la boca y Goya le hubiese dado más servidumbre, aun rezongando. Era humillante. Don Manuel oyó apenas lo que decía; tenía clavados sus ojos en ella en forma indecorosa, pero con una admiración de que nadie lo hubiese creído capaz. Cuando por fin doña Lucía lo presentó, hizo una reverencia más profunda que ante la reina o las infantas. Le habló francamente del entusiasmo instantáneo con que vió el retrato de Goya, y de cómo en este caso el cuadro —a pesar de su insigne autor— era inferior a la realidad. Sus ojos rezumaban rendida admiración.

Pepa estaba acostumbrada a los homenajes exagerados; en eso todos los españoles se parecían: majos madrileños, hidalgos provincianos, Grandes de palacio. Pero tenía el sentido del matiz y supo en seguida que el gran señor estaba más prendado de ella que el almirante, cuyo regreso era inminente, y quizá más también que su esposo, el teniente de marina Tudó, que ahora descansaba en Dios y en el mar. Si Francisco la engañaba y la vendía, debía saber que perdía algo muy valioso, y ella decidió venderse cara. Su ancha boca de dientes blancos y luminosos sonrió suave y cortésmente; su abanico ni rechazaba ni invitaba, y ella vió con agrado que Goya miraba, mientras seguía con amargo interés la corte que le hacía don Manuel.

El paje anunció que la mesa estaba servida. Pasaron al comedor, donde también las paredes estaban cubiertas de cuadros, con bodegones y piezas culinarias de maestros flamencos, españoles y franceses: gente atareada delante de un hogar, un cuadro de Velázquez, «Las bodas de Caná» de Van Dyck, aves, caza, pescados y frutas, tan jugosamente pintados que a cualquiera se le hubiera hecho agua la boca. La mesa ofrecía cosas selectas, aunque no voluptuosas: ensalada, pescado, pasteles y confituras, Málaga y Jerez, ponche y agua dulce helada. No había sirvientes, sino solamente el paje; los hombres servían a las mujeres.

Don Manuel estaba acuciosamente ocupado con Pepa. Le decía que ella difundía la sosegada alegría del retrato de Goya. Que sin embargo no había sospechado todo lo excitante oculto en su serenidad. Que esa serenidad era enardecedora, «emouvante», «bouleversante». ¿Hablaba francés? «Un peu», le contestó Pepa displicente. Le dijo don Manuel entonces que era más culta que las mujeres madrileñas y que a las demás, las damas de palacio, las gomosas y las majas, sólo se les podían decir galanterías huecas; con ella era posible hablar de cosas espirituales. Pepa comía, bebía y escuchaba; a través del encaje de los guantes, blanca y delicada brillaba la carne de su brazo. Más tarde, con el abanico, ella le dejó comprender que era

bienquisto. Don Manuel declaró bulliciosamente que Goya tenía que volver a retratarla así como estaba en ese momento, concentrando toda su habilidad, para él, naturalmente.

Doña Lucía se había apoderado del pintor, y estaba quieta, con un aire de superioridad, mientras observaba de lejos a don Manuel en su ajetreo con Pepa. Por la manera de mirarla, por la forma de inclinarse hacia ella, todo el mundo debía comprender la pasión que lo dominaba, y doña Lucía gozó viéndolo.

Como al acaso, beborroteando su zumo helado, dijo: «Me gusta que Pepa se divierta. ¡Pobre criatura! Viuda tan joven, y también sin padres, por añadidura… Soportó los altibajos de la suerte con admirable energía, ¿no le parece?». Luego, siempre atenta a don Manuel, continuó: «Es notable, don Francisco, que haya sido su retrato el que despertó el interés del duque por la pobre Pepa… Usted fabrica destinos, mi buen amigo. Con sus cuadros, quiero decir».

Goya creía saber de las mujeres más que nadie entre sus conocidos. Y ahí estaba doña Lucía, graciosa, delgada, disimuladora, toda una dama y bastante perversa, para dirigirle una mala broma. Volvió a oír las desvergonzadas palabras con que aquella piojosa avellanera incitara a gritos un día contra él a sus compinches, y le pareció que estaba haciendo el tonto. Ignoraba lo que Pepa conocía de lo que había tras el telón en el asunto; ignoraba si Pepa y Lucía se reían juntas a sus espaldas. Le invadió el furor, pero se contuvo, respondió con monosílabos, simuló no entender y retribuyó con frialdad las miradas de los ojos velados de doña Lucía. «Está usted hoy casi imposible, don Francisco», le dijo ella suavemente; «¿no le agrada la suerte de Pepa?». Goya se sintió feliz cuando se les acercó el abate, dándole ocasión para escabullirse. Mas apenas dejó a doña Lucía, lo llamó Pepa. Le pidió un vaso de ponche. Don Manuel notó que ella quería estar a solas con Goya, lo comprendió y no quiso incomodarla. Se reunió con los demás.

«¿Cómo me encuentras?», preguntó Pepa, perezosa y blandamente. Francisco titubeó. Le había hablado siempre francamente. De ella era la culpa si se separaban sin una explicación y no tan amigos como era posible. Si alguien debía enojarse, era él.

«No quisiera quedarme mucho tiempo», prosiguió Pepa. «¿Iré a tu casa o vienes a la mía?». Goya pareció enloquecer por la sorpresa. ¿Qué quería ella? No era tan tonta como para no haber entendido de qué se trataba, cuando la invitaron a la velada. ¿O Lucía no le habría explicado nada? Quizás fuera él quien se equivocara completamente.

En realidad, Pepa sabía ya adónde iría a parar aquello, pero se le hacía cuesta arriba resolverse. Días enteros estuvo preguntándose por qué Goya se callaba y si no debía pedirle una explicación. A pesar de su tranquilidad interior, le amargaba que la entregara tan a la ligera, ya fuese por su situación, ya fuese por su libertad, tratando también de no impedir la buena suerte de ella. Con estas reflexiones comprendió cuánto lo quería. A pesar de su experiencia, Pepa era bastante simple. Había hecho melindres a los hombres y tenido amoríos, pero supo mantenerse honesta para su Felipe. Más tarde, cuando estudió arte escénico y los hombres la cortejaron con más firmeza, los rechazó en lugar de atraerlos. Luego había entrado en su vida el almirante a velas desplegadas, y su sensación de vitalidad y la conciencia de sí fueron elevándose. Pero sólo Goya le hizo apreciar el placer verdadero y hondo. ¡Lástima que no la amara más de lo que la amaba!

Cuando Lucía le dijo que el omnipotente ministro quería conocerla, vió abierto ante sí un amplio y soleado camino que podía convertir en realidad el sueño de sus romances: castillos magníficos y sumisos sirvientes. Divagó, fantaseando lo que sería si el duque de Alcudia, el favorito, se hiciese amigo suyo. Y cuando la dueña le echó las cartas, se dejó engañar más que nunca. Con todo, resolvió quedarse con Francisco, si él quería, y aún estaba decidida a ello. Por eso le había preguntado claramente: «¿Me iré contigo o vendrás tú conmigo?». Y allí, estaba él completamente aturdido. Y como seguía callado, Pepa preguntó amablemente: «¿Encontraste otra mujer, Francho?». Y ante el silencio del pintor, agregó: «¿Te resulté molesta? ¿Por qué me echas en brazos del duque?».

Hablaba suavemente, en voz baja; para los demás parecían conversar de naderías. Allí estaba, hermosa, deseable, grata a sus ojos de varón y de artista, y —eso lo irritaba— tenía razón; él había encontrado a otra, es decir, otra mujer había entrado en su vida, asiéndolo con buenas garras; por eso la entregaba al duque. Ella no sospechaba ni la situación ni el sacrificio por Jovellanos y por España. Lo envolvió una furia salvaje; siempre mal interpretado… ¡Con cuánto gusto le hubiera pegado!

Agustín Esteve miraba a Pepa y a Lucía intuyendo los hilos de la trama. Francisco estaba en apuros; lo necesitaba; de otra manera no lo hubiera traído consigo: ¡con qué firmeza estaban ligados mutuamente! Pero él no sentía placer; se encontraba perdido y envidiaba a Francisco por sus dificultades. Lucía hizo traer el champaña. Contra sus hábitos, Agustín comenzó a beber alternativamente Málaga, que no le gustaba, y champaña, que tampoco le gustaba, y estaba triste.

Don Manuel pensó que, cumpliendo con el decoro, podría dedicarse de nuevo a la viudita, y a ella le

pareció bien. Acababa de ofrecerse a Goya muy a las claras rebajándose. Si Francisco la desdeñaba, tanto mejor; iría por el camino que le señalaba, y se realizarían sus sueños; la despreciarían, pero admirándola y colocándola por encima de las otras. No se conformaría con que todo un duque de Alcudia la eligiese; exigiría su precio, un precio muy alto, ya que parecía dispuesto a pagarlo.

Pepa era amiga de doña Lucía; concurría a menudo a sus tertulias, pero no a las veladas sociales de los Bermúdez. Razonaba y entendía que la nobleza no podía admitir a la viuda de un oficial subalterno de marina. Ahora todo sería distinto. Ligándose a don Manuel, no sería una de tantas amigas secretas sino la amante oficial, la rival de la reina.

Don Manuel había bebido y ardía por el champaña y por la viudita; quería explayarse con ella. Le preguntó si sabía de equitación. Pregunta inverosímil y tonta; eso pertenecía a las damas de los Grandes y de los ricos. Contestó Pepa que en las plantaciones de su padre había montado a menudo a caballo, pero en España apenas si conocía borricos y mulas. Tendría que recobrar muchas cosas, le dijo don Manuel; tendría que cabalgar; resultaría divina. Él era un buen jinete. Y Pepa vió su oportunidad. «Toda España», le dijo, «sabe que usted es un jinete excelente. ¿Lo veré alguna vez a caballo?».

La inocente pregunta era muy audaz; una verdadera insinuación aun en los labios de la viudita más bella del país; a los ejercicios de equitación del duque solía asistir la reina y, a veces, el rey también. ¿No sabía la señora Tudó lo que todo Madrid comentaba? Por un segundo el duque se quedó cortado; más aún, desvanecida de repente su ligera ebriedad, vió abrirse una jaula en la cual le invitaban a entrar dos hermosos labios. Se fijó más en esos labios anchos y tentadores; vió también los ojos verdes calmados fijos en él, esperando, y supo que si decía que no, si se echaba atrás, perdería a esta magnífica mujer, de la cual lo aturdían el cabello rojizo, la piel blanca, el perfume penetrante y discreto a un tiempo. Sí, podría correr una aventurilla, si se negaba, pero él quería algo más, la quería para siempre, y siempre era siempre, y la quería sólo para él… Tragó saliva, bebió, volvió a tragar saliva y dijo: «Ciertamente, señora. Naturalmente… Será un honor para mí, doña Josefa, montar delante de usted. La Corte irá en estos días al Escorial; una mañana, su rendido servidor Manuel Godoy regresará a Madrid, al picadero; se alejará por unas horas de los cuidados y los negocios de Estado y cabalgará ante usted, por usted, doña Pepa». Por primera vez empleó esa forma afectiva y familiar del nombre.

Pepa Tudó saboreó en su fuero íntimo el triunfo logrado. Pensó en los romances; las palabras de don Manuel eran tan poéticas como ellos. Cambiarían muchas cosas en su vida y muchas en la de don Manuel. Y algo también en la de Francisco. Podría prestarle algún servicio o negárselo. No lo negaría naturalmente. Pero —y por sus ojos verdes pasó una luz de venganza— le dejaría sentir su protección.

El señor Bermúdez observó que el duque se deshacía por Pepa y sintió un escalofrío. A menudo don Manuel se lanzaba impetuosamente en aventuras, pero nunca como ahora. Sería necesario cuidar de que no hubiera contratiempos. A veces, el duque se olvidaba de la reina; ésta no se oponía a que de vez en cuando echara una cana al aire, pero no era mujer para tolerar una relación seria de don Manuel. Y esto de la viudita no prometía ser cosa de unos días. Cuando la reina se enfurecía, rebasaba los límites, y en ese caso podía oponerse a la política de don Manuel, a la suya en realidad.

No quiso angustiarse por anticipado; volvió la espalda a los dos y miró a Lucía. ¡Qué hermosa, qué gran dama! Ciertamente, desde que entre sus cuadros estaba el retrato de Goya, ella no le parecía tan indiscutible en su porte de dama. En largos años de estudio, había encontrado normas claras; por la lectura de Shaftsbury, conocía lo que era bello y lo que no lo era. Pero ahora se le desvanecían los límites, y de ambas Lucías, la de carne y hueso y la pintada, emanaba un halo que percibía con inquietud.

Logrado el asentimiento de don Manuel para la visita al picadero, Pepa se entregó más confiadamente; contó de su infancia, de las plantaciones de caña de azúcar, de los esclavos y también de su relación con *La Tirana,* la gran actriz, y de sus lecciones.

Tendría que estar maravillosa en escena, le declaró en seguida el duque; sus ademanes sobrios y elocuentes, su cara expresiva, su voz que se metía en la sangre, todo le había hecho pensar en seguida que ella había nacido para la escena. «Seguramente usted canta también», dijo don Manuel. «Un poquito», contestó ella. «¿Podré escucharla alguna vez?», pidió el duque. «Canto solamente para mí», repúsole Pepa, y al ver su desilusión agregó: «Cuando canto para otro, es como si quisiera sentirlo muy mío», y lo miró fija y abiertamente. «¿Cuándo cantará para mí, doña Pepa?», solicitó en voz baja, codicioso. Ella no contestó y cerró el abanico, negando. «¿Cantó para don Francisco?», preguntó él celoso. Entonces ella cerró también la boca, apretó el ceño. Impetuosamente arrepentido, el duque rogó: «Perdóneme, doña Pepa. No quise herirla, usted lo sabe. Pero yo amo la música. No podría querer a una mujer que no siente la música dentro de sí. Yo también canto un poco. Permítame que cante para usted».

Se contaba en Madrid, que el mayor placer de la reina era oír cantar a su favorito, que se hacía rogar

mucho, y dos veces de cada tres se negaba a ello. Pepa se sintió muy orgullosa por haber sometido en esa forma al duque en el primer encuentro, pero demostró solamente una displicente amabilidad. «¿Sabes, Lucía?», exclamó. «El duque quiere cantar para nosotros». Todo el mundo se sorprendió.

El paje trajo la guitarra; don Manuel cruzó las piernas, templó el instrumento y cantó. Comenzó cantando el viejo y sentimental romance del mozo que, sorteado para quinto, tiene que ir a la guerra y piensa en el ejército, que va a ir lejos, y en Rosita, su Rosita, que se queda… Cantaba bien, con sentimiento y voz diestra. «¡Más, más!», pidieron las damas lisonjeadas, y don Manuel cantó una copla, una seguidilla bolera, la canción sentimentalmente irónica del torero fracasado en el ruedo, que ya no podía dejarse ver de la gente y menos de los toros. Doscientas madrileñas elegantes y bellas, majas y gomosas, y hasta dos duquesas, se habían perecido por él; ahora podía envanecerse si una moza de su pueblo lo dejaba acostarse en la paja a su lado. Lo aplaudieron vivamente y él se sintió satisfecho, mientras dejaba la guitarra.

Pero las damas pedían más. Tentado y titubeando, el ministro se declaró dispuesto a interpretar una buena tonadilla, pero a dúo con otro cantor, y miró a Goya. Éste, aficionado al canto y ligeramente excitado por la bebida, se prestó gustoso. El duque y él se consultaron en un murmullo, ensayaron, se acordaron y cantaron, tocaron y bailaron la tonadilla del mulatero. Éste insulta al viajero, que aumenta cada vez más sus exigencias, azuzando a la mula y al arriero, y no quiere desmontar en las subidas; al final se muestra mezquino y no añade un cuarto al precio pactado. Durante la disputa a gritos, se oye el relincho de la bestia imitado perfectamente ora por el duque, ora por Goya.

El primer ministro y el pintor de cámara de sus Católicas Majestades cantaron y bailaron enardecidos. Esos dos señores, elegantemente trajeados, no representaron al desbocado arriero y al viajero avaro: lo eran. Y lo eran más por ser quienes eran. Las damas contemplaban aquello encantadas; en cambio el abate y Bermúdez se entretenían en voz baja. Pero al culminar la violencia de la interpretación de don Manuel y de Goya, ellos también enmudecieron, sorprendidos en su experiencia mundana, sintiendo por aquéllos un ligero y sonriente desdén, nacido de la conciencia de su espiritualidad y su cultura. ¡Cómo se deshacían esos bárbaros para agradar a las damas; cómo se rebajaban sin advertirlo! Finalmente, Manuel y Francisco sintieron que habían cantado y saltado lo bastante y respiraron agotados y felices.

Pero entonces, de sorpresa, hubo otro espectáculo: don Agustín Esteve.

Los españoles consideraban la ebriedad como degradante, porque quita a los seres humanos la dignidad. Esteve no recordaba haber perdido la lucidez bebiendo. Ahora, en cambio, había tomado más de la cuenta y lo sabía. Estaba irritado consigo mismo, pero más con los invitados. Allí estaban don Manuel Godoy, un duque de Alcudia, que llevaba colgando sobre el vientre una presea de oro, y don Francisco de Goya, que se agitaba y revolvía su arte como agua sucia. La suerte había elevado a ambos desde la nada a la cumbre más alta y todavía echaba a sus pies lo que sólo podían soñar: riqueza, poder, fama, mujeres apetecibles. Y en lugar de dar gracias humildemente al cielo, se ponían en ridículo y bailoteaban como cerdos apaleados ante los ojos de la más maravillosa mujer del mundo. Y tenía que quedarse y mirar, y beber champaña, del que estaba hasta el gañote. Por lo menos sentiría el valor necesario para decir al abate lo que pensaba y a don Miguel, culto borrico de biblioteca, su ignorancia acerca del tesoro que poseía.

Con voz basta, comenzó Agustín a explayarse acerca de la hueca sabiduría de ciertos señores, que charlaban a lo ancho y a lo largo sobre su Aristóteles y su Winckelmann, como un griego y un alemán. Teniendo dinero y tiempo para el estudio, no hubiera sido difícil, siendo colegial con cuello de petimetre y zapatos con hebilla, haber podido presumir de manteísta como ellos, con el fin de ganar o mendigar una mala sopa para la cena. Sí, algunos señores tuvieron los veinte mil reales para francachelas y toros y el diploma doctoral. «Y quien no posee su doctorado, pero entiende de arte más que las cuatro Universidades y toda la Academia, así está y tiene que hartarse de champaña y pintar caballos bajo el trasero de generales derrotados». La copa de Agustín se volcó y él mismo cayó sobre la mesa con el aliento cortado. El abate sin embargo dijo buenamente: «También Agustín ha cantado su tonadilla».

Don Manuel comprendió al magro ayudante de su pintor. «Está borracho como un suizo», dijo sin maldad; pero los soldados de la guardia suiza se conocían porque durante las salidas libres vagaban por la ciudad del brazo, en largas filas, ebrios, provocativos, molestando a los transeúntes. Don Manuel advertía satisfecho la diferencia entre la borrachera pesada y perversamente excitada de Esteve y la suya, ligera, simpática, agradablemente cálida. Se sentó al lado de Goya, para abrir su corazón al pintor, amigo prudente, más viejo y tan simpático, y siguió bebiendo.

Don Miguel se entretuvo con Pepa. Era evidente que ésta tendría por algún tiempo mucha influencia sobre el duque; creyó pues conveniente, por España y por su propia carrera, asegurarse su amistad.

Don Diego se había sentado al lado de doña Lucía; conociendo a los hombres, creía conocerla también. Ella había vivido y tenía que estar satisfecha y orgullosa por haber llegado a la meta. No era fácil conquistar

a una mujer de esta clase; hombre de ciencia, filósofo y teórico, tenía su sistema, su estrategia. Cuando esa mujer mostraba una leve ironía difícil de interpretar, donde cabía cierta vanidad, era porque tenía conciencia de su origen y estaba orgullosa de ese origen. Pertenecía a la clase baja, a las majas; ella no lo olvidaba y en eso residía su fuerza. Los majos y las majas de Madrid no cedían ante nadie, se sentían españoles tan puros y aún más puros que los Grandes. El abate consideraba a la dama como secretamente revolucionaria, que en París podía representar un papel, y con esta perspectiva había elaborado su plan.

No sabía si don Miguel hablaba con ella de negocios de Estado ni si ella se interesaba en ellos. Hizo como si desde su estrado, desde su salón, doña Lucía dirigiese los destinos de España. Los primeros tanteos de paz habían tenido poco resultado: París desconfiaba. ¿No sería posible que un clérigo tolerado por la Inquisición y una dama elegante, dueña del primer salón de Europa, trataran con los parisienses los asuntos de España con menos compromiso pero con más eficacia que los estadistas de palacio? Don Diego dejó entender que tenía influencias en París, con la posibilidad de llegar hasta personajes inaccesibles a los demás. Cautamente, hilvanando galanterías, le pidió consejo y la incitó a sellar una alianza con él. La inteligente mujer advirtió que las finalidades del abate estaban más allá de la política. Pero la lisonjeaba la confianza de ese señor culto y nada ingenuo; la lisonjeaba el papel sutil y espinoso que le ofrecía. Y por primera vez sus ojos oblicuos y ambiguos lo miraron con serio interés. Mas luego mostró trazas de cansancio; era tarde y ella solía dormir bien y mucho. Se retiró, llevándose a Pepa, que quería arreglar su tocado.

Don Manuel y Goya se quedaron. Nada veían de lo que pasaba en torno de ellos; bebían y se ocupaban de sus cosas, de sus personas. «Yo soy tu amigo», aseguraba el duque al pintor, «tu amigo y protector, Francho. Los Grandes fuimos siempre protectores de las artes, y yo siento el arte. Has oído cómo canto. Y somos lo mismo, tú y yo, el estadista y el pintor. Tú desciendes de campesinos de Aragón, ¿verdad? Se conoce por tu manera de hablar. Yo tengo madre noble, pero, entre nosotros, también vengo de aldeanos. Hice de mí algo grande y lo mismo haré de ti; déjalo por mi cuenta, querido Francho. Somos hombres tú y yo. Ya no hay muchos hombres en el país: "España produce grandes hombres, pero los desgasta pronto", dicen, y es así. Con tantas guerras, quedan pocos. Quedamos tú y yo. Por eso las mujeres se pelean por nosotros. En la Corte hay ciento diecinueve Grandes, hombres solamente dos. Mi padre me llamaba siempre: "Manuel, mi torito". Torito me llamaba y tenía razón. Y no hay torero para este toro; no ha nacido todavía. Te diré, don Francisco, mi Francho: la suerte hay que tenerla, no viene sola. No es una cualidad, como la nariz, el olfato, la pierna, el trasero y lo demás; se tiene o no se tiene. Me gustas, Francho. Y yo soy hombre agradecido y te debo gratitud. De nacimiento tengo buena vista, pero sólo tú me enseñaste a ver. ¿Quién sabe si la viudita se hubiera encontrado en mi camino sin tu retrato? ¿Quién sabe si hubiera visto en ella a la diosa, sin tu retrato? ¿Dónde está? Parece que no está; no importa, ya volverá. Por suerte la dicha no huye de mí. Te lo digo yo: esta señora Tudó es toda una mujer. La que me conviene. Pero tú lo sabes ya, no necesito decírtelo. Es sutil, inteligente y habla francés. Además es artista, amiga de *La Tirana.* No se exhibe, es reservada, una de las pocas damas que hay. Y sólo muy cerca de ella se sabe cuánta música tiene dentro. Pero llegará un día, mejor dicho una noche, y podré saberlo. Y esa noche ha llegado, ¿no te parece?».

Goya escuchaba con una sensación contradictoria, sin desprecio, pero tampoco sin afecto por el ebrio. Aquello que decía era su verdad íntima. Y aun borracho, Manuel confiaba en él, lo creía amigo y era su amigo. ¡Notable la forma en que se entrelazaban los hechos! Quiso gracia para Jovellanos, pudo vencerse y entregó por eso a Pepa, y ahora Manuel era amigo suyo; Manuel, el hombre más poderoso del país… No necesitaba ya del pedante y orgulloso Bayeu, su cuñado; más aún, ahora, gracias al duque, estaba seguro de llegar a ser primer pintor del rey, contra toda oposición. Por cierto, no se puede invocar la suerte, y la afirmación del duque acerca de la cualidad innata, era sólo presunción. Goya no presumía. Tenía conciencia de las oscuras fuerzas que lo rodean a uno. Se persignó mentalmente; la suerte tiene piernas veloces, la desgracia, alas. Muchas cosas podrían ocurrir antes de ser primer pintor del rey, pero Manuel tenía razón; eran iguales, aliados, hombres. Por eso, a pesar de las fuerzas oscuras, estaba seguro de sí, de su destino. Porque ese día contaba con una fortuna: no se trataba de un diploma con el sello real, se trataba de un rostro ovalado casi moreno, de unas manos delgadas, infantiles, carnosas; la fortuna era «chatoyante», irisada como una gata… Tuvo que aguardar mucho, desesperadamente; al final, había sido invitado a la Moncloa, al palacio de Buenavista, con una invitación de puño y letra…

Don Manuel siguió charlando, pero de repente se interrumpió. Pepa estaba de nuevo allí, con el tocado en orden. Las velas estaban casi consumidas, en la sala había olor a vino desbravado, el paje dormitaba cansadísimo en una silla. Agustín se apoltronaba delante de la mesa, con la gruesa y cerril cabeza entre los brazos, los ojos cerrados, roncando. También don Manuel parecía cansado. Pepa, en cambio, parecía

perezosa, pero fresca y magnífica.

El señor Bermúdez se dispuso a encender más velas, pero don Manuel, sorprendentemente sobrio ahora, se lo impidió. «No, no, don Miguel», exclamó, «no se preocupe. Hasta la fiesta más bonita debe tener su fin».

Se dirigió hacia Pepa con pasmosa agilidad y le hizo una profunda reverencia. «Concédame el honor, doña Josefa» le dijo con voz acariciante, «de permitirme acompañarla a su casa». Calmada y amable, Pepa lo miraba con sus ojos verdes y jugaba con el abanico. «Muchas gracias, don Manuel», contestó, e inclinó la cabeza.

Y delante de don Francisco pasaron Manuel y Pepa. Afuera, dormida en un sillón, estaba la dueña. Pepa la despertó sonriendo y el sereno les abrió. Resonaron los cascos de los caballos y el suntuoso coche de don Manuel paró en la puerta. Luego el cochero de calzas rojas hizo arrancar los caballos. En un tumbo, Manuel y Pepa atravesaron la noche de Madrid, hacia casa…

10

POCOS DÍAS MÁS TARDE, mientras Goya, por cierto sin entusiasmo, trabajaba en el retrato de don Manuel, se presentó un visitante inesperado: don Gaspar Melchor de Jovellanos. El ministro había cumplido su promesa sin vacilar. La magra cara de Agustín se nubló perpleja de confusión, alegría y respeto, al ver entrar en el estudio al admirado estadista. Goya se sintió embarazado, orgulloso y avergonzado porque el gran hombre, apenas llegado, venía a darle las gracias.

«Puedo afirmar», declaró don Gaspar, «que durante todo mi confinamiento nuca dudé de que al final mis enemigos tendrían que llamarme. El progreso es más fuerte que el autoritarismo de individuos corrompidos. Pero sin su intervención, don Francisco, aquello podía durar mucho aún. Es apoyo y consuelo que los amigos osen decir alguna palabra valiente por la patria. Y es doblemente grato si la palabra la dice alguien de quien, a fuer de sincero, no se esperaba. Acepte mi gratitud, don Francisco».

Hablaba con dignidad, a pesar de que la cara severa, arrugada y huesosa permanecía hosca. Cuando terminó, se inclinó ante Goya.

Goya sabía que en los círculos liberales corrían las grandes frases, pero desdeñaba lo patético; las palabras ocasionales del visitante lo dejaban perplejo; contestó vagamente. Luego, más animado, observó que don Gaspar tenía un aspecto de salud y robustez que alegraba. «Sí», contestó rencorosamente Jovellanos, «se equivocó la gente que me supuso consumiéndome de pena en el exilio. Quiero a mis montañas. Estuve trepando alturas, cazando, estudiando en paz, y, como usted dice bien, no me sentó mal».

«Es decir», opinó respetuosamente Agustín, «que según se rumorea, durante su descanso escribió usted algunos libros importantes». «No me faltó el tiempo», contestó Jovellanos, «y puse en el papel algunas ideas. Ensayos de filosofía y de economía estatal. Amigos fieles juzgaron mis escritos buenos como para contrabandearlos a Holanda; poco seguramente o nada de todo eso llegó a Madrid». «Creo que se equivoca, don Gaspar», interrumpió sonriendo Agustín, con voz ronca pero entusiasta; «conocemos, por ejemplo, una obra breve pero importante: “Pan y toros”. El autor firma con el nombre de Cándido Nocedal, pero cualquiera que conozca una sola obra de Jovellanos, sabe quién es ese Nocedal. Y de eso escribe una sola persona en España». El rostro enjuto y rugoso del estadista enrojeció. Agustín continuó ardorosamente: «La Inquisición corrió detrás del libro y tuvo a mal traer a quien fuera sorprendido leyéndolo. Pero los madrileños no se dejaron atemorizar, copiaron y volvieron a copiar el original y muchos lo saben de memoria», y comenzó a citar: «Madrid tiene más iglesias y capillas que casas, más curas y frailes que seglares. En cada esquina se ofrecen reliquias falsas y consejas sobre mentidos milagros». Y continuó ahondando el tema con la religión reducida a exterioridades absurdas, que creó hermandades y mató la fraternidad; con esa España blanda, decaída e ignorante que en cada rincón cuelga una polvorienta imagen de la Virgen; con la confesión mensual y el empecinamiento en el vicio hasta la muerte, para concluir afirmando que no hay paganos tan bárbaros como los cristianos españoles, que temen las prisiones de la Inquisición y no el juicio final. «Don Cándido Nocedal tiene razón», dijo sonriendo maliciosamente Jovellanos.

Francisco escuchó con miedo y disgusto las resonantes parrafadas y se irritó con Esteve que las declamaba en su casa. Goya no amaba a la Iglesia ni a sus autoridades, pero esas audacias, esas blasfemias eran peligrosas, podían atraer las persecuciones de la Inquisición. Desafiaba también a la suerte. Miró a la Virgen de Atocha y se persignó. Pero el pintor que había en él tuvo que notar la transformación operada en Jovellanos. El duro rostro se había suavizado y gozaba lo grotesco de la situación, alguien le repetía las frases llevadas ocultamente a Madrid desde el destierro bajo nombre ajeno. Goya vió algo debajo de los rasgos duros de Jovellanos y supo cómo lo retrataría: todo un hombre a pesar de la terca dureza de su virtud.

Casi complaciéndose, Jovellanos evocó recuerdos de su pasado político. Contó con qué astutos rodeos pudo imponer medidas de progreso. Una vez logró, por ejemplo, una ordenanza que prohibía volcar en la calle la suciedad de Madrid. Los adversarios reunieron opiniones de médicos, según las cuales al aire sutil de la ciudad causaría graves morbos si no se le esperaba con las emanaciones de la inmundacia. Él los derrotó con otros datos médicos; el aire sutil de Madrid era bastante denso gracias al humo y al hollín de las industrias por él traídas a la capital.

Pero el amable humor de don Gaspar se desvaneció en seguida, porque estalló en crudas censuras del régimen. «En nuestros días», dijo acalorándose, «mejoramos el nivel de vida del pueblo, rebajando

impuestos. Logramos que un niño de cada ocho frecuentara la escuela. Nuestros barcos llegaban de América cargados de oro y tuvimos un fondo de reserva. El régimen actual lo dilapidó todo. Ni los señores ni las damas entienden que las prodigalidades de María Antonieta fueron la causa principal de la revolución. Gastan a manos llenas, más locamente aún. Mantienen favoritos, compran caballos ingleses y árabes, en lugar de rearmar al ejército. Nosotros hemos fomentado la educación y el bienestar; éstos siembran la ignorancia y la miseria; ahora cosechan devastación y derrotas. Con nosotros, los colores de España eran el amarillo y el rojo, con éstos, son el oro y la sangre».

Francisco juzgaba las palabras de Jovellanos como torcidas y exageradas. Tendría razón en detalles, pero el odio le falseaba el cuadro general y si Goya hubiese tenido que retratarlo en ese momento, lo hubiera representado como un fanático sombrío de frente muy estrecha, no de otra manera. Con todo, Gaspar Jovellanos era uno de los hombres más inteligentes y honrados del país. Los que se dedican a la política, por lógica deben exagerar en un sentido u otro; Goya se alegró de no tener nada que ver en política.

En tanto, Jovellanos estuvo contemplando el retrato de don Manuel con sombría mirada. Finalmente, tendió el dedo y señaló como acusando, al duque, que a medio terminar aparecía altanero en la tela. «Si este señor y su dama», dijo furioso, «no fueran tan desmesuradamente disipados, habría más dinero para escuelas. Esto es justamente lo que no quieren. Se fomenta la ignorancia para que el pueblo no note la causa de su miseria. ¿Cómo se explica que una Francia pobre derrote a todo el mundo? Se los diré, señores míos: se explica porque el pueblo francés tiene buen sentido, honestidad, salud moral. ¿Nosotros? Tenemos un rey sin cerebro, una reina empeñada en saciar exclusivamente sus caprichos amorosos y un primer ministro que ostenta un solo valimiento: muslos firmes».

Francisco estaba indignado. Carlos IV no era un genio, debía admitirlo, y doña María Luisa era caprichosa y lasciva, pero el rey tenía buenas intenciones y cierta dignidad; la reina, diabólicamente hábil, había dado al país una serie de infantes. Con don Manuel era fácil entenderse, si no se le irritaba. Además le halagaba el que estos personajes le concedieran su amistad. Creía que el poder de los monarcas es un don de los dioses y si Jovellanos pensaba lo que decía, no era un español y debía irse a Francia, al país de los ateos y los revolucionarios.

Pero Goya se dominó y dijo solamente: «¿No es usted un poco injusto con el duque?». «¿Un poco?» preguntó Jovellanos. «Mucho, espero que mucho. No quiero ser justo con un granuja. Y de todas sus maldades, la que menos le perdono es el haber sido injusto conmigo. Con justicia no se puede hacer política; con la justicia no se identifica la virtud, la que exige a veces la injusticia».

Muy suavemente, pero saboreando la doble ironía de su situación, Francisco replicó: «Después de todo, don Manuel trata de reparar lo que hizo con usted. De otra manera, ¿por qué lo hubiera sacado a usted del destierro?». Jovellanos, mirando furioso el retrato a medio terminar, contestó: «Me quita el sueño pensar que tengo que estarle agradecido». Y con esa transición repentina que hacía olvidar lo duro, lo antipático que había en él, continuó: «Pero no hablemos más de eso, sino de su arte. Le debo gratitud, don Francisco y, pensando en su arte, me satisface mi deuda. Me aseguran que usted es uno de los mejores retratistas de España». La cara de don Gaspar, al decir esto, estaba radiante, casi suavizada, y llena de amistad. Goya se felicitó de corazón por esas palabras. Mas no por mucho tiempo, porque enseguida don Gaspar se hizo inaguantable al comentar: «Me dicen también que algún cuadro suyo alcanza casi a Bayeu y Maella». El mismo Agustín se sobrecogió.

«Le debo también a don Francisco», siguió diciendo, «y por eso le debo también franqueza. Usted sabe mucho, tal vez tanto como aquéllos, quizás aun más. Pero usted se burla demasiado de las grandes verdades heredadas; usted juega con el color, disuelve la línea y con eso echa a perder su talento. Tome por modelo a David; necesitaríamos un David aquí, que se revolvería rabioso contra la Corte y su podredumbre. No pintaría damas, sino a Zeus tonante». «Viejo lunático», pensaba Francisco, «pierde todo el ingenio cuando se irrita». Y en voz alta, sin ocultar la ironía, contestó: «¿Quiere que lo retrate, don Gaspar?».

Por un segundo pareció que Jovellanos estallaría, pero se dominó y contestó apenas, casi amable: «Lástima que no acepte mis objeciones, don Francisco, porque yo lo tomo en serio a usted. Después de la política, lo que más quiero es el arte. El valor del artista, unido a la pasión política, alcanzaría lo más alto que el hombre puede lograr. En este país, David sería tan útil como Mirabeau».

Apenas Jovellanos se marchó, Goya se encogió de hombros y luego se enfureció. Había tenido que aguantar callado los escolásticos disparates del moralista. «Debimos dejarlo entre los riscos que se merecía», estalló volviéndose hacia Agustín; «Y tú tienes la culpa; me miraste tan mal, fanático reprochador, que de puro tonto dije que sí. Y tendré que aguantar quién sabe cuánto a este enojoso pedante. Se le seca a uno la paleta si él la mira».

Esta vez Agustín no se calló. «No hable usted así, groseramente y desafiando», replicó; «lo que dijo de

usted y de David es por cierto muy torpe. Pero es lógico que quiera hacer política aun del arte, hoy, en España. Tome nota de ello». Aguardó que Goya gritase, pero éste no lo hizo. Dueño de sí, con venenosa ironía, contestó: «Y esto me lo quiere enseñar un tío que cuando se inspira, apenas colorea un trasero de caballo… ¿Son políticos los traseros de tus caballos? El David de España… ¡Qué magistral desatino! El David español lo serás tú, Agustín; para eso tienes talento».

Echando adelante la gruesa y flaca cabeza, Esteve replicó sombrío y testarudo: «Le diré una cosa, don Francisco; algo te diré. Francho, ilustre pintor de Corte y miembro de la Academia. Jovellanos tiene mil veces razón, aunque te enojes y babees veneno. Tus cuadros son porquerías, a pesar de todas tus dotes, y en mis traseros de caballos hay más sentido común y política que en todas las obscenas comidillas de tus grandes damas. Y mientras carezcas de opiniones, cobardemente neutral, y aun teniéndolas te las calles, tu pintarrajear será solo zarrapastrosa porquería». Y señaló el retrato de don Manuel. «¿Te atreves a mirarlo? Es una infamia… ¡Qué vergüenza! Hace una semana que embadurnas la tela y no te sale nada. Y lo sabes. Pintas un uniforme magnífico y rutilantes condecoraciones con maravillosos colores, y la cara sigue vacía, todo está vacío. Emporcado, no pintado… ¿Y por qué? Porque lo quieres hacer hermoso. Y tu Manuel está hecho de la misma pasta que tú, orgulloso y vanidoso y miserablemente atento a su poquito de reputación. Por eso no te atreves a pintarlo como es; tienes miedo de la verdad, de su verdad y de la tuya… Eres un collón». Esto colmaba la medida. Echando adelante la redonda cabeza leonina de rústico, Goya saltó sobre él, apretando los puños poderosos: «Calla la boca, bufón melancólico», ordenó amenazador: «Ni lo pienso», contestó Agustín. «Estás ensuciando telas tus diez horas diarias y te ufanas de tu laboriosidad y de tus miles de cuadros. Te digo que eres vergonzosamente irresponsable, viciosamente sucio. Desertas, por cobarde; no mereces el don que posees. Pintando a doña Lucía, encontraste una luz nueva, un aire nuevo. ¿Y qué sacas con ello? En lugar de concentrarte y dedicarte a lo nuevo hasta dominarlo, te abandonas a tus manos y sigues con mamarrachos brutales en tu vieja rutina».

«¿Te callarás la boca, perro maldito?» exclamó Goya tan amenazante que cualquiera se hubiera alejado; pero no don Agustín. Éste vió que Goya respiraba con dificultad y recordó que el irritado amigo se quedaría sordo en seguida. Por eso levantó aún más la voz: «Tal vez», le gritó, «tu Manuel estará satisfecho con esta porquería, pero no deja de ser porquería, porquería efectista y por eso porquería doble. Y tú lo sabes. ¿Por qué fracasas en forma tan lamentable? Por maloliente haragán, por no querer concentrarte, por ser demasiado lascivo para ello. Una infamia… ¡Qué vergüenza! Y aguardas a una mujer que no te dice enseguida que sí y que probablemente no merece tu espera».

Lo último que Goya oyó fué «¡Qué vergüenza!». Después se hundió en una roja nube de frenesí que le destrozó oídos y cerebro; luego no oyó nada más. «¡Fuera!» rugió. «Vete con tu Jovellanos. Píntalo. Píntalo como tu David representó a Marat muerto en la bañera. ¡Fuera, te digo! ¡Fuera! ¡Y para siempre!».

Francisco no percibió la réplica de Agustín: sólo le veía mover los labios. Quiso lanzarse sobre él, pero Esteve se marchó deprisa, desmañado, a pasos muy largos.

> *… Aturdido y solo se quedó con su Manuel a medio acabar. «¡Qué vergüenza!» se repitió una y otra vez. «¡Qué vergüenza, qué vergüenza!». Luego se fué corriendo, preocupado, detrás del otro, llamándolo a gritos, aullando casi, porque no podía apreciar el sonido de su voz; le fallaba todavía el oído. «Pero quédate», gritaba, «quédate, borrico, déjame hablar. ¡Cómo eres! Me endilgas las peores groserías y, si replico, te soliviantas como una vieja tía de las infantas…».*

11

FRANCISCO GOYA había retratado casi a la mitad de los ciento diecinueve Grandes de España. Conocía sus debilidades humanas; procedía entre ellos como entre iguales. Mas en el instante de ir a la Moncloa, al palacio de la duquesa de Alba, le invadió aquel miedo que sólo sintió, cuando jovencito, al comparecer por primera vez ante el conde de Fuendetodos, el omnipotente amo de su padre.

Se reía de sí mismo. ¿Qué temía? ¿Qué esperaba? Iba a ver a una mujer que se le había insinuado claramente; aquello no pudo ser mentira. ¿Por qué se había callado ella tanto tiempo?

Había estado muy ocupada esas semanas, era cierto. Goya había oído muchas cosas de ella, la ciudad entera hablaba de lo que la duquesa hacía o dejaba de hacer. Dondequiera que se encontrara, tuvo que imaginar que la nombrarían, y lo recelaba y lo deseaba al mismo tiempo. Sabía que ese nombre causaba idéntica impresión en las tabernas de los guapos y en los salones de los Grandes. Se la tildaba ignominiosamente de vicios, se contaban atrocidades y, al mismo tiempo se sentía embeleso porque la descendiente del duque de Alba, el hombre más cruel de España, era tan luminosamente hermosa, tan niña, tan altiva, tan caprichosamente licenciosa. A veces conversaba con los pilluelos de la calle sobre la próxima corrida; en seguida desdeñaba altanera el saludo. A veces, mostraba en desafío su gusto por costumbres francesas; luego procedía estrictamente a la española, como una maja. Y siempre buscaba desavenencias con la reina, la extranjera, la italiana.

En realidad, Cayetana vivía tan orgullosamente, tan extravagantemente como la reina. Tenía también caprichos costosos y no era ciertamente más virtuosa. Cuando el torero Costillares brindaba el toro a la reina, todos callaban; si se lo brindaba a Cayetana, la plaza entera estallaba en júbilo. Era un descaro hacerse construir un nuevo palacio, mientras el país sufría por la guerra las mayores privaciones. ¿No había sido la prodigalidad de María Antonieta en la edificación del Trianón una de las causas que la llevaron a la guillotina? En cambio, sonriendo temeraria en su orgullo de Alba, la duquesa continuaba los solaces de la desgraciada reina de Francia, donde ésta tuvo que ponerle término. Y muy pocos, entre ellos Francisco, podían decir si por eso la odiaban o la admiraban. Al pueblo de Madrid siempre le había pasado lo mismo con los Albas. Se irritaba contra ellos. Se reía de ellos. Pero los quería.

El palacio era pequeño; estaban invitados solamente los íntimos de la duquesa y los Grandes más encumbrados. Francisco se sentía orgulloso y feliz por estar entre ellos. Pero esa mujer era tan poco segura como el tiempo que haría el año venidero. Quizá no recordaba siquiera que lo había invitado. ¿Cómo lo recibiría? ¿Llevaría su abanico? ¿Qué le daría a entender con él? ¿Le llamaría Goya o don Francisco o, simplemente, Francho?

El coche llegó a la puerta de la reja de Buenavista y avanzó rampa arriba. Sobria, la fachada se levantaba verdaderamente imponente al estilo desornamentado de Herrera, sin aditamentos chocantes. Al abrir la puerta, se veía elevarse en vuelo una escalinata y desde el final, arriba, dominaba orgulloso sobre los visitantes un gran retrato de un antepasado. Goya tuvo que sentirse cohibido ante el nombre de Alba, el primero en el país, más antiguo, famoso y respetable que el de los Borbones. Y fué subiendo, en traje de cortesano sobre su esencia rústica, acompañado por el mayordomo, entre dos filas de lacayos. Delante de él, en voz queda y admirativa, murmurado de boca en boca, voló su nombre: «El señor de Goya, pintor del rey», hasta que arriba el portero anunció en voz alta: «El señor de Goya, pintor del rey».

Aquel señor de Goya, mientras subía, a pesar de su temor y su dignidad, observó asombrado que el interior del palacio contrastaba audaz y grotescamente con su severo estilo clásico. Allí todo ostentaba ese lujo alegre que creó casi un siglo antes de la Corte francesa, la de Luis XV y la Dubarry. ¿Quería mostrar la dueña que ella era al mismo tiempo la heredera del nombre más orgulloso y sombrío de España y la fiel secuaz de la vida galante de la decaída nobleza de Francia? Pero en las paredes del palacio la de Alba había colgado cuadros muy distintos de los que adornaban castillos parecidos de aristócratas franceses; nada de Boucher o de Watteau que hubiese correspondido a los tapices de Goya o de Bayeu. Allí había solamente pinturas de los viejos grandes maestros españoles, un retrato de un Grande de España, hosco y cruel, salido del pincel de Velázquez, un Santo sombrío de Rivera, un monje aún más fanáticamente sombrío de Zurbarán.

A la vera de estos cuadros estaban sentados los escasos huéspedes. Había cinco de los grandes señores que podían permanecer cubiertos delante del rey, acompañados por sus damas. Estaba el eterno deudor de Goya, el señor de Havré, embajador del rey niño de Francia y su Regente; ceremonioso, desteñido, pero

arrogante, con aquella hija bonitilla y flaca de apenas dieciséis años. Estaba también el abate don Diego; y además, un señor rubio, imponente, de rasgos firmes y enérgicos; antes de que se le presentaran, Goya supo quién era: el doctor Peral, el odiado, el médico, el rapabarbas.

Mas ¿quién era aquél, que serio, grave y austero constituía la negación viviente de los inútiles entretenidos que llenaban el palacio? Sí, era don Gaspar de Jovellanos, el adversario de la Iglesia y del trono, el político perdonado de mala gana, a quien el rey no había concedido aún la gracia del besamanos. Era una singular osadía el que la duquesa lo invitara ese día, cuando aguardaba a sus Católicas Majestades. Caballeros y damas no sabían realmente cómo proceder con don Gaspar. Lo saludaron fría y cortésmente, pero evitaron conversar con él. Y a él le pareció bien. Esa invitación de la primera aristócrata del reino representaba un triunfo de su causa; por lo demás, nada le importaba codearse con la más luminosa nobleza. Petulante y solitario, estaba sentado en un silloncito dorado, y Goya tuvo la impresión de que el mueblecito se destrozaría bajo el peso de tanta dignidad.

El duque de Alba y su señora madre, la marquesa de Villafranca, hacían los honores de la casa. El duque estaba más animado que nunca. «Tendrá usted una pequeña sorpresa, querido», le dijo a Goya. El abate explicó que la duquesa inauguraría el teatro de Buenavista con música de cámara; el duque colaboraría como intérprete. Goya no se interesaba mucho en eso; estaba nervioso, extrañaba la ausencia de la dueña de la casa; le parecía raro que no estuviera allí recibiendo a sus invitados. Mas también esto podía explicarlo el abate. De buena o de mala gana, había que aguardar la llegada de Sus Majestades, antes de recorrer el palacio. Sólo que doña Cayetana no quería esperar ni a la pareja real siquiera. Había organizado un servicio de información; ella entraría en la sala inmediatamente antes de los reyes.

Y allí estaba ahora. Francisco se había impuesto a menudo permanecer tranquilo al verla, pero le sucedió lo mismo que la primera vez. Los invitados, los cuadros, los dorados, los espejos, los candelabros, todo desapareció: allí estaba ella sola, ostentando una sencillez extremada, casi desafiante. Su vestido blanco carecía de adornos, tal como lo llevarían las damas de París en ese momento; de su delgada cintura, ceñida por ancha banda, caía hasta el suelo la amplia falda, orlada con un vivo de oro pálido. En la muñeca llevaba una esclava de oro; ningún otro adorno más. El cabello negrísimo fluía en ondas espesas, en indomables rizos, hasta los hombros desnudos.

Goya se quedó como petrificado. Sin cuidarse de los que tenían derecho de saludarla antes que él, quiso adelantarse. Pero como si obedeciera a un plan trazado exactamente, desde la caja de la escalera, aumentando en resonancia, llegó el anuncio: «Sus Católicas Majestades». Los presentes formaron fila y Cayetana fué al encuentro de los soberanos.

El maestresala, levantando su bastón, anunció otra vez: «Sus Católicas Majestades y su Alteza el duque de Alcudia». El rey Carlos IV, imponente, ventrudo, voluminoso a pesar de sus cuarenta y seis años, llevaba un frac rojo con bordados de plata y encima la ancha banda del Toisón de Oro; bajo el brazo, el sombrero de tres picos, en la izquierda un bastón. La cara roja, amable y franca, con la gran nariz carnosa, la boca sensual y la frente estrecha a pesar de la calva incipiente, trataba de parecer majestuosa. Un paso atrás, llenando la puerta con la falda ahuecada, cubierta de joyas como la imagen de un Santo, un enorme abanico en la mano, apareció doña María Luisa de Parma, la reina; gigantesco, casi rozando el dintel, ondeaba el penacho de su sombrero. A la zaga, don Manuel, con la habitual sonrisa un poco fría en su bello rostro serio. En una reverencia cortesana, la duquesa de Alba besó la mano del rey y la de doña María Luisa. Ocultando apenas la sorpresa, la reina examinó con sus negros ojillos penetrantes el tocado insolentemente sencillo con la que la orgullosa duquesa osaba recibir a Sus Majestades.

Formaron corrillo. Y como si ése fuera su sitio, allí estuvo Jovellanos, el rebelde. El soberano, lento en ver, no lo reconoció en seguida. Luego, carraspeando, dijo: «Hace mucho que no nos vemos. ¿Cómo está usted? Tiene excelente aspecto». En cambio, la reina no pudo ocultar un segundo su penosa sorpresa; luego pensó que sería necesario aprovechar al financiero, puesto que se le trajo del destierro. Y aceptó graciosamente el besamanos del rebelde. «En estos durísimos tiempos, señor», le dijo, «nuestro pobre país necesita de los servicios de todos, sin distinción; por eso el rey y yo le dimos a usted también la ocasión de sincerarse». Hablaba en voz alta con su tono tan agradable; todo el mundo pudo admirar así la ambigua cortesía con que la soberana salía del paso. «Gracias, Majestad», contestó Jovellanos y empleó a su vez un tono oratorio que se escuchó en toda la sala. «Sólo espero que mis facultades no se hayan herrumbrado en ese obligado lapso de inacción». «Ya me pagarás todo esto», pensó María Luisa, refiriéndose a la de Alba.

Visitaron el palacio. «Muy bonito, muy a tono», exclamaba don Carlos admirado. La reina, en cambio, observaba con la envidia de buena conocedora los valiosos detalles de la instalación. Señaló las obras de arte de los antiguos pintores españoles, que pesaban con extraña frialdad sobre aquellos graciosos inútiles. «Obras muy raras ha colocado usted en las paredes, querida», observó; «yo me estremecería debajo de estos

cuadros».

En el teatrito, aun los Grandes más reservados e indiferentes lanzaron exclamaciones de asombro. La habitación en azul y oro resplandecía suntuosa y discreta al mismo tiempo a la luz de un sinnúmero de velas. Palcos y asientos, del material más noble, se ofrecían incitantes con cortesana delicadeza. Mas los pilares del escenario se destacaban por las viejas figuras heráldicas, testimonio de que la dueña de la casa reunía los títulos de siete Grandes de España.

Y llegó el instante esperado por el duque de Alba desde varias semanas atrás. El maestresala pidió a las damas y a los caballeros que se sentaran. En el escenario se presentaron el duque, su cuñada María Tomasa y la pequeña Genoveva, la hija del señor de Havré. La cuñada del duque, hermosa dama de pelo negro, resaltaba con su robustez al lado de la joven y del duque, pero tocaba el más pequeño de los tres instrumentos: la viola. En cambio, bonitilla y flaca, escasa de cuerpo y vestido, Genoveva tocaba el violoncelo, grande para ella. El duque tañía un instrumento cada vez menos empleado, el barítono o «viola di bordone», una suerte de violón de muchas cuerdas, no muy voluminoso, de sonido profundo, emotivo, duro y dulce al mismo tiempo.

Acordaron sus instrumentos, se hicieron señas con la cabeza y comenzaron un «Divertimiento» de Haydn. Doña María Tomasa tocaba tranquila y segura; Genoveva tañía su enorme violoncelo, atenta y sobria, con los ojos de par en par. El duque, en cambio, siempre tan frío y ausente, se animaba; sus dedos se convirtieron en seres de vida propia, los bellos ojos tristes resplandecieron, el cuerpo, tan rígido generalmente, ondulaba al arrancar la secreta esencia de su instrumento. Embelesada y conmovida, la anciana marquesa de Villafranca contemplaba a su querido hijo. «¿No es un artista mi José?», preguntó a Goya, sentado a su lado. Pero don Francisco veía con un solo ojo y escuchaba con un solo oído. Todavía no había hablado una palabra con Cayetana, ni sabía si ella lo había visto.

La música gustó a los invitados; las loas dedicadas al duque de Alba, sonriente y agotado, eran sinceras. Hasta el rey olvidó que José, más de una vez, un poco rebelde, se excusó con transparentes pretextos cuando lo invitó a tocar en su cuarteto, y se dispuso a decirle algo agradable, con mucha magnanimidad. Corpulento y rechoncho, el monarca se enfrentaba al primero de sus nobles, flaco y delicado. «Es usted un verdadero artista, don José», le declaró el rey, «y eso es raro en un señor de su alcurnia. Mas a decir verdad nada puedo hacer yo con mi modesto violín contra su barítono».

La duquesa de Alba explicó que su escenario pertenecía a los aficionados y preguntó si alguno de sus huéspedes quería tocar. La reina, simulando indiferencia, pero de manera que todos la oyeran, preguntó: «¿Qué pasa, don Manuel? ¿No quiere ofrecernos un romance o una seguidilla bolera?». Don Manuel vaciló un segundo; luego, sumiso, contestó que su pobre labor no estaba de acuerdo con un ambiente tan refinado. Doña María Luisa insistió. «Nada de melindres, don Manuel», le dijo; y no era ya la reina la que rogaba, sino una mujer que quería mostrar a los conocidos los múltiples talentos de su amante. Pero don Manuel, pensando casi seguramente en Pepa, no estaba de humor para ello. «Por favor, señora, créamelo», respondió «no estoy en condiciones de cantar y no cantaré».

La respuesta era brusca; un Grande no podía contestar así a su reina, un favorito a su dama, por lo menos en público. Hubo un breve y preocupado silencio. Pero la de Alba tenía tacto suficiente como para saborear la derrota de la soberana pocos segundos apenas, y con toda amabilidad, invitó a los huéspedes a la mesa.

Goya tomó asiento con la nobleza menor, al lado de Jovellanos y el abate. Hubiera sido imposible de otra manera. Pero se sentía molesto, hablaba poco y comía mucho. Aún no había podido hablar con la duquesa. Después de la comida —el duque se había retirado en seguida—, Francisco se quedó clavado en un rincón, ya no irritado, pero sí blandamente desilusionado.

«Usted me rehuye, don Francisco», oyó que decía una voz algo dura, pero más estremecedora que la música del maestro austríaco. «Primero desaparece semanas enteras», continuó la duquesa, «luego se me escabulle completamente». Don Francisco la miró fijamente, como aquella vez, sin reparos; ella lo hizo en amiga, pero ni por asomo como entonces, jugaba con el abanico, que no era el de Goya, y con él por lo menos expresaba algo placentero.

«Siéntese a mi lado», le ordenó ella. «Me faltó tiempo en estos días», comenzó a contarle; «la construcción me tuvo muy ocupada. Por ahora tampoco tendré tiempo; iré al Escorial con la Corte. Apenas regrese, me hará usted un retrato en su nuevo estilo. Todo el mundo se hace lenguas de su último cuadro». Goya escuchó, hizo una reverencia y se calló.

«No me dijo usted una sola palabra de mi casa», continuó la duquesa. «Usted no es amable. ¿Y qué opina de mi teatrito? Nada, naturalmente. A usted le embelesa una escena para cosas fuertes, varoniles, con mujeres de mucho pecho y voz robusta. A mí también, a veces. Aquí, desearía hacer representar algo

distinto, muy atrevido, ciertamente, pero delicado, elegante. ¿Qué le parecería, por ejemplo, "No hay burlas con el amor" de Calderón? ¿O le parece mejor "La moza de Gómez Arias"?».

El oído de Goya comenzó a fallarle; todo bailoteaba delante de sus ojos. «La moza de Gómez Arias» era la pintoresca comedia dulce y brutal del enamorado locamente de una joven, que la seduce, se harta en seguida de ella y la vende a los moros. El corazón de Francisco dejó de latir; la de Alba conocía el enredo de don Manuel y Pepa y se reía del pintor. Farfulló algo, se levantó y, con una desmañada reverencia, se alejó.

Estaba furioso. Se repitió lo que ella le había dicho. Lo meditó. Lo pensó. Gómez Arias era un perdulario, así, pero de clase, un vicioso que atraía a las mujeres. Las palabras de la duquesa significaban, sin embargo, que él tendría con ella todas las perspectivas. Pero no quería ser tratado así, no era un niño con quien se podía jugar.

Don Manuel se sentó a su lado y comenzó una conversación entre hombres, todo confidencias. Se explayó acerca de la negativa que acababa de hacerle a la reina, en el palacio de Alba, por añadidura. «No puedo dejarme mandar», explicó, «por nadie. Canto cuando "yo" quiero. Para los que me comprenden, no para estos Grandes. Soy uno de ellos, pero ¡qué sociedad ésta! Los dos nos encendemos en seguida, Francho, tú y yo; pero ¿desearía por amantes a todas estas damas? Ni unas cinco soportaría yo. La pequeña Genoveva es agradable, pero niña aún y no soy tan viejo para divertirme con chiquillas. Además, puedo pasarme también sin nuestra amable huésped. Quiere que la cortejen semanas y meses. Eso no es para mí. Demasiado caprichosa, complicada y presuntuosa… No me gustan largos prólogos, quiero que el telón se levante en seguida».

Goya escuchaba con sordo y amargo asentimiento. Don Manuel tenía razón; esa mujer no era más que una muñeca mimada y altanera. Estaba harto y se la arrancaría del corazón. Tenía que quedarse, mientras estuvieran allí Sus Majestades. Pero en seguida que se fueran, se marcharía él también, y la de Alba y su palacio de Buenavista, tan disparatado como ella, desaparecerían a sus espaldas para siempre.

Por de pronto se unió a un grupo en torno de las dos damas del terceto musical. Se hablaba de música, y el doctor Peral, el médico, con su voz tranquila, casi baja, pero perceptible desde lejos, pontificaba como un experto acerca del barítono, que desgraciadamente pasaba de moda, y acerca de ese señor José Haydn, el compositor austríaco que había escrito muchas piezas para ese instrumento.

«Dígame, doctor», preguntó la duquesa, «¿hay algo realmente que usted no sepa?». El tono ligeramente duro era irónico, pero Goya percibió en él una delicadeza, una adhesión que lo enloqueció. Y de inmediato, esforzándose, Francisco contó una anécdota acerca de un joven conocido que en todos los salones había conquistado fama de suma sabiduría con un recurso muy simple. Sabía apenas tres cosillas aprendidas, pero se producía hábilmente con ellas. Citaba un pasaje de una obra de San Jerónimo; luego decía que Virgilio hizo a Eneas lloroso y supersticioso, para adular a Augusto, que tenía esos defectos; finalmente explicaba la composición sanguínea especial del dromedario. Con el sabio empleo de los tres temas, el astuto señorito había logrado renombre de sabio.

Hubo un breve silencio de asombro. El doctor Peral preguntó a media voz al abate con algún desdén: «¿Quién es el rechoncho señor?». Luego, con un suspiro de burla, opinó: «El señor pintor de Corte tiene razón; el saber humano es imperfecto. En mi especialidad, por ejemplo, aun el más culto sabe poco con seguridad. Hay apenas cuatro o cinco centenares de hechos que no admiten dudas. Mas con lo que un médico serio ignora y tiene que ignorar por ahora, se podría formar una biblioteca». El doctor dijo todo eso sencillamente, con la generosa superioridad del experto que sin esfuerzo guía a un grosero ignorante.

La violencia del ataque del pintor divirtió a la duquesa y quiso mostrarle el poder que ejercía sobre los hombres. Sin transición se volvió, muy cortés, hacia el duque de Alcudia. «Pude oír, don Manuel» le dijo, «que rehusaba cantar en mi teatrito. No hay un público muy exigente, estamos entre amigos. Cántenos ahora una canción, don Manuel, concédanos este placer. ¡Hablan tanto de su voz!». Mientras todos miraban a don Manuel, tensos y un poco molestos, don Carlos intervino. «¡Excelente idea!… Esto se volverá más íntimo». El ministro titubeó un instante: sería imprudente irritar más a la reina. Pero si se negaba, ¿no pasaría por tonto ante esos caballeros y esas damas? No era un bragazas. Sonrió condescendiente y lisonjeado; hizo una reverencia a la de Alba; se afirmó erguido. Carraspeó. Cantó.

Los negros ojillos de la reina tenían una perversa mirada, pero la dama sobrellevó con dignidad esta segunda humillación en casa de su rival. En su amplio ropaje cargado de piedras preciosas, mantuvo su altivo porte, levantando el agudo mentón, mientras agitaba lentamente el enorme abanico. Sus labios sonreían amables.

Goya, que la había retratado a menudo, la conocía bien; conocía cada leve arruga de su rostro roído por el ansia de vivir, el goce y los deseos insatisfechos. Nunca había sido hermosa, pero mientras fué joven, irradiaba de ella tanta salvaje y disoluta vitalidad que bien podía atraer a los hombres. Tenía, además,

magnífico cuerpo; estaba, sí, gastada por tantos partos y no quedaban más que los brazos hermosos. Con amargo regusto y leve emoción, Goya vió con qué herida en su orgullo estaba allí la reina, suntuosamente ataviada frente a la de Alba en flor y gloriosa en su sencillez. Al envejecer, la reina era dueña de un intelecto más agudo y de infinito poder, pero la otra era pasmosamente bella. Ambas eran malas y embaucadoras, y resultaba difícil saber cuál de las dos brujas era más peligrosa, si la hermosa o la fea. ¡Qué superfluo, insensato y cruel había sido el proceder de la de Alba, para humillar por segunda vez a su rival! No debía mirar por más tiempo a esa mujer. Sombríamente resuelto por décima vez, se dijo que se retiraría apenas se fuera el rey.

Pero sabía que se quedaría. Sabía que esa mujer hermosa y perversa era la tentación última, el peligro más grave de toda su vida, algo unívoco, como nunca ocurriría ya; la fuente de alto goce y dolor inhumano. Pero se llamaba Francisco de Goya y no saldría del camino hacia lo único.

Don Manuel cantó esta vez solamente tres canciones. Al concluir la tercera, la reina dijo: «Usted se proponía ir de caza muy temprano mañana, don Carlos. Creo que debemos marcharnos». Pero el rey desabrochó su hermoso chaleco; llevaba otro debajo, más sencillo, con varias cadenas de reloj. Sacó dos cronómetros, los miró, los auscultó, los comparó; le gustaban los relojes y la puntualidad. «Son las diez y doce minutos», comprobó. Volvió a guardar los relojes, se abrochó y se quedó sentado, llenando el sillón, enorme, perezoso, digiriendo cómodamente. «Podemos quedarnos todavía media horita más», dijo, «la velada es tan agradable…».

La manifestación del rey fué para don Diego una grata consigna. Hostil de corazón a las disputas, sabía que don Manuel y la soberana querían hacer las paces: hasta ese instante habían evitado prudentemente la expresión de ese sentimiento. El astuto clérigo pensó que la temperamental María Luisa, irritada por su derrota como mujer, se felicitaría por mostrarse avezada estadista, brillando en un terreno donde la rival no podía seguirla. Aprovechó la ocasión y dijo: «Su Majestad se dignó celebrar lo agradable de esta velada. En todas partes, señor, donde se reúnen españoles, de alta alcurnia o de clase inferior, se nota este alivio, porque todos adivinan que gracias a la sabiduría de su Gobierno la dura contienda va hacia su fin».

Don Carlos miró soprendido al rudo señor que llevaba con tanta elegancia la vestimenta eclesiástica. ¿Qué raro pájaro era éste? ¿Un cortesano o un sacerdote? Y no sabía cómo tomar las extrañas frases que salían de esos labios. Mas, justamente como se lo propusiera el abate, la soberana mordió el anzuelo y aprovechó la oportunidad de triunfar, si no como mujer, ciertamente como reina. Y se mostró como bondadosa madre española, que prefiere una modesta paz a la honrosa continuación de la guerra, sumamente cara en sangre y dinero. «Lo que usted dice», declaró en voz alta, «nos llena de satisfacción. El rey y yo defendimos largamente y con más entusiasmo que otros el sagrado principio monárquico contra los rebeldes de Francia. Hemos suplicado y amenazado a nuestros aliados para que cumplieran su deber de reconquistar a Francia para sus señores de elección divina. Por desgracia, los príncipes y los pueblos aliados nuestros no están dispuestos a sacrificios como nosotros y nuestros súbditos. Quieren reconocer a la República Francesa, con nosotros y sin nosotros. Pero si resistimos solos, hay que temer el ataque de otra nación codiciosa, envidiosa de nuestro poder naval, mientras libramos una lucha de vida y muerte en las fronteras… El rey y yo, pues, juzgamos haber hecho honor a nuestra nación en medida suficiente: ante Dios y el mundo, tenemos derecho a devolver la paz a nuestro pueblo. Y será una paz honrosa».

Así habló María Luisa de Parma y de Borbón. Sin levantarse, dominaba como desde el trono, con su amplio vestido, sus joyas y sus plumas, parecida a un ídolo. De los retratos de sus antepasados había copiado el porte de soberana, tenía voz ejercitada y grata, y su leve acento italiano aumentaba la solemne distancia entre ella y sus oyentes.

Sus palabras hundieron en la desesperación al pobre señor de Havré. Se había complacido con esa velada; le satisfacía que la duquesa de Alba lo invitara y que su hija, hermosa y capaz, hubiera tocado en el «Divertimiento». La breve aparición de Genoveva en el escenario había sido un rayo de luz en la negrura de la noche. Luego tuvo que ver al astuto clérigo, a esa serpiente que salpicaba de veneno a su real señor, y la odiada figura de Jovellanos, el archirrebelde, cuya cabeza debiera ofrecer a sus Majestades el verdugo y no la duquesa de Alba. Sin contar las miradas del osado pintor que con tanta vulgaridad le reclamaba dinero, en lugar de enorgullecerse por haber fijado en la tela los rasgos del embajador del pequeño rey de Francia. Y ahora le llegaba el golpe más tremendo: con sus propios oídos tuvo que escuchar cómo la reina, en presencia de sus Grandes, traicionaba con desvergonzada y clara palabra el principio monárquico que representaba. Y tenía que quedarse quieto, tranquilo, correcto, sin poder levantar la cabeza y gritar. ¡Oh, hubiera sido mejor quedarse en París y morir con su rey bajo la guillotina!

Tanto mayor era la alegría del abate y de Jovellanos. El primero estaba orgulloso por haber elegido el momento justo con su habilidad de conocedor de almas. Era realmente el único estadista aquende los

Pirineos. Y no amenguaba su sensación de victoria el que probablemente la historia nunca consignaría sus merecimientos de progresista. Jovellanos, por su parte, sabía que no era la consideración del bienestar del país lo que impulsaba a esta Mesalina, a esta ramera coronada, a proclamar sus intenciones de paz, sino la preocupación de que ella y su amante no tendrían bastante dinero, con los gastos crecientes de la guerra, para saciar su desmedida manía de despilfarro. Mas cualesquiera fuesen los motivos, ella acababa de anunciar claramente su disposición a poner fin a la guerra. Vendría la paz y también llegaría el momento en que un hombre amante del bien podría conseguir beneficiosas reformas para el pueblo.

Para la mayoría de los invitados, el anuncio de la soberana no resultó del todo inesperado, pero sí sorprendente. Consideraban la resolución real si no gloriosa, por lo menos razonable. Era bueno que la guerra terminara; continuarla era para cada uno causa de limitaciones económicas. Además cabía reconocer que la reina había sabido disimular con talento y dignidad la poco honrosa decisión.

Doña María Luisa agradó a sus Grandes, pero no a la duquesa de Alba. Ésta no podía tolerar que su rival dijera la última palabra y en su casa además. Replicó, contradijo. «Seguramente», declaró, «muchos españoles admirarán lo sabio de la resolución real. Yo personalmente, y conmigo tal vez muchos otros, nos sentiremos muy apenados, oyendo hablar de paz cuando hay todavía tropas enemigas en nuestro país. Recuerdo que aun los más pobres contribuyeron con lo último que poseían para comprar armas; recuerdo cómo el pueblo fué a la guerra, cantando de entusiasmo. Soy por cierto una mujercita alocada y no puedo remediarlo, pero después de tanto arrebato este final me resulta un poco…, ¿cómo diría?, un poco pobre».

Se había puesto de pie. Blanca y esbelta en toda su sencillez, se enfrentaba a la desbordante magnificencia de la reina.

Se le abrió el corazón al tronado embajador de Francia, señor de Havré; en España se levantaban todavía voces en defensa de lo noble y sagrado, en defensa de la realeza contra la rebelión y el ateísmo. Y contempló con emoción a esta Juana de Arco ibérica, mientras acariciaba quedamente la mano de su hija. Tampoco los demás podían sustraerse al embrujo de la Alba. La reina tenía razón y la idea de la duquesa no era más que romanticismo, locura heroica, pero evidente. Pero ¡qué hermosa estaba y qué audaz! No había en el país otra persona, hombre o mujer, que pudiera atreverse a hablar delante de los reyes como ella lo hizo. Y los corazones de todos los presentes estuvieron de parte de la duquesa.

Nadie habló. Solamente el rey, meneando su cabezota, dijo con intención apaciguadora: «Bah, bah… Pero mi querida…».

Con dolorosa lucidez doña María comprendió que también esta victoria se convertía en una derrota. Podía castigar a su atrevida contradictora, pero no debía dejar entender que las palabras de la Alba habían dado en el blanco; no demostraría violencia, pues. «Su nueva casa, querida y joven amiga», dijo con calma, «tiene la fachada del mejor estilo clásico español, pero dentro está alhajada a la moderna. Quizás debiera usted proceder de la misma forma también con su persona». Hubiera sido difícil hallar mejor réplica; la reina acababa de amonestar con dignidad a su primera dama noble. Pero María Luisa estaba enterada; de nada le valía; ella era para todos una anciana fea y la otra tendría razón aun sin tenerla…

Lo sabía también la de Alba. Hizo una reverencia a la soberana y repuso con humilde audacia: «Lamento mucho haber disgustado a Su Majestad. Huérfana muy niña, me educaron con descuido. Y así choco a veces sin quererlo con el sabio y severo ceremonial de palacio». Mas al decir esto, Cayetana miraba de reojo el retrato de su antepasado, el cruel duque de Alba, el mariscal que al exigirle cuentas el rey, entregó esta breve exposición: «4 reinos conquistados para la corona de España; 9 batallas combatidas victoriosamente; 217 sitios terminados triunfalmente; 60 años de servicios».

Con el alma vacilante, Goya asistió a la disputa. Creía en el origen divino de la realeza; para él era sagrado el deber de obediencia de los súbditos; tan sagrado como el culto a la Virgen, y las palabras de la Alba le sonaron sacrílegas y audaces. Se había persignado mentalmente: ese orgullo provocaría la maldición del cielo sobre la cabeza de la impertinente mujer. Y aun así, se le oprimió casi dolorosamente el corazón de embeleso por la altivez y la hermosura de Cayetana.

Sus Majestades se alejaron pronto, muy solemnes pero poco satisfechos. Goya se quedó. Y se quedó también la mayoría de los demás. Jovellanos creyó llegada la ocasión de catequizar a la duquesa. Quiso hacerlo en seguida, después que ella hablara; pero la orgullosa dama, ardiente y alocada patriota, le pareció un símbolo de su tierra y no se resolvió a decirle su opinión en presencia de la rival. Y tomó la palabra. «Señora», dijo, «sé de su dolor porque se pone fin a la guerra sin haberla ganado. Créame, mi corazón es tan español como el suyo, pero mi cerebro piensa lógicamente. Esta vez, los consejeros de la Corona tienen razón. Continuar la guerra sólo traería perjuicios, y no hay crimen más negro que una guerra innecesaria. Me pesa pedir a una dama que imagine lo pavoroso de las guerras; déjeme citar palabras del máximo escritor del siglo». Y citó: «“Cándido trepó y se arrastró sobre un montón de muertos y moribundos, y llegó

a un pueblo reducido a cenizas: lo habían incendiado los enemigos con todas las reglas del derecho de gentes. Hombres deshechos a golpes vieron morir a sus mujeres quemadas, con los hijos apretados sobre sus pechos sangrantes. Muchachas que fallecían con el vientre abierto, después de haber saciado los apetitos naturales de los héroes; otras, con horrendas quemaduras, imploraban el tiro de gracia. El suelo estaba cubierto de cabezas destrozadas, de brazos y piernas cortadas". Perdonen ustedes la repugnante descripción. Por experiencia puedo decirles que el escritor tiene razón. Y también puedo afirmar que en este momento, esta noche, en nuestras provincias norteñas ocurren cosas semejantes».

Carecía de tacto, pero no dejaba de tener su lado excitante el que don Gaspar citara, sin temer a la Inquisición, al más condenado de los escritores: el señor de Voltaire; sobre todo allí, en casa de los Alba. Pero la velada era muy interesante y la reunión se prolongó.

Goya había escuchado las palabras de Jovellanos como una advertencia a la de Alba. Lo que esa mujer hacía y decía era funesto. No tendría que ver más con ella. Y se dispuso a irse.

Mas doña Cayetana se volvió hacia él. Le rozó ligeramente la manga con una mano, mientras la otra jugaba invitante con el abanico.

> *Y le habló: «Escúcheme; cometí una torpeza. Le pedí que me retratase a mi regreso del Escorial». Confundido, azorado, Goya la miró, esperando algo endiablado. Confiada, insistente, cerca de él, la mujer continuó: «Una torpeza… Estaba equivocada, lo lamento y le ruego que me perdone. No puedo esperar tanto, don Francisco. Verá, o bien logro para usted una invitación a la Corte, o bien vuelvo yo en seguida. Necesito que me retrate pronto, ¿me oye, Francisco?, y tenemos que conseguir que los amigos se queden boquiabiertos».*

12

CUANDO GOYA tomaba su comida principal con los suyos, como la mayoría de las veces, era de pies a cabeza padre de familia y se sentía feliz de su mujer, de sus hijos, de la comida, la bebida y la charla. Ese día, en cambio, el almuerzo transcurría tristemente, y los comensales, incluso el áspero Esteve, se limitaban a monosílabos. Sabían que Francisco Bayeu, hermano de Josefa, enfermo hacía tiempo, sólo tenía dos o tres días de vida.

Goya miró a su mujer de soslayo. Estaba erguida, como siempre, y su larga cara nada revelaba de sus sentimientos. Los ojos claros y vivaces parecían rígidos, la boca de finos labios bajo la gruesa nariz estaba tercamente cerrada, apenas chupaba para adentro el labio superior y el mentón parecía más puntiagudo. Tenía anudado el rojo cabello dorado en pesados rodetes sobre la alta frente; como un viejo sombrero de cura, corría oblicuamente hacia atrás. En Zaragoza, apenas casado, Goya la había retratado como la Virgen, radiante de prestancia, con dos hijitos en lugar del niño Jesús y del pequeño Juan. Había vivido con ella veinte años, en la esperanza y la desilusión, en épocas buenas y malas, y ella le había dado muchos hijos. Mas, a veces él la veía como entonces aún; a pesar de tantos embarazos, en torno de la mujer de cuarenta y tres años había una gracia severa, virginalmente delicada e infantil. Francisco sabía muy bien lo que atormentaba a Josefa y le daba lástima. Con la muerte del hermano ella perdía mucho. Cuando se enamoró, Josefa amó en él al hombre, su fuerza, su perseverancia, la plenitud de su ser; de Goya pintor nada le importaba. Creía más en el genio del hermano, Francisco Bayeu, primer pintor del rey, presidente de la Academia, el artista más famoso del país, que siguió siendo el jefe de la familia; por él le tocaba a Goya todo el respeto de que gozaba, y ella sufría hondamente con que Goya se revelara contra Bayeu y sus teorías.

Josefa se parecía mucho al hermano y lo que Goya no podía soportar en él le agradaba en ella. El cuñado era, a su parecer, irritantemente presumido y terco; en cambio, le atraía en Josefa que estuviera orgullosa de su respetada familia y fuera también terca y reservada. La amaba porque era así, porque era una Bayeu de Zaragoza. A menudo había aceptado encargos ingratos, sólo para demostrarle que podía ganar lo necesario para la vida cómoda que correspondía a una Bayeu.

Ella no le enrostró nunca sus fallas artísticas, nunca tampoco sus relaciones con mujeres. Y para él esa estricta sumisión era algo lógico: la mujer que se casara con un Francisco Goya tenía que comprender que no era un santo, sino un hombre. Por eso, Bayeu trató a menudo de intervenir en la existencia de Goya, quien mandó violentamente a paseo al cuñado, al señor primer pintor del rey, al señor maestro y modelo. ¿Qué quería el cuñado? ¿No estaba con su mujer cuantas veces ella quería y aun más? ¿No le daba un hijo por año? ¿No compartía la mesa con ella? ¿No la mantenía mejor que lo normal en su clase? Era económica, casi avara; nada extraño en la hermana de un señor ejemplar. ¿No debió obligarla casi a la fuerza a desayunarse en la cama? Y con chocolate, como los aristócratas… El mejor chocolate, de Moho en el Perú, molido por el vendedor en casa, a la vista de Josefa… Bayeu le replicó altanera que se refería al origen rústico de Goya y endilgó una palabrota contra la dama con quien Francisco estaba enredado; Goya tomó al cuñado del cuello y lo sacudió; en la lucha, el frac de Bayeu, bordado en plata, sufrió algunos desgarrones.

Y ahora doña Josefa perdería al hermano y de su vida desaparecería una gran luminaria. Sin embargo se mantenía impasible y compuesta; Goya la amaba y la admiraba por eso.

Poco a poco, el silencio y la tristeza de los comensales lo aplastaron y, de repente, dispuso que el almuerzo continuara sin él; iría a ver a Bayeu. Doña Josefa levantó la cabeza y creyó comprender. Estaba satisfecha; era claro: Francisco quería pedir perdón a Bayeu, en un coloquio sin testigos, por todo lo que hiciera.

Goya encontró al cuñado en cama, en una tarima baja, sostenido por almohadones. La magra cara entre amarilla y gris estaba aún más fea, achatada, dura y sufriente. Goya notó que el conocido cuadro de San Francisco colgaba cabeza abajo; la vieja superstición decía que sólo medida tan drástica obligaría al Santo a la ayuda eficaz. Poco esperaba de eso Bayeu, inteligente y culto; había consultado a los mejores médicos, pero no desdeñaba —claro está— el recurso más descabellado, para conservar su vida a la familia, al país y al arte.

Goya se impuso conmiseración para el moribundo; era hermano de su mujer, había tenido buenas intenciones para con él, a veces le había ayudado prácticamente. Pero no sentía nada; el enfermo le amargó

la vida cuanto pudo. Con tonta prepotencia, Bayeu lo había censurado durante el Capítulo de la Catedral de Zaragoza, cuando pintaron juntos los frescos. La vergüenza, el escozor de entonces le quemaba aún. Además había tratado de malquistarlo con su mujer, mostrándole cuán despreciado era el marido y estimado el hermano. Hizo que el Capítulo le pagara de mala manera y lo despidiera vergonzosamente; en cambio, los curas aquellos donaron a Josefa una medalla de oro, por ser «la hermana de nuestro gran maestro Bayeu». Mirando al enfermo, Goya pensó con rencor en su interior que cuñado y arado sirven solamente enterrados.

Le estaba tentando el deseo de retratar a Bayeu; sin quitarle dignidad, ambición de trabajo e inteligencia, lo pintaría hundido en su sequedad, en su hueca limitación.

Bayeu comenzó a hablar con esfuerzo, redondeando parrafadas, como de costumbre. «Me muero», dijo, «te despejo el camino. Serás el presidente de la Academia; lo convine con el ministro y con Maella y Ramón. Maella tendría derecho de preferencia, mi hermano Ramón también, pero he de ser franco contigo. Eres el mejor dotado, aunque careces de educación y tienes un alto concepto de ti. Temo que tendré que responder ante Dios porque, por mi hermana, preferí al peor como hombre». Hizo una pausa, le costaba hablar y jadeaba. «Está loco…», pensó Goya, «llegaría a la Academia aun sin él. Don Manuel me lo concedería».

«Conozco tu carácter indomable», siguió diciendo Bayeu, «y, tal vez es mejor que no te haya retratado. Llegará el día en que lamentarás el haber desoído mi molesto consejo. Una vez más te advierto que debes fidelidad a la tradición clásica. Lee todos los días unas páginas de la teoría de Mengs. Te dejo mi ejemplar con su dedicatoria y muchas notas mías. Sabes lo que logramos él y yo. Modérate. Domínate. Quizás alcances algo parecido». Goya sintió una sarcástica compasión. El pobre gastaba sus últimas fuerzas, mezquino residuo apenas, para tener y dar la idea de ser un gran pintor. No había hecho más que buscar en los libros para saber si lo hacía bien. Veía bien, tenía mano hábil, pero la teoría se lo echaba todo a perder. «Mengs y tú», pensaba Goya, «me atrasaron en años y una mirada oblicua, una mueca de mi Agustín valen más para mí que todas vuestras reglas. Te complicaste la vida, pintor del rey, para ti y para los demás; la tierra será más leve para nosotros, cuando estés debajo de ella…».

Parecía que Bayeu hubiese esperado la ocasión de endilgar al cuñado el último sermón. En seguida comenzó la agonía. Con graves gestos rodeaban el lecho los íntimos de Bayeu y los parientes, Josefa, Ramón, el pintor Maella. Goya miraba de mal modo al agonizante. Las arrugas en los ángulos de la boca revelaban un doloroso esfuerzo, los labios sólo emitían severas palabras de dómine. Ni el contacto de la muerte realzaba aquel magro rostro.

El rey apreciaba mucho a su primer pintor de cámara; ordenó que lo sepultaran como un Grande y Bayeu pasó a la cripta de la iglesia de San Juan Bautista, al lado de don Diego Velázquez, el mejor artista que viera la península.

Los parientes y los pocos amigos del muerto revolvieron el taller para decidir la suerte de las obras dejadas. Había muchos cuadros acabados y sin acabar. La mayor atracción fué una tela, un autorretrato de Bayeu delante del caballete. Aunque muchos detalles, la paleta, el pincel, el chaleco, estaban ejecutados cuidadosamente, la tela no estaba terminada; hombre concienzudo, no había logrado completar la cara. A medio acabar, a través de los ojos muertos, como podrida antes de nacer, la cabeza contemplaba a esa gente. «¡Qué lástima», dijo al rato Ramón, «que nuestro hermano no haya podido concluir este retrato!». «Yo lo terminaré», dijo Goya. Los demás se sobresaltaron sorprendidos, no sin hostilidad, pero Goya se había adueñado ya de la tela.

Trabajó mucho en el retrato de Bayeu, a la vista de Esteve. Sintió piedad y poco cambió de lo hecho. Las cejas se tornaron apenas más sombrías, apenas más hondas y cansadas las arrugas desde la nariz a la boca, más hoscos apenas los ángulos de esa boca, más terca la barbilla. El odio y el amor trabajaron sin enturbiar la visión fría, atrevida e insobornable del pintor. Al final hubo el retrato de un señor esmirriado, enfermizo, envejecido, que se atormentara toda la vida y ahora estaba cansado de la dignidad y del trajín, pero consciente de su deber para darse reposo.

Agustín estaba al lado de Goya y contemplaba la obra acabada. La tela representaba a un hombre que nada pedía al mundo de lo que le correspondía, y a sí mismo mucho más de lo que podía dar. Todo eso impregnado de un aura plateada, procedente del gris luminoso y cambiante recién descubierto por Francisco. Agustín comprendió maliciosamente que esa soberana ligereza plateada subrayaba la dureza de la cara y la escolar aridez de la mano que sostenía el pincel. La figura humana del retrato era tan poco atrayente como fascinadora era en cambio la pintura. «Hiciste algo grandioso, Francisco», exclamó Agustín, admirado, gozoso.

Mucho rato estuvo callada Josefa delante del retrato del hermano. Goya preguntó:

«¿Está bien el difunto?». Josefa se chupaba el labio superior. «¿Qué harás con él?», preguntó. «Es tuyo», contestó Goya, y Josefa repuso: «Gracias».

Ella pensó dónde estaría mejor el cuadro. Por mucho tiempo no encontró un lugar que le gustara y, al final, lo envió a su hermano Manuel Bayeu, a Zaragoza.

13

ACONGOJADO GOYA aguardó noticias del Escorial, pero Cayetana no dió señales de vida. El aburrimiento de las semanas de duelo aumentó su inquietud.

De repente, inesperado, apareció un visitante de su pueblo natal, Martín Zapater. Cuando Goya vió al Martín de su corazón, lo abrazó alborotado, llamó como testigos de su alegría a todos los Santos del cielo, lo besó, lo sentó en una silla, volvió a ponerlo de pie, lo arrastró de un brazo por el taller. A pesar de su orgullo, Goya era expansivo. A menudo se sinceraba con Josefa, con Agustín, con Miguel. Pero sólo con el amigo y más que amigo Martín podía discutir su más oculta vanidad, su más secreta insatisfacción. Formuló cien preguntas a ese varón imponente, sano, bondadoso y digno, y él mismo le contó un caos de cosas, mientras Agustín escuchaba con envidia y celos.

Martín Zapater y Goya eran amigos desde que Francisco, a los seis años, fué desde Fuendetodos, su pueblo, a Zaragoza. Aprendieron juntos a leer y escribir en la escuela de fray Joaquín, pero formando parte de bandos hostiles. Goya era del bando de la Virgen del Pilar; Zapater, del de San Luis. Cuando Goya le dió al pequeño Zapater una terrible tunda, éste por admiración se pasó al grupo de aquél y desde entonces fueron amigos íntimos. Francho prestaba a Martín la excitante influencia de su extraordinaria personalidad; el prudente Martín daba el consejo práctico y hacía servicios materiales. Francho era de familia pobre, Martín, de casa burguesa, acomodada y respetable. Desde la adolescencia, Martín creyó en la vocación artística de Goya; gracias al padre de Martín, el conde de Pignatelli, mecenas de Zaragoza, hizo impartir al pequeño Francisco lecciones de dibujo y pintura.

«En nada cambiaste, pequeño», decía Goya a Zapater, que le aventajaba en estatura toda la cabeza; «solamente tu nariz gigante, tu narizota, se ha vuelto más grande todavía. Se te ve imponente y muy digno. Detrás de ti se notan las grandes familias de Zaragoza, los Salvadores, los Aznares». «Espero», pudo intercalar Martín, «que también el Castillo y la Lonja y el Puente». «Todo», contestó Francisco cordialmente, y en verdad veía clara en su mente la ciudad de su juventud, con su cansina imponencia, su polvo y su pringue, los campanarios moriscos, el antiquísimo puente sobre el Ebro perezoso de color verde grisáceo, la llanura polvorienta de color mortecino y, detrás, los montes lejanos.

Juntos ahora, volvieron a la niñez. Se abría ante ellos otra vez la vida fascinante y aventurera, y detrás de cada esquina acechaba algo nuevo que encontrar, combatir, conquistar. Ambos sentían cuánto se necesitaban mutuamente. Francisco añoraba el buen sentido del amigo que tenía los pies en la tierra y estaba siempre pronto a la ayuda; para Martín, el mundo sombrío tomaba color cuando Goya le dejaba ver las revelaciones de sus ojos y la verdad de su corazón.

En los días siguientes, Goya retrató al amigo y fueron aquéllos días benditos. Era alegría y gozo hacer surgir en la tela a Martín, tal como era, prudente, amable, digno, un poco arisco, pero cordial. Inteligentes, colmados de apacible regocijo, los ojos astutos se hundían en las mejillas carnosas sobre la nariz enorme. «Ése soy yo, pues», dijo Martín relamiéndose de gusto.

Francisco no podía decir lo que era más bello, si pintar o pasar las largas pausas charlando con el amigo. Radiante, alejaba a Agustín con algún pretexto y se abría en confidencias. Evocó así viejos recuerdos, en pintoresca confusión, muchachas, apremios de dinero, embrollos con la policía, una fuga de la Inquisición, llena de aventuras, peligrosas peleas con cuchillo o sable, disputas con la altanera familia Bayeu. Con ingenua ostentación comparó su necesitada juventud y su bienestar actual. Allí estaba en su sólida casa madrileña, con muebles caros y objetos de arte y lacayos de librea. Llegaban amigos, a quienes no siempre recibía, y tenía un coche suntuoso, la dorada berlina de estilo inglés; había tres en la ciudad. Sí, la carroza era el orgullo de Goya; su mantenimiento, sobre todo por los caballos, era muy caro en Madrid, pero a Goya no le asustaba el sacrificio; valía la pena. Y aunque fuera indecoroso por el duelo, Goya llevó al amigo en coche por el Prado de paseo.

A veces, Francho y Martín cantaban o hacían música, tocaban seguidillas, tiranas, boleros; amaban con pasión la música popular. A menudo, es verdad, discutían sobre distintas piezas, Goya convencía casi siempre al amigo y luego se reía de su lenta adaptación a gustos nuevos. Lo motejaba también porque Martín simpatizaba con el torero Costillares; Goya juraba por Ramiro. Volcaba arena en la mesa, dibujaba a los dos toreros, a Ramiro pequeño y robusto con cara leonina, a Costillares rollizo y narigón, y se reían a carcajadas.

Un día, de repente, Francisco contuvo la risa y su cara se nubló de rabia. «Me río», murmuró, «y alardeo

delante de ti porque llegué muy arriba. Magníficamente arriba… Soy pintor de cámara, pronto seré presidente de la Academia, tengo el mejor don visual de España, la mano más hábil; todos me envidian, pero te confieso, Martín, que todo es pura fachada y detrás inmundicia…».

Martín conocía las violentas reacciones y los estallidos exagerados del amigo. «Francho, Francho», dijo para tranquilizarlo, «no hables así, como un salvaje; es pecado». Goya lanzó una mirada a la Virgen de Atocha, persignándose, luego continuó: «Pero es verdad, chico. Todas mis cosas buenas tienen su lado malo; detrás se ocultan espíritus hostiles y me hacen muecas. Tuve la suerte de que mi cuñado, ese maestrillo avinagrado, se fuera del mundo por fin, pero Josefa anda por ahí pálida, apagada, y llora día y noche. Tengo la suerte de que don Manuel sea un gran amigo mío —y es el señor más poderoso de España y un joven magnífico—, pero me salió un pillastre bastante peligroso. Y me remuerde la forma en que se hizo amigo mío. Me molesta lo que se supuso de mí a causa de Jovellanos a quien no puedo aguantar. Nadie me lo reconoce. Pepa me mira irónica y se ufana de su suerte, como si la hubiese logrado por sí sola. Todos quieren algo de mí y nadie trata de comprenderme». Y con violenta palabra criticó la desvergüenza de Miguel y de Agustín, que lo incomodaban cada quince días y le exigían que se metiese en asuntos del rey y del Estado. Era pintor de Corte, pertenecía a la Corte, y eso estaba bien y él lo quería así y estaba orgulloso. Pintando, servía mejor al país que todos los presuntuosos y los reformadores políticos con su parlería. «Un pintor debe pintar», agregó agriado y furioso, sombrío el rostro macizo, «un pintor debe pintar y basta. Y de asuntos de dinero tengo que hablar una vez con quien entiende de eso», continuó con una sorprendente transición de alivio. Pero Martín creyó que Goya quería un consejo; tenía su Banco en Zaragoza y Francisco lo consideraba un perito. «Me alegro de poderte aconsejar», contestó cordial y prudente. «Por lo que veo, tu situación financiera no debe preocuparte».

No se trataba de eso. «No sufro de hipocondría», replicó Goya, «y no me gusta lloriquear. No me importa el dinero, pero lo necesito. Aquí es gran verdad aquello de que al pobre se le dejan tres únicos sitios: la cárcel, el hospital y el cementerio. Gasto lastimosamente en trajes y en domésticos que me roban. Tengo que representar. Si no lo hago, los Grandes rebajan el precio. Además, trabajo como una mula y eso ha de rendirme. En la vida no hay diversión sin dinero. Las mujeres no me piden dinero, pero a veces estoy con grandes damas y ellas quieren que el amante proceda como un gran señor».

Don Martín sabía que Goya quería con toda su alma la suntuosidad en su derredor y solía derrochar, pero después le asaltaban remordimientos y accesos de campesina avaricia. Su amigo Francho necesitaba que le animaran y Martín lo hizo. El pintor de Corte, don Francisco Goya, ganaba en una hora lo que un pastor de Aragón en todo el año. ¿No le pagaban por un retrato terminado en dos días sus cuatro mil reales? Semejante hacedor de oro no debía temer el futuro. «Tu estudio», le aseguró, «tiene mejor base financiera que mi Banco en Zaragoza».

Goya quería más consuelos de esta clase. «Todo está bien, narigón», repuso, «pero no olvides las absurdas exigencias que me llegan de Zaragoza, sobre todo de mi hermano, tú lo sabes. A mi madre, es natural, nada debe faltarle; porque la quiero y porque la madre de un pintor del rey ha de vivir holgada. Pero mi hermano es más atrevido que una rata. ¿No le instalé el taller de dorado en la Morería? ¿No le procuré encargos? ¿No le regalé mil reales cuando se casó y trescientos por cada hijo que le nació? Y con Camilo es peor aún. Me muerdo los labios antes de pedir algo para mí: por él me humillé y solicité el curato de Chinchón. Pero nunca está satisfecho. Hoy quiere para la iglesia, mañana para la rectoría. Cuando voy de caza con él, una liebre me cuesta más que un caballo».

Martín había oído muchas veces aquello. «No digas necedades, Francho», le dijo buenamente, «tienes las entradas de un arzobispo. Veamos un poco tu cuenta», propuso. «Verás», predijo Goya, «que no poseo treinta mil reales». Martín sonrió maliciosamente; el amigo acostumbraba subir o bajar las cifras, según su estado de alma.

Resultó que Goya, sin la casa y el menaje, tenía cerca de ochenta mil reales. «Es una miseria», opinó Francisco. «De todos modos», replicó Martín para reconfortarle, «con eso se puede llenar algún hueco». Meditó un rato y agregó: «Tal vez el Banco de España te conceda acciones preferidas. Si el conde de Cabarrús recobra la dirección, con la intervención de Jovellanos», continuó sonriendo, «a cuyo perdón has contribuido no poco…». Goya quiso objetar algo, pero Martín lo tranquilizó: «Déjalo de mi cuenta, lo haré en forma digna y delicada».

Francisco se sintió aliviado porque Martín le prestaba oído y le aconsejaba tan prudentemente. Se dispuso a confiarle lo más oculto, sus sueños por Cayetana, pero no le salía, no encontraba las palabras. Como no supo lo que es color hasta no descubrir su gris, había ignorado lo que es pasión antes de ver a la de Alba en su estrado. Pasión era palabra hueca, no expresaba nada de lo que lo colmaba. No se podía decir con palabras y no había nadie, ni Martín, que comprendiera su balbuceo.

Para contento de Goya, su nombramiento para presidente de la Academia ocurrió mientras Martín estaba aún en Madrid. Acudieron a su casa el pintor de Corte Pedro Maella y dos académicos con el documento. A menudo esos colegas lo habían mirado con desdén, por encima del hombro, porque no seguía como ellos las reglas clásicas, y ahora estaban allí leyendo en su pergamino con orgullosos sellos frases solemnes de veneración y gloria. Goya escuchó con deleite.

Después que la delegación se fué, Francisco no dejó traslucir sus sentimientos ni con Josefa ni con sus amigos Martín y Esteve. Con sumo desdén dijo: «Esto me trae veinticinco doblones. Para ello, tendré que ponerme una vez por semana por lo menos el traje de Corte, perder horas aburridas con sosos inútiles, oír solemnes tonterías y decirlas también. Mucho honor para tan escaso provecho…».

Quedaron solos Martín y Goya. El primero le dijo cordialmente: «Te felicito, señor don Francisco de Goya y Lucientes, pintor del rey y presidente de la Academia de San Fernando. Quiera nuestra Virgen del Pilar tomarte bajo su protección». «Y Nuestra Señora de Atocha», agregó de prisa Goya que echó una mirada a su Virgen y se persignó. Mas luego ambos comenzaron a reír y levantaron un alegre alboroto, palmoteándose mutuamente. Y cantaron la seguidilla del rústico que hereda inesperada fortuna y afirma en el estribillo que baila su fandango e insiste en ello, porque teniendo dinero puede bailar el fandango. Y bailaron su fandango.

Al final se desplomaron cansados y Goya pidió algo al amigo. Tenía, dijo, muchos enemigos, abates y guasones que en las audiencias mañaneras de grandes damas se mofaban de su oscuro origen. Hacía poco, hasta su atrevido lacayo Andrés le había mostrado con maliciosa indiferencia papeles que comprobaban que era un hidalgo, un hijodalgo, un noble. Martín sabía muy bien que la sangre y el cristiano origen de los Goya eran respetables, y que la madre de Francisco, doña Ignacia de Lucientes, pertenecía a una familia que se remontaba a los oscuros tiempos de los godos. Pero sería bueno tener en casa un documento que confirmara su puro origen. Martín le haría un gran favor convenciendo a fray Jerónimo para que, con el auxilio de los registros eclesiásticos de Fuendetodos y de Zaragoza, dibujase el árbol genealógico de su madre, para poder restregarlo por las narices a cualquiera que dudase.

Los días siguientes trajeron a casa de Goya a mucha gente que quería felicitarlo. Acompañadas por el abate don Diego, acudieron también doña Lucía y Pepa Tudó. Sorprendido, Goya se sintió incómodo y contra su costumbre habló poco. Zapater charló respetuosamente, muy complacido. Agustín, excitado por opuestos sentimientos, estuvo contemplando a las dos hermosas mujeres.

Pepa logró hablar a solas con Francisco. Perezosa, irónica, contó que vivía en el pequeño palacio de la calle de la Antorcha; don Manuel lo había adquirido de la sucesión de la condesa de Bondad Real, hacía poco fallecida. Don Manuel había venido a menudo del Escorial, para visitarla; también la había invitado al picadero de su casa de campo para exhibírsele como jinete. Goya había oído hablar ya de la ascensión de Pepa y le desagradó el chisme; a pesar suyo, tenía que tomar nota de los hechos consumados.

Pepa, además, le informó que don Manuel le había dicho que Goya sería llamado muy pronto al Escorial. «Insistí mucho en eso», agregó sin darse importancia y vió con alegría cómo le costaba a Goya dominarse para no pegarla.

> *«Yo también», declaró amablemente en voz tranquila, «yo también estuve allí». Y como él, pálido de furia, callaba, ella continuó: «Estamos haciendo carrera, don Francisco, los dos».*
>
> *«¡Hombre!», exclamó don Martín, apenas las damas se fueron. Se relamió de gusto y repitió: «¡Hombre!». Algunos días después apareció un mensajero de calzas rojas. Su mensaje invitaba al presidente don Francisco Goya a la Corte, en el Escorial.*

14

A CINCUENTA KILÓMETROS al noroeste de Madrid, visible de lejos sobre el fondo oscuro de la Sierra de Guadarrama, se levanta el monasterio del Escorial. Imponente masa de piedra, se yergue fríamente suntuoso, sombrío, rechazador. Con el Vaticano y el palacio de Versalles, el Escorial era la construcción más famosa de Europa; para los españoles, la octava maravilla del mundo.

Construyó el monasterio, en la segunda mitad del siglo XVI, Felipe II, el soberano sombrío, fanático, libidinoso, desconfiado, aficionado a las artes, burocrático, con tres propósitos. Al derrotar sus soldados al ejército francés en San Quintín, destrozaron a cañonazos, y no deliberadamente, un monasterio de San Lorenzo, el santo de origen español; la crueldad de su martirio —fué asarlo vivo en una parrilla— lo tornó muy querido en España, y Felipe, en expiación, quiso erigirle un santuario inigualable en la tierra. Además, cumplió un deseo de su padre, el emperador Carlos, que dispuso en su testamento la construcción de un sepulcro digno para sus restos y los de su esposa. Finalmente, Felipe deseaba pasar sus últimos años en soledad, en compañía solamente de sí mismo y de Dios, rodeado de monjes y oraciones.

Nada pareció bastante precioso para que esta soledad fuera digna de él, de un cosmócrata. Trajo de sus Indias occidentales las maderas más finas, de sus bosques de Cuenca los árboles mejores. En las montañas de Granada y Aracena hizo labrar mármoles negros, verdes y rojos; en los montes de Filabres, los blancos; en las canteras de Burgo de Osma, el jaspe. No sólo en España trabajaban para él los mejores artesanos, sino también en Flandes, en Florencia, en Milán. Por lejanos caminos rodaban y por los siete mares navegaban transportes para su monasterio. Y el rey examinaba cada detalle con manos y ojos; cuando estaba en campaña, le enviaban diariamente un informe. Y en la construcción se invirtieron las rentas de provincias ultramarinas enteras.

El plano era tal que el monasterio en conjunto simbolizara el instrumento de que Dios se sirvió para el martirio de San Lorenzo, la parrilla. La vasta fábrica cuadrada con sus patios representaría invertida la parrilla, las cuatro torres indicarían las cuatro patas y el palacio delantero de los Infantes, el mango.

Y allí estaba el edificio en su severa y mística pompa, desafiante, pensado y realizado para un lejano futuro, como las pirámides, pero de materiales más resistentes, de granito gris de Peralejos. Tenía 16 patios, 2673 ventanas, 1940 puertas 1860 habitaciones, 86 escaleras, 86 fuentes y 51 campanas. Poseía una magnífica biblioteca con 130.000 volúmenes y más de 4000 manuscritos. De éstos, los árabes, particularmente valiosos, se hallaron en barcos apresados, cuando llevaban los tesoros de Zidian, sultán de Marruecos. El rey moro ofreció dos millones de reales para rescatarlos, pero los españoles exigieron además la libertad de todos los prisioneros cristianos. El sultán no aceptó, los manuscritos pasaron al Escorial.

Había en el castillo 204 estatuas y 1563 cuadros, con obras maestras de Leonardo, del Veronés y de Rafael, de Rubens, de Van Dyck, del Greco y de Velázquez. Pero más que por todas estas obras de arte, los españoles se enorgullecían de los tesoros del Relicario del Escorial: las mismas reliquias. 1515 urnas eran de oro, plata, cobre dorado y maderas preciosas, muchas casi cubiertas de joyas. Se conservaban allí diez esqueletos de Santos y Mártires, perfectamente conservados, 144 cráneos, 366 húmeros y tibias, 1427 dedos de las manos o los pies. Un brazo de San Antonio, una pierna de Santa Teresa, un esqueleto de un inocente asesinado por Herodes; un trozo de la soga con que se ató a Jesucristo, dos espinas de la corona, un trocito de la esponja con que le dieron hiel y vinagre, un trozo de la madera de la Cruz en la que murió Jesús. Estaba la tinaja de barro cuya agua el Señor transformó en vino, el tintero de San Agustín, un cálculo del papa Pío V. Algunas hablillas decían que una vez un monje, trastornado por el demonio, vació muchos de los preciosos recipientes, tirando todo en confuso montón, de modo que no se supo más cuál era el brazo de San Isidro y cuál el de Santa Verónica.

En una capilla especial se guardaba la más santa reliquia, la Santa Forma, una hostia en la que Dios se manifestó en modo asombroso y edificante. Herejes zwinglianos robaron la hostia, la tiraron al suelo y la pisotearon. Pero la sagrada forma comenzó a manar sangre, las manchas se vieron claramente. Dios había demostrado que estaba vivo en la Hostia. Esto sucedió en Holanda; del monasterio flamenco la forma fué llevada a Viena, luego a Praga y entregada al emperador Rodolfo II; de éste la adquirió el cosmócrata Felipe a un alto precio: tres ciudades de los Países Bajos e importantes concesiones comerciales. Ahora la Santa Forma estaba en el Escorial y no podían verla ojos de hereje.

El ceremonial de la Corte, severo y majestuoso como el mismo Escorial, fijaba a los soberanos el tiempo exacto de residencia en el monasterio. Allí debían permanecer el rey y su séquito sesenta y tres días; las

fechas estaban preestablecidas. Carlos III, padre del monarca actual, falleció por respeto a la costumbre; enfermo del pecho, contra el dictamen de sus médicos, se trasladó al Escorial en la época prescrita.

La sombría grandiosidad del monasterio causaba verdadera opresión a Carlos IV, tan entretenido. Por eso, para las nueve semanas de la temporada, arreglaba los aposentos más a su gusto, y mientras abajo los cuartos donde Felipe II vivió sus últimos años, eran monacalmente severos y desnudos, Carlos IV residía arriba en cuartos cómodos, entre gobelinos y cuadros graciosos, con chicuelos juguetones, coquetas pastoras y lavanderas robustas y parleras.

Como era tradición, todas las semanas el soberano visitaba en la capilla a su difunto antepasado. Atravesaba el patio de los Reyes, entre las estatuas graníticas de los reyes de Judá: David con arpa y espada, Salomón con sus libros, Ezequías con el ariete, Manasés con aparatos de medición, Josafat con el hacha. Con esos instrumentos, aquellos reyes edificaron el templo de Jerusalén, y el Escorial continuaba la costumbre y era para los cristianos lo que fué el templo de Salomón para el pueblo de la Antigua Alianza.

Carlos IV pasaba delante de estos reyes, hasta la puerta mayor de la iglesia, accesible solamente a personajes de rango real, vivos o muertos. Molesto, pero digno y severo, el grueso monarca cruzaba por la suntuosa y atrevida armonía del noble edificio y era tan imponente que parecía una visión fantástica bajo la cúpula gigantesca. Entre paredes y arcos de mármol, descendía hasta el Panteón de los Infantes, con las tumbas de los príncipes que no alcanzaron el trono. Más abajo, por escaleras de granito, llegaba al Panteón de los Reyes, el salón octogonal que formaba el mausoleo más suntuoso de Europa, con paredes de jaspe y mármol negro. El sepulcro se hallaba debajo del altar mayor de la Capilla; el sacerdote que levantaba la hostia estaba justamente encima de los reyes sepultados, que así compartían la gracia.

Ahí, pues, entre ataúdes de bronce, donde descansaban los restos de sus antecesores, estaba Carlos IV.

> *Leía sus nombres en las nobles y sencillas letras y miraba los dos ataúdes vacíos que aguardaban. En uno rezaba: «Don Carlos, cuarto de su nombre», en otro, en cambio: «Reina María Luisa».*
>
> *Se quedó cinco minutos; así quería la tradición. Contó hasta trescientos. Luego abandonó la bóveda, subió por la escalera, veloz, cada vez más veloz. Pasó por la iglesia retumbante, por el patio, ante los reyes de Judá, de prisa, sin mirar. Subió a sus cuartos luminosos y alegres. Y allí, entre agradables figuras, se quitó el pesado y sombrío traje y se vistió para la caza.*

15

GOYA NO FUÉ ALOJADO en el Escorial, sino en la Posada de San Lorenzo. Debió esperarlo; a pesar de su mole, el monasterio no alcanzaba para hospedar a todos los invitados de la Corte. Se sintió molesto, a pesar de todo.

Lo visitó don Miguel. Goya preguntó por doña Lucía. Sí, ella estaba allí; estaba bien. Miguel parecía reticente. Se animó hablando de política. Contó que los arreglos de paz con los franceses en Basilea no progresaban. Francia se negaba a entregar los hijos de Luis XVI. España empeñaba en ello su orgullo; quería libertar a los príncipes y don Manuel no cedía en este punto.

Más tarde, Goya encontró al abate y a doña Lucía. El primero le explicó mejor la situación. La guerra estaba militarmente perdida, pero la reina tenía sentido común y estaba dispuesta a renunciar a los pequeños, para conseguir la paz. Carlos, instigado por don Manuel, titubeaba. En realidad, el duque de Alcudia acariciaba la idea de casarse con la princesita francesa, para tener título de príncipe real.

«Y nuestra buena Pepa lo anima en sus proyectos», explicó doña Lucía; sus ojos velados le parecieron a Goya doblemente irónicos y astutos. «¿Está aquí Pepa todavía?», preguntó el pintor con asombro y desagrado. El abate explicó: «Con el retiro del almirante Mazarredo, la señora Tudó halló dificultades para cobrar su pensión. Ha venido para presentar una petición». «La reina se admira», completó diciendo Lucía, «de que la señora no aguarde la resolución en Madrid. Usted conoce a Pepa. Está aquí y no quiere irse. Y se muere por que don Manuel se case con la princesita francesa. Se pasa cantando la balada del joven y heroico Ramiro que seduce a la Infanta…». «Lo cierto es», opinó el abate, «que la presencia de la señora Tudó en el Escorial, complica la tarea de nuestra delegación de paz».

Le desagradaba al pintor que su ex amiga se metiera en asuntos de príncipes. Era indecoroso, chocaba con el orden que Dios disponía. «Tendría usted que visitarla, don Francisco», intercaló Lucía muy cortés pero con doble fin; «para en la otra posada». Francisco resolvió evitar a Pepa.

A la mañana siguiente fué al Escorial, para asistir a la audiencia mañanera de la reina, como era usanza. No sabía si Cayetana estaba de servicio; no sabía si deseaba verla o temía el encuentro. La antecámara estaba colmada de señoritos y damas. Estaban el abate, el señor de Havré y Carnicero —Goya se agrió al verlo—, el mal colega, el chapucero de efectos llamativos y precios exagerados.

Se abrió la puerta del dormitorio real. Delante del tocador estaba sentada la reina de España. Ceremoniosamente, con los ademanes prescritos, las damas de la alta nobleza prestaban servicio, esta condesa alcanzaba el jubón, aquella duquesa, la falda, la marquesa, las cintas. Medidos los gestos, compuestas las caras, iban y venían, muñecas brillantes y tristes en la helada sonrisa. Goya se quedó perplejo: ¿era grotesco o grandioso ese trajín pintoresco y solemne, viejo de siglos?

Allí estaba la de Alba. Se le oprimió el corazón; ella se movía como todas arreglada como una muñeca. Pero mientras las otras cumplían con la tradición sobre la tumba del dominador del mundo, sólo representaban una comedia y resultaban ridículas; doña Cayetana en cambio estaba en su lugar; lo que hacía, lo que era, representaba una herencia metida desde siglos en la sangre.

Don Manuel lo llamó. Le dijo que hubiera deseado otro retrato; por desgracia, le faltaba el tiempo: las negociaciones de paz, por sí difíciles, se complicaban con problemas privados «Nuestra común amiga, la señora Tudó», explicó, «quiere que yo sea un héroe o algo parecido. Será muy lindo y patriótico, pero no puedo dejar que se desangre el país, sólo para ser el tal héroe. Soy un estadista. Debo obedecer a la razón, a la necesidad política, no al sentimiento».

Goya se violentaba escuchándolo. Ciertamente había en ello un oculto propósito, un fin, algo degradante.

«Además», continuó el ministro, «la reina está nerviosa por la gravedad de resoluciones que le incumben; se irrita por inocentes naderías, por la presencia de nuestra amiga Tudó, por ejemplo. La señora comprende el deseo de la Corona, pero está molesta, y con razón. Antes de que vuelva a Madrid, quisiera darle un gusto, una alegría. ¿Qué le parece si repitiéramos la divertida tertulia donde por usted tuve el placer de conocer a la señora?»……

«¿Es idea de Pepa?», preguntó el pintor, ocultando a medias su disgusto. «Mitad suya, mitad mía», contestó don Manuel. «Pepa cree que podemos realizar la velada aquí, en mis habitaciones del Escorial. Espera divertirse mucho».

Goya se sintió de pésimo humor. ¿Qué se le metía en la cabeza a Pepa? ¿Por qué preparaba una tertulia

equívoca en la residencia más respetable de España? «Cada gallo canta en su muladar», pensó irritado, recordando el viejo refrán. ¿Y por qué lo invitaba a él? ¿Quería ufanarse de su progreso? Comprendió que no había posibilidad de rechazar la invitación del ministro.

A la noche siguiente, por la magnífica escalinata y los largos y helados corredores, fué a reunirse con don Manuel. En la antesala encontró a la dueña de Pepa, la enjuta Conchita, que saludó respetuosamente a Goya. Pero en su magra cara se tendía una sonrisa audaz, confianzuda, vulgar.

Los invitados de don Manuel eran los mismos que entonces en casa de doña Lucía; faltaban Agustín y el prudente don Miguel. Pepa estaba muy hermosa con su sencillo vestido verde. A regañadientes, Francisco tuvo que reconocerlo y supo también lo que pasaba por ella: su rencor y su triunfo. Bastó que se fuera de su lado para que tuviera todo lo que una mujer puede ambicionar. Y allí estaba, audaz, orgullosa, en el palacio más suntuoso de España, sobres los sepulcros de los reyes y se proporcionaba una tertulia y le había ordenado acudir sin que él pudiera negarse. «Trágala, perro», se dijo a sí mismo.

Pepa lo saludó amablemente ajena, desenfadada. «Me alegro de verle la cara, por fin, don Francisco. ¿Vino para retratar a los reyes? Siento que le hagan esperar. Yo estoy por negocios; logré lo que quería y mañana puedo volverme a Madrid».

Goya la hubiese querido tomar de los hombros, la hubiese sacudido, le hubiese lanzado a la cara algunas palabrotas sucias, pero en presencia de don Manuel debía contenerse. El ministro procedía como si fuera natural que pusiera a disposición de Pepa sus magníficas habitaciones en el Escorial para una velada; estaba alegre, dicharachero, ruidoso. Pero su candidez, su desparpajo, no eran genuinos. Doña Luisa le había perdonado muchas cosas, pero ¿no se había ido demasiado lejos esta vez?

Realmente satisfecho de la velada estaba el abate. Gozaba con la presencia de doña Lucía. Con muchos astutos rodeos, muy lentamente había intimado con ella, que veía los asuntos políticos con los ojos de él; los dos sentían un pícaro placer en el irónico sacrilegio de aquella tertulia. Felipe II, gran adivino del porvenir, no hubiera soñado siquiera que sobre su tumba se divertiría el primer ministro del reino con su amante…

Pepa cantó esa noche uno de sus romances, luego otro y otro. Cantó el romance del rey Alfonso, que en Toledo se enamora de la judía Raquel la Fermosa y vive con ella siete años, abandonando a la reina, la inglesa Leonor. Los grandes se indignan y matan a la judía. El rey sufre sin tasa. Pepa cantaba que le habían arrancado su judía y que estaba triste y se quejaba, porque el deseo y la pena de Raquel le roían el alma. Mas llega un ángel y le enrostra su culpa. El rey se arrepiente y en expiación mata a mil moros.

Eso cantaba Pepa y todos escuchaban pensativos. «Nuestra Pepa», dijo don Manuel, divagando en apariencia, «quiere convertirme en un antiguo campeón español». Y Pepa, también divagando al parecer, contestó: «No tengo ni una gota de sangre moruna o judía en las venas. Soy de pura cepa de Castilla la Vieja», y se persignó. «Ya lo sé», se apresuró a decir don Manuel, «todos lo sabemos».

«Cantas mejor que antes, Pepa», le dijo Goya apenas pudo hablar a solas con ella. La mujer lo miró fijo a la cara con sus ojos verdes, según su desvergonzada costumbre. «Mis romances son más lindos que la realidad», observó. El pintor le insinuó: «Te estás interesando en política, me dicen». Amable, Pepa replicó: «No me intereso más que en España, don Francisco. Y en don Manuel. Con mi finado Felipe, y también con el almirante me interesé en la marina. Mientras fuimos amigos tú y yo, tuve interés por la pintura. ¿Recuerdas que te llamé la atención por el brazo más corto del señor Mazarredo? Ahora me intereso por don Manuel; es el mayor estadista de España. ¿Por qué no ha de llegar a ser el más grande del mundo? Mas no creas que olvido a los viejos amigos. Por mí, don Manuel aconsejó al rey que se resolviera a cubrir el cargo de primer pintor. Lástima que por ahora Carlos es egoísta y quiere ahorrarse esos honorarios».

Goya no pestañeó siquiera. «En tu lugar, Pepa», le dijo, «dejaría en manos del rey de España y en las de la Convención de la República francesa la suerte de los hijos de Luis XVI». Pepa no le quitaba los ojos de encima. «Es usted inteligente, don Francisco», replicó. «No se parece a los hombres de mis romances. Supo colocar siempre ventajosamente su obra; probablemente también el consejo que me da es bueno, pero ya lo seguí antes de que usted me lo diera».

El pintor pensó que basta ayudar a una mujer a salir del agua para que ella afirme lo contrario. Y aunque le fuese casi imposible expresarlo, gracias a su instinto de campesino y de varón, supo también lo que ella sentía, justamente porque trataba de molestarlo, demostraba cuánto le estaba apegada. Le bastaría hacerle un guiño y, a pesar de su pereza, ella volvería a sus brazos. Y le daba lástima, aunque lo escarneciera y se creyera superior.

Aguardaba a ver cómo Manuel y Pepa concluirían la velada. ¿Se atreverían a quedarse juntos esa noche en el Escorial, bajo el mismo techo que la reina, sobre las tumbas de Carlos V y de Felipe II?

Lucía y el abate se despidieron. Pepa no dió a entender que se retiraría. Y Goya tuvo que marcharse. «Buenas noches, don Francisco», le dijo Pepa indolente con su bella voz. «Buenas noches, Francho», y lo

miró abiertamente a la cara.

> *Pasó Francisco por la antesala. La anciana, la dueña, dormitaba acurrucada; cabeceó sonriendo, se puso de pie y se inclinó profundamente. Goya se persignó. La presencia de la anciana bajo el techo del Escorial le pareció más vergonzosa que la noche de don Manuel y su Pepa.*

16

EN LA POSADA entregaron una carta del Escorial para el pintor de cámara don Francisco de Goya y Lucientes. Decía: «Mañana no tengo servicio con la reina. ¿Por qué nunca lo veo a usted a la hora de levantarse? Su amiga *Cayetana de Alba*».

Goya había estado esperando el mensaje lleno de amargura. Y ahora quedaban borrados todos los malos pensamientos. «Su amiga Cayetana de Alba…». «Elle est chatoyante», pensó casi con ternura.

Al día siguiente, apenas llegó, la Alba le hizo seña que se acercara. «¡Qué suerte que por fin llega, don Francisco!», le dijo saludándolo, «tenemos mucho que hablar. Quédese usted cuando los demás se retiren». Su vocecita un poco dura era desenfrenadamente alta y llena de sincera cordialidad; todo el mundo pudo oírla.

Desdichadamente había muchas personas y algunas que Goya no podía soportar. Naturalmente, estaba el alto y rubio doctor Peral; estaban su colega, el frangollón Carnicero, el bonito y fatuo marqués de San Adrián en cuyo trato Goya veía siempre un rastro de desprecio, y el torero Costillares, para quien, ¡por Dios!, el Escorial debía ser inaccesible. Y la mujer tenía para todos graciosas miradas. Mientras esperaba, la alegría de Francisco se fué desvaneciendo. Con monosílabos se libraba de aquellos que le hablaban. Dió las espaldas a la gente y contempló los tapices colgados.

Los Albas disponían de habitaciones que el rey había amueblado con el gusto alegre de las últimas décadas. Entre los tapices había uno ejecutado sobre esbozos de Goya, cuando pintaba como se le ocurría. Una divertida escena popular. Cuatro mozas se entretenían manteando a un pelele. El grupo no estaba mal; los movimientos eran naturales. Pero esa obra le disgustaba. Esas majas no eran genuinas. No eran majas, sino damas de la Corte que jugaban a las majas, y su alborozo era el mismo, falso y helado, de la audiencia mañanera de la reina. Los gestos ridículos y dolorosos del pelele eran más reales y verdaderos que los de las mozas. La divertida escena le había gustado mucho entonces y había colaborado con amor. Todos imitaban. Sus colegas de París pintaron caballeros y damas de Versalles como pastores, tan duros y artificiosos como sus majas. Y entre tanto a muchos de esos galantes pastores y bellas pastoras les habían cortado la cabeza de muñecos. Ahora él había evolucionado y aquella escena le resultaba tonta, dura, irritante.

Los rostros huecos y gozosos del tapiz no eran realmente retratos y sin embargo lo eran. Podía demostrar que la tercera de esas damas-muñecas no era la de Alba, sin embargo lo era. En esa técnica, era superior a todo el mundo; Goya señalaba una cara y la dejaba anónima. La Alba manteaba con ganas a su pepele…

«Mis queridos señores, he concluido», declaró inesperadamente la Alba y muy cortés, pero resuelta, despidió a sus visitantes. «Usted se queda, don Francisco» repitió. «Nos iremos de paseo, Eufemia», indicó luego a su dueña, cuando los demás se fueron, y la presentó: «Doña Luisa María Eufemia de Ferrer y Estela». Francisco hizo una profunda reverencia, diciendo: «Honor y placer, doña Eufemia». En los lances amorosos de una gran dama, la dueña era una persona importante que podía echarlo todo a perder a su antojo.

Las doncellas traían al tocador nuevos potes de pomadas y cremas; el paseo requería precauciones contra el sol. Y Goya vió el rostro oval ligeramente moreno de Cayetana colorearse de blanco purísimo; aun así, con las cejas tan altas, aquél era siempre el rostro de la Alba. ¿Dónde puso los ojos cuando pintó a la tercera maja del tapiz del pelele?

«¿Qué vestido quiere para el paseo, mi cordera?», preguntó Eufemia a Cayetana. «¿El verde de París, el andaluz o el de muselina blanca de Madrid?». «El blanco, naturalmente», ordenó la duquesa. «Y la bufanda roja».

Ya no habló más con Francisco; necesitaba toda su atención concentrada para vestirse. Las aristócratas madrileñas acostumbraban tener hombres a su rededor cuando se ataviaban y enseñaban libremente brazos, hombros, espaldas y pechos; sólo cuidaban, por antigua usanza, que las piernas quedasen invisibles. La de Alba no ocultaba ni las piernas. Goya recordó a medias una vieja tonadilla, según la cual si el pie de la moza no dice que no, todo lo demás está concedido.

Con experta mirada, realista, objetivo, a pesar de la pasión y el deseo, Goya fijó en la mente la delicada armonía del acto cuidadosamente dirigido por la dueña. Eufemia era alta y seca, con una ancha cabeza de oblicua frente, nariz chata y boca viciosa, todo ello sobre un cuello fino y largo. La Alba trataba a la anciana vestida de negro y muy digna, ora dominante como a una esclava, ora con una confianza retozona, casi libertina.

El vestido de muselina era más corto de lo permitido, no tenía cola tampoco: el traje adecuado para un

paseo. Y ya estuvo también en su sitio la bufanda roja y el abundante cabello fué resguardado en una tenue redecilla. Se reunieron los acompañantes acostumbrados, el paje Julio, un niño de unos diez años, de cara insulsa y nariz puntiaguda y ojos atrevidos, y la pequeña María Luz, negrita de tal vez cinco años. La dueña tomó el quitasol, el paje un adminículo con polvos y perfumes, la negrita el perrillo don Juanito, hecho una bola de lana en sus brazos.

El minúsculo cortejo, con Cayetana y Goya al frente, recorrió los suntuosos pasillos, las grandes escaleras, y salió al parque. Pasearon por caminitos de arenisca con vueltas y revueltas entre macizos de flores, bojes y tejos en los rincones, sobre el fondo severo del monasterio. Luego Cayetana, saliendo de los jardines, se internó por un sendero de pronto muy estrecho que llevaba a la Silla del Rey, un espolón rocoso con la famosa vista del Escorial.

El aire era gozosamente fresco, el sol pálido en el cielo claro; soplaba un suave airecillo. La Alba caminaba firme y contenta, echando hacia afuera los pies, según la moda. En la izquierda, agitándolo levemente, llevaba el abanico cerrado. Alegre y resuelta subía por el sendero sembrado de piedras, que se elevaba poco a poco por terrenos baldíos y grises hasta los contrafuertes del Guadarrama.

Inmediatamente detrás caminaba Goya. Era norma de la Corte el traje de etiqueta para los huéspedes del Escorial, y él se sentía duro y molesto en sus ropas demasiado ajustadas; hasta el sombrero y la peluca le apretaban. Delante veía el cuerpo menudo de la de Alba, con la roja bufanda tirante que modelaba las caderas delicadamente combadas. Ante él, pequeñita, esbelta y delgada no caminaba, no saltaba, no bailoteaba; era difícil hallar la palabra exacta para indicar la forma de su paso.

El camino por el soleado desierto de piedra, gris oscuro y a veces blanduzco, le pareció eterno a Goya. La dueña movía dignamente y sin quejas sus viejos huesos: el paje llevaba aburrido polvos y perfumes; María Luz, la negrita, corría adelante y atrás; el perrillo ladraba molesto, como exigiendo algo, y a cada instante quería ser puesto en el suelo para hacer aguas. Goya tenía conciencia de lo ridículo de esa procesión pintoresca, fatua, a la moda, que ascendía por el antiquísimo desierto.

Por encima del hombro la de Alba hablaba a Goya. «¿Está la señora Tudó en la misma posada que usted?», preguntó «La señora Tudó se marchó, según he oído», contestó él tratando de parecer indiferente. «He oído…» repitió Cayetana y continuó: «¿No dió usted una fiesta muy bonita a esa señora? ¿O fué don Manuel? Cuénteme algo. No sea tan pedantemente discreto. Don Manuel sabe perseverar, pero la italiana no cede fácilmente. ¿Quién cree usted que se saldrá con la suya?». «Estoy muy poco enterado, señora duquesa», contestó Goya secamente. «Por lo menos no me llame señora duquesa», exigió la de Alba.

Allí estaba ahora el saliente de la roca, la Silla del Rey, lugar preferido de Felipe II, desde donde vió crecer su monasterio piedra a piedra. La de Alba se sentó con el abanico cerrado en la falda; la dueña y los dos niños se acomodaron detrás. Goya se quedó de pie. «Pero siéntese usted también», ordenó Cayetana por encima del hombro. Goya se acurrucó en el suelo sin elegancia, con el estorbo de la espada y los guijarros puntiagudos. «Cúbrase», ordenó la mujer y él no comprendió si empleaba con segunda intención o no, en serio o irónicamente, la fórmula con que el rey distinguía a sus doce primeros Grandes.

Desde allí la de Alba, figurilla delicada y caprichosa, sentada en la piedra, miraba el monasterio por encima del desierto centelleante. Así debió sentarse su antepasado, que el fanático Felipe traía a menudo allí; y allí ese Alba ya lejano debió meditar las instrucciones que el rey impartía cortésmente: órdenes para atacar un reino rebelde, para aniquilar una provincia de herejes.

La de Alba estaba muy quieta, los demás se mantenían inmóviles. Los cohibía el centelleo del vasto desierto de piedra, de donde brotaba el edificio duro y mortecino como ese mismo desierto.

Goya miraba fijamente el yermo pétreo. De pronto vió moverse algo sobre la piedra, una criatura sin cuerpo y visible sin embargo claramente, del mismo color gris que la piedra, un enorme sapo. ¿No sería una tortuga? Era algo con cabeza humana, con ojos enormes. Ese ser se arrastraba lentamente, sin pausa, cada vez más cerca; descomunal, sonriendo infernalmente, seguro de sí y de la presa, venía hacia ellos. Era necesario huir. ¿Por qué se quedaban todos sentados? Hay espíritus que actúan sólo de noche, otros tienen poder de día. Son raros, pero más peligrosos. Goya conocía al espectro que se acercaba arrastrándose en plena luz; cuando chico, había oído hablar de él; su nombre era inocente, casi gracioso, se llamaba «El yantar» o, con apodo más simpático, «La siesta». Pero era caprichoso en su fisgar y brillar y agradar, se mostraba solamente con el sol y había que tener fuerza y ponerse de pie y marcharse.

Mas la de Alba comenzó a hablar, el espectro desapareció y el desierto se quedó vacío. «¿Sabe usted», dijo la de Alba, «que esta vez en el Escorial me ocurrirá algo extraordinario?». «¿Cómo lo sabe?», preguntó Goya. «Me lo dijo mi Eufemia», contestó Cayetana, «y se puede confiar en ella. Sabe mucho del porvenir. Se las entiende con las brujas. Por lo menos se las entendía, si no sigue con el vicio…». «¡Corderilla de mi alma!», imploró la dueña. «El señor pintor de Corte es inteligente y comprende una broma. Pero cuando

usted se lanza, habla así también con otros…». «Cuéntanos algo, Eufemia», ordenó la duquesa. «Cuéntanos de los sepultados vivos en los muros del Escorial», «Son historias viejas», contestó la anciana, «y seguramente don Francisco las conoce». «No rehuyas el compromiso», ordenó Cayetana, y entonces Eufemia comenzó.

Un joven de la aldea de San Lorenzo, un tal Mateo, protestaba de las fuertes gabelas impuestas a los campesinos por los monjes. Era todo un hereje. Los monjes lo denunciaron. Mateo se trasformó en perro negro y aullaba todas las noches, para azuzar a los aldeanos contra los frailes. Por fin, los monjes ahorcaron al perro. Pero el can se trasformó otra vez y se presentó en el pueblo como imponente joven guerrero; afirmó haber matado a ciento veintisiete moros e intrigó a la gente contra los Hermanos del monasterio. Pero un sabio monje descubrió que Mateo, el perro y el guerrero eran la misma cosa y lo denunció a la Inquisición. A la vista de los alguaciles, el guerrero se volvió can otra vez. Los Hermanos lo apresaron y lo sepultaron vivo en los cimientos de la ampliación, porque fué en tiempos en que el monasterio fué convertido en castillo. «Aún hoy», concluyó diciendo la anciana, «se oye a veces aullar el perro en las noches de luna llena». «Interesante historia», comentó Francisco.

«Además», dijo la de Alba volviéndose a medias hacia Goya, «tengo a otra que me predice el futuro, una doncella de mi abuela. Se llamaba Brígida y fué quemada en una época como bruja. Muchos dijeron que era inocente, pero cuando el verdugo le pidió el beso del perdón, ella no se lo dió, prueba segura de que era una bruja. A veces viene a verme y me anuncia lo que sucederá. Vale mucho para las profecías». «¿Y qué le predijo?», preguntó el pintor. Cayetana contestó franca, objetivamente: «Que no envejeceré y que debo aprovechar mi vida, si algo quiero de ella».

> *Luego volvió hacia él la cara, lo miró con sus grandes ojos de acero y le preguntó: «¿Cree usted en las brujas?», «Naturalmente; creo en ellas», contestó desabrido Goya, y en el grosero dialecto de su pueblo, que a veces le agradaba emplear, insistió: «Naturalmente; creo en las brujas…».*

17

PASARON LOS DÍAS y Francisco nada vió ni nada supo de ella. Se quedó en su cuarto de la posada esperando. Dibujó al monstruo del mediodía, una, dos, tres veces. «Elle est chatoyante», pensó.

Inesperadamente, fué invitado a trasladarse al monasterio. En un cálido y jubiloso sobresalto, supuso que ella le había conseguido el favor. Mas no, era el rey mismo quien quería que estuviese en el Escorial. La penosa situación política estaba superada, la falta de entendimiento entre Manuel y doña María Luisa, zanjada. El rey tenía tiempo y deseo de que Goya le retratara. Carlos apreciaba a Goya; a pesar de su cómoda parsimonia, tenía sentido de la representación. Sentía también el deber tradicional de los soberanos españoles de fomentar el arte, la pintura en particular, y no como una carga. Le lisonjeaba la idea de perpetuarse en las telas de verdaderos artistas.

Con suma diligencia discutió con Goya cómo se retrataría esta vez. Quería tres cuadros elocuentes, como para recordar en seguida a cada súbdito la firma real: «Yo el Rey». Goya admiraba a Velázquez que en sus retratos de Felipe sabía reflejar la majestad del manto en la luz del rostro. Y aprendió de él el arte de fundir en una unidad hombre y traje. Había pintado a Carlos en ropajes rojos, azules y pardos, recamados en oro o plata, con bandas y estrellas, en púrpura y armiño, con uniforme de guardia de corps, de pie, a caballo; a menudo, de la cara bonachona, un poco ruda y llena de severidad de Carlos IV, y de los trajes suntuosos, del doble mentón caído sobre el pecho, del vientre abultado y las brillantes condecoraciones, había logrado hacer algo nuevo, orgánico, que daba la idea de la realeza, sin disimular la lenta corpulencia del soberano. Se divertía buscando variantes del tema familiar.

Carlos tenía conciencia de que debía ayudar a su pintor y resistía a veces sesiones cansadas. No provocaba pausas, pero las agradecía. Entonces conversaba amablemente con Goya, como lo hacen dos españoles. Hasta se quitaba la pesada ropa, se arrellanaba en un sillón o se paseaba a medio vestir en el cuarto. Así se veían las cadenas de sus relojes, de los que hablaba a menudo. Un poco en serio un poco en broma, decía que en algo se sentía superior a su gran antepasado el emperador Carlos: había logrado que sus relojes marcaran al segundo la misma hora. Y con orgullo los sacaba, los comparaba, los oía, se los mostraba a Goya, se los hacía escuchar. Lo esencial, explicaba, es que se lleven encima de uno. Para brindar un servicio exacto, el reloj necesita la inmediata vecindad del cuerpo, porque es también algo humano. Y cuidaba de que sus preferidos fueran llevados constantemente por una persona; confiaba a su ayuda de cámara aquellos que no podía llevar él mismo.

Para los retratos encargados, Francisco hubiera necesitado apenas tres o cuatro sesiones; con los esbozos y la ayuda de uniformes y trajes que se le enviaran al estudio, hubiera trabajado tal vez mejor y más rápidamente. Mas el rey se aburría, las sesiones le divertían y estuvo con el pintor cinco días, ocho días, mañana tras mañana, dos y aun tres horas. Le agradaba entretenerse con Goya. Le preguntaba por sus hijos y le hablaba de los suyos; o charlaba de la caza. Le explicaba sus platos preferidos, sin olvidar la bondad de los jamones que le llegaban de Extremadura, patria de su querido Manuel.

Finalmente, la reina declaró que Carlos había monopolizado a Goya lo suficiente y que ahora lo quería para ella. Estaba de buen humor. No había tomado en tragedia, como se temiera, la noticia de la orgía de Pepa en el Escorial. Lo importante era que la mujer se había ido y que podría gozar otra vez de la presencia de Manuel sin obstáculos. Éste, a su vez, sintió un gran alivio, cuando María Luisa evitó la temida escena; le encantaba pensar que por una temporada no escucharía las incitaciones de Pepa al heroismo. Además, la inteligente soberana demostró mucha magnanimidad: hizo como si él hubiese trabajado siempre por la reconciliación con Francia y lo elogió ante los Grandes y los Ministros como el estadista que daría la paz al país. Y la amistad entre la reina y su primer ministro fué más estrecha que nunca.

Goya encontró, pues, a una María Luisa muy jovial y graciosa. La había retratado unos diez años antes, princesa todavía. Aun tan áspera y fea, pudo conquistar entonces a un hombre. Ahora estaba más vieja, y fiera, pero se esforzaba en valer como reina y como mujer. Traía de todas las capitales europeas, trajes, ropa blanca, pomadas caras, aceites, perfumes; se ponía por la noche una máscara de arcilla y unturas, se ejercitaba con el maestro de danza y se paseaba delante del espejo, con cadenitas en los tobillos, para mejorar su forma de andar. Con soberana desvergüenza contaba a Goya los esfuerzos para afirmarse como mujer. Su salvaje energía impresionaba al pintor que quería pintarla tal como era: fea e interesante.

Echaba de menos los recursos de su taller y más aún a Agustín con sus consejos, su hosca crítica, sus muchos y buenos servicios. Por la limitación del Escorial, con tantos invitados, no podía pedir que lo

llamaran.

En esos días, don Manuel había regalado a la reina, al reconciliarse, el potrillo Marcial, orgullo de sus caballerizas, y montada en él quiso la reina un retrato. Realizar ese cuadro sin ayudantes y en breve plazo era casi imposible. Con buenas razones, pues, Goya pudo pedir que le trajeran al amigo y discípulo. Agustín llegó. Saludó al amigo con amplia sonrisa; había sentido amargamente su ausencia y le compensaba el que Francisco hubiese logrado la invitación al Escorial. Pero muy pronto advirtió que de repente Goya se desviaba, en la atormentada espera de algo que no llegaba. Muy pronto también, por palabras de Lucía, de Miguel y del abate, adivinó la situación y supo en qué irremediable peligro se había enredado Francisco esta vez.

Comenzó por censurar la obra del amigo. Los retratos del rey no eran ni con mucho lo que debían ser. Revelaba mucha habilidad manual, era cierto, pero carecía de recogimiento interior. Figuraciones apenas, demasiado poco para el Goya de entonces. «Sé también la razón de su fracaso», le declaró. «Se ocupa usted de otras cosas, su corazón no está en el trabajo». «¡Sabihondo, envidioso, estudiante fracasado!», le replicó Goya casi tranquilo. «Sabes perfectamente que son tan buenos como todos los que pinté de don Carlos». «¡Justamente!», contestó Agustín, «y por eso son malos. Usted puede hacer otra cosa. Se lo repito: es usted demasiado haragán». Pensando en Lucía, se enfureció: «Además es demasiado viejo para pequeños asuntos de mujeres», le dijo hostil; «tiene mucho que aprender y le va faltando el tiempo. Por ese camino, todo lo suyo será algo trunco, incompleto, y usted mismo un deshecho». «Continúa, continúa», replicó Goya en voz baja, llena de maldad; «hoy tengo buen oído y puedo escucharte cómodamente». «Tienes una suerte increíble e inmerecida», replicó sin tardanza Esteve; «el rey te concede un sinfín de sesiones, se te muestra en paños menores y hace sonar sus relojes para ti. ¿Y qué sacas de esta oportunidad única de ver hondo en el hombre? ¿Pintaste en la cara de tu Carlos lo que los patriotas vemos en ella? Ciego de vana sensualidad, no ves siquiera lo que ve cualquier profano. ¡Qué vergüenza! Porque el rey te alabó los jamones extremeños, lo crees un gran monarca y le pintas una cara digna del frac y del Toisón de Oro…». «Está bien», dijo Goya, siempre extrañamente tranquilo, «acabas de decir lo tuyo. Y ahora te mando a Madrid con la mula más vieja que encontremos en San Lorenzo».

Aguardó una contestación violenta. Aguardó que Esteve se marchara corriendo, golpeando la puerta hasta hacer retemblar el Escorial. Nada de esto ocurrió. Agustín había tomado una hoja que Francisco mezclara sin notarlo con otras, al sacar de un cajón apuntes para el retrato del rey; era un dibujo de «El yantar», el espectro. Agustín lo contemplaba con los ojos fascinados. Goya, confundido casi contra su costumbre, observó: «Eso no es nada. Un papel sucio… Un capricho…».

Pero desde ese momento, Agustín no habló más de los nuevos líos femeninos de Goya, ni del descuido de su arte. Más aún, hasta cuando se refería sólo a la técnica de su labor, eligió las palabras con delicadeza y prudencia. Francisco no podía decir si le agradaba o no que Agustín entendiera tan hondamente sus enredos…

La reina se exhibía ante Goya montada en Marcial, como coronel, jefe del Regimiento de la Guardia de Corps. Montaba varonilmente, era buena amazona y levantaba alta y altiva la cabeza sobre el uniforme guerrero.

Hubiera bastado que en las sesiones siguientes ella se sentara en el caballo de madera. Pero era un vivo gozo para Goya hacerle exhibir una vez y otra su valor de amazona, sobre todo en presencia de Esteve. Ordenaba a la reina que volviese el caballo en una u otra dirección, que mantuviese la cabeza de una u otra manera. Y empujaba a Agustín al primer plano, destacaba su intervención en la obra y preguntaba: «¿Qué te parece, Agustín? ¿Lo dejamos así? ¿O no será mejor así?».

> *Cuando por primera vez, hacía muchos años, retrató a un Grande, se pintó a sí mismo en el fondo, pequeñito, una sombra que tendía al señor la obra encargada. Ahora, para agradar a su amigo, discípulo y ayudante, hacía que la reina de España mostrara su habilidad en la equitación delante de él, antes de disponerse a pintarla. «¡Lástima que ya no viviera su padre, el viejo Goya! ¡Oh, cómo hubiera abierto los ojos!».*

18

GOYA CAMINABA por el pasillo que de las habitaciones de doña María Luisa llevaba a su cuarto. Acababa de estar con la reina; un lacayo de calzas rojas traía sus adminículos de pintor. A su encuentro venía la de Alba, menuda, toda donaire, el paso firme, acompañada por doña Eufemia.

Le temblaron las rodillas, el suelo vaciló bajo sus pies. Ella se detuvo. «Me alegro de encontrarlo, don Francisco», le dijo. Y en claro francés continuó lentamente: «Ya no aguanto más aquí en el Escorial y me iré por un día o dos a Madrid. Parto el miércoles. ¿Vendrá también usted?».

Un miedo cerval, pero embriagador, invadió a Goya. Era el cumplimiento. Prometido para una fecha exacta, el miércoles, para la noche del miércoles. Mas en seguida, al instante, su calculadora razón de campesino le susurró que esa fecha no le pertenecía. La reina lo esperaba el jueves, temprano por la mañana. Si faltaba, se derrumbaría todo el porvenir. Nunca más retrataría a un miembro de la Corte, nunca más sería primer pintor del rey. Caería en la nada como antes. Y si no decía un alborozado sí a esta mujer altiva, cínica, maravillosa, mientras la última palabra de ella aleteaba todavía en el aire, ella seguiría por ese pasillo y se esfumaría para siempre para él.

Y ya estaba ella haciendo un ademán apenas perceptible para marcharse; el sarcasmo en sus labios irónicos se ahondaba apenas. Y él supo que esta mujer fatal comprendía lo que pasaba en su mente. Temió angustiado haber perdido. Presuroso, balbuciendo roncamente, dijo en español: «¿Entendí bien? ¿Podré verla el miércoles por la noche en Madrid?». Siempre en francés, ella contestó: «Entendió usted perfectamente, señor».

Francisco no supo cómo pudo llegar a su cuarto. Cansado, con la cabeza vacía, permaneció sentado largo rato. Todo lo que sentía era una voz dentro: «Está decidido, está decidido».

Luego comenzó a echar cuentas con su astucia campesina. Creía justo que la suerte le exigiera un alto precio por el amor de la de Alba; pero ¿consistiría ese precio en la ruina de su carrera? Hacía falta una razón cabal y concluyente para suspender el retrato de la reina. Si alguien enfermara de muerte, por ejemplo, alguien de su familia… Un mensaje de esta índole quisiera poder entregar al primer ayuda de cámara de la soberana.

«¿Cuando irás a Madrid, por fin, a casa de Molino?», preguntó una hora más tarde a Esteve con alguna rudeza. «¿Cuánto me harás esperar esos colores?». Agustín lo miró sorprendido. «Tenemos colores para tres o cuatro días», contestó. «Además, los puede traer el mensajero de todos los días. Explícaselo claramente, Molino sabe lo que debe hacer». Pero Goya insistió hoscamente: «¡Tú irás a Madrid! ¡Hoy mismo!». «¿Estás loco?», replicó Agustín. «Prometiste el cuadro para el onomástico de don Manuel. Tú le exigiste a la reina las cuatro sesiones. ¿Y quieres que yo vaya a Madrid?». «¡Irás!», ordenó Goya. Y con la voz ronca, más hosco y resuelto, agregó: «Allí te dirán que mi pequeña Elenita está gravemente enferma y que Josefa insiste en mi regreso». Con profundo asombro, Agustín repuso: «No entiendo palabra». «Ni falta que hace», replicó impaciente Goya. «Tienes que traerme el mensaje de Elenita enferma. Eso es todo».

Agustín comenzó a pasearse de arriba abajo, perplejo, pensativo.

«Quieres dejar plantada a la reina», dedujo al final, «quieres ir a Madrid». Torturado, casi suplicante, Goya dijo: «Debo ir a Madrid. Va mi vida en ello». «Y ¿no encuentras otro pretexto?», preguntó titubeando Esteve. Francisco advirtió supersticiosamente la malignidad del subterfugio, pero no se le ocurrió otro. «No me dejes ahora en la estacada», insistió implorando. «Tú sabes cómo trabajo si me fijan un plazo. El cuadro estará terminado y saldrá bien. No me abandones ahora».

Desde que Esteve había visto el dibujo del monstruo, sabía que Francisco estaba por cometer una de sus más grandes locuras y también que nada ni nadie lo retendría. «Iré a Madrid», contestó sintiéndose triste, «tendrás tu mensaje». «Gracias», le dijo Goya, «y trata de comprender», imploró.

Apenas se marchó Agustín, Goya se esforzó en trabajar. Era disciplinado, pero no podía echar fuera los pensamientos acerca de la noche que pasaría en Madrid. Sentía brotar dentro como una exaltación amorosa; luego recordó y se imaginó lo más obsceno que había visto y oído en las tabernas suburbanas.

Estuvo con Lucía y el abate y sintió sobre sí la mirada de la mujer, la mirada cómplice y ligeramente irónica. Sí, conocía la manera de tratar con mujeres, duquesas o rameras, pero el miércoles —estaba temiendo— se portaría como un torpe. Envidiaba al abate por su desenvoltura, por su elegancia a menudo ridiculizada. Temía la risa de la de Alba, y aún más su sonrisa…

Muy tarde, después de la medianoche, Goya dormía inquieto, cuando llegó Agustín. Cubierta de polvo

su ropa de viaje, el amigo apareció en el umbral, con un lacayo que le alumbraba con una antorcha. «Aquí tiene su carta», le dijo y el pliego parecía muy pesado en su mano. Francisco se enderezó a medias en la cama, tomó la carta, la mantuvo cerrada en la mano, como si también para él pesara mucho. «La carta es tal como usted la necesita», agregó Esteve. «Gracias, Agustín», repuso Goya.

A la mañana siguiente, Goya anunció al primer ayuda de cámara de la reina, marqués de la Vega Inclán, que aun lamentándolo mucho, debía renunciar a las sesiones graciosamente concedidas por doña María Luisa; explicó la razón y entregó la carta. El marqués la tomó, sin leerla la colocó sobre la mesa y dijo: «De todos modos Su Majestad hubiera debido suspender las sesiones. El infante Francisco de Paula está enfermo de cuidado».

> *Pálido, Goya clavó la mirada en el marqués. Dijo pocas palabras, en un balbuceo, y salió de la habitación, vacilando, con extraña prisa. El ayuda de cámara, un poco contrariado, lo siguió con la mirada. «¡Qué maneras tienen estos artistas!», pensó. «Y tengo que aguantarlos en el Escorial… ¡Hampones!», pensó todavía. «¡Chusma!».*

19

«VAMOS AL TEATRO, a la Cruz», declaró la de Alba a la llegada de Goya. «Dan "Los hermanos enemigos"; dicen que es una pieza tonta, pero Coronado hace el bobo y Guzmana la damita, y las tonadillas son buenas seguramente».

Goya se sintió irritado por el tonillo intranscendente con que ella le informaba. ¿Podía ser ése un preludio al amor?

Un grupo de golfos aguardaba a la entrada del teatro, para ver a las damas bajar de los coches y sillas de mano. Era la única ocasión para admirar piernas femeninas. La de Alba salió de la silla. «¡Qué piernecitas tan delicadas!», le gritaron; «regalonas, redonditas, para morderlas…». Goya, al lado de ella, estaba sombrío. Con placer hubiera empezado a golpes, pero temía el escándalo.

Para llegar a la sala había que pasar por un largo corredor oscuro. Había ruido y apretujones; los regateros vendían dulces, ofrecían agua, entregaban la letra de las canciones. Apestaba y había suciedad. A causa de los empujones, sólo con esfuerzo se podían cuidar el traje y las botas en tanta mugre. Los pocos palcos —solamente las mujeres acompañadas eran admitidas en los palcos— estaban agotados, y Goya tuvo que discutir mucho y dar escandalosa propina para conseguir uno.

Apenas tomaron asiento, llegó un rumoreo del patio, de la platea. La gente, los mosqueteros, había reconocido en seguida a la duquesa. La llamaban, la aplaudían. Más interesadas y ardorosas, aunque menos alborotadas, eran las mujeres. Ocupaban la zona reservada en la sala, el gallinero; todas de negro, como estaba prescrito con mantillas blancas en la cabeza y todas ahora vueltas hacia el palco, rientes, cacareando.

Goya estaba inmóvil, contraída y nublada la maciza cara. Cayetana hacía como si el alboroto no se dirigiera a ella e impasible charlaba amablemente con él.

La pieza «Los hermanos enemigos» era de verdad tonta; una mala imitación de un drama de Lope. El hijo menor, pillastre, enajenaba al mayor y más noble el amor del padre y el corazón de su novia. Ya en el primer acto había un duelo en el cementerio y aparecían espectros; el hermano malo echa al bueno a la selva y encierra al padre en una torre, para que muera de hambre. Los campesinos se rebelan contra el nuevo y perverso señor; el público también, y cuando el actor alguacil sube del patio para defender a aquél, los espectadores lo escupen y quieren pegarle. Tuvo que explicar que era el actor Garro.

«¿Es usted chorizo o polaco?», preguntó la de Alba al pintor. El público madrileño, apasionado por el teatro, estaba dividido desde hacía medio siglo en dos partidos: los chorizos, del nombre de un cómico ahora fallecido; y los polacos, por el abate que publicara una polémica contra los rivales. Goya confesó que era chorizo. «Me lo imaginé», dijo agriamente la de Alba. «Los Alba somos polacos. Ya mi abuelo lo era».

La tonadilla después del primer acto era alegre y fundió a los dos bandos en una ruidosa algazara. Luego siguió el drama, en la torre, con ruido de cadenas y paja crepitante. Un ángel varonil, de pantalón corto de la época y alas en las espaldas, consolaba al anciano. La moza, desconfiando de las calumnias del hermano malo, encontraba al amado en la inhóspita selva. Tenso, emocionado, el público callaba. La de Alba sugirió que podían irse sin llamar la atención.

Respiraron el aire fresco de la noche. «Iremos a una de sus tabernas, Francisco», ordenó la de Alba. Goya, como si entendiera mal propuso un restaurante a la moda. «¿Al Ceferino?», preguntó. «A una de sus tabernas», repitió la de Alba. «Con trajes de noche no podemos ir a la majería», explicó el pintor molesto; la majería era la zona suburbana de los majos y las majas. «No hace falta que me lo diga», replicó la de Alba con su vocecita aleteante. «Iré a casa, allí me cambio y lo espero».

Goya se alejó irritado. ¿Para eso se había atormentado tanto, inventado la peligrosa carta de Elenita, arriesgado en el juego su carrera? «¡Qué vergüenza!», pensó con la voz ruda de Esteve.

Antes de cambiarse de ropas, fué en puntillas al cuarto de los niños a ver a la pequeña. Elenita dormía tranquila. Se puso su viejo traje de majo. Y su malestar se desvaneció; le invadió una dichosa expectación. Las prendas estaban muy gastadas; el pantalón, el chaleco de color verde subido, la chaquetilla roja, le quedaban algo chicos. Pero con ese traje había tenido muchas aventuras, y aventuras agradables. Cuando se ciñó la ancha faja y guardó en ella la navaja, se sintió otro, joven, lleno de vitalidad. Le pareció verdad aquello de que basta ponerse la capa del fraile para saber latín. Se envolvió en la amplia capa, prohibida en realidad, y se puso el aludo sombrero que le ocultaba toda la cara.

Y así, irreconocible casi por ese disfraz, se puso en camino. Se sonrió cuando el portero de los Albas le cerró el paso. Goya le mostró la cara y el hombre se rió con malicia. También ella se burló al verlo. Ella

misma llevaba rica falda de colores y justillo entallado, pintorescamente bordado, y el cabello enfundado en una redecilla. El traje le sentaba a las mil maravillas; podían tomarla por una maja.

«¿Adónde vamos?», preguntó. «Al mesón de Rosalía en el Barquillo», contestó Goya. «Pero usted tendrá un disgusto si lleva mantilla», le advirtió, viendo a Eufemia arreglarle la mantilla, porque las tapadas no se veían con buenos ojos en la majería. Sin contestarle, la de Alba se arrebujó aún más, ocultando casi toda la cara. «Deje que la acompañe, mi cordera», suplicó la dueña; «me moriré de angustia mientras usted ande en la majería». «Tonterías, Eufemia», le contestó bruscamente Cayetana. «Don Francisco es hombre para protegerme».

El mesón estaba lleno de gente que bebía y fumaba, charlando apenas a monosílabos, con gravedad castellana. Casi todos los mozos conservaban sus aludos sombreros en la cabeza. Las mujeres eran recias, muchas bonitas, todas sin velos. Había un espeso ruido en la sala; alguien tocaba la guitarra.

Los nuevos clientes fueron observados con curiosidad apenas disimulada, nada amistosa. Un mozo ofreció a Goya tabaco de contrabando. «¿A cuánto?», preguntó el pintor. «A veintidós reales», contestó el hombre. «¿Me tomas por gabacho?», repuso Goya. Con la despectiva palabra se indicaba a los extranjeros, sobre todo a los franceses. «Dieciséis reales pago, como todo el mundo».

Intervino una de las mozas: «¿No le compra un cigarro a su dama?». «No fumo», dijo la de Alba a través de la mantilla. «Sin embargo, debería fumar», insistió la moza. Y el joven a su lado explicó: «El humo limpia el cerebro, despierta el apetito y mantiene sanos los dientes». «La señora debería quitarse la mantilla», insinuó la mujer. «Quieta, Zanca», replicó el mozo, «no armes líos». Pero la Zanca insistió: «Dígale usted a su dama, señor, que se quite la mantilla. Aquí no se admiten damas veladas». Y un mozo desde otra mesa lanzó la suposición: «Quizás la dama es una gabacha».

Francisco le había dicho a la de Alba que la mantilla le traería disgustos. Conocía a sus majos, era uno de ellos. No toleraban miradas curiosas, se consideraban como los españoles mejores y no admitían la secreta curiosidad de los extranjeros. Quien frecuentara sus mesones tenía que aceptar sus costumbres y mostrar la cara.

El mozo de la guitarra había dejado de tocar. Todos miraban a Goya, que ya no podía ceder, a ningún precio. «¿Quién dijo gabacha?», preguntó sin levantar la voz, hablando con indiferencia, entre dos chupadas a su cigarro. Hubo un breve silencio. La mesonera, la tiesa Rosalía, dijo al guitarrero: «No seas haragán, toca un fandango». Pero Francisco repitió la pregunta: «¿Quién dijo gabacha?». «Yo lo dije», contestó el majo. «Le pedirás disculpas a la señora», indicó el pintor. «No necesita hacerlo», contestó otro, «puesto que no se quita la mantilla». Era verdad, pero Goya no podía admitirlo. «¿Quién te pidió tu opinión?», preguntó en cambio Goya. «Te callarás», continuó, «si no quieres que te enseñe como yo bailo el fandango sobre el cadáver de cualquiera». El desplante era muy adecuado para ese ambiente: todos gozaron divertidos. Pero el majo que llamara gabacha a la Alba, continuó: «Contaré hasta diez. Si tu mujer no se quita su orgulloso velo, tú, perdonavidas, vuelas de un puntapié hasta Aranjuez».

Goya comprendió que ahora esperaban todos que hiciera algo. Se levantó, dejando deslizarse la capa al suelo, mientras palpaba la navaja.

Pero entonces estalló una gritería de sorpresa. La de Alba se había quitado la mantilla. «¡La Alba!», gritaban; «¡nuestra Alba!». El majo volvió sobre sus pasos y le dijo: «Perdone, señora. Dios sabe que usted no es una gabacha. Usted es de las nuestras».

Para Goya, el homenaje y el acatamiento resultaron más desagradables que la pendencia. Porque, desgraciadamente, no era verdad lo que decía el majo: la de Alba no era de esa clase. A lo sumo, era una dama de palacio que jugaba a la maja. Y se avergonzaba de haberla traído, delante de las majas legítimas. Recordó que en sus tapices no pintó majas verdaderas para las escenas populares, sino duquesas y condesas disfrazadas, y esto lo irritó aún más.

Ella charlaba con los demás el estilo de ellos. Las palabras volaban de sus labios, libre y amablemente. Y nadie parecía notar que su proceder no era genuino, sincero, sino envilecedor por su afabilidad.

«Vámonos», dijo de pronto Goya, dominador, como quería ser. Por un segundo, la de Alba se sorprendió. En seguida, con verdadera superioridad, levemente irónica, declaró: «Sí, señores, a pesar nuestro, tenemos que irnos. El señor pintor de cámara aguarda a un gran señor que quiere un retrato». La gente se rió, la absurda disculpa los divertía. Goya estaba desesperadamente furioso.

Buscaron una silla de manos. «Vuelvan pronto», se les gritó cordialmente con sinceridad llena de gratitud.

«¿Adónde vamos?», preguntó el pintor amargado. «A su estudio», repuso ella, «donde usted aguarda a su modelo».

La promesa le quitaba el aliento. Pero ella era tan tornadiza… Quizás volvería a cambiar durante el

camino.

Exasperado, lleno de furia impotente por lo ocurrido antes, por los caprichos de la de Alba y su propio desvalimiento, agitado por la ira, la espera y la pasión, siguió la silla de manos a través de la noche. Otra vez escuchó un campanilleo; pasaba un cura con el Viático. Los portadores depusieron la silla, la Alba salió de ella, extendieron pañuelos y se arrodillaron todos hasta que el sacerdote y el monaguillo pasaron de largo.

Finalmente llegaron a casa. El sereno les abrió. Subieron al estudio. Goya, con torpeza encendió velas. La de Alba se sentó cansada. «¡Qué oscuro y fríO!», exclamó. Goya despertó a Andrés, que trajo dos candelabros de plata con muchas velas y encendió fuego mecánica, hoscamente. La de Alba, sin velo, lo observó. Ella y Goya se callaron mientras estuvo presente el lacayo. Por fin éste se fué. Hubo en la habitación más calor, aunque no mucha luz. El tapiz con la procesión de los Santos gigantescos y la muchedumbre alborotada se perdía en la tiniebla, y casi invisible estaba el sombrío cardenal de robusta mandíbula de Velázquez. La de Alba se acercó al cuadro. «¿Quién poseyó este Velázquez antes que usted?», preguntó. «Es un regalo de la duquesa de Osuna», contestó él. «Sí», repuso Cayetana, «recuerdo… Lo vi en la Alameda. ¿Fué su amante?», preguntó sin transición, con su voz infantil un poco dura, amable.

Goya no contestó. Ella seguía de pie ante la tela. «Aprendí mucho de Velázquez», dijo el pintor después de un silencio. «Mucho más que de cualquier otro artista». «Tengo un Velázquez en mi casa de campo de Montefrío», le dijo ella, «un cuadrito extraordinario, casi desconocido. Si alguna vez pasa por Andalucía, don Francisco, vaya a verlo, por favor. Creo que estaría bien aquí».

La de Alba contempló los esbozos y apuntes que había sobre la mesa. Eran para el retrato de la reina. «Parece», observó, «que tiene intención de pintar a la italiana casi tan fea como es. ¿Lo permite ella?». «Doña María Luisa es inteligente», contestó Goya, «quiere que el retrato se le parezca». «Sí», replicó Cayetana, «cuando una mujer es tan fea, debe ser por lo menos inteligente».

La duquesa se sentó en el diván, apoyada cómodamente en el respaldo, pequeñita, con la cara morena apenas empolvada. «Creo que la retrataré como maja», dijo él. «Pero no, no quiero correr el albur de disfrazarla. Tengo que saber cuál es la verdadera Cayetana». «Nunca lo sabrá», amenazó la de Alba. «Yo misma no lo sé. Creo en serio que soy una maja y no otra cosa. No me importa lo que piensen de mí los demás. ¿No es así una maja?». «¿La molesto si la miro de esta manera?», preguntó el pintor. «No se lo tomo a mal, porque es un artista. Por lo demás, ¿es usted solamente pintor? ¿Pintor solamente? Podría ser un poco más conversador…». Goya siguió callando. Y ella reanudó el tema precedente: «Me criaron para maja. Mi abuelo me educó según los principios de Rousseau. ¿Sabe, don Francisco, quién fué Rousseau?». Goya estaba ahora más divertido que amargado. «Mis amigos», contestó, «me dejan leer la Enciclopedia, a veces». Ella levantó apenas los ojos. La Enciclopedia era la bestia negra de la Inquisición; poseerla, leer sus páginas, era difícil y peligroso. Pero ella no recogió las palabras de Goya y siguió narrando: «Mi padre murió joven, muy joven; mi abuelo me dejó amplia libertad. Además, a veces me visita la difunta doncella de mi abuela y me dice lo que debo y lo que no debo hacer. En realidad, don Francisco, usted debería retratarme como maja».

Goya removió el fuego en la chimenea. «No le creo una sola palabra», le dijo, «ni se considera maja, ni se le aparece la difunta doncella». Se volvió y la miró desafiante a la cara. «Yo digo lo que pienso, si eso me divierte. Soy un majo, aunque a veces leo la Enciclopedia». «¿Es verdad», preguntó la Alba amable y sin solemnidad, «que usted mató a cuatro o cinco hombres, en pelea o por celos? ¿Y que tuvo que huir a Italia porque la policía lo buscaba? ¿Y que en Roma sedujo a una monja y tuvo que ser salvado por el embajador español? ¿O solamente divulgó todo eso para hacerse el interesante y tener más clientes?».

Francisco se dijo que la mujer había acudido a su estudio a esas horas solamente para humillarlo. Quería seguramente rebajarlo, para no sentirse después ella misma poca cosa. Se dominó y contestó tranquilo, gentil, casi bromeando: «Un majo gusta de palabras gruesas y de ostentaciones. Esto debe saberlo usted, señora duquesa». «Si me llama otra vez señora duquesa, me voy», contestó la de Alba. «No creo que se vaya, señora duquesa», replicó Goya. «Creo que usted trata de…», estuvo buscando un segundo la palabra, «… de destrozarme». «¿Por qué lo haría, Francho?» preguntó ella. «No lo sé», contestó el pintor, «¡cómo podría saber lo que usted quiere!». «Esto huele a filosofía o a herejía», dijo Cayetana. «Me temo que eres un hereje, Francho. Me temo que crees más en el demonio que en el Señor». «Si la Inquisición tuviera que meterse con nosotros, sería con usted», contestó Goya. «La Inquisición no se ocupa de la duquesa de Alba», repuso con tanta naturalidad que no pudo parecer ni por asomo orgullosa. «Por lo demás, no debes tomar en serio las maldades que a veces se me escapan. Muchas veces he pedido a la Virgen del Pilar que desde el cielo te proteja, Francho, porque parece que el demonio te amarga la vida. Pero», y levantó los ojos hacia la talla de Nuestra Señora de Atocha, «tú ya no tienes fe en la Virgen del Pilar. ¡Todo lo que habrás hecho antes,

siendo de Zaragoza! Eres un felón, un verdadero felón…».

Se había levantado, para colocarse en contemplación delante de la antiquísima y morena talla. «Pero no quiero ser irrespetuosa con la Virgen de Atocha, al hablar», dijo, «y menos delante de la que es tu protectora. Ella también es poderosa y de ninguna manera hay que ofenderla».

> *Cuidadosa, delicadamente, envolvió su ampio y negro velo, la mantilla, alrededor de la morena figura de la Virgen de Atocha, para que no tuviera delante de los ojos lo que ocurriese. Sacó de sus negros cabellos la gran peineta y se quitó las botinas. Eran más pequeñas así. A la luz de las llamas de la chimenea, se quitó la pesada falda, seria, indiferente, sin pudor, y se sacó también el pintoresco justillo…*

Segunda parte

1

LAS NEGOCIACIONES DE PAZ que la Corte madrileña realizaba en Basilea con la República Francesa se prolongaban. Los españoles aun resueltos en secreto a renunciar a la entrega de los príncipes, se consideraban obligados por razones de honor a defender esta condición hasta el último momento. En París, en cambio, no pensaban en crear un centro de resistencia realista con la entrega de los herederos de los Capetos; mantenían un helado no. A pesar de todo y sin razón alguna, el embajador de la Francia realista, señor de Havré, esperaba que la violenta presión de España se llevaría la victoria final. En sus sueños veía ya en Madrid al pequeño rey salvado y a sí mismo como preceptor y tutor del pequeño, como disimulado Regente de la Francia Grande, magnífica y querida.

De pronto llegó una terrible noticia: el niño Luis XVII había muerto. De Havré dudó acerca de esta muerte. Probablemente, los realistas habían secuestrado al niño y lo tenían escondido. Pero doña María Luisa y don Manuel estaban dispuestos a admitir la muerte del pequeño Luis como un hecho y, disimuladamente, la Corte madrileña saludó la mala noticia con un suspiro de alivio. Concluía así ese caso difícil de la disputa sin menoscabo del honor.

Mas las gestiones de paz no progresaban. La República, fortalecida por los triunfos de sus ejércitos, pedía la cesión de la provincia de Guipúzcoa con su capital San Sebastián y una indemnización de guerra de cuatrocientos millones. «Cuento», declaró la reina a su primer ministro, «con que la paz nos permitirá una vida más cómoda», y don Manuel se convenció de que no podía pagar aquella suma. Por su parte Pepa decía: «Espero, don Manuel, que usted hará surgir de la guerra una España más grande», y Manuel reconoció que no podía entregar una provincia española. «Soy español», declaró sombrío a don Miguel. «No cederé San Sebastián, ni pagaré ese enorme tributo».

Pero el astuto Miguel, sin comprometer a su señor, había destacado ya veedores a París y estuvo muy pronto en condiciones de ofrecer informes interesantes: el Directorio parisiense más que la paz quería una alianza con España; si se le aseguraba un pacto, la República suavizaría en mucho sus condiciones de paz. «Por lo que sé», concluyó prudentemente don Miguel, «bastaría que usted personalmente prometiera a París la deseada alianza».

Don Manuel se asombró. «¿Yo personalmente?», preguntó alegre y sorprendido. «Sí, señor», confirmó don Miguel. «Si usted dirige un autógrafo con esas seguridades a uno de los directores, digamos al abate Sieyes, la República no insistiría en las dos cláusulas imposibles».

La importancia que se atribuía a su persona en París lisonjeaba a don Manuel. Dijo a la soberana que confiaba concertar una paz discreta y aun honrosa, si se le facultaba a un cambio de opiniones no oficiales con el gobierno de París. María Luisa se demostraba escéptica. «Creo que te sobreestimas, Pico querido», contestó. Don Manuel se enfurruñó. «Está bien, doña María Luisa», le dijo, «dejaré en sus manos la salvación del país», y a pesar de la presión de Miguel no envió la carta al abate Sieyes.

Los franceses, cansados de regateos, ordenaron a su general Pérignon que avanzara. El ejército republicano tomó en rápida campaña a Bilbao, Miranda, Victoria; penetró hasta los límites de Castilla. Hubo pánico en Madrid. Corrían rumores de que la Corte se preparaba a huir a Andalucía. «Yo la salvaré, mi señora», declaró don Manuel, «a usted y a España». Y escribió.

Una semana después, se firmó un tratado de paz provisional. Francia se conformaba con la cesión de la zona española en la isla antillana de Santo Domingo y renunciaba a la provincia vasca. La República aceptó también la propuesta hispana de que la indemnización se repartiese en diez años y se pagara en especie. Además, el Directorio se comprometía a entregar a la princesita María Teresa, hija de Luis XVI, naturalmente a los austríacos.

Hubo en el país una enorme sorpresa y gran júbilo porque se salía de la guerra sin concesiones territoriales. ¡Este Manuel Godoy! «Eres asombroso», dijo don Carlos y le dió una palmada en el hombro. «¿Te digo cómo lo logré?», preguntó Manuel a la reina. «No, no», contestó ella; sospechaba lo que había entre bastidores y no quiso saber nada.

Como esa paz acomodada se debía solamente a Don Manuel, se le tributaron honores que hacía mucho no se otorgaban. Como regalo le transfirieron un dominio nacional cerca de Granada; le nombraron Príncipe de la Paz y, además, gran almirante y generalísimo.

Presentó su agradecimiento a los reyes en uniforme de generalísimo. Ceñidos a los muslos, le envolvían los pantalones blancos, apretaba su pecho la chaqueta; en el sombrero, llevado debajo del brazo, ondeaba

larga pluma. «Se te ve grandioso», le dijo don Carlos, y agregó en seguida: «Cúbrete». Solamente los doce primeros Grandes del reino tenían derecho de cubrirse antes de contestar. Los de segunda clase podían hacerlo después de contestar; los de tercera, apenas cuando eran invitados a sentarse.

La reina sospechaba que no había sido Manuel quien logró la paz, sino sus consejeros, los afrancesados dudosos, iluminados, rebeldes, y que el hecho tan brillante en apariencia traería nuevas guerras e incalculables consecuencias, probablemente malas. De todos modos, por el momento se trataba de una paz honrosa y Manuel la preconizaba. Ella misma quiso para el joven el tal uniforme; sin poderlo remediar, el hombre se le imponía en su apuesta magnificencia y le robaba el corazón. Había aún doce Grandes de primer rango, descendientes de familias que dominaban en España desde Sancho el Grande, algo más de nueve siglos; ellos se tuteaban fraternalmente. Ahora que la gracia del rey agregaba a estos altísimos nobles, como décimotercero, al Príncipe de la Paz, Manuel venció el respeto heredado y pudo tutear a los duques de Arcos, de Medina Sidonia, del Infantado o como se llamaran. Ellos mostraron una ligera sorpresa, luego contestaron con el tú. Don Manuel se sintió feliz.

Y dijo al duque de Alba: «Me alegro, don José, de tu fresco aspecto». La calmada y llenota cara del esbelto y elegante señor permaneció impasible, impasibles sus bellos ojos oscuros y pensativos; y contestó: «Le agradezco su interés, Excelencia». Sí, dijo Excelencia y no reconoció el tuteo. Y Manuel dijo al infante don Luis María de Borbón: «Hacía mucho que no te veía, don Luis». El joven y serio señor lo miró como si no existiera y se marchó. Y no era del todo un infante. El casamiento de su padre con la simple señora de Vallabriga había sido reconocido por Carlos III, pero éste no había concedido nunca el título de infantes a los hijos de esta unión; sólo el bondadoso Carlos IV les reconoció el nombre de Borbones y el título. Manuel no era ciertamente vanidoso, pero no olvidaría el desaire de este bastardo.

María Luisa, para reparar el agravio, inventó nuevos honores para su favorito. El astrólogo de palacio realizó estudios que demostraron cómo los Godoy estaban emparentados con la Casa de los Electores de Baviera y la Casa real de los Estuardos. El genealogista del rey probó en largas tablas que don Manuel Godoy descendía de los antiguos reyes godos. Hasta su nombre lo revelaba, porque el apellido Godoy debía remontarse a la forma: «Godo soy».

Ademas, Carlos dispuso que cuando el Príncipe de la Paz apareciese en funciones oficiales, un heraldo debía presentar una cabeza de Jano, para indicar que había interpretado exactamente presente, pasado y futuro. En la apertura de la Academia de Ciencias, don Manuel exhibió por primera vez esta distinción.

> *Mas no fué directamente a la Academia, su coche dió un rodeo, de manera que entre sus amigos fué Pepa Tudó la primera en verlo en su glorificación bifronte. Ella estaba en la ventana y lo saludó con respeto. Pero se sentía orgullosa por haberlo convertido en igual a los salvadores de España de sus romances; en el primer varón del reino. Y resolvió que en este esplendor tendría que retratarlo don Francisco.*

2

INCITADO POR SUS iluminados amigos y consejeros, don Manuel aprovechó su sorprendente popularidad para tomar medidas de progreso. Había cuidado siempre de figurar como protector de las artes y las ciencias. Además, con esa política liberal demostró a los gobernantes de París su buena voluntad de preparar la prometida alianza. Pero sus disposiciones fracasaron, porque la iglesia las combatió con todo su peso. Sus amigos le aconsejaron que limitara la jurisdicción del Santo Oficio y reclamara para el Estado una parte mayor de los beneficios de la Inquisición. Hasta podía anular la exención de impuestos que gozaba la Iglesia, fuerte por el amor y la admiración del pueblo; realizando así un viejo ensueño, mejoraría las finanzas del Estado y quebrantaría para siempre la resistencia eclesiástica a la modernización del país.

Pero esa guerra abierta contrastaba con el modo de ser de Manuel. Y Pepa se esforzaba en detenerle ante medidas decisivas. Cuando niña había asistido a un auto de fe, y la sombría fiesta, los estandartes, los sacerdotes, los penitenciados y las llamas de las hogueras eran uno de sus peores recuerdos. Su confesor trataba de llenar su alma con la oscura mística del Santo Tribunal. La visitaban a menudo los señores de la Inquisición; hasta el arzobispo de Sevilla Despuig, vinculado al Gran inquisidor, la había recibido durante su última estancia en Madrid.

Entre los años sesenta y setenta, la influencia de la Inquisición había disminuido, pero cuando prevalecieron allende los Pirineos la revolución y el ateísmo, volvió a robustecerse. El Gran Inquisidor liberal Sierra había caído en desgracia y lo reemplazaba un cardenal fanático, arzobispo de Toledo: el sombrío Francisco de Lorenzana. Contando con el Gobierno, el Santo Oficio perseguía como ateísmo o «filosofismo» toda tendencia espiritual que simpatizara con las teorías francesas. Se abrió procedimiento contra muchos afrancesados. Y hecha la paz con la República, se acariciaba el plan de una alianza; si los librepensadores ganaban el predominio, el renovado poder de la Inquisición estaba amenazado.

Lorenzana, político astuto e intrigante, tomó medidas. Casi todos los ministros y altos consejeros, con Manuel a la cabeza, eran sospechosos de filosofismo y naturalismo, la identificación de Dios con la Naturaleza. Lorenzana recogió material y en los archivos de su Tribunal se acumularon las acusaciones. Ayudantes voluntarios o pagados espiaban la vida del Príncipe de la Paz; la amistad de algunos prelados con Pepa Tudó hizo el resto; todos los días, todas las noches del primer ministro se describían cuidadosamente en los registros del Santo Oficio. El gran Inquisidor estudió y calculó exactamente cómo las relaciones del favorito con la reina se encendían o se enfriaban de acuerdo con la temperatura de su pasión por Pepa Tudó. Llegó a la conclusión de que la situación de don Manuel no era tan fuerte y la del Santo Oficio no tan débil como se creía generalmente.

Avanzó contra el ateo presidente del consejo de ministros, atacó a los herejes. En muchas capitales de provincia la Inquisición inició proceso por filosofismo contra personajes de gran respeto, profesores, altos funcionarios. Se arrestó y se condenó al ex-embajador en Francia, conde de Azora, al filólogo Yeregui, que con Carlos III fuera preceptor del infante real, al famoso matemático de la Universidad de Salamanca, Luis de Samaniego. Alerta, el Gran Inquisidor aguardó que el primer ministro interviniera o tratara de arrancarle a esos colegas del libre pensar. Don Manuel no lo osó. Elevó al Santo Oficio apenas un pedido para que se tuviese clemencia en el castigo de gente que había servido a la Corona. Entonces Lorenzana pegó el golpe decisivo: aniquilar a un jefe de los liberales, famoso en toda Europa: el escritor y estadista Olavide.

Don Pablo Olavide nació en Lima, en el Perú. Niño prodigio, se le nombró juez muy joven. Después del terremoto que destruyó a Lima, se le confió la administración de bienes y dineros de discutida propiedad por la muerte de los dueños. El joven empleó en la construcción de una iglesia y de un teatro el dinero que no pudieron reclamar los herederos. El clero se irritó. Aquellos herederos, con la ayuda de poderosos clérigos peruanos, se presentaron en queja en Madrid. Olavide fué llamado, enjuiciado, depuesto, obligado a indemnizaciones, condenado a prisión. Liberado por su poca salud, los iluminados del país lo consideraron mártir. Una viuda rica se casó con él. Consiguió el perdón por el resto de su pena. Y se dedicó a viajar. Estuvo a menudo en París. Adquirió un palacio en la capital de España y otro en la de Francia. Trabó amistad con Voltaire, con Rousseau, mantuvo correspondencia con ellos. Sostenía un teatro en París, para representar piezas francesas modernas, traducidas por él mismo. El primer ministro liberal de Carlos III, Aranda, pedía su consejo en asuntos importantes. Europa veía en él uno de sus conductores espirituales por las sendas del progreso.

En las estribaciones meridionales de Sierra Morena había anchas zonas que, fértiles antes, estaban

desiertas por la expulsión de moros y moriscos. La Mesta, una unión de ganaderos, obtuvo sin pago la cesión de esas zonas para que pastasen sus grandes rebaños de ovejas. Ahora, por iniciativa de Olavide, el Gobierno quitó ese privilegio a la Mesta y autorizó a aquél a establecer allí nuevas poblaciones. Con la ayuda del coronel bávaro Thürriegl afincó allí a diez mil campesinos, en su mayoría alemanes, cultivadores de gusanos de seda y tejedores de Lyon. Le nombraron gobernador y le concedieron amplios poderes. Le permitieron dar a la colonia una constitución liberal y traer para los colonos sacerdotes de sus respectivas patrias; se admitieron hasta protestantes. En pocos años, Olavide convirtió el desierto en región floreciente, con aldeas, pueblos, pequeñas ciudades, posadas, talleres y fábricas.

Los colonos del Palatinado habían traído a un capuchino para su cura de almas, el Hermano Romualdo de Friburgo, que no hizo buenas migas con Olavide. Aumentadas las disputas, Romualdo lo denunció al Santo Tribunal como ateo y materialista. En secreto y como estaba prescrito, sin que Olavide lo supiera, la Inquisición escuchó testigos y recogió material. Pero no se atrevía a elevar acusación formal contra personaje tan valido. Pero la Mesta tenía un poderoso protector en Despuig, arzobispo de Sevilla. Éste y el obispo de Osma, confesor del rey, influyeron para que Carlos declarara a medias que no se opondría a la Inquisición si arrestaba a Olavide para impedir la ocultación de los hechos.

Todo esto ocurrió antes de que don Manuel llegara al poder. A un Gran Inquisidor severo sucedió uno liberal, a éste, Sierra, más liberal aún; entre tanto Olavide permaneció en las prisiones del Santo Oficio. No se quiso desacreditar al Santo Tribunal con su libertad, pero tampoco se le juzgó. Pero el cuadragésimo tercero Inquisidor, don Francisco de Lorenzana, era hombre de otro temple que el de sus predecesores. Resolvió que se dictara sentencia contra el hereje Olavide. Sería para los blasfemos de elevada posición una advertencia de que la Inquisición vivía y obraba.

Lorenzana había comprendido la indecisión de don Manuel. Pero quiso cubrirse con el apoyo del Vaticano; confiaba encontrar asentimiento en el enérgico Pío VI. Creía su deber, escribió al Papa, hacer expiar a Olavide sus crímenes en un auto de fe. Además, difundido el ateísmo en todo el mundo, la pública condena de un filosofastro tan estimado y protegido por los herejes provocaría seguramente ataques a la Inquisición española y, probablemente, a la Iglesia. Pedía al Padre Santo su consejo.

El abate, que era uno de los secretarios del Santo Oficio, conoció ese plan. Con don Miguel pidieron al Príncipe de la Paz que tomara medidas y declarara oportunamente a Lorenzana que el Gobierno no toleraría ese auto de fe. Por un segundo, Manuel se estremeció. Quería evitar una guerra abierta con Lorenzana. Pablo Olavide, explicó, había sido arrestado bajo el primer ministro liberal Aranda y el rey había aprobado el proceder de la Inquisición. En este caso no le correspondía impedir la sentencia. Por lo demás, Lorenzana —creía— pensaba solamente en intimidar al Gobierno, y si llegaba a eso, pronunciaría la sentencia en secreto, pero no en un auto de fe. Pensó en Pepa, desoyó las imploraciones de Miguel y persistió en su despreocupada tranquilidad.

Don Miguel, don Gaspar y el abate don Diego se reunieron preocupados y enfadados para deliberar. Resolvieron buscar amparo en don Francisco, el amigo, porque en esos días estaba pintando un retrato del Príncipe de la Paz para Pepa Tudó.

3

GOYA se consumía de pasión por Cayetana. Había temido y esperado que esa pasión tan inconcebiblemente rápida pasaría también rápidamente; a menudo le ocurría enamorarse locamente de una mujer y a las dos o tres semanas él mismo se extrañaba de que hubiese encontrado algo en ella. Pero Cayetana era algo nuevo para él cada día; nunca acababa de conocerla. Con su exacta visión de artista había espiado lo imponderable de su ser exterior y lo hubiese podido dibujar de memoria; sin embargo le parecía otra cada día, le resultaba inexplicable. Cualquier cosa que hiciera, cuando pensaba, pintaba, conversaba, en su mente estaba siempre la de Alba. Su relación con ella era muy distinta de la segura y tranquila unión con Josefa, y otra aún más distinta de la inclinación dichosa o dolorosa que pudo sentir por esta o aquella mujer.

Sus cambios eran violentos y lo que ella era, lo era totalmente. Tenía muchas caras; él veía esas muchas caras, pero la última debajo de tantas no podía verla. Allí estaba, lo sentía, lo sabía, pero no encontraba lo unívoco, lo oculto bajo las desesperantes máscaras diversas. Era esta estatua ahora, luego aquélla, y siempre se volvía piedra para él inconcebible. Ensayó su viejo juego, dibujó uno u otro de sus rostros en la arena; el verdadero se le escapaba de las manos como esa arena. La pintó. La colocó al aire libre y copió con delicada atención el paisaje, pero de tal modo que el paisaje desaparecía y sólo quedaba Cayetana. Blanca, orgullosa y delicada, estaba allí con las cejas increíblemente altas, en el negro fluir de su cabello, la bufanda subida como franja roja sobre el pecho, y delante de ella, estúpido y menudito el perrillo lanudo con una cinta roja, grotesca imitación de la suya. Ella indicaba rígida, graciosa y altivamente, algo a sus pies, donde se leía en letras muy finas: «A la duquesa de Alba, Francisco Goya», y las letras estaban vueltas respetuosamente hacia los ojos de la mujer.

Luego la retrató como la vió por primera vez en su estrado, luego tal como la vió en su paseo en el Escorial; la retrató a menudo, una vez y otra. No estaba satisfecho. En sus telas no estaba aquello que lo dominó entonces desde el estrado, lo que lo confundió durante el paseo, lo que de ella le irritaba y atraía sin cesar. A pesar de todo, se sentía feliz. Ella se mostraba sin reparos a su lado y él estaba orgulloso porque a pesar de su gordura, de su madurez y de su origen, era su cortejante. Se vestía elegantemente hasta para pintar, justamente para pintar. Lo hizo cuando llegó a Madrid; pero Josefa insistió en que no debía ensuciar sus trajes caros, sino emplear su casaca de trabajo. Paulatinamente, esa insistencia y su misma parsimonia llegaron a triunfar. Ahora volvió a desaparecer la ropa de trabajo. Sabía que resultaba ridículo en el apretado traje a la moda y se reía de sí mismo. Pintó una vez a un petimetre que se miraba en el espejo; el cuello enorme lo ahogaba, no podía mover la cabeza, ni la mano en los guantes, ni el brazo en las mangas y caminaba con esfuerzo con los zapatos bajos cerrados con una hebilla. Y fué tolerante consigo y con los demás. Aguantó las pedanterías de Miguel, la intromisión culta y elegante del abate, el ceño inquieto de Agustín. Era atento y despreocupado con la familia. Quería que todo el mundo compartiera su dicha.

Si Cayetana era pueril, más lo era él. Si llegaba de sorpresa, él se ponía de cabeza y la saludaba con los pies. Dibujaba su propia cara como un loco fantasma; en grandes caricaturas dibujaba las cabezas de Eufemia, del elegantón marqués de San Adrián y del rey digno y gordiflón. Iban a menudo al teatro y él se reía feliz con las ingenuas bromas de las tonadillas y los sainetes. A menudo llegaban hasta la majería, huéspedes gratos en las tabernas de los majos. En el umbral de la vejez, sintió una nueva juventud. Antes, todo le estaba hartando, lo bueno y lo malo; era lo mismo siempre, conocido como el gusto de los alimentos. Ahora el mundo se le volvía rico y nuevo; una segunda juventud experta en deseos y goces.

Tenía conciencia de que los malos espíritus le acechaban y de que esta gran felicidad causaría graves desgracias. ¿No recordaba al espectro del Escorial? Mas tener en su vida a Cayetana era una dicha sin límites y estaba dispuesto a pagar por ella. Esa dicha se reflejó también en su labor; pintó mucho y alegremente. Su mano era veloz, su mirada ligera, aguda, exacta. Pintó retratos del duque de Castro Terreño, de don Miguel, del abate; don Manuel también había pedido dos nuevas telas, distintas. Finalmente, pintó un cuadro que nadie le encargó, para su propio gusto, un cuadro difícil que exigía minuciosidad especial, una romería en honor de San Isidro, el patrono de la capital.

Las alegres excursiones hasta la pradera y la ermita de San Isidro eran diversión favorita de los madrileños; él mismo, cuando el último parto feliz de Josefa, había ofrecido a tres centenares de amigos una fiesta en la pradera de San Isidro; habían comido pavo y oído misa, como era costumbre. Un cuadro de esas romerías sedujo siempre a los pintores de la capital; lo habían hecho Maella y su cuñado Bayeu; él mismo diez años antes había pintado una fiesta de San Isidro, cuando trabajó para la Real Fábrica de

Tapices. Pero aquello había sido artificiosa alegría de caballeros y damas disfrazados; ahora pintaba su propia y original alegría y la de su Madrid.

> *Lejos, en el fondo, se levanta la querida ciudad, un caos de casas blancas con el palacio, las torres, las cúpulas de las iglesias; adelante, en cambio, brilla el tranquilo Manzanares, y en sus márgenes Madrid festeja a su protector. Una muchedumbre que pasa tranquila, coches y jinetes, una multitud de figuras minúsculas, cada una cuidadosamente pintada. Otros están sentados o recostados, comen, beben, charlan, hacen el amor; mozas, mozos, burgueses acomodados, caballeros; sobre ellos una claridad ligera y alegre. Goya pintó con todo el gozo de su corazón sin penas, todo el arte de su mano segura, los ojos certeros metidos en la tela. Se había liberado de la severa doctrina de la línea que tanto le limitara; estaba libre ahora, era feliz y en su romería todo fué selección, luz y color. El pueblo, el río adelante, la blanca y amplia ciudad detrás, fueron una sola cosa; aire y ciudad y seres se entretejían coloridos, sueltos, leves, claros y felices.*

4

FRANCISCO recibió unas líneas de don Gaspar Jovellanos con una cortés y urgente invitación al té. Los liberales preferían el té al chocolate de los reaccionarios aristócratas; pero la preferencia por el té y el levantamiento contra sus precios elevados por el absolutismo habían llevado a las colonias americanas de Inglaterra la revolución y la libertad.

A Goya no le gustaban ni la tibia infusión ni Jovellanos, pedantemente encendido. Pero no se podía decir que no, si un hombre como Jovellanos invitaba con tan cortés urgencia. En casa de éste estaba reunido un pequeño grupo: don Miguel Bermúdez, el conde de Cabarrús, el gran financiero, y lógicamente don Diego, el abate. El único invitado desconocido para Goya era el abogado y escritor José Quintana. Pero como todo el mundo, el pintor conocía los versos de Quintana; eran versos de la primera juventud. Don José parecía muy joven aún, difícilmente mayor de los veinte o veintiún años. Goya, que maduró lentamente, desconfiaba de lo alcanzado a esa edad, pero ese Quintana, modesto y vivaz, le gustó.

Había en la pared un gran retrato del dueño de la casa, pintado por Goya cuando vino a Madrid unos veinte años atrás. En la tela, estaba sentado ante un escritorio sencillo un Jovellanos relamido, galante. El hombre, su traje, sus muebles tenían algo rebuscado, afectado; nada había de la sombría virtuosidad del Jovellanos de ahora. Tal vez era entonces más clemente, pero tan liso y amable ni el mismo Goya joven pudo verlo en realidad.

Como lo esperaba Goya, se hablaba de política. Se censuraba violentamente al Príncipe de la Paz. Era cierto que el ministro resultaba vanidoso; durante las sesiones de don Manuel, Goya podía ver muy de cerca la complacida y simulada indiferencia en los gestos y ademanes con que el ministro ostentaba su nueva situación. Pero ¿perjudicaba al país esta vanidad? ¿No demostraba don Manuel su buena voluntad para fomentar el progreso? ¿No servía su popularidad para introducir beneficiosas reformas?

Las medidas del Príncipe de la Paz, decía Jovellanos, eran discutibles. Lo esencial era y sería la lucha contra la Inquisición, contra la Iglesia; el ministro cedía ante el clero con el mismo temor supersticioso con que la plebe se adhería al Santo Oficio. Mas todo intento serio de reforma —pontificaba don Gaspar con su voz tonante y fanática— debía tener como primera meta la derrota del clero. Porque la causa de todos los males era la ignorancia de las masas. Lo que se veía en Madrid era triste; pero la ignorancia y la superstición en las provincias era estremecedora. Don Francisco tenía que ver la colección del doctor Peral con estatuitas de cera de Jesús; el doctor la había conseguido del jardinero de unos frailes.

De pronto, interrumpiéndose, dijo: «Perdóneme, soy un pésimo dueño de casa. Les sirvo la amarga bebida de mi enfado en lugar de vino y comida». E hizo traer hipocrás, pajarete, frutas, pasteles y confituras.

Se habló después de cuadros y libros. El abate pidió al joven Quintana que recitara alguna poesía suya. Don José no se hizo rogar mucho, pero prefirió leer un trozo de prosa de un estilo nuevo y audaz. Una breve biografía, explicó a sus oyentes, del tipo de los viejos retratos o miniaturas con que se prologaban antaño los libros y que volvían a estar de moda. Y como todos asintiesen, leyó una biografía del dominico Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, el más esplendoroso mártir de la Inquisición.

> *Tres siglos después de su muerte, estaba prohibido todavía glorificarle. Mas el pueblo hablaba en todas partes de él, de sus santas palabras, de sus hechos nobles, ensalzándole. Pero se hablaba, por cierto, en un murmullo.*

5

DON BARTOLOMÉ CARRANZA se distinguió ya en su juventud como profesor de teología y fué muy pronto dogmatista. Carlos V lo envió como representante suyo al Concilio de Trento, donde prestó a la Iglesia y a su país señalados servicios. El sucesor de Carlos, Felipe II, que le confió misiones eclesiásticas y políticas en Inglaterra y en Flandes, lo nombró arzobispo de Toledo y con ello Primado del reino. Las opiniones severas de Carranza acerca de los deberes del sacerdocio y su extraordinaria caridad le valieron en toda Europa el título de eclesiástico más digno de su tiempo. Pero no era un político; su alta situación, su gloria, sus juicios netamente severos, si se trataba de deberes del clero, le crearon envidia y enemistad. Su encarnizado adversario era don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla. Indirectamente, con un documento teológico, Carranza le había obligado a entregar al rey Felipe como impuesto de guerra, cincuenta mil ducados de las entradas de su arzobispado, y Valdés era un hombre codicioso. Más tarde, Carranza le había birlado la prebenda más rica del país, justamente el arzobispado de Toledo, con ocho y hasta diez millones de renta anual. Valdés aguardaba la ocasión de humillar a Carranza.

Esta ocasión se le presentó cuando lo nombraron Gran Inquisidor. Carranza había redactado un comentario al Catecismo, muy celebrado, pero también muy combatido. El culto dominico Melchor Cano, que Carranza apabulló por divergencias en problemas teologales, declaró nueve puntos del libro como sospechosos de herejías. Otras denuncias parecidas fueron presentadas también acerca de sospechosas manifestaciones suyas. El Gran Inquisidor leyó, estudió y encontró que el material era suficiente para proceder.

Advertido Carranza de la inminente indagación acerca de su libro, se hizo extender certificados de venerados teólogos, que alababan la piedad ejemplar y la ortodoxia de la obra, y se dirigió en demanda de protección a su discípulo, el rey Felipe, entonces en Flandes. Valdés sabía que no podría proceder contra Carranza si el rey volvía. Resolvió pegar el golpe. Carranza se hallaba de inspección en Torrelaguna. La Inquisición disponía que nadie podía abandonar su casa y su pueblo por más de dos días y con fuerzas armadas rodeó el palacete en que estaba el arzobispo. Se oyó el llamado: «Abran al Santo Oficio». El inquisidor De Castro se arrodilló con lágrimas en los ojos ante el lecho de Carranza y le mostró la orden de arresto, pidiéndole perdón. Carranza se persignó y se entregó preso. Desapareció así de la vista de la gente, como si hubiese desaparecido del mundo.

El Gran Inquisidor corrió de prisa hasta Flandes e informó al rey Felipe. Los prelados superiores a obispos no estaban bajo la jurisdicción del Santo Tribunal, sino bajo la del Papa. Pero Valdés había obtenido del Padre Santo un poder para proceder a la investigación en casos muy graves sin el previo permiso de Roma. En este caso se encontraba, explicó al rey, y le mostró documentos. Recalcó que había confiscado ya las rentas de Toledo y que la Inquisición entregaría a la Corona esas rentas, deducidos los gastos del proceso. Felipe se convenció de que su consejero y preceptor Carranza olía mucho a hereje y aprobó el proceder de Valdés.

Carranza fué llevado a Valladolid y allí encerrado, en el suburbio de San Pedro, en dos cuartos sin aire y sin luz, con un solo acompañante. Comenzó una larga investigación. Se escucharon trescientos testigos, se revolvió el enorme archivo del arzobispado de Toledo. Se encontraron apuntes de sermones, preparados por el estudiante Carranza hacía cuarenta años; pasajes de libros herejes que, como perito en el Concilio de Trento, había copiado para refutarlos; numerosos documentos parecidos y sospechosos. El poder papal facultaba a Valdés solamente a poner en seguridad al acusado y los documentos. El papa Pablo exigió que se le remitiera el reo y las actas. El Gran Inquisidor buscó pretextos, mientras el rey disfrutaba de las rentas del arzobispado de Toledo. Murió el papa Pablo, le sucedió Pío IV. El poder concedido por Roma era por dos años. Pío exigió la entrega del detenido y de las piezas procesales. El Gran Inquisidor inventó nuevos pretextos, el rey asignó una pensión al sobrino del Papa sobre las rentas toledanas. El Papa Pío prolongó el plazo por dos años más, luego por otro todavía.

Entre tanto, el caso de Carranza se convirtió en escándalo europeo. El Concilio tridentino consideró la grave injusticia con el arzobispo Carranza como una ofensa para la Iglesia y un ataque de la Inquisición española a la inmunidad de los prelados. El Concilio no sólo no puso en el Index de los libros vedados la obra de Carranza, ese comentario al Catecismo que el Santo Oficio hispano consideraba argumento capital de herejía, sino que la juzgó católica y merecedora de ser recomendada a todos los fieles.

En consecuencia, el Papa Pío comunicó al Concilio y al mundo que la Santa Sede se sentía vejada por el

proceder rebelde del católico monarca. La autorización para examinar el caso de Carranza había vencido definitivamente el primero de enero de ese año y era necesario entregar el detenido con todo lo actuado a las autoridades romanas. Mas Felipe amparaba a la Inquisición; no quería renunciar a las rentas toledanas y consideraba una disminución de su prestigio ceder ante el Papa. Carranza permaneció en dura prisión en Valladolid. El Papa declaró solemnemente: si la entrega del arzobispo se demoraba más, todos los responsables serían pasibles «ipso facto» de anatema, perderían sus dignidades y funciones, deberían considerarse como criminales e incapacitados para ser repuestos alguna vez en sus cargos. Carranza debía ser entregado sin demora al Nuncio pontificio. El rey no contestó; Carranza siguió preso en Valladolid.

Se convino finalmente que una delegación papal indagaría el caso Carranza en tierra hispana, juntamente con los inquisidores locales. Roma envió cuatro embajadores, tan bien elegidos que nunca la Iglesia los enviara tales a ningún soberano. El primero fué después el Papa Gregorio XIII; el segundo, el Papa Urbano VII; el tercero, el cardenal Aldobrandini, hermano del Papa Clemente VIII; el cuarto, el futuro Papa Sixto V. El Gran Inquisidor recibió a los legados con el respeto que merecían, pero insistió en que deberían actuar en el marco de la Suprema (el Supremo Consejo del Santo Oficio), sumo tribunal de la Inquisición, junto con quince españoles; eso significaba que tendrían solamente cuatro votos contra quince.

Mientras se discutía al respecto, murió Pío IV. En su lecho de muerte declaró que para satisfacer al insaciable monarca católico, en el caso Carranza había infringido las leyes canónicas y desechado la voluntad del Concilio y de los cardenales; nada pesaba tanto en su conciencia como su fracaso en el asunto. El sucesor fué Pío V, un señor difícil. Pronto se quejó el embajador español Zúñiga ante su rey porque el Padre Santo carecía de experiencia en asuntos de Estado y de intereses privados; por desgracia, hacía sólo aquello que creía justo, y nada más. El nuevo Papa también declaró inmediatamente anulada la jurisdicción del Gran Inquisidor y sus familiares. Valdés debía poner en seguida en libertad al arzobispo, para que se presentara en Roma a fin de ser juzgado personalmente por el Pontífice. Las actas debían ser traídas a Roma dentro de tres meses. Todo esto so pena de la ira de Dios, la condenación de los apóstoles Pedro y Pablo y la excomunión.

El anciano Valdés, ávido de dinero, poder y venganza, se propuso luchar también con el nuevo Papa. Pero el rey católico, envuelto en graves problemas de política interna y externa, temía la interdicción. Carranza fué entregado por lo tanto al Legado papal y conducido a Roma. El arzobispo había sufrido ocho años en prisiones hispanas; pasó a vivir en el castillo de Sant Angelo, con algunas comodidades, pero detenido. Porque Pío V, de una pieza como era, ordenó que la investigación comenzara de nuevo. Todo el enorme material fué traducido al italiano y al latín. Un tribunal especial de diecisiete prelados, entre ellos cuatro españoles, tenía sesión una vez por semana bajo la presidencia del Papa. El rey católico siguió los trámites con gran interés y envió constantemente nuevos documentos.

El proceso fué arrastrándose. A los ocho años de encarcelamiento en España, siguieron cinco en Italia. Pero ya el Padre Santo pudo medir todo el pro y el contra. Él y su tribunal no encontraron a Carranza culpable de herejía. La sentencia fué extendida cuidadosamente con muchos argumentos bajo la vigilancia del Papa, que no la publicó todavía y la comunicó por cortesía al rey Felipe. Mas al mismo tiempo que el tema de la sentencia, que anunciaba y fundaba la absolución, llegó a España la noticia de la muerte de Pío V. La sentencia no había sido publicada y desapareció.

El sucesor de Pío V, Gregorio XIII, conocía naturalmente la absolución aquella, pero por haber sido uno de los cuatro legados papales enviados a Madrid para el caso Carranza, había conocido también la mezquindad de Felipe y declaró que examinaría personalmente todo el asunto. El rey envió más documentos. En seguida escribió al Papa que estaba convencido plenamente de la herejía de Carranza y pedía rápida condena. Tres semanas más tarde, volvió a escribir al Pontífice de su puño y letra, violento y facundo. Exigía que el hereje fuese enviado a la hoguera. Cualquier castigo menor, haría posible, aunque tarde tal vez, la reposición de Carranza en su arzobispado; y no sería tolerable para un rey de España que un hereje poseyera la más alta dignidad eclesiástica de su reino.

Pero antes de que la segunda carta llegara a Roma, recayó sentencia, una sentencia diplomática, contra el arzobispo. Carranza fué reconocido como reo de herejía leve en dieciséis puntos. Tenía que retractarse públicamente y ser suspendido por cinco años en su función y cargo. Entretanto viviría en un monasterio en Orvieto, con honorarios mensuales de mil coronas de oro. Además, le fué impuesta una leve penitencia eclesiástica. El Papa Gregorio comunicó la condena al rey Felipe en una carta personal. «Lamento», decía en ella, «haber tenido que condenar a este hombre distinguido por su conducta, su saber y sus obras buenas y no haber podido absolverlo, como era nuestro deseo».

Don Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, que las muchedumbres tenían por santo, por el más santo que hubiese en tierra ibérica, tuvo que pasar diecisiete años en prisiones españolas e italianas; los papas

Pablo IV, Pío IV y Pío V habían muerto antes de sentenciarlo.

Después de renegar de sus errores en el Vaticano, el arzobispo se sometió a la penitencia eclesiástica impuesta por el Papa. Consistía ésta en la visita de siete basílicas romanas. Como signo de estima y simpatía, el papa Gregorio puso a su disposición para estas visitas su propia silla de manos y caballos para su séquito. Carranza rechazó el ofrecimiento. Marchó a pie. Se habían reunido diez mil personas, muchas llegadas de lejos, para verlo pasar y demostrarle veneración. Su penitencia resultó un triunfo como rara vez logró algún Papa.

De regreso de sus visitas penitenciales, Carranza sintió violentos dolores y tuvo que ponerse en cama. A los pocos días se vió que no tenía curación. El Pontífice le envió la absolución general de sus pecados y la bendición apostólica. Carranza pidió la presencia de siete altos dignatarios de la Iglesia. Ante ellos, después de recibida la absolución y antes del Viático, declaró solemnemente: «Juro por la cuenta que he de rendir muy pronto al Omnipotente y por el Rey de los Reyes, presente en el Sacramento que estoy por recibir, que durante mi enseñanza teologal y también cuando más tarde escribí, prediqué, disputé y respiré en España, en Alemania, en Italia y en Inglaterra, siempre me propuse la victoria de la religión de Jesucristo y la lucha contra los herejes. Por la gracia del Señor convertí a muchos a la fe católica. El rey Felipe, de quien he sido confesor, fué testigo de ello. Lo amé, lo amo de corazón, ni un hijo puede serme más querido. Aseguro además que nunca caí en los errores de que se me declaró sospechoso; se tergiversaron mis palabras y se interpretaron falsamente. A pesar de ellos, reconozco justa la condena que cerró mi proceso, porque fué dictada por el Vicario de Cristo. En la hora de la muerte, perdono a todos aquellos que declararon contra mí en el proceso; nunca les tuve rencor y cuando muera y llegue donde por la misericordia de Dios espero llegar, rogaré por ellos».

Se ordenó la autopsia del cadáver. Los médicos declararon que Carranza murió a los setenta y tres años de una afección cancerosa. Todo el mundo pensó que esta muerte, tan oportuna para el rey Felipe, se debía en parte a su culpa. El orgulloso monarca, como él mismo escribió, no hubiera tolerado la reposición de Carranza en su diócesis. El rey y el arzobispo no podían vivir bajo el mismo cielo y el soberano católico creyó que, por derecho conferido por Dios, podía deshacerse del adversario de cualquier manera.

> *Y escribió al Papa que la sentencia parecía demasiado clemente a muchos sacerdotes españoles experimentados y sabios, pero que reconocía el serio esfuerzo papal por un juicio piadoso y justo. Esto, sobre todo, porque la mano de Dios había empleado ya el recurso oportuno para impedir males ulteriores que hubiese podido causar la suave condena del Pontífice.*

6

Y LA HISTORIA del arzobispo don Bartolomé Carranza, santo y hereje, fué lo que el joven Quintana leyó, al estilo de sus «miniaturas», para Jovellanos y sus invitados. Todos conocían ese caso, pero les resultó extraño y nuevo en la lectura de Quintana. Éste no vaciló en presentar como hechos circunstancias que se ignoraban o a lo sumo se podían suponer. Pero cosa curiosa: tal como él los narraba, eran verídicos; no podían ser de otra manera.

Goya escuchó, atraído como los demás. Los hechos presentados por el joven habían ocurrido ciertamente casi tres siglos antes; sin embargo eran sucesos del día, incitantes, indignantes. Mas, justamente por eso, ¿no era aquello rebelión y muy peligrosa? ¿Y no era locura sentarse entre esos rebeldes y fanáticos en el momento en que la vida le ofrecía plenitud y promesas? A pesar de todo, le gustó el insensato joven que a duras penas reprimía su indignación durante la lectura. Y hubiera seguido escuchándolo, aunque hubiese tenido el deber de retirarse.

Cuando el joven Quintana concluyó, hubo un silencio de perplejidad. Finalmente, Jovellanos carraspeó y dijo: «Sus faltas al casticismo puro, querido don José, son innumerables; pero hay fuerza en sus palabras y usted es muy joven aún y mejorará mucho». El abate se había puesto de pie; entre todos, tal vez, era aquel a quien la lectura de Quintana más conmoviera. «Nosotros los de la Inquisición, somos prudentes, inteligentes», dijo. Podía decir «nosotros los de la Inquisición», porque seguía ostentando el título de «secretario del Santo Oficio», aunque su protector, el Gran Inquisidor Sierra, hubiese caído en desgracia y se hallara acusado por su vacilante teología. Comenzó a pasearse de arriba abajo, levantó aquí y allá algún objeto para observarlo y siguió hablando: «Nosotros somos siempre inteligentes. No fuimos nosotros los que llevamos al arzobispo Carranza a la prisión y a la muerte, sino el Papa y el rey Felipe. Y si finalmente Lorenzana lleva a la solución el caso Olavide, ¿se le debe el arresto del gran hombre? ¿No debe liquidar por fin el caso tan zarandeado?».

Goya se sobresaltó. Había conocido apenas a don Pablo Olavide; se había estremecido cuando, hacía años ya, el valiente y hábil personaje fué arrestado y su gran fundación en Sierra Morena peligró. Había sabido recientemente que la Inquisición quería aniquilar a Olavide, pero hizo oídos de mercader; no debía dejar perturbar su dicha por rumores. Bajo la impresión de la «miniatura» de Quintana, no pudo dejar de preguntar: «¿Intentarán ellos realmente…?».

«Ciertamente lo intentarán», contestó el abate y sus alegres ojos ya no resplandecían alegremente. «Lorenzana tuvo desde el comienzo el orgullo de llegar a ser famoso en la guerra por la doctrina pura como el Gran Inquisidor Valdés. Ya se buscó la bendición del Padre Santo para destruir a Olavide. Si don Manuel persiste en su letargo, si el rey no detiene el brazo de Lorenzana, Madrid asistirá a un auto de fe como pocos desde siglos atrás».

Goya entendió claramente que la dolorosa profecía del abate y tal vez la misma miniatura del joven Quintana eran para él. Y sin rodeos ya, Jovellanos se volvió en efecto hacia él. «Ahora está usted trabajando en un retrato de don Manuel, querido Francisco. Parece que durante las sesiones, el Príncipe de la Paz es muy accesible. ¿Cómo sería si usted hablara con él un día del caso Olavide?». Trataba Jovellanos de hablar casi con indiferencia, pero todas sus palabras eran medidas. Hubo silencio; se aguardó la contestación del pintor. Molesto, éste dijo: «Dudo de que don Manuel me tome en serio en cosas ajenas a la pintura. Sinceramente», continuó con opaco dolor, «no me interesa ser tomado en serio fuera de mi pintura». Los demás callaron, desaprobando. Mas Jovellanos replicó severo y cortante: «No se empequeñezca, don Francisco. Usted tiene dotes y el hombre dotado lo es en todos los terrenos. César no fué solamente un gran estadista y un gran guerrero, sino también un gran escritor. Sócrates fué filósofo, fundador de religiones, soldado, lo fué todo. Leonardo, además de pintor, fué hombre de ciencia, técnico, construyó fortalezas y máquinas para volar. Y para referirme a mi modesta persona, quiero contarme no sólo como economista sino también como conocedor de pintura».

Aun corriendo el riesgo de hacer un mal papel con aquellos señores, Goya no podía dejarse inducir otra vez a meterse en cosas de la política. «Lamento tener que negarme, a pesar de todo, don Gaspar», contestó. «El proceso contra don Pablo me indigna tanto como a usted, pero no hablaré de ello con don Manuel», concluyó enérgicamente. «Es seguro que nuestro amigo don Miguel discutió este feo asunto con él y también usted, don Diego», agregó, «supongo, sabias explicaciones. Si los dos han fracasado, expertos como son en política, ¿qué puedo esperar yo, simple pintor aragonés?».

Don Miguel aceptó el desafío y replicó: «Si tantos grandes señores te distinguen, Francisco, no es por tus retratos. Tienen a su lado especialistas, administradores, técnicos, políticos. Pero el artista es más que eso, influye en todos, los conoce a todos, habla por todos, habla por el pueblo como un todo. Esto lo sabe don Manuel y te escucha. Por eso deberías hablar con él acerca de este maldito y desesperado proceso de Pablo Olavide». Modesta pero fogosamente, intervino el joven Quintana: «Lo que usted dice, don Miguel, lo comprobé a menudo. Don Francisco, usted no habla como nosotros los escritores, sino que domina el idioma que todos entienden, el idioma universal. Desde sus telas, la esencia humana sale de algo más hondo que de los mismos rostros y de las palabras de los literatos». «Mucho honor para mi arte, joven señor», contestó Goya. «Pero ustedes quieren que hable con don Manuel y para eso no cuento con mi idioma universal. Soy pintor, señores», insistió Goya casi gritando descortés, «entiéndanlo bien, soy pintor, nada más que pintor».

Solo ya, trató Goya de echar de sí el penoso recuerdo de Jovellanos y su reunión. Se repitió las razones de su negativa, eran buenas razones. «Oír, ver y callar», era uno de los más sabios refranes viejos. Pero siguió sintiéndose molesto. Tuvo que hablar con alguien de su confianza, para justificarse. Contó a Agustín que Jovellanos y los otros le sugirieron mezclarse en asuntos del rey y que se había negado lógicamente. «El hombre», concluyó diciendo con forzada alegría, «necesita dos años para hablar, sesenta para aprender a callarse». Agustín estaba preocupado. Parecía hallarse al corriente del asunto. «Quien calla otorga», contestó con voz cerril. Goya se calló. Agustín se dominó, no gritó, se esforzó en hablar calmosamente. «Me temo», dijo, «que si cierras la ventana al tiempo, Francho, verás cosas peores en tu misma casa y muy pronto». «No digas necedades», exclamó Francisco. «¿Pinto peor que antes?». Y él también se impuso el ser ecuánime. «A veces, tu virtuoso Jovellanos me impresiona», admitió objetivamente, «con su dureza y sus grandes palabras. Pero a menudo lo encuentro ridículo».

> *Es ridículo aquel que vive en un mundo tal como debería ser el mundo y no en el mundo real. «Hay que adaptarse, no se puede hacer más», insistió más violento. «Usted procede así, don Francisco», dijo suavemente Agustín. Mas Goya, sin gritar, le replicó: «Entre los dos mundos debe haber un camino y yo quiero encontrarlo y lo encontraré. Créeme, lo encontraré, Agustín. Ten paciencia, querido».*

7

GOYA estaba pintando el gracioso cuadro de la peregrinación a San Isidro; lo hacía a conciencia, alborozado. Estaba solo. De repente sintió una presencia en el estudio.

Sí, alguien estaba allí; había entrado sin llamar; un hombre en traje de enviado, el mensajero del Santo Oficio. «Alabado sea Jesucristo», dijo. «Por la eternidad. Amén», contestó don Francisco. «¿Quiere certificarme, por favor, don Francisco, que le entregué una notificación del Santo Oficio?», preguntó el enviado muy cortés. Entregó el recibo y Goya firmó. El otro le entregó la carta y Goya la tomó y se persignó. «Bendita sea la Santa Virgen», dijo el enviado. «Tres veces bendita», contestó Francisco mientras el otro se marchaba. Goya se apabulló, con la carta sellada sin abrir en sus manos. En esos días se hablaba mucho de que la Inquisición publicaría la sentencia de Olavide en un auto particular, limitado a pocos invitados. La invitación, en esos casos, era honrosa y peligrosa a la vez; equivalía a una advertencia. Goya estaba seguro de que esa carta era una invitación. Y sintió entonces todo el terror que la imprevista aparición del mensajero le causara. Aplastado en la silla, agotado, las rodillas flojas, demoróse en abrir la carta.

Josefa también se asustó mucho cuando supo de ello. Se cumplía lo que predijera su hermano: la vida inmoral de Francho lo hacía sospechoso de hereje. Probablemente, más que las relaciones con ateos, determinaría esa invitación peligrosa la atrevida publicidad de sus amores con la de Alba. Lo malo era que su Francho pecaba realmente de herejía. Y lo peor era que ella lo amaba como nadie y, si la Inquisición le aplicaba tormento, nunca diría una palabra contra él. Trató de dominar el gesto de su cara, esa cara impasible y orgullosa de una Bayeu; apenas apretó un poco más los labios. Y dijo: «Que la Virgen te bendiga, Francho».

Hasta la de Alba, cuando supo de la invitación, hizo un gesto de dolorosa sorpresa. Pero se repuso en seguida. «Con eso se ve, don Francisco», le dijo, «que usted es un hombre muy importante». Porque el Gran Inquisidor Lorenzana había invitado a asistir al triunfo del Santo Oficio a los personajes más respetados del reino, no sólo don Miguel, Cabarrús, Jovellanos, sino también don Manuel. Roma le había recomendado no efectuar un auto público de fe en el caso de Olavide, para no molestar a la Corona, pero sí dar la mayor publicidad a la condena del hereje. Dispuso, pues, que se realizara un auto particular «a puertas abiertas», de modo que, a pesar de la exclusión del público, todo Madrid pudiera participar en la humillación del acusado. Una semana antes de la ceremonia, familiares y notarios de la Inquisición recorrieron a caballo la ciudad, con tambores, cuernos y trompetas, y un heraldo comunicó al pueblo que, para mayor gloria de Dios y de la religión, el Santo Oficio celebraría ese auto de fe en la iglesia de Santo Domingo el Real. Se invitaba a los fieles a asistir a la santa solemnidad; sería un servicio divino.

La víspera del auto, fué llevada al templo la gran cruz verde, juntamente con el estandarte del Santo Oficio. El prior de los dominicos cargó con la cruz, rodeado de monjes con antorchas cantando el Miserere. En la insignia de damasco rojo bordado estaban las armas del rey y las del Santo Tribunal: cruz, espada y vara. Seguían al estandarte los ataúdes y las efigies de herejes desenterrados, cuya condena se proclamaría. Una multitud enorme llenaba las calles y se arrodillaba delante del estandarte y la cruz.

A la mañana siguiente, muy de madrugada, se reunieron en la iglesia los invitados, ministros, generales, el rector de la Universidad, escritores de renombre, todas las personas de categoría sospechosas de liberalismo; la ausencia de un invitado, aun en caso de enfermedad, equivalía a una confesión de herejía. Estaban, además —para gozar de su victoria— aquellos que determinaron la caída de Olavide, el arzobispo de Sevilla, el obispo de Osma, el Hermano Romualdo de Friburgo, los hombres de la Mesta, que habían perdido sus praderas de pastoreo a raíz de la fundación de Olavide. Todos ellos, amigos y enemigos, tomaron sitio en la gran tribuna; enfrente había otra para los señores del Santo Oficio. Sobre ellos estaba el famoso cuadro de Santo Domingo, caído al suelo, agotado por las maceraciones, reconfortado piadosamente por la Virgen. En el centro del templo se levantaba un estrado donde colgaban de negras cruces sobre los ataúdes las efigies de los herejes muertos o huidos; otro estrado aguardaba a los herejes vivos.

Entretanto, afuera se acercaba la procesión de los jueces y los criminales. Abría la marcha el regimiento de caballería de Murcia, la cerraba la caballería africana; el resto de la guarnición madrileña formaba ala. En dos largas filas marchaban los familiares de la Inquisición y entre ellos los pecadores. En la puerta de la iglesia la comunidad de Santo Domingo recibió al Gran Inquisidor y su séquito. Inmediatamente detrás de Lorenzana iba el presidente del Santo Tribunal, doctor José de Quevedo; seguían los tres secretarios

efectivos, entre ellos el abate don Diego. Cuando el cortejo penetró en la iglesia, los invitados se arrodillaron. Cuando levantaron las cabezas, estaba ocupada ya también la plataforma para los herejes con vida. Frente al estrado de los ataúdes, estaban sentados en banquillos, también al pie de una cruz de colgaduras negras. Eran cuatro, vestidos con la zamarra, el sambenito. El camisón en forma de saco burdo y de color amarillo, con una negra cruz de San Andrés, los envolvía; la soga de esparto colgaba de su cuello; llevaban en la cabeza la coroza, alto capirote puntiagudo; cubrían los desnudos pies bastos zapatos de tela amarilla; todos llevaban en la mano cirios verdes apagados.

Goya contempló con honda agitación a los penitenciados con sus sambenitos. En todos los templos había colgados esos capotillos afrentosos y le estremeció el recuerdo infantil del día en que por primera vez le explicaron el significado de la prenda. Era aquél un antiguo sambenito, con dibujos de demonios horribles que precipitaban a los pecadores en el infierno y estaba allí consignado el nombre y el crimen del hereje que lo llevó siglos antes. Recordó Goya claramente el horror y la fascinación que sintió entonces, pensando que los descendientes del hereje seguían desterrados de la comunidad de los puros.

Casi con avidez, con el interés de un poseído, buscó el rostro de Pablo Olavide, porque en sus sambenitos y debajo de la coroza, los cuatro herejes se parecían; se encogían inclinados con rostros grises y apagados; había entre ellos una mujer que apenas se distinguía de los varones. Francisco tenía excelente memoria de las caras; veía ante sí clara la figura de Olavide, conocido años antes: un señor esbelto, elegante, movedizo, con una cara amiga y despierta. Ahora tardó un rato en distinguirlo allí porque ya no tenía cara; parecía borrado, extinguido.

El secretario subió al púlpito y leyó la fórmula del juramento con el cual los presentes se comprometían a la estricta obediencia al Santo Oficio y a la constante persecución de todos los herejes. Y todos contestaron: «Amén». Luego habló el prior dominico. Comentó el texto: «Levántate, oh Señor, y juzga de tus asuntos» y siguió conciso y violento. «El Santo Tribunal», anunció, «y este estrado con los pecadores destinados a sufrir son una imagen digna de recordarse de aquello que todos nosotros un día viviremos con terror en el Juicio Final. Los que dudan preguntan si el Señor no tiene otros enemigos que los judíos, los moros y los herejes. ¿No ofenden al Todopoderoso día a día un sinnúmero de seres con otros pecados y crímenes? Ciertamente, contestaría Dios, pero se trata de crímenes menores que Él perdona. Dios sólo siente irreconciliable horror ante los moros, los judíos y los herejes que ensucian su Nombre y su Honor. Esto quiso decir David, cuando imploró al Señor: “Despierta de la clemencia en que te envuelve Tu infinita misericordia. Levántate, oh Señor, y juzga de Tus asuntos. Abate con la furia de Tu cólera a los paganos y a los infieles”. Y por estas palabras obra hoy el Santo Oficio».

Se leyeron las sentencias de los cuatro herejes. Se demostraba que Pablo Olavide figuraba junto a gente sin rango ni nombre, para evidenciar que ante el Tribunal de la Inquisición todos eran iguales: el encumbrado y el humilde. Se llamó primeramente a José Ortiz, ex cocinero en el seminario de Palencia. Había dudado del poder milagroso de Nuestra Señora del Pilar. Había declarado además, y esto era lo peor, que después de muerto apenas podría tocarle que lo comieran los perros. Eso de los canes se consideraba herejía levísima, porque también cadáveres de mártires habían sido presa de perros, aves de rapiña y aun cerdos. Otra manifestación, en cambio, se consideraba como monstruosa negación del dogma. Se le condenaba a ser llevado por la ciudad en procesión pública y a recibir doscientos azotes; luego se le entregaría al brazo seglar para que expiara cinco años en galeras.

Se juzgó luego a Constancia Rodríguez, vendedora de libros. En su comercio se habían encontrado diecisiete libros condenados por el Index, tres en una encuadernación simulada que ostentaba un título inocente. La mujer, además de las habituales penas accesorias como el destierro, la confiscación de los bienes y cosas parecidas, fué condenada a la vergüenza, es decir que debía ser conducida desnuda hasta la cintura, mientras un heraldo anunciaba su culpa y su castigo.

El licenciado Manuel Sánchez Velasco había hecho manifestaciones blasfemas en la iglesia de San Cayetano, diciendo que el Santo no podía ayudarle. Salió del proceso con leve castigo. Fué desterrado por vida de Madrid y se le quitaron los derechos de ejercer oficios respetables y ocupar cargos de honor.

Las sentencias fueron leídas lentamente, con una pedante descripción de motivos y pruebas. Los invitados escuchaban aburridos y agitados; aguardaban la sentencia de Olavide. Pero no podían substraerse a una molesta compasión por las lamentables figuras con el grotesco sambenito, cuyas vidas estaban aniquiladas para siempre por alguna manifestación imprudente, y no podían tampoco evitar el miedo al tribunal de la herejía, que con millones de oídos acechaba frases insustanciales y podía arruinar a quien elegía.

Finalmente se llamó a Pablo Olavide y, precisamente, con todos sus títulos: ex auditor del virreinato del Perú, ex gobernador de Sevilla, ex gobernador general de las Nuevas Poblaciones, ex comendador de la

Orden de Santiago, ex caballero de la Cruz de San Andrés. Hubo un profundo silencio en el templo lleno de gente, cuando fué presentado ese hombrecillo, convertido en gigante por la coroza. Intentaba caminar, pero tenían que sostenerlo y aun arrastrarlo un clérigo a la derecha y un guardia a la izquierda; se sentían sus pies con los grotescos zapatos amarillos deslizarse por el piso de piedra de la iglesia. Como era evidente que no podía estar de pie, se le hizo sentar. Y así se acurrucó. Su tronco se apoyaba con laxitud en la baja barandilla que delimitaba el palco de los acusados, inclinada ridículamente hacia adelante la puntiaguda coroza. Alrededor estaban sentados el primer ministro y el rector de la Universidad y muchos señores y sabios y escritores, que eran amigos suyos y también los miserables que le eran adversos; todos testigos de su infamia.

La sentencia fué detallada, muy medida, con cimiento de abundante teología. El acusado había admitido haberse expresado imprudentemente, afirmando que nunca había abandonado la religión católica ni cometido el delito de herejía. Pero el Santo Oficio había examinado los escritos y los libros de Olavide, se habían oído setenta y dos testigos, y la culpa del reo estaba comprobada. Olavide había declarado que no creía en milagros, que los no católicos no iban al infierno, que muchos emperadores de la Roma pagana eran preferibles a muchos príncipes cristianos; había acusado a Padres de la Iglesia y escolásticos de impedir el progreso del espíritu humano, dudado de que la oración evitaba malas cosechas. Se trataba, pues, de herejía y no de expresiones imprudentes. Olavide poseía, además, muchos libros prohibidos; hasta había visitado en Suiza al campeón del Anticristo, el mal afamado Voltaire, para tributarle respeto y amistad; entre sus papeles se encontraron cartas que le escribía este archihereje. Había sostenido ante testigos que el tañido de las campanas de nada servía en caso de tormentas, y durante una pestilencia ordenó que no se sepultaran los cadáveres en las iglesias, sino lejos de las poblaciones, en tierra no consagrada. En fin, Pablo Olavide había sido convicto claramente de herejía en ciento sesenta y seis casos. La lectura de estos casos duró más de dos horas. Al final de la segunda hora, Olavide se había desmayado. Lo salpicaron con agua fresca y cuando volvió en sí, la lectura continuó.

Llegó finalmente la conclusión. «Por estas razones», rezaba, «lo declaramos hereje convicto, miembro podrido de la comunidad cristiana, y le condenamos a reconciliarse con la Iglesia con la abjuración de su herejía». Como penitencia se le imponía un encierro de ocho años en el convento de los capuchinos de Gerona, con las demás penas accesorias. Sus bienes serían confiscados. Debía además mantenerse lejos de Madrid y todas las residencias reales, a perpetuidad, y fuera también de los reinos del Perú y de Andalucía y de la colonia de Sierra Morena. No podía llevar títulos honoríficos y ejercer cargos públicos. Se le prohibía la profesión de médico, farmacéutico, maestro, abogado, recaudador de impuestos. No se le permitía montar a caballo, llevar adornos, ni trajes de seda o lana fina, sino solamente ropas de sarga rústica o basta tela. A la salida del convento de Gerona, su sambenito sería colgado en la iglesia de las Nuevas Poblaciones con la lista de sus herejías, para que todo el mundo las conociera. Estaban sometidos a las penas accesorias también todos sus descendientes, hasta la quinta generación.

Ardían muchas velas, el aire del templo era malo, fresco y pesado al mismo tiempo. Los clérigos con sus viejas estolas, sus hábitos y ropajes, los seglares en uniforme de gala, estaban callados, cansados y sobresaltados, respirando con dificultad, y escuchaban. El abate, como secretario del Santo Tribunal de Madrid, estaba entre los jueces. Era amigo del Gran Inquisidor Sierra, derribado por Lorenzana y por éste denunciado, y Lorenzana sabía naturalmente que el Inquisidor caído le había encargado de preparar un memorial para adaptar los procedimientos del Santo Oficio al espíritu de la época. El abate sabía pues que también él, como Olavide, podía llegar a sentarse con el sambenito en el banquillo. Si Lorenzana no se había atrevido a poner por el momento sus manos en él, se debía a que era una persona de confianza y el bibliotecario oficial de don Manuel. Pero el abate estaba seguro de que figuraba en la lista de aquellos que estaban predestinados a compartir la suerte de Olavide, y después del auto de fe tendría que esperar todos los días ser arrestado. Hubiera debido huir hacía mucho, poniendo los Pirineos entre su persona y la Inquisición. La razón de esa demora tenía un nombre: doña Lucía. No podía abandonar a España, antes de haber concluido la educación política de esa mujer y le era duro dejar de verla siempre.

Don Manuel estaba sentado en la primera fila de los dignatarios. Sentía impulsos de levantarse y salir de la iglesia con paso firme. Tenían razón los amigos: no hubiera debido permitir ese espectáculo afrentoso. Había calculado muy por debajo la osadía de Lorenzana y, anunciado el auto, había sido demasiado tarde. Impedir un auto de fe anunciado hubiera sido un sacrilegio que hubiese provocado una rebelión, llevándolo a una caída segura. Mas era un escándalo el que Lorenzana, entronizado en frente con toda la pompa de juez de Dios, pudiera tratar de esa manera a Olavide, cuyo meñique valía más que su hinchada cabeza. Por otra parte, naturalmente, tenía razón Pepa, y lo que allí triunfaba no era el señor Francisco Lorenzana, sino Roma, el Altar, la Iglesia misma. Desde el instante en que llevaba con derecho el traje de Gran Inquisidor,

hasta un hombre tan indigno como Lorenzana personificaba la justicia divina y no era posible proceder contra él. Sin embargo don Manuel se juró que los amigos no sufrirían un desengaño. Después de este lamentable espectáculo, no permitiría ni toleraría que Lorenzana persiguiera a Olavide hasta la muerte.

Francisco Goya contempló fervorosamente a los penitenciados. Aquello podía tocarle a cualquiera. Habían sido los espíritus malos siempre en acecho, los que habían colocado al pobre Olavide el sambenito y la coroza y los que lo atormentaban por medio de la persona del Gran Inquisidor y sus familiares. «Trágala, perro…». Y Goya miraba y estudiaba cada pequeño detalle de lo que ocurría allí. Al mismo tiempo revivía hechos de su lejana juventud. Entonces, en su Zaragoza, asistió a un auto de fe aun más solemne, tremendo y grotesco. Había sido en la iglesia catedral de la Virgen del Pilar, y los herejes fueron quemados en la Puerta del Portillo. Casi tan claramente como ahora veía aquellos jueces y aquellos pecadores; y sentía el olor a quemado; los herejes de entonces y los penitenciados de ahora se le volvían una sola cosa.

En ese momento, arrodillado delante de la cruz envuelta en negras colgaduras, con la mano sobre la Biblia abierta, Olavide abjuró. El clérigo leía y él repetía que abjuraba toda herejía y especialmente aquellas que él cometiera en pensamiento, palabra y obra; que aceptaba —jurando por Dios y la Santa Virgen— con humildad y paciencia toda penitencia impuesta, a la que se sometía según sus fuerzas. Si fracasaba o reincidía, se consideraría a sí mismo como hereje incorregible, que sin más proceso caería bajo la severidad del derecho canónico, para perecer en la hoguera.

> *Muy ahogado, llegaba a través de la puerta de la iglesia abierta el zumbido de la enorme multitud que había afuera. En el mismo templo, rebosante de personas, había silencio, tanto silencio que todos se estremecían cuando una alabarda chocaba en el suelo. Mas, a pesar del silencio, se oían solamente las palabras del clérigo; de Olavide no se escuchaba un sonido, sólo se veía cómo se abrían y cerraban los labios en la cara apagada y gris.*
>
> *Y así terminó la santa ceremonia. Vivas y claras se oyeron afuera voces de mando y resonaron pasos militares. En el mismo orden de la llegada, se retiró de la iglesia de Santo Domingo el cortejo de jueces y penitenciados.*

8

GOYA sintió prisa por contar lo que había visto y vivido en el templo. Agustín no le preguntó nada, pero se veía que aguardaba noticias de parte de Francisco. Éste se calló. No encontraba las palabras; aquello era muy intrincado. Había visto algo más que la miseria de Olavide y el fanatismo brutal de sus jueces. Había visto los demonios que volaban, se arrastraban, se acuchillaban alrededor de jueces, herejes e invitados, aquellos malos espíritus que estaban en torno de uno constantemente; había visto su grotesca algarabía. Y él mismo —y esto nunca lo comprendería este buen bebedor de té que era Agustín—, él mismo, a pesar de toda la compasión, el odio y el asco del cruel espectáculo, había compartido la alegría de los demonios. Y aún más: se había despertado en él la angustiosa e infantilmente ávida alegría que sintió de niño, al ver a los herejes condenados y quemados. Mas este caos, esta fusión enredada de viejas y nuevas historias, de viejos y nuevos sentimientos no podía expresarse con palabras.

Pero eso se podía pintar. Y pintó. Alejó todo lo demás y pintó. Canceló las sesiones que le concediera el Príncipe de la Paz. Dejó de ver a Cayetana. No permitió entrar a nadie en el estudio. Hasta pidió a Agustín que no echara una mirada a su labor; cuando terminara, sería el primero en poder verla. Para ese trabajo vistió sus trajes más caros; a veces, a pesar de lo incómodo, también el traje de majo. Pintaba rápidamente, pero siempre con fervor. Hasta de noche; en este caso llevaba un sombrero bajo en forma de cilindro con una suerte de visera metálica en la que fijaba velas que le daban la luz necesaria.

Sentía que en el breve lapso desde que hiciera «La peregrinación a San Isidro», había aumentado su nueva manera de ver y tratar el color. Se sentía alegremente excitado. Con triunfal modestia escribió al Martín de su alma que estaba ejecutando algunas pequeñas telas por su propio gusto y que en eso, en forma bien distinta de los encargos, seguía su corazón, su observación y su humor, soltando las riendas a la fantasía, para pintar el mundo como él lo veía. «Será grandioso», escribía, «y expondré los cuadros, primero para los amigos en mi casa, luego en la Academia y sólo deseo, Martín de mi alma, que vengas pronto a verlos». Trazó una gran cruz en la carta, para evitar que los malos espíritus se entrometiesen desfavorablemente por su excesiva seguridad.

Y llegó el día en que dijo a Agustín con una satisfacción casi rencorosa: «Bien, acabé. Puedes mirar y, si quieres, hasta puedes hablar». Y señaló los cuadros.

Uno de ellos representaba una mísera corrida de pueblo. Allí estaba la plaza de toros con toreros, caballos, espectadores y un par de casitas indiferentes en el fondo. El toro mismo estaba azuzado y ensangrentado, un mal toro, cobarde, que se apretaba contra la barrera y no quería combatir más, sino solamente morir. Y el público estaba indignado por la cobardía de la bestia que no brindaba el espectáculo exigido, no quería lanzarse al redondel en el sol, sino que vilmente se quedaba en la sombra y boqueaba. El toro no ocupaba mucho espacio, no era el animal lo que Francisco había querido pintar, sino su suerte y al tema pertenecían los toreros, los espectadores y los caballos tanto como el toro. La tela abundaba en figuras, pero nada había superfluo.

El segundo presentaba un montón de locos en su asilo. Un gran espacio parecido a un sótano, todo piedra con bóvedas; por los arcos y la ventana con rejas penetraba la luz. Allí encerrados estaban los dementes; muchos, sí, pero cada uno desesperadamente solo. Y cada uno con su locura. En el centro, un hombre joven, fuerte y desnudo que sermonea con gestos salvajes, urgiendo y amenazando a un adversario ausente. Otros están semidesnudos, adornados con coronas, cuernos taurinos, plumas de colores como llevan en la cabeza los indios; acurrucados, de pie, echados en una caótica mezcla, bajo la bóveda de piedra eterna. Pero en torno de ellos hay una luz muy leve.

El tercero correspondía a una procesión del Viernes Santo. Sin que se viera la enorme muchedumbre, resultaba visible y sensible todo el violento alboroto de estandartes, cruces, fieles, espectadores y penitentes. Delante de las casas con negras colgaduras, avanza vacilando un gran tablado que llevan hombres vigorosos y cubiertos de sudor, y sobre él la gigantesca estatua de la Virgen con su aureola; detrás, un poco más lejos, otro tablado con la figura de San José y, aun más lejos, un tercero con un enorme Cristo crucificado. Banderas y cruces están muy adelante en el cortejo. Pero más claramente se notan los disciplinantes, casi desnudos, pálidos, unos con blancas y puntiagudas corozas, otros con negros sambenitos, todos fanáticamente agitados, revoloteando sus disciplinas de muchas colas.

En el auto de fe que conociera a los nueve años en Zaragoza, pudo ver y saber la condena de un sacerdote, el Padre Arévalo, que azotaba a sus penitentes desnudos y se hacía azotar por ellos, a su vez, en

las partes del cuerpo que habían pecado. La del padre había sido suave, pero extensa, por sus detallados fundamentos, y su lectura pasó reseña circunstanciada a las penitencias irregulares y prohibidas impuestas por Arévalo a sí mismo y a sus fieles. Durante años y años Goya la había olvidado. Pero en Santo Domingo sintió de nuevo la impetuosa y fervorosa participación con que oyera entonces aquella sentencia. Recordó así a los muchos flagelantes que vió desde entonces, y las procesiones de los extraños penitentes que se castigaban para evitar castigos futuros. Se azotaban con placer. Las disciplinas llevaban los colores de las mujeres amadas, y al pasar por delante de ellas, trataban de salpicarlas con su sangre, como un honor y una prueba de amor. Y así pintó ahora a los penitentes. En la tela avanzaban en primer plano, bailando desnudos, con las musculosas espaldas encorvadas, llevando blancos taparrabos y capirotes blancos de penitentes. Sobre ellos la luz era violenta, en cambio, suave y dulce la que irradiaba de la Santa Virgen.

Otra muy distinta procesión representaba el cuarto cuadro, «El entierro de la sardina», la fiesta de mofa que cerraba el carnaval, la última fiesta antes de la larga y dura cuaresma. Se apiña en ella la muchedumbre, ávida de diversión; hay una gran bandera con una luna diabólica; dos mozos llevan bárbaras y terribles máscaras, dos mozas, vestidas varonilmente, danzan una grave danza con un hombre disfrazado. Irradia del cuadro una obsesa y buscada alegría, una licencia fanática; se siente que en seguida llega el día de las cenizas.

También en esta tela pintó Goya su rencor personal. Los ingleses aprovechaban la cuaresma para introducir en España mucho pescado seco, y el Papa, para disminuir la ganancia de los odiados británicos, concedía el derecho de comer carne si el médico y el confesor certificaban que era necesario. Los aspirantes al privilegio debían comprar todos los años un ejemplar impreso de la bula papal, firmado por el cura de su parroquia que cobraba una tasa de acuerdo con la clase del solicitante. Francisco se irritaba todos los años por el monto de aquella tasa y por eso mismo la alegría del «entierro de la sardina» le resultaba muy amarga.

Finalmente, el quinto cuadro reproducía un auto de fe, no ya en Santo Domingo, sino en una iglesia luminosa, con altas y claras bóvedas y arcadas. Adelante, en su estrado, se acurruca el hereje con el sambenito, más alto que los demás, y su coroza grotesca penetra oblicua en el aire. El hombre es apenas un ovillo embolsado, un haz de miseria e infamia, y su altura redobla esa miseria. Separados de él, más abajo, hay otros tres pecadores, también con las manos atadas y el sambenito y la coroza; uno se ha desplomado, los otros se mantienen aún de pie. En el fondo, delante del tribunal entronizado, el secretario lee la sentencia. Alrededor están sentados los dignatarios, eclesiásticos y civiles, con pelucas y capas, bastante ajenos, gordos, piadosos, solemnes y espectrales, y en medio de ellos su prisionero, el hereje que están sentenciando.

Delante de estos cuadros estaba, pues, Agustín. Miraba. Se embebía en ellos. Estaba consternado. Estaba asustado.

Pero su susto era gozoso. Ésta era una pintura muy distinta de la que había visto hasta entonces. Era otro Francisco el que había pintado aquello, aun siendo el mismo sin embargo. En esos cuadros había sucesos molestos con infinidad de personajes, pero nada estaba de más. Una plenitud bastante parca. Estaba omitido lo que no se subordinara al conjunto; el individuo o la cosa no eran más que partes necesarias, útiles. Y algo curioso: los cinco cuadros —Agustín lo entendía perfectamente—, a pesar de tan diversos temas, formaban una sola unidad. A pesar de todo —y esto sólo podía crearlo un hombre, su amigo Francisco—, flotaba encima algo ligero, alado; el horror de los sucedidos resaltaba por la delicada claridad del cielo, la luz aleteante y esfumada. Y lo que Francho nunca hubiese podido explicar con palabras, Agustín lo sintió en las telas: para este raro y original artista resultaban favorables y gratos hasta los malos demonios. Porque por encima de la lobreguez de lo que Francisco había pintado, resplandecía su avidez de vivir, de ver, de pintar, su enorme gozo de vivir, como quiera que fuese.

> *¿Se rebelaba esta pintura contra el Gobierno? ¿Se alzaba contra el trono y el altar? No era posible verlo ni expresarlo. Pero estos cuadritos trastornaban al que los viera en grado mayor que las palabras más atrevidas y rebeldes. Ese toro que hacía aguas muriendo y la brutal y sorda alegría del sombrío carnaval encendían el corazón y amargaban el hígado lo mismo que el cortejo de los blancos y desnudos penitentes, que se azotaban; lo mismo que el juicio de los herejes.*
>
> *«¿Y bien? ¿Qué dices?», preguntó Goya. «Nada, nada digo», contestó Agustín, «aquí nada cabe decir» y sonrió amplia y maliciosamente; en todo su magro, huesudo y sombrío rostro había un resplandor.*

9

JOSEFA ACUDIÓ a ver los cuadros y retrocedió hasta un rincón. El hombre que amaba le infundía terror. Apareció Jovellanos con el joven escritor Quintana. Don Gaspar dijo: «Usted es de los nuestros, don Francisco. Poco faltó para que fuera yo injusto con usted». El joven Quintana estaba encantado. «Idioma universal. Sus telas, don Francisco, las comprende cualquiera, desde el mulatero hasta el primer ministro». Don Miguel, Lucía, don Diego admiraron los cuadros. Era necio tratar de juzgarlos con las normas de Mengs y de Bayeu. «Temo que tendremos que desaprender lo aprendido, don Miguel», dijo el abate.

A la mañana siguiente, empero, don Miguel volvió. Esos cuadros no le habían dejado dormir. Intranquilizaban en él al político, tanto como al artista, al conocedor. ¿Y no percibirían también los demás su misteriosa rebeldía, los enemigos, el Gran Inquisidor Lorenzana, por ejemplo? Nada les importará del arte en ellos; encontrarán solamente que estas creaciones son perturbadoras, revolucionarias y herejes. Esto quería Don Miguel explicar a Goya. Con esos cuadros, fué razonando, Francisco demostraba bastante su valor y su deseo de una verdad política. Hacer más, exponerlos, sería osada locura. Si un pintor, invitado por la Inquisición al auto de fe de Santo Domingo, exponía esas telas, lanzaría un desafío que el Santo Oficio no podría tolerar.

Sonriendo sorprendido, Goya contempló los cuadros. «No puedo encontrar en aquellos nada», dijo, «nada que pueda autorizar al Santo Tribunal a intervenir contra mí. Mi cuñado, que descanse en paz, me instruyó bien acerca de las prescripciones de Pacheco. Nunca pinté desnudos, nunca pinté los pies de Nuestra Señora. En toda mi obra no hay nada que choque contra las prohibiciones de la Inquisición». Volvió a mirar los cuadros. «Nada sospechoso puedo encontrar», repitió meneando la cabeza.

Miguel deploró la ingenua malicia campesina de Goya. «No se percibe la rebelión», declaró pacientemente, «pero sí se huele formalmente la intención levantisca». Francisco no entendía la intención de Miguel. Evidentemente, no comprendería nunca a ese amigo. Antes le pareció siempre demasiado artista solamente, ahora le parecía demasiado político solamente. ¿Qué tenían que ver sus telas con la política en ninguna parte del mundo? ¿No habían pintado tribunales del Santo Oficio muchos otros antes que él? «¡Pero no ahora!», exclamó Miguel. «¡Pero no así!». Goya se encogió de hombros. «No veo», declaró, «cómo podrían traerme molestias. *Tuve* que pintarlos. Son una prueba de lo que sé hacer, no quiero ocultarlos, sino mostrarlos; los expondré». Y como veía la preocupación y la pena en los rasgos del amigo, agregó cálidamente: «Tú mismo te expusiste a menudo a riesgos. Me lisonjea el que ahora quieras precaverme de imprudencias», pero concluyó resuelto: «No te canses la lengua, expondré los cuadros». Miguel cedió. «Trataré por lo menos de que venga don Manuel», anunció afligido, «y se declare a favor de ellos. Es posible que con eso el Gran Inquisidor quede prevenido».

Don Manuel llegó pronto, acompañado por Pepa. Resultó que la joven se angustió por él, cuando Francisco fué invitado al auto particular. «Siempre se lo dije, don Francisco», confesó, «sus opiniones huelen a herejía. Si don Manuel a veces no es tan católico como quisiera, tiene una excusa: es estadista y debe cuidar ciertos privilegios de la Corona. Pero tú, Francisco, eres solamente pintor». «No se deje asustar por ella, don Francisco», lo reconfortó alegremente Manuel. «Yo le protejo. Toleré por una vez el gran espectáculo del Santo Oficio, pero no lo haré por segunda vez. Y ahora veamos los cuadros. Miguel me habló mucho de ellos».

Contemplaron los cuadros. «Grandioso todo», dijo Manuel. «En realidad, debe agradecerme usted que haya permitido este auto de fe. De otra manera, nunca hubiese pintado esta maravilla». Pepa estudió las telas largo rato, callada. Luego un poco forzada, con toda su voz indolente, confesó: «Verdaderamente maravilloso, Francho. Eso sí, no entiendo por qué el toro es tan pequeño y el torero tan grande, pero tendrá sus razones, las tuyas. Eres presuntuoso, Francho, y no habría que alabarte demasiado, pero creo que eres en verdad un gran pintor», y sus ojos verdes miraron abierta y desvengonzadamente. Esto no agradó mucho a don Manuel. «Tenemos que irnos», dijo; «por favor, don Francisco, mándeme los cuadros. Los compro».

Fué grata sorpresa para Goya el que esos cuadros pintados por gusto le produjeran dinero; podía pedir una buena suma a don Manuel. Sólo que no había hecho los cuadros para don Manuel ni para Pepa; no quería que pasaran a manos de gente tan poco entendida. Era un atrevimiento y una imprudencia desagradar al Príncipe de la Paz, pero contestó: «Lo lamento, don Manuel; no puedo dárselos, están ya comprometidos». «Está bien», replicó molesto Manuel; «pero me dejará dos, uno para Pepa y uno para mí». Hablaba imponiéndose; no era posible contradecirle.

Al despedirse, Pepa le dijo: «El toro es demasiado pequeño, tiene que admitirlo, Francisco. Pero usted es una gloria de España». Manuel con alguna brusquedad opinó: «Nuestra Pepa habla siempre como en sus romances».

Ya todos los amigos de Goya, menos Cayetana, habían visto esos cuadros. Y Goya esperaba. Su pasión lo envolvía como un oleaje monstruoso, estaba lleno de negra furia. Finalmente ella apareció. Pero no venía sola, la acompañaba el doctor Peral, el médico. Ella dijo: «Lo eché de menos, Francho». Se miraron, sin pudor, felices, como si se volvieran a ver después de una eternidad. Y admiró los cuadros. Los grandes ojos de acero bajo las altas y orgullosas cejas absorbían esas obras; ella miraba infantilmente atenta, con abandono. Goya se hinchaba de placer y orgullo. La vida no podía darle nada más. Allí, entre sus paredes, estaban unidas en brevísimo espacio la obra que sólo él podía crear y la mujer, la única, que importaba para él. «Quisiera poder participar, colaborar», dijo ella. Goya comprendió de inmediato y lo llenó una honda alegría. Eso había sentido él y eso hubiese querido hacer sentir. Hubiera querido «colaborar» en la corrida, en el carnaval, hasta en el juicio de la Inquisición. Más aún: si delante de la casa de los lunáticos no se sentía el oscuro deseo de liberarse de una vez de todo, de ropas, de hábitos, de razón, él hubiera pintado en vano; sus cuadros serían un fracaso. «Quisiera poder colaborar». Cayetana había sentido así.

Habían olvidado al doctor Peral, que al fin se adelantó. Con su voz indiferente habló: «Lo que acaba de decir, duquesita, es más sabio que todo lo que los conocedores de arte dicen en gruesos tomos». El hecho de que este mozo llamara a la de Alba, con atrevida confianza, «duquesita», arrancó cruelmente a Goya de su felicidad. ¿Qué había entre ellos? «Lo que más admiro», continuó Peral vuelto hacia Goya, «es que su pintura, a pesar del tema sombrío, resulta ligera, libre, casi diría alegre. Doña Cayetana tiene perfectamente razón: como lo pinta usted, don Francisco, hasta lo horroroso tiene atracción». Y en seguida concluyó: «¿No me vende uno de estos cuadros, don Francisco?».

Goya sonrió, rencoroso en su ser íntimo. Este médico tenía sensibilidad, había que concedérselo, no era un obtuso como Pepa. Pero contestó casi con grosería: «Soy muy caro, doctor». Peral replicó muy gentil: «No soy del todo pobre, señor pintor de cámara». Con sus maneras amables pero resueltas, la duquesa ordenó: «Me cederá usted dos de los cuadros, Francisco». Goya estaba furioso, pero sonriendo, muy afable, contestó: «Permítame que le regale dos de ellos, amiguita de mi alma». Retribuía así con ese «amiguita de mi alma» aquel «duquesita» del «rapabarbas». «Luego hasta podrá regalarlos». «Gracias», dijo tranquilamente la de Alba.

El coleccionista Peral, impasible ante la grosería de Goya, contento porque tendría uno o tal vez dos de los cuadros, siguió hablando. «Estos cuadros», declaró visiblemente convencido, «son las primeras creaciones de un arte nuevo, los primeros productos del nuevo siglo. ¡Qué atraído se siente uno por este hombre!», indicó señalando al hereje de «La Inquisición». «Será un desvarío, pero usted tiene razón, doña Cayetana, uno quisiera estar en su sitio».

Y soltó la lengua, excitado: «Sus sentimientos, don Francisco, serán confirmados por los hechos. Hubo judíos judaizantes y marranos que tal vez podían escapar, en cambio se quedaron en los dominios de la Inquisición, esperando que ella los atrapase. Debió seducirles estar así sentados en el sambenito». «Conoce usted en forma notable», replicó Goya con maldad, «el alma judía. Tenga cuidado con la Inquisición no lo considere tal». «¿Cómo puedo saber», contestó tranquilo el doctor Peral, «si tengo o no sangre judía en mis venas? ¿Quién puede afirmarlo con certeza? Esto sólo sabemos: judíos y árabes dieron los mejores médicos. Aprendí mucho en sus obras. Y me felicito de haber podido estudiar en el extranjero». Goya tuvo que admitir para sí que era un acto valiente hablar de esta manera después de la caída de Olavide, y su despecho creció.

Pocos días después, del tesoro de los Albas y con los saludos de la duquesa, fué traído un envío de antigua platería para la señora Josefa de Goya y Bayeu. Josefa vió desconcertada la abundancia de cosas preciosas. Sabía calcular y le complació ese regalo señorial, pero también se sintió ofendida. Goya contaba: «Me vi obligado a regalar dos cuadros a la duquesa. Naturalmente, ella corresponde el regalo. Pero, ya lo ves», concluyó contento, «si los hubiese vendido, difícilmente podía pedir más de seis mil reales. Lo que tenemos aquí vale sus treinta mil. Siempre te digo: la generosidad se paga más que la avaricia».

Expuso los cuadros en la Academia. No sin angustia, los amigos de Goya aguardaron lo que diría la Inquisición en su reacción. El pintor recibió una comunicación de que peritos del Santo Oficio examinarían las telas; estaba citado a encontrarse en la Academia oportunamente.

A la cabeza de los clérigos enviados apareció el arzobispo Despuig. Goya sabía que Pepa era amiga de este prelado; se dijo que tal vez ella misma lo había enviado. ¿Para favorecerle? ¿Para perderle? El sacerdote examinó los cuadros. «Obras bellas, buenas y piadosas», juzgó. «Esta “Inquisición” causa ese miedo bienhechor que anhela el Santo Oficio. Tendría usted que dedicarnos el cuadro; hijo mío, debería

usted regalarlo al Gran Inquisidor». Goya estaba desconcertado y feliz. Con toda indiferencia explicó a Josefa que había legado «El juicio de los herejes» al Santo Oficio.

> *Estremecida por esa audacia sacrílega, ella dijo: «Ellos tirarán el cuadro a la hoguera y a ti a la prisión». Siempre con la misma indiferencia, Goya repuso: «El Gran Inquisidor me pidió el cuadro». Josefa se quedó perpleja y le dijo: «¡Como tú lo dispongas! Es inconcebible. Hechizas a la gente, Francho».*

10

DESDE QUE EL ABATE viera a Pablo Olavide desplomado en el banquillo de los penitenciados, sintió casi físicamente que el peligro se desplazaba hacia él, arrastrándose cada vez más cerca de hora en hora. Sabía que Lorenzana lo odiaba, por su amistad con el caído Sierra, como a un enemigo interno de la Inqisición. Iba corriendo a su fin el tiempo que le quedaba para huir, pero no podía abandonar a Madrid y a Lucía. Manuel le prometió protección con palabras sonoras, pero el abate no podía confiar. Había solamente un medio para vencer a Lorenzana. Don Manuel debía justamente ahora arrancar a Olavide de las garras de la Inquisición.

El abate y Miguel insistieron para que el ministro ayudara a Olavide a fugarse. La sarna, la vergüenza del espectáculo de la iglesia de Santo Domingo, picaba y escocía al ministro y éste soñaba con quitar el preso a los soberbios señores de la Iglesia. Pero tenía conciencia del peligro de tal empresa, no podía atreverse sin una válida autorización del rey, y le parecía imposible obtenerla. María Luisa, irritada porque las relaciones con Pepa no terminaban, le provocaba escenas constantemente; trataba de herirlo. Despreciaba a Manuel por la derrota que sufriera en el caso Olavide. Le contestaría seguramente que tenía que comerse él solo el plato que se había preparado.

Prometió don Manuel a sus amigos liberales que no dejaría morir a Olavide en el convento de Gerona, pero les recordó que el rapto de un hereje condenado era una cosa delicada: necesitaba tiempo para ganar la voluntad de Carlos.

Entre tanto, luchaba con la Inquisición en otro terreno. Necesitaba ayuda para la moneda española cada vez más en decadencia desde la guerra; financieros extranjeros se declararon dispuestos a otorgar un préstamo considerable. Desgraciadamente, los osados capitalistas eran judíos. Desde siglos atrás la Inqisición había cuidado de que ningún pie judío ensuciara el suelo de España. Los prestamistas judíos, en cambio, para sanear la economía española, insistían en informarse personalmente de la situación del país. Don Manuel hizo la propuesta al rey, citó la suma: doscientos millones. María Luisa no veía inconveniente en que su ministro pidiera al Gran Inquisidor, con cortés insistencia el permiso para dos veedores. Lorenzana contestó en seguida resueltamente que no. Fué citado al palacio y en presencia de don Manuel hubo una entrevista en la que don Carlos estuvo menos cordial que de costumbre. Todo lo que pudo lograr Lorenzana fué que no se admitirían más de dos hebreos, y que durante su permanencia estarían bajo la vigilancia, naturalmente nada llamativa, de la Inquisición.

Los dos veedores, un tal Boehmer, de Amberes, y un señor Pereira, de Amsterdam, causaron revuelo en Madrid; todos los liberales compitieron en amabilidades con ellos. Jovellanos les ofreció un té. Hasta la duquesa de Alba dió una recepción. En esta ocasión, Goya estudió a los hebreos. Estaba desilusionado porque tenían un aspecto totalmente distinto de los judíos de los cuadros de Rembrandt. Boehmer, joyero de corte de la guillotinada reina de Francia, era elegante francés, como cientos otros que él había visto, y Pereira hablaba el castellano más puro que se podía imaginar. Lorenzana, irritadísimo porque durante su poder alientos judíos envenenaran al aire de la capital, tornó más aguda su lucha contra los liberales. En los últimos años se habría tolerado en silencio que personas influyentes poseyeran libros prohibidos. Se multiplicaron, pues, los allanamientos y con ellos los materiales del Santo Oficio.

Un día que el abate volvió a su casa a hora insólita, vió salir de ella a un tal López Gil a quien conocía como espía de la Inquisición. Pidió entonces a don Manuel que no admitiera otro caso Olavide, lo suplicó que amonestara a Lorenzana y, aun mejor, que facilitara la fuga de Olavide. Los ruegos de don Diego conmovieron al ministro que dió su palabra a medias. Pero luego permaneció irresoluto.

Por suerte, el mismo Gran Inquisidor fué en su ayuda. Autores eclesiásticos habían recientemente incitado en una serie de escritos a la población para que quemara los libros revolucionarios de Jovellanos, Cabarrús y Quintana e hiciera entender claramente a los editores que España era un país católico. En un folleto muy venenoso, se decía ahora que no debía asombrar si se toleraban y magnificaban libros sucios y ateos, cuando el primer funcionario del reino daba un ejemplo de indecible desenfreno juntamente con la primera dama de la nación. Don Manuel, cuando la policía le mostró el libelo, se alegró; Lorenzana había llegado demasiado lejos. Llevó el folleto infame a la reina. María Luisa lo leyó. «Hay que cortarle las uñas a Lorenzana», dijo ella peligrosamente tranquila. «Su Majestad tiene razón como siempre», contestó Manuel. Ella continuó: «Naturalmente, estás contento porque tendré que remediar lo que echaste a perder». «¿Se refiere Su Majestad al caso Olavide?», preguntó ingenuamente Manuel, y continuó: «Sí, me parece que de

todas maneras hay que quitarles a Olavide». «Hablaré con Carlos», repuso la reina.

María Luisa habló con Carlos, Manuel con Miguel, Miguel con el abate y éste, finalmente, con el Gran Inquisidor.

El coloquio se desarrolló en latín. El abate declaró primeramente que no estaba allí como modesto servidor del Santo Oficio ante el sumo jefe, sino como persona privada; don Manuel y el rey católico estaban interesados en la entrevista y sus consecuencias. Lorenzana contestó que era bueno saberlo. Quizás don Diego, no oficialmente, era lógico, comunicaría a don Manuel y éste a Su Majestad el rey que por desgracia los elementos de sospecha contra el ex Gran Inquisidor Sierra se habían ido acumulando y su condena era inevitable. «Pero tú, hermano», dijo Lorenzana, «conoces bien a este hombre y lo habrás ya prevenido». «Lo conozco y te conozco, padre», contestó el abate, «lo he previsto». El Gran Inquisidor preguntó: «¿Trabajas todavía, hermano, en la obra que él te encargó?». La inteligencia de don Diego le ordenaba decir que no, pero su alma rebelde no se lo permitió. «No me ordenaron interrumpirla», contestó en áureo latín. Y continuó: «El Todopoderoso ordena a la luna que crezca y disminuya. El Todopoderoso impregna al Santo Oficio ora con la clemencia, ora con la severidad. Por eso creo modestamente que mi labor tal vez puede ser útil algún día». «Me temo, hermano», replicó Lorenzana, «que eres más fuerte en la esperanza que en la fe. Pero dime cuál es tu embajada», impuso. El abate contestó: «El príncipe de la Paz quiere llamar tu atención, padre, sobre el hecho de que el hereje ya condenado Pablo Olavide está delicado de salud. Si muriera mientras se halla bajo la guarda del Santo Oficio, el Príncipe de la Paz teme que toda Europa censuraría duramente al país y al rey católico. El Príncipe de la Paz te pide por lo tanto, *reverendissime,* cuides de manera especial la salud del hereje». «Tú sabes, hermano», replicó el Gran Inquisidor, «que el número de los días del hombre no está fijado por el Santo Oficio, sino por la Santa Trinidad». «Así es, padre mío», contestó don Diego. «Pero si la Santa Trinidad tuviera que abreviar los días del hereje de manera que fallezca en manos del Santo Tribunal, *reverendissime,* el rey católico vería en ello un signo de desesperación del Señor. Su Majestad se vería obligado a proponer al Padre Santo un cambio en la dirección del Santo Oficio». Lorenzana guardó medio minuto de silencio. «¿Qué ordena pues don Manuel a la Inquisición?», preguntó rudamente. Muy cortés, el abate contestó: «Ni el Príncipe de la Paz, ni el rey católico piensan entremeterse en los asuntos del Rey de los Reyes, cuya jurisdicción en España cuidas tú, padre mío. Pero sí los dos príncipes del mundo te piden que recuerdes seriamente que el cuerpo del citado hereje es débil y necesita una cura de aguas. Sea tu deseo por lo tanto, padre mío, estudiar si el hereje puede ser enviado a una fuente de aguas minerales. El Príncipe de la Paz se complacería si le hicieras saber dentro de tres días el resultado de tu reflexión». Lorenzana repuso: «Agradezco tu comunicación, hermano mío, y no olvidaré esta precaución para ti y tu señor». Durante toda la conversación, el abate saboreó la diferencia entre su cuidado latín y el vulgar del Gran Inquisidor.

Seca y objetivamente, Lorenzana informó al primer ministro que el Santo Oficio enviaría al hereje condenado Pablo Olavide, para el restablecimiento de su débil salud, a Caldas de Montbuy donde disfrutaría de baños termales.

«Bien, señores», preguntó orgulloso don Manuel a sus amigos Miguel y Diego. «¿No procedí por ustedes en forma feliz?». «¿Qué resuelve para luego?», preguntó el abate. Don Manuel sonrió astuta y maliciosamente, y contestó: «Hace mucho que tengo la intención de enviar a París un embajador extraordinario con un encargo de confianza para las gestiones de la alianza. Pensé que sería un papel adecuado para usted, amigo mío. Le pido, pues, que se haga cargo de eso, don Diego. Le proveeré de poderes que pondrán a su disposición los servicios de todos los súbditos del rey. Dando un pequeño rodeo, visitará usted a su amigo Olavide en su nueva residencia. Y le será fácil inducirlo a un largo paseo. Si él, por error, pasa por tierra francesa, será cosa suya».

El abate, nunca lerdo en contestar con inteligencia, palideció y se quedó mudo. Deseaba ardientemente aceptar el ofrecimiento de don Manuel para arrancar a Olavide con sus propias manos de las de Lorenzana y ponerlo a salvo allende los Pirineos. Pero si lo hacía, se vería obligado a quedarse en Francia para siempre. Porque si se atreviese a volver al país después de cometer el crimen de birlar al Santo Oficio un hereje condenado, nadie en España, ni el rey, podría protegerle; el Gran Inquisidor lo prendería y lo mandaría a la hoguera —había podido ver el odio salvaje en los ojos de Lorenzana— entre el júbilo de todo el país.

«Se lo agradezco mucho, don Manuel», contestó finalmente. «Pido sólo un plazo para pensarlo; no sé si soy el mejor indicado para esta aventura».

Habló con Lucía. Le explicó que sus tendencias y su filosofía le imponían aceptar la embajada, pero no lograba admitir que se le condenara para siempre al destierro de España, al alejamiento de ella. Lucía estuvo más pensativa que nunca. «¿No se creó Olavide», le contestó, «otra España en París? Usted mismo me habló de eso. ¿Por qué no podrían hacer lo mismo ahora Olavide y usted?». Y como él callara, ella

prosiguió: «Conocí mucho a Madame Tallien cuando estaba aquí y se llamaba Teresa Cabarrús; puedo decir que fuimos amigas. Tengo muchos deseos de volver a verla. Creo que tiene influencia en París. ¿No cree, don Diego, que yo podría ser útil en París a la causa de España?».

Don Diego, el político, el cínico suave y espiritual, enrojeció como un jovencito a quien una moza dice que sí por primera vez. «¿Usted podría…? ¿Usted querría…?», fué todo lo que contestó el abate. Pero Lucía preguntó objetivamente: «¿Cuánto piensa usted que tardaría en llegar a la primera localidad de Francia?». El abate pensó un momento. «Dos semanas», contestó. «Sí, en dos semanas estaremos en Cérbére». «Si tengo que viajar», calculó Lucía, «necesito algunos preparativos; me bastarán tres semanas. Por favor», y lo miró a la cara, «descanse usted una semana en Cérbére, antes de seguir para París».

El severo señor ya no era elegante y chistoso; resoplaba infantilmente feliz.

> *«Si esto se cumpliera», dijo, «si en Cérbére, en tierra francesa y en seguridad, puedo mirar los Pirineos con usted, doña Lucía, a un lado y a don Pablo Olavide salvado al otro lado, sinceramente vuelvo a creer en Dios».*

11

UNAS TRES SEMANAS más tarde, Miguel visitó a Goya. «Tenemos de qué alegrarnos», le informó. «Pablo Olavide está a salvo. Don Diego lo llevó al otro lado de los Pirineos». Goya estaba tan ensimismado por su dicha que la fuga de Olavide lo excitó. Y la del abate casi lo mismo. Comprendía que éste no podría volver tan pronto y quizá nunca. Recordó que él mismo, muy joven aún, tuvo que huir cuando encontraron aquel muerto. Claramente, como si fuese hoy, vió desaparecer la blanca costa gaditana y sintió el agudo dolor por dejar detrás de sí a España sin poder saber por cuánto tiempo. Entonces era joven, escapó a un gravísimo peligro, y la lejanía estaba ante él azul y fascinante. Don Diego, en cambio, ya no era joven y salía de una existencia amada hacia lo incierto. Francisco no podía imaginar nada más terrible que si tuviese que huir ahora. No podía pensar siquiera, no podría resistir eso de abandonar a Madrid, a Zaragoza, la Corte, la plaza de toros, a Josefa y los niños, su gloria, las majas, la casa, la carroza y a ella, a Cayetana…

Sentado a su manera, cruzada una pierna sobre la otra, allí estaba Miguel con la blanca y empolvada cara de ancha frente muy tranquila. A pesar de eso, remontándose a sus viejos recuerdos y mirándolo con sus ojos expertos, Goya creyó ver en esa cara una imperdonable inquietud apenas perceptible. El conde de Cabarrús —narraba con forzada indiferencia— había insistido para que doña Lucía visitara a su hija, Madame Tallien ahora, la vieja amiga; y como se hallaban en París también Olavide y el abate, él había aceptado la invitación. Con ellos, doña Lucía podría obtener políticamente algunas ventajas ante la amiga influyente; era muy probable.

Goya se sintió aturdido. Pasó revista a los hechos. Y compadeció al amigo. Había elegido a Lucía, un poco de lodo centelleante, para convertirla en una de las primeras mujeres de la capital. ¡Pobre Miguel! ¡Y cuán caballerosamente se portaba y la encubría! Además, Francisco no hubiera podido suponer en ella esa pasión. Si hubiese corrido detrás de un petimetre como el marqués de San Adrián o de otro varonil aristócrata… Pero detrás del abate, regordete, cargado de años, sin dinero, sin títulos… Y qué lamentable figura haría ahora en París ese aventurero, funcionario de la Inquisición evadido… Las mujeres son incomprensibles… Todas…

Por la noche el señor Bermúdez se quedaba solo en su estudio, reuniendo noticias para su gran «Léxico de Artistas». Creía que esta labor podría distraerlo. Pero algo lo alejaba de sus amados papeles, algo lo llevaba hasta el retrato de Lucía. Francisco estaba en lo cierto. Lo verdadero era la brillante luz de la imagen y lo equívoco y oculto detrás de la máscara de dama. Nada tenía que ver la línea, nada la claridad; todo era desorden, caos, dentro y fuera. Y él había sido el tonto, porque creyó que podría transformar a la maja indomable. Siempre la había sobreestimado. Humanista tardío y terco, todo un Quijote, creyó en el divino poder de la razón, en la misión de los seres espirituales para vencer la insensatez de la masa. ¡Qué torpe altivez! La razón fué y es eternamente ineficaz, condenada a vivir en la frialdad y el peor aislamiento.

Se acordó de una velada con Olavide. Éste se había ufanado porque echaría de Sierra Morena a las fieras y convertiría el desierto en cultivo floreciente. Por dos o tres años el experimento pareció triunfar; luego había tenido que pagar con la destrucción de sí mismo y la región se volvería otra vez desierto. Lo mismo le ocurría a él. Nunca logrará el sabio arrancar de lo más íntimo del hombre lo vulgar, lo bárbaro, lo violento; nunca podrá la razón trasformar lo bestial en moral. Había sentido por primera vez su fracaso cuando viera a Olavide con el sambenito en la iglesia de Santo Domingo. Se triunfa solamente por un brevísimo instante; luego los hombres recaen y vuelven a ser los animales que son. Durante dos años la razón había colocado en Francia a las masas en la luz; después lo salvaje, lo desenfrenado, la noche, volvieron aún peores.

Claridad, esperanza y luz sólo hay en el arte. Y no siempre. Porque los Mengs y los Bayeu son ficción y artificio. Sus figuras, sus líneas son falsas, los hombres no son así, todo en ellos es oscuro, intransparente, lúgubre. Miguel estaba laso, cansino; le invadía el miedo por su inminente soledad, por Lucía y por la soledad de su amigo Goya. Tanto era lo desconocido en ellos, lo bronco, lo sombrío, el caos hostil. Y allí estuvo con los ojos fijos en la imagen de Lucía tal como la retratara su amigo. Y sintió frío y se sintió solo.

12

CUANDO EL GRAN INQUISIDOR LORENZANA pensaba con qué desvergonzada franqueza Manuel Godoy, esa inmundicia, le había ordenado preparar al hereje para poderlo hacer huir más cómodamente al extranjero; cuando recordaba el coloquio en latín con el abate, ese apóstata, ardía al rojo la furia en el desdichado, que se sentía envejecer. Nunca, desde su institución, había experimentado tan sacrílego desafío el Santo Oficio. Los enemigos y consejeros íntimos de Lorenzana, el arzobispo Despuig de Sevilla y el obispo de Osma, le imploraron que interviniese. Si se dejaba impune el gran crimen de don Manuel, la Inquisición perdería para siempre su poder. El Gran Inquisidor —insistían ellos— debía hacer arrestar en seguida al audaz hereje y enfrentarlo al Santo Tribunal. Toda España se lo agradecería.

Nada hubiera gustado más a Lorenzana. Pero temía que María Luisa no se dejara arrancar al amante. Arrestar a don Manuel —bien lo sabía— significaba comenzar una lucha con la Corona como nunca el Santo Oficio había osado. Pero al final se declaró dispuesto a proceder contra el primer ministro; eso sí, solamente si el Padre Santo lo autorizaba expresamente. El arzobispo Despuig se dirigió a un amigo en Roma, el cardenal Vincenti. Éste explicó al Papa a qué grave resolución se veía abocado el Gran Inquisidor. El papa Pío VI se hallaba asimismo en apremios. El general Bonaparte había invadido sus dominios y amenazaba apresarle. Pero el Papa era un hombre a quien las amenazas le volvían más combativo, y con ese coraje aconsejó a Lorenzana. Encargó al cardenal Vincenti que contestara punto por punto a la consulta del cardenal arzobispo Despuig, para que a su vez trasmitiese la opinión papal al Gran Inquisidor. Los crímenes del llamado Príncipe de la Paz —decía la contestación redactada en latín— apestaban el cielo y era una infamia que el rey católico tuviera a tal hombre como primer consejero. El Padre Santo autorizaba, pues, expresamente el procedimiento ideado por el Gran Inquisidor. Si Lorenzana concluía con las fechorías de Manuel Godoy, liberaba de un mal enemigo no sólo a España, sino también al Vicario de Cristo.

Pero el correo que debía llevar esta carta del Vaticano a Sevilla, fué apresado en las cercanías de Génova por fuerzas de Bonaparte, quien leyó el mensaje. Aun sin conocer mucho latín, el general comprendió en seguida la conspiración preparada por Lorenzana contra el Príncipe de la Paz con la ayuda del Papa. El joven general francés experimentaba simpatía por el joven ministro español, que había hecho, como él, una legendaria carrera. Además, le interesaba animar un poco las negociaciones aún indecisas de una alianza franco-española. Hizo copiar el mensaje pontificio, envió la copia a Manuel con buenas palabras y le comunicó que él mismo haría llegar el original a su destinatario, pero tres semanas más tarde.

Manuel se felicitó por el gran servicio de camarada que le prestaba Bonaparte. Consultó a Miguel, que íntimamente se sintió alborozado. Además de su hostilidad política, alimentaba un odio feroz contra el Gran Inquisidor. Lorenzana había echado del país al abate y con él a Lucía. Lorenzana había destruido su vida. Y ahora tenía en sus manos a su malicioso enemigo. Los documentos —demostró a Manuel— comprobaban claramente que Lorenzana y los dos obispos habían abusado de su cargo, para imponer al rey católico su política antiespañola. Habían intrigado a espaldas del rey con una potencia extranjera, que estaba en guerra con la república amiga de la Corona española. Don Manuel debía arrestar a los tres y hacerlos juzgar como reos de alta traición por el Supremo Consejo de Castilla.

Don Manuel se asustó ante medidas tan enérgicas. Habría que meditarlo mucho, dijo, y por el momento no corría prisa; tenía tres semanas por adelante. Pasaron varios días, una semana; Manuel vacilaba siempre. Se sentía bastante seguro teniendo el documento; no parecía dispuesto a pasar al ataque.

Miguel, alarmado, no podía dominar su malestar. Se quejó amargamente con Goya. Allí estaba la ocasión maravillosa de liberarse de la mala bestia de Lorenzana, independizar la Iglesia española de la romana y asestar a la Inquisición un golpe mortal. Y todo fracasaba por la indecisión de Manuel. Era claro que si no se deshacía en ese momento de su mortal enemigo, obraba en su propio perjuicio. Pero era demasiado indolente para luchar, animado por Pepa a considerar su haragana tolerancia como antigua magnanimidad hispana. Volcó con rencor sobre Francisco toda la ira y el odio acumulados en él. Este bondadoso don Manuel tenía una increíble dureza moral, un peso leve pero inconsciente que no se dejaba mover de un pulgar. Era, asimismo, desmesuradamente vanidoso. Cualquier proyecto que se le presentaba tenía que ser endulzado con lisonjas. Y su vida —decía Miguel— era una capitulación diaria, un arrodillarse diariamente y vergonzosamente ante el engreimiento y la arbitrariedad. «Me dan asco», exclamó, «los compromisos, los eternos rodeos que debo hacer para acercarme a una resolución de un solo paso apenas. Me he cansado y envejecido antes de tiempo. Y si esta vez fracaso», concluyó diciendo, «si Manuel no

manda al diablo a Lorenzana, me voy. Abandono la política y me dedico exclusivamente a mis cuadros y a mis libros».

Goya nunca había visto a Miguel, siempre ecuánime, tan triste y aplastado. Pensó en ayudarlo. Y se le ocurrió una idea. Estaba haciendo en esos días el último de los retratos encargados por el Príncipe de la Paz. Durante las sesiones, Manuel estaba de humor muy alegre y comunicativo. No sería improbable que el ministro le hablara de lo tramado por el Gran Inquisidor, con esa su ironía peculiar al reírse por el fracaso del clérigo. Entonces le insinuaría su propuesta.

Manuel le contó lo de Lorenzana, en efecto, y de qué manera tuvo conocimiento del golpe que se proyectaba. Se reía, como si la perversa intriga lo divirtiera. Goya le siguió la corriente. «Un hombre como usted», comentó, «puede devolver airosa y humorísticamente la puñalada del Gran Inquisidor». Manuel estaba allí duro y erguido, en uniforme de gala, resplandeciente de cintajos y condecoraciones, como si indicara con la mano derecha una de sus meritorias acciones apenas esbozada todavía alegóricamente. Con la cabeza en alto, preguntó: «¿En qué piensa usted, Francisco?». Trabajando tranquilamente, Goya contestó con lentitud: «El Padre Santo se ve en sumo aprieto por las actividades del general Bonaparte. ¿No debería mandarle la Corte española alguien que lo consolara? ¿Por ejemplo, el señor Gran Inquisidor y sus dos obispos?». Meditó Manuel un segundo apenas, luego abandonando su postura de modelo, palmoteo a Goya en el hombro. «Eres un gran bromista, Francho», exclamó, «tienes ideas magníficas». Y con ruidosa franqueza estalló: «Somos buenos amigos, tú y yo; lo supe desde el primer momento. Nos ayudamos mutuamente. Es la nuestra una combinación perfecta. Todos los demás son solamente Grandes. Si hace falta, tienen una amante, pero sólo nosotros podemos y sabemos tomar a las mujeres y hacer de ellas lo que nos place. Por eso tenemos tanta suerte. También la suerte no es más que una mujer».

Manuel sabía ahora qué hacer. Satisfecho, visitó al rey y a María Luisa y con el documento en la mano les impuso de las maquinaciones del astuto clérigo. Carlos meneó la cabeza. «Realmente Lorenzana no debía hacer eso», opinó. «Si quería quejarse de ti, Manuel, debía dirigirse al rey y no al Papa. ¡A mis espaldas! Tienes razón. Es inadmisible; se trata de alta traición. No debió llegar tan lejos». En los ojos de doña María Luisa, en cambio, hubo un siniestro resplandor, y Manuel vió que la hacía feliz esa ocasión de poder cobrarle al Gran Inquisidor el libelo infame.

«Pensé en una solución», dijo Manuel. «Enviaremos a Lorenzana y a sus dos acólitos a Roma, al Padre Santo, que en su apremio necesitará mucho del consejo y del consuelo de ellos». El rey no entendió en seguida, en cambio María Luisa sonrió. «Excelente solución», dijo ella y volviéndose a Manuel: «¿Es tuya la idea, Manuel, o de tu señor Bermúdez?». «Juro por la Virgen», replicó molesto el ministro, «que no *viene* de don Miguel».

Se comunicó a Lorenzana y a los dos obispos que por encargo del rey debían ir a Roma. Como Bonaparte pensaba convertir el Estado del Vaticano en una República, debían ofrecer al Papa refugio en la isla de Mallorca y acompañar al Pontífice en los años próximos para consolarle.

> *Cuando el cardenal Gran Inquisidor Lorenzana se despidió de Sus Majestades, cuando iba a partir para su exilio romano, con suma amabilidad le dijo la reina: «Lleve usted al Padre Santo mis más respetuosos saludos. Y durante su viaje hacia Roma, medite si un hombre como usted, que calumnió vergonzosamente a la esposa del rey, no tiene su parte de culpa en el hecho de que en toda Europa sople hoy el salvaje espíritu de la rebelión. Vaya con Dios, dignísimo señor, y que los vientos le favorezcan».*

13

LA RELACIÓN CON CAYETANA le había dado a Goya al comienzo una sensación de contento, de constancia y plenitud, como nunca sintiera antes. Luego, cada vez más a menudo, en esa plenitud fué penetrando el desasosiego. Aunque estaba convencido de que ella lo amaba, la volubilidad de la mujer no le daba paz. Nunca podía prever cómo reaccionaría ante un acontecimiento, una persona, un cuadro. A veces le interesaba lo que era para él despreciable; a veces permanecía amablemente desinteresada por seres y hechos que a él lo conmovían.

Se refugió en el trabajo. Tenía muchos encargos, la labor le salía fácil de las manos, los clientes estaban contentos, el dinero llegaba en abundancia. Estaba pintando a la Condesa de Montijo y sus cuatro hijas. El cuadro era duro, como nacido tres lustros antes. Agustín no pudo dejar de decir: «Cuando pintas al pueblo, grupos de majas y majos, compones con naturalidad. Con familias aristocráticas, tu labor es de plomo». Francisco empujó irritado el labio inferior hacia adelante. Luego se rió. «Por fin…, ya reaparece un poco mi viejo Agustín», exclamó y con dos gruesas pinceladas cruzó la tela tornándola inservible. Y comenzó de nuevo.

La duquesa de Osuna pidió a Goya dos cuadros de tema fantástico para su casa de campo, la Alameda. Estaba sobrecargado de trabajo, pero la de Osuna era una antigua amiga, le había dado encargos y recomendaciones, cuando no era nadie; aceptó. Con leve y desagradable sorpresa, Cayetana dijo: «Es usted un amigo fiel, don Francisco». Lo que Goya pintó para la Osuna fueron escenas de magia y hechicería. En una cocina de brujas, se estaba trasformando un adepto en animal; la cabeza de perro y la cola estaban ya listas. Había brujas que volaban y bailaban con el tronco desnudo y tocadas con gorros puntiagudos, mientras alrededor giraba el hampa velada. En otro cuadro se veía al diablo en forma de erguido y gigantesco macho cabrío, con enormes cuernos, rodeado y honrado por brujas. Todo ligero, licencioso, fantástico y excitante.

Agustín miraba los cuadros. «Pintura de virtuoso», juzgó. «¿Y qué?», preguntó Goya. «Antes», contestó Agustín buscando prudentemente las palabras, «cuando encontrabas algo distinto, te aburrías pronto y volvías a buscar algo nuevo para cada nueva ocurrencia. Esto», y señaló desdeñoso las figuras de las brujas, «es idéntico a tus cuadros sobre la Inquisición, pero sin contenido, vacío». «Gracias», contestó Goya.

La de Alba contempló los cuadros. «Bonitos», dijo. «No se los envidio a la de Osuna». Goya se irritó. «¿Los encuentras mal?», preguntó él. Ella contestó preguntando: «¿Crees en brujas?». «Me lo preguntaste ya una vez», contestó él agriado. Y ella continuó: «Entonces me dijiste que sí. Por eso encuentro estos cuadros… bonitos». Sus palabras lo alegraban y deprimían. A veces, a menudo, ella entendía lo que él pintaba mejor que nadie; luego se volvía indiferente ante un cuadro que él creía que podía conmoverla. Decía que sí en seguida, sin reservas; si algo la dejaba fría, era para siempre. A veces, contra su costumbre, él trataba de explicarle por qué razón había hecho algo así y no diversamente, pero ella no escuchaba, se aburría y él renunciaba a dar más explicaciones.

Dejó también de pintarla. Sus retratos de la duquesa de Alba eran admirados por ella y por todos. No por él. Pensaba que daban una verdad incompleta, ninguna verdad. Ella insistía para que la pintara como maja, sin disfraz. Pero así él no la veía y no la pintó. Era una maja en cuanto exhibía despreocupadamente su relación con él. Ella se mostraba a su lado en el teatro, en las corridas, en el paseo del Prado. Al principio estaba orgulloso de ello, poco a poco le dolió que su pasión fuera un espectáculo para todo el mundo; temió también molestias. Cuando él le insinuaba algo de eso, Cayetana abría tamaños ojos. Era la de Alba; no la alcanzaba la maledicencia.

Estaba invitado a todas las reuniones en el palacio del duque y en el de la anciana marquesa de Villafranca. Ni con el más leve gesto revelaban ellos, el duque y su madre, si sabían algo de su relación con Cayetana. Francisco no intimaba con el duque, lo despreciaba compasivamente. Un día observó que el rostro del hombre se animaba con la música. Y entonces lo apreció; la mayoría de los Grandes no tenían más que su vanidad. Por la anciana marquesa Goya sentía respeto y simpatía. Ella entendía de hombres; «elle est chatoyante», había dicho de Cayetana, y él había tenido ocasión de saber ahora cuánta razón tenía al decirlo. Hubiera hablado con placer acerca de Cayetana con ella; pero, a pesar de su natural amabilidad, la anciana era una dama, una gran dama, y no se atrevió.

Entre todos los que rodeaban constantemente a Cayetana, le turbaba sobre todo el doctor Joaquín Peral. Le causaba desazón el hermoso coche del médico; le causaba desazón la seguridad profesional con que

aquél hablaba de todo, de la música del duque y de los cuadros de Goya. Mas sobre todo le causaba desazón el que, a pesar de su perspicacia en estos asuntos, no podía adivinar cuáles fuesen las relaciones de Cayetana con su médico. De la cara gentil e impasible del doctor se podía deducir aún menos que de la irónica intimidad de Cayetana. Paulatinamente, la mera presencia de Peral se convirtió en un escándalo para Goya. Siempre que encontraba a don Joaquín, se imponía enérgicamente conservar la calma, pero en seguida soltaba alguna expresión insulsa o torpe que los demás escuchaban sorprendidos y Peral con una amable sonrisa tranquilizadora.

Como el doctor no pudo encontrar un lugar para sus cuadros reunidos en el extranjero, la duquesa le cedió finalmente dos salas en su gigantesco palacio de Liria y además invitó a los amigos de ambos a visitar la colección. Había una mezcla de obras muy diversas; maestros flamencos y alemanes, antiguos italianos poco conocidos, un Greco, un Mengs, un David, y también los de Goya que Cayetana había regalado a su médico. Pero a pesar de la variedad, se percibía una unidad, el gusto evidente, aunque arbitrario, de un conocedor.

«Lo que no pude adquirir», se quejaba Peral en presencia de Cayetana y otra gente, «es un Rafael. Nuestra posteridad juzgará: tal vez que sobreestimamos a Rafael, pero yo no puedo impedirlo; daría sin remordimiento cualquiera de estos cuadros por uno de Rafael. Esto le parece bien, don Francisco», dijo volviéndose gentilmente hacia él, «y seguramente tiene usted razón. Díganos sus razones, sin embargo». «Sería tan inoportuno, don Joaquín, explicarle esas razones», contestó groseramente Francisco, «y tendría tan poca utilidad como si usted quisiera explicarme sus opiniones de médico». El doctor Peral, sin cambiar su amable gesto, entabló conversación con otros.

También Cayetana siguió sonriendo, pero decidió no dejar impune la tunantada de Francisco. Cuando comenzó el baile de costumbre, hizo tocar un minué, entonces de moda, e invitó a Goya como compañero. Goya, un poco gordinflón, sabía que no podía conducirse en esa delicada danza con el ajustado traje de sala, y no quería hacer el pelele. Gruñó. Pero ella le dirigió una mirada y Goya bailó. Bailó amargado. Y se fué a su casa furioso.

A mediados de julio, la Corte solía ir a la montañosa granja de San Ildefonso, para pasar allí los meses cálidos; Cayetana, como primera dama de la reina, debía acudir, y Francisco sintió terror ante un largo y solitario verano en Madrid. Pero un día le dijo: «Este año está don José muy débil para pasar el verano con la Corte. Obtuve licencia; quiero acompañar a don José en nuestra casa de campo de Piedrahita. Le pedimos, don Francisco, que venga con nosotros. Retratará a don José y a doña María Antonia; quizás se decida a retratarme a mí. Tenemos tiempo allá; podrá tener todas las sesiones que quiera de nosotros». Francisco resplandeció feliz. Cayetana hacía un sacrificio por él, lo sabía; a pesar de su antipatía por la reina, ella prefería la vida de la Corte a los largos meses de verano en el aburrimiento del campo.

Al día siguiente, después de la audiencia de la mañana, María Luisa retuvo a la duquesa de Alba. Le deseó cordialmente que la estancia en Piedrahita mejorase la salud de don José. Y se felicitaba de que doña Cayetana se hubiera decidido a acompañar al esposo. «De esta manera», concluyó diciendo amablemente, «la Corte y la ciudad tendrán menos ocasiones para difundir rumores acerca de una de las primeras damas del reino». Osada, pero suavemente, la de Alba replicó: «Tiene razón, Majestad, en esta Corte es difícil ponerse a salvo de los rumores. Me asombra constantemente con quién se me relaciona. Ya se trata del conde de Teba, ya de don Agustín Lancaster, o del conde de Fuentes o del duque de Trastamara; y podría citar una docena más». Todos estos nombres correspondían a supuestos amantes de la reina.

Doña María Luisa, siempre amable, contestó: «Usted y yo, doña Cayetana, tenemos a veces el capricho de hacer a un lado la etiqueta y jugar a las majas. Usted puede permitírselo porque no es fea y es joven; yo, porque soy reina por la gracia de Dios. Pero para mí es más difícil porque mi juventud se ha ido y no les gusto a muchos hombres. Debo compensar esta falta con inteligencia y arte. Usted sabe que tuve que hacer reemplazar algunos de mis dientes, para asir y retener —hizo una pausa y sonrió—, cuando quiero retener algo». También la de Alba sonrió. Pero, rígidamente, como las majas disfrazadas del tapiz. Lo que estaba diciendo la italiana parecía amenazante. «En Piedrahita», dijo la de Alba, «tendremos poca sociedad. Invitamos al pintor Goya. Nunca termina mis retratos». «Veo», contestó María Luisa, «que usted ama el arte y brinda oportunidad a su pintor para que la estudie». Y ligeramente agregó: «Por eso mismo, señora duquesa de Alba, cuide que no haya más chismes acerca de usted».

«¿Es una orden o una advertencia de la reina?», preguntó indiferente Cayetana, pero mirándola en los ojos. Y la otra, amablemente, contestó: «Tómelo por ahora como consejo de una amiga maternal».

Cayetana se estremeció ligeramente. Pero pensó en las semanas que la esperaban con Francisco y sacudió de sí las finas y agudas palabras de su reina, como gotas de agua.

14

TRASLADADA LA CORTE a la residencia veraniega de San Ildefonso, también doña Josefa Tudó encontró insoportable la estancia en Madrid con el calor. Manuel no tuvo empacho en invitarla a San Ildefonso. Vivía en el pueblo, en la posada de los Embajadores, y pasaba las semanas en dulce aburrimiento con Conchita. Jugaba con ésta a las cartas o aprendía francés o rasgueaba su guitarra. Manuel logró que en determinadas horas entrara en el jardín del palacio. Y ella pasó así largas tardes delante de las famosas fuentes, la de la Fama o de Diana o de los Vientos, escuchando las charlas del agua en sus juegos; tarareaba algún romance y pensaba indolente, melancólica y bonachona en su joven esposo perdido en el océano, o en su pintor.

Con don Manuel hacía excursiones a los bosques de la montaña, alrededor del palacio; los caminos se cuidaban para la caza real. Iban a caballo al valle de Lozoya y al pinar de Balsaín; Pepa había aprendido equitación en Madrid. A veces Manuel hablaba de Goya, de su veraneo con los de Alba, y bromeaba obscenamente acerca del toro Francisco y la pequeña y graciosa duquesa. Pepa escuchaba, impasible, pero atenta, y no contestaba. Demasiado a menudo hablaba Manuel de Piedrahita. Era una satisfacción para él que el engreído duque, que se negara al tuteo, sirviera ahora de mofa general íntimamente ligado a Francisco. Le gustaba además que el pintor, complicado en tan honda pasión, dejara en paz a Pepa. No comprendía cómo un hombre, que tuvo la gloria de un amor con Pepa, se desviviera por Cayetana. Esa muñeca difícil, artificiosa, afectada, le indisponía. Una vez —pero esto no se lo contó a Pepa—, al preguntar en broma durante la audiencia de la reina: «¿Qué hace hoy nuestro amigo Francisco?», Cayetana impasible no recoció la indirecta, como aquella vez no recogiera el duque su tuteo.

Un día, durante una cabalgada hasta las ruinas del antiguo castillo de caza de Balsaín, se rió porque Francho, siempre en Piedrahita, no se hartase de la de Alba. Nada contestó Pepa. Pero más tarde, volvió de sorpresa sobre esas palabras. Se habían detenido a descansar, recostados en el suelo; el caballerizo les preparó algo de comer. «Por cierto que Francisco debería pintarme a caballo», dijo de repente. Don Manuel estaba por ponerse en la boca un trocito de pastel de liebre; dejó caer la mano. Pepa no era una buena amazona, pero estaba maravillosa en su montura, había que admitirlo; se comprendía que quisiera retratarse en traje de amazona. Pero montar a caballo había sido hasta poco tiempo atrás privilegio de los Grandes. No estaba realmente prohibido retratarse a caballo a las personas que no pertenecieran a la alta nobleza, pero nunca o casi nunca eso había acontecido. ¿Y qué diría la reina, qué diría todo el mundo si el primer ministro hacía pintar a la viudita Tudó a caballo? «Don Francisco», insinuó él, «está de vacaciones con los Albas en Piedrahita». Pepa, apenas sorprendida, contestó: «Si usted lo quiere, don Manuel, don Francisco accedería a pasar su veraneo en San Ildefonso». «Vous avez toujours des idées suprenantes, ma chérie», replicó don Manuel. Y ella en su duro francés preguntó: «Alors, viendra-t-il?». «Naturellement», respondió Manuel, «comme vous le désirez». «Muchas gracias», dijo Pepa.

Cuanto más pensaba Manuel en el deseo de Pepa, tanto más se divertía con la idea de quitar el pintor a la orgullosa familia. Pero sabía que Francho era capaz de rechazar con un pretexto su invitación; si quería realmente tenerlo allí, debía proceder en forma muy hábil. Pidió a María Luisa que aprovechara el ocio de San Ildefonso para un nuevo retrato para él y de la mano de Goya; él también encargaría un retrato suyo para ella. Perturbar la dicha pastoral de la osada Alba fué una idea que sedujo a doña María Luisa. Le parecía bien, declaró. Manuel podía comunicar a Goya que debía venir, porque tendría seguramente tiempo para unas sesiones.

Para dar mayor importancia al mensaje, el Príncipe de la Paz envió a Piedrahita un correo especial. Francisco estaba pasando semanas tranquilas y gozosas. La digna presencia del duque les imponía a él y a Cayetana mucha reserva. Pero don José y la anciana marquesa veían evidentemente en Cayetana a una criatura vivaz, mimada, cuyos caprichos aceptaban con tolerancia, aunque estuviesen fuera de lugar, y los dejaban solos a los dos cuanto tiempo querían. Dos o tres veces por semana el duque hacía música. La marquesa escuchaba atenta y admirada, pero lógicamente por amor a su hijo. Francisco y Cayetana, en cambio, gustaban solamente de las canciones y danzas populares, de tonadillas y seguidillas, y las melodías del duque eran para ellos demasiado selectas. Sólo las entendía el doctor Peral.

Don José pidió a Goya que lo retratara, y éste lo hizo, no sin inhibiciones al comienzo, luego con interés creciente y, al fin, con empeño. Surgió así la figura de un señor muy distinguido, melancólico, con grandes y bellos ojos pensativos, en quien se explica fácilmente la pasión por el clavicordio y sus notas. Goya retrató también a la marquesa y, al hacerlo, la comprendió más profundamente alegre, gentil, pero con una leve

tristeza en el bello rostro no envejecido aún. Ciertamente entendía y perdonaba la forma de vivir de su nuera, pero la viuda del décimo marqués de Villafranca cuidaba de la dignidad y Goya creyó a veces percibir en sus palabras una casi imperceptible cuita de que la pasión de Cayetana fuese más honda y peligrosa de lo conveniente; sus palabras sonaban para el pintor como una advertencia y el retrato no salía de sus manos con la rapidez que deseaba. Finalmente lo acabó, y Goya vió que la cara abierta, delicada y viva, las cintas azules y la rosa que él diera a la anciana, formaban un cuadro feliz. Pero ella sonriendo le dijo: «Me pintó usted una pobre vejez en la cara, don Francisco. No sabía que se me notara tan claramente». Luego, más vivazmente agregó: «Pero el cuadro es admirable, y si usted tiene tiempo todavía para mujeres de mi edad, tendría que retratarme otra vez».

Cayetana estaba siempre infantilmente alegre. Se había destinado a Goya el casino o palacete, donde vivía solo. Allí lo veía diariamente Cayetana. Generalmente llegaba al anochecer, cuando refrescaba; la acompañaba doña Eufemia vestida dignamente de negro; a veces traía también a la negrita María Luz y al paje Julio, y casi siempre a dos o tres de sus gatos. Procedía naturalmente, como una niñita casi. Traía una guitarra y exigía que Francisco cantara seguidillas que oyeran juntos. A veces, la anciana dueña tenía que contar cuentos de brujería. Cayetana creía que Francho tenía cualidades de brujo y lo incitaba a tomar lecciones de una famosa hechicera. Doña Eufemia discutía esa aptitud, porque no tenía grandes orejas pegadas. La gente con lóbulos bien marcados debía abstenerse de los intentos de magia; alumnos de esta clase, eso había ocurrido, quedaban a mitad de la metamorfosis y perecían miserablemente. Una vez recibió Cayetana la visita de su fallecida doncella Brígida, quien le predijo que sus relaciones con el señor pintor de Corte durarían mucho tiempo y acabarían apenas después de muchos disgustos y de mucho amor y dolor.

Goya, a nuevas instancias de la de Alba, volvió a intentar retratarla. Pintaba lentamente, ella se impacientó. «No soy el apresurado Lucas», dijo él con rencor; llamaba así a Lucas Giordano, que pintó rápidamente muchas telas para Carlos II, mereciendo mucha estima y mucho… dinero. Mas, a pesar de sus esfuerzos, tampoco esta vez pudo acabar el cuadro. «Esto ocurre», declaró ella sólo a medias, en broma, «porque no quieres ver que entre las damas de Madrid soy la única verdaderamente maja».

El fracaso en retratar a Cayetana fué la única sombra para Goya en Piedrahita. Todo lo demás era luminoso y alborozado. Y en esta pacífica calma, irrumpió el correo de calzas rojas con la carta del Príncipe de la Paz que invitaba a Goya a San Ildefonso. Francisco se sintió orgulloso y consternado. Ciertamente, los reyes destinaban exclusivamente al descanso y a la paz su residencia entre las montañas de Segovia, en su palacio veraniego de San Ildefonso. Los asuntos de gobierno se trataban sin prisa, el ceremonial del momento era más simple; los soberanos recibían sólo a Grandes de primera clase y amigos de confianza; ser invitado al descanso en San Ildefonso era una distinción muy apreciable. Sin embargo, aun lisonjeado, Goya estaba molesto. Estas semanas en Piedrahita eran las más bellas de su vida y nada les perturbaba. ¿Qué diría Cayetana si quisiera marcharse?

Le mostró el mensaje. La de Alba no había hecho a su amiga el honor de hablar con él de aquella perversa amenaza. Tampoco ahora se lo hizo, se dominó. «Tiene que explicar su negativa muy gentilmente, con suma prudencia, Francho», dijo tranquilamente. «Seguramente la italiana cree haber imaginado una forma inteligente y distinguida para echarme a perder el verano. Se pondrá verde de rabia al recibir una negativa». Goya la miró casi enloquecido. No se le había ocurrido que la carta no había sido escrita tal vez para el artista, sino que María Luisa quería jugar una mala partida a su enemiga Cayetana. Sólo ahora entendía toda la verdad: detrás de la invitación estaba Pepa.

Entre tanto, Cayetana fué rompiendo lentamente, jugueteando, con sus agudos y redondos dedos de chiquilla, la carta de Manuel. Sin tener conciencia de los gestos de la de Alba, Goya vió exactamente que la forma de sus ademanes quedaba para siempre impresa en él. «Soy pintor de Corte», dijo vacilando, «y Manuel se refiere a la reina». «Por lo que veo, el mensaje no es de la soberana», contestó la de Alba. Y en voz baja, infantil pero dura, agregó: «¿Tiene usted que saltar cuando Manuel Godoy se lo ordena?».

Una furia incontenible invadió a Goya. ¿No sabía Cayetana que él no era todavía primer pintor del rey? ¿Que dependía del favor de doña María Luisa? Por otra parte, Cayetana estaba allí en esa aburrida casa de Piedrahita sólo por él, se ofendería amargamente si se marchaba. «Puedo posponer mi viaje», contestó mansamente, «por dos o tres días, quizás por cuatro o cinco». «Muy gentil por su parte, don Francisco», repuso con la cruel amabilidad que sólo ella podía infundir a las palabras. «Por favor, dígale usted al mayordomo para cuándo quiere el coche».

Mas ahora le volvió vivo el recuerdo de aquella noche en que él tuvo que aguardar, por ella, la noticia de la grave enfermedad de su hijita Elena. «Comprenda usted», estalló, «no soy ningún Grande. Soy pintor, un vulgar pintor, que depende de los encargos de doña María Luisa. Y también», agregó mirándola a los ojos sombríamente, «de los de don Manuel». Ella no contestó; pero más de lo que hubiesen podido lograr las

palabras, enfureció a Goya el ligero desprecio infinitamente arrogante de la cara de Cayetana. «Nada te interesan mis triunfos», gritó. «Nada te importa de mi arte. Sólo cuidas tu placer». Ella se fué, sin prisa, con su menudo paso firme, pero casi aleteante.

Goya se despidió de la marquesa, de don José.

> *Y tratando de ser dueño de sí, trató de ver a Cayetana. Mas la dueña le dijo secamente que Su Excelencia estaba ocupada. «¿Cuándo podré verla?», preguntó don Francisco. «Su Excelencia estará ocupada todo el día hoy y también mañana», contestó con gentil indiferencia doña Eufemia.*

15

EN EL SIGLO XVI, hubo dos grandes representantes del hombre español; uno, el caballero, el Grande; el otro, el pícaro, el de abajo, el granuja, que vegetaba en constante y subterránea lucha contra todos con la astucia, el engaño y la presencia de espíritu. El pueblo y sus poetas y literatos honraban y ensalzaban al héroe y al caballero, pero no glorificaban ni amaban menos al pícaro y a la pícara, el caos astuto, nunca desalentado, siempre divertido y activo de las clases bajas. Para el pueblo, el pícaro era una expresión tan genuina de España como el Grande; se completaban mutuamente, y el gran escritor supo mantener vivos a los pícaros Guzmán y Lazarillo, los tunantes y los pillastres, con su miseria, su materialismo jugoso e insensible a toda moral, con su fecunda y alegre manera de razonar, muy a ras de tierra, tan vivos como los representantes de la caballería: el Cid y don Quijote.

En el siglo XVIII, el pícaro y la pícara se habían transformado en majos y majas. El modo de ser y obrar de éstos, el majismo, pertenecían a la España de esta época como la realeza absoluta y la Inquisición. Había majos en todas las grandes ciudades. Pero el asiento capital del majismo seguía siendo Madrid, una parte determinada de Madrid: la majería. Los majos eran herreros, forjadores, tejedores, pequeños posaderos, carniceros, o vivían del contrabando, del comercio ambulante, del juego. Las majas podían tener una tienda de vinos o remendaban trajes y ropa blanca o vendían en la calle fruta, flores, alimentos de todas clases; no faltaban con sus baratijas en ninguna peregrinación, en ninguna feria. No tenían a menos sacarle dinero a hombres ricos.

Los adeptos del majismo conservaban tercamente el traje español heredado. El majo llevaba calzón apretado, zapatos con hebillas, corta casaca, ancha faja y enorme sombrero gacho; nunca le faltaba la capa, la navaja, un gran cigarro. La maja usaba zapatos bajos, justillo entallado y bordado, el mantón cruzado sobre el pecho; en las fiestas ostentaba mantilla de encaje y peinetón. Muy a menudo llevaba en la liga de la media izquierda un pequeño puñal.

Las autoridades no veían con buenos ojos la capa y el enorme sombrero de los majos que les cubría la cara. Los majos estaban apegados a la capa —porque podían ocultar debajo las manchas y la suciedad de su oficio y, a veces, otras cosas también que no querían enseñar— y al sombrero gacho que sombreaba cómodamente una cara que trataba de no ser reconocida. «Mis madrileños», decía Carlos III quejándose, «se deslizan por las calles, cubierta la cara como conjurados, no como pacíficos súbditos de un monarca civilizado». Finalmente, su primer ministro, el estadista Esquilache, que había traído consigo de Nápoles, prohibió la capa y ese sombrero. Pero los majos se sublevaron y el ministro extranjero fué echado del país. Un sucesor más inteligente ordenó que el verdugo empleara el indeseable sombrero al ejercer su ministerio; esto influyó para que muchos renunciaran a usarlo.

Majos y majas, así como tenían su traje, disponían del mismo modo de sus propias costumbres, de su filosofía y su idioma. El hombre respetaba la antigua tradición española y defendía fanáticamente la monarquía absoluta y el sacerdocio, pero odiaba leyes y ordenanzas nuevas y no las observaba. Consideraba un privilegio de su clase el contrabando y era punto de honor para él fumar solamente tabaco de alijo. Tenía su dignidad, sabía callar; al hablar, empleaba palabras ricas en imágenes, palabras altisonantes, y su vocabulario, su pintoresca ufanía, eran una fuente de la literatura famosa en el exterior. El majo era orgulloso. Nadie podía hacerle a un lado o mirarlo apenas de soslayo. Vivía en perfecta y eterna guerra con los varoncitos de la clase media, los petimetres. Era una dicha de majos y majas averiar el fino traje de un burguesito y deshacer el cuidadoso peinado de una niña rica. La policía evitaba a los majos. Otros también los evitaban, porque eran arrufianados, decían palabras gruesas y recurrían a menudo a los puños y al cuchillo. El majo era el mejor de la monarquía y la Iglesia en la lucha contra los iluminados y racionalistas, contra lo francés, contra la revolución y lo que tuviese que ver con ella. Le gustaban los magníficos palacios del rey, los pintorescos cortejos de los Grandes, las suntuosas procesiones de la Iglesia; amaba los toros, las banderas, los caballos y las espadas, y su exagerado orgullo nacional desconfiaba de los intelectuales y odiaba a los liberales y a los afrancesados que querían eliminar todo aquello. En vano prometían escritores y estadistas liberales mejores casas, más pan y más carne. El majo renunciaba a todo eso, si le dejaban los grandes juegos, las grandes fiestas.

Porque los majos y las majas eran el pintoresco y fanático público de esas grandes fiestas. Se apiñaban en las plateas de los teatros, formaban los grupos de fuerzas de chorizos y polacos; se alborotaron cuando se prohibieron los autos sacramentales. Los majos eran partidarios entusiastas de los autos de fe y de las

corridas de toros: se indignaban si un torero, un toro o un hereje no sabían morir. Cuidaban de la valentía.

En cosas de amor, el majo era ardiente, magnánimo y generoso. Daba a sus amigas curiosos regalos, las golpeaba por naderías, y exigía la devolución de los regalos, cuando las dejaban. La maja no tenía escrúpulos en desvalijar hasta el último real a un petimetre enamorado; la maja casada se permitía fácilmente un cortejante rico o aun dos. Los españoles alababan en las majas las cualidades que más apreciaban en la mujer: inaccesiblemente orgullosas en la calle, angelicales en la iglesia, diabólicas en la casa. Hasta los extranjeros reconocían unánimes que ninguna mujer sobre la tierra podía prometer y dar tanto como una verdadera maja. El embajador de Luis XVI, Jean-François de Bourgoing, encontró muchas palabras en su famoso libro sobre España para condenar la desvergüenza y el desenfreno de la maja, pero muchas más para ensalzar el goce que proporcionaba.

El majo se sentía el mejor representante del españolismo y en eso en nada cedía a los Grandes. Y así pensaba de él todo el país. Cualquier español verdadero debía tener su poco de majismo; majos y majas eran los personajes más queridos de los sainetes y las tonadillas, el calificativo preferido de literatos y artistas.

> *Y las damas y los señores de la Corte, desdeñando la prohibición que les vedaba el traje de los majos y las majas, se ponían con placer la pintoresca vestimenta, y en su lenguaje insertaban las gruesas palabras gratas al majismo. Muchos Grandes, muchos ricos burgueses jugaban alborozados a los majos, a las majas; y entre ellos había muchos que lo eran.*

16

EN SAN ILDEFONSO, Goya fué recibido con mucha cortesía. No le hospedaron en la posada, sino en el mismo palacio. Le habían preparado libros, confituras y vino; todo elegido visiblemente con conocimiento de sus gustos. Se le asignó como doméstico permanente un lacayo de calzas rojas. Su residencia constaba de tres habitaciones, una de ellas fácil de convertir en taller.

Manuel le hizo rogar que se encontrase alrededor de las seis de la tarde en el picadero. Un lugar un poco extraño para sesiones vespertinas. ¿Sería don Manuel o doña María Luisa quien deseaba retratarse a caballo? En el picadero encontró a Manuel y a Pepa; ésta lo saludó feliz. «Fué una maravillosa ocurrencia de don Manuel la de invitarle», le dijo. «Hemos tenido semanas magníficas en esta hermosa región montañosa. Espero que usted también, don Francisco, se haya divertido». Manuel estaba allí, en traje de montar, erguido, complacido, como un amo.

Cayetana tenía razón, pues. Le habían jugado una tonta y mala pasada. Lo que ellos le habían causado con eso, arruinándole la mayor felicidad de su vida. Probablemente no lo comprendían, pero tal vez por eso justamente lo hicieron. Era ridículo y ruin, que un capricho de Pepa, de esta bribona, de esta emérita ramera, le hiciera trizas su maravilloso verano.

«Pienso, Francho», dijo el Príncipe de la Paz, «tenerlo muy ocupado. Ante todo quisiera que retratara a la señora Tudó. A caballo. ¿No le sienta magníficamente el traje de amazona?». Y se inclinó ante Pepa. El caballerizo corrió en busca del caballo.

Goya hubiera pegado a Pepa de corazón una tremenda bofetada, como un buen majo. Pero ya no lo era; había sido echado a perder por el triunfo y la vida de palacio. Se dijo a sí mismo que no podía arruinarlo todo con su ira, puesto que había venido. Pero eso de retratar a caballo a esa jamona no entraba naturalmente en sus cálculos. «El águila en el azul, la cerda en la inmundicia», pensó. ¡Qué desmesurada insolencia la de esta relamida criatura por montar en un caballo y hacerse retratar! ¡Como una Grande! ¡Y por él! «Desgraciadamente, esa tarea supera mis fuerzas, don Manuel», contestó gentilmente. «No sé pintar la belleza. Si tuviese que pintar a la señora Tudó a caballo, temo que mi obra resultaría inferior a la realidad como usted la ve».

La blanca y tranquila cara de Pepa se torció un poquito. «Debí pensar que me echarías a perder mi alegría, Francho», dijo ella. «Todas mis alegrías las quieres echar a perder». La ancha y baja frente se cubrió de arrugas. «Por favor, don Manuel, dé el encargo a Maella o a Carnicero». Manuel entendió que el cometido le parecía demasiado peligroso al pintor. En el fondo se alegraba de salir así de ese paso. «Deje usted, señora, que lo pensemos mejor», dijo para tranquilizarla. «Si Goya no se atreve, ¿qué podríamos esperar de Carnicero o de Maella?».

El Pico de Peñalara dominaba el paisaje; soplaba un airecillo agradable, pero en el aire fresco y grato pesaba el desconcierto, el mal humor. «¿Puedo retirarme?», dijo Francisco. «Está usted loco, Francho», contestó Manuel. «Tengo la tarde libre, Pepa será razonable y usted se queda a comer con nosotros».

Durante la cena, Pepa estuvo indolente, callada, pero hermosa. Goya hubiera querido recobrarla; hubiera sido una buena venganza contra la de Alba, Manuel y la misma Pepa. Pero no quería mostrarle cuánto ella seguía atrayéndolo. Y no pasó de los monosílabos. En cambio, Manuel estuvo morbosamente alegre. «Ya sé», se le ocurrió, «cómo tendrá que pintar a Pepa: con la guitarra». Francisco no lo encontró mal. El águila en el azul, la cerda en la inmundicia; Pepa, cara de tonta, con la guitarra.

Se abocó al trabajo con placer. Pepa era una modelo obediente. Estaba sentada con abandono, incitante, y le miraba a la cara con sus ojos desvergonzados. Goya la deseaba. Sabía que ella lo despreciaría primero, sólo para ser más condescendiente después. Pero estaba colmado de Cayetana. «Ahora justamente no», se dijo. Pero pintó en el retrato todo su deseo. Trabajó rápidamente; si se lo proponía, podía competir con el apresurado Lucas. En tres sesiones, «La dama con la guitarra» estuvo terminada. «Lo hiciste muy bien, Francho», dijo Pepa satisfecha. Manuel estaba encantado.

Doña María Luisa ordenó que Goya fuera a verla. Había participado, pues, realmente en la intriga. El pintor acudió con el corazón amargado. Ella lo saludó amigablemente y él recobró la calma y la razón. No tenía motivos para guardar rencor a la reina, que no había querido arruinarle el verano y el gozo a él, sino sólo a la enemiga, a la de Alba, y esto se justificaba, después que Cayetana la desafiaba tantas veces. Francisco sentía íntimamente alguna satisfacción porque la reina y la duquesa disputaran por él. Tendría que escribirle de eso a su Martín, a Zaragoza.

María Luisa se regocijaba realmente de tener allí a Goya. Apreciaba su buen criterio, hábil, independiente y modesto también, y entendía su arte. La divertía que no estuviera en Piedrahita. No envidiaba a la de Alba el varón regordete un poco avejentado; quería mozos jóvenes, robustos, no demasiado inteligentes, que supieran llevar con elegancia el uniforme. Mas la dama había estado demasiado insolente, le hacía falta un buen castigo de cuando en cuando. Por eso Francisco pintaba ahora a María Luisa de Borbón y Parma, no a Cayetana de Alba. El recuerdo de ésta sugirió a la reina una buena idea. Le propuso a Goya que la pintara de maja.

Eso sorprendió desagradablemente a Goya. Primero hubiera debido retratar a Pepa de amazona, ahora a la reina de maja… Admitió para sí que ella tenía muchas cosas de maja por la manera con que pasaba por encima del ceremonial y desdeñaba la maledicencia, pero sobre todo por su indomable sed de vivir. Mas el traje de maja estaba permitido a las Grandes apenas para bailes de disfraz; sería por lo menos muy extraño que la reina se retratara así. Y ciertamente tendría nuevas complicaciones con Cayetana.

Con prudencia, trató de disuadirla. Ella insistió, haciendo una sola concesión: su traje no sería de color, sino negro. En lo demás, como siempre, fué un buen modelo, pues le ayudaba más de lo que le estorbaba. Y le repitió a menudo: «Hágame como soy. No me idealice. Quiero ser como soy».

Pero la labor no progresaba a satisfacción. No sólo ella exigía mucho al pintor y a sí misma, sino que estaba nerviosa, irritada por los celos contra Manuel que continuaba sus amoríos con otra mujer. A menudo faltaba a las sesiones.

Cuando no trabajaba, Goya vagabundeaba por el castillo y el parque, aburrido y enojado. Se plantaba delante de los frescos de Maella y Bayeu, adelantando el labio inferior, irónico, criticándolos. Se detenía delante de las mitológicas fuentes y observaba subir y caer y jugar el agua, y a través de ella, por encima de las fuentes, veía el colosal palacio blanco y resplandeciente, ese Versalles español, edificado tan alto con infinitos esfuerzos, el castillo en el aire. Mejor que nadie podía sentir el deliberado contraste entre el artificio francés de la fábrica y los jardines y lo salvaje de la naturaleza hispana. Y mejor que nadie comprendía también a Felipe V, que hizo edificar el palacio con enorme gasto de tiempo, dinero y trabajo, y que, cansado de su capricho, cuando funcionaron por vez primera los juegos de agua, exclamó: «Pagué por estas fuentes cinco millones; me divirtieron cinco minutos».

Goya no podía soportar la compañía de las damas y los caballeros de la Corte; la de Manuel y Pepa lo envenenaba. Mas cuando estaba solo entre tanta magnificencia endurecida, clara, calculada, desagradablemente francesa, aunque no quisiera, pensaba en Cayetana. Contra toda lógica, suponía que la de Alba le escribiría, lo llamaría. No podía pensar que todo había terminado entre ellos; estaban atados uno al otro. Anhelaba estar lejos de San Ildefonso; le parecía que tendría más paz en su taller de Madrid. Pero el trabajo en el retrato se dilataba largamente. María Luisa, tan nerviosa como él, faltaba cada vez más a las sesiones convenidas. De repente, ocurrió algo que aplazó el fin de la obra por muchas semanas.

Había muerto en Parma un primito de la reina, y como a ella le importaba hacer resaltar la dignidad y elevación de la familia granducal de la que descendía, se ordenó un duelo de la Corte superior a lo fijado por el ceremonial; con eso las sesiones fueron interrumpidas de nuevo. Goya pidió permiso para volver a Madrid; el retrato estaba casi terminado y él podría completarlo en su estudio. Recibió una dura respuesta: Su Majestad deseaba que terminara allí su obra. Dentro de diez días, era posible que se le concediera una sesión más. Y le recomendaba la reina que de Madrid se hiciera enviar vestimenta negra de luto.

En Madrid olvidaron mandarle medias negras; Goya se presentó finalmente a una sesión con medias grises. El marqués de la Vega Inclán le hizo comprender que no podía presentarse ante la reina así. Amargado, Goya volvió a sus habitaciones, se puso medias blancas, pintó en la media derecha un hombre sospechosamente parecido al mayordomo real; en la izquierda otro parecido al marqués. Osado y furioso esta vez no se dejó detener y llegó a presencia de la soberana, a quien acompañaba el rey. Éste no comprendió y preguntó imprudentemente: «¿Qué son esos hombrecitos feos en las medias?». Goya, sombrío, contestó: «Luto, Majestad, luto». María Luisa estalló en una carcajada.

Trabajó una semana más, y el retrato quedó terminado. Se alejó unos pasos. «La reina Doña María Luisa como maja de negro», presentó Goya su reina a la reina de carne y hueso.

En la tela tenía ella un porte natural y al mismo tiempo simbólico, de maja y reina. Los ojos altos a los lados de la nariz de ave de rapiña eran astutos y codiciosos; los labios se apretaban sobre la dura barbilla, a causa de los dientes postizos de diamante. La cara arreglada rebosaba inteligencia, avidez, violencia. La mantilla, que caía de la peluca, se cruzaba sobre el pecho; atraía el escote juvenil muy pronunciado; atraían los brazos carnosos bien formados; la mano izquierda con muchos anillos caía suelta, la derecha sostenía sobre el pecho un minúsculo abanico cerrado, indicando seducción y espera.

Goya se había esforzado en no pintar demasiado ni demasiado poco. Su reina era fea, pero de una

fealdad viva, centelleante, casi atrayente. Le había colocado en el cabello un lazo rojo y azul, y la luz del lazo hacía relucir la negrura soberbia de los encajes. Los zapatos dorados salían brillantes de entre lo negro; el conjunto se matizaba por el pálido reflejo de la carne.

La soberana no encontró más los reparos que se proponía. Con lisonjeras palabras declaró su satisfacción y pidió al pintor que le hiciera él mismo dos copias, allí en San Ildefonso. Respetuoso, pero resuelto, se negó. Cuando empleaba tan serio esfuerzo en una obra, no podía copiarla. Pero le haría preparar esas copias por su colaborador don Agustín Esteve, cuya pericia y seguridad ella conocía. Finalmente, pudo partir para Madrid.

No le fué mejor en Madrid que en San Ildefonso. Se repitió cien veces que lo más cuerdo sería escribir a Cayetana o volver simplemente a Piedrahita. No se lo permitía su orgullo.

> *Maldijo porque era como era. ¿Y por qué tuvo que enamorarse locamente de Cayetana? Esta tonta pasión le había exigido sacrificio tras sacrificio. Todo en ella debía ser pagado muy caro. Y toda su furia se volvió contra la de Alba. Los demonios, los malos espíritus que se escondían en cada rincón para acecharle, para lanzarse sobre él, fueron una sola cosa con Cayetana.*

17

AL FINAL DEL VERANO, los de Alba regresaron a Madrid. Cayetana permaneció invisible; no envió ningún mensaje. Muchas veces encontró Goya un coche de la casa. Se impuso no mirar. Y miró. Dos veces llevaba al duque, una vez a un forastero, otra, a la anciana marquesa.

Le trajeron una carta que invitaba al pintor de la Corte Goya y Lucientes y a la señora Josefa a una velada musical del duque; se ejecutaría una ópera de José Haydn, «El mundo en la luna». Durante una hora Francisco estuvo resuelto a no ir, durante la siguiente a no faltar. Josefa encontró natural que aceptara.

Otra vez, como la primera noche en que comenzó la desgraciada historia de Goya, la de Alba no apareció en seguida. Antes, hubo que escuchar toda la ópera del señor Haydn. Sentado al lado de Josefa, se consumía de impaciencia, miedo y esperanza, atormentado por el recuerdo de las horas de Piedrahita, en que estuvo al lado de Cayetana, oyendo la música del duque. La ópera era ligera y graciosa. Representaba a un rico señor obseso por la astronomía, un tal Bonafede, padre de dos hermosas hijas, que engañado por un charlatán, Eclético, cree vivir en la luna; sus experiencias en ese astro lo inducen a casar a sus hijas con galanes que no hubiera tolerado nunca en la tierra. El texto italiano había sido traducido al castellano por el mismo duque, con la ayuda del abate, antes de que éste desapareciera; la escenificación era buena, la música no tan complicada como Goya temía; en otras circunstancias hubiera gozado de la brillante interpretación. En cambio, ahora, maldecía y gruñía para sus adentros. Finalmente la ópera concluyó; el mayordomo invitó a los huéspedes a pasar al salón principal.

Como entonces, doña Cayetana recibió a sus invitados a la antigua moda española, en su estrado. Esta vez el alto baldaquín sobre ella estaba adornado con una imagen de la Virgen, de madera pintada, obra de Juan Martínez Montañés. Con las manos juntas, la cabeza púdicamente inclinada, la Virgen sobre la hoz de la media luna tenía una leve orgullosa sonrisa hispánica; cuatro graciosas cabecitas de ángeles sostenían la luna. La mirada de la de Alba, debajo de la bella estatua, tenía algo de vicioso, algo de superchería. Esta vez estaba llena de afeites y polvos, llevaba un traje de corte versallesco antiguo, de la apretada cintura caía amplia la falda. Parecía deliberadamente artificiosa y casi grotescamente altiva. La cara blanca, con su sonrisa rígida, mientras los ojos de acero vivían violentos, parecía doblemente pecaminosa por la sacrílega imitación del rostro de la Virgen, que sonriente atisbaba la anunciación.

Francisco, estremecido de ira y fascinación, tenía el salvaje propósito de decirle algo que les atañera sólo a ellos, algo infinitamente amoroso o desmesuradamente impúdico. Mas ella no le dió ninguna oportunidad de hablarle a solas; mantuvo con él una gran cortesía que señalaba distancias. También en lo demás le agrió esta velada. Estaba allí, naturalmente, Carnicero, el colega ramplón. Había proyectado los escenarios de «El mundo en la luna»; a Goya le dolían todavía los ojos por esos mamarrachos dulzones como limonadas. El duque y la anciana marquesa lo irritaban precisamente por su amabilidad. Don José, aunque encontraba la labor de Carnicero muy bonita, lamentaba que no la hubiese esbozado Goya; pero Cayetana le había dicho que en los últimos tiempos no se le podía hallar. También la anciana marquesa se quejaba porque Goya no encontraba un momento para pasar por el palacio de los Villafranca y hacerle el segundo retrato. Francisco percibió en sus palabras una leve ironía; seguramente sospechaba lo ocurrido con Cayetana.

Completamente insoportable fué el doctor Peral. Estaba perorando con antipática preparación acerca de la música de Haydn. La cara generalmente reservada del duque resplandecía mientras el médico, con mucho entusiasmo y acopio de expresiones técnicas, explicaba con qué riqueza de ocurrencias y con qué brío Haydn cambiaba de instrumentación cada vez, cuando Bonafede miraba por el telescopio para anunciar sus observaciones sobre el mundo lunar, o con qué realismo su música reproducía las sensaciones del vuelo. Pero más que la charla ultraexperta del sabio fanfarrón roían a Francisco las palabras confidenciales, que no oía pero veía en labios de Cayetana y del médico, y la risa de ella por alguna agudeza de Peral, que sólo ellos podrían entender. La forma como el «barbero» hablaba con Cayetana se parecía irritantemente a la de un dueño.

Goya había esperado con avidez y dolor esta velada. Pero se sintió amargamente satisfecho, cuando se despidió y pudo eludir la atmósfera de la de Alba. Durante el regreso, Josefa declaró que la velada había sido muy feliz, don José realmente un gran músico y la ópera muy linda. Al día siguiente, Goya comenzó una pequeña tabla: Cayetana bajo la Virgen de la media luna. Era ya un maestro en el arte de tornar una cara anónima y conocida al mismo tiempo. La dama de blanca cara debajo del baldaquín tenía algo lascivo, irónicamente perverso, blasfemo. Goya pintó a escondidas, en ausencia de Agustín, y ocultó el cuadrito

delante de él. Pintó de prisa y con esmero. Un día se olvidó de esconder la tabla. Cuando volvió, encontró a Esteve delante. «Es admirable», le dijo éste, «es la verdad de las verdades». «Es ya demasiado que *tú* lo hayas visto», contestó Francisco y arrinconó la tabla para siempre.

Otra vez pasó una semana sin que Cayetana diese señales de vida. Goya comprendió que ni dentro de tres meses, ni dentro de un año, sabría nada de ella, y le dolió más que nunca haberse ido de Piedrahita y del lado de ella.

Un día se presentó en el estudio doña Eufemia y preguntó con la mayor naturalidad del mundo si don Francisco tendría tiempo y deseo de ir al teatro de la Cruz a la noche siguiente con doña Cayetana; daban «El burlador burlado» de Comella, y doña Cayetana tenía mucho interés en las seguidillas. Fueron al teatro, procedieron como si se hubiesen visto el día antes, nada se preguntaron y no hablaron una palabra de Piedrahita. Las semanas siguientes, se vieron a menudo, vivieron uno del otro, se amaron como antes de su disputa. Generalmente, cuando Cayetana quería visitarlo, se anunciaba antes; Goya cuidaba de encontrarse a solas. Una vez que acudió sin anunciarse, Agustín estaba copiando «La reina como maja de negro». Cayetana observó el retrato de la rival. Francho no había disimulado su fealdad, había que admitirlo, pero se había esforzado en hacer resaltar lo poco que tenía María Luisa, la carne de los brazos y del escote. La había hecho imponente. En la tela, parecía a la vez una maja y una gran dama, pero nada ridícula. Cayetana sintió ese leve escalofrío que la sobrecogiera cuando la reina la amonestó:

«¿Por qué la retrataste así?», preguntó con maldad, casi sin preocuparse de la presencia de Esteve. «Es un buen cuadro», contestó indignado y objetivo Francisco. «No te comprendo», dijo la de Alba. «Esta mujer arruinó nuestro verano, tu felicidad y la mía, en forma vulgar y grosera. Ambos aprendimos lo que es: una costurera italiana. Y la retratas como reina, española de pies a cabeza». «Si la retrato así, ella es así», replicó Francisco, calmado, pero con un orgullo en nada inferior al de la de Alba. Agustín sonrió satisfecho del amigo.

Desde entonces, Cayetana se dedicó a amargar a la reina más que antes. Supo que María Luisa había encargado en París un traje muy audaz. Ella obtuvo el modelo y al día siguiente a la recepción en la cual la reina estrenó el traje, aparecieron en el paseo del Prado dos coches de la casa de los Albas con doncellas de Cayetana, vestidas exactamente como el día antes la soberana. La duquesa se rió mucho; María Luisa se irritó, aunque no tanto como Cayetana se prometiera. La anciana marquesa no encontró decente la broma; peor la consideró Francisco.

> *Pero su desaprobación se desvaneció al verla, ante su halo y su modo de ser infantil de gran dama. Más fuerte que nunca sintió su dicha, pero también creció la amenaza que hondamente inseparable se mezclaba con esa dicha.*

18

POR ESA ÉPOCA, estalló en Madrid una epidemia, una enfermedad de la garganta que atacaba especialmente a los niños. Al comienzo, fué una especie de inflamación de las tonsilas. Las amígdalas de los pequeños se hinchaban y pronto no podían ya tragar. El pulso disminuía, el latido del corazón se debilitaba, de la nariz corría un líquido maloliente y de color feo. Los niños afectados sufrían una progresiva asfixia, parecían ahogarse. Muchos morían.

De los hijos de Goya, primero se enfermó Mariano, luego la pequeña Elena, la menor de todos. Francisco, aunque sólo molestara, no podía separarse de la cama de la pequeña. Con terror creciente, vió como aumentaba el peligro de la niña. Había comprendido desde el primer instante que la maldita carta que desafiara a los demonios, la carta con que comprara el primer amor de la de Alba, traía su venganza. El doctor Gallardo, médico de cabecera, ordenó bebidas calientes y compresas, luego, al subir la fiebre, baños fríos. Obedecía a Hipócrates. Obraba con seguridad y, evidentemente, andaba a tientas en la oscuridad.

Goya recurrió a recursos religiosos. Tiras de papel, dedicadas a la Virgen, con la invocación: «Salus infirmorum», fueron convertidas en pelotitas y dadas a beber a la enfermita en un vaso de agua. Fué mal presagio el que no las pudiera tragar. Goya consiguió prestado de un monasterio, por mucho dinero, una colcha que contenía trocitos del vestido de su protectora y con ella envolvieron a la pequeña. Recordó lo que se hizo cuando Josefa estaba embarazada de la niña; se habían traído a la casa imágenes de San Ramón Nonato y San Vicente Ferrer e implorado de esos Santos un parto breve y feliz. Después había habido una alegre procesión a San Isidro, en acción de gracias porque todo había ido bien. Y todo seguiría yendo bien, si él no hubiese sacrificado la criatura, con un sacrilegio, a las potencias tenebrosas.

Corrió al barrio de Atocha y se quejó ante la Virgen. Había traicionado a la hija por su lascivia. Se arrepintió y suplicó a la Virgen que aceptara su arrepentimiento y le ayudara. Se confesó con un cura desconocido, de aspecto rústico y tonto. Deseó que no entendiese lo que confesaba, pero el otro pareció comprender. Y fué clemente. Le impuso días de ayuno, muchos Padrenuestros, y le prohibió el adulterio. Goya juró que sus ojos no se ensuciarían más mirando a la bruja y ramera Cayetana.

Sabía que todo esto era una insensatez. Se impuso dominar sus bárbaros sentimientos con la razón. Cuando se hace callar la razón, lo asaltan a uno sueños horribles, con monstruos parecidos a los murciélagos y los gatos. Debía vencer su locura, dominarla, aislarla, impedir que estallara. Calló también, calló con Esteve, con Miguel, con Josefa. Pero escribió al amigo Martín Zapater. Le escribió cómo había imaginado el maldito y pecaminoso pretexto para su goce, y cómo los demonios tomaban ahora real su mentira; le escribió que tenía la culpa de la mortal enfermedad de su querida hijita y que sabía que todo eso no resistía al examen de la razón y no era verdad, y que sin embargo era su verdad. Puso tres cruces en la carta y pidió al amigo que sin cuidarse de lo que costara dedicara a la Virgen del Pilar muchos gruesos cirios para que Ella lo librara a él y a sus hijos de la enfermedad.

La de Alba supo de la enfermedad de la hija de Francisco. Nunca le había dicho él nada de aquel pretexto, pero adivinaba el trastorno de su corazón. Envió a la dueña y anunció su visita. No se sorprendió cuando él se rehusó a verla. Visitó a Josefa y le ofreció el envío de su médico, el doctor Peral. Goya no se dejó ver por el doctor. Josefa lo juzgó tranquilo, inteligente, experto. Goya se calló. Dos días después, Mariano estaba mucho mejor, los médicos lo declararon fuera de peligro. El tercer día, Elenita murió.

La desesperación de Goya, su indignación contra el destino, no tenían límite. Del lecho de muerte de la pequeña corrió a su estudio, maldijo de los Santos que no le habían ayudado, se maldijo a sí mismo, la maldijo a ella, la culpable de todo, la bruja, ramera y duquesa, que con su orgulloso capricho y por lascivia lo llevara a sacrificar a la hijita. De nuevo pensó ante el cadáver en los horribles accesos de sofocación de la niña, pensó que tuvo que verse reducido a la impotencia. Su cara maciza y leonina se convirtió en una máscara de supremo dolor; nadie sufrió nunca iguales angustias. Se refugió de nuevo en el estudio, y su dolor se transformó en furor y en sed de venganza, en avidez de echar en cara a la orgullosa muñeca, a la maldita, toda su rabia, todo su desprecio.

Esteve se mantuvo casi siempre a su lado. Pero muy apagado, hablando lo estrictamente necesario, andando en puntillas. Cuidó, sin preguntar y bajo su sola responsabilidad, de todos los negocios que justamente ahora se acumulaban. A Francisco le hacía bien la forma en que el amigo demostraba su afecto. Le agradeció que lo comprendiera y no le amargara con reproches tontos.

Con la sorpresa, casi desagrado, de Josefa, dispuso para Elenita un entierro de infanta. Luego se sentó en

la sala oscurecida. Llegó mucha gente para expresar sus condolencias. Al día siguiente Goya no pudo soportar más los gestos vacíos de forzado duelo de los visitantes y se refugió en el estudio. Allí se desplomó, luego se dió a andar apresuradamente de arriba abajo. Esbozó sueños en el papel, pero rompió los dibujos antes de terminarlos.

Apareció la de Alba.

La había esperado, temido, deseado. Era hermosa. Su cara era franca, la cara de una amante que acudía a consolar al amigo en su desgracia. Goya, experto en ver, lo percibió y se dijo: «Si ella lo mortificaba, él la mortificaría más». Pero su prudencia fué barrida por la furia salvaje y angustiosa de verla. Se sublevó en él todo lo que sintió contra ella desde que la viera por primera vez, su rabia por sus atrevidos y crueles caprichos, el enfado por su propia sumisión, el pánico terror ante el destino que se servía de esta mujer para atormentarlo.

Empujó hacia adelante el grueso labio inferior; su cara carnosa, aunque tratara de dominarse, tembló de odio indomable. Ella retrocedió involuntariamente. «¡Tú! ¡Te atreves a venir!», gritó Goya. «Me matas a una hija y ahora vienes a reírte de mí…». Ella siguió manteniéndose dueña de sí. «Recapacita, Francho», le rogó. «No te dejes enloquecer por tu dolor». Era lógico. Ella no comprendía su pena. Era estéril. Nada podía dar, nada nacía en ella, ni dolor, ni alegría, sino solamente placer. Era estéril, una bruja, nada más que el mal desparramado por el demonio en la tierra.

«Bien lo sabías», estalló airado y delirante. «Lo tenías calculado. Me infundiste la idea de invocar la enfermedad de Elenita. Tenía que sacrificarte o mi Elenita o mi carrera, mi arte. Era el precio para alcanzarte. Lo intentaste por segunda vez en Piedrahita y no querías dejarme ir a la Corte, para que perdiese mi nombre. Pero allí no caí en tus manos. Y ahora quisieras que yo hiciese una figura detestable de María Luisa. Todo quieres robármelo: mis hijos, mi carrera, mi pintura. Quieres quitármelo todo por la lascivia de tu maldito y estéril vientre», y empleó una palabra obscena.

La invadió una ira sin límites. De amante y consoladora, se convirtió en una Alba, última descendiente del mariscal pernicioso. Había sido un regalo, una gracia muy grande el que hubiera permitido a este hombre dirigirle apenas una palabra, respirar con ella el mismo aire. Y ahora el patán, en su arrepentimiento por una tonta excusa, no conocía mejor recurso que insultarla. En voz baja, amable pero cortante, le replicó: «Desde el principio, señor Goya de Fuendetodos, apenas sirvió usted como bufón. ¿Quiere ser un majo? Sigue siendo un campesino con cualquier traje. ¿Por qué cree usted que lo dejaron acercarse los otros, los Osuna, los Medinaceli? Querían divertirse con el palurdo y su estupidez. No hace falta ser una bruja para hacerle bailar a usted, pelele, muñeco». Hablaba en voz baja, pero aguda y escalofriante.

Goya la vió contraer las cejas por la furia y se alegró de haberla irritado tanto. Pero su satisfacción se convirtió en rabia, porque ella había dado en su llaga, se había reído por algo que le amargó muchas veces en su fuero interno. Pero no era verdad, no podía ser verdad. No por broma ni estúpida diversión fueron amantes suyas las Osuna y las Medinaceli y ella misma. Recuerda cuántas veces ella misma se desvaneció de placer en sus brazos. Le lanzará a la cara, a la cara maldita, hermosa, audaz y orgullosa, las palabras más groseras, vulgares y obscenas. Luego la tomará y la llevará hasta la puerta y la tirará por ella realmente.

Ella lo ve acercarse. Le pegará… Desea que le pegue. Así todo acabará. Tal vez ella lo mate luego. «¡Adelante, destripaterrones!», le grita desafiante. «¡Enorgullécete porque tus brazos son más fuertes que los míos! Muéstrate…».

Pero Goya no se lanza sobre ella. No le pega, no la agarra. Se detiene repentinamente. Ha sentido cómo se abren y se cierran sus labios, pero no ha oído las palabras. Ha caído sobre él la enfermedad otra vez, está sordo…

Se tiró en una silla. Desesperado, se cubrió la cara con las manos.

Ella comprendió. Sintió miedo. Corrió hasta él y lo acarició como a un niño. Y él no escuchó lo que ella decía; sólo vió moverse sus labios. Pero tuvo conciencia de que esas palabras eran suaves, dulces. Y cerró los ojos Se ablandó. Y lloró.

19

LA JORNADA DE DON MIGUEL era toda actividad política, pero ya no sentía la satisfacción de antes. Por la noche, ocupándose de arte, trataba de huir de su pena por Lucía y por el creciente desagrado de las humillaciones que traía consigo el servicio de don Manuel.

Leía y releía las páginas en que su gran maestro Niccoló Macchiavelli describe cómo vive en su pequeña posesión de San Casciano después de su caída. Se levanta con el sol, se dirige al bosque y da órdenes a sus leñadores. Se pasea una hora, descansa cerca de una fuente o de una pajarería; saca su libro, Dante, Petrarca, Tíbulo, Ovidio u otro parecido; lee sus historias amorosas, piensa en las suyas y se deleita un rato recordando. Luego llega hasta la posada del camino, pide noticias a los viajeros y averigua lo que piensan. Vuelve a su desnuda casa, para almorzar mezquinamente. Retorna a la posada y allí juega al ajedrez o a las cartas con el posadero, el carnicero, el molinero y dos ladrilleros; hay siempre una disputa por una suma insignificante que se oye hasta en el pueblo. Por la noche, Macchiavelli se quita su desteñido traje, se viste de fiesta y acude a sus libros, a los grandes antiguos. Se entretiene con ellos conversando amablemente. Pasa así en su cuarto cuatro horas sin preocupaciones, olvida lo cotidiano, tan amargo: no se preocupa de su pobreza, no teme a la muerte. Vive con los clásicos; pregunta y ellos contestan; preguntan y él responde; lee los libros de ellos y escribe los suyos.

Miguel Bermúdez trataba de imitarlo. Rodeado de sus cuadros, libros y manuscritos, trabajaba en su «Léxico de Artistas», y a veces lograba quedarse con su labor una y hasta dos horas sin ir a ver el retrato de Lucía. Por lo demás, Lucía le escribía a menudo, ingenuamente. Parecía que hubiese hecho el viaje a París realmente por encargo de él, y hablaba mucho de política. Estaba en relación con estadistas influyentes y todos se sorprendían y se molestaban porque España seguía dilatando la alianza.

También le informaba sobre los pintores parisienses, especialmente acerca de la evolución de Jacques-Louis David. Éste había estado dos veces en la prisión desde la caída de Robespierre, y se conducía dignamente. Había sabido adaptarse al nuevo régimen de revisión de la libertad e igualdad, sin renegar de sus ideales republicanos. Tenía otra vez asiento en la Convención, organizaba las colecciones artísticas de la República y era el más respetado e influyente de los pintores de Francia. Trabajaba en un gran cuadro: «Las Sabinas». Con líneas clásicas y clásica desnudez quería mostrar que las mujeres raptadas mediaban entre los adversarios, con la intención de inducir a la necesaria reconciliación a los enemigos. El señor David había esbozado el plan del cuadro ya en la cárcel, trabajaba en él desde hacía meses, lentamente, pero con inteligencia. Todo París, rezaba la carta de Lucía, se interesaba apasionadamente en la obra; cada quince días se daban boletines.

Más tarde, ella completó sus informes sobre maestros parisienses, enviándole grabados, y aun cuadros que decía haber adquirido baratos; una vez una tela de David. Miguel se quedaba perplejo delante de esas obras valiosas. Era una gran satisfacción tenerlas para un coleccionista codicioso como él. Pero pensaba que de él se esperaban servicios políticos, sobre todo un apresuramiento del tratado de alianza. Esa política correspondía a sus convicciones, pero le desagradaba que se pudiesen entender mal esas convicciones. Era evidente que, aun sin el compromiso escrito de don Manuel, la alianza debía concertarse. La tal alianza podía significar como consecuencia una peligrosa subordinación del reino a una República más fuerte; pero sin ayuda francesa, España no podía defender ya sus colonias contra la flota inglesa todopoderosa. El Príncipe de la Paz podría cumplir finalmente su promesa sin merecer censuras.

Pero Manuel seguía vacilando y buscaba nuevos pretextos para entretener a París. En presencia de la reina y de don Miguel afirmaba patrióticamente que temía encadenar a España. María Luisa sonreía abiertamente; Miguel, para sus adentros. Ambos sabían que sólo motivos muy personales determinaban la conducta del primer ministro. Don Manuel se había enamorado de la pequeña Genoveva, la hija del señor de Havré, embajador de los realistas.

Se había deslizado en esa situación sin entusiasmo, casi contra su voluntad. Una noche, durante una reunión oficial muy aburrida, sintió una fugaz inclinación por Genoveva; la infantil flacura de la muchacha, para él siempre desagradable, lo atrajo, con la idea de que ella pertenecía a la más rara nobleza francesa. Además, sin confesárselo, estaba un poco celoso de Goya, tenía la vaga sensación de que Pepa amaba todavía al pintor; quería demostrar a la Tudó que no podía estar muy segura de él, de su Manuel. Con un pretexto invitó a Genoveva y se lanzó al ataque sin rodeos. Ella huyó horrorizada y, pálida de miedo, contó al padre su brutal sorpresa. El señor de Havré se encontró abocado a un espinoso problema. La República

insistía en que España no debía seguir apoyando a los emigrados realistas franceses; corría el rumor ahora de que el Directorio pedía su expulsión. Era posible que ésta fuera una condición de la inminente alianza. Su real señor, Luis XVIII, todo un fugitivo, vagabundeaba por Alemania en condiciones lamentables, con la mísera ayuda financiera que su pobre embajador debía mendigar al ministro del rey católico. Tal vez era una suerte que el bestial Príncipe de la Paz se enamorara de su pobre hija. ¿No era un deber para con su patria echar en las fauces del Minotauro a su dulce Genoveva?

Por eso Genoveva de Havré se incorporó a la legión de amantes de don Manuel. Éste perdió muy pronto el entusiasmo por la pequeña, sobre todo porque Pepa pareció más divertida que molesta por la novedad. Pero la delgada mocita se mostró tenaz; detrás de ella estaba cortés y amenazante el padre y le desagradaba a Manuel pensar en un señor de Havré que corriera por Europa, quejándose sombríamente de que España explotaba los apremios de la monarquía francesa para deshonrar mujeres nobles de Francia. Le atraía naturalmente la oportunidad de librarse de una Genoveva llena de reproches y de su señor padre con el pacto de alianza y la expulsión de los realistas. Mas ¡qué cara pondrían sus iguales, los doce Grandes de primera clase, si el Príncipe de la Paz echara del país a su pequeña amiga! ¡Y cómo se reirían Pepa y María Luisa!

Pero el Directorio parisiense no estaba dispuesto a que los asuntos amorosos de Manuel Godoy interfiriesen en su política. Se llamó a París al embajador, general Pérignon, por haber sido demasiado blando, y se le reemplazó con el ciudadano Ferdinand-Pierre Guillemardet. Los informes de los agentes españoles en París acerca de la carrera de ese ciudadano causaron pena en la clara calma veraniega de la Corte en el palacio de San Ildefonso. Guillemardet, hombre joven todavía, había sido médico de aldea cerca de París; el departamento Saone-et-Loire lo envió a la Convención por su fanatismo. Durante el proceso contra Luis XVI, había declarado: «Como juez, voto por la pena de muerte. Como estadista, voto también por la pena de muerte. Voto, pues, dos veces por la última pena». Nombrado Comisario especial de tres departamentos norteños, decretó que los edificios públicos llamados «templos, iglesias o capillas» no serían empleados en lo sucesivo para fines supersticiosos, sino para el bienestar general. Y la República enviaba a San Ildefonso a tal hombre, asesino de reyes y ateo, para imponer la alianza y también la expulsión de los realistas.

El ciudadano Guillemardet llegó y se presentó en seguida al Consejo de Ministros de España. Parecía buen mozo, correcto, orgulloso, ceremonioso, silencioso. Así lo vieron por lo menos los ministros del rey. Por su parte, él informó a París que el gabinete español se componía de cuatro bobalicones dirigidos por un gallipavo.

Cuando el ciudadano Guillemardet pasó al servicio de la República, tuvo que prestar por ley el solemne juramento: «Juro sincera devoción a la República y odio eterno a los reyes». Mas difícilmente podría mostrar en forma abierta su odio contra el monarca en sus funciones de embajador; tuvo que pedir instrucciones al Directorio acerca de su conducta. Se le indicó que para poder insistir con mayor energía en sus exigencias políticas, debía adaptarse en todo momento al ceremonial de la Corte española. Por eso el nuevo ciudadano-embajador tuvo que someterse a muchas humillaciones.

Ante todo tuvo que entregar al rey católico sus credenciales en una solemne ceremonia y presentarse a toda la familia real. En la sala del trono se reunieron con los reyes los infantes y las infantas, y el matador de reyes tuvo que besar respetuosamente la mano no sólo al bobo Carlos y a la Mesalina española sino también a cada uno de los pequeños piojosos. El más joven, el pequeño Francisco de Paula, bastardo del gallipavo, corrió hacia él y lo saludó con alegría: «¡Papá, papá!».

Guillemardet tuvo que tragar también y muy pronto el grosero sarcasmo de don Manuel. En una nota había rechazado el tratamiento de «Excelencia», indicando que por orden del Directorio los funcionarios de la República debían llamarse «ciudadanos». Don Manuel contestó: «Debo comunicar a Vuestra Excelencia que en España no se usa el “usted”. El tratamiento de la gente de inferior categoría es “Vuestra Señoría”, para la de una superior, “Vuestra Excelencia”. En la clase más elevada los iguales se tutean. Como, pues, no puedo seguir llamando así a Vuestra Excelencia, solicito me informe si en el trato con Vuestra Excelencia tendré que usar en lo sucesivo el “tú”».

Las cosas desagradables que debió soportar Guillemardet por el bien de la República, fueron compensadas un poco por un banquete de gala ofrecido por el rey en su honor. María Luisa encontró de su gusto al nuevo embajador francés. Sus rasgos eran altivos, marcados, un poco sombríos, y el pintoresco y suntuoso uniforme que el Directorio acababa de prescribir a los altos funcionarios de la República, le sentaba bien. Tenía un buen aspecto, mucho mejor seguramente que el desteñido y seco de Havré, que ya envejecía. Ella declaró que convenía cuidar del humor del ciudadano Guillemardet; le ofrecería un banquete. La ocurrencia molestó al Príncipe de la Paz. Preveía las quejas y los reproches de la pequeña

Genoveva, mortalmente herida si él permitía que la Corte concediera tan extraordinario honor al verdugo de su rey, y él mismo se dolía de que se festejara de ese modo al antipático plebeyo. Explicó a la reina que esa distinción para el gabacho era una neta capitulación ante las exigencias de la República. María Luisa conocía las razones de su Manuel y se alegró de su confusión. «No te canses la lengua, *chéri*», le dijo amable. «Me gusta el ciudadano Guillemardet». Don Manuel repuso que por lo menos se invitara también al señor de Havré. María Luisa, viendo más dificultades, para don Manuel naturalmente, accedió sonriendo.

En ocasión del banquete, San Ildefonso empleó todo el esplendor con que apenas una década antes solía brindar Versalles esas comidas de gala. Pero ahora se sentaba en la mesa más elevada, ufano en su pompa, el plebeyo matador de reyes; y el representante del rey expulsado, con su gastado uniforme, muy lejos, en la más baja, juntamente con su delgada hija. El pintoresco ciudadano Guillemardet echaba sombrías miradas al pobre realista, que disimulaba con innata dignidad.

Después de la comida, Sus Majestades prolongaron la reunión. Como honra simbólica para el ciudadano Guillemardet se había servido un plato popular, una olla podrida; el rey gustaba de este plato que le ofreció un grato tema de conversación. «¿Qué me dice de nuestro plato nacional, mi querido marqués?», preguntó jovialmente al señor de Havré. Éste —poco, muy poco había saboreado de la olla plebeya más que sustanciosa— soltó con esfuerzo algunas palabras de elogio. El rey, que nunca había podido sufrir al antipático y tieso diplomático, lo plantó y se volvió al otro embajador. «Bien, Excelencia», le preguntó con gran voz, «¿cómo encuentra nuestro plato nacional? Lo hemos servido en su honor». Y se difundió explicando las varias formas de preparar la clásica olla podrida. Había unanimidad acerca de las nueve legumbres y las siete especias que debían emplearse; pero se disentía acerca de si lo principal debía ser la carne de vaca, cordero, pollo, el tocino y los chorizos de cerdo, o solamente tres clases de carne y cuáles. «Personalmente», declaró Carlos, «hago emplear las cinco. Mucha variedad, y bien mezclada. Y cuando la como, pienso: esto comprueba cómo el rey representa las capas del pueblo».

Lisonjeaba al embajador Guillemardet que los tiranos se desvivieran así por él. Pero le indignaba la falta de tacto con que se había invitado al mismo tiempo al traidor realista. Y refiriéndose a exigencias anteriores, escribió una nota fuerte en la que reclamaba con amenazas la inmediata expulsión de los refugiados franceses fieles al rey.

María Luisa indicó amablemente a don Manuel que la invitación de de Havré propuesta por él había provocado una agravación del viejo conflicto. Manuel no supo qué contestar. Por eso justamente hubiera considerado como vergonzosa derrota el que se cediera a la exigencia del plebeyo.

Prefería cualquier otra cosa.

Fué a ver a Guillemardet en su coche de gala, precedido por la cabeza de Jano. Le explicó ampliamente que chocaba con las reglas más elementales de la cortesía española disminuir o quitar la hospitalidad ya concedida. «Si el Gobierno del rey católico», contestó fríamente el ciudadano Guillemardet, «debiera seguir tolerando en su tierra a traidores realistas o los ayudara, la República vería en ello un proceder hostil».

Don Manuel palideció, pero estaba preparado. Contestó que se haría entender discretamente al señor de Havré que libraría a la Corte de España de un grave embarazo, si dentro de un año, por ejemplo, visitara a su señor que, según se decía, estaba en Alemania. «La República», replicó helado y amenazante Guillemardet, «podría considerar esta nueva dilación…». «Déjeme concluir mi comunicación, Excelencia, por favor», lo interrumpió el Príncipe de la Paz. «El Gobierno de su Majestad católica, para no poner en peligro la fama de su hospitalidad, cedería a la República en otros terrenos y con alguna amplitud». Se puso de pie, sus condecoraciones tintinearon y él anunció con solemnidad: «Tengo el encargo de comunicar a Su Excelencia en nombre de mi rey la siguiente declaracón: Si Su Excelencia se complace en tomar nota de que el señor de Havré no saldrá del país antes de un año, el Rey católico está dispuesto a celebrar dentro dos semanas el tratado de alianza en la forma que la República lo ha propuesto en su última nota».

Se convino así realizar la tan preparada alianza defensiva y ofensiva entre el rey católico y la República francesa una e indivisible, mientras la Corona española aceptaba paciente el conflicto que necesariamente el tratado provocaría con Gran Bretaña.

Se ordenó para la armada y todos los puertos el estado de guerra. Entonces con gran solemnidad se firmó en el palacio de San Ildefonso el tratado, se selló: el rey y la República se convirtieron en amigos y aliados. El embajador de Su Majestad británica, Lord Saint Helens, en consecuencia, pidió sus pasaportes.

20

MUCHOS DÍAS se quedó Goya completamente sordo, hundido en su furor. No conoció medida, rechazó rabiosamente intentos de reconciliación, se esforzó en exagerar delante de los demás su locura. Todo el mundo imitó a Agustín y trató de desaparecer, cuando se presentaba; sabían que no había remedio.

Volvió la de Alba. La servidumbre tenía severas indicaciones de rechazar a cualquier visitante, de no dejar pasar a nadie. Josefa recibió a la duquesa. La esposa de Goya sabía que no era la muerte de la hijita la causa del derrumbe de Francho, sino esta mujer. Don Francisco, le comunicó a Cayetana, estaría imposibilitado por largo tiempo, por meses quizás, de volver al trabajo y recibir amigos.

Largos días, más de una semana entera, Goya no dejó acercarse más que a Josefa y Agustín, y también con ellos conservó su sordo rencor. El incansable y diligente Esteve, que poco tenía que hacer ahora, pasaba el día perfeccionándose en la técnica del aguafuerte; el grabador Jean-Baptiste Leprince había inventado un sistema para reproducir con grabados dibujos a pluma. Durante su vida, mantuvo el secreto de su procedimiento, pero después de su muerte el método había sido publicado por la «Encyclopédie Méthodique», y Esteve, lleno de aspiraciones, practicaba. Goya observaba, ausente casi siempre con el pensamiento. Años antes, él mismo había hecho aguafuertes de obras de Velázquez, sin mayor suerte. Agustín suponía que la nueva técnica podía atraer al maestro, pero se cuidó prudentemente de hablarle. Francisco tampoco preguntó nada, pero volvía una y otra vez a la mesa de trabajo de Agustín y observaba.

De vez en cuando, llegaba don Miguel. Las primeras veces no habló casi; luego se entretuvo a media voz con Esteve. No sabían si Francisco podía seguir su conversación. Pero un día, Goya no disimuló que oía. Fué en una oportunidad en que Miguel explicaba con detalles cómo David se había pasado al nuevo régimen. Cuando concluyó, Agustín hizo alguna observación irónica. Había tenido siempre la impresión de que las obras de David, aun formalmente acabadas, tenían algo que sonaba a hueco, que eran mera fachada; no le sorprendía que hubiese renegado de la libertad, igualdad y fraternidad, sometiéndose al nuevo poder, a los hombres de negocios de la burguesía. Goya sonrió con malicia. Así que también David, el republicano ejemplar, el ídolo de los afrancesados, se había adaptado a los tiempos. Y los amigos querían que él se trocara en revolucionario. «Si el oro se herrumbra, ¿qué puede hacer el hierro?». «Me parece razonable», dijo finalmente, con brusquedad, «que no haya querido acabar en el cadalso. Pero hubiese sido más clásico y de acuerdo con su línea, si se hubiera dejado guillotinar».

Por primera vez Goya se iluminó, cuando inesperadamente llegó Zapater, el Martín de su alma. Josefa le había escrito a Zaragoza; pero ni ella ni Martín dejaron que Goya supiera que el amigo había venido solamente por él.

Por fin había alguien con quien Francisco pudiera hablar sin reservas de su miseria y de su rabia. La niña había muerto porque la mujer lo obligó a él a mentir; nadie más que ella, la perversa y pícara Cayetana, podía haberle sugerido la idea por hechizo. Y después de matar a la criatura, vino a reírse de él. Y cuando él le reprochó su culpa, ella cayó sobre él con las palabras vulgares de una ramera que no está satisfecha de su paga. Y entonces se enfureció y se quedó sordo.

Martín escuchó calmado y atento, fumando. No replicó; sus ojos astutos sobre la gran nariz miraban pensativos con simpatía. «Ya sé que me crees loco», gritó Francisco. «Todos lo creen, se mueven alrededor de mí sin ruido. No estoy loco. Y ésta es una ofensa; si lo estuviera, ella me ha embrujado, ella me ha enloquecido. Cuando vió mi cuadro de la casa de locos, dijo: “Uno quisiera colaborar, tomar parte”, o algo parecido». «Te contaré algo», comenzó de nuevo Goya un rato después, y en lugar de gritar, se acercó mucho a Martín y le dijo en voz baja, misterioso: «*Todavía* no estoy loco. Pero puedo llegar a estarlo. A veces, a menudo, siento que me enloquezco». Martín estuvo prudente y no contestó gran cosa; pero su sola presencia, tan tranquila, fué como un calmante.

Poco antes de que Martín regresara a Zaragoza, llegó un mensaje de la anciana marquesa. Doña María Antonia preguntaba si Goya tenía tiempo para el segundo retrato del cual habían hablado en Piedrahita. Delante de Martín, que le aconsejaba aceptar, Goya hizo como si le costara mucho. Pero en su fuero interno se había decidido en seguida por la aceptación. Quizá estuviera Cayetana detrás de todo eso, y si no fuera así, el azar podía llevarla a casa de la marquesa mientras él trabajaba allí. No sabía lo que haría entonces, pero tenía que volver a verla. Aceptó.

En seguida comprendió que la marquesa sabía más de lo que a él le gustaba acerca de lo ocurrido con Cayetana. A veces, cuando lo miraba, desenvuelta, a la cara, con sus ojos amablemente altivos, le parecía a

Goya que estaba desnudo. Se arrepintió de haber aceptado el encargo. Pero fué alargando el trabajo. No sólo temía y esperaba que Cayetana pudiera venir, sino que reconoció en presencia de la marquesa lo sombrío y lo oculto en la vida y el ser de Cayetana, lo que había evitado advertir o examinar hasta ese momento. En su furor, la había llamado estéril. ¿Lo era ella? Si tuviera un hijo de algún amante, ¿aceptarían al bastardo el duque, la marquesa y la de Alba? Tal vez, para evitarse esos problemas, se valió de la ayuda del doctor Peral o de Eufemia o de ambos… Quizás esto explicaría su intimidad con el médico. Mientras pintaba el retrato de la marquesa, Goya comprendió que la vida en casa de los Albas no era tan simple como él creyera.

Pero el retrato de doña María Antonia no lograba realidad. Casi nunca había tomado anteriormente tantos apuntes para un retrato; casi nunca, antes, había estado tan poco al tanto de lo que realmente quería hacer. Además, su oído no se recobraba del todo. Sólo podía leer en los labios de alguien las palabras, si se sentía seguro; muy poco entendía de lo que le decía la marquesa. También había perdido la esperanza de encontrar allí a Cayetana.

Martín había vuelto a Zaragoza. Pero cada vez más a menudo aparecía don Miguel, que quizás conocía sus preocupaciones y su confusión, aun sin que Francisco hablara mucho. Le hizo una propuesta, que disfrazó como pedido de un favor; en realidad, quería ayudar a Francisco.

Las relaciones de don Manuel con el embajador de la República francesa seguían muy frías. La sabiduría política reclamaba que se complaciera al ciudadano Guillemardet, pero el Príncipe de la Paz no podía dejar de mostrar abiertamente su antipatía al plebeyo que lo derrotara. Bermúdez, por su parte, hacía todo lo posible para convencer al importante personaje y aprovechaba toda ocasión de agradarle. Guillemardet se interesaba por cosas de arte; le agriaba que el mayor pintor español hubiese retratado a de Havré y había dejado entender a don Manuel que se alegraría si Goya pintaba también su retrato. Si Francisco aceptaba, prestaría un servicio a la causa liberal de España y tal vez esa labor le distraería. Pero sería necesario comenzar pronto; el francés era impaciente y se molestaba porque Manuel a menudo lo hacía esperar.

Francisco se felicitó de tener un pretexto para interrumpir el retrato de la marquesa. Ella rechazó con amabilidad la disculpa: podría reanudar la labor —le dijo—, cuando tuviera tiempo y quisiera. A pesar de tanta amabilidad, Goya abandonó el palacio de Villafranca con disgusto. Se avergonzaba ante ella y ante sí mismo de su fracaso. Casi nunca le había ocurrido eso y a menudo, después, le atormentó la idea del cuadro inacabado.

Se dedicó a la nueva obra con mayor afán. Guillemardet, lisonjeado porque Goya aceptara en seguida, fué muy amable. Quería ser retratado de uniforme, con todos los atributos de su cargo. «No me retrate a mí, venerado maestro», le pidió, «sino a la República». Y continuó solemne: «La República experimentó cambios con el correr de los años. Seguramente, ciudadano Goya, usted oyó hablar de la dinámica y la entelequia de Aristóteles, del núcleo, de la posibilidad, innata desde el principio en todas las cosas, que aspira a su plenitud. Así, cada vez más, la República fué madurando y con ella Ferdinad-Pierre Guillemardet llegó cada vez más a ser el ciudadano Guillemardet».

Francisco entendió poco de aquellas palabras pomposas. Pero pensó fugazmente en David y comprendió que el matador de reyes y destructor de iglesias Guillemardet debió luchar y sufrir cuando vió que la República se le escapaba al pueblo y se sometía a los burgueses ávidos de negocios. Notó cómo Guillemardet se esforzaba para ocultarse a sí mismo la transformación. Notó en la conducta del embajador el esfuerzo constante y tenso, el orgullo casi insensato en sus ojos, y pensó que el autoengaño en que el hombre se refugiaba lo empujaría a una ilusión cada vez más honda.

Le resultaba tarea grata pintar aquello y de esta manera, sin haberlo comprendido bien, lo pintó como él quería. Pintó la República victoriosa, lo que en ella había de grandioso y también de teatral, su magnífica presunción casi extravagante. La sordera de Francisco hizo más agudos sus ojos. Como debió privarse del sonido de la voz, se compensó con el color. Pintó los colores de la República como nunca lo fueron, una embriaguez de azul, blanco y rojo.

Y allí está Fernando Guillemardet, el mediquito de aldea, ahora embajador de la República una e indivisible, que condenó dos veces a muerte al rey Luis XVI y obligó a la monarquía española a una relación de vasallaje; allí está en uniforme azul oscuro, con porte solemne, casi de perfil, pero con la cabeza vuelta al espectador. Muy adelante brilla el puño de su espada y resplandece luminosa la cinta azul, blanca y roja de su tahalí. Tirado sobre la mesa está el magnífico tricornio con el penacho tricolor y la escarapela también tricolor. Una mano aprieta el respaldo de la silla, la otra se apoya vigorosa, coqueta y efectista en un costado. Mas toda la luz se refleja en la cara. Los rizos negros y cortos están peinados hacia la ancha frente, los labios parecen alados, la nariz salta hacia adelante. Una cara alargada, bien formada, astuta, impregnada de importancia. Los accesorios, la silla, la mesa, el tapete de la mesa, brillan pálidamente,

amarillentos, azulinos. Y todas las agudas disonancias de los colores juegan penetrándose en una vaguedad artísticamente estudiada.

Al comienzo, Goya, hostil por capricho, pintó la cara y la figura del embajador aún más altaneras y afectadas, revelando agudamente el delirio de grandeza del hombre y de su país. Pero los amigos Miguel y Agustín le hablaron prudentemente de la energía consciente del hombre y de las enormes conquistas de la República. Y Goya suavizó todo aquello que podía ridiculizar al embajador y además hizo resaltar lo que había de fuerte en él.

> *Ferdinand Guillemardet en carne y hueso se puso delante del ciudadano Ferdinand Guillemardet del cuadro. Se miraron ambos en los ojos. Y exaltado por la grandeza propia y la de su país, el embajador de Francia dijo: «Sí, ésa es la República». Francisco no oyó bien las palabras. Pero vió los ojos del hombre, vió sus labios moverse y dentro oyó la Marsellesa.*

21

LA EPIDEMIA que se llevó tantos niños madrileños había desaparecido casi, cuando se enfermó el hijo menor de doña María Luisa, el infante Francisco de Paula. María Luisa había tenido ocho hijos; de los seis que le quedaban, éste era su benjamín. Tenía el cabello casi rojo, era indiscutiblemente hijo de don Manuel. Y este niño preferido yacía desamparado en su camita, luchando por el aliento, luchando contra la muerte.

El viejo médico de cabecera, doctor Vicente Piquer ordenó agua helada y compresas frías. María Luisa se ensombreció y mandó en busca del médico más estimado y combatido de Madrid, el doctor Joaquín Peral. Éste escuchó atento y gentil al anciano colega y luego ordenó medidas tales que Piquer no pudo cerrar la boca, indignado más que sorprendido.

El niño se repuso, sanó. La reina preguntó al doctor Peral si no quería asistir en lo sucesivo a todos los infantes, a toda la familia. El ofrecimiento era tentador. Significaba que podría influir, cuando quisiera, en problemas políticos y personales; significaba que podría disponer de las maravillosas colecciones de arte del rey de España. Pero si aceptaba, le quedaría menos tiempo para su ciencia y sus cuadros y tendría que renunciar del todo a la intimidad lascivamente amarga de la de Alba. Pidió respetuosamente un plazo para reflexionar. El hombre siempre tan claro y tranquilo, estaba desconcertado. Si no aceptaba, no sólo perdía el ofrecimiento de la fortuna que no se repite, sino que se ganaba la enemistad de la soberana. Pero no quería perder a su duquesita.

Nadie, ni ella misma, conocía mejor a Cayetana que él. Con desvergonzado realismo le había brindado cien veces su cuerpo para que lo examinara, le había confiado las debilidades de ese cuerpo y pedido y aceptado ayuda. Pero el culto doctor sabía que las damas de la antigua Roma no procedían diversamente con los sabios esclavos griegos que compraban como consejeros médicos; se hacían cuidar por ellos los hermosos cuerpos, pero las hábiles manos no eran para ellas algo más que sus cepillos y sus esponjas. Y aunque la duquesita lo trataba como amigo, consejero y confidente, don Joaquín dudó a menudo de si para ella era algo más que uno de los históricos esclavos-médicos.

El doctor Peral se reputaba un librepensador de la más pura escuela. Sus maestros eran Lamettrie, Holbach, Helvecio; estaba convencido de que sentimientos e ideas eran un producto del cuerpo como la orina y el sudor. La anatomía del hombre era la misma siempre; las sensaciones del placer, también; entre las sensaciones del toro que cubre la vaca y las de Dante por Beatriz había sólo una diferencia de grado, y si se juzgaba el amor como algo básicamente distinto del deseo, se caía en una superstición idealista. Peral se definía como un hedonista materialista; declaraba que el único sentido de la vida es el goce y a veces se complacía en llamarse según Horacio «un cochinillo de la manada de Epicuro».

Solamente delante de Cayetana de Alba su filosofía fracasaba. Creía que si se lo proponía podría poseer a su duquesita; pero, cosa extraña y al fin contra su propia convicción, eso no era bastante para él. Quería más de ella. Veía cómo se elegía los amigos y que para ella había solamente una guía: su sentimiento, que tal vez podía durar una hora o aun menos, pero tenía que existir; ella nunca quería a determinado hombre, sino siempre y sólo a éste, que desgraciadamente nunca era por cierto «ese».

Estando así las cosas, era una locura rechazar el ofrecimiento de María Luisa. Ni el máximo servicio de amor inclinaría a su favor el caprichoso sentimiento de Cayetana y, renunciando, echaría a perder para siempre la mejor oportunidad. Sin embargo; él sabía que rechazaría esa oferta. Su vida perdería todo sentido si no pudiera seguir respirando la atmósfera de la de Alba, si no pudiera observar desde cerca y por mucho tiempo los inexplicables caprichos de su extraño organismo. Le contó a Cayetana el ofrecimiento, hablando con liviandad, con indiferencia. «Por cortesía inevitable», dijo, «pedí un plazo. Naturalmente, no aceptaré». Las últimas semanas habían pasado a disgusto de Cayetana. Extrañaba amargamente a Francisco; perder también a Peral resultaba insoportable. La enemiga, la italiana, había elegido bien el momento del ataque. Pero se dominó. En tono ligero, como él, dijo: «Usted sabe que me alegro de que se quede conmigo; pero quiero creer que no será por mí si no acepta» y, tranquila, lo miró a la cara con fría amabilidad, encendidos apenas los ojos de acero.

Peral supo claramente lo que pasaba en ella; ella pensaba que él pediría su amor como indemnización. Quizás era posible que ella accediera; pero él no se le metería en la sangre y la perdería para siempre jamás.

Y ella le dijo: «Seguramente, usted ha comprendido que soy ingrata». «Lo sé», contestó con calma Peral. «Si no acepto el ofrecimiento, lo hago por mí, no por usted». «Está

bien, don Joaquín», dijo ella aprobando. Y se estiró como un chiquillo y seria y suave besó la frente del hombre que se inclinaba.

22

CAYETANA vivía como siempre lo hiciera. En un torbellino. Tenía innumerables citas, se la veía en el teatro, en la plaza de toros; ofrecía y frecuentaba reuniones y hacía buena compañía a don José y a la marquesa. Pero en esa bien educada vida en común de los tres se ocultaba una leve irritación.

Cuando la marquesa comprometió a su hijo José con la última y única heredera del gran nombre de Alba —los dos eran todavía niños—, no había querido unir solamente los títulos y las riquezas de las dos casas, sino que se sintió atraída por la personalidad de Cayetana, fuerte, voluntariosa y graciosa, y esperó que la vida delicada del hijo se nutriría con la vida plena y rica de la muchacha. Sí, Cayetana fué «chatoyante» desde jovencita, un poco excéntrica también; el padre, fallecido pronto, la había hecho educar según las reglas de Rousseau, pero la marquesa contaba con que una Alba, educada, no importaba cómo, tendría un sentido seguro de la tradición y el decoro.

Doña Cayetana, a pesar de sus caprichos y sus agitaciones, había sido siempre una dama. A pesar de complicarse en amoríos, nunca colocó a don José y a la marquesa ante el grave problema de si debían reconocer a un bastardo como heredero del máximo nombre de España. Más aún, sin molestar a la marquesa con preguntas dolorosas y peticiones de consejo, había sabido hallar con mucho tacto los medios para evitar esa situación.

Y ahora, de pronto, Cayetana estaba fallando. Ella, que sin esfuerzo ni escándalo se había sabido escurrir en asuntos muy serios. Nadie encontraba mal que una gran dama tuviese un cortejante. Nadie reprochaba a la de Alba que hubiera elegido para eso al pintor de Corte Francisco de Goya. Pero ni la forma de exhibir su pasión en los últimos tiempos resultaba decorosa. Y excedía de todo límite el que justamente rompiera en forma brutal esta amistad en lugar de dejarla apagar tranquilamente, poco a poco. Todo Madrid veía que no se trataba ya de un capricho y se apiadaba sonriendo del duque. La marquesa estaba obligada a abrir los ojos contra su voluntad y a ver qué honda era esa pasión.

El duque sentía en forma parecida. Cayetana nunca le había fingido amor, pero le había demostrado camaradería, simpatía; por eso toleró sus caprichos. Y ahora, de repente, una de sus aventuras se había trasformado en violenta pasión, que hería su sentido de la medida, su distinción y dignidad. Esto lo trastornaba y lo irritaba a pesar de todo su dominio exterior.

Por este despecho, tomó una resolución sorprendente, cargada de consecuencias. Había amado siempre la música por sobre todas las cosas y sufrido por las ruidosas vulgaridades que el rey decía al respecto y por las tontas bromas que le jugaba. Ya no las soportó más. Un día, obligado a escuchar un cuarteto en el cual don Carlos rascaba el primer violín, declaró a la marquesa que la brutal insensibilidad del rey había sofocado en España a toda la música verdadera. No podía aguantar por más tiempo en la Corte y en Madrid. Emprendería un viaje a Italia y Alemania, para limpiarse los oídos.

Temía el duque que la madre le disuadiera. Y en realidad, preocupaba a María Antonia la idea de lo que le costaría físicamente a su hijo ese viaje. Esperaba, sin embargo, que el cambio y la música lo reanimarían; pero sobre todo, se decía para sí misma, con eso se solucionaría por sí solo el problema de Cayetana y entre italianos y alemanes la nuera olvidaría al pintor madrileño. Aprobó, pues, con entusiasmo el plan de don José.

Resolvieron ponerse en camino muy pronto. «Creo», dijo don José, «que viajaremos con la más reducida comitiva: usted, madre, Cayetana y yo; necesitaremos menos servidumbre también». «Y el doctor Peral», sugirió la marquesa. «Prefiero excluir al doctor», replicó don José. La marquesa se sorprendió. «Pienso», repitió amablemente el duque, pero extrañamente resuelto, «que prescindiremos del doctor. Conoce demasiado de música», explicó sonriendo, «deseo buscar por mí mismo lo que me agrada». También la marquesa sonrió. Había comprendido: lo que decía el hijo era una mitad de la razón. Ciertamente, para el viaje quería solamente su música como compañera; pero antes que nada deseaba tener a Cayetana sin el cómplice de tantos misterios. «Está bien», accedió la marquesa, «dejaremos aquí a don Joaquín».

Cuando don José le comunicó su proyecto, Cayetana se sorprendió dolorosamente. Preguntó prudentemente si la constitución delicada del esposo resistiría ese viaje tan largo y lleno de incomodidades, y si no sería más adecuado pasar el verano en Piedrahita o en una de sus posesiones en la costa del mar. Le contestó un José nuevo, animoso, consciente de su voluntad, que rechazó sus objeciones con amable resolución. En ella todo se rebelaba. No había vida para ella fuera de España; las dos veces que estuvo en Francia sintió profunda nostalgia e insistió para que se regresaran en seguida. Hasta los nombres de las

ciudades alemanas y de los músicos tudescos, nombrados por don José, le parecieron bárbaros. Además, Francisco entendería al revés ese viaje, supondría que ella abandonaba a Madrid únicamente para atormentarlo; no le daría ocasión siquiera para justificarse y lo perdería para siempre. Pero si no seguía al marido enfermizo, tendría contra ella a la Corte y a todo el país. No vió posibilidad alguna para negarse.

Se dirigió a la marquesa, que siempre demostró comprenderla; entendería que no podía alejarse de España. Le encareció el peligro de las fatigas para don José, la suplicó que le hiciera abandonar la idea del viaje. Pero esta vez la marquesa no comprendió. Más aún, Cayetana leyó en la cara de la anciana que estaba enterada y le era hostil; la sonrisa de su ancha boca de labios delgados no era amistosa.

La marquesa gozó maliciosamente de su triunfo. Había vivido, sabía de amor, advirtió por eso mismo el interés de la súplica. Pero José era su hijo, lo era todo, lo amaba y no viviría mucho; esta mujer debía tener tacto suficiente para aliviar sus últimos años. Debía por lo menos tratar de fingir ante don José que lo quería. «No comparto sus reparos, doña Cayetana», le dijo gentilmente. «Espero mucho bien para don José de este viaje».

A esa misma hora, el duque comunicaba al doctor Peral que estaba por ir al extranjero por algún tiempo. Peral quedó consternado. ¿Era Cayetana quien alejaba al duque? ¿Quería quedar sola? Preguntó con precaución si no temía el cansancio del viaje. Don José contestó indiferente que el trato de otra gente y la influencia de otra música le harían bien. Peral, siempre titubeando, porque no sabía si Cayetana acompañaría al esposo, preguntó si deseaba que partiese con él. El duque, siempre con extraña y juguetona indiferencia, se lo agradeció, pero confesó que no quería ser mimado, sino tratar de salir solo del paso.

El doctor fué a ver en seguida a la duquesa. Ésta ignoraba que no deseaban su compañía durante el viaje y ocultó con esfuerzo su penosa sorpresa. Ambos se quedaron perplejos. Peral inquirió si estaba realmente resuelta a acompañar al duque. Ella no contestó, hizo un leve gesto resignado, casi desconsolado; por primera vez él leyó en sus ojos una tristeza, un pedido de auxilio. Nunca, ni cuando más necesitó de la ayuda del médico, esta mujer, la más independiente y orgullosa de las Grandes de España, le dejó notar una reacción parecida. Y fué para él una ligera y sombría satisfacción que Cayetana de Alba le confiara solamente a él su apremio.

La invocación de auxilio duró apenas dos brevísimos instantes, pero en ellos le pareció a Peral que entre ambos existía un entendimiento más profundo que antes.

Los preparativos se realizaron de prisa. Pero cuando personajes del rango de los Alba y los Villafranca emprendían viaje, aun en pequeña comitiva, esos preparativos eran inacabables.

> *Hubo correr y sudar de intendentes y correos, mensajeros, domésticos, sastres, doncellas. Los embajadores de Baviera, Austria, Parma, Módena, Toscana, tuvieron que trabajar, escribir, enviar mensajes. Luego, con inusitada prisa, el duque urgió a todo el mundo; quería iniciar este viaje pronto, lo más pronto que fuera posible.*

23

EL VIAJE no fué emprendido. Durante los preparativos, el duque se quejó de una extraña debilidad. La partida fué pospuesta; luego se abandonó todo el proyecto. Don José había sido siempre enfermizo. Pero ahora el cansancio o la debilidad le impedían casi moverse. De nada sirvieron bebidas reconstituyentes. Los médicos no supieron explicar ese constante y profundo agotamiento. Don José se quedaba casi todo el tiempo hundido en un sillón, envuelto en amplia bata, enflaquecido, dolorosamente flojo. Si abría los ojos, éstos se volvían constantemente más grandes en un rostro cada día más consumido. Sus rasgos se endurecieron, se tornaron serios y sufrientes. Era fácil ver que su fuerza vital se estaba disolviendo.

Para doña Cayetana demostraba el duque una tranquila repulsa, cortés y altiva. La misma reservada y amable frialdad le mostraba la marquesa. Ésta, siempre vivaz antes, se fué pareciendo al hijo, porque sufría. Nunca dejó entender que atribuía la culpa del mal de su hijo a los recientes acontecimientos; pero Cayetana comprendió que no tendría más en María Antonia una amiga.

Cuando fué evidente que el fin se acercaba, don José quiso ser llevado al palacio de los Villafranca. Hasta ese momento no quiso guardar cama, pero ya no se opuso más. Asistido por la madre y el hermano Luis y la cuñada María Tomasa, yacía cansado de su elevación y dignidad, muriéndose; y Cayetana se sintió como una extraña en la casa.

En las antesalas de los palacios de Liria y de Villafranca se colocaron registros, y los visitantes firmaban al preguntar por el estado del ilustre enfermo. El pueblo colmaba las calles adyacentes, susurrando. Don José era uno de los tres primeros Grandes, el marido de la de Alba, y la ciudad se ocupaba de él. Se decía que aun delicado, aun consciente de no llegar a viejo, sorprendía que tuviera este fin rápido. Se decía que manos interesadas provocaron su agotamiento, que se le había dado un veneno muy lento. Rumores de esta índole corrieron por Madrid y muchos los creyeron verdad. El más famoso de los Albas y su rey, el piadoso y sombrío Felipe II, consideraron asunto de Estado grato a Dios la eliminación silenciosa y eficaz de ciertos adversarios, y desde entonces más de un gran señor de España había desaparecido en forma dudosa. Se decía pues que también don José había comenzado a ser incómodo para la de Alba. ¿No eran materia de chismes en el reino sus amoríos?

El fin llegó en una clara tarde. El sacerdote rezó en latín; ofreció al moribundo el crucifijo. Don José no era nada religioso; parecía pensar en otra cosa; quizás en la música. Pero con un esfuerzo visible lo besó como convenía. Luego el clérigo le administró los Santos Oleos. Inmediatamente, comenzaron los solemnes preparativos del duelo. Lo ataviaron; monjes franciscanos lo vistieron con el hábito de la orden. El cuarto fué cubierto de damasco negro; se colocaron tres altares con antiquísimos y preciosos crucifijos del tesoro de ambas familias; largos cirios en candelabros de oro ardieron a los costados del lecho y sobre los altares. Así amortajaron severa y solemnemente a don José Álvarez de Toledo, décimotercer duque de Berwick y Alba, onceno marqués de Villafranca.

Se presentó el Patriarca de las Indias; el rey envió a los miembros de su orquesta de Corte para la misa fúnebre. La familia asistió al oficio, con representantes del rey y la reina, los Grandes de primera, los amigos íntimos. Cantantes y músicos se esmeraron; el muerto había sido un hermano en arte. Todos los personajes ostentaban caras dignas, duras, de ceremonial. Transida estaba allí, arrodillada, María Antonia. Dos mujeres lloraban más fuertemente de lo debido. Una era María Tomasa, muy amiga del cuñado: cuando se aproximaba a él, sentía el alma del duque irrumpir a través de la dignidad y la reserva. La otra era la pequeña y pobre Genoveva de Havré, que pocas semanas más tarde abandonaría el país, donde había vivido horas terribles adaptándose a la voluntad de su padre y sacrificándose por los lirios de Francia a los deseos del bestial don Manuel. Había tenido muy pocos días de dicha en ese país, y entre éstos contaban aquellos en que pudo tratar con el hombre gentil y delicado que estaba allí en el ataúd.

Más tarde se permitió el acceso a la multitud, para que desfilara ante el cadáver, y durante toda la noche se rezaron misas en los tres altares. Finalmente, el muerto fué acomodado definitivamente en un ataúd revestido de seda negra con clavos y ornamentos de oro, colocado de nuevo en otro de bronce artísticamente decorado. Así fué llevado el muerto a Toledo, para ser sepultado en la tumba familiar de los duques de Alba.

En la antiquísima catedral, lo aguardaban casi todos los primeros Grandes, muchos de las otras clases, los representantes de los soberanos, el arzobispo cardenal de Toledo y el Capítulo de la catedral.

En medio del coro había sido erigido un enorme catafalco, con doce gigantescos candelabros de plata a

ambos costados. Se colocó allí el ataúd y se rezó el oficio de difuntos con la pompa reservada a tal personaje. Mientras tañían las campanas, se desarrolló todo el esplendor litúrgico del templo, viejo de más de once siglos. Luego, en la cripta de la catedral, fué colocado don José de Alba y Villafranca, al lado de los anteriores duques de Alba.

> *Sus títulos correspondían ahora solamente a Cayetana. En cambio, el antiquísimo escudo de armas de los Villafranca fué trasladado solemnemente a la casa del hermano y éste, don Luis María, se llamó en lo sucesivo marqués de Villafranca, décimosegundo de su nombre, a la espera de que a la muerte de su cuñada Cayetana podría llamarse también duque de Alba.*

24

EN EL PALACIO DE VILLAFRANCA recibieron los miembros más allegados de la familia las visitas de pésame de amigos y conocidos. Acudió también Goya. Hubiera sido grave ofensa proceder de otra manera. Había oído hablar de un inminente viaje de los Albas al extranjero. Estaba convencido de que ese viaje se debía a Cayetana, deseosa de mostrarle que él nada le importaba. Supo luego de la mortal enfermedad del duque y de los rumores de lo que parecía haber detrás de ello. Eso era naturalmente un chisme insensato que desechaba de plano. Pero no cabía remedio; los rumores continuados provocaron en él angustia y repudio pero también un leve placer sombrío. Desde su estúpida querella con Cayetana, no la había vuelto a ver.

Llegó al palacio de los Villafranca atontado, como nunca en su vida. Los espejos y los cuadros del gran salón estaban cubiertos; sentados en bajas sillas, todos de negro, había cuatro miembros de la familia: la marquesa, doña Cayetana, Luis María, hermano del difunto, y su mujer. Goya tomó asiento en silencio, como quería la tradición, serio, apagado, aunque en él hubiera un torbellino de ideas inhibidoras y sentimientos hirientes. Sin duda Cayetana no tenía culpa de la muerte del duque; los chismes eran infundados. Mas no lo eran. Algo había siempre de verdad en lo que el pueblo decía, y Cayetana tenía que ver con esa enfermedad repentina, misteriosa, fatal. Si don José hubiese muerto por culpa de él, de Goya, sería horrible. Sería también subyugante. Pensó que a través de las generaciones se heredan la mano asesina y el cerebro despierto y en ese salón sombrío lo invadió el miedo y la atracción que emanaban del nombre de Alba.

Se puso de pie, frente a la anciana marquesa, hizo una reverencia, dijo con voz apagada las palabras de pésame, rancias y huecas. La marquesa escuchó con la cara concentrada. Mas detrás de la máscara de impasibilidad él vió algo duramente salvaje, que nunca hubo antes en esas pupilas. Y algo más, algo terrible advirtió de pronto. Las sillas de la familia no estaban muy alejadas entre sí, apenas un paso largo, pero esa distancia entre la silla de la marquesa y la de Cayetana era grande como el mundo. Tan desmesurada, aunque muda y disimulada, era la enemistad entre las dos mujeres.

Se acercó a Cayetana y le hizo una profunda y respetuosa reverencia. Ella volvió la cara hacia él que la veía desde arriba; y la cara estaba blanca entre los velos negros que cubrían la frente y, abajo, llegaban del cuello hasta la barbilla. Los labios de Goya pronunciaron las palabras habituales; dentro pensaba: «Bruja, asesina, ruin, distinguida, traes la desgracia a todos. Mataste a mi hijita. ¿Qué ganaste? Mataste a tu esposo. ¿Qué ganaste? ¡Ay de mí que caí a tus plantas! Pero ahora te conozco totalmente y te veo por última vez. Nunca más llegaré hasta ti. Lo juré y sabré cumplirlo». Y al pensarlo, sabía que estaba encadenado a ella por el resto de su vida. Y junto con su odio y su desesperación, sintió un placer salvaje, vulgar, triunfal, porque él la conocía también en forma distinta a la que ella ofrecía ahora. Evocó la imagen de su menudo cuerpo, evocó el temblor de un abrazo. Pensó que esta orgullosa, inalcanzable y distinguida mujer volvería a estremecerse en sus brazos, que volvería a morder la boca de esa cara altanera, y que en el abandono los ojos despectivos se apagarían y se cerrarían. No la acariciaría, no le diría palabras lisonjeras y admiradas; la consideraría apenas como la última ramera.

Esto pensó y sintió mientras decía sus medidas frases de pésame y consuelo. Pero sus ojos se hundieron dominadores en los de ella. Había acumulado, guardado y anotado en sus propios ojos tantas cosas del ser humano que a menudo el otro, vencido por esa mirada, se entregaba desnudo. Quería ver, quería averiguar lo que había en esa cabecita audaz, graciosa, orgullosa y violenta. Ella lo miraba vagamente, cortés y ajena, según debía parecer a los demás en el salón. En realidad, también detrás de su frente empolvada había pensamientos salvajes, que ella misma no concebía.

Hasta ese momento, cuando Eufemia le contaba los rumores de la calle acerca de la muerte del duque, Cayetana apenas si había escuchado. Sólo ahora, mirando la cara tranquila aparentemente y los ojos indagadores de Goya, comprendió que no sólo la plebe creía en los chismes. Despreció a Francisco, pero se alegró de que la supusiera asesina. Sintió su triunfo; aunque rechazado por el horror, él no podía liberarse de ella. Llena de tales sensaciones, le dió las gracias con huecas palabras.

Goya se alejó irritado a pesar suyo. La creía capaz de todo el mal del universo, se decía a sí mismo que era una locura, pero sabía que siempre lo creería y lo diría aun contra su voluntad.

Algunos días después, llegó a su estudio doña Eufemia y le anunció que esa noche la duquesa iría a verlo; debía cuidar de que nadie apareciera por ahí. La excitación casi le impedía contestar. Se prometió a sí mismo que no hablaría ni de lo ocurrido entre ellos ni de la muerte de don José.

Ella llegó cubierta de velos. No hablaron, ni se saludaron con palabras siquiera. Ella se quitó sus velos; la cálida palidez de su rostro, sin arreglos, resplandecía. Se confundieron en un abrazo. Tampoco después hablaron mucho. Él no recordaba más de lo que ella le dijo en la última entrevista, no recordaba tampoco lo que pensó en el salón de duelo del palacio de Villafranca. Pero sí sabía que todo ocurría en forma totalmente distinta de lo que imaginara, y en realidad eso era una derrota. Pero una alegre derrota; se sintió cansado y feliz.

Ella dijo —¿al cabo de minutos o de horas?—: «Sabía de antemano que tendríamos molestias. Después que vimos en el teatro "El burlador burlado", se me apareció Brígida, ¿recuerdas?, la difunta doncella, y me lo dijo. No especificó nada, fué poco clara. Ella puede ser clara si quiere, pero a veces no lo es, para burlarse de mí. Por eso, cuando llegó la hora, no me sorprendió». Hablaba objetivamente, con su dura vocecilla.

«¡Molestias!». La horrenda disputa entre ellos, las consecuencias de la muerte de don José, eran para ella «molestias…». Se deshacía de toda culpa, la cargaba al destino. «¡Molestias!». De pronto volvieron a su mente las malas ideas que fijó en el salón de los Villafrancas. Volvió a ver a la anciana marquesa tan hondamente alejada de Cayetana, para dejar a ésta sola con su ligero olor a sangre. Mientras lo pensaba, se repitió que era una locura pensarlo. Pero los chismes del pueblo, las charlas del mesón de doña Rosalía, eran más fuertes que su razón. «Piensa mal y acertarás».

Ella siguió diciendo: «Y las molestias no han terminado. Nos podremos ver pocas veces, tendré que estar doblemente precavida. La gente es inexplicable. O lo quieren a uno sin que se sepa por qué, o lo odian y lo maldicen, y tampoco se sabe el motivo».

«No tiene pudor», pensó él, «tiene que hablar aun contra su voluntad. Pero nada le creo de lo que dice. Si afirma que ha hecho algo, no le creo; si alega que no lo ha hecho, tampoco le creo. No hay verdad o mentira».

«Tú lo sabes ya, y a menudo me lo dijiste», continuó Cayetana. «Los malos demonios acechan en todas partes, y si a uno le va bien, caen sobre él. Si no fuera la duquesa de Alba, quizás me arrestaría el Santo Oficio y me procesaría por bruja. ¿No me has denunciado a la Inquisición, Francho?».

«Calla, no digas nada», se impuso Goya. «No me dejaré enredar en una discusión. Me lo juré. Lo más acertado», agregó sin embargo en voz alta, «sería que te deshicieras de tu Peral. Cuando el doctor no esté más a tu lado, los rumores terminarán».

Ella retrocedió, se irguió. Recostada a medias, apoyada sobre un codo, cubierta por el velo negro de su pelo, lo contempló. Estaban tan cerca y él no sabía lo que pasaba en ella. Claramente le exigía que se sintiera culpable, pero ella no tuvo un asomo de sensación de esa índole. Si realmente Peral hubiese hecho algo para impedir el viaje de don José, no lo hizo para ayudarla a ella, sino porque el duque le trataba de quitar por un largo tiempo la presencia de esa mujer. El mismo Peral cuando rechazó el cargo de médico de Corte, declaró expresamente que lo hacía por él, no por ella. ¡Cuánto mejor entendía a la de Alba ese médico y qué orgulloso se sentía! Ella no quería deber nada a nadie, no renunciaba a su total independencia; él lo sabía y ni con el aliento había aludido a que esos absurdos rumores crearían una relación más íntima. Pasaba incontaminado entre las atrevidas habladurías, a través de toda curiosidad inmunda.

Se sentía extrañada, estremecida por la ignorancia de Francho. Era un artista, como tal era de su clase, de la clase de los Grandes, y casi siempre él también se sentía así, más alto que el cielo sobre lo común. De pronto caía de su altura y era mezquino y plebeyo como un mulatero. ¿Qué le atribuía? Si Peral hubiese hecho algo, ¿debía ella abandonarlo en el peligro? Se sintió infinitamente lejos de Francisco. Pero en seguida se rió de sí misma. Él era un majo, esto le agradaba a ella; un majo debía ser celoso y el majo se vuelve grosero y vulgar cuando tiene celos.

«Es una lástima, Francho», dijo ella, «odias a don Joaquín. Él no te odia, creo, y es el hombre más inteligente que conozco. La Inquisición hace correr la voz de que desciende de judíos y que día y noche sólo maneja puñal y venenos. Es realmente muy culto. Y valiente. ¡Lástima que lo odies!».

Goya se irritó consigo mismo. Había procedido mal otra vez. Cayetana no se dejaba convencer por nadie; debía saberlo. Hacía ella lo que quería, hablaba y amaba a quien le gustaba. No podía haber cometido tontería mayor que tratar de indisponerla con Peral. Por lo menos dejó de discutir; se separaron en paz.

Las semanas siguientes se vieron a menudo. Y callaron acerca de sus dos graves argumentos. Lo inexpresado tornaba su amistad más negra, más salvaje, más peligrosa.

En esa época Goya trabajó mucho. Agustín le reprochó que trabajaba solamente con las manos, no con el alma, y se volvió de nuevo hosco y pendenciero; Francisco le contestaba con feos insultos. En su fuero

interno le daba la razón a Esteve. Muchas veces le atormentó la idea del retrato inacabado de la marquesa. Se resolvió a terminarlo.

Hizo preguntar a doña María Antonia si le podía conceder dos o tres sesiones más para esa labor. Ella le hizo escribir por medio del intendente del palacio que no tendría ya tiempo; con la carta le envió la suma pactada por el retrato. Esa carta fué como una bofetada en plena cara. Nunca hubiera podido ofenderlo tanto la marquesa, si no estuviese convencida de la culpa de Cayetana y de su complicidad. Cayetana también, tan dueña de sí, palideció cuando lo supo.

Unos días más tarde, se conocieron las mandas y los regalos que la duquesa de Alba distribuía entre instituciones y relaciones con motivo de la muerte del esposo. El doctor Joaquín Peral recibió «La Sagrada Familia» de Rafael, de la galería del palacio de Liria. Rafael Sanzio era —entre los maestros de todos los tiempos— el más apreciado en España y ese cuadro redondo era considerado la obra maestra más soberbia que hubiese en el país. Un duque de Alba, mientras era virrey en Nápoles, habíase llevado de Nocera el valioso cuadro, y sus herederos vieron desde entonces en el mismo su mejor tesoro artístico, y esta Virgen de Rafael fué la Santa protectora de las damas de la familia. Si doña Cayetana hacía ese regio regalo al sospechoso médico, y todavía como por disposición del difunto esposo, eso significaba que ella lo cubría con su persona. Ambos eran culpables.

«Calma», se impuso Goya cuando Miguel y Agustín le contaron ese acto de Cayetana. Sentía que la temida ola gigantesca, roja y negra, se acercaba para aturdirlo. Se endureció con toda su fuerza; la ola se quebró antes de alcanzarlo; pudo escuchar lo que decían. Lanzó una mirada a la Virgen de Atocha y se persignó. Regalando con tanta osadía la Santa protectora de la familia, Cayetana desafiaba al cielo. Desafiaba a la marquesa, a la reina, a la Inquisición, a la nación entera. De todo lo que hiciera, esto era lo más insensato, orgulloso, tonto y grande.

Lo invadió un miedo terrible por ella y por sí mismo. No era cobarde, lo llamaban valiente, pero sabía lo que es la angustia. Recordaba cuántas veces estuvo observando en un mesón al torero Pedro Romero, cuando éste no advertía que lo miraban, y cuántas veces notó toda la angustia que se concentraba en este valiente, en sus ojos, en su boca, en todos los miembros de su cuerpo. Y cuántas veces él mismo tuvo que vencer su propia angustia. El peligro le acecha a uno en cada rincón, en cada esquina. El gato, mientras come, mira en su rededor, por si viene algún enemigo; cabía aprender del gato. Estaba uno perdido si no se precavía. La angustia es necesaria si se quiere llegar, si se quiere permanecer en alto.

> *Cayetana, en cambio, había nacido en alto, en la altura donde uno es libre, loca y grandiosamente libre de la angustia que ata y atormenta a todos lo que no han nacido a la misma altura. Y Goya estaba lleno de envidiosa admiración porque ella era como era, tan insensata y tan intrépida. Y su propio corazón le pareció mezquino y estrecho ante el corazón salvaje y libre de esta mujer.*
>
> *Odiaba ahora más que antes al aborrecido médico y supo más claramente que nunca, que jamás se libraría de aquella mujer.*

25

HASTA ENTONCES el pueblo de Madrid había considerado a la duquesa de Alba como su criatura más querida y mimada, y dondequiera se mostrara, en la calle, en el teatro, en la plaza de toros, se la aclamaba porque siendo una gran dama procedía como una maja y se mezclaba con el pueblo. Mas ahora que había regalado la Virgen de Rafael, la valiosa y sagrada obra de arte, al hombre que había asesinado a su esposo, el estado de ánimo general sufrió un vuelco. Fué considerada igual a la extranjera, a la italiana, y se convirtió en la mujer distinguida que, fuerte en sus privilegios, se permitía cualquiera infamia. No cabía duda ya que el doctor Peral había matado al pobre don José, joven aún, con sus negras artes. Se aguardaba que el Santo Oficio echara luz y fuego en este asunto.

«¡Quién hubiera pensado eso de doña Cayetana, *chérie*!», exclamó don Manuel, mientras jugaba a las cartas con Pepa. «La manera con que se expuso por nuestro amigo Francisco, es cosa distinta. *pas une bagatelle, ca*
Ce n'est
». La misma Pepa sentía cierta admiración por la de Alba. Le impresionaba la forma como la mujer exhibía su amor abierta y audazmente. Miró sus cartas, pensó un momento, jugó. «Pero el proceder de la dama», dijo, «tiene grandeza solamente si carga también con dignidad con las consecuencias; porque yo creo que usted ordenará alguna medida contra la duquesa y el médico».

Don Manuel no tenía la menor intención de proceder contra la de Alba. Hubiera sido poco prudente, porque de seguro todos los Grandes defenderían a la duquesa. Era asunto de la reina tomar medidas o no contra su rival. Él no quería mezclarse en eso. Jugó, dejando que Pepa le ganara y no contestó. Pero no podía olvidar a la de Alba. El regalo audaz de Rafael era otra prueba más de la inefable altanería de los Albas. Ahora menos que nunca podían actuar en esa forma. El destino los había golpeado duramente. El hombre que no le contestó el tuteo estaba bajo tierra y la situación de doña Cayetana no era agradable. No se respiraba fácilmente en una atmósfera de sangre. Le seducía comprobar si ella seguía siendo tan dura, aguda y arrogante. El mecenazgo, el interés sobre todo por las artes plásticas, era deber y privilegio de los Grandes y el intercambio de obras maestras, ocupación grata a los grandes señores, a las grandes damas. Especialmente en períodos de luto se cuidaban los tesoros artísticos, para vencer el aburrimiento de la etiqueta.

Manuel se presentó en casa de doña Cayetana. Lamentó su pérdida. Expuso el motivo de su visita. Sus colecciones contaban con escasos maestros italianos; su consejero don Miguel y don Diego, éste desgraciadamente ausente ahora, coincidían en ese juicio. Pero poseía abundancia de españoles de primera fila. Tal vez ella podía cederle algún italiano por un Greco o un Velázquez. Estaba sentado con las piernas cruzadas y sus ojillos, en la cara un poco grave pero hermosa, la examinaban con atrevido goce, acostumbrado a vencer. «Cambiar» cuadros le desagradaba, contestó Cayetana, aunque en este caso saldría ganando. Tenía también amigos que entendían mucho de arte, su médico, el doctor Peral, por ejemplo, y el pintor de Corte Francisco de Goya. Pero no era en realidad una coleccionista; le gustaban sus cuadros y no comprendía que debiera escuchar «consejos», no importa de quién viniesen. «Pero tendré el placer», concluyó amablemente, «de enviarle algún italiano de mis galerías, y si algún día necesito de usted un favor, le daré la revancha».

Se sintió humillado. Le hacía entender que por venir de abajo no procedía como los Grandes protegiendo las artes. Se mostraba orgullosa, a pesar de encontrarse en situación de ganar su protección de primer ministro. Quizás debería sugerir a la Inquisición que un procedimiento contra el doctor Peral no hallaría obstáculos de parte del Gobierno.

Antes de que se resolviese, tuvo una satisfacción. La reina, después de la lamentada muerte del duque, había pensado ya que debería castigar a la de Alba y con ella al médico que rechazara tan neciamente su generosa oferta. La detuvieron algunas razones políticas. La guerra con Inglaterra fracasaba; era necesario exigir a los Grandes, ya quejosos, nuevas contribuciones; en ese momento, la nobleza hubiera considerado como un desafío hacer pública su desaprobación a una dama de tal rango. Mas ahora que el regalo de Rafael había indignado también a los Grandes, ella podía poner coto a la atrevida dama, sin temer oposición. Doña María Luisa indicó a la viuda del duque de Alba que se presentara en Aranjuez, donde se hallaba la Corte.

La recibió en su cuarto de trabajo, alegre y claro. Cubría las paredes un damasco blanco, como el de las

aplicaciones de las sillas. El escritorio era un regalo del guillotinado Luis XVI, diseñado por el famoso Pluvinet y ejecutado en caoba, tallado con gusto por Dupin, con cerradura artística fabricada por el mismo rey. Sentada ante este escritorio, suntuosa en su vestido de verano, la recibió la reina; Cayetana estaba enfrente, vestida de negro; ambas tomaron limonada con hielo.

«Querida amiga, le tuve que recomendar una vez», dijo la reina, «que evitara los chismes y rumores. Por desgracia usted desechó mi maternal consejo y no pensó en la desagradable maledicencia que causaría la irreflexiva generosidad para su médico». Cayetana la miraba a la cara, ingenuamente sorprendida. «Lo más simple», continuó María Luisa, «sería naturalmente ordenar una investigación completa acerca del caso del doctor Peral. Si pedí al rey que no la ordenara, fué solamente por usted, doña Cayetana. Es decir, y quiero ser franca, nada me importa usted, sino aquellos que llevarán después de usted el nombre de los Alba». «No entiendo una sola palabra, Majestad», contestó Cayetana, «sólo advierto que he provocado el disgusto de Su Majestad». Como si la de Alba nada hubiese dicho, la reina prosiguió: «Mi querida, evidentemente usted no quiere o no puede proteger ese noble apellido como sería su deber. Por eso debo ayudarla». «No pido esa ayuda, Majestad», replicó la de Alba, «no la deseo». «Usted tiene siempre lista una respuesta, doña Cayetana», repuso la reina, «pero me toca también decir siempre la última palabra». Había puesto a un lado la limonada y jugaba con la pluma que podía convertir sus palabras en una orden a la cual no cabía réplica. «Ya lo desee o no», declaró, «la protegeré contra nuevos rumores. Le sugiero que por algún tiempo se aleje de Madrid», concluyó. «Por todo el período de luto».

¡Durante todo el luto! Desde que recibiera la orden de presentarse en Aranjuez, Cayetana supo que sería desterrada. Pero que el destierro tendría que durar tres años —tal era el período de luto de la viuda de un Grande de primera clase—, nunca lo hubiera supuesto. ¡Tres años sin Madrid! ¡Tres años sin Francisco!

Doña María Luisa la estaba observando, mientras jugaba con la pluma cargada de destino, entreabiertos los labios que mostraban un centelleo de diamantes. Por un segundo Cayetana había enrojecido, pero se dominó en seguida; la reina pudo difícilmente notar su consternación.

«Querida, tiene tres semanas para realizar sus preparativos», dijo la reina, feliz por su triunfo; hasta su voz sonaba ahora más amable. La de Alba, indiferente en apariencia, se levantó, hizo una reverencia, doblando la rodilla, y espetó la fórmula: «Doy gracias a Su Majestad por la providencia». Como estaba prescrito, le besó la mano, una mano cuidada, carnosa, cargada de anillos, casi infantil.

Cayetana contó a Francisco lo ocurrido. «Usted ve, tenía razón yo», concluyó diciendo con alegría un poco forzada; «la italiana no es tan munífica como usted la pintó». Goya estaba consternado. ¡Cayetana desterrada! ¡Cayetana lejos de Madrid! Este hecho cambiaría toda su vida. Seguramente, ella esperaba que él la acompañara en el exilio. Era seductor estar con Cayetana, en alguna de sus posesiones, lejos del alboroto de la Corte, sin el movimiento de Madrid, sin tantos ojos en acecho alrededor. Pero él era pintor del rey, presidente de la Academia; podía ausentarse de la capital por brevísimo tiempo, si lograba hacerlo. Se sintió perplejo. Y en su inquietud, en su esperanza de dicha, en su cálculo, había un oculto orgullo porque finalmente había podido intervenir en el destino de esta distinguida y orgullosa dama.

Antes de que él se recobrara, Cayetana continuó: «Me parece que tiene también sus ventajas poder vivir con total independencia. Saber que los chismes madrileños cuando nos alcanzan, ya están olvidados». Finalmente, tuvo que hablar él también. «¿Adónde irá usted?», preguntó estúpidamente. «Ahora me quedo aquí», contestó Cayetana, y viendo la sorpresa de Goya, explicó: «La obligaré a usar la pluma. Tendrá que enviarme un escrito real. Sólo cuando reciba la carta-orden, me marcharé». Goya había llegado a una resolución. «¿Puedo acompañarla, Cayetana?», preguntó astutamente, orgulloso de su atrevimiento. Con su campesina picardía, acababa de pensar que su enfermedad del oído le ofrecía un buen pretexto para pedir licencia. «¡Es natural, nos iremos juntos!», exclamó Cayetana complacida. Y él triunfante: «Es grandioso. Doña María Luisa no se imaginó seguramente que nos hacía un favor». Pero María Luisa lo había pensado. El primer maestresala contestó al pedido de licencia de Goya que el señor Presidente de la Academia debía posponer la fecha. El rey tenía intención de hacerle un encargo importante. Se le invitaba a Aranjuez, donde Sus Majestades discutirían con él todo el asunto.

> *Cayetana palideció cuando lo supo. «¡Esa perra cobarde!», exclamó airada. Pero en seguida recobró la calma. «Por un mes o dos», dijo «te esperaré. Vendrás luego. Para nuestra felicidad nos sobra tiempo. ¡Ven pronto! ¡Trabaja bien! ¡Píntala lo más parecida que puedas! Sí, retrátala tal como es tu maja negra», concluyó diciendo con perversa sonrisa.*

26

APENAS LLEGÓ a Aranjuez, Goya fué llevado a presencia del rey Carlos, que se hallaba acompañado por sus hijos menores, Francisco de Paula y María Isabel, y se entretenía haciendo flotar un barco de juguete en el canal. Se veía que el monarca estaba divirtiéndose más que los niños. «Mire, don Francisco», dijo al pintor. «Es una exacta imitación de mi fragata "Santísima Trinidad" que ahora ha de estar cruzando los mares al sur de la China, cerca de mis Filipinas. Como van las cosas hoy, no está uno seguro de nada. Los ingleses han pactado con el demonio. Pero aquí, con nuestra fragata todo marcha bien. Hemos dado la vuelta a toda la isla, por el Tajo y el canal. Quédese y entreténgase con nosotros», aconsejó.

Cuando finalmente los chiquillos se marcharon, Carlos se paseó con el pintor por los jardines. El pesado señor caminaba lentamente y Francisco lo seguía a menos de un paso de distancia. Las avenidas eran interminables, las ramas de los árboles formaban un ancho techo de fronda en forma de bóveda, a través del cual pasaba un poco de sol. «Atienda, mi querido artista», fué explicando el rey, «vea lo que me propongo. Ocurre que en este hermoso mes de mayo todos mis seres queridos se reúnen aquí en Aranjuez. Y tengo una idea. Usted, don Francisco, tiene que pintarnos a todos juntos, en un solo grupo». Goya oía bien y Su Majestad hablaba con voz fuerte. Le pareció, sin embargo, que no podía ser. Lo que comprendía por las palabras del soberano era una fortuna increíble y fabulosa, y temía que si la hacía demasiado rápidamente, se le desvanecería en el aire. Pocas veces solía desear un rey ser retratado con toda su familia. Los personajes de sangre real tenían poca paciencia y cuando uno disponía de tiempo, otro estaba ocupado. Solamente pocos maestros muy estimados habían podido ejecutar esos grupos, nadie después de Miguel van Loo.

«Lo pensé a mi gusto», continuó don Carlos. «Usted hará algo bonito, íntimo, pero digno, como en ese cuadro de Felipe IV donde la pequeña recibe un vaso de agua y el chiquillo patea al perro. O como en aquélla de mi abuelo, Felipe V, donde todo el mundo está tan cómodo. Yo podría ocuparme de mis relojes, por ejemplo, o tocar el violín; la reina estaría leyendo, los chicos jugarían al escondite. Todos agradablemente entretenidos, pero con cierta grandeza. Usted me comprende, don Francisco».

Don Francisco comprendía. Pero eso no. Un cuadro de género, nunca. Pero prudentemente, no quiso echar a perder la maravillosa ocasión. Estaba agradecido al rey, declaró respetuosamente, por su confianza y por esa extraordinaria distinción. Sólo pedía un plazo de un par de días para someter a Su Majestad algún proyecto. «Concedido, don Francisco», contestó Carlos; «nunca tengo prisa y menos en Aranjuez. Apenas se le ocurra algo, nos lo comunica a doña María Luisa y a mí».

Ese día y el siguiente, Goya, tan sociable, evitó toda compañía. Concentrado en sí mismo, casi saturado de dicha, desoyendo a todo el mundo, vagó por el claro y alegre palacio de Aranjuez, por los maravillosos jardines, bajo las verdes bóvedas frondosas de la calle de la Alhambra y de los Embajadores, por puentes y puentecillos, delante de grutas y juegos de agua.

Algo «íntimo», no; Su Majestad tendrá que renunciar a eso. La «Familia de Felipe V» de van Loo con su agrupación artísticamente natural era apenas teatro absurdo, artificio incluso; no se rebajaría a eso. Y las «Damas» de Velázquez, las «Meninas»…, era cierto, la pintura española no había logrado nada superior y él admiraba el cuadro, pero no le gustaba por su helada alegría. Como siempre, no quería competir con nadie, ni con el gran Velázquez, ni con el pequeño van Loo. Quería competir solamente consigo mismo; su cuadro sería de Francisco de Goya y de nadie más. Al segundo día le pareció entrever vaga y lejanamente lo que haría. Pero no se atrevió a detallarlo, para que no se le desvaneciera todo. Se acostó viendo, pensando, soñando algo indefinido, flotante a lo lejos, y se durmió. Cuando se despertó por la mañana, sabía exactamente lo que haría.

Se hizo anunciar a Sus Majestades. Expuso su idea, hablando más a doña María Luisa que a Don Carlos. Explicó modestamente que los retratos de Su Majestad Católica le salían más felices cuando podía destacar lo representativo, lo extraordinariamente digno, que irradiaba del monarca. Tenía mucho miedo a determinada naturalidad artificial, que podría dar la impresión de que se trataba de personajes nobles o aun burgueses solamente. Deseaba, por lo tanto encarecer respetuosamente a Sus Majestades que le ordenaran conservar la majestad representativa en el cuadro familiar proyectado. Los miembros de la familia real debían ser en el cuadro los reyes y los infantes que la gracia de Dios quiso que fueran. Eso sí, en todo su esplendor.

Don Carlos se sintió desilusionado. Renunciaba de mala gana a la idea de verse retratado con sus relojes

en la mano y su violín en la mesa. No sería quizás muy regio en tal intimidad, pero se justificaría por tratarse de la vida privada en el círculo de la familia. Por otra parte, la propuesta de su pintor despertaba en él de nuevo y más fuerte aún una idea que más de una vez le preocupó en su fuero interno en los últimos días. Desde París se tenían noticias confidenciales acerca de una conjuración realista, y don Manuel sugirió que tal vez, si se apoyaba hábilmente ese movimiento, el pueblo francés podía ofrecer a don Carlos, como jefe de los Borbones, la corona de Francia. «Yo el Rey de las Españas y de Francia», pensó… Si allí en medio de los suyos, en soberbio uniforme, con brillantes collares y condecoraciones, con su macizo físico y su digna cabeza, se decía a sí mismo enérgicamente: «Yo el Rey», su pintor de cámara sería seguramente capaz de llevar al lienzo una fiel impresión de todo eso. «Su idea no me parece mala», dijo por fin. Y Goya lanzó un suspiro de alivio.

A la reina las palabras del pintor le parecieron obvias de inmediato. Ella tenía figura representativa y Goya así la había retratado a menudo. En grupo con los suyos, ese aspecto aumentaría mucho. Mas ¿no hacía la cosa demasiado fácil su pintor de cámara? «¿Cómo lo imagina usted, don Francisco?», preguntó, con gentileza sí, pero como dudando. «¿Todos en fila? ¿No sería monótono?». «Si Su Majestad me concede intentarlo», replicó Goya, «creo que le daré satisfacción».

Se convino que la familia se reuniría a la mañana siguiente en la Galería Verde, todos vestidos de gala; se establecería entonces definitivamente cómo Francisco pintaría «La familia de Carlos IV».

A la mañana siguiente, todos los Borbones españoles, viejos y jóvenes, se reunieron en la galería elegida; una dama de la corte, orgullosa y cuidadosa, traía a un niño de pecho, un príncipe que al parecer no podía faltar en el cuadro. La familia entera estaba iluminada por el sol que penetraba por los grandes ventanales. Los dos infantes menores, Isabel y Francisco de Paula, corrían por el salón. Todos vestían de gala, espectáculo insólito en la claridad de la mañana. A lo largo de las paredes se apiñaba el séquito; había alboroto y perplejidad al mismo tiempo. El ceremonial no preveía reuniones de esta clase.

Doña María Luisa tomó la iniciativa. «Aquí nos tiene, don Francisco», le dijo; «haga usted con nosotros algo hermoso».

Goya puso mano a la obra. Colocó a la reina en el centro, entre los dos infantes menores; a la izquierda de ella, muy en primer plano, la maciza figura del rey. El grupo se formó por sí solo. El otro resultaba más simple. Estaba en él la bonita pero poco llamativa infanta María Luisa, con su niño, que le entregara con profunda reverencia la dama de la corte; a su lado, a la derecha, su marido, el heredero de Parma, un señor alto que llenaba perfectamente su lugar. Unía este grupo con el primero el viejo infante don Antonio Pascual, hermano del rey, grotescamente parecido a éste; los otros tres Borbones llenaban el lado izquierdo del cuadro, el heredero don Fernando, un jovencito de dieciséis años, de cara bonita e inexpresiva, su hermano menor don Carlos y su tía, la hermana mayor del rey, la feísima doña María Josefa. La composición era infantilmente sencilla y Goya previó que la criticarían sin piedad, pero era exactamente la que le convenía.

De pronto el rey ordenó: «¡Alto, alto!». Y explicó a Goya: «Faltan dos infantas ausentes, mi hija mayor, princesa regente de Portugal, y la napolitana, la futura esposa del heredero». «¿Ordena Su Majestad», preguntó Goya, «que las pinte según otros retratos o de acuerdo con alguna descripción?». «Proceda usted como le parezca», contestó el rey, «lo que importa es que estén en el cuadro».

En ese momento se adelantó don Fernando, el príncipe de Asturias, el heredero. «No sé», declaró groseramente con voz ronca, «si es justo que yo esté en un rincón. En realidad, el príncipe de Asturias soy yo. ¿Por qué ponen en medio al pequeño —y señaló a Francisco de Paula— y a mí en un rincón?». Goya, pacientemente, pidiendo disculpas, dirigiéndose más al rey que al infante, contestó: «Pensé que artísticamente sería deseable que entre sus Majestades no haya ningún infante mayor, sino el pequeño para dejar más en relieve a Su Majestad el rey». «No veo por qué no se cuida más de mi dignidad», refunfuñó don Fernando. El rey declaró: «Porque eres demasiado alto», y María Luisa ordenó: «Usted se calla, don Fernando».

Goya retrocedió un poco y contempló a los personajes así dispuestos. «¿Puedo rogar a Sus Majestades y a Sus Altezas», dijo al cabo de unos segundos, «que pasen a otra sala? Necesito luz desde la izquierda», explicó, «mucha luz que caiga de arriba a la izquierda hacia abajo a la derecha». María Luisa entendió en seguida. «Vamos a la Sala de Ariadna», propuso, «allí, creo, hallará usted lo que necesita, don Francisco».

Con ruido de voces y pisadas, el brillante cortejo cruzó a través del palacio, yendo a la cabeza el macizo monarca y la atildada reina, luego las feas y viejas infantas y los jóvenes bonitos; cerraban la marcha los personajes del séquito. Y así llegaron, a través de cuartos y corredores, a la Sala de Ariadna. Allí la luz era excelente, tal como la quería Goya; en las paredes, en cambio, los gigantescos cuadros con escenas mitológicas desaparecían en la penumbra.

Se reunieron los reyes y los príncipes y, delante de ellos, Goya impregnaba sus ojos, absorbiéndolos casi, con infinita avidez. Miraba crítica, aguda y exactamente, permaneciendo inmóvil; había silencio en la sala y el séquito pensó que lo que ocurría, es decir que un súbdito observara al rey y a su familia de esa manera, era indigno, audaz, condenable; aquello no debía permitirse. Más aún, porque Goya, sin saber ni él mismo por qué, tenía puesta su ropa de trabajo.

Al cabo de su observación, Goya dijo: «Pido ahora dos cosas todavía. Si Su Alteza el pequeño infante llevara un traje de color rojo encendido, Sus Majestades y también Su Alteza resultarían favorecidos. Además, convendría para el equilibrio del cuadro que Su Alteza Real el Príncipe heredero vistiera no ya de rojo, sino de azul claro». «Este color es el mismo de mi uniforme de general», protestó don Fernando, «y es mi color preferido». «Llevarás el azul», impuso secamente la reina, mientras el rey agregó conciliador: «En cambio, si don Francisco no lo objeta, puedes ponerte más condecoraciones, hasta el Toisón de Oro». «Su Alteza», concluyó apaciguador Goya, «estará en plena luz. Las condecoraciones resplandecerán sobre él en forma magnífica».

Rápidamente, el pintor tomó sus apuntes. Dijo luego que pediría a cada uno aisladamente o en pequeños grupos un par de sesiones a lo sumo. A todos juntos los necesitaría una sola vez, para el último esbozo del color. «Concedido», dijo don Carlos.

Tampoco esa noche durmió Goya a su gusto. No, no pintaría una mala escena anecdótica como van Loo, y nadie podría decir que lo que estaba permitido a Velázquez, le estaría vedado a Goya. «Velázquez es grande y ha muerto», pensó casi triunfalmente, «y la época es distinta, y no soy poca cosa y además estoy vivo». Y en la oscuridad, con verdadero júbilo interior, vió claramente lo que quería pintar, los colores contrastantes que dominaría. Una completa unidad, brillante, armónica, y en el centelleo fantástico, duras, desnudas y claras, todas las facciones.

Todavía antes de que iniciara los esbozos individuales, fué llamado por el intendente real, el gentilhombre de cámara marqués de Ariza, que lo recibió en presencia del tesorero don Rodrigo Soler. «He de comunicar algo al señor pintor de Corte», le dijo el marqués; su voz era afable, pero no miraba a Goya. «Aun cuando Su Alteza doña María Antonia, princesa heredera de Nápoles, puede ser considerada como prometida de su Alteza Real el infante don Fernando, el convenio entre ambas partes no se ha completado; caben en lo posible cambios ulteriores. Por eso se recomendaría que el señor pintor de Corte diera a la princesa rasgos indeterminados, en alguna forma anónimos, de modo que en caso de un arreglo distinto la figura presentada pueda representar a otra ilustre dama. ¿Me comprende el señor pintor de Corte?». «Sí, Excelencia», repuso Goya. «Se me ha indicado además», continuó el marqués de Ariza, «que el número de los personajes del cuadro, contando al futuro heredero de Parma, al niño de pecho y a las infantas ausentes, sería de trece. Naturalmente, los príncipes y Sus Majestades son superiores a toda superstición, mas no aquellos que vean el cuadro. Por esta razón se ha propuesto que el señor pintor de Corte, como ha ocurrido en cuadros anteriores de esta índole, aparezca en la tela, naturalmente en forma discreta. ¿Me ha comprendido el señor pintor de Corte?». Goya contestó secamente: «Creo que sí, Excelencia. Se ha dispuesto que he de figurar en el cuadro, pintando en la sombra». «Se agradece», replicó el marqués, «el señor pintor de Corte ha comprendido».

Aquello alborotó la mente de Goya. Recordaba que Velázquez se había retratado en su cuadro de la «Familia real», grande, naturalmente sin arrogancia, pero no en la sombra, y después, el rey Felipe pintó con su propia mano la Cruz de Santiago en el pecho del artista. Francisco se retratará en la sombra, pero será bien visible, y también su rey lo premiará, con menos donaire tal vez, pero convirtiéndolo finalmente en primer pintor; después de ese gran encargo, erizado de dificultades, no cabían dudas.

«Queda por resolver todavía el asunto de los honorarios», dijo amablemente don Rodrigo Soler, el tesorero, mientras Francisco, vuelto en seguida calculador, resolvía prestar suma atención. Muchas veces, en casos semejantes, se ofrecían al pintor honorarios mezquinos, suponiendo que bastaba con el honor del encargo. «Inicialmente», explicó prudentemente Francisco, «pensé que la labor de preparación podía limitarse al rápido esbozo de cada personaje; resulta sin embargo que tendré que ejecutar también los retratos individuales en sus mínimos detalles. Serían unos cuatro grupos y diez retratos individuales».

El marqués de Ariza callaba, lleno de altiva reserva. «Se ha resuelto», dijo Soler, «no considerar como base para los honorarios el tiempo que se emplee. En cambio, el cuadro será remunerado de acuerdo con el número de las figuras incluidas en la tela. Le pagaremos dos mil reales por cada una de las cabezas de Sus Majestades y sus infantes, mil por cada cabeza de los demás miembros de la familia real». Goya pensó en si también las cabezas de las infantas ausentes, del niño y la suya propia entrarían en la cuenta, pero nada preguntó. Sonrió para sí. De cualquier manera, la recompensa no era mezquina. Solía aumentar los precios, si el cliente quería que se pintaran las manos. Esta vez nada se decía de una condición semejante: de

antemano había resuelto retratar muy pocas manos, a lo sumo cuatro o seis. No, no, la recompensa no era mezquina, aunque se le pagaran solamente diez cabezas. Y ese mismo día comenzó a trabajar en el estudio provisional que se le instaló en la Sala de Ariadna.

Allí pudo poner en su justa luz cada uno de los modelos de acuerdo con su lugar en el cuadro; ejecutó, pues, los esbozos con todo detalle. Pintó a don Luis, el heredero de Parma, digno, joven, huero y bonito, un poco tonto. A la infanta María Luisa con su niño de pecho, amable, graciosa, insignificante. Al retratar a la vieja infanta María Josefa, aunque estaba resuelto a dejar que su cara surgiera apenas entre las figuras enteras del heredero y su anónima prometida, empleó dos tardes: la repugnante fealdad de la anciana lo fascinaba.

El modelo más dispuesto fué el rey. Se mantenía muy erguido y sacaba pecho y vientre, sobre los cuales brillaban la cinta roja de la Orden portuguesa de Cristo, la blanca y azul de la Orden de Carlos V, el Toisón de Oro; más pálida resaltaba sobre la seda parduzca de la chaqueta la guarnición gris y centelleaba la empuñadura de la espada. Llevando todo este lujo, duro, perseverante, orgulloso e importante, resistía valiente la larga sesión a pesar de la gota. Si era un placer para el rey cada sesión, tampoco le desagradaban las pausas. Dejaba la espada, a veces también el gran manto con todas las condecoraciones; se hundía en una silla, comparaba amorosamente sus relojes y se entretenía hablando sobre caza, administración agraria, niños y asuntos del día. «Usted también estará en el cuadro, don Francisco», le dijo un día bondadosamente, y lo miró como pensándolo. «Tiene usted una imponente figura», y de pronto, animado, propuso: «¿Qué le parece si lucháramos un poco? Admito que soy más grande y de complexión más fuerte, pero tengo mis años y mi gota. Déjeme ver sus bíceps», ordenó y Goya tuvo que desnudar su brazo. «No están mal», certificó el rey. «Pero sienta los míos». Goya tanteó. «Excelentes, Majestad», reconoció el pintor. De repente, don Carlos cayó sobre él. Sorprendido, Goya se defendió violentamente. En broma o en serio, había luchado con muchos majos. Resollando, Carlos apeló a golpes prohibidos, Goya, indignado, olvidó que quería ser primer pintor y con una verdadera llave de majo golpeó al rey dolorosamente en el lado interior del muslo. «¡Ay!», gritó don Carlos. Dominándose, resollando también, don Francisco dijo: «Le pido humildemente perdón, Majestad». Pero tardó un rato más hasta que se dejó poner la rodilla sobre el pecho. «Es usted tremendo», observó don Carlos.

Por lo demás, el rey demostraba a su pintor afecto y favor. En Aranjuez se sentía magníficamente; le gustaba repetir a su modo una agudeza corriente: «Si Dios no fuera Dios, quisiera ser rey de España con un cocinero francés». Estaba pues de muy buen humor y quería contagiar ese buen humor también a Francisco, retrasando así el curso de la tarea. Lo llevaba a su Casa del Labrador, a medio construir, un magnífico palacete que hacía edificar en el parque y le aseguró que también allí tendría mucho trabajo. Muchas veces lo llevó consigo a cazar, un día lo acompañó al gran salón de música y tocó para él en el violín, figura imponente en esa graciosa instalación china. «¿No le parece que estoy progresando mucho?», le preguntó. «En mi orquesta hay ciertamente violinistas mejores, pero entre los Grandes soy seguramente el mejor, desde que nuestro buen duque de Alba se fué tan pronto».

Entre los modelos de Goya había uno solo que se mostraba recalcitrante: el príncipe heredero, don Fernando. Goya lo trataba con especial respeto y hacía lo posible para conquistarlo. Pero el jovencito, violento y engreído, permanecía reacio. Sabía que Goya era amigo del Príncipe de la Paz, a quien odiaba. Iniciado muy temprano en los goces sexuales por camareras, gobernantas y damas de la Corte, supo temprano también que don Manuel era el amante de su madre y lo miraba con curiosidad, envidia y celos; un día en que a los once años no supo manejar la pequeña espada de su uniforme de coronel, don Manuel le había censurado, despectivo, insolente. Y ahora tenía que estar allí como modelo para don Francisco, con ropas de un color que le desagradaba, mientras el pintor se atrevía a llevar su ropa de trabajo delante de él, el heredero del trono.

En cambio, doña María Luisa se adaptaba gustosa a todo. Ya sola, ya con los dos niños, se prestaba a lo que Goya quería, aun cuidando a los dos hijitos en sus sesiones individuales.

Finalmente, la obra estuvo tan adelantada que pudo solicitar una vez más una sesión de conjunto y en traje de gala en la Sala de Ariadna para el ajuste de las tintas.

En tanto Goya los observaba, se sentía feliz. La armonía de tonos en contraste como la soñara, resultó real, rica, original y notable. El detalle se subordinaba al todo y el todo estaba en cada detalle. Las tintas opuestas eran un brillo rojo y dorado a la derecha, azul y plateado a la izquierda; en cada luminosidad había su sombra, sólo con distinto matiz, y en cada sombra había luminosidad, y en esa luz, las caras estaban desnudas, duras, exactas; lo común en lo extraordinario. No lo pensaba, ni hubiera podido expresarlo; lo sentía. Miraba, fijo, agudo, sin pausa, sin respeto, y el séquito experimentó serio desagrado. Allí estaba ese súbdito insignificante con su casaca de labor delante de los reyes y los príncipes

suntuosamente ataviados, y él los contemplaba como un general que pasa revista. Eso resultaba una rebeldía, y antes de la revolución francesa no hubiera ocurrido. ¿Por qué lo aguantaban los Borbones?

Francisco comenzó a pintar, de prisa, largo rato. La vieja infanta María Josefa se quejaba que no podía estar más tiempo de pie y don Carlos le reprochó que el pequeño esfuerzo no era lo menos que se podía exigir a una infanta. Mas Goya nada oía, estaba entregado totalmente a su trabajo.

Finalmente hizo una pausa; todo el mundo respiró, dispuesto a retirarse. «Veinte minutos más, por favor», suplicó Goya y viendo los gestos desabridos, suplicó: «¡Apenas veinte minutos, por favor! Luego no los molestaré una sola vez más». Se conformaron. Goya pintaba. Había un profundo silencio, se oía zumbar una mosca contra un ventanal. Finalmente Goya dijo: «Gracias, Majestad; gracias, Altezas».

Apenas quedó solo, permaneció sentado largo rato, casi agotado, pero feliz. Lo que había soñado, era realidad ahora, ya no podía desvanecerse de su tela. Luego, cálido e intenso, lo invadió el deseo de Cayetana. Por la violencia con que esto ocurría, comprendió cuánto le había costado desechar durante todo ese tiempo la idea de ella. Hubiera sido más prudente o tal vez la única cosa prudente permanecer en Aranjuez y seguir trabajando. Pero se preguntó: «¿Estará todavía en Madrid? ¿Cuánto todavía?».

Y envió un mensaje a Madrid a la duquesa: volvería al día siguiente. Y reunió razones, cavilando cómo y por qué debía pasar un par de días en la capital y con urgencia, por el cuadro. Todo eso era insensato y él lo sabía; a pesar de todo, lo hizo.

Enrolló sus grandes bocetos en colores y los esbozos individuales, con mucho cuidado, y con ellos y mucho orgullo y muchas esperanzas partió locamente apresurado para Madrid.

27

LA PRIMERA NOCHE después de su regreso, Cayetana fué a su casa. Las noches de verano eran cortas y hubiera sido peligroso para la de Alba que la vieran en el camino. Sin embargo, se quedó hasta después de amanecer. Al día siguiente, llegó muy temprano por la tarde. Goya le habló de su labor, le mostró sus esquicios, trató de explicarle lo que pensaba hacer, lo nuevo, lo grande. Mas ella apenas escuchaba sus torpes palabras; miró los esbozos, miró la reunión de cabezas engreídas e infladas sobre los trajes suntuosos, contrajo los labios, se rió. Se rió fuerte, divertida. Goya se sintió ofendido. ¿Ése podía ser el efecto? Se arrepintió de haberle mostrado la obra. Pero su irritación duró poco. Se sentía feliz de verla y tocarla. Todo en ella le hacía feliz. «Ven, ventura, ven y dura», pensó, y tarareó el refrán.

Aquéllas eran las últimas horas que ella pasaría en Madrid; al día siguiente vencían las tres semanas acordadas por María Luisa. Mas ella no creía que la reina se atrevería a desterrarla con un edicto. Él tampoco podía creerlo. Por la tarde del día siguiente, Goya recibió una presurosa notita. «Ven en seguida». Supo así que estaba desterrada. Corrió a verla.

Todo era desorden en el palacio de Liria. La servidumbre corría de un lado a otro, volaban órdenes, se rectificaban; hasta la muy digna doña Eufemia no ocultaba su excitación. Cayetana había recibido la carta-orden, de puño y letra del rey. Lo hizo pasar al dormitorio. La encontró cuando estaba siendo ataviada para el viaje, en ropas interiores, sin zapatos. Mientras daba órdenes a las doncellas, le fué contando. Debía abandonar la ciudad ese mismo día y retirarse por tiempo indeterminado a sus posesiones de Andalucía. No podría abandonar el reino andaluz sin autorización. «Daré muchos rodeos», le dijo. «Trataré de pernoctar solamente en lugares que me pertenezcan». Se rió del desorden a su alrededor. El lanudo perrillo blanco ladraba.

El corazón de Goya le decía que debía acompañarla, estar a su lado, aunque la viera resuelta y valiente. Pero tenía que renunciar, y renunciar justamente a las semanas en que ella podía ser sola y totalmente suya. No renunciaría. Preferiría renunciar al cuadro que llevaba concluido en el alma, a la gloria, a la carrera. Deseaba estar con ella ahora, correr su suerte, desafiar al mundo entero, como ella lo hiciera con su regalo audaz, jactancioso, insensato y admirable al absurdo doctor. Y en seguida, con igual ardor, surgía en su mente el retrato de la familia real que tenía dentro, con todo su fluir de colores, brillante, radioso, con las cabezas que asoman, no compitiendo con el cuadro de Velázquez, pero también digno de verse. Preguntó con voz un poco ronca: «¿Puedo acompañarla, doña Cayetana?», y en seguida, sin calor agregó: «Por lo menos el primer día».

Ella lo había observado en esos instantes de reflexión con ojos expertos, y él tuvo la desagradable sensación de que ella sabía exactamente lo que pensaba. Y ante el pedido sin calor, ella se rió, sin rencor. Mas él se sintió mortificado. ¿Carecía de importancia el que el pintor del rey dejara plantada la obra que lo convertiría en primer pintor real y se declarara pronto a acompañar en el destierro a una dama caída en desgracia? «Aprecio, don Francisco», le contestó ella, «lo que me ofrece. Pero usted es un hombre reflexivo y quiero ser juiciosa yo también. Si me acompaña todo un día a caballo, tragando polvo, para no ser más primer pintor del rey, a los dos días lo lamentará y se arrepentirá toda la vida. ¿No es así? Y no quiero ni pensar en las palabrotas que me endilgará en su mente o aun en público, mientras viva. Muchas gracias, pues, don Francisco»; se irguió en la punta de los pies y lo besó.

Luego, con indiferencia, dijo: «Además, me acompañará don Joaquín; me marcho bien escoltada». Debió prever que el doctor Peral la acompañaría, era lógico. Pero el hecho lo hirió.

Los lacayos la invitaron al coche ya listo. «¡Sígame pronto, Francisco!», le dijo y en las huecas palabras resonaba el deseo. «Acabe su cuadro como el apremiado Lucas. ¡Venga rápidamente a Andalucía, como si detrás de usted galopara el Santo Oficio!».

28

HASTA ESE MOMENTO, Goya no había ofrecido a Esteve una sola ocasión para conversar a gusto. Mas apenas Cayetana se fué, le dijo: «Bien, mi agriado Agustín, te mostraré lo que hice» y desenrolló los esbozos, fijándolos con clavillos sobre tablas. Agustín se puso delante, retrocedió, se acercó, metió casi la cabezota alargada en éste o aquél, tragó saliva, contrajo la larga y delgada boca. «Te diré…» comenzó por decir Goya. «Nada digas ahora», indicó Esteve, «ya sé». «Tú nada sabes», gritó Goya, pero se calló y dejó que el otro mirara. «C… jo», exclamó por fin Esteve. Era esa una palabrota enormemente obscena de mulatero, que llenaba la boca; como la decía Agustín, era evidente que había comprendido el cuadro. Pero Goya no calló, tuvo que confesar lo que quería hacer. «No quiero construir», dijo. «No deseo una estirada anécdota como la de Velázquez. Pongo esas criaturas allí simplemente». Sintió que sus palabras y aun las palabras no alcanzaban a explicar, como deseaba, lo delicado, lo complicado, pero tenía que seguir hablando. «El detalle debe ser muy evidente, pero sin que se note. Solamente las caras han de aparecer duras, reales, vivas, exactas, tal como son. Detrás, la tiniebla. ¿Ves lo que quiero hacer? ¿Comprendes?».

«No soy ningún bobo», contestó Esteve y orgulloso agregó: «¡Hombre! Esto será grandioso. Y de nuevo. ¡Francho, qué gran pintor eres!». Y Goya feliz repuso: «¿Lo ves, por fin? Pasado mañana vamos a Aranjuez. Vendrás conmigo. Terminaremos pronto. Hace falta trasladar los retratos al cuadro. Lo que importa está todo aquí. Será algo bueno». «Sí», afirmó convencido Esteve. Esperaba ansioso que Francisco lo invitara y se alegró como un niño. Y en seguida se tornó hombre práctico. «Pasado mañana, pues», dijo, «pero hay mucho que hacer aún. Iré a ver a Dacher por el marco y la tela, a Ezquerra por los colores y el barniz». Pensó un momento, luego titubeando observó: «Seguramente no has visto a los amigos, Jovellanos, Bermúdez, Quintana. Volverás a Aranjuez por algunas semanas. ¿No deberías reunirte con ellos?». La cara de Goya se oscureció; Esteve temió que se irritase. Pero no; Goya apenas entendía cómo pudo pasarse sin él; cómo podría seguir trabajando en Aranjuez sin ese amigo comprensivo. Le daría ese gusto. Además, sería una ofensa irse sin ver a los amigos.

En casa de Jovellanos encontró a Miguel y a Quintana. «Hace mucho que no nos vemos, tuve mucho trabajo», se disculpó. «De todas las cosas buenas», repuso amargamente Miguel, «el trabajo es la única que no deja mal gusto en la boca». Después, era lógico, se habló de política. Para España las cosas marchaban mal, peor de lo que Goya —deliberadamente aislado en Aranjuez— imaginara. La armada, metida en la guerra por la aliada Francia, no se había recobrado de la grave derrota del Cabo de San Vicente. Los ingleses, tomada Trinidad, entorpecían los embarques de las Indias y aun bloqueaban las costas españolas. Los gastos bélicos causaban hambre y miseria. La República se indemnizaba así por el titubeo en concertar la alianza. El Directorio se jactaba de sus victorias en Italia y dejaba a España en la estacada en todas partes. Napoleón llegaba a quitar del trono a los parientes italianos de Carlos y apoderarse de sus dominios. Sí, la alianza había sido un acto de buena política. Pero en lugar de exigir a la República el cumplimiento de sus compromisos, España cedía dondequiera. La reina y don Manuel habían cubierto los cargos con sus favoritos o los habían vendido sin recato. En los puestos principales había pillastres sobornados por Francia. La reina tampoco era incorruptible. Si apelaba a reclamaciones enérgicas, París le enviaba regalos costosos y la queja se diluía.

Goya escuchó todo eso en silencio, casi rechazándolo. Pertenecía a la Corte, y en realidad, estos censores del trono, eran enemigos suyos. Lo raro era que la maldición del país fuera una bendición para él. Probablemente, el bondadoso y alegre don Carlos, más interesado en un barco de juguete que en la verdadera «Santísima Trinidad», era un mal rey y doña María Luisa una desgracia para el país, pero si no fueran así, no tendría él encargos. Y el que Napoleón le quitara al hermano de la reina el gran ducado de Parma, había sido ventajoso para él. Si los herederos de Parma no se hubiesen visto obligados a quedarse en Aranjuez, tal vez a don Carlos no se le hubiera ocurrido la gran idea del grupo familiar. Pero estas consideraciones no impidieron que Goya compartiera la indignación por lo mal administrada que estaba España. «Los reyes debían esforzarse diabólicamente para hundir así a esta tierra bendita». Y estas palabras de Jovellanos y el tono con que las dijera, quedaron grabados en la mente de Goya. Meneó la cabeza, debía pensar en otras cosas y preparó su regreso a Aranjuez.

En aquellos dos días, casi no había dedicado un minuto a Josefa; ahora le remordía la conciencia. Después de haber mostrado su obra a Cayetana y a Esteve, no debía ocultarla a su mujer. Con una sonrisilla maliciosa aunque un poco cohibida, la llevó a ver sus esbozos.

Trató de explicarle lo que se proponía, Josefa entendía lo bastante de pintura para comprender esquicios y explicaciones. Se imaginó el cuadro terminado y no supo si sería bueno o malo. Ciertamente, la tela irradiaría el maravilloso resplandor de que él hablaba, las caras resaltarían también. Pero los esbozos la alejaban, la idea del cuadro le causaba escalofríos. Temía que en eso hubiera un espíritu malo, un resabio de herejía, de peligro, de rebelión. Ciertamente, los reyes no eran hermosos, pero en los retratos de Mengs, de Maella, de su hermano y aun en los precedentes de su esposo, no eran tan horribles a pesar del parecido. ¿Les agradarán? Ese cuadro traería desgracia, seguramente.

> *«Bien, ¿qué te parece?», preguntó Goya. Ella contestó preguntando: «¿No son el rey y la reina y sobre todo la tía infanta?…»,buscó la palabra y él tuvo que ayudarle: «¿Demasiado parecidos?». Ella asintió. Miraba, atraída, rechazada a la vez, y dijo al fin: «A pesar de todo, seguramente será una obra maestra. Pero es tan sorprendente…».*

29

EN ARANJUEZ, en la Sala de Ariadna, Agustín vió con admirada conciencia cómo bajo las manos del hábil amigo se tornaba visible a todo el mundo lo que él había visto mentalmente. Además, Esteve comprobó con profunda alegría otra cosa: «La familia de don Carlos» se convertía en un cuadro político. Pero se cuidó de expresar su observación, porque Goya no pensaba pintar «política». Creía en el poder absoluto de los reyes, simpatizaba con el monarca bondadoso, lleno de dignidad, y con la reina que sabía cortar para sí con insaciable apetito una enorme tajada del pastel del mundo. Mas las desdichas de España, los barcos hundidos, el tesoro nacional saqueado, la debilidad y jactancia de la reina, la miseria del pueblo, todo esto rebullía en su cerebro, durante la labor, aun sin quererlo. Y justamente al no pintar odios, del brillo de uniformes, condecoraciones y joyas, de todo el centelleo de estos atributos de la realeza grata al Señor, la mísera humanidad del jefe saltaba a la vista de cualquiera con un realismo desnudo y brutal.

Nunca trabajaron los dos tan bien juntos. Si Esteve contraía apenas la cara fiel y regañona, Goya sabía que algo fallaba. «¿Qué te parece la boca de la reina?», preguntaba Goya, por ejemplo. Agustín se rascaba pensativo la cabeza y en seguida Goya cerraba apretados los labios de la soberana en el cuadro, en lugar de la boca sonriente del boceto. «En realidad, el infante Antonio se parece tremendamente al rey», juzgaba Agustín, y Goya subrayaba en el acto el aspecto pasmosamente majestuoso de don Carlos para tornar pedante la dignidad del hermano. Goya trabajaba perseverante. Como antes, cuando pintó los cuadros de la Inquisición, siguió su labor hasta tarde en la noche, a la luz de velas colocadas también en la visera metálica de su sombrero bajo. Pintaba a conciencia, pero despreciando todo lo accesorio. Debía dejar anónima la cara de la eventual esposa del heredero; él le hizo volver simplemente la cabeza. Había olvidado hasta el final a la hija mayor del rey, la Regente de Portugal. Agustín se la recordó. «Déjala, en dos minutos salgo del paso», contestó Goya y siguió pintando la gruesa cabezota del infante Antonio Pascual. Lo llamaron a comer y siguió trabajando. Cuando terminó la cabeza, lo llamaron de nuevo. «Vé tú», le dijo a Esteve, «iré en seguida, pintaré rápidamente la princesa Regente». Y la sopa estaba todavía caliente, cuando ya la cabeza insulsa de la infanta asomaba entre el infante don Antonio y el larguirucho príncipe Luis. Tampoco para pintarse a sí mismo tardó más de una hora. Complacido y malicioso, el Goya de carne y hueso hizo un guiño al Goya pintado, que estaba en la oscuridad, un poco diluido como habían pedido, pero fácil de reconocer y nada modesto.

Contra lo que esperara Esteve, Goya estuvo de buen humor constantemente. Él y la reina trataron siempre de facilitarle la labor. Le enviaron los trajes y las condecoraciones que necesitaba y, entre carcajadas, Goya colocó al amigo el Toisón de Oro y metió a un lacayo gordinflón en las ropas del rey, obligándolo a pararse como si fuera don Carlos, con perversa alegría de parte de Agustín. Y llegó el día en que Goya retocó las últimas luces, para preguntarse después a sí mismo y al amigo: «¿Está terminado?».

Agustín miró. Allí estaban los trece Borbones, la dura y cruda verdad de las pobres caras y la mágica y aturdidora plenitud de los colores de su atávica realeza. «Sí, está terminado», afirmó Agustín. «¿Se parece a la "Familia de Felipe" de van Loo?», preguntó Goya. «No», contestó Esteve y sonrió con toda la cara. «Tampoco a las "Damas de corte" de Vélazquez», añadió y su tosca risa se mezcló con la clara y satisfecha risa de Goya.

«Tal vez convendría mostrárselo a don Miguel», propuso Esteve; el señor Bermúdez estaba allí con don Manuel, y Agustín se gozó de la cara asombrada del buen conocedor. Don Miguel estableció en seguida su juicio. El cuadro le indisponía, le chocaba; con todo su arte era bárbaro. Pero titubeó antes de hablar. ¿No había estado seguro de sí cuando se trató de Lucía y sin embargo no había tenido razón Goya en su equívoco retrato? Tal vez, también con este cuadro tenía razón Francisco, no por un verdadero saber, sino por su instinto inexplicable y profundo.

«Es un cuadro extraordinario», dijo finalmente Miguel. «Muy distinto, muy original. Pero…». Se calló. Necesitaba un impulso. Era imposible que su teórica, elaborada trabajosamente durante décadas, pudiera estar tan equivocada. Y se debía a la estética de los grandes antiguos, heredada por él por encima del humanismo de parte de dos milenios, si criticaba semejante barbaridad. «Admiro tu manera de aplicar el color, Francho», dijo. «Choca con las reglas, pero confieso que esta masa de luces, este dominado tumulto de colores es arte elevadísimo. Mas ¿por qué cargas tu belleza con tantos detalles repulsivos? ¿Por qué obligas a quien mira a soportar tanta fealdad, tanta oposición? Soy el primero en apreciar nuevos efectos, aunque sean audaces, pero esto no lo entiendo. Y hay otras cosas más que no entiendo de tu cuadro.

¿Infracciones a la regla? Santo y bueno. Las acepto. Pero esto es mera infracción, atropello total. Me gusta el realismo sano, pero tus Borbones ya no son retratos, sino caricaturas. ¿Y por qué esa composición ultrasimple, primitiva? No conozco una obra, ni antigua ni contemporánea, a la que puedas referirte. No lo tomes a mal, Francho, te admiro y soy amigo tuyo, pero aquí disiento completamente». Y autoritariamente concluyó por decir: «Este cuadro es un fracaso».

Agustín lamentó que se hubiese mostrado la tela a este borrico culto, que ni en su dolor por Lucía supiera abrir los ojos. Con amargura adelantó la cabezota y se aprestó a contestar. Goya le hizo seña de que se callara. «Mi buen amigo, no lo tomo a mal», dijo indiferente el pintor a Miguel.

Pero Bermúdez siguió hablando. «¿Vieron los reyes el cuadro?», preguntó preocupado. «Esbocé cada personaje», contestó Goya, y ellos vieron cada esquicio. «Durante el trabajo no les dejé ver nada». «Perdona, Francho», dijo Miguel. «Sé que rara vez se soportan los consejos, pero yo debo ser franco contigo y no puedo callar mi aviso. No muestres el cuadro tal como está. Te lo suplico». Y sin temer la irritación que veía crecer en los ojos de Goya, continuó: «¿No puedes por lo menos hacer un poco más simpáticos a los soberanos? En realidad, eres el único de todos nosotros que los ve con más tolerancia». «No los veo ni con tolerancia ni con dureza; los veo cómo son. Ellos son así y así se quedan. Para siempre…».

El cuadro se secó, fué barnizado; el señor Julio Dacher, ebanista francés, colocó el marco. Se convino el día en que la familia real lo vería.

Por última vez estuvo Goya en la Sala de Ariadna, paseándose delante de su obra terminada, esperando. Se abrieron las puertas, la gran familia entró. Venían de un paseo por los jardines, vestidos con sencillez, con pocas cruces, y con ellos venía también el Príncipe de la Paz. Con el numeroso séquito estaba Miguel. Al entrar, don Carlos sacó dos relojes, los confrotó y dijo: «Diez horas, veintidós minutos. Catorce de junio. Don Francisco, usted ha entregado el cuadro en el plazo fijado».

Los Borbones de carne y hueso, no como en el cuadro, sino desordenados, contemplaron sus retratos, y detrás, tanto en la realidad como en la sombra del cuadro, al artista que los había agrupado y retratado. La tela era toda resplandor, regio realmente, y en él estaban ellos grandes y vivientes, más grandes y vivientes aún, inconfundibles para cualquiera que los hubiese visto aun fugazmente una sola vez. Callaban, un poco confundidos: el cuadro era tan grande… Y nunca habíanse visto en un cuadro así, cada uno en tan ilustre compañía. Don Carlos, macizo en el centro del cuadro y de la sala. Le gustó el conjunto, se gustó a sí mismo. Maravillosa su chaqueta… Se nota que es de seda, y qué exacto el pomo de la espada y qué reales las condecoraciones. Se ve imponente, firme, inconmovible; se percibe la fuerza de sus huesos, a pesar de los años y de la gota. «Como una roca», pensó luego. «Yo el Rey de las Españas y de Francia», pensó también. «Un gran cuadro». Y estuvo por decir a Francisco algo gentil en broma, pero aguardó antes una palabra de su esposa.

Fea, envejecida, sin adornos, María Luisa está allí entre su esposo, su amigo y sus hijos, y sus ojos agudos y rápidos examinan a la reina fea, pintada envejecida y acicalada en la tela. Muchas cosas de esa mujer pintada disgustarán a la gente; a ella no, y le dice que sí a la mujer del cuadro. Tiene cara fea, pero es única, obliga a mirarla, se adhiere a la memoria, Sí, ella es así, María Luisa de Borbón, princesa de Parma, reina de las Españas y de Indias, hija de un gran duque, esposa de un rey, madre de futuros reyes, decidida y capaz de tomar de la vida lo que puede, sin miedo ni arrepentimientos, hasta que la lleven al Escorial, al panteón de los reyes. Si tuviera que morir en ese instante, ella podría decir que hizo de su vida lo que quería. Alrededor están sus hijos. Y María Luisa mira complacida al pequeño y gracioso infante que tiene de la mano a la reina pintada, y a la pequeña y bonita infanta que le pone el brazo en el hombro. Tiene los hijos que desea, vivos, robustos, no sólo los del tonto gordinflón que necesitaba para conquistar para ella y para ellos el rango merecido, sino también los de aquel a quien ella deseó más que a nadie, y si el mundo no se derrumba éstos también subirán algún día a un trono europeo. Hijos hermosos, sanos y vivaces, que heredan del amigo la buena estampa y de ella la inteligencia. El cuadro es bueno y fiel, no dulzón, relamido; sí, en cambio, fuerte, duro y soberbio. Lástima, solamente, que su Manuel no esté también…

El silencio duró mucho. Goya comenzó a inquietarse. Miró rabiosamente a Miguel. ¿Provocarían una desgracia sus predicciones mezquinas y ceñudas? Josefa también tenía miedo. ¿Dirían realmente Sus Majestades que los había pintado antipáticos? Sin embargo, nunca tuvo una idea irrespetuosa; hasta sintió estimación por el rey y simpatía por esa mujer anhelosa de vivir, que es reina y maja al mismo tiempo. Él ha pintado la realidad. Siempre lo hizo así y su realidad gustó siempre a todos, a los majos, a los Grandes y aun a la Inquisición. Con eso contó llegar a ser primer pintor del rey y ¿fracasaría ahora? ¿Por qué no abren la boca de una vez, el tonto y la ramera?

Y entonces, María Luisa abre la boca. «Muy bien hecho, don Francisco», dijo la reina. «Es un cuadro fiel, sincero, adecuado para mostrar a la posteridad cómo somos los Borbones». Ruidosamente, intervino en

seguida don Carlos: «Un cuadro excelente. Un cuadro de familia, exactamente como lo deseábamos. ¿Su tamaño?». Goya informó: «Dos metros ochenta de alto por tres y treinta y seis de ancho». «Grande en todo sentido», declaró satisfecho el rey, y bromeando, como si Goya fuera uno de sus primeros doce Grandes, dijo: «Cubríos, Goya».

Todos felicitaron exageradamente a don Francisco. Don Miguel le apretó fuertemente la mano, con rara animación en la cara. Había estado esperando angustiosamente la palabra del rey. De corazón se alegraba del final de ese asunto y porque no debía sorprenderle que al bárbaro rey le gustara esa bárbara obra. El Príncipe de la Paz murmuró algo al oído del soberano, quien repuso en voz alta: «Podemos hacer en seguida una leve alusión a eso» y con ancha sonrisa, casi gritando, se volvió a Goya: «Dentro de un par de días, mi querido, tendrá usted una agradable sorpresa». Manuel confirmó: «Sí, Francho, ya está resuelto».

Desde la muerte de Bayeu, Goya había deseado el nombramiento de primer pintor. Dos minutos antes, dudaba de ello. Ya estaba resuelto. No deseaba ya nada más. Sentía el poder y la plenitud, su obra triunfaba, Agustín lo reconocía, los conocedores también. Y lo reconocerían los franceses y los alemanes y la posteridad. Idioma universal. El joven Quintana había dado con la palabra justa. Ese día llegaba el triunfo visible, mañana, la maravillosa amiga.

Regresó a Madrid. Preparó su viaje a Andalucía. Mientras trabajaba, apenas pensó en Cayetana; ahora ardía de deseo, se moría de impaciencia. No podía pintar; el olor de los colores, la simple vista de una tela, lo rechazaban. Pero no se atrevía a irse, sin tener antes en sus manos el nombramiento. No creería en nada hasta que lo tuviese por escrito y con los sellos respectivos. Había un abismo entre la palabra y su cumplimiento, y temía a los demonios siempre en acecho. Por eso, para no provocarlos, no dijo una palabra de la promesa real ni a Agustín, ni a Josefa, ni a nadie. Se consumía aguardando y no osaba irse.

El tesorero de la corona, don Rodrigo Soler, lo visitó. «Por lo que se refiere a los honorarios, don Francisco», le explicó, «creemos que se trata de seis cabezas a dos mil reales y cinco a mil. Usted verá que incluimos a Su Alteza, el niño. Usted reconocerá que no corresponde pagar las cabezas de las infantas ausentes, ni la suya, la décima cuarta». Goya juzgó que la recompensa no era generosa, pero tampoco mezquina.

Pasó otro día. Pasaron dos, tres. El nombramiento era válido sólo después de pasar por todas las oficinas respectivas; funcionarios perezosos o adversos podían demorar ese curso. Lógicamente, Goya debía esperar. Pero su impaciencia se tornó morbosa, su oído empeoró. Cada vez más impaciente, lo atormentaba la idea de irse a Andalucía en seguida, sin pensar en las consecuencias.

El cuarto día, después de la visita del tesorero, llegó don Manuel, acompañado por Pepa. Un lacayo de calzas rojas, con una gran carpeta, se mantenía discretamente apartado.

«Me hablaron de su cuadro, don Francisco», charloteó Pepa, «y con ayuda de don Manuel, un poco a escondidas de Sus Majestades, fuí a Aranjuez para verlo. Contrasta con mis ideas, pero me intereso mucho por su arte. Es un buen cuadro, verdaderamente un cuadro. No sólo el más grande, sino el mejor que usted ha hecho. A veces se le va un poco la mano. El príncipe heredero de Parma, por ejemplo, es sin duda demasiado alto. El conjunto sin embargo es excelente. Y tan pintoresco…».

Don Manuel dijo: «Vengo con carácter oficial. Debo hacerle una grata comunicación». Hizo una seña al lacayo que le entregó una pieza con grandes sellos. «Me interesé personalmente», declaró, «para que no demorara tres semanas más. Y hoy puedo entregarle a usted el documento. ¿Quiere que se lo lea?». Goya sabía de qué se trataba y Manuel tenía derecho al agradecimiento, pero el pintor no podía ocultar una leve irritación. «Hoy mi oído falla otra vez», contestó. «¿Puedo leerlo yo mismo?». «Como usted quiera», replicó agriamente el ministro.

Goya leyó: «El rey, nuestro señor, desea premiar sus grandes servicios y darle una prueba de su alto favor, que sirva de incitación para los demás profesores de la Academia y le pruebe a usted cuánto aprecia su Majestad la maestría en el nobilísimo arte de la pintura. Por esta razón, el rey, nuestro señor, se dignó nombrarle Primer Pintor de la corte, con honorarios anuales de cincuenta mil reales, a partir de hoy. Además, el tesoro nacional está facultado para pagarle quinientos ducados anuales para los gastos del coche. Más adelante, el Tesorero arreglará con usted un subsidio para una residencia adecuada. Quiera Dios conservarle a usted muchos años. El primer Ministro don Manuel, Príncipe de la Paz». Realmente conmovido, Goya dijo roncamente: «Muchas gracias, don Manuel». «Nada tienes que agradecer, querido», repuso don Manuel. Su leve mal humor se había disipado, viendo la profunda emoción del artista. Pepa en cambio contempló a Goya con sus bellos ojos impúdicos y dijo: «Quise ser la primera en felicitarte, Francho».

Ya solo Goya releyó una, dos veces, el documento. Le complacía el subsidio de residencia y la suma destinada a los gastos del coche, que siempre le causaban remordimientos; se le reconocía que el vehículo le

era indispensable. A veces, había considerado al rey bastante mezquino, porque se ahorraba los honorarios del Primer Pintor. Había sido injusto, porque don Carlos era generoso y sabía apreciar las artes. Nada le importaría que los amigos lo censurasen.

Cuando comunicó a Josefa el nombramiento, ésta suspiró aliviada. Su hermano repetía siempre que el pintor debe fundir la verdad con la belleza. Francho había desdeñado esta forma, y hasta hacía poco ella había temido que Sus Majestades no aprobasen la forma en que él había pintado sus sagradas personas. Por primera vez, ahora, estaba convencida de que su Francho no debía su encumbramiento a su hermano ni a su parentesco con el mismo, sino a que era un gran artista por derecho propio.

Al amigo Martín Zapater, Goya le escribió: «Hace mucho que no te escribo, recargado de trabajo como he estado. De buen trabajo. Hoy no me extenderé mucho; debo partir de prisa para el sur, para reunirme con cierta ilustre dama; ya sabes quién es. He sido nombrado Primer Pintor del rey y necesitaré tu consejo para invertir dinero. He encargado a mi Agustín que te envíe una copia del diploma. Muéstraselo a mi madre y a mis hermanos y a todos en Zaragoza, especialmente a fray Joaquín de Fuendetodos, que nunca supo si podía creer en mí o no. Estoy por marcharme en mi coche, que el rey me pagará en lo sucesivo —quinientos ducados por año—, gracias a la Virgen. Me siento agotado por la labor y por mi suerte. Compra un par de gruesos cirios para la Virgen del Pilar. Martín de mi corazón, Sus Majestades se deshacen por tu amigo *Francho*».

Fué a Aranjuez para dar gracias a Sus Majestades. Pidió un correo extraordinario para el sur. Inmediatamente después de la audiencia se cambió de ropa, envió el uniforme de gala a Madrid y partió para Andalucía.

Exigió prisa y más prisa, pero al segundo día, el experto cochero se dispuso a dar un rodeo, porque el camino principal estaba lleno de baches y de bandidos. Mas Goya no quiso saber nada. Entregó un reluciente ducado de oro al asombrado auriga. «No temas compadre», le dijo. «En tu coche viaja un hombre con buena estrella».

30

A MEDIO VESTIR, Goya se repantigaba en la cómoda silla y miraba a Cayetana, que tomaba su chocolate en la cama. Las cortinas de la alcoba con el amplio lecho estaban recogidas. A cada lado había una diosa antigua, tallada en noble madera, con sendos candelabros y, aunque debía de ser tarde, las velas estaban encendidas. Éstas daban escasa luz; una bienhechora penumbra invadía el cuarto. A lo largo de las paredes corría un fresco en el que apenas se reconocía un grotesco jardín. La misma alcoba mostraba altas ventanas pintadas con curiosas mirillas por donde entraba un sol ficticio; era agradable sin embargo poder imaginar en la frescura de la habitación el calor que hacía afuera.

Jugueteando golosa, Cayetana mojaba en el espeso chocolate bizcochos dulces. La dueña observaba preocupada por que los bizcochos goteasen sobre la rica colcha. Goya también contemplaba la escena, indolente y contento. Nadie decía una palabra. Cuando Cayetana terminó el desayuno, doña Eufemia se fué, llevándose la taza, y la duquesa se recostó perezosa.

Francisco se sentía infinitamente feliz. Cuando llegó, avanzada la tarde, ella salió corriendo a saludarlo, olvidando en su alegría su condición de dama, y lo abrazó en presencia del mayordomo. Luego, después que se hubo bañado y cambiado, Cayetana charló con él a través de la puerta abierta. Durante el viaje, Goya temió hallar en Sanlúcar muchos huéspedes; la había hecho esperar mucho y no podría criticarla por tener invitados. Mas nadie apareció, ni el doctor Peral siquiera. Cenaron solos por la noche alegremente; charlaron, bromearon como niños y como mayores, sin una palabra hiriente. Ni un mal pensamiento nubló la larga noche de dicha. Pasaron horas maravillosas.

Cayetana echó la colcha a sus pies y se sentó en la cama. «No es necesario que asista a mi audiencia mañanera, don Francisco», le dijo. «Descanse un poco más o recorra el palacio o vea el jardín. Media hora antes del almuerzo lo buscaré en el belvedere para que demos un breve paseo».

Temprano estuvo Goya en el belvedere, donde se podía admirar el panorama alrededor del palacio. Como la mayoría de los edificios de la región de Cádiz, la amplia construcción era de estilo árabe, con pocas ventanas en los muros blanquísimos; de la azotea brotaba hacia el cielo un delgado alminar. Los jardines descendían en forma de tenazas. Ancho y lento, corría hacia el mar el Guadalquivir. La ciudad de Sanlúcar y su vega parecían un oasis en el arenal; amarillenta, la llanura se extendía lejos a ambos lados de los viñedos y los olivares. En el arenal crecían con esfuerzo ralos bosques de pinos y alcornoques. Un oleaje de dunas. Un blanco centelleo de salinas.

Goya contempló el paisaje sin interés. Que formaran el fondo los montes de Piedrahita o las dunas de Sanlúcar, nada le importaba; sólo le importaba estar con ella, lejos de la Corte, lejos de Madrid. El doctor Peral se reunió con él. Conversaron casi cansadamente. Peral contó la historia del palacio; lo había edificado el conde-duque de Olivares, retratado tantas veces por Velázquez, el ministro todopoderoso de Felipe IV; Olivares pasó allí los últimos años amargos del exilio. Su nieto y sucesor don Gaspar de Haro amplió el edificio y por él se llamó el castillo «Casa de Haro». Luego, sin que Goya preguntara, Peral habló de los acontecimientos más recientes. Cayetana no pudo ofrecer grandes veladas por su luto, pero de Cádiz, de Jerez, y aun de Sevilla, habían acudido visitantes. «Los perros corren por un buen hueso», pensó Goya. La duquesa había ido una vez a su palacio de Cádiz y asistido, velada, a una corrida; el torero Costillares estuvo dos días en el palacio como huésped. Goya no creyó nunca que la de Alba estaría atisbando todo el tiempo su llegada desde el alminar, como las damas de los romances de Pepa, pero aquello le dolió.

Apareció Cayetana, con la dueña, el paje Julio, la negrita María Luz, el perrillo Juanito y algunos gatos. Vestida con sumo cuidado, seguramente por amor a Goya, le agradó mucho. «Me parece bien», dijo ella, «que no imitemos a nuestros abuelos, cuando una viuda debía vestir de negro hasta la muerte o hasta un nuevo casamiento». Le sorprendía a Goya la franqueza con que hablaba de su viudez.

Peral pidió permiso para retirarse. Los demás recorrieron el jardín en pequeño cortejo; a ambos lados, con las colas erguidas, marcharon los gatos. «Usted tiende el índice quizás un poco más imperativamente hacia abajo, Cayetana», observó él, «no se nota en usted ningún otro cambio». «Y usted sólo adelanta un poquito más el labio inferior», contestó ella. En el jardín había muchos relojes de sol con el gnomon pintado. «Olivares», explicó Cayetana, «se tornó un poco raro aquí en su destierro. Seguramente, soñaba detener el tiempo hasta que volviese su buena estrella».

Tomaron un ligero almuerzo. Por las paredes del comedor corría una pintura al fresco: un pálido jardín con muchas columnas, muchas guirnaldas y motivos egipcios. Aquí también el gnomon de un reloj solar

marcaba siempre la misma hora. Después del almuerzo, Cayetana se retiró. Goya fué a su propio dormitorio; hacía calor; se desnudó para tenderse en la cama para una larga siesta. Sentía pereza, carecía de deseos. Cosa rara en su vida. Siempre acariciaba proyectos, siempre pensaba en el mañana, en nuevas empresas. Hoy no. Hoy no consideraba el sueño que lo invadía como tiempo perdido. Sintió con placer cómo todo se le diluía en niebla, cómo el cuerpo se aflojaba. Durmió profundamente y despertó feliz.

Como este primer día, pasó los siguientes, cansino y dichoso. Cayetana y él estaban casi siempre solos. Peral los molestaba muy poco. Ante la dueña, Cayetana no tenía ni secretos ni pudor. Una vez ambos estaban sentados, casi desnudos, en la habitación en penumbra; hacía calor y Cayetana se abanicaba. Entró Eufemia con una limonada en hielo. Vió el abanico, se estremeció, dejó caer el vaso, corrió hacia la duquesa y le arrancó el abanico. «¡Con éste no!», exclamó. «¡Y menos estando así!». En el abanico estaba pintada la Virgen del Pilar. Casos de esta índole pertenecían ya a los verdaderos acontecimientos de Sanlúcar. Ambos habían vivido mucho; apenas si en tantos años habían tenido un momento tan feliz y tranquilo. Y lo disfrutaron alegremente.

Trabajaba poco. No tocaba telas, pinceles, paleta. Desde su época de aprendiz, fueron las primeras semanas de holganza. En cambio, dibujó mucho, pero por gusto. Lo que en Cayetana le agradaba más durante el día. Una vez ella le preguntó si no quería retratarla, quizás como maja. «Deja que holguemos», suplicó Goya, «pintar es una forma de pensar. No pensemos en nada».

«¿Cuántos nombres tienes?», preguntó él otro día, ante un documento donde la enumeración de títulos abarcaba varias líneas. Los hidalgos podían tener hasta seis nombres, los Grandes hasta doce, los Grandes de primera clase no tenían limitación. Tener muchos nombres era útil; se gozaba de la protección de muchos Santos. Cayetana tenía treinta y uno; los citó: «María del Pilar, Teresa, Cayetana, Felicia, Luisa, Catalina, Antonia, Isabel» y todos los demás. Goya afirmó que a pesar de su buena memoria no podía recordar tantos nombres. Sabía que ella tenía otras tantas caras. «Dime otra vez todos esos nombres», le pidió; «uno tras otro dímelos; para cada uno te dibujaré un rostro». Ella los nombró y dibujó. Cayetana y la dueña estuvieron mirando. Dibujaba rápidamente, atrevido, alegre, agudo, y los rostros, aunque todos de Cayetana, eran realmente distintos; muchos muy amorosos, otros estremecedores y malos.

Cayetana se reía. «¿Cuál te gusta, Eufemia?», preguntó a la dueña. «Es una maravilla lo que dibuja el señor pintor», contestó Eufemia, «pero será bueno que no siga. No trae suerte poner todo en el papel». «Por favor, el nombre que sigue», pidió Goya. «Susana», contestó la de Alba, y Goya siguió dibujando. Entre tanto y sin mirar a la dueña, preguntó: «¿Me cree usted un brujo, doña Eufemia?». Eligiendo con cuidado las palabras, la anciana replicó: «Creo, Excelencia, que un arte que viene de Dios debería ser empleado sobre todo para representar a los Santos». Sin dejar su labor, Goya contestó: «Pinté muchos Santos. En muchas iglesias puede ver, doña Eufemia, cuadros míos. Solamente a San Francisco de Borja lo pinté nueve veces, para los Osuna». «Sí, es verdad», intervino diciendo Cayetana, «y los Osuna están muy orgullosos de los Santos de su familia. Los Albas no tenemos ni uno solo».

Goya terminó los dibujos y les puso bien claro nombre y número: «24 — Susana». En el papel, Cayetana sonreía amable, irónica, impenetrable. Eufemia, sumamente contrariada, se dirigió a su señora. «Mi cordera, sería conveniente», dijo implorante pero enérgicamente, «que algunas de estas hojas no existiesen. Pida usted al señor pintor que rompa esta Susana y otras más. Las figuras atraen a los demonios, créamelo. ¿Me permite?» y agarró la hoja. «¿Quieres dejar eso?», exclamó la de Alba, y, un poco en serio, un poco en broma, se lanzó sobre ella. La dueña levantó entonces la cruz de oro que le colgaba del cuello, para conjurar al espíritu malo que seguramente se había metido en el cuerpo de su cordera.

A menudo, de mañana o de tarde, mientras la de Alba dormía, Francisco se iba en mula a Sanlúcar. Allí, en la Venta de las Cuatro Naciones, bebía el Jerez que se cosechaba en la región, y conversaba con los clientes, que llevaban grandes y redondos sombreros blancos y, aun en verano, sus capas de color violeta. La antiquísima ciudad de Sanlúcar —se atribuía su nombre a Lucifer— era famosa y tenía mala reputación como sede capital de pillos que sabían salir del paso mintiendo y robando. Los pícaros de las viejas novelas estaban allí como en su casa y un majo que pudiese citar a Sanlúcar como lugar natal, se sentía orgulloso. El contrabando había enriquecido el lugar, y ahora, con una gran armada que bloqueaba a Cádiz, la vida y los negocios florecían. Había en la venta también mulateros con su pintoresco traje y sabían contar historias muy extraordinarias de la región. Con los mulateros y otros clientes, Goya conversaba indolente y recogía alusiones; comprendía el lenguaje y el modo de ser de todos y ellos entendían el suyo.

Alguna vez Goya llegaba a las aldeas vecinas, a Bonanza o a Chipiona. El camino pasaba por ralos bosques de encinas y por dunas amarillentas, entre el blanco reflejo de las salinas. Un día, en el arenal, volvió a ver al «Yantar». Se arrastraba lentamente, mitad tortuga, mitad ser humano, adormecía, en lugar de asustar, al que lo viera, de acuerdo con su otro nombre: «La siesta». El espectro reptaba lentamente por

su camino, sin desviaciones, pero no por el camino o la dirección de Francisco, que detuvo la mula y lo observó largo rato. Lejos, desde la playa, llegaba el ruido de niños que jugaban, ocultos por las dunas.

Cuando regresó, encontró una carta de Cádiz. El señor Sebastián Martínez quería donar a la Santa Cueva tres cuadros y preguntaba a Goya si podía contar con él. Martínez era conocido dondequiera como dueño de la mayor flota mercante de España; dominaba gran parte del comercio con América y era un generoso mecenas. El pedido convenía a Goya, que podía exigir un alto precio, y la obra para la Santa Cueva le daba el ansiado pretexto para justificar ante la Corte sus largas vacaciones «de restablecimiento». Calculó para sí también que esa obra religiosa expiaría tal vez lo pecaminoso de su pasión y de su felicidad. Resolvió tratar personalmente con el señor Martínez; en pocas horas podía estar en Cádiz.

Cuando lo supo Cayetana, le aseguró que estaba muy bien, ya que pensaba proponerle una estancia de algunos días o semanas en la ciudad. Con la guerra, la ciudad ofrecía mucha animación y había buen teatro. Decidieron ir al final de la semana. Esa noche, Goya no pudo dormir. Se asomó a la ventana. Había luna casi llena y Goya contempló lejos, por encima de los jardines, el mar resplandeciente.

> *Cayetana estaba en el jardín, paseando en la frescura. Sola. Goya se preguntó si debía ir a su lado. Ella no miró hacia él y él no bajó hasta ella. La rodeaban algunos de sus gatos. Extraña, callada, caminaba por las terrazas, subiendo, bajando, en la suave e incierta luz Goya estuvo mucho tiempo en la ventana mirándola vagar por la clara noche, e iban con ella solemnes y alegres, los gatos con la cola enhiesta.*

31

LA DUQUESA mostró a Goya su palacio de Cádiz, llamado también la Casa de Haro. El conde-duque de Olivares y Gaspar de Haro nada habían ahorrado. Mientras la mayoría de las casas de la ciudad, que no podían extenderse mucho en la estrecha lengua de tierra, eran altas y estrechas, ellos habían edificado amplias salas alrededor de un gran patio tranquilo, un patio maravillosamente empedrado que parecía una enorme sala más. Alrededor, en la parte interna de los tres pisos, corrían galerías. Sobre el techo chato se elevaba el alminar. En la casona había una espesa frescura. Como en Sanlúcar, un reloj de sol con gnomon pintado detenía el tiempo. Abundaban los mármoles, los cuadros, las esculturas, los candelabros; los señores antepasados no habían sido avaros. Pero la casa estaba un poco descuidada, los frescos palidecían, se descascaraban, algunos peldaños estaban rotos.

Goya y la duquesa pasaron por viejas escaleras de mármol, anchas y estrechas. Pedro, el viejo administrador, también un poco decaído, los precedía andando con piernas duras y lentas, haciendo sonar su manojo de llaves. Al final, por una gastada escalera de mármol amarillento, subieron al mirador. Pasaron delante de una puerta cerrada y salieron a la azotea de la torre. De allí, por encima de la baja baranda miraron la ciudad, parecida a una isla, reluciente de blancura en medio del mar muy azul, apenas unida a la tierra firme por una estrecha lengua.

La Casa de Haro estaba casi en el punto más alto de la ciudad. Goya y la duquesa miraron al nordeste y vieron el puerto y las numerosas fortalezas que lo defendían, la fuerte escuadra de guerra, las llanuras de Andalucía, limitadas por las montañas de Granada. Hacia el oeste vieron el vasto mar y en el horizonte la flota inglesa que bloqueaba el puerto. Hacia el sur apareció la costa africana. A sus pies se tendían las casas de Cádiz con sus techos chatos, las azoteas adornadas de plantas, como jardines. «Los pensiles de Babilonia, solía decir su Excelencia el abuelo, que descansa en la paz del Señor», explicó el anciano Pedro.

Cayetana y Francisco estaban casi solos en la casona. Se habían adelantado con la dueña; los demás el doctor Peral, el mayordomo, el secretario, toda la servidumbre, llegarían pocos días después. Comían solos, atendidos por Pedro y su mujer; sabían que eso no duraría mucho y disfrutaron de su soledad.

Goya había anunciado su visita al señor Martínez para el día siguiente. Le sobraba el tiempo, vagó por la ciudad que por su estrechez rebosaba de gente. Vagó entre las altas y blancas casas de techo sobresaliente, por el empedrado de la Calle Ancha. Por la alameda de las murallas con sus olmos y álamos; por la Puerta de la Mar, gozando el ruido y el movimiento. Los moros vendedores de aves, con sus pollos y patos traídos de África; los pescadores con sus pescados y sus almejas de olor fuerte y recio color, expuestos ante ellos; los vendedores de fruta con los pintorescos productos de sus montañas; los vendedores de agua con sus carritos de mano, los vendedores de hielo con sus cubas; los marroquíes bombachudos, de barba negra, fumando largas pipas, con sus dátiles; los figoneros y taberneros en sus pequeños comercios; los mercachifles que vendían estampas, amuletos y gorros marineros; los vendedores de grillos que ofrecían sus chirriantes animalillos en jaulitas de alambre o en casitas pintadas, como obsequios de juguete para los cortejantes de las damas; todo esto se fundía en colores, ruidos y hedores bajo el cielo luminoso, enmarcado por el mar azul con las flotas de España e Inglaterra. A menudo se acercaron a Goya mujeres de negro, ofreciéndole muchachas sabrosamente descritas; le recordaban que llegaría el solano, el cálido viento africano cargado de deseo, y él se arrepentiría de haber rechazado su ofrecimiento. «Un vientre así, redondo y bonito», pregonaban, y lo dibujaban con las manos. Francisco volvió a las callejuelas de la ciudad. Era hora de visitar al señor Martínez.

Goya había oído hablar mucho de Sebastián Martínez. Se le consideraba progresista y había contribuido mucho para modernizar la agricultura y la industria en ultramar. No le bastaba acumular ganancias, como otros ricos mercaderes de Cádiz; a menudo había conducido personalmente hasta América su flota, en circunstancias difíciles, y luchado valientemente con el enemigo en encuentros con naves corsarias. Por eso, Goya se sorprendió al encontrar que Martínez era un hombre chupado que, vestido modestamente, más parecía un sabio pedante que un gran comerciante, un político, un pirata.

Pronto se vió que sus famosas colecciones de arte eran más un asunto de alma y de inteligencia que de prestigio. Mostró gentilmente sus tesoros a Goya; recordó que había hecho el catálogo de su galería por sí mismo y estaba casi más orgulloso de su colección de copias de obras valiosas para la historia del arte, que de los cuadros y las esculturas originales. Esta colección era casi completa, dijo ufano, algo único en España. «Buscará usted en vano una cosa así en casa del marqués de Xerena, don Francisco», afirmó y

sonrió maliciosamente; Xerena era el otro coleccionista famoso de Cádiz, el gran competidor de Martínez. «El marqués procede sin método alguno», agregó sonriendo. «Compra aquí un Greco, allá un Ticiano, lo que le gusta. Con esta anarquía no se compone una colección que pueda invocar un valor artístico y científico. El arte es orden, como solían afirmar insistentemente Winckelmann, Mengs y también su difunto señor cuñado».

En tres salas, se exponían antigüedades de la ciudad de Cádiz; Martínez, al enseñarlas a su visitante, dijo: «No me jacto de haber aumentado el bienestar de algunos de nuestros reinos de ultramar; tampoco de que mis flotas hicieron frente a menudo a los ingleses; pero estoy orgulloso de pertenecer a la más rara generación burguesa de la ciudad más rara de España. Ya el historiador Orozco cita a un antepasado mío, un Martínez, mucho antes de que apareciera un marqués de Xerena». «No hay peor loco que el loco sabio», pensó Goya. Y dijo en voz alta: «Exactamente, don Sebastián». Pero Martínez replicó: «Por favor, Excelencia, no me llame "don". No soy don Sebastián Martínez, sino simplemente el señor Martínez».

Señaló entonces la copia más rara del escudo de Cádiz, un relieve, que había adornado una puerta desaparecida de la ciudad. Ostentaba las columnas plantadas por Hércules al llegar a la extrema tierra occidental del mundo habitado. «Non plus ultra», había dicho el semidiós, y así rezaba el escudo. Naturalmente, no había hablado en latín, sino en griego: «Uketi proso», y Martínez citó en griego los hermosos versos de Píndaro de donde se tomó la frase. En realidad, no se trataba tampoco de griego, la frase era fenicia; los gaditanos eran más antiguos que Hércules; aquello lo había dicho el dios fenicio Melkart, aquel que se ve en otros escudos de Cádiz, ahogando al león. Como siempre, el emperador Carlos V había usurpado el orgulloso lema, suprimiendo el «non». «Plus ultra» rezaba la divisa imperial y lo mismo pensaron los antepasados de Martínez, los valientes ciudadanos que en sus audaces naos llegaron cada vez más allá hacia Occidente.

Con una sonrisa, Goya observó cómo el árido rostro del hombre se rejuvenecía, contando con entusiasmo y donaire cosas de las antiguas historias de su ciudad.

«Pero yo le entretengo con mis charlas, don Francisco», dijo interrumpiéndose Martínez, «y sin embargo lo cité para un negocio. Quisiera pedirle, Excelencia», continuó de pronto vuelto a su sequedad, «algunos cuadros para la Santa Cueva. Deseo, pues, convenir algo con usted. Francamente, preferiría pedirle que me retratara, pero tal vez usted no lo haría. En cambio, no le sería fácil negarse a un encargo para la Santa Cueva. ¿No tengo razón?». Y se sonrió astutamente.

«Franqueza por franqueza», contestó Goya. «¿Cuántos cuadros desea? ¿De qué tamaño? Y ¿cuánto paga?». «El canónigo de Mendoza que dirige las obras de la Santa Cueva», contestó objetivamente también Martínez, «quiere tres cuadros: una Cena, un Milagro de los panes y los peces y una Alegría del matrimonio. Cuadros de medio tamaño; si visita al Canónigo, podrá convenir más exactamente las medidas. Para la tercera pregunta, permítame hacerle una confidencia con toda reserva. Pienso romper el bloqueo inglés con algunas de mis naves y comandar la flotilla yo mismo a la ida y a la vuelta. Por determinadas razones, debo partir exactamente dentro de tres semanas. Quisiera entregar personalmente los cuadros al Capítulo de la Santa Cueva; necesitaría pedirle un trabajo rapidísimo, don Francisco. Si los cuadros están listos para esa fecha, en lugar de los tres mil reales que usted acostumbra cobrar, le pagaré seis mil por cada uno. Usted ve. Excelencia, que también un burgués puede ser gran señor». Y concluyó sonriendo.

El mismo Goya se enfadaba a menudo por la arrogancia de los Grandes. Esta blanca ciudad de Cádiz, esta rica y floreciente ciudad, la más rica y floreciente de la tierra, y más rica que la envanecida Londres, era obra de burgueses, de navegantes, de mercaderes, pero no le gustaba. Le agradaba el orgullo burgués, pero este señor Martínez con todo su dinero y su entusiasmo por el arte, no le gustaba. Tampoco le gustaba lo que debía pintar: un milagro, una alegoría, una cena. Pero un pintor no puede siempre elegir ni qué va a pintar ni para quién, y seis mil reales eran mucho dinero. Vió la seca mano del mercader tendida hacia él; la estrechó con la suya carnosa y fuerte y dijo: «¡Trato hecho!».

32

CAYETANA ROGÓ A GOYA que subiera con ella al alminar. Pero esta vez, no siguió delante de la puerta cerrada al mediar la escalera. Abrió e hizo entrar al pintor. Era un pequeño gabinete, oscuro, de aire pesado. Ella abrió las ventanas y la luz inundó violentamente el lugar. El cuartucho estaba casi vacío; un solo cuadro apaisado, de mediano tamaño, en la pared, y dos cómodas sillas gastadas. «Tome asiento, don Francisco», invitó Cayetana con una sonrisilla que a él le pareció socarrona.

Goya miró el cuadro. Representaba una escena mitológica, con hombres musculosos y carnosas mujeres, casi seguramente del taller de Peter Paul Rubens; no habían trabajado en él seguramente los mejores discípulos. «Usted tiene cuadros mejores», juzgó Francisco. Cayetana apretó un botón en la pared. El cuadro giró hacia un lado, seguramente mediante un resorte, dejando ver otro cuadro.

Francisco se irguió, se levantó, se colocó detrás de su silla. Su cara se tendió casi sombría por la atención, el labio inferior se proyectó hacia adelante. Fué todo ojos. Se veía en el cuadro una mujer recostada, que se mira en el espejo apoyándose sobre el brazo derecho y dando las espaldas al espectador. La mujer estaba desnuda. En el espejo, sostenido por un niñito alado de rodillas, se veía vagamente la cara. Pero este desnudo no había sido pintado por un extranjero, no había nacido en Amberes ni en Venecia —cuadros extranjeros así los había, y muchos, en los palacios reales o en los de este o aquel Grande—; no, la tela que Goya tenía delante había sido pintada por mano española; sólo uno pudo haberlo hecho: Diego Velázquez. Sin duda era el cuadro de que le habló don Antonio Pons y una vez también Miguel. Era la atrevida, citada, famosa y prohibida «Dama desnuda» de Velázquez, una Psique, una Venus o como se la llamara; en todo caso una verdadera mujer desnuda. Y no rosada y carnosa, ni blanca o regordeta, no una italiana de Ticiano o una holandesa de Rubens; una maravillosa muchacha española. Existía pues realmente la «Dama desnuda» de Velázquez, y estaba allí delante de Goya.

Goya olvidó que el cuadro tenía su siglo y medio de edad, que él se encontraba en Cádiz, que a su lado estaba Cayetana. Contemplaba la obra del colega como si hubiera sido apenas terminada; contemplaba el cuadro más audaz, el cuadro prohibido de su camarada Velázquez: la dama desnuda. Cualquiera se elige un prototipo humano, vivo o muerto, para imitarlo. Si Francisco de Goya hubiese podido pedir algo al destino, hubiera sido el arte y la gloria de Velázquez; no había para él entre los españoles un maestro mayor. Junto con la naturaleza, Diego Velázquez era su maestro, y él había luchado media vida para entender del todo su pintura. Allí estaba ese cuadro original, grande, misterioso, célebre. Goya, rápido en sensibilidad y comprensión, rápido en amar, odiar, venerar y despreciar, antes de que pasara medio minuto sintió que admiraba el cuadro y lo rechazaba.

Admiraba cómo la bella mujer se recostaba naturalmente, sin parecer indolente; sus propias figuras flotaban a menudo en el aire, en lugar de estar sentadas o acostadas. Admiraba la habilidad con que el colega dejara el rostro de la mujer en la penumbra del espejo, concentrando toda la atención de quien mirara en las maravillosas líneas del cuerpo, en el contorno del cuerpo yacente, muy español, con su estrecha cintura y su robusta pelvis. Sobre todo, admiraba que don Diego se atreviera a pintar esa escena. La prohibición del Santo Oficio de pintar desnudos era clara y severa, y ningún otro maestro español había osado reproducir lo que más seduce: la desnuda carne de una mujer. Velázquez contó seguramente con el favor de su rey o de un poderoso cliente, pero seguramente también en la Corte de Felipe IV los clérigos y los santurrones tenían influencia, y el humor de los grandes señores era inestable. Velázquez pintó la mujer porque le atraía mostrar que el desnudo puede pintarse también en otra forma que la de Ticiano o Rubens. Corrió el riesgo, porque era un gran artista, lleno de orgullo hispano y porque quería demostrar que los españoles pueden hacerlo también.

Y lo demostró. Maravilloso era cómo se fundían las tintas, el color nacarado de la carne, lo blanquecino del velo, el gris verdoso del espejo, el castaño oscuro del cabello, las cintas de color rojo violeta del niñito desnudo, los ligeros matices de arco iris de sus alas. Esta mujer desnuda era delicada, liviana, severa y elegante; nada tenía de artificioso, nada del vivo y crudo placer que emana de la carne femenina de italianos y holandeses. Más aún, fluía sobre la tela algo levemente sombrío, y el color negro de la tela en que se recostaba la mujer, la cortina de un rojo oscuro, el marco negro del espejo, todo el colorido serio alejaba cualquier intimidad. Velázquez era español. Para él la belleza y el amor nada tenían de ligero o vacío, eran algo serio, salvaje, y, muy a menudo, la puerta de lo grave y trágico.

Francisco miraba y admiraba. Eso había querido Velázquez. Pero si uno pintaba a una mujer con los

maravillosos colores de la carne que la naturaleza le ha dado y la pintaba en forma de que se la admirara, permaneciendo fríos, ¿era eso justo? Sí, Velázquez lo había logrado, había alcanzado esa maestría sin odio ni amor, ese desinterés del arte del que charloteaban tanto Winckelmann y Mengs y su difunto cuñado; pero si hoy el demonio le ofreciera a él, a Goya, esa maestría sin par, la rechazaría, diría: «¡Muchas gracias, no!». Estaba bien que existiera en el mundo ese maravilloso cuadro, alegre y sombrío, de la dama desnuda. Pero estaba bien, asimismo, que no fuera obra suya. Y él se sentía feliz no sólo porque no yacía en la soberbia tumba de la iglesia de San Juan Bautista, sino sobre todo porque era el pintor Francisco de Goya y no el pintor Velázquez.

De repente, sonó en el cuartucho una voz fuerte de ganso. «La dama es holgazana», decía la voz. «Desde que la conozco, está acostada en el diván, se mira en el espejo y gandulea». Goya se volvió estremecido. Allí estaba un ser deforme, un anciano baldado y estropeado, vestido pintorescamente, cubierto de medallas y condecoraciones. «No tienes por qué asustarnos, Padilla», lo censuró sin dureza Cayetana y explicó a Goya que esa criatura era el bufón de su difunto abuelo, de nombre Padilla; vivía allí al cuidado del viejo administrador y su mujer, tímido y oculto siempre.

«Hace bien en vivir aquí en Cádiz la dama desnuda», siguió farfullando Padilla. «No la dejarían vivir en otra parte. Pero es en verdad una gran dama, de primera clase. Hace un siglo y medio que no mueve un dedo». Pero para un Grande era vergonzoso cualquier trabajo. «Ahora vete, Padilla», le dijo suavemente Cayetana, «no debes molestar más al señor pintor». Padilla hizo una reverencia y se marchó, haciendo sonar sus medallas.

Sentada, Cayetana miraba a Goya y, sonriendo curiosa, le preguntó: «¿Crees que Padilla tiene razón? ¿Crees tú que *fué* una Grande? Para el Ticiano y Rubens, grandes damas sirvieron de modelo desnudas; está comprobado». Y con su voz infantil un poco dura repitió: «¿Crees tú que fué una Grande?».

Francisco no había pensado más que en el pintor y en el cuadro, pero nada en la modelo. Al preguntar Cayetana, supo en seguida la respuesta; la perfecta memoria de sus ojos le daba seguridad. «No», repuso, «no fué una Grande, sino una maja». «Tal vez, una maja y una Grande al mismo tiempo», sugirió Cayetana. «No», contestó Francisco con la misma seguridad. «Procede del cuadro "Las hilanderas"», explicó, «no cabe duda, es la que recoge el hilo de la devanadora. Recuerda las espaldas, el cuello, el brazo; recuerda los hombros, el cabello, el porte…».

«Era una maja y no una Grande», concluyó diciendo, no para discutir, pero resuelto.

Cayetana no podía recordar «Las hilanderas». Probablemente, Francisco tenía razón. Se sintió desilusionada. Se había imaginado que sería hermoso estar con él delante de ese cuadro. Apretó el botón y delante de la diosa desnuda, delante de la desnuda hilandera, se deslizó la mitología…

33

MIENTRAS CENABAN, Cayetana habló de su pasado, evidentemente impulsada por la aparición del bufón Padilla.

Cuando niña, había estado a menudo en Cádiz con su abuelo, el décimosegundo duque de Alba, que fué el hombre más orgulloso de España, porque no consideró a nadie en el reino igual a él, fuera del rey, y a éste, el burdo Carlos III, nunca lo aguantó. Fué un tiempo embajador en Francia, admirado por su lujo en la Corte de Luis XV y Luis XVI. De nuevo en la patria, desafió a la Inquisición; estaba tan alto que a pesar de su respeto por la tradición, se permitió ser «filósofo», librepensador, cosa prohibida a todos los demás. De las prisiones del Santo Oficio tomó a un jovencito maltratado en el tormento, lo educó como bufón, le enseñó discursos atrevidos y revolucionarios, lo llamó Padilla por similitud con el héroe de una antigua rebelión, haciéndole llevar sus propias medallas y condecoraciones. Solamente el inválido era digno de hablar con el duque y alternar con él. Por su tendencia liberal, estuvo mucho en Cádiz; la ciudad a causa de sus relaciones con el exterior y la visita de tantos extranjeros, era la más «iluminada» del país. «Mi abuelo», decía Cayetana, «me educó según los principios de Rousseau. Debí aprender por tres medios: la naturaleza, la experiencia propia, el azar favorable».

Goya comía, bebía y escuchaba. Los verdaderos Grandes eran distintos de lo que él imaginara, eran altivos en forma mucho más complicada. Éste detenía los relojes y el tiempo, cuando no gozaba de favor. Aquél tenía un amargo bufón, porque nadie más era merecedor de su trato. Y ahí estaba Cayetana. La aguardaban diecisiete palacios vacíos y año tras año un bufón que año tras año ella olvidaba.

Y Goya comía con ella, vivía con ella; ella estaba más cerca de él que nadie nunca estuviera y más lejos también que nadie jamás.

Al día siguiente, el séquito de la de Alba llegó a Cádiz y, desde ese momento, Goya estuvo solo con ella raras veces. Por la guerra, la ciudad se había vuelto casi la capital del país; señores de la Corte, funcionarios de la Corona, miembros del Consejo de Indias, llegaban a Cádiz y todos querían ofrecer sus respetos a la duquesa de Alba. También Francisco encontró muchos amigos y conocidos de Madrid. Se alegró, sin asombrarse, un día en que apareció Miguel Bermúdez, en representación de don Manuel. Éste le habló, lógicamente, de política. Don Manuel había girado en redondo, y por conveniencias momentáneas se avenía con la nobleza reaccionaria y la Iglesia, coartando las medidas liberales por él introducidas. En su política exterior seguía indeciso. El nuevo embajador francés Truguet era inteligente y seguro de sí. Manuel lo entendía menos aún que a Guillemardet, el embajador precedente, y era con él ora agresivo ora servil en exceso.

«¿Qué fué de Guillemardet?», preguntó Goya. El embajador, le informó Miguel, había sido internado en un manicomio apenas regresó a París. Goya se estremeció; le había pintado en la cara su destino… Guillemardet enloqueció, siguió informándole Miguel, por la imposibilidad de comprender y colaborar en el repentino cambio de la cosa pública en Francia. Pudo tal vez justificar para sí la necesidad de la transición desde el radicalismo revolucionario a la democracia moderadamente burguesa, pero excedía de sus fuerzas aceptar el paso más grave hacia una clara plutocracia.

Llegó también el joven Quintana, en su calidad de abogado del Banco de España. Con don Miguel visitó a Goya en la Casa de Haro, en presencia de la duquesa y del doctor Peral. Quintana se excitó al ver a Francisco y comenzó a hablar de la «Familia de Carlos». «Don Francisco», exclamó, «usted salva a España de su miseria espiritual». «¿Cómo?», preguntó curiosa la duquesa. Estaba hermosa en su ropa negra; no le ofendía que Quintana se interesara solamente por Goya y no por ella; observaba desenfadada al joven tan entusiasta; ella amaba las artes, porque eso estaba de acuerdo con una Grande, pero su interés no llegaba a más. «España», explicó Quintana, «arrastra su historia y su tradición como una cadena. Si al fin aparece alguien que señale el derrumbe de instituciones que un día fueron excelentes, es una hazaña. Observe usted; un rey actual, el nuestro por ejemplo, viste, sí, los signos exteriores del poder, pero su función es nula, la corona es un sombrero pasado de moda, y para reinar es más necesaria una constitución que un cetro. Esto se ve claro en la "Familia de Carlos"». «¡Lo que se le ocurre, señor!», exclamó Goya.

El doctor Peral pidió a Quintana que hablara algo más del cuadro. «¿No lo conoce usted? ¿Usted tampoco, duquesa?», preguntó asombrado el joven escritor. «Le constará, don José», contestó gentil la de Alba, «que no estoy aquí por mi voluntad; me desterraron de Madrid». «¿Dónde tengo yo la cabeza?», se disculpó sonriendo graciosamente Quintana. «Es natural que no haya visto el cuadro. Pero no es posible

describirlo con palabras, nadie podría hacerlo», y en seguida la ilustró, fascinado por el oleaje de las tintas y el realismo de las cabezas, que brotaban desnudas, duras y feas entre tanto color. Habló como si no estuviese allí Goya. «El artificio más original del pintor, entre tantos, es que en un cuadro con tal número de figuras, se ven muy pocas manos. Con ello, la desnudez de los rostros sobre el resplandor de los uniformes y los vestidos de gala se destaca doblemente». «Si me hubiesen pagado más, hubiera pintado muchas manos», dijo secamente Goya. «Por las manos cobro alto precio». Pero el escritor continuó: «Todos nosotros creíamos ya que España estaba envejecida. Y Francisco Goya nos ha mostrado lo joven que es aún. Francisco de Goya *es* el pintor de la juventud». «Bah, bah», murmuró Goya, hundido en la silla, gordinflón, con los hombros un poco caídos, ya en la cincuentena, casi sordo y un poco agotado; era casi extraño que Quintana lo llamara así. Pero nadie se rió. Y Quintana concluyó diciendo: «Los últimos cuadros de don Francisco demuestran que nuestra tierra tuvo la suerte de dar tres maestros eternos: Velázquez, Murillo y Goya».

Miguel, coleccionista fanático, se regodeó íntimamente, pensando que poseía cinco buenos Goyas, y dijo en broma: «Ya veo que el rescrito de Carlos III que prohibe la exportación de obras de Velázquez y Murillo no basta ya; tenemos que agregar tu nombre, Francisco».

«Velázquez lo encontró todo más fácil», pensó en alta voz Quintana. «Respetó de corazón al rey y a la nobleza, era justo entonces, era lógico. En su fuero interno, pudo y debió estar de acuerdo con su rey y su Corte. Para él, la tarea más noble de un artista español era magnificar la idea monárquica; tuvo que ser aristócrata, tuvo que sentirse tal para llegar a su meta artística. Goya, en cambio, es todo lo contrario: y hoy es justo que sea así. Ve a su rey con ojos tan agudos como Velázquez, pero hay en él una parte de majo; es un Velázquez del pueblo, y su pintura tiene algo brutal que reconforta». «Espero, don José, que no tomará a mal», replicó socarronamente Goya, «si poco noblemente y con un poco de brutalidad le recuerdo más o menos un pensamiento popular: Me dejé arrancar tres cabellos; el cuarto me sacó de mis casillas». Quintana se rió. Y se cambió de tema.

Cayetana dijo más tarde a Francisco que sus amigos eran muy inteligentes, pero en ninguno de ellos vería ella un amante; ni en el joven. «Es curioso», pensó en voz alta ingenuamente, sin cuidarse de que quizás podía lastimar a Goya, «realmente curioso: hombres tan sensatos como Miguel y Quintana y Peral, nunca poseen verdadera atracción para mí».

34

LA PRESENCIA DE LA DUQUESA DE ALBA, la mujer más famosa de España, conmovió a los gaditanos; todos competían para relacionarse con ella. La duquesa estaba de luto; esto le ofrecía un buen pretexto para recibir a su gusto o rehusarse. Francisco notó, riéndose, la confusión de los orgullosos burgueses ante doña Cayetana. Más que otros —lo advirtió con rencoroso placer Goya— estaba impresionado el audaz y culto señor Sebastián Martínez.

Con el pretexto de hablar con él de los cuadros para la Santa Cueva, Martínez lo visitó a menudo en la Casa de Haro. El pintor tuvo que presentarlo a la duquesa. Martínez había sido recibido en la Corte; algunos Grandes solicitaron su favor; su enorme riqueza y la fama de sus proezas tornaban simpático a las mujeres a este hombrecillo, más bien feo; se rumoreaba de salvajes orgías que solía realizar. Desde el primer momento, Cayetana le inspiró una pasión romántica, infantil, y cuando hablaba con ella, su reserva se desvanecía, sus ojos le salían de las órbitas y su árida cara enrojecía. Cayetana se divertía, lo trataba con amable y ligera altivez muy propia de ella. El buen señor, bastante experto, debió entender que para ella no era más que un pelele. Mas, a pesar de su orgullo burgués, esa natural arrogancia de una Grande lo atraía. Maligno y alegre, Goya pensó que si el envejecido aventurero podía hablar con ella, no olvidaría uno solo de los títulos de la duquesa, ni las fechas de las batallas que el sombrío duque de Alba había ganado.

Goya trabajaba en los cuadros para la Santa Cueva con rapidez y habilidad, sin mucho placer, pero no sin nuevas ideas. Ya al final de la segunda semana, pudo decir a Martínez que los cuadros estaban listos. Martínez examinó la obra que le costaba dieciocho mil reales. Y no se mostró mal entendedor. «Solamente usted», dijo delante del «Milagro», «podía pintar una multitud tan apretada y movida». Y ante la «Cena» expresó: «Solamente Francisco de Goya podía permitirse quitar de la mesa a los Apóstoles. Esta caída a tierra por el miedo a las palabras del Señor, es del todo original, revolucionario; en otros sería hereje». Y sonrió complacido.

Luego, con lisonjas, sonriendo picarescamente, el coleccionista satisfecho aludió a la posibilidad de que el señor primer pintor tuviese tiempo y deseo de hacer un retrato de Sebastián Martínez, mercader de Cádiz; como se sabía, su flotilla se haría al mar a la semana siguiente. «No sé», contestó fríamente don Francisco «si me sentiré capaz de trabajar en estos días. Estoy aquí para reponerme». «¿Qué precio le tentaría?», preguntó Martínez. «Perdería usted apenas dos o tres días de descanso». «Veinticinco mil reales», contestó sin vacilar Francisco, sorprendido de su propia audacia. «De acuerdo», contestó el otro, también sin vacilar.

Después, un poco indeciso, preguntó si podía invitar a la duquesa y a él a una fiestecita en su casa. Había muchos motivos: los cuadros para la Santa Cueva estaban terminados, él había podido tratar con el señor de Goya, había conocido a la señora duquesa, y estaba por romper, en honor de España, el bloqueo inglés, llevando sus barcos hasta América. «Plus ultra», dijo sonriendo. Goya contestó secamente que no tenía facultad para aceptar invitaciones para la duquesa. Además sabía que Su Alteza tenía proyectos para un par de semanas y para entonces el señor Martínez estaría ya felizmente en altar mar.

Martínez calló por breve rato; su árida cara trabajaba. Si podía tener el placer y el honor —explicó luego — de poder saludar a doña Cayetana y a don Francisco en su casa burguesa, dejaría que su escuadra se hiciera a la mar sin él. Goya se asombró. Se encogió de hombros y dijo: «Hable usted con la duquesa».

En rueda de confianza, en presencia de la de Alba, se habló de que el señor Martínez no acompañaría sus barcos, para ofrecer una velada a la duquesa. Quintana visiblemente contrariado, dijo: «Debe de ser doloroso para una mujer despertar deseos dondequiera que llegue». «Es usted muy joven, señor», replicó la duquesa.

Por el luto de doña Cayetana, Martínez invitó a muy pocos amigos. Interesante le pareció a Goya un señor, representado como un tal Bajer, armador de Málaga, colega de negocios. Pero por el habla, el extranjero resultaba de origen inglés. Probablemente, era un oficial de la escuadra inglesa de bloqueo; a los señores aquéllos les gustaba llegar a Cádiz de incógnito. Sorprendido y divertido, Goya supo durante la velada que el inteligente señor Martínez se había asegurado el paso de sus barcos mediante cierto convenio con los ingleses. Estaba allí también Miguel. Estimaba a Martínez, entendía su pasión por la historia del arte y se felicitaba de su liberalismo. Quintana, en cambio, estaba ausente; no le perdonaba al anfitrión que abandonara una empresa patriótica por una cara bonita.

Sebastián Martínez, siempre tan seguro de sí, se esforzaba en ostentar su reserva burguesa. Como

correspondía, se dedicó a la duquesa apenas un poco más que a los otros huéspedes, pero no pudo impedir que sus miradas de admiración y súplica se volvieran constantemente hacia ella. Miguel lo atrapó en una conversación sobre antigüedades. Había visto en la biblioteca de Martínez algunas ediciones viejas de libros condenables en su aspecto religioso. «Tenga cuidado», le dijo bromeando, «un hombre tan rico y tan liberal es una tentación fuerte para los señores de la Inquisición». «Mis naves rompieron las líneas inglesas», contestó modestamente, no sin orgullo disimulado Martínez, «llevaré a puerto también mis libros y mis opiniones a través del Santo Oficio».

La duquesa y Goya creían que después de la cena se jugaría, como era costumbre. Pero Martínez había pensado otra cosa. «¿Puedo invitarla a pasar al salón de teatro, doña Cayetana?», preguntó. «Serafina bailará para usted». «¿Serafina?», exclamó realmente sorprendida la duquesa.

Serafina era la más famosa bailarina de España; idolatrada por una gran victoria conquistada para el pueblo español. El cardenal primado de Toledo había recibido protestas, sobre todo de cardenales extranjeros, porque en la piadosa nación se toleraban danzas tan vulgares e inmorales como el fandango y el bolero. El primado convocó un capítulo que considerase la prohibición definitiva. Pero el arzobispo de Sevilla, temiendo la reacción de Andalucía, propuso que los dignos jueces vieran esos bailes. Ejecutaron las danzas ante el capítulo Serafina y su compañero Pablo. Les costó trabajo a los prelados permanecer quietos en sus sillas. El fandango no fué prohibido.

Poco después, Serafina desapareció; se dijo que se había casado; durante dos o tres años no se la vió bailar en público. «¿Dijo usted Serafina?», volvió a preguntar Cayetana. «Ella vive ahora en Jerez», contestó Martínez. «Es la esposa de mi representante Vargas. No es fácil lograr que ella baile sino para los suyos. Ella bailará para usted, señora duquesa».

Fueron al salón de teatro, que había sido arreglado para dar la impresión de los tablados para el pueblo. La elegante sala había sido convertida en un sucio y mísero recibimiento de una noble casa morisca venida a menos. Había alfombras gastadas, remendadas, aunque un día valiosas; las paredes estaban recubiertas de sucia tela blanca, el cielo raso adornado con arabescos rojos y dorados. Un par de viejas sillas, algunas velas.

Los invitados tomaron asiento, y del escenario, detrás del telón, llegó el ruido seco de las castañuelas. Se descorrió el telón; la escena mostraba un paisaje andaluz de pobre factura. Perdido en un rincón, sentado en un escabel, estaba un solitario músico con su guitarra. Las castañuelas sonaron más fuerte; entraron por la izquierda el majo, por la derecha la maja, como los amantes que se volvían a hallar después de larga separación. Sus pintorescos trajes eran de paño barato, cubiertos de lentejuelas doradas y plateadas; los pantalones del mozo, la falda de la moza, amplia abajo y corta, apretaban estrechamente las caderas. No se cuidaban del público, se miraban mutuamente. Con los brazos en alto bailaban acercándose. Sólo se oía el ligero y excitante sonido de las castañuelas. Cuando llegaron muy cerca uno del otro, ella retrocedió, bailando siempre con los brazos abiertos; él la persiguió, lentamente, rápidamente, con los labios apenas entreabiertos; fué entonces más pantomima que danza, mientras se miraban y miraban al suelo. Ella huyó más lejos, despacio; lo atraía y coqueteaba con él; él la persiguió vacilante, con creciente deseo. De pronto ella se volvió hacia él, las castañuelas vibraron más fuerte, comenzó a tocar la guitarra, comenzó a tocar la pequeña orquesta oculta. Los bailarines se habían alcanzado; de repente en medio de un compás, se calló la música, enmudecieron las castañuelas, los bailarines se tornaron rígidos. La pausa duró pocos segundos y pareció eterna.

La guitarra volvió a tocar, un temblor recorrió el cuerpo de la moza que lentamente salió de su rigidez, retrocedió, avanzó. Él también se movió. Más lentamente, con más ternura, se deslizó hacia ella. Ambos movimientos se tornaron más vivaces, sus miradas más desafiantes; cada músculo temblaba de pasión. Con los ojos cerrados volvieron a acercarse y en el último instante volvieron a retroceder. Y una vez más una pausa salvaje, excitante, violenta. Ambos se retiraron y desaparecieron del tablado. Comenzaría la escena que Andalucía había agregado al fandango, de origen gitano u oriental, que Serafina y tantas otras bailarinas antes que ella habían hecho famoso.

Ella vuelve a escena, sola y sin castañuelas. Pero entre bastidores brota un zapateado y un batir de palmas rítmico, monótono, y una voz oscura y solitaria canta unos versos sencillos y siempre profundos; unos versos que invitan a hundirse en el seno del amor, porque la vida es breve y la muerte larga. Pronto se pierden las palabras también y lo que la voz canta es un «ay» lamentoso, lento, pero salvaje. Y lenta y salvaje es también la danza de la moza, siempre igual y siempre distinta, tranquila y disoluta, una danza de todo el cuerpo; se ve que la bailarina se muestra al amado y le enseña todo lo que de placer, dulzura y violencia esconde su cuerpo.

Los espectadores miran atraídos. El zapateo monótono se les mete en la sangre, pero no se mueven,

miran. Nada inmoral ocurre en la escena, no hay desnudeces, pero con profunda ingenuidad y en todos sus detalles se representa el más natural de todos los deseos: el deseo carnal, disuelto en ritmos. Los espectadores han visto a menudo este baile, pero nunca tan completo. Admirados y expertos, el culto Miguel y el leído Martínez contemplan a Serafina, artista perfecta. Mujeres como ésta fueron las que los romanos se llevaron de la viciosa Gades para divertir con sus danzas a senadores y banqueros, peritos en goces. Mujeres como ésta fueron las que los primitivos sacerdotes compararon en su santa ira con la hija de Herodes, y seguramente tiene razón la leyenda según la cual la bailarina Telethusa de Gades sirvió de modelo al escultor que creó la Venus calipigia.

Serafina bailaba con abandono, la cara seria, arte puro, llena de lascivia heredada y aprendida. El monótono zapateo y el canto uniforme se tornaron más salvajes. Y comenzaron los espectadores. Estos Grandes y estos ricos señores golpearon las manos y zapatearon al compás, gritaron «olé» y hasta el amigo armador de Martínez, el oficial inglés, que al comienzo torciera la boca, zapateó con los demás y gritó «olé». Serafina seguía bailando. Moviéndose apenas de su sitio, volvía a los espectadores ya la espalda, ya el costado, ya la cara; corría por ella un temblor cada vez más fuerte; lanzaba los brazos al aire y de repente intercalaba aquella pausa que hacía estremecer a todos y luego volvía la danza muy breve, casi insoportable por su ardor, lleno de arranques, de temblor y deseo.

Él solo terminó; la pareja bailó de nuevo, pero ahora en sofocante sucesión, la pantomima del antiquísimo duelo del amor: pudor, deseo, sombría resolución, miedo, avidez creciente, entrega, plenitud, liberación, sorda y agotada satisfacción. En la danza no había frivolidad ni lascivia, sino salvaje seriedad persuasiva Así lo entendían los espectadores y así ellos mismos se entregaron. El canto con sus palabras sencillas y eternas, la música que no era música, sino sonido aturdidor y excitante… No había arte que expresara mejor lo que sentían y vivían aquellos españoles. Ante esta danza, la idea calculadora, la pesada lógica, se disolvían en la nada; sólo cabía ver y oír; sólo cabía dejarse llevar en pos de aquellos sones, en el vuelo de aquellos movimientos.

La duquesa de Alba sintió lo mismo que los demás. Sin notarlo, sus zapatos pisaron rítmicamente el suelo, su voz aguda e infantil gritó su «olé»… Cerró los ojos, ya no podía resistir al placer fluyente. La cara maciza de Francisco estaba melancólica, seria, casi vacía como la de los bailarines. Había un torbellino en él que no se convertía ni en palabra ni en conciencia. Sus ojos estaban fijos en la danza andaluza; él mismo, en su alma, bailaba una innata jota aragonesa, esa danza casi guerrera en que la pareja se amenaza mutuamente, una danza sin blandura ni reserva, llena de contenida pasión; la había bailado a menudo, muy erguido, como se debía, como lanzándose a una batalla. Y al compás con todos, golpeó sus robustas manos y gritó fuerte «olé».

La danza concluyó sin que los bailarines se tocaran, aunque vivieran todas las fases del amor físico, haciéndolo vivir a los demás. Juntos ahora, mientras caía el telón, se retiraron entre bastidores. La música cesó. No hubo aplausos. Los espectadores estaban en silencio, agotados, vacíos.

El señor Martínez dijo a Goya: «Me alegro, Excelencia, de haberles podido proporcionar una alegría». Pero en sus palabras había un matiz que irritaba a Goya. Le molestaba enseñar en la cara sus sentimientos, le molestaba revelar involuntariamente cómo Serafina lo había excitado. Seguramente también Cayetana había entendido. Y ésta le dijo: «Serafina le habrá fascinado. Usted es famoso, don Francisco, aquí en Cádiz. Si el señor Martínez pudo convencer a Serafina para que bailara para mí, podrá también lograr un favor para usted». Y el señor Martínez tomó la ocasión al vuelo: «Un retrato de Serafina, Excelencia, le interesará más que el de un viejo mercader. La señora de Vargas se honrará en ofrecerle algunas sesiones, sobre todo si usted me cede el cuadro. ¿Le dije ya que el señor Vargas es mi representante en Jerez?».

Se presentó Serafina. La colmaron de elogios y loas y galanterías. Ella agradeció tranquila y amable, sin sonreír; estaba acostumbrada. Goya nada dijo; sólo la miró fijamente. Al fin ella le dirigió la palabra: «¿Cuánto tiempo se quedará usted aquí, maestro?». «No lo sé», contestó él. «Seguramente una semana o dos todavía. Luego estaré por un tiempo más en Sanlúcar». Ella le informó: «Yo no vivo muy lejos, en Jerez. Pensaba tomar mi descanso de gala al final del otoño. Me resolví en cambio a adelantarlo y espero que usted me visitará». En la región era costumbre que las mujeres de buena posición se «enfermaran» por una semana o dos; guardaban cama, se dejaban mimar por amigos y conocidos, recibían visitas y regalos; una magnífica cama, reservada sólo para ello, formaba parte del ajuar de cada muchacha que se respetara.

Goya la miró. La miró largo rato, sin preocuparse de los demás, y ella le devolvió la mirada, y en ambos resonaba quejoso y monótono el canto y el zapateado que invitaba a hundirse hoy en el hondo seno del amor, porque mañana sería tarde.

Finalmente Goya abrió la boca rompiendo el encantamiento y, de majo a maja, dijo: «No esperes el descanso de costumbre, Serafina. No hacen falta esas cosas para nosotros. Así también te retrataré. Y nos veremos también sin pretextos, Serafina».

35

DOS DÍAS DESPUÉS, por la noche, estaba solo con Cayetana. Soplaba el solano; en la borrasca se oían las señales nocturnas de las dos escuadras: la española cerca, la inglesa lejos. Francisco estaba nervioso y agriado. Quería volver a Sanlúcar, quería a Cayetana sólo para él. Estaba harto ya de la vida de Cádiz, de tanta gente con quien se encontraba. ¿Prolongaba su licencia más de la cuenta, arriesgando el favor del rey, para estar con Martínez y sus iguales? Pero Cayetana gozaba de la veneración de todos ellos. Y no lo comprendía. Hubiese debido notar que quería irse.

No acababa de pensarlo cuando ella le dijo: «No hace falta que lo digas, Francho». «¿Qué?», replicó con simulada inocencia. «¿Qué es lo que no hace falta que diga?». Y ella sonriendo: «Si te parece, volvemos mañana mismo a Sanlúcar».

Su mal humor se disipó en seguida en Sanlúcar. Se sintió tan feliz como antes del viaje. Hasta el recuerdo de Cádiz le resultó grato; los hombres lo habían festejado, las mujeres, cortejado. Había cobrado lo que nadie hasta entonces. Su gloria estaba difundida por toda España. Y apenas había comenzado a mostrar quién era; su arte progresaba. Y ahora estaba allí solo con su maravillosa amada, dócil a todos sus caprichos. Era joven, estaba afianzado, tenía todo lo que ambicionaba. «Sentado a las doradas mesas de la vida y del arte», pensó.

Recostada perezosamente, Cayetana preguntó: «¿Sigues resuelto a no retratarme de maja?». «Naturalmente», contestó él en seguida. Pintaba un gracioso cuadro de un paseo con ella, que vestía de maja, con la mantilla negra; él la seguía y ella se volvía hacia él sobre su talle de avispa, coqueta, dócil, el abanico invitante en la derecha, mientras la izquierda señalaba el abanico, desafiante, con el índice dominador tendido. Goya le hablaba galante, vestido con elegancia, casi relamido, con su frac oscuro, finos encajes y botas altas, rejuvenecido hasta ser irreconocible, locamente enamorado.

Ella entendió que no quería pintarla de maja; le había puesto un vestido de gran dama. Pero el cuadro le gustaba. Esa broma era ingenua, exagerada. ¿No se había rejuvenecido él mismo demasiado?

Un día le contó que había visto a su difunta doncella Brígida, quien le dijo que moriría pronto, pero no antes de ser retratada de maja. Goya se sentía indolente. «Tendrás que creerlo, por desgracia», contestó él. «¡No digas necedades!», exclamó Cayetana. «Bien sabes lo que quiso decir». «Me parece», repuso Goya, «que la profecía es hermosa. Basta que no te dejes pintar de maja para llegar a los ciento cincuenta años de edad». «Lo he resuelto», dijo ella, «me haré pintar como deseo. Brígida lo sabe tanto como nosotros». «¿Cómo vestía tu Brígida?», preguntó Francisco. Sorprendida, Cayetana contestó: «Como una doncella». Pero luego estalló: «¡Cómo estaba vestida! Preguntas como un inquisidor». Francisco, harto ya, replicó: «Yo soy pintor. Lo que no puedo ver, no existe para mí. Un espectro que no puedo pintar no es tal espectro».

El doctor Peral, si en Cádiz se había mantenido en segundo plano, ahora desaparecía del todo, cuando suponía que molestaba. Por lo demás se mostró compañero alegre y sagaz y le interesó comprobar a Goya con qué pericia lo admiraba. Goya no se explicaba cómo pudiera estar tan alegre un hombre complicado en la muerte del duque. Tal vez este ser, muy ufano a pesar de su modesta presencia, se creería tan superior a todo el mundo, que su ciencia le permitía lo que no concedía a los simples mortales. Si contribuyó a la muerte del duque y era así, había procedido fríamente, sin pensar que en los rincones acechan los demonios.

Cuando Peral se lo pidió, Goya rechazó irónico la ocasión de retratarlo. Ahora estaba tentado de pintar al hombrecillo fatal, incomprensible a pesar de sus firmes rasgos, para entenderle por lo menos. Un día, de repente, se lo propuso. Peral, asombrado, bromeó: «Yo no puedo pagar las sumas del señor Martínez». Goya contestó sonriendo: «Pondré el retrato: a mi amigo». Los pintores firmaban así los regalos; un cuadro dedicado de mano de Goya era un tesoro para el apasionado coleccionista Peral. Enrojeció a pesar de su dominio de sí. «Es usted muy generoso, don Francisco», le dijo.

Goya trabajó mucho y solícitamente en el retrato, en aquella plateada luz gris tan suya, que destacaba lo sombrío con su delicadeza, lo sombrío intuido por el pintor detrás del rostro inteligente y sosegado. Goya no dejó que el médico ocultara nada, y hasta hizo visibles ambas manos. «¿Cómo? ¿Hasta las manos me regala usted?», bromeó Peral. Pero Francisco quería pintar justamente las manos que habían eliminado al esposo de Cayetana. Por lo demás, las sesiones transcurrieron agradablemente. Peral conversaba con gusto, era franco, aun dejando algo en reserva, algo imposible de adivinar, y Goya se interesó por él y le tuvo simpatía, a pesar de que alguna mirada o algún gesto le chocaran. Nació así entre ellos una rara amistad

hostil; se sentían vinculados mutuamente, querían comprenderse y les divertía decirse agudas verdades.

Goya no hablaba de Cayetana, Peral no la nombraba por lo tanto. Pero a menudo discutieron de cosas del amor. Un día, el médico le preguntó al pintor si conocía la diferencia que hacían los filósofos antiguos entre un hedonista y un erótico. «Soy solamente un pintor ignorante, doctor», dijo buenamente Goya, «usted en cambio un Tertuliano, un Cicerón tres veces sabio. Por favor, explíqueme usted». «Un hedonista», dijo Peral, «es aquel que sólo quiere obtener goces para sí; un erótico el que quiere dar placer cuando siente placer». «Muy interesante», reconoció Goya, un poco molesto, porque no sabía si Peral pensaba en la de Alba. «Cleantes», continuó Peral, «enseña: ¡Ay de aquel que cae en manos de una hedonista, y al desdichado le recomienda como remedio que se refugie en una tarea vulgar pero grande, como la lucha por la libertad y la patria! Suena bien; pero como médico dudo de que sirva».

Naturalmente, Peral hablaba también mucho de arte; admiraba sobre todo la técnica de Goya y su visión de los ojos ajenos. «Le descubrí el secreto», decía. «Usted hace el blanco del ojo más chico que la naturaleza y el iris más grande». Y viendo la sorpresa del artista, explicó: «El diámetro usual del iris es de once milímetros, usted lo lleva a trece. Lo he medido». Goya no sabía si tenía que reírse. Otra vez Peral hablaba del Greco; decía que el rey Felipe no comprendió al Greco. Si le hubiera otorgado su favor, hubieran nacido muchas obras maestras más. «Yo no llamaría a Velázquez, Murillo y Goya los tres máximos maestros de España, como aquel entusiasta escritor; para mí serían el Greco, Velázquez y Goya». Goya contestó francamente que no sentía al Greco, le parecía demasiado aristocrático de manera. «Probablemente», concedió, «don José Quintana tiene razón. Yo soy un campesino español, pinto brutalmente».

Por fin, el cuadro fué terminado. Desde el cuadro miraba con grandes ojos escépticos, un poco punzantes, un Peral sagaz, importante y sospechoso. Francisco firmó con el pincel: «Goya a su amigo Joaquín Peral». El médico estaba mirando y dijo: «Gracias, don Francisco».

De Jerez llegó una carta torpemente escrita; Serafina salía del olvido. «Tal vez iré por un par de días a Jerez», dijo Goya a Cayetana, «y retrataré a Serafina». «¿No es más cómodo que la cites aquí?», contestó la de Alba, calmosa, indiferente; pero en las palabras había un dejo de picardía que lo irritaba. «Fué una idea que se me ocurrió», dijo Goya entonces, «probablemente ni voy ni la cito. Pero», agregó con malignidad, «sería la maja ideal. Si alguna vez vuelvo a pintar una maja, será ella».

Cuando poco después se reunió con Cayetana, la encontró recostada en un diván con un vestido que el verano anterior llevó ella a menudo en las fiestas de disfraz. Era una prenda de fina tela blanca, más de torero que de maja, mitad camisa, mitad calzón; adhiriéndose en pliegues al cuerpo, revelaba más de lo que cubría. Sobre la misma, la Alba tenía puesta una casaquita bolero, de color amarillo vivo, con laminillas metálicas negras y brillantes que representaban mariposas; un ancho ceñidor rosado mantenía unida la prenda. Y así yacía tendida, con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

«Si pintaras a Serafina de maja», preguntó Cayetana, «¿la retratarías así y con este vestido?». «Quizás», contestó él sin afirmar ni negar. La mujer que estaba allí, en el diván, era una dama seductora, disfrazada audazmente de maja. Pero en un mesón de la majería nadie la tomaría por tal y Goya pensó que así pintaría a Serafina. «Si pintaras una maja», siguió preguntando la de Alba, «¿la harías de tamaño natural?». Un poco sorprendido, repuso él: «Es la primera vez que te interesas por algo técnico». Impaciente, ella insistió: «Hoy me intereso». Y él explicó sonriendo: «Creo que daría a la tela el tamaño de unas tres cuartas partes del natural».

Pocos días después, ella lo llevó a una habitación poco usada, un magnífico dormitorio algo descuidado, tal vez dedicado a las audiencias mañaneras de alguna dama de la Casa de Haro. En una pared había un cuadro insignificante, apaisado, con una escena de caza. Cayetana, con un dispositivo como el de la Casa de Haro de Cádiz, desplazó el cuadro. Detrás apareció la pared desnuda, un espacio para otro cuadro. Goya pareció indiferente. «¿No entiendes?», preguntó ella. «Quisiera que por fin me pintaras de maja, de verdadera maja». El pintor la miró aturdido. ¿La había comprendido? La dama desnuda de Velázquez, le había declarado él, no era ni una diosa ni una Grande, sino una maja. «Quisiera encomendarle dos retratos, don Francisco», concluyó ella por decir, «uno con disfraz de maja, el otro como maja verdadera».

Si ella lo quería así, lo tendría. La retrató en su costoso y extravagante disfraz, y ahora también desnuda debajo de la tela transparente. Se tendía la Alba en este segundo retrato sobre el lecho del placer, encima de almohadones de color verde pálido, los brazos cruzados detrás de la cabeza, la pierna izquierda encogida, el muslo derecho suavemente apoyado en el otro; y Goya destacó el triángulo del vientre. Le hizo ponerse un poco de colorete y pintó su cara; pero no era su cara, sino una anónima, de múltiple intención, como él solo podía hacerlo: la cara de una maja y de todas las majas.

Cayetana se alegró de la altiva lucha emprendida. Había logrado que la pintara de maja; Serafina, la maja majísima, el prototipo de la maja, lo había invitado en vano.

Goya trabajó en la habitación para la cual estaba destinado el cuadro. La luz de la izquierda era la más justa para la maja vestida. La desnuda en cambio la pintó en la azotea del mirador, donde la baranda cortaba la luz como él necesitaba. La dueña, sumamente agriada, montaba guardia; estarían tranquilos. Sin embargo aquello era una audacia, porque empresas de esta clase no permanecen secretas a la larga. Goya trabajó amargado. Sentía que ella le vedaba a Serafina, quería ser para él más que aquélla y también más maja. Pero esto no lo lograría. Lo invadió un perverso placer. Allí, en esa situación, no era él ya el pelele de la mujer; finalmente, era la de Alba juguete suyo. Lo que surgía en la tela no era una maja. Y si la cuna y la riqueza le daban todo lo que España podía darle, quedaba excluida del pueblo, seguía siendo apenas una pobre Grande. No llegaría nunca a ser maja por mucho que se esforzara. Y aunque se metiera en el último rincón del infierno, nunca lo sería.

Sus pensamientos se alejaron de la mujer en carne y hueso para dedicarse a su obra. No sabía si era arte aquello que hacía. ¡Lo que hubiera dicho Luján, su maestro de Zaragoza, si lo viera! Luján le hacía copiar estatuas de yeso vestidas: había sido censor de la Inquisición. Ciertamente, lo que pintaba estaba a mil millas de distancia del arte sin deseo ni interés que ensalzaban Mengs y don Miguel. Pero, ¡caramba!, no quería competir con el difunto Velázquez; así era de una vez su propia dama desnuda. Y pintó en la desnuda vestida y no vestida a todas las mujeres que conoció en su vida íntimamente. Pintó un cuerpo que incitaba a todos los placeres. Y además dos caras: una llena de espera y codicia casi vacía de deseos, la mirada dura, atractiva, peligrosa; la otra, un poco adormilada, al despertar lentamente del deseo satisfecho, ya sedienta de nueva plenitud. Lo que quería pintar ni era la de Alba, ni la maja. Era la concupiscencia, en resumidas cuentas, la que nunca se sacia, con su sorda felicidad y sus peligros.

Cuando los dos cuadros estuvieron terminados, Cayetana los contempló titubeando entre uno y otro. La mujer vestida tenía otra cara que la desnuda y ambas eran la suya y no lo eran. ¿Por qué Francho no había pintado su verdadero rostro? «Usted ha hecho algo único, don Francisco», dijo ella finalmente, «algo inquietante». Luego, artificiosamente graciosa dijo: «Pero tan voluptuosa no soy en realidad».

Más tarde, con la ayuda de la dueña, colocaron ambos cuadros en la pared, la maja vestida delante de la desnuda. «Mis huéspedes se sobresaltarán ya sólo con ésta», dijo Cayetana. Y jugando infantilmente con el dispositivo, apretó el botón y reapareció la maja desnuda. La anciana, negra de vestimenta y dura de mirada, se mordía los labios. Sonriendo, Cayetana cubrió su desnudez con la otra tela y, sonriendo, con el índice tendido, la hermosa cabeza erguida sobre su pequeño cuerpo, con paso ligero la duquesa de Alba salió de la habitación, haciendo seña a Goya para que la siguiera.

36

UN HUÉSPED LLEGÓ a Sanlúcar; don Juan Antonio, marqués de San Adrián. Goya se disgustó. Conocía al marqués desde hacía mucho y le había hecho uno de sus mejores retratos. Lo había pintado al aire libre, apoyado en una columna truncada; tendría unos cuarenta años, pero su rostro de niño bonito, altivo y audaz, no representaba más de veinticinco. Estaba en traje de montar, con la mano que sostenía el látigo, apoyada en la cadera, la otra apretando un libro y el sombrero alto sobre la columna. Goya no había ocultado la arrogancia del mozo mimado, Grande de primera clase, nombrado muy joven presidente del poderoso Consejo de Indias. A veces, Goya lo había encontrado en casa de Cayetana; se decía que había sido su amante. Era uno de los favoritos de la reina; probablemente, la de Alba lo había atraído por un momento, para herir a María Luisa. El marqués era hábil y muy culto, había vivido mucho en Francia y era liberal. Mas cuando con su voz chillona y arrastrada decía sus cínicos gracejos, Goya se molestaba y le costaba trabajo no ser grosero con él.

Amable por naturaleza, el marqués declaró que había llegado para visitar a doña Cayetana, cuya larga ausencia de Madrid lamentaba; pero una segunda razón de su viaje le traía para pedir que don Francisco, estando tan cerca de Sevilla, pintara una reunión del Consejo de Indias. «Necesitamos de usted», canturreó con tono chocante; «si usted se rehusa, tendremos que recurrir a buena gente como su colega Carnicero, y nuestras caras resultarán aun más vacías de lo que son».

El marqués se esforzaba en no molestar, compartía las comidas, pero no asistía a la audiencia mañanera de la de Alba, que lo trataba un poco irónicamente, como a un chiquillo indiscreto; sus relaciones, evidentemente, pertenecían a un lejano pasado. Goya pudo seguir viendo a Cayetana a solas como siempre.

Una noche, en la mesa, se lanzó a hablar de arte con Peral; los demás permanecieron callados. De repente, sorprendió una mirada de Cayetana dirigida al marqués, la mirada oblicua que él imprimió a la maja del cuadro, incitante, cargada de espera y deseo, de apenas dos segundos. Tal vez sólo le pareció; seguramente era así; se impuso el olvido de la mirada, pero concluyó su frase con esfuerzo. Por la noche pensó que todo era necedad; Cayetana se había fundido para él como una sola cosa con su maja desnuda. Luego pensó también que ella había sido amante del marqués y ¿para qué otra cosa habría venido éste sino para reanudar la vieja amistad? Y, sin duda, no sin entendimiento previo. Estaba muy claro, y él volvía a ser un pelele. Imaginó a la pareja en ese momento, mientras él se atormentaba sin poder dormir. Imaginó que Cayetana le mostraría el retrato y que el marqués, con su voz asquerosa, enumeraba todo lo bello que Goya no había visto.

Todo eso era una locura, y él un loco celoso. Pero tenía motivos para temer. Era viejo y gordinflón y duro de oído, y sus espaldas comenzaban a encorvarse; algo muy doloroso para un aragonés; también tenía un humor endemoniado y cargante. Cayetana era «chatoyante»; la anciana marquesa tenía razón. Aunque fuera joven y muy bonito, ella podía cansarse de él y preferir a otros. Si se miraba al espejo, vería que Cayetana obraba lógicamente al posponerlo a un joven esbelto, fuerte, alegre y culto. «Trágala, perro», se dijo.

Alucinaciones. ¿No había ridiculizado Cayetana al marqués por María Luisa? ¿No le había mostrado claramente que Goya era su cortejante, su favorito? Pero aquella mirada… No la había soñado, no era la de la maja desnuda, sino la de los ojos duros, de acero, de la mujer de carne y hueso. Se había apagado en seguida, porque cambiaba como la de los gatos; nada en ella era sincero y firme. No era culpa suya si no pudo retratarla, no lo hubiera podido hacer Velázquez tampoco. Nadie podía retratarla, y menos desnuda, porque también su desnudez era mentida. Y su corazón tenía la disposición de su cara; era mala de raíz. Y recordó la idea de un verso de un viejo romance que cantaba Pepa: «Un corazón horrendo en un magnífico pecho».

Al día siguiente se puso a trabajar. Finalmente había visto a la verdadera Cayetana. La pintó volando por los aires; con ella, debajo de ella, como nubes que la llevaban, tres figuras masculinas. Pero ahora no hizo anónimos los rasgos de la mujer; esa cara pura, altiva, oval, sólo podía ser de una mujer sobre la tierra: Cayetana de Alba, y también eran definidas las caras de los tres hombres: el torero Costillares, el marqués de San Adrián y el Príncipe de la Paz. Desde la tierra contemplaba el vuelo un baldado, el viejo bufón Padilla. Era una asunción al cielo, esta que pintaba Goya, pero una asunción infame, y su meta no podía ser el cielo. En la vestimenta amplia, flotante, inflada por el vuelo, la mujer tenía las piernas esparrancadas sobre las cabezas de los hombres. Y se le podían achacar todos los siete pecados capitales. Moviendo apenas

los labios, esa cara pudo ordenar que se asesinara al esposo que tal vez molestaba. ¡Finalmente lo había logrado! Ésta por fin era la cara última, la verdadera, la cara pura, altiva, muy falsa, muy inocente, muy viciosa de Cayetana; ésta era la lascivia encarnada, la seducción, la mentira.

Al día siguiente, Cayetana no se dejó ver. La dueña la excusó ante los caballeros. El perrillo blanco estaba enfermo, ella estaba afligida y no podía ver a nadie. Goya continuó trabajando en la «asunción», en la «mentira».

El perrillo sanó en el día, y a la mañana siguiente Cayetana recobró su buen humor. Goya permanecía casi callado; ella no se ofendió y trató varias veces de hacerlo hablar. Poco a poco, ante el desdén de Goya, ella se volvió hacia el marqués, que conversaba con ella amablemente, un poco infantil pero lleno de lisonjas. El joven empleó una cita francesa, ella le contestó en esa lengua y la conversación siguió en francés. Peral, entre maligno y compasivo, trató de llevar la charla al español, pero aquéllos continuaron en un francés rápido que Goya no podía comprender. Finalmente, la de Alba se dirigió también al pintor, pero empleando palabras arcaicas que éste no podía entender. Era claro que quería humillarlo ante el marqués.

Después de la comida, la de Alba declaró que estaba contenta y no quería acostarse todavía. Llamaría a su gente para que bailaran el fandango. Fruela, su doncella, bailaba muy bien y su palafrenero Vicente no era manco.

Se presentaron cinco parejas para bailar el fandango y otras veinte como espectadores: criados, arrendatarios, campesinos; la noticia se había difundido rápidamente. La gente no bailaba ni mal ni bien, pero el fandango atraía de todos modos como un espectáculo. Los espectadores se mantuvieron serios y atentos al principio, luego comenzaron a golpear los pies, a batir palmas a compás y a gritar olé. Bailaba una sola pareja a la vez, pero siempre había reemplazantes.

Cayetana dijo: «¿No quiere bailar, Francisco?». Por un instante Goya estuvo tentado de hacerlo. Luego recordó cómo la de Alba le había hecho bailar el minué ante el duque y Peral, vió la cara del marqués y dudó, vaciló. Pero ella ya se dirigía a éste: «¿Y usted, don Juan?». El marqués contestó en seguida: «Con todo gusto, duquesa. Pero ¿con esta ropa?». «Los pantalones le quedan bien», repuso Cayetana, «alguien le prestará una chaqueta. Prepárese, mientras yo me cambio».

La duquesa volvió en seguida, con el traje con que la pintó Goya, ese traje de fina tela transparente que la desnudaba, y encima el bolero amarillo con las negras mariposas de metal y la ancha faja de seda roja. Y bailó así con el marqués. Ninguno de los dos vestía en forma adecuada, no bailaron tampoco el verdadero fandango; Fruela y Vicente lo hacían mejor. Y no era el caso de pensar en Sevilla o en Cádiz y menos en Serafina. Pero era siempre el espectáculo desnudo y unívoco del fandango y había en él algo hondamente impropio, impúdico que la duquesa de Alba y el presidente del Consejo de Indias ofrecían a los campesinos, las doncellas y los caballerizos de Sanlúcar, un espectáculo de ardor sexual, deseo, pudor y plenitud. Ella hubiera podido llevarse perfectamente a toda esta gente —pensó Goya— a su habitación apartada, tocar el botón y mostrarles la maja desnuda. Lo que más le indignaba era que esa pareja que jugaba así, no eran ni un majo ni una maja. Era un juego atrevido, tonto, frívolo y no debía aceptarse, porque ridiculizaba el verdadero españolismo. Un sordo rencor invadió a Goya contra Cayetana y don Juan, contra todos los Grandes y sus mujeres, estos petimetres y estas marionetas entre quienes le tocaba vivir. Sí, él había bailado, entusiasta en este juego mentido y tonto, cuando hizo los tapices. Mas desde entonces había penetrado más hondo en los hombres y las cosas, había vivido y sentido más. Por eso creyó que Cayetana era algo más que una de aquéllos. Creyó que entre los dos no había juego, sino verdad, pasión, ardor, amor, el fandango verdadero. Mas ella había mentido, constantemente, y él se había dejado manosear como un pelele.

Los lacayos, las doncellas, los campesinos, cocineros, mensajeros y caballerizos gozaron de una gran velada. Sentían que Cayetana se esforzaba en pertenecerles y lo apreciaban, pero veían cómo fracasaba y se quedaron perplejos. Zapateaban, batían palmas, gritaban olé, y aun sin decirlo ni pensarlo, ellos se creyeron mejores que ella; cuando Fruela siguiera a Vicente, eso sería mejor, más natural, más español, más correcto, que si la distinguida dama siguiera a este fatuo o a su pintor.

La dueña no podía soportar el espectáculo. Amaba a su Cayetana, que lo era todo en su vida, pero su cordera se había dejado embrujar por el pintor. Con rabia y dolor veía cómo la primera dama del reino, la descendiente del gran duque se rebajaba delante de la chusma. Peral observaba desde su asiento. No palmoteaba, no gritaba olé. Había asistido a menudo a estos estallidos de Cayetana, tal vez no tan violentos, pero no muy distintos. Observó a Goya, vió las expresiones de su cara y sintió satisfacción y lástima.

Cayetana y San Adrián se enardecieron. La música se volvió más fogosa, las aclamaciones más fuertes; ellos bailaban, se agotaban. «Cánsate», pensaba Goya; «no lograrás ser una maja. No tienes ni la idea del fandango. Apenas si quieres calentarte con este petimetre». Y se retiró antes de que el baile terminara.

Esa noche también durmió mal. A la mañana siguiente, ella esperó que él fuera a buscarla para un paseo antes del almuerzo, como solía. Goya no fué y le hizo comunicar que tenía dolor de cabeza; no apareció tampoco para almorzar. Sacó su tela, estaba terminada. No tenía tampoco ganas de trabajar; el solano lo molestaba; le parecía que su oído volvía a fallarle. Guardó el cuadro. Se sentó a la mesa para esbozar una carta. Pensó: «El abuelo tenía su bufón; ella, su pintor, pero yo abandono el juego». Preparó el borrador de una carta para el mayordomo de la Corte, otra para la Academia, anunciando su regreso a Madrid. Dejó el borrador; no lo pasó en limpio.

Ella apareció por la tarde con su perrillo ridículo. Hizo como si nada hubiese pasado, fué amable y casi alegre. Lamentó que él no se sintiera bien. ¿Por qué no había llamado a Peral? «No se trata de algo que pueda remediar Peral», contestó él sombrío. Ella le aconsejó: «Sé razonable. Bien sabes que no puedo ofenderle, sólo porque estás de mal humor». «¡Envíalo al demonio!», insistió el pintor. «¿Por qué quieres meterte en mis cosas?», replicó Cayetana. «Ya sabes que no lo tolero. Nunca te planteé dilemas, nunca te dije: “Haz esto, deja aquello”». Esta amarga audacia lo irritó. Ella lo había exigido todo de él, todo lo que podía exigirse, los sacrificios más graves, y ahora preguntaba inocentemente: «¿Te pedí nunca nada?».

Goya anunció: «Voy a Jerez, quiero pintar a Serafina». Cayetana estaba sentada tranquila, con el perrillo en la falda. «Me viene bien», dijo ella, «que quieras irte ahora. Por un par de días me iré yo también. Visitaré mis posesiones, para vigilar a mis arrendatarios. Me acompañará don Juan que me podrá aconsejar». Goya empujó el labio inferior hacía adelante, sus ojos oscuros se ensombrecieron más. «Yo no me voy por unos días», replicó él, «y por mí no hace falta que te vayas. Quédate aquí tranquila con tu pisaverde. No te molestaré más. De Jerez regreso a Madrid». Ella se levantó, el perrillo se puso a ladrar. Cayetana estuvo por contestar violentamente. Miró la cara maciza de Francho: los ojos ardían negros en esa cara, sin dejar casi un poco de blanco. Ella se dominó. «Sería una necedad, Francisco», dijo, «que no volvieras a Sanlúcar. Lo lamentaría mucho». Y como él callara, ella le rogó: «Sé razonable. Me conoces. No me pidas que cambie. No puedo. Déjame cuatro o cinco días, toma igual plazo. Y luego vuelve y estaré aquí sola, y todo será como antes».

Goya siguió mirándola fijo, lleno de odio, luego dijo: «Sí, te conozco», sacó el dibujo, la «asunción», la «mentira», y la colocó en el caballete. Cayetana se vió volando, ligera, graciosa, con la cara purísima, inocente, y aquélla *era* su cara. No se jactaba de conocer mucho de pintura, pero comprendió, sí, que hasta ese momento nadie le había dirigido insulto peor; ni María Luisa, nadie. Y no podía decir dónde estaba ese insulto. O tal vez lo sabía. Eran los tres hombres, justamente aquellos tres, y ¿por qué don Manuel? Él sabía perfectamente cuán antipático le era y lo asociaba justamente a su aquelarre. «Por él estoy sufriendo destierro», pensaba furiosa. «Me dejé pintar por él como nunca una Grande lo hizo por un andrajoso pintor. Y me trata así…».

Sobre la mesa del pintor había un raspador. Ella lo tomó, lentamente, y con violento tajo cortó oblicuamente la tela de arriba abajo. Él se lanzó encima de ella, le agarró la mano, asió el cuadro. El perrito corría entre sus piernas ladrando. El caballete y la obra cayeron ridículamente al suelo.

> *Ambos se quedaron jadeando violentamente. Luego, tranquila, altiva como ella sola podía serlo, dijo la de Alba: «Siento que el cuadro haya sufrido daño. Dirá usted el precio. Se le…». Cayetana no siguió. Había caído sobre Goya como oleaje el temido acceso. Flojo, agotado, entumido, Francisco se hundió hecho un ovillo en la silla; su cara era la máscara del anonadamiento.*

37

LARGAS HORAS permaneció Goya exhausto, en un desesperado entorpecimiento. Por su cerebro revoloteaban las mismas tontas palabras: «Se acabó… Estaba loco, estoy loco… Me destrozó completamente, esa carroña… Se acabó… Estoy arruinado para siempre…». Las dijo en voz alta; creyó oírlas, sabía que no las oía. Se puso ante el espejo, se vió abrir y cerrar la boca, pero no oía lo que decía. En otros accesos, antes, se perdían primeramente los tonos altos, apenas al final los bajos. Habló muy fuerte con voz profunda. No oía nada. Antes, percibía un eco leve de los ruidos recios. Tiró un florero al suelo, lo vió hacerse añicos, nada oyó.

«Se acabó», decía. «Engañado, burlado, estafado. Mi hija muerta, mi carrera arruinada, mi oído destrozado». Sintió un furor loco, fué acumulando maldiciones. Hizo trizas el espejo que reflejó la imagen de ella. Estremecido se miró la mano herida, sangrante. Luego cayó en rencorosa resignación. «Trágala, perro», se dijo a sí mismo y se aplastó entorpecido y desesperado en la silla.

Acudió Peral. Se esforzó en hablar muy claro para que Goya leyese las frases en sus labios. El pintor estaba amargamente desesperado. Peral escribió: «Le daré un calmante. Acuéstese». «No puedo», gritó Goya. «Sea razonable», escribió Peral. «Si duerme un rato, estará mejor». Volvió con una poción. Goya se la hizo volcar. «No me dejo matar», dijo, esta vez en voz baja, sombrío, sin saber si lo había dicho. Peral lo miró pensativo, con piedad, y se fué sin replicar. Una hora más tarde volvió. «¿Quiere que le dé la bebida?», preguntó. Goya no contestó, empujaba adelante el labio inferior. Peral revolvió la poción, Goya la bebió.

Lentamente, despertando de un largo sueño, Goya volvió a la realidad. Vió su mano vendada. Vió que había allí un nuevo espejo, seguramente no ensuciado por la mentirosa imagen de la de Alba. Se levantó, se paseó por la habitación, trató de probar si oía. Golpeó una silla en el pavimento. Sí, había un eco leve. Volvió a experimentar, con desesperada ansiedad. Sí, era cierto, los ruidos no eran muy claros, pero no venían de adentro. *Podía* oír. Había esperanza.

Apareció Peral. No le habló, pero le informó que había enviado en busca de un buen especialista de Cádiz. Goya levantó los hombros, exageró su sordera. Pero se aferró con toda el alma a su esperanza. Ya tarde, a la hora en que por la mañana él solía ir a verla, vino Cayetana. Goya sintió miedo, alegría, rencor. Creía que se había marchado con su pisaverde, como había anunciado; no era mujer como para abandonar un proyecto sólo porque él se hubiese enfermado. Pero estaba allí. Ella le habló, pronunciando claramente las palabras. Goya estaba demasiado excitado para entender; tampoco lo quería. Se calló. Ella se sentó a su lado largo rato. Luego delicadamente le acarició la frente. Goya hizo la cabeza a un lado. Ella se quedó un rato más, luego se fué.

Llegó el especialista de Cádiz. Prescribió descanso y lo tranquilizó con palabras hábiles. Habló mucho y rápidamente con Peral. Comunicó a Goya por escrito que por mucho tiempo no oiría los tonos altos, pero sí los bajos. Eso confirmaba lo que sabía, y la esperanza de Goya aumentó.

Pero esa noche se le aparecieron todos los espectros que había visto en su espantosa existencia. Tenían cabezas de gatos y de perros, echaban fuego por enormes ojos de lechuza, asían con monstruosas garras, revoloteaban con gigantescas alas de murciélago. Era una noche muy oscura y él apretaba los ojos, sin embargo los veía, veía sus rostros espantosos y sus rostros graciosos, aún más aterradores. Sintió cómo se acurrucaban en torno suyo y le soplaban su horrible aliento, y en la calma de muerte que lo emparedaba eran más amenazantes que nunca. Cerca de la mañana, con los primeros albores, la conciencia de su sordera cayó sobre él con todo su horror. Le pareció que lo encerraba una gigantesca campana. No podría soportar que en adelante se sintiera separado de los hombres, porque tenía necesidad de comunicar su alegría y su dolor. No escucharía ya más las voces de las mujeres, las de sus hijos, la palabra amiga de Martín, las observaciones irónicas de Esteve, la censura amorosa y cuitada de Josefa, el elogio de los conocedores y los poderosos. No oiría más el ruido de la Puerta del Sol y de la plaza de toros, la música, las seguidillas y las tonadillas; no podría charlar más con majos y majas en los mesones. La gente lo evitaría, porque ¿quién habla con un sordo? Se volvería cada vez más ridículo y contestaría mal a todo. Conocía la frialdad del mundo, ruin para los sanos capaces de defenderse, espantoso para uno como él ahora. Tendría que vivir de sus recuerdos, y sabía que los demonios le destrozan a uno los recuerdos. Acechaba dentro de sí para escuchar voces familiares de amigos y enemigos, y no tenía seguridad de que oía correctamente. Estalló en gritos. Se enfureció.

Corrió al espejo, un espejo ovalado, hermoso, grande, con magnífico marco dorado, bien tallado. La

imagen que vió era peor que sus espectros nocturnos. ¿Era él? El cabello le caía en desorden alrededor de la cabeza, la barba irregular se rizaba oscura y grotesca alrededor de las mejillas hundidas y el mentón; fuertes y casi negros se perdían en hondos agujeros los ojos; las gruesas cejas se cortaban grotescamente separadas en la frente; gruesas arrugas corrían de la nariz abajo y alrededor de la boca, una mitad de los labios era absurdamente distinta de la otra mitad. Toda la cara estaba sombría, furiosa en el desamparo, resignada como la de una fiera apresada; era una de las caras que había pintado en su «Casa de locos». Se sentó en la silla de espaldas al espejo y cerró los ojos. Durante una hora interminable se quedó así hundido en sí mismo, casi sin conciencia.

Alrededor del mediodía, comenzó a pensar con salvaje impaciencia en si Cayetana vendría a verle. Se dijo que debía haberse marchado, pero mal podía creerlo. Se levantó y corrió de un lado a otro por el cuarto. Era la hora en que solían verse. Ella no apareció. Pasaron cinco minutos, diez. Sintió un furor indomable. Si el perrito no podía evacuar, ella estaba de duelo como si se derrumbara el universo; pero mientras él estaba allí ahora aplastado como Job, ella se marchaba con el primer petimetre que se le cruzaba en el camino. Ardió en él un insensato deseo de venganza. Hubiera querido ahogarla, pisotearla, pegarla, arrastrarla, aniquilarla.

La ve llegar. De pronto se tranquiliza. Toda opresión desaparece en él; le parece que se ha levantado la campana que lo cubre. Tal vez lo peor ha pasado, tal vez puede oír. Pero no se atreve a comprobarlo, no quiere exhibir el fervor y el dolor de sus tristes esfuerzos, quiere gozar de su proximidad, nada más. Tampoco quiere verla, le basta saber, sentir, que ella está allí. Se echa en la silla, cierra los ojos, respira fuerte, uniformemente.

Ella llega. Lo ve cómodo en la silla, durmiendo; es el único hombre que se le rebeló una y otra vez, que la irritó como nadie y con quien está atada como con ningún otro había estado jamás. Todas las mujeres que pudo haber en su vida, y aún pueda haber, nada significan, y nada tampoco importan los hombres que pasaron y pasen aún por la de ella; nada significa el que ella parta ese día con el marqués. Ella ama solamente a este ser, sólo a él ha amado, a nadie más, y así será para siempre. Mas aunque los dos se arruinen, ella no cambiará por él, ni por él dejará de hacer lo que se ha propuesto… Y él está allí ahora y duerme, de agotamiento, de desesperación; un ser desdichado, desdichado por ella como fué feliz por ella, y como siempre volverá a ser desdichado y feliz… por ella.

> *Y ella se le acerca y le habla; porque alguna vez ha de decírselo y él no oye porque duerme y aunque no durmiera, tampoco la oiría. En cambio él la oye; oye cómo su voz infantilmente dura dice: «Eres tan tonto, Francho, y nada sabes. Yo te amé siempre, te amé a ti solo, viejo y tonto y gordinflón y majo, y no lo has notado y crees que quiero ir al infierno con otros. ¡Ay, ser horrible y único, qué tonto eres! Sólo te quiero a ti, sólo a ti, siempre, pintor atrevido. Siempre y solo a ti». Pero él no se mueve, duerme, se nota en su respiración, hasta que ella sale del cuarto.*

38

GOYA SE FELICITÓ del ardid empleado y durmió bien esa noche. Cuando despertó al día siguiente, notó con espanto que no oía y que estaba encerrado definitivamente en la oscura campana de la sordera. Con rabia y gozo pensó que los últimos sonidos que oyó en este mundo, habían sido las palabras de Cayetana y que era una hazaña suya habérselas arrancado con astucia. Era la hora en que ella solía llegar. Corrió a la ventana, miró afuera, abrió la puerta y espió en el pasillo, porque no podía oírla llegar. Pasó media hora. No llegaba. ¿Era posible que después de haberle hablado de aquella manera, se marchara con el pisaverde?

Apareció Peral y lo invitó a almorzar con él. Francisco, con toda la naturalidad posible, preguntó: «¿Ha partido doña Cayetana?». «¿No se despidió de usted?», preguntó Peral a su vez, sorprendido. «Ella vino, sin embargo, para despedirse».

Después del almuerzo, conversaron largamente. Goya se impacientaba porque Peral trataba de hacerse entender articulando claramente las palabras en lugar de escribir. Se avergonzaba de su mal. Espió en la cara de Peral, que conocía tanto, buscando un signo de malignidad. No encontró nada, pero siguió desconfiando. En lo sucesivo tendría que desconfiar de todo el mundo; le gusta la sociedad, quiere poder comunicar sus alegrías y sus penas, pero su oído cerrado le cerrará a su vez la boca.

Peral le dibujó el oído interno y trató de explicarle su mal. No había excesivas esperanzas, era necesario comenzar a aprender a hablar por señas. Un francés, el doctor de
L'Epée,
había inventado un buen sistema, mucha gente en Cádiz lo conocía; sería bueno que Goya empezara los ejercicios pronto. «Sí», contestó con rencor el artista, «tendré que tratar solamente con sordomudos, con inválidos. Ya no me tolerarán entre seres normales».

Justamente el pobre consuelo y los deleznables remedios del médico le mostraron lo tremendo de su padecer futuro, en el silencio horroroso del mundo. ¿Podrá jamás hacer el amor a una mujer? ¿No le paralizará la sensación de que una mujer lo amaría ahora por compasión? Los demonios habían elegido para él una pena muy dura, porque por una mala pasión había sacrificado a su hija y su carrera. «Dígame», preguntó de pronto a Peral, «¿cuál es la causa de mi enfermedad?».

Goya comenzó entonces a blasfemar como un condenado. Lanzó al arriero maldiciones e insultos, ajos y cebollas, como el pobre nunca recibiera, y poniendo el grito en el cielo, Gil contestó las maldiciones. Francisco no le oía, pero observó que Gil se desgañitaba y de pronto dejó de maldecir y estalló en carcajadas. «No te canses», le dijo, «ganaré siempre yo, porque tú me oyes y yo no». Gil comprendió y comprendió también que había que ceder. «Es usted todo un hombre, don Francisco», confesó. «Y es de los nuestros. Digamos pues setecientos ochenta». El regateo concluyó en seiscientos cincuenta reales. Convinieron también el itinerario, los gastos de alojamiento, la alimentación, el forraje para los mulos, y Gil admiró cada vez más al viajero. «Por vida del demonio, Su Excelencia sabe más que uno de nosotros», admitió; y sellaron el trato de palabra con un apretón de manos.

Para el viaje, Goya se vistió con sencillez; adquirió una chaqueta de piel de cordero negro, una faja ancha y un sombrero puntiagudo con ribetes de seda negra. No olvidó la bota. En las alforjas metió solamente lo indispensable. Y partieron. Goya dejó de cuidar su físico, no se afeitó, y pronto se vió rodeada la cara de barba enredada. Nadie lo podría tomar por un gran señor.

El camino era largo; lo cumplieron con breves etapas. Se dirigieron primeramente hacia Córdoba. Por el mismo camino había venido en pos de Cayetana, en diligencia con seis caballos, a gran prisa, lleno de esperanza. Y fué una sensación muy distinta la de este regreso: casi la pobreza, mucho cansancio, gran lentitud, a menudo ridiculizado. Como un campesino que envejece a través de un mundo enmudecido.

En la venta de La Carlota supieron que tres días después sería ejecutado en Córdoba el famoso bandido José de Roxas, apodado El Puñal. Una ejecución, y más la de un bandido tan célebre, era un gran espectáculo popular, más atrayente que una hermosa corrida, y si la Providencia le conducía tan cerca en ese momento, hubiera sido locura y aun crimen que Goya se perdiera la ocasión. El arriero y el pintor, por no tener apremios, se quedarían un día más en la ciudad. Francisco había tenido siempre la debilidad de observar a hombres en desgracia; y estando él también ahora en la desventura, la ejecución lo tentó aún más.

Gil, como todos los arrieros, tenía curiosidad por cosas nuevas, por anécdotas de toda clase; había entretenido a Goya durante el viaje contándole muchas historias, que en sus labios se ampliaban y tomaban

color: «A luengas tierras, luengas mentiras». Y así contó muchas cosas también de El Puñal. Los soldados nunca lo hubiesen atrapado, si un bribón de su banda, vendido a la policía, no le hubiese quitado durante el sueño la estampa de la Dolorosa. Y aunque la población respirara aliviada por la captura, el bandido le era simpático y ella desaprobaba el proceder de las autoridades. Éstas habían prometido el perdón al jefe y a su gente, si El Puñal entregaba la banda. El jefe logró convencer a los suyos para que se rindieran. Pero las autoridades declararon que los bandidos no se habían rendido a El Puñal, sino a los soldados y lo condenaron a la pena del garrote.

Apenas llegados a la ciudad, Goya y Gil fueron a la cárcel para ver al bandido, porque el día antes de la ejecución, quien lo quisiera podía expresar al condenado su repudio o su piedad. En el pasillo de la celda, algunos franciscanos recogían limosnas para que se dijeran misas por el alma del reo. La capilla era bastante oscura. Había una mesa con un crucifijo, una imagen de la Virgen, dos velas. En el rincón, en un camastro, yacía El Puñal, con la manta a rayas subida hasta la boca, mostrando solamente la parte superior de la cabeza, rizos desordenados, ojos negros, frente alta. Los guardias ordenaron a Goya y a Gil que se retiraran para dejar sitio a otros. Pero Francisco quería ver al bandido de pie. Entregó una buena propina y ambos pudieron quedarse.

Después de un rato, El Puñal se levantó. Estaba casi desnudo, pero del cuello le colgaban el rosario y la estampa de la Dolorosa. La había traído un joven, decían los guardias, que la había recibido de un desconocido. Se hicieron averiguaciones, sin resultado; parecía que el traidor no había querido que el jefe muriese sin su protectora.

Allí, después de tanta fama y tanta vergüenza, estaba el bandido, casi tan desnudo como al nacer. Llevaba encima de su desnudez el rosario y la estampa recobrada en vísperas de morir y los grillos y las cadenas impuestas por sus semejantes. Y la gente lo insultaba, y lo compadecían. Él no contestaba. A veces levantaba la cabeza y decía: «No me matan los hombres, sino mis crímenes». Y lo repetía mecánicamente, como un estribillo enseñado por los monjes. Goya vió en cambio que su mirada era salvaje, desesperada; el bandido miraba como el hombre que se reflejó una vez en un espejo…

A la mañana siguiente, muy temprano, dos horas antes del suplicio, Goya y su arriero estaban ya en la Corredera, la gran plaza de Córdoba. Había una multitud apretada; ventanas, balcones y azoteas estaban colmados de espectadores. Alrededor del cadalso, los soldados custodiaban un espacio reservado para funcionarios, damas y caballeros de la sociedad. «¿No quiere darse a conocer. Excelencia?», preguntó Gil. Mas aunque resultaba incómodo estar entre la multitud, apretado y zarandeado, aunque no se podía ver bien el escenario de la ejecución, Goya prefirió vivir entre el pueblo lo que allí ocuriría. Por primera vez olvidó su desdicha y aguardó en tensión como los demás.

Muchos vendedores hacían su agosto, ofreciendo refrescos, romances de El Puñal, sillas y banquillos. Había mujeres con sus críos de pecho, quejándose de los apretones; nadie les hacía caso. La impaciencia fué creciendo; faltaba una hora, media hora aún, el tiempo corría muy lento. «Para él pasa más rápido», bromeó alguien. Goya no entendía a la gente, pero adivinaba, conocía a la muchedumbre, sentía como ella. Y aguardó sombrío, cruel, compadecido y complacido como ella…

Finalmente, dieron las diez en la catedral. Todos se apretaron más, estiraron el cuello. El Puñal no aparecía. España era una tierra religiosa; el reloj del tribunal había sido atrasado en diez minutos. Se concedían diez minutos más al condenado, tal vez en espera del perdón, tal vez o seguramente para que se arrepintiera.

Concluyeron también los diez minutos y El Puñal llegó. Vestido con el sambenito de los criminales, rodeado de franciscanos, sostenido por ellos, recorrió su último camino, breve e infinito. Un monje llevaba delante de él un crucifijo y el bandido se detenía constantemente para besarlo y prolongar su vida. Todos sentían su vacilación y hubieran deseado empujarlo rápidamente.

Llegó a la escalera del cadalso. Se arrodilló, rodeado de monjes, para confesarse por última vez. Luego, acompañado por un solo franciscano gordinflón, subió al patíbulo. Arriba, con frases entrecortadas, jadeando, habló a la muchedumbre. Goya no oía lo que estaba diciendo, pero veía su rostro y detrás de su artificiosa impasibilidad, su infinita angustia. Esperó tenso el momento en que, como era usanza, el criminal perdonaba al verdugo. Los españoles despreciaban al verdugo y la declaración de perdón, impuesta por la religión, tornaba más amargos los últimos minutos del reo. Goya le miraba la boca, entrecerrando los párpados, y logró entender las palabras. El Puñal dijo: «Me mata mi crimen, no este hombre». Este hombre era frase de desprecio y Goya sintió satisfacción de que el bandido cumpliera su deber y al mismo tiempo demostrara al verdugo el desdén que merecía. Y ya El Puñal pronunció sus últimas palabras: «Viva la fe, viva el rey, viva el nombre de Jesús». La gente escuchaba, un poco ajena, desaprobando. Sólo cuando El Puñal gritó: «Viva la Virgen Santísima», todos replicaron en grito y Francisco también.

Entre tanto el verdugo había terminado sus preparativos. Era un joven que lo hacía por primera vez y todos aguardaban para ver cómo saldría del paso. Plantado en el suelo, atravesaba el piso del cadalso un grueso palo; delante, un grosero banquillo. Sobre éste, el verdugo apretó al condenado. Luego le ató los brazos y las piernas desnudos tan firmemente que se hincharon hasta ponerse negros. Se necesitaba prudencia; hacía poco que un criminal había matado al verdugo durante su tarea. En el palo estaba sujeto un anillo para la garganta del reo: el garrote, que el verdugo colocó alrededor del cuello de El Puñal. El monje puso en las manos del desdichado un pequeño crucifijo.

Todo estaba listo. El condenado tenía piernas y manos atadas, la cabeza apretada contra el palo por la anilla; su cara vuelta hacia el cielo azul, chirriando los dientes, estaba llena de loca angustia. El monje había retrocedido un poco hacia un lado y defendía sus ojos del sol con la mano. El verdugo asió el cabo del torniquete, el juez dió la señal. El verdugo cubrió la cara del reo con un trapo negro, con ambas manos hizo girar el torniquete que ahorcaba a El Puñal. La multitud miraba conteniendo la respiración; vió agitarse las manos del ejecutado, vió su pecho hincharse extrañamente. El verdugo miró prudentemente debajo del trapo negro, dió una vuelta más al torniquete, quitó el trapo, lo dobló, se lo puso en el bolsillo; luego respiró aliviado y bajó del cadalso para encender un cigarro.

Bien visible para todos quedó ahora en el sol la cara del ejecutado, contraída, casi azul en medio de la intrincada barba, los ojos vueltos, la boca abierta con la lengua colgando. Goya comprendió que en cualquier momento podría evocar esa cara.

En el cadalso se colocó un grueso cirio, delante un ataúd negro y una mesa con dos bandejas, para recoger monedas destinadas a que se rezaran misas por el muerto. Los espectadores discutían vivamente lo ocurrido. Se había visto con claridad que el verdugo actuaba por primera vez y tampoco El Puñal había muerto tan valientemente como correspondía a un bandido famoso. El cuerpo permaneció expuesto hasta mediodía. La mayor parte de los espectadores, entre ellos Goya y Gil, se quedaron hasta que llegó la carreta del verdugo; el cadáver sería llevado a la montaña, hasta la meseta llamada la Mesa del Rey, para ser despedazado y tirado al abismo. La gente se dispersó lentamente. «La carne a los lobos, el alma a los demonios», murmuraban al volver a sus casas.

Goya y Gil abandonaron la ciudad y continuaron hacia el norte. Como era costumbre viajando en mulas, dejando a un lado la carretera, tomaron por senderos que acortaban camino. A lo largo de las carreteras había fondas y posadas, a lo largo de los atajos, sólo ventas, míseros albergues con escasa comida, camastros de paja y muchas pulgas. Gil se asombraba cada vez más de que el primer pintor del rey prefiriese refugios tan miserables, pero Goya contestaba: «No hay almohada más suave que las espaldas cansadas». Y dormía bien, sin sueños.

Una aventura siempre nueva era volver al camino real desde los atajos. En los coches de postas, en las galeras, tartanas y calesines, viajaban mercaderes, clérigos y abogados; en mulas y a pie pasaban estudiantes, monjes, pequeños comerciantes, damiselas equívocas, buhoneros en busca de suerte en las ferias vecinas. Pasaban banqueros de Cádiz en coches modernos y elegantes, y Grandes en anticuados coches de colleras, con dorados, escudos famosos, muchos encuartes y libreas. Francisco conocía estos caminos y tal vez veía mejor ahora lo pintoresco de su movimiento, al no oír su ruido, que también conocía. Conocía el chirriar de las ruedas rara vez engrasadas, para que su ruido se anunciara lejos y ahuyentara a las fieras. Conocía las alegres voces de los viajeros y los gritos estruendosos de cocheros y arrieros. Veía también ahora girar las ruedas, golpear los cascos de las bestias, abrirse y cerrarse los labios de esa gente, pero el sonido debía llegarle del recuerdo. El juego era excitante, a veces divertido, casi siempre triste. Le sorprendía que después de ver el fin bestial de El Puñal, su propio dolor se tornara más suave.

Una vez se encontró junto con Gil delante de un mesón y con otros más asistió al enganche de los ocho caballos de la gran diligencia de correos. Luego el mayoral tomó las riendas, el zagal saltó a su lado, los arrieros y ayudantes blandieron látigos y el enorme vehículo se puso en movimiento. Goya vió cómo gritaban para impulsar a las bestias y, sin poder contenerse, mezcló también sus gritos con los de cocheros y arrieros: «Ea perro… ¡Macho, macho, machoooo!».

Goya y su arriero tomaron una vez más por atajos. Más a menudo también encontraron aquí pequeños montones de piedras con cruces y lápidas en recuerdo de gente que pereciera en esos lugares. Era sorprendente su número; debieron formar todo un ejército. Las lápidas decían que habían caído en precipicios, habían sido devorados por las fieras, barridos por inundaciones, destrozados por bandidos; habían muerto a veces también de apoplejía. Había siempre una invitación para el viajero que debía detenerse y rezar por el alma del difunto. Gil observó asombrado que Goya a menudo sólo se quitaba el sombrero y se persignaba.

Por trechos, se unieron a verdaderos convoyes de mulateros, porque era mejor viajar en compañía por

sendas tan apartadas. Goya no se imponía a los demás, tampoco los evitaba; no tenía reparos en confesar que era sordo. Gil sintió cada vez más amistad y respeto por el señor que lo había alquilado, lo engañaba raramente y sólo por sumas insignificantes. A veces tenía que desobedecer a la prohibición de Francisco y contaba quién era el viajero y qué enfermedad lo aquejaba.

Una vez, se encontraron con unos bandidos muy amables, expertos en su oficio, rápidos también. Mientras dos de ellos palpaban a Goya, el arriero habló en voz baja con los otros; evidentemente, les dijo quién era Goya. Así le quitaron a ese señor, que pintaba para los tapices del rey escenas de bandidos y contrabandistas, solamente la mitad de los seiscientos reales que llevaba encima y cuando concluyeron, lo invitaron a beber de sus botas, agitaron con mucho respeto sus grandes sombreros y le desearon gentilmente: «¡Que la Virgen lo acompañe!».

Y Goya transitó así, pobre, sucio, encerrado en su sordera, montado en su Valeroso, por España inexplicablemente muda; pasó miserablemente pero resuelto a robustecer sus espaldas contra los demonios que se las doblaban para aniquilarlo. Habían caído sobre él los demonios. Pero marchará erguido, él, Francisco Goya, pintor, hombre de Aragón. Será más fuerte ahora. Sacará provecho de la miseria de su estado; verá mejor y dibujará mejor. Y se rió estrepitosamente; el arriero lo miró sorprendido y preocupado.

Indiferente, agriado, pasó Goya de la ciudad andaluza donde conoció la mayor felicidad y el dolor más amargo, hacia el norte, hacia Zaragoza, la ciudad de donde procedía…

Tercera parte

1

EN ESA ÉPOCA, el último lustro del siglo, el poder en la República francesa se le había escapado al pueblo, para caer en las manos de los hombres de negocios. Poco antes, el barón Holbach, enciclopedista, había advertido: «No hay ser más peligroso que el comerciante que tiende al robo», y los jefes revolucionarios pensaban lo mismo. Babeuf y sus adeptos fueron ejecutados porque querían crear una «comunidad de iguales» y la igualdad en las rentas; los nuevos señores de Francia anunciaban su lema: «¡A enriquecerse!». También en los Estados Unidos, aquel país que trató de realizar las ideas del iluminismo con la revolución, los dirigentes coqueteaban con las viejas ideas. Se renegó de Francia, sin cuyo auxilio la independencia hubiera sido una utopía, se insultó al embajador francés y se inició la guerra fría contra la República. Se dictó una ley contra los extranjeros, anulando el espíritu de la Constitución, y se ahogaron los principios de la Declaración de Independencia. Cuando el primer presidente, Jorge Wáshington, terminó su mandato, un diario de Filadelfia escribió alborozado: «El culpable de toda la miseria del país baja hoy a la categoría de sus conciudadanos y ya carece del poder de aumentar los sufrimientos de estos Estados Unidos. Los corazones que laten por la libertad y el bienestar del pueblo deben alegrarse, porque Wáshington deja de difundir la injusticia y de permitir la corrupción».

El apasionado esfuerzo para crear en brevísimo lapso un orden nuevo de la humana existencia había agotado al mundo. Concentrando todas las energías, se había intentado regular con la razón la cosa pública y la privada. Cansadamente, de la cegadora claridad de la inteligencia se huyó al crepúsculo de la conciencia. En todas partes se enaltecieron otra vez las viejas ideas conservadoras; de la frialdad del pensar se retrocedió al calor del creer, de la piedad, de la sensibilidad. Se buscó salvación de las borrascas que parecían haber traído la libertad en el tranquilo puerto de la autoridad y la disciplina. Los románticos soñaron con la resurrección de la Edad Media; los literatos cantaron su odio por la luz del sol, acariciaron las mágicas noches del claro de luna, celebraron la paz y la seguridad en el seno de la Iglesia católica. Un cardenal se ufanaba de que el iluminismo no le había rasguñado siquiera.

Era un error. Las nuevas ideas, claras y agudas, se habían adueñado de demasiados espíritus para que pudieran desarraigarse. Estaban socavados privilegios hasta entonces inconmovibles; el absolutismo, la realeza de origen divino, la separación en clases y castas, las prerrogativas de la Iglesia y la nobleza, todo esto era puesto en duda. Francia y América habían dado el gran ejemplo, y a pesar de la renovada oposición de la Iglesia y de la aristocracia, la idea se abrió camino: la humanidad debía regirse de acuerdo con los resultados del conocimiento científico y no por leyes consignadas en viejos libros, llamados sacros.

En el último lustro del siglo, vivían en Francia 25 millones de almas, en Inglaterra y España once millones en cada una; París tenía 900.000; Londres 800.000; los Estados Unidos de América unos tres millones de blancos y 700.000 esclavos de color; la ciudad mayor de América era Filadelfia con 42.000 habitantes; Nueva York tenía 30.000, Boston, Baltimore y Charleston 10.000 cada una. En esos días, el economista inglés Malthus publicó su «Ensayo sobre el principio de población» y consignó la ley de que la humanidad aumentaba más rápidamente que los alimentos necesarios para su vida y que había que limitar la procreación. Los hombres aumentaron en mucho la utilidad del suelo de su planeta. Los Estados Unidos trataron de atraer colonos y crearon para ello oficinas y sociedades que vendían a largo plazo la tierra a un dólar el acre. Alejandro de Humboldt inició sus viajes de exploración por Centro y Sudamérica, que hicieron más habitable el mundo.

Se verificaron en todas partes, especialmente en Europa, muchos y violentos cambios políticos. Antiguos reinos se derrumbaron, fundiéndose en nuevas formas estatales, generalmente en repúblicas. Muchos dominios eclesiásticos fueron secularizados; el Papa fué llevado prisionero a Francia; el Dux de Venecia se casó por última vez con el mar. La República francesa ganó muchas batallas por tierra; Gran Bretaña, muchas por mar y una decisiva en la India. Al final del siglo, Inglaterra concertó con casi toda Europa un pacto para impedir la penetración ulterior de Francia y la difusión de ideas liberales. En realidad, hubo en este último lustro más guerras y violencias que en todo el siglo y el filósofo alemán Manuel Kant escribió su «Proyecto de la paz perpetua». En su vida privada, los conductores militares del mundo desmenuzado prestaron poca atención a la voz pública y a los periódicos. Napoleón Bonaparte se casó con Josefina Beauharnais y el almirante Horacio Nelson conoció y amó a Emma Hamilton. El mundo se liberó de la vestimenta pesada y suntuosa y borró el límite entre los trajes de los privilegiados y la clase baja. En Francia, por influencia del pintor David, se popularizó primero una vestimenta sencilla un poco copiada de

la antigüedad: «La Merveilleuse», y se comenzó a llevar pantalones largos, que se difundieron pronto por Europa.

Alejandro Volta construyó el primer aparato que producía corriente eléctrica constante; Priestley descubrió el óxido de carbono; Stanhope inventó la prensa metálica para la imprenta. Pero en todas partes, los hombres se aferraron a las ideas heredadas y a los viejos métodos de trabajo; creían que los descubridores de leyes naturales antes desconocidas eran enviados del demonio y siguieron arando la tierra como milenios antes. Eduardo Jenner publicó un ensayo recomendando la vacunación contra la viruela y todo el mundo se rió de él. No se ridiculizó en cambio a aquellos que se bañaban en fuentes benditas y se contagiaban y que ofrecían a los Santos imitaciones en cera de sus miembros enfermos, para lograr la salud.

Se consideró en todo el mundo a Shakespeare como el máximo escritor de los últimos mil años; se le tradujo a muchos idiomas; Augusto Guillermo Schlegel creó una versión que trasformó y embelleció el idioma alemán del siglo siguiente, Goethe escribió «Hermann y Dorotea»; Schiller, su tragedia «Wallenstein»; Alfieri, «Antígona», «Saúl» y «El segundo Bruto»; y murió Carlos Gozzi, gran cuentista, que dejaba tres tomos de «Memorias inútiles». Jane Austen escribió sus delicadas novelas «Orgullo y prejuicio» y «Sentido y sensibilidad»; Coleridge publicó sus primeras poesías; lo mismo hizo el sueco Tegner. En Rusia, Chemnitzer escribió la tragedia «Moscú liberada» y Kapnist satirizó en su comedia en verso «El embrollo» la venalidad de la justicia. Millones de gentes que nunca tuvieron un libro en la mano, comenzaron a leer y a encontrar gusto en hacerlo.

En ese lustro, en París, se colocaron en el Panteón, con la participación del pueblo, los restos del jefe de los librepensadores: Voltaire, y Madame Lenormand abría su salón de predicciones, muy concurrido. En el museo de Madame Tussaud estaban tranquilamente una al lado de la otra la imagen en cera de San Dionisio, que llevaba su cabeza debajo del brazo, y la del hereje Voltaire. En la ciudad egipcia de Roseta, la Reschid de los árabes, se encontró una piedra cubierta de inscripciones que hizo posible para el arqueólogo Champollion la lectura de los jeroglíficos. Condorcet creó la filosofía materialista de la historia y Laplace explicó científicamente el origen de los planetas. Pero, si uno no creía que el mundo fué creado —según la Biblia— en los seis días que van del 28 de septiembre al 3 de octubre de 3988 a. J. C., no podía ocupar cargos públicos.

En la misma época, Goethe escribió en los «Epigramas venecianos» que odiaba cuatro cosas sobre todas las demás: «El olor del tabaco, las chinches, el ajo y la cruz». Tomas Paine trabajaba en un libro elemental del racionalismo: «La época de la razón». Schleiermacher publicó su libro «Sobre la religión», Novalis, su «Teodicea» y el escritor francés Chateaubriand se convirtió a un catolicismo romántico. «El libro del imperio romano», donde Eduardo Gibbon representa el nacimiento del cristianismo como un retorno a la barbarie, fué celebrado mucho como la obra histórica más importante de aquellos días; no menos favor merecieron sin embargo las «Apologías», en las que el obispo Ricardo Watson trató de refutar elegante y moderadamente a Gibbon y a Paine.

Durante ese lustro, se hicieron esencialísimos descubrimientos físicos, químicos y biológicos; se encontraron y comprobaron importantes principios sociológicos, y sus descubridores y apóstoles fueron hostilizados, despreciados y encarcelados. Se ensayaron nuevos sistemas curativos científicos, y sacerdotes y médicos sacaron los demonios de los enfermos, curándolos con oraciones y amuletos. Estadistas dados a filosofar y comerciantes codiciosos, tranquilos hombres de ciencia y curanderos embaucadores, clérigos ávidos de poder y campesinos esclavos, artistas sensibles para toda atracción y soldados obtusos e incendiarios, todos vivían juntos en poco espacio, chocando entre sí y apretujándose; mujeres con cerebros primitivos apenas o con cerebro pensante, otras armoniosas y receptivas para toda belleza o cerradas ante la palabra formada, el sonido elaborado, la piedra trabajada, mujeres esforzadas, vivaces y mujeres tontas y perezosas, respiraban el mismo aire, se rozaban unas a otras, estaban siempre en inmediata vecindad. Se amaban y odiaban mutuamente, hacían guerras, firmaban pactos y los quebraban, se quemaban y despedazaban, se mezclaban y procreaban hijos y rara vez se entendían. Los más hábiles y dotados, los menos, irrumpían progresando; la mayoría de los demás los retenía, los combatía, los encadenaba, los mataba, trataba de eliminarlos de cualquier forma. Pero aquellos pocos lograban avanzar, ciertamente muy despacio, con muchas tretas y más sacrificios y arrastraban consigo a la masa de los otros un paso más adelante.

Los ambiciosos y los limitados explotaban la indiferencia y la necedad de muchos y cuidaban de mantener instituciones podridas. Mas la revolución francesa había soplado sobre el mundo aires nuevos, frescos, y Napoleón, punto final del movimiento, se dispuso a barrer definitivamente todo lo que no podía sobrevivir.

La idea de los derechos del hombre fué entonces algo más que mero ruido; fué realidad en muchos países, realidad escasa, joven, pero tangible ley escrita. Por eso, al final del lustro y del siglo, hubo a pesar de todo un poco más de razón en el mundo, que al comienzo del mismo siglo.

2

DON MANUEL había salido media hora antes de San Ildefonso. Se recostaba perezosamente, malhumorado, sobre los almohadones del coche. Emprendía el largo viaje a Cádiz, donde le aguardaban asuntos desagradables. Naturalmente, quería tomarse un par de días de reposo en Madrid, de incógnito, al lado de Pepa. Mas ni esta perspectiva podía infundirle alegría. ¡Caramba! En las últimas semanas tuvo solamente disgustos. El que los franceses le obligaran a la guerra nada popular contra Inglaterra, era ya una cruz bastante pesada; y los gabachos pretendían ahora que tomara contra Portugal, país amigo, medidas irreflexivas e irreparables.

La flota inglesa poseía bases en puertos portugueses y Francia, invocando la alianza, exigía que España lograra el cierre de esos puertos. Constantemente, con antipática razón, el embajador francés, ciudadano Truguet, pedía que, si Portugal se negaba, España procediera a ese cierre con las armas. Era tentador caer sobre el pequeño e indefenso país vecino y ganar una victoria, pero el príncipe regente de Portugal era yerno del rey católico; Carlos y María Luisa no querían hacer la guerra a su propia hija. Portugal, además, había enviado a don Manuel nobles presentes, porque con callado compromiso había dejado apagarse la guerra con la Gran Bretaña.

El problema portugués no era su única cuita. Embrollos antiguos y olvidados, como el de la flaca Genoveva de Havré, recobraban vida de repente. Expulsado de España, el marqués de Havré con su hija se había refugiado en Portugal donde vivía con un subsidio de los fondos secretos de Carlos. El vulgar ciudadano Truguet, carente de tacto, supo algo de eso y con toda desvergüenza exigió a don Manuel que, no sólo cortara toda relación con el aventurero realista, sino que impusiera a Portugal una inmediata expulsión.

Viajaba pues el Príncipe de la Paz con el feo regusto de los enredos de San Ildefonso en la boca, a la espera de las antipáticas negociaciones de Cádiz. María Luisa había colocado a muchos de sus favoritos en puestos de mando de la armada de guerra; los señoritos no tenían otro bagaje que los altos títulos y el favor de la reina; oficiales muy capaces estaban subordinados a estos chapuceros y amenazaban con pedir su retiro. Todo eso también era molesto.

Y no era todo. A medida que Manuel se acercaba a la capital, más se ensombrecían sus penosas reflexiones. Resolvió quedarse un día más en Madrid al lado de Pepa. Olvidaría así la carga que le había impuesto el destino, no sería un estadista sino solamente un hombre que goza alegremente de su propia vida. No fué así.

Pepa había pasado semanas de mortal aburrimiento. Francisco se había ido; arriesgando su carrera, hacía semanas también que compartía el destierro de la de Alba. Con amargura pensó en la ardiente pasión de que era capaz y en la escasa pena con que la había pasado a don Manuel. ¡Y el mismo Manuel! Hablaba mucho de su amor por ella, pero estaba casi siempre en San Ildefonso o en Aranjuez o en el Escorial y la dejaba sola; y, cuando aparecía, llegaba furtivamente. Y fué una Pepa excitada y hosca la que encontró Manuel.

Pepa le pidió que la acompañara a la plaza de toros, a la corrida que iba a torear Pedro Romero. Él contestó suspirando que el domingo debía estar en camino para Cádiz. «¿Es mucho», preguntó, «si le pido que se quede un día más conmigo?». «*Chérie,* no me fué nada fácil encontrar tres días para usted», repuso él. «Tengo que dirigir una guerra junto con otros asuntos urgentes. ¡Por favor, no me imponga otra carga!». «Yo le diré por qué no quiere acompañarme a la corrida», contestó Pepa. «Usted se avergüenza de mí. No quiere mostrarse a mi lado».

Manuel trató de hacerla entrar en razón. «¡Pero comprenda!», rogó impaciente. «Tengo demasiadas dificultades sobre mis hombros. Debo obligar a Portugal a romper sus relaciones con Inglaterra; debo tratar con prudencia al príncipe regente portugués; debo echar de la armada a tres Grandes inservibles; debo asentar en la armada otros tres Grandes del mismo jaez. Truguet, además, me hace la vida difícil; quiere que haga expulsar a de Havré de Lisboa. En Cádiz pondrán cara fea ya, porque llego con dos días de retraso, y usted quiere que me quede hasta el lunes… ¡Comprenda, por Dios, mis apremios!». «Sus apremios…», replicó Pepa quisquillosa, «sus apremios tienen un solo origen: su desenfrenada sensualidad. Todas sus desavenencias con Portugal y Francia se deben a que tuvo que enamorarse de esa pobre Genoveva». Irritado él también, replicó: «Tú me empujaste a eso. Si me hubieras demostrado el amor que merece un hombre de mi clase, nunca hubiera tocado siquiera a esa sardina». Fuera de sí, Pepa le gritó: «¿Y tengo también la

culpa yo de que se restriegue usted con la anciana María Luisa?».

Eso colmaba la medida. Su temperamento primitivo, que era el de un majo de Extremadura, la provincia que cría cerdos, estalló: Manuel levantó su mano carnosa y le dió una bofetada. Por un segundo Pepa quiso devolver el golpe, arañarlo, morderlo, ahogarlo. Se dominó, tocó el timbre: «¡Conchita!», llamó, «¡Conchita!».

Manuel vió en la blanca mejilla la marca ardiente de su mano, vió los ojos verdes relampaguear de indignación. Balbuceó disculpas, atribuyó su excitación al exceso de trabajo; mas ya estaba allí Conchita, seca y severa, y Pepa sosegada dijo: «Acompaña al señor a la puerta, Conchita». Arrepentido, codicioso, irritado por su propia estupidez que le arruinaba las vacaciones, siguió disculpándose, quiso tomarla de la mano, abrazarla. «¿Te llevarás por fin a este hombre, Conchita?», exclamó Pepa y huyó al cuarto vecino. No le quedó más remedio que marcharse. Pensó amargamente que el destino no le concedía un mínimo descanso en su obra por el bien del reino y apresurado, hosco, ávido de obrar, siguió viaje a Cádiz. Creyó que allí en el torbellino de negocios y diversiones olvidaría su mala suerte; cuando volviese a Madrid encontraría a una Pepa razonable.

En efecto, no tuvo en Cádiz un minuto de paz. Negoció con armadores, con directores de importación y exportación, con banqueros. Prometió a los buenos oficiales de la armada que acabaría con los desaciertos de los almirantes aristocráticos inútiles. En una secreta entrevista reforzó con los jefes ingleses el convenio no escrito de que ambas flotas no pasarían de las amenazas. Y mientras dedicaba los días a los asuntos de estado, empleó sus noches en las célebres diversiones de Cádiz. Pero nada podía hacerle olvidar a Pepa. Veía siempre la marca de su bofetada en la cara de la mujer y el recuerdo le llenaba de arrepentimiento y deseo. Apenas concluyó su labor, regresó a Madrid por el camino más rápido. Aun en traje de viaje corrió al palacete de Bondad Real. Encontró la casa en desorden, los muebles arrumbados, las alfombras arrolladas; cajas y baúles listos. El mayordomo no quería dejarlo entrar; Conchita lo miraba severa. Manuel le puso tres ducados de oro en la mano; después de breve espera, ella lo llevó hasta Pepa.

«Me voy al sur», dijo Pepa lentamente. «A Málaga. Haré teatro. Estuvo aquí Rivero, firmamos un buen contrato para su famosa compañía. Apenas la armada reabra los caminos del mar, regresaré a mi patria, a América. Se dice que Lima tiene todavía el mejor teatro del mundo español». En su fuero interno, Manuel estaba furioso. Sí, la había golpeado, pero también se había humillado ante ella y allí estaba para humillarse aún más. La amenaza lo amargaba. Hubiera querido pegarle todavía. Pero Pepa estaba radiante, sus ojos enloquecían, su perfume embriagaba. A pesar de las noches de Cádiz con mujeres viciosas y fascinantes, sabía que no podía vivir sin esta mujer, la única que podía darle el placer sumo; no podía dejarse arrastrar por el furor, sino que debía emplear toda su astucia para no perderla. Volvió a disculparse. Todo el mundo le atormentaba: los liberales de Madrid, los Grandes más estúpidos, los ultramontanos fanáticos, Francia y Portugal. Ni el vulgar ciudadano Truguet, ni el frío y astuto Talleyrand comprendían sus finas soluciones de verdadero estadista. Estaba solo. El único que lo entendía, Bonaparte, combatía en algún lugar de Egipto. Era lógico que por momentos perdiera la serenidad. «Merecí un castigo», admitió; «pero tan duramente no debe golpearme, señora. No puedes Pepa», y agarró su mano.

Ella la retiró sin violencia. Le dijo que no le satisfacía la vida en Madrid, donde siempre había hallado el consuelo de Manuel. La habían seducido la fuerza y la pasión de él. Lo creyó majo y Grande al mismo tiempo. Él también la había desengañado. Ya nada tenía que buscar en Madrid. Esa romántica tristeza lo impresionó. Le aseguró fogosamente que no podía dejar que se fuera. En ese caso él dimitiría para retirarse a sus posesiones y vivir en ellas de pesar y filosofía. «¡Por amor de España tiene que quedarse a mi lado, señora!», exclamó. «Usted es mi única dicha en mi dura vida. Sin usted no puedo seguir esta existencia tan pesada».

Ella volvía hacia él su blanca cara y lo miraba impúdicamente. Despacio, con su voz indolente que penetraba en la sangre de Manuel, ella contestó: «Si es así, don Manuel, por favor, no me lo diga solamente a mí, sino a todo el mundo. Me he conformado bastante tiempo con ser su amante. A su esposa usted no le habría inferido aquella humillación. Puedo pedir que usted me reconozca públicamente».

Manuel sintió terror. ¡Casarse! ¡Casarse con Pepa! Pasaron por su mente todos los refranes españoles del caso, pero no quiso correr el albur de embrollar por segunda vez las cosas. Le explicó que durante meses estuvo por pedirle su mano, pero eso crearía dificultades con doña María Luisa, significaría su dimisión y un peligro para España, porque nadie más podría triunfar en un juego sobre la cuerda floja entre Portugal y Francia. «Si obedezco a mi corazón, señora», concluyó diciendo, «y me caso con usted, habrá guerra con uno de los dos países». Pepa, sin dejar de mirarlo en la cara, dijo secamente: «Probablemente, tiene usted razón. Adiós».

Manuel pensó que tenía que encontrar alguna salida. «¡Déjame un plazo, Pepa!», rogó insistentemente:

«¡Concédeme un poco de tiempo!». «Tres días», contestó Pepa.

Tres días después, Manuel declaró que había encontrado la solución. Se casaría con ella, pero por el momento en secreto. Apenas llegara a una decisión en el problema portugués, daría a conocer su casamiento al mundo entero, aun a riesgo de perder el favor real. Pepa accedió.

Encontraron a un anciano y digno sacerdote, el padre Celestino de Badajoz. El hombre, que sabía urdir pequeñas intrigas políticas, se declaró gustosamente dispuesto a prestar un servicio a su todopoderoso conterráneo.

> *El casamiento se realizó, de noche, con poca iluminación, en el palacio madrileño del Príncipe, en la capilla privada. Y resultó muy romántico, justamente a gusto de Pepa. Fueron testigos don Miguel y la dueña. El padre hizo jurar a todos que se obligaban a un absoluto silencio; a nadie hablarían nunca de estos esponsales, mientras viviesen.*

3

CUANDO SUPO que corría la voz de que el Príncipe de la Paz se había casado con la señora Tudó, la reina se abandonó a un incontenible furor. Ella había pescado a este miserable en la peor basura y lo había convertido en el primer hombre del país, y ahora él se unía para toda la vida con una ramera… Y traspasaba los brillantes títulos con que ella lo había agraciado, a este pedazo de carne sin cerebro, a esta oca, a esta jamona… Se imaginó a la pareja riéndose de ella, la anciana, la pospuesta… ¡Pero este inmundo equivocaba la cuenta! Había cientos de casos de malversación y alta traición para intentarle un proceso. Había robado sin miedo el tesoro real, traicionado al Padre Santo, el mejor aliado; se había dejado sobornar por gobiernos extranjeros y había conspirado con los ateos del Directorio francés contra el rey católico. Por codicia, vanidad y capricho había vendido a todo el mundo, a los amigos y a los enemigos. Lo haría enjuiciar por el Consejo de la Corona de Castilla y ejecutar vergonzosamente en público, y todo el mundo se alborozaría; los prelados, los Grandes, el pueblo español. Y haría conducir a la ramera, con el tronco desnudo, a través de la ciudad, hasta el lugar en que la habían de azotar.

Pero ella sabía que no haría nada de todo esto. Era hábil, conocía el mundo y los hombres, a su Manuel, y se conocía a sí misma. Con sus prudentes reflexiones le había inspirado simpatía; por momentos ella había visto convertida esa simpatía en amor. Mas ¡qué artificial y perecedero era todo eso! ¿Cuánto tiempo podía retener a un mozo una mujer fea y avejentada? De repente, la aplastaba la miseria de su edad. Su vida había sido una lucha constante con miles y miles de españolas jóvenes y bonitas. Ella podía proporcionarse siempre vestidos, cosméticos, pomadas, polvos, maestros de baile y peluqueros, pero ante el cutis fresco de cualquier Paquita, Consuelo o Dolores aquello era ridículo…

Mas era mejor que fuese así. Pocos años más y la de Alba, por ejemplo, sería vieja como ella ahora; ¿qué será entonces la de Alba? Algo marchito, acabado. Ella en cambio había sido obligada por su fealdad a desarrollar su inteligencia. Tuvo que ser hábil porque carecía de belleza; pero su habilidad perduraba. Además, ella representaba siempre algo, por gracia de Dios reina de todos los reinos españoles, de las Indias, de las islas y la tierra firme al otro lado del océano, archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, condesa de Habsburgo, Flandes y el Tirol. El mundo ya no es joven, comienza a envejecer como ella, y el ciudadano Truguet se atreve a mandar a los reyes católicos. Con todo, sigue siendo la mujer más poderosa de la tierra, porque el mundo sabe que ella es la que gobierna y no el simplote de Carlos. ¡Y el imbécil de Don Manuel antepone a Pepa Tudó a una mujer semejante!…

Se miró en el espejo. Pero éste la mostró como era entonces, en aquel instante en que se abatía por la osada noticia. No era ella la mujer del espejo, no era su verdad aquella tampoco. Y se fué para ver su verdad. Abandonó el tocador. La camarera mayor, fiel a la etiqueta, se dispuso a acompañarla. Con gesto impaciente, la reina la detuvo. Pasó por pasillos y salones, delante de clérigos y lacayos, delante de los oficiales de guardia que le presentaron armas, delante de los cortesanos que le hicieron profundas reverencias. En el magnífico salón de recibo se detuvo delante de la «Familia de Carlos». Ésa era su verdad, la reina del cuadro. El pintor la conocía tal vez como nadie. Dominando a los demás, estaba allí su verdad fea, orgullosa, imponente. Una mujer así no se amilana porque el tonto de quien está casualmente enamorada, se haya casado con una ramera a sus espaldas. No lo castigará, no vale la pena luchar por él; ella es la reina y tiene el derecho de tomar lo que quiera y de conservar lo que desee; no sabe aún cómo, pero lo conservará.

Durmió perfectamente y a la mañana siguiente tenía su plan. Habló a Carlos de los interminables líos políticos. Enumeró las disputas con los mercaderes de Cádiz reacios a los tributos, las negociaciones con el desvergonzado Truget, las molestias de los oficiales rebeldes de marina. Sólo el primer ministro tuvo que lidiar con todo eso. Había que ayudarle, aumentar su autoridad. Carlos meditó. «De acuerdo», dijo. «Pero no sé cómo. Manuel recibió ya todos los títulos y las dignidades». «Tal vez», opinó la reina, «se puedan matar dos pájaros de un tiro. Podríamos eliminar así la situación molesta de los hijos del difunto tío Luis». Luis, hermano de Carlos III, era el infante que se había casado con una Vallabriga, simple dama de la nobleza; sus hijos llevaban el título de condes de Borbón y de Chinchón solamente, y su puesto en el ceremonial causaba siempre dificultades.

Carlos miraba sin comprender. «Se podría elevar a infantes de Castilla», explicó la reina, «a los dos sobrinos y casar a Manuel con doña Teresa, la infanta. Entraría así en la familia». «Una buena idea», aceptó Carlos. «Pero me temo que procederíamos en contraste con mi difunto padre, que los hizo “Excelencias”,

pero no “Altezas Reales”». «Los tiempos cambian», expuso paciente María Luisa. «Muchas veces, querido Carlos, tomaste medidas opuestas a las de tu padre. ¿Por qué no en este caso?». «Tienes razón, como siempre», admitió buenamente Carlos.

La reina puso manos a la obra. No tenía mucha inclinación hacia la futura infanta Teresa, que ostentaba una indolente distinción e irritaba a la tía. Seguramente desaprobaba también su manera de vivir, aunque lógicamente la hipócrita no dijese una palabra. Le divertiría obligar a la rabia y monacal Teresa a amar al bestial Manuel. Ese mismo día, María Luisa hizo comunicar a Manuel que tenía que hablar con él. Manuel estaba preparado a que la reina supiera de su casamiento secreto, pero tenía miedo a la tormenta que eso provocaría. Pero María Luisa lo recibió con una amplia sonrisa. «Manuelito», le dijo, «tengo una gran noticia para ti. Carlos elevará a infantes de Castilla a los condes de Borbón y de Chinchón y tú te casarás con doña Teresa, compartiendo el título. Me alegro de poder ver consagradas así ante el mundo tus íntimas relaciones con la familia».

Al ver caer sobre su persona, en lugar de una tormenta, este horror de favor y dicha, Manuel no comprendió en seguida y puso cara de tonto. Luego lo invadió una violenta alegría. ¡Por vida del demonio! Se sentía hijo primogénito de la suerte. Se vengaría del futuro infante también, tan desdeñoso con él. Se casaría con la hermana del altanero noble y sería él quien prestaría legitimidad al bastardo. Se sintió lleno de orgullo. Su padre tenía razón al llamarlo torito; se había conquistado a la reina y ahora la miraba con vanidad de dueño, con delicadeza y cariño. Ella estaba observándolo. Creyó que la noticia le estremecería, pensando en su insensato casamiento con Pepa. En cambio ni pestañeaba. Bello en su brillante uniforme, irradiaba reconocimiento y agrado. Y, por un segundo, María Luisa pensó que los rumores eran falsos; que el infame casamiento no se había realizado.

En realidad, Manuel, atontado por la felicidad, había olvidado completamente a Pepa. Mas pocos instantes después recordó. «Carape», pensó y la palabra podía leerse en su cara. Mas la sensación de gloria volvió a diluir su consternación. Le pareció que podría borrar fácilmente su casamiento. Sólo necesitaba un poco de tiempo. Dió las gracias solemnemente a la reina, cubrió de cálidos besos la mano llena de anillos y pidió que no se anunciara ese feliz suceso hasta dentro de dos o tres semanas. María Luisa, suspicaz, preguntó inocentemente por qué. Manuel se hizo el misterioso. Dijo que debía llevar todavía a buen puerto algunos planes políticos que su elevación podría echar a perder.

Pero cuanto más reflexionaba, tanto más difícil le parecía la eliminación de su casamiento secreto. Podía negar simplemente el hecho; una seña apenas al Gran Inquisidor y el conterráneo padre Celestino desaparecería en un alejado monasterio. ¿Y Pepa? Si llegaba a saberlo, se convertiría en heroína de uno de sus romances. Se mataría espectacularmente o cometería alguna otra locura dramática que tornaría imposibles sus esponsales con la infanta. Ciertamente, podía eliminarla para siempre, pero ¿cómo vivir sin ella? No encontró una salida y se confió con don Miguel.

Miguel lo escuchó cortésmente interesado, lleno de agitación. La arrogancia de Manuel había aumentado en razón de su buena suerte y a menudo lo trataba como a un sirviente. Cada vez más le humillaba su vergonzosa codicia, su lascivia insensata, su indomable vanidad. Se sintió tentado de abandonarlo a su suerte. El plan astuto de la reina tendía sin duda a separar a Manuel de Pepa. Pero como no podía liberarse de Pepa y la reina no toleraría esa unión, la vengativa mujer derribaría a Manuel si él no le ayudaba. ¿Debía hacerlo? ¿No sería una suerte, su verdadera suerte, si se liberaba él también de este hombre y de su hueca arrogancia? Dedicando todo su tiempo a sus cuadros y trabajando a su gusto, ¿no terminaría su «Léxico de artistas»? Pero se vió totalmente solo entre sus cuadros y papeles y supo que, como Manuel y Pepa, él también estaba dolorosamente atado para siempre a Lucía. Apenas podía distraerlo el juego excitante de los grandes negocios estatales y no podía renunciar a dirigir al país desde la sombra. Ayudaría, pues, a Manuel a salir del paso.

Estudió la situación, esbozó un plan, lo expuso a Manuel, que lo aceptó ansioso, abrazó a su Miguel y se sintió feliz.

Se dirigió al rey. Le explicó misteriosamente que necesitaba un consejo y una ayuda en un asunto personal, de hombre a hombre, de caballero a caballero. «¿Qué pasa?», preguntó Carlos. «Nos arreglamos con Francia, arreglaremos también tu apremio caballeresco». Alentado Manuel, le confesó que se había enamorado de una mujer maravillosa, desgraciadamente nada noble, cierta señora Josefa Tudó. La relación era antigua y él se rompía los sesos para saber cómo anunciarle a la mujer su inminente casamiento. Tenía un solo recurso. Había que convencer a la señora Tudó que ese casamiento se realizaba en interés de la Corona, para dar categoría al ministro en sus relaciones con Francia, Inglaterra y Portugal. «¿Bueno?», preguntó don Carlos. «¿Por qué no lo discuten juntos?». «Debería intervenir una autoridad suprema», contestó Manuel. «Solamente si Su Majestad en persona dijera a la señora Tudó que eso ocurriría en bien

del país, soportaría ella el tremendo dolor que le causo». El rey meditó, luego, sonriendo malicioso y guiñándole el ojo, preguntó: «¿Crees que yo debo decirle que?…». Manuel lo interrumpió: «Pensé lo siguiente, Señor. Pido a Su Majestad una vez más el alto honor de ofrecerle una comida, ahora en casa de la señora Tudó. Su presencia, Señor, se impondría a la dama. Su Majestad le dirigiría algunas de sus frases felices que conquistan siempre a los españoles, le diría que el país lo merece y que ella no necesita romper conmigo. Su Majestad me hará feliz por el resto de mis días». «Bien», dijo el rey después de breve reflexión. «Por mi parte no hay dificultades». Y le prometió que el miércoles siguiente a las seis y tres cuartos, se presentaría en el palacete de Bondad Real, con uniforme de general simplemente.

Manuel preguntó a Pepa si el miércoles siguiente podía cenar con ella y llevar consigo un amigo. «¿Quién?», preguntó Pepa. «El rey», contestó don Manuel. La cara indolente de Pepa se contrajo de estupor. «Sí», explicó solemnemente Manuel, «el rey, nuestro señor, desea conocerla a usted». «¿Le hablaste de nuestro casamiento?», preguntó dichosa Pepa. Manuel se escurrió. «El rey te confiará algo importante», contestó. «Por favor, dime de qué se trata», pidió ella. «Debo estar preparada, si el rey me honra comiendo en mi casa». Pero Manuel, viendo oportuno el momento, le contestó brevemente, con indiferencia: «Por razones de Estado, el rey quiere que me case con su prima doña Teresa. Te lo dirá él. La eleva a infanta y me convierte a mi vez en infante. Nuestro casamiento, pues, no debe haberse realizado».

Cuando Pepa volvió en sí de su desmayo, Manuel la estaba cuidando delicada y amorosamente. Le dijo que se había considerado que la labor diplomática por la Corona y la Patria podía ser cumplida por él solamente si revestía la suprema autoridad de un miembro de la familia real. Sabía que era un inmenso sacrificio para Pepa; por eso don Carlos se dignaba intervenir personalmente. Una vez que el rey la conociera, su situación en la sociedad madrileña estaba asegurada. Tendría también un título. Él negociaba con el conde de Castillofiel, un anciano cargado de deudas que vivía en una gran posesión en Málaga. El conde se casaría con ella y seguiría viviendo en Málaga, mientras ella, señora ya de título, se quedaría en la capital. «Pero tú y yo somos casados», objetó Pepa. «Es cierto», contestó él; «pero ignoro si podemos demostrarlo. El único testigo no sospechoso, el padre Celestino, desapareció sin dejar rastro».

Pepa comprendió que el destino no admitía su legítima unión con Manuel; a pesar de su romanticismo tenía sentido de la realidad y aquel casamiento nocturno nunca la había convencido; resolvió conformarse. «¡Cómo juega la suerte!», exclamó. «¡Tú, infante de Castilla!». «De ti solamente depende», afirmó galante Manuel. «Y ¿sancionará el rey con su presencia nuestra unión ilegítima?», preguntó Pepa. «Hasta te invitará a cantar», contestó Manuel, «ya verás». «Y ¿seré de verdad condesa de Castillofiel?», trató de averiguar Pepa. «*Oui, madame*», contestó Manuel. «Pero tú dices que el conde está cargado de deudas», observó ella preocupada. «Eso déjalo por mi cuenta, por favor», replicó Manuel alegremente. «La condesa de Castillofiel vivirá como corresponde a la dama más bella de España, a la amiga del infante don Manuel». «Estoy pronta a morir por ti», prometió Pepa.

El miércoles fijado, a las seis y tres cuartos, acompañado por Manuel, llegó don Carlos al palacete de Bondad Real, con uniforme de general, con toda desenvoltura. Contempló a Pepa y declaró que su querido Manuel no entendía solamente de asuntos de Estado.

> *Y palmeó los hombros de la señora Tudó y alabó la olla bien preparada y confesó que cuando ella cantaba sus romances, se le abría el corazón y prometió que, por su parte, en la próxima visita, tocaría algo para ella en el violín. Y al retirarse, le endilgó un breve discurso: «El gobierno de un país universal cuesta sudor y trabajo y nuestro Manuel tiene grandes cuitas y pesadas tareas. Sea usted también en lo sucesivo una buena española, hija mía, y alégrele a mi querido amigo las escasas horas de reposo».*

4

LA CONDESA doña Teresa de Borbón y de Chinchón fué invitada a la Corte, en San Ildefonso, desde su soledad campestre de Arenas de San Pedro. María Luisa le comunicó delante del rey, que don Carlos había resuelto casarla, asignándole una dote de cinco millones de reales. Para esposo había elegido el primero y el mejor de sus consejeros, el querido don Manuel, Príncipe de la Paz. Además había resuelto reconocerle en este caso el título de infanta de Castilla, es decir que en lo sucesivo pertenecería para todos a la familia real.

Doña Teresa oyó apenas las últimas palabras. Graciosa, más joven aún de lo que demostraban sus veinte años, se mantuvo de pie con esfuerzo, los ojos azules abiertos de par en par en la cara muy pálida, los labios entreabiertos. La idea de soportar besos y abrazos de un hombre la llenaba de espanto; la idea de don Manuel, de repugnancia.

«¿No le hice justicia?», preguntó complacido Carlos. «¿No soy un buen primo?». Y doña Teresa le besó a él y a la reina la mano y pronunció las adecuadas palabras de respetuoso agradecimiento. Don Manuel visitó a su futura esposa, que lo recibió en presencia de su hermano, aquel don Luis María que una vez desdeñó altanero al Príncipe de la Paz. Vestido de sacerdote, el conde era esbelto, serio y joven. Había crecido mucho en pocas semanas, no sólo el rey le había hecho infante, sino que en lugar del arzobispado de Sevilla había obtenido el de Toledo, el cargo eclesiástico más alto en el país, junto con el capelo. Sabía, naturalmente, lo que había entre bastidores; notaba el despreciable y sucio juego de la reina y de don Manuel. Le dolía deber su elevación al vulgar Manuel Godoy y más le dolía que su delicada y tímida hermana, tan querida, fuera sacrificada al repugnante amigo de la reina. Pero no era posible oponerse al rey. Además, el joven cardenal era un profundo creyente y un apasionado patriota. No tenía orgullo, pero sabía su valer. Si la Providencia lo convertía en primado de España y le daba ocasión para intervenir en política, cabía conformarse humildemente.

Don Manuel examinó a su futura esposa. Rubia, muy delgada y delicada, se parecía un poco a la Genoveva aquella que le diera tantos dolores de cabeza. No, no eran de su gusto estas señoritas magras; Pepa nada temería de ella. Y en realidad, ¿podría tener un hijo esta mujer? Pero nada dejó traslucir y se portó como un Grande sin tacha. Aseguró a la infanta que se sentía dichoso y agradecido; trató al piojoso joven con el respeto debido a su rango y capelo, aunque se los había proporcionado él mismo.

Más tarde, en la iglesia del Escorial, sobre las tumbas de los grandes cosmócratas, se realizó el casamiento en presencia de Sus Majestades y de los Grandes de España. Además, don Manuel no recibió solamente el título de infante de Castilla; el rey le concedió la dignidad que sólo Cristóbal Colón poseyó antes: la de gran almirante del mar Océano. Casi al mismo tiempo, en Málaga, la señora Tudó se casó con el conde de Castillofiel. La nueva condesa permaneció algunas semanas con el marido en Andalucía; luego lo dejó en Málaga y regresó a Madrid. Manuel, fiel a la promesa, le dió la posibilidad de llevar el tren de una dama de título. Pasó a la condesa medio millón de los cinco de la dote de la infanta. «Medio millón»… Las palabras acariciaron la mente de Pepa, le recordaron sus romances; sola en su tocador, rasgueando la guitarra, cantó en voz baja: «Medio millón, medio millón».

Gozó de su nueva riqueza, mantuvo brillantemente su casa e invitó a sus amigos a participar de su esplendor; los actores con quienes estudió, oficiales subalternos, conocidos del teniente de marina Tudó, extrañas y sospechosas damas, amigas de Conchita. No faltó aquel Rivera, empresario teatral, que la había contratado un día para Málaga; hombre rico y sagaz, relacionado con famosos contrabandistas y corsarios. La condesa le encargó la administración de su dinero con ventaja. Pero en tanto triunfo se escondía una amargura: no la recibían en la Corte. La reina no admitió a la flamante condesa al besamanos; el pleno goce del título de nobleza empezaba sólo después de la presentación en la Corte.

Pero Corte y ciudad hacían poco caso del hecho de que la condesa de Castillofiel no formara parte todavía de los 535 personajes con título y acudían a su audiencia mañanera. Se la creía influyente y era entretenido el círculo extrañamente pintoresco del palacio de Bondad Real, mezcla de Grandes, prelados, actores, oficialillos y viejas damas dudosas. Se aguardaba con curiosidad que algún día apareciera por allí el primer ministro. Pero éste se mantuvo alejado. Vivía en pleno acuerdo con su infanta, como excelente esposo. Eventualmente llegaba al palacio de Pepa por la puerta trasera. Pero pasados dos meses, período suficiente de vida honesta, a su entender, apareció por unos minutos una mañana. La segunda vez se quedó un poco más y luego se presentó cada vez más a menudo. Finalmente tuvo allí un gabinete de trabajo, y pronto los embajadores extranjeros informaron a sus Cortes que casi todos los negocios de Estado se

trataban en el palacio de Pepa, que otorgaba cargos y dignidades; hasta Conchita intervenía a su manera.

La reina no se asombró al saberlo. Preveía ya que Manuel no se liberaría de la mujer. Se enfureció indignada porque ella misma no lograba prescindir de Manuel. Era natural; muchas soberanas se habían chasqueado con individuos imposibles. La gran Semíramis, la hija del aire, tenía a un Menón o Nino o como se llamara; Isabel a su Essex; la gran Catalina a su Potemkin. No intentaría, pues, borrar de su vida a Manuel, pero no toleraría buenamente su audacia. No sería tan tonta como para hacerle una escena por la «condesa», ni gastaría palabras, pero sí echaría vergonzosamente a su incapaz primer ministro. Había muchos motivos políticos y no personales. Había fracasado siempre y perjudicado el señorío de la Corona por incapacidad, indolencia y una codicia rayana en la alta traición.

Mas cuando ella se enfrentó con Manuel, insolente en su virilidad, olvidó sus propósitos. «Me informan», le dijo cayendo sobre él, «que la política del rey católico se hace en la cama de esa mujer». Manuel entendió que esta vez no servirían mentiras y pretextos. Replicó fría y cortésmente dispuesto a pelearse: «Si las severas palabras de Su Majestad se refieren a la condesa de Castillofiel, confesaré que a veces pido consejo a esta dama; buen consejo; es española de la cabeza a los pies y muy hábil».

Pero María Luisa no aguantó más y estalló: «¡Granuja! ¡Pillastre codicioso, vanidoso, ladrón, licencioso y lleno de jactancia! Te saqué de la inmundicia, tonto brutal, vacuo, lascivo y pérfido. Te puse un brillante uniforme, montón de porquería, y te hice infante. Te enseñé lo poco, muy poco, que sabes de política y me costó trabajo. Y me dices en la cara, tú, escoria, que le pides consejos…». Y de pronto, con la mano llena de anillos, lo golpeó en ambas mejillas: corrió la sangre y manchó el magnífico traje de gala del ministro. Éste le tomó una muñeca y con la mano libre se limpió la cara. Sólo un segundo le faltó para emplear la violencia y aun decirle algo que la hiriera en lo más hondo. Pero recordó las consecuencias de otra bofetada; la que atizara a Pepa, y aceptó el castigo. Tranquilo y amable repuso: «No puedo creer que Su Majestad proceda en serio. Debe de haber sido un instante de ofuscación». Y respetuoso añadió: «Después de lo ocurrido he de creer que mi presencia ya no es grata a Su Majestad». Se arrodilló, según la etiqueta, le besó la mano y se fué caminando hacia atrás.

Cuando llegó a su casa, vió que hasta los blancos calzones tenían manchas de sangre. «¡Esta vieja buscona!», exclamó con rencor. Consultó con Miguel, seguro de que la reina pensaría en la venganza. Bermúdez no encontró el caso tan grave. La reina, dijo, podía ponerle obstáculos en el camino, quitarle los cargos, mas no era fácil desterrar a un infante. Por lo demás, calculó astutamente Miguel, no estaría mal que otro se hiciera cargo de la presidencia del consejo de ministros. Había que hacer a Francia concesiones dolorosas y sería mejor que se llevara las responsabilidades un sucesor, mientras don Manuel, mártir y patriota, se hiciese a un lado. Manuel lo pensó. Las reflexiones de Miguel lo iluminaron y se sintió aliviado. «Manuel Godoy tiene suerte una vez más», dijo el ministro. «Pero, querido, ¿crees que debo esperar tranquilo?». «En su lugar», aconsejó Miguel, «yo trataría de anticiparme a la reina. ¿Por qué no va directamente a don Carlos y le pide que acepte su dimisión?».

Don Manuel fué a ver al rey. Le dijo que en los últimos tiempos habían surgido diferencias de opinión en los más graves asuntos políticos entre él y la reina; ya no era posible una colaboración útil. En tal caso, creía prestar a la patria un servicio, solicitando a Su Majestad que en lo sucesivo consultara la dirección política solamente con doña María Luisa. Carlos pareció no entender y Manuel habló claramente: «Solicito de Su Majestad permiso para devolverle mis cargos». El rey se sintió consternado. «No puedes hacer eso conmigo, querido», se quejó. «Comprendo tu orgullo de español. Pero María Luisa no tuvo malas intenciones seguramente. Yo lo remedio en seguida. Puedes irte tranquilo». Manuel insistió y Carlos también: «Esta noche, cuando vuelva de cazar, los veré a los dos. Ustedes me dirán lo que pasa y yo firmo y pongo mi rúbrica. ¿Cómo puedo tener confianza en otros? Ni me lo puedo imaginar». Parecía triste. Manuel callaba. «Por lo menos», volvió luego a la carga el rey, con más animación, «me aconsejarás acerca de un posible sucesor».

Manuel esperaba este pedido y tenía preparado un plan atrevido que no reveló ni a Miguel, quien hubiera tenido sus escrúpulos. Quería indicar al rey que confiara los dos cargos decisivos del gobierno a hombres de contraria tendencia política, contando con que uno trataría de implantar medidas que el otro impediría; la política interna se estancaría, y muy pronto la Corona tendría que encontrar a un salvador; pero había un solo salvador posible.

Manuel aconsejó, pues, al rey a un liberal para primer ministro y a un ultramontano para ministro de Gracia y Justicia. De esa manera, el soberano no chocaría con ninguno de los dos grandes partidos. «No es una mala idea», juzgó don Carlos. «Pero ¿accederá la reina?». «Accederá», repuso Manuel, que había pensado en eso y elegido a dos hombres que habían sido amantes de la reina y merecido visibles pruebas de su benevolencia. Uno de ellos era don Mariano Luis de Urquijo, quien vivió mucho tiempo en Francia, en

relación con filósofos; había traducido autores franceses y citaba en público a Voltaire. La reina, aunque hostil al liberalismo radical, había hallado de su gusto el rostro audaz de Urquijo y su buena estampa, y supo protegerle cuando el Santo Oficio quiso proceder contra él. El otro era don José Antonio de Caballero, oscurantista, con ideas medievales, que apoyaba a Roma contra la parte modernizante del clero español. La reina sentía por estas ideas la misma antipatía que por el liberalismo, pero el físico de Caballero le agradó. Lo casó con una dama de la Corte y asistió a sus esponsales.

Manuel aconsejó por lo tanto al rey estos dos hombres. Carlos asintió con pesar. Luego volvió a preguntarle: «¿No hay nada que hacer entonces? ¿Quieres irte de verdad?». «Mi resolución es firme e irrevocable», contestó Manuel. Don Carlos lo abrazó con los ojos húmedos. Luego se sentó y escribió a su querido Manuel una carta de agradecimiento muy sentida.

> *«En tantos cargos que le confiamos», escribió, «demostró ser ante España, el mundo y la historia, gran estadista y amigo de la paz. Tenga la seguridad de mi profunda y eterna gratitud». Escribió cuidadosamente de su puño y letra y cuidadosamente estampó al final: «Yo el rey», y luego la rúbrica, la especial, muy suya, parecida a una clave de sol. Dibujó esta su rúbrica con el mismo amor que dedicó precisamente a ejecutarla para el Escorial, para que allí fuese esculpida con los monogramas de todos los reyes que reinaron en España.*

5

MARTÍN ZAPATER veraneaba en su casa de campo fuera de la ciudad, la Quinta Zapater. Se asombró viendo llegar de sorpresa a Francisco, con el arriero Gil y los mulos, y notando la cara envejecida, barbuda y endurecida bajo el amplio sombrero. Gil le dijo lo que le había ocurrido a Goya, quien escuchaba sombrío. Antes de que Martín pudiese hablar, el pintor le ordenó que diera al arriero su «gratificacioncita», para que pudiera ir a una venta en seguida, porque estaban agotados por el viaje. «Dale doscientos reales», propina enorme ciertamente. Goya y Gil bebieron un último trago de la bota; el mulatero encomendó a Francisco a la Virgen y a todos los Santos y desapareció con sus bestias en la noche de Zaragoza.

Francisco ardía por contar al amigo sus tremendas desgracias y sobre todo el dictamen terrible de Peral; aquello de la locura; pero al comienzo se calló. Tenía miedo a lo que diría Martín. Había temido siempre la magia de las palabras, que atraen a los demonios; más que nada la palabra escrita. Pasaron el primer día solos en la quinta, servidos por el arrendatario Tadeo y su mujer Farruca. El primero era un ser tristón y muy piadoso; permanecía horas enteras callado, los ojos cerrados, en religiosas meditaciones. La coqueta piedad de Farruca era de otro tipo; se había hecho «esclava de la Santísima Trinidad», con documento escrito de su confesor. Debía venerar la imagen de la Virgen en su cuarto, renovar regularmente flores y adornos, rezar a la Virgen a determinadas horas, cambiar el vestido de la imagen según las estaciones del año y la importancia del día.

Martín habló poco, pero acompañó constantemente al amigo; éste notó que Martín tosía fuerte y a menudo. Farruca insistía en que se llamara a un médico. Martín no quería que se diera importancia a su resfrío y despreciaba como Goya, a la moda española, a todos los «barberos». Francisco insistió en que Zapater atendiera sus negocios en la ciudad. Cuando estaba solo, acudía Farruca a acompañarlo. Ella no sabía escribir y resultaba difícil entenderse, pero era tan paciente como parlera y sentía el deber de consolar y aconsejar al señor. Le contó de Pedro Sastre, nieto de aquel Braulio Sastre, farolero de la catedral, a quien volvió a crecer la pierna amputada, porque untaba el muñón con el oleo sagrado de las lámparas de la Virgen del Pilar. El nieto había logrado también curaciones milagrosas. Pero era poco accesible; para un señor como Goya no se negaría, sin embargo. Y le dijo a Goya dónde vivía el hombre. Francisco recordaba que en su infancia pasaba delante de la casa de Sastre con miedo; debía de ser muy viejo ahora.

A la noche siguiente, en secreto, con el traje de aragonés que le prestara Martín, hundido el sombrero hasta las orejas, Goya se fué a los suburbios de Zaragoza; encontró la casa, hizo a un lado a la mujer que quería detenerlo y se encontró delante del milagrero, un hombrecillo viejísimo, desconfiado por la invasora visita cuyo nombre no entendió y que padecía de sordera o fingía padecerla. Pedro Sastre, temeroso de la Inquisición, sospechaba de Goya. Pero estaba convencido del poder de sus recursos, si los pacientes tenían fe. Escuchó a Goya, le dió una pomada de grasa de perro salvaje, animal de buen oído, y le recomendó dedicar a la Virgen del Pilar velas hechas por él con la cerilla de sus oídos. Goya recordó los dibujos de Peral y sus explicaciones, miró a Sastre hoscamente, no le dió las gracias y le dejó diez reales. Pedro, con duras palabras, manifestó que la recompensa era ridícula, pero Goya no entendió y se fué.

El fiel Martín, entre tanto, aprendió asombrosamente pronto los elementos del lenguaje por señas. Goya se ejercitó con él; el pintor se divertía a veces, más a menudo maldecía e insultaba al amigo. Entendió que debía prestar más atención a las manos y a los labios y descubrió cualidades allí donde antes se le habían escapado. Se dispuso a retratar a Zapater. Pintaba lentamente, con cuidado, la cordial amistad de Martín, y cuando acabó, puso en la carta que había delante del retratado: «Mi buen amigo Martín Zapater, con el corazón pintó este retrato para ti GOYA». Martín vió otra vez su bondadosa y astuta cara con la gran nariz, y pensó que aun no había hecho bastante para su amigo.

Días después, hallándose Martín en la ciudad atendiendo sus negocios, Goya se dispuso a ensayar lo que le ocurre a un sordo que camine solitario por las calles. Trajeado como para la visita al milagrero Sastre, se deslizó por Zaragoza. Evitó el Coso, la calle principal, y vagó por barrios conocidos, familiares. Apoyado en la baranda del viejo puente, contempló a Zaragoza; la ciudad famosa y el Ebro se habían empequeñecido, se habían vuelto grises. En su recuerdo la ciudad vivía pintoresca: allí en cambio estaba seria y desteñida, severa, triste y oprimente. ¿No habría prestado a la ciudad entonces su propia alegría el joven Francho? Su alma permaneció sorda, como su oído, ante las iglesias y los palacios. Pasó por delante de la casa donde estudió con Luján. Había perdido allí años enteros, pero no sintió ni rencor ni desprecio. Pasó por delante de la Alfarería, donde sesionaba misteriosa y terrible la Inquisición; pero no se estremeció. Pasó por delante

del palacio Sobradiel y del monasterio de los Escolapios; allí había pintado algunos frescos en las paredes. Un infinito de esperanzas, victorias y derrotas se enlazaba con esas obras; no sintió deseo de entrar, estaba desengañado aunque sólo las viera en su mente.

Allí estaban las antiquísimas iglesias; estaban la estatua de Cristo que habló al canónigo Funes; la capilla de San Miguel, donde la cabeza cortada rodó hasta el arbobispo Lope de Luna, para confesarse antes de ser sepultada. El niño Francisco tuvo terribles sueños por esa cabeza, pero ahora el sombrío lugar no hizo ninguna impresión en el Francisco avejentado. Allí estaba el Pilar, la catedral, sitio de sus mayores esperanzas, de sus primeros triunfos y de su mayor vergüenza, de la irritación que le había causado su cuñado Bayeu. En el pequeño coro estaba su fresco. «Señor Goya, el encargo es suyo», le dijo el canónigo Mateo; tenía 25 años; fué un 19 de diciembre. El acontecimiento más grande de su vida; nunca después se sintió tan feliz ni con la de Alba, ni cuando la reina le dijo que «La familia de Carlos» era una obra maestra. Había sabido entonces que el Capítulo le había otorgado el trabajo porque Antonio Velázquez era demasiado caro; le habían impuesto condiciones humillantes, un plazo indecentemente breve y el examen de los esbozos por peritos. No le importó eso, quince mil reales eran mucho dinero para él, como si con ellos hubiese podido comprar el reino de Aragón y ambas Indias. Sabía lo que pintaría en la bóveda del coro; la obra más gloriosa del siglo. Y allí estaba eso ahora; un borrón, una basura que el inútil Carnicero haría mejor: ¡ese triángulo vacío con letras hebreas debía de ser la Trinidad! ¿Y esos angelotes? ¿Y esas nubes? ¡Pura inmundicia todo!

Cruzó hasta la capilla de Nuestra Señora del Pilar. En las pequeñas cúpulas había pintado las «virtudes» y Bayeu y el arcediano Gilberto Alué las habían declarado horribles. No estaban bien pintadas, el arcediano tenía razón, pero lo que hizo Bayeu tampoco era mejor. Mas aunque había triunfado en el coro, lo de la capilla le quemaba dentro todavía. «¡Carape!», pensó, y se asustó por renegar en un lugar sagrado. Porque allí se erguía el Pilar, que dió nombre a la iglesia, la columna sobre la cual la Virgen se apareció al apóstol Santiago, patrono de España, para indicarle que debía edificar el santuario allí a orillas del Ebro. Allí estaba el sagrado pilar que los fieles podían besar.

Goya no lo besó, no por sentirse un rebelde, no por negar a la Virgen su respeto; no sentía el deseo de pedir ayuda. Había rezado a esa Virgen innúmeras veces en sus apremios, antes de sustituirla por la Virgen de Atocha. Y ahora, indiferente delante de lo más sagrado que llenó toda su juventud, sentía que había muerto en él un trozo de vida, y no lo lamentó. Salió de la catedral y volvió a vagar por la ciudad. «En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño», pensó. Quizás tampoco antes los hubo. La viva y alegre imagen de Zaragoza que tenía en el alma, era su juventud, no la ciudad, que entonces también estaba desierta y polvorienta como la veía ahora. La verdadera era ésta la Zaragoza enmudecida.

Volvió a casa, se quedó solo en su desnudo cuarto de la quinta; alrededor tenía el desierto y en el alma también. Y luego reapareció en pleno día claro su sueño desesperado, acurrucado, volando, arrastrándose, como un espectro, con cabeza de gato, ojos de lechuza, alas de murciélago. Con tremendo esfuerzo reaccionó, tomó el lápiz y echó los malos espíritus en el papel. Y cuando los vió en el papel, se calmó. Y ese día y en los sucesivos echó los demonios en el papel, arrancándoselos de adentro una y otra vez. Y así se liberó de ellos. Ya no eran peligrosos.

Casi una semana —Zapater respetaba su soledad— se quedó en su cuarto dibujando. No cerró ya los ojos ante los espectros, los miró a la cara, los asió y, junto con su angustia y su delirio, los clavó en el papel.

Se miró en el espejo y vió sus mejillas hundidas, despeinado el cabello, enredada la barba. La cara se había llenado un poco, las arrugas eran menos profundas; no se parecía al desesperado de Sanlúcar después del acceso. Mas recordó aquella cara y la dibujó. Evocó también a menudo la cara de Cayetana. Sí, el retrato destruido por la de Alba, la mentira, se había perdido; no lo pintaría por segunda vez. Pero dibujó el viaje de Cayetana al aquelarre, y eso fué algo más agudo y claro. Dibujó muchas otras caras de la multiforme mujer: muchacha bonita, soñadora, espiando a una rufiana; joven, rodeada de cortejantes, huyente y seductora; mujer, perseguida por demonios a quienes guiñaba el ojo. Y al final dibujó el aquelarre. Erguíase el poderoso macho cabrío con enormes cuernos coronados de fronda y ojos de fuego redondos, gigantescos. Lo rodeaban bailando las brujas que le ofrecían calaveras y niños desollados, y el animal bendecía con una de las patas anteriores a su comunidad. La capitana hermosa de la gatería era la de Alba.

Así dibuja todos los días Goya, lo que se le antoja, dejando libre curso a los sueños. Deja que de su mente se arrastren o vuelen los demonios, con colas de ratas, caras de perros, bocas de sapos y Cayetana siempre entre ellos. La dibuja con furioso fervor; le

duele y le alegra; es un delirio mejor que el otro que le oprime la cabeza bestialmente doloroso, cuando piensa y no acaba de pensar. Mientras dibuja, puede estar loco. Es una locura clarividente que le agrada y de la que goza. Y dibuja…

6

MARTÍN no le preguntaba nada y a Goya eso le pareció bien. Y mal al mismo tiempo. Sus dibujos eran un recurso para desahogarse, una forma de comunicarse, pero él debía hablar y claramente de lo que le oprimía, de lo que había dicho Peral, de su miedo a la locura. No podía soportarlo solo, necesitaba un confidente para su tremendo secreto. Le mostró los dibujos a Martín. No todos, pero sí los dos de Cayetana tan multiforme, mentida, alegremente diabólica. Martín se quedó consternado. Tosió fuerte por la excitación. Contempló y volvió a contemplar las hojas; trató penosamente de adivinar qué quería decirle el amigo.

«Imposible decirlo con palabras», explicó Goya, «por eso lo dije así». «Creo que entiendo», contestó Martín, modesto, un poco inseguro. «Ten valor»; lo animó Francisco, «entonces lo comprenderás exactamente. Idioma universal…, que todos deben entender». «Ya sé», dijo Martín para calmarlo. «Ya veo, y sé cómo ocurrió». «¡No ves nada!», cortó seco Goya. «Nadie puede concebir qué falsa es». Y habló de la inconstancia de Cayetana y del fondo criminal en ella y de su gran desavenencia y de la destrucción del cuadro. Extrañamente sintió diluirse su airado desprecio y oyó dentro, cálidas y claras, las últimas palabras de la de Alba, esas palabras de amor. Pero no quiso pensar en eso, volvió a llenarse de ira y se jactó con Martín de haberla arrancado de su vida, para su bien.

Luego se dispuso a revelar al amigo su amargo secreto. Le mostró otros dibujos de espectros y fantasmas. «¿Comprendes?». Turbado, Martín dijo: «Temo comprender». Y Goya le mostró su retrato, el retrato de su desesperación. Y mientras Martín asustado comparaba el dibujo y el modelo, Goya dijo: «Trataré de explicarte», y continuó en voz baja: «Es algo muy importante, secreto y amargo y, antes de contestar, medita bien tu respuesta. Y no me la debes escribir». Le contó la relación que Peral encontró entre sordera y demencia. El doctor tenía razón, bastante loco había sido ya; había visto con sus ojos de lunático los monstruos dibujados, y el insensato Francisco del esbozo era el verdadero.

Martín trató de ocultar su confusión. Goya le dijo entonces: «Bien, ahora medita. Luego hablarás lentamente y con mucha paciencia. Leeré en tus labios lo que digas». Pero la humildad de Francho le hizo daño en el alma al buen Martín. Después de largo rato, prudentemente contestó. Quien ve tan exactamente su locura, es más cuerdo que muchísima gente y el mejor médico de sí mismo. Elegía cuidadosamente las palabras sencillas, meditadas, y Francho se sintió reconfortado.

Goya no había visitado aún a su madre, aunque tenía prisa por hacerlo; podía estar enterada de su presencia y ofenderse. Pero no tuvo valor para verla; se avergonzaba de su estado. Ahora estaba preparado. Buscó ropas mejores, fué a casa de un barbero y le ordenó que lo afeitara; contestó groseramente a la amable charla del hombre que lentamente notó la sordera del cliente. La cara sin barba, con los cabellos bien arreglados, sorprendió al peluquero que miró tímidamente al señor que entró tan desmedrado en su tienda y se marchaba distinguido y soberbio.

Francisco no anunció su visita a la madre; molesto y lleno de emoción fué a verla; sentía la cara extrañamente desnuda y fresca aunque le ardiera. Dió algunos rodeos, llegó, volvió a marcharse, regresó por fin, subió al primer piso, llamó. Se abrió la puerta; apareció su madre. «Entra», dijo doña Engracia. «Siéntate y toma un rosoli». Era la bebida de su infancia, cuando estaba enfermo. «Ya lo sé todo», dijo la mujer, deletreando casi las palabras. «Hubieras podido venir en seguida», le reprochó. Puso luego delante del hijo la botella, las copas y confituras, y se sentó en frente.

Goya olió el perfumado licor, como conocedor, y escanció para ambos. Tomó un sorbo, se relamió, ensopó un bizcocho en el rosoli, se lo puso en la boca. Y la miró atento a la cara. «Eres cabezón y petulante», leyó en los labios. «Sabías que no podía continuar; te dije que el castigo llega siempre. No hay peor sordo que el que no quiere oír. Tú… nunca quisiste oír. Dios misericordioso te impuso un castigo leve. Imagina si en lugar de sordo te hace pobre».

Francisco comprendía estas ideas; doña Engracia tenía razón, se lo había advertido con desdén por su elevación y su gloria. Era hija de un hidalgo, tenía derecho a llamarse doña, pero tuvo una dura existencia campesina al lado del padre, luchando con la estrechez. Goya se la había llevado a Madrid cuando enviudó, pero allí la anciana se cansó y quiso regresar a Zaragoza. Desconfiaba de la buena suerte y no la creyó duradera. Y allí lo tenía ella, sordo, inválido, necesitado de consuelo.

Goya asentía sin hablar y exageró su mal para darle gusto; le dijo que también en la profesión tendría dificultades; los Grandes eran impacientes y con su defecto se alejarían. «¿Quieres ahorrarte mis trescientos

reales?» preguntó maliciosa doña Engracia. «Esa suma la tendrás, aunque tenga que mendigarla», contestó el hijo. «Siempre fanfarrón», replicó la madre. «Ya aprenderás, Paco. Ahora que no puedes oír, verás muchas cosas. Siempre te ufanaste conmigo de tus ilustres amigos; creíste en cualquier amistad. Nadie trata con gusto a un sordo. Aprenderás ahora a conocer a los verdaderos amigos». Pero en esas duras palabras, Goya percibió que estaba orgullosa de él, esperaba que triunfaría también en la desgracia y no quería avergonzarlo con su compasión. Cuando se fué, ella lo invitó a que volviera a comer con ella cuando quisiera. Y en la semana, Goya apareció varias veces. Ella recordaba los gustos de su infancia y le ofreció alimentos simples, muy condimentados, con ajos, cebollas y aceite; a veces también un buen puchero, suerte de olla podrida más sencilla. Y ambos comían con gusto, abundantemente, sin hablar mucho. Una vez él le preguntó si podía retratarla. «Antes de atreverte con clientes que pagan», contestó la madre, «quieres ensayar con un modelo más dócil». Pero se sintió halagada. Le propuso Goya pintarla así como era, en traje de diario. Pero ella quería un retrato en traje dominguero; debía comprarle una mantilla y, para ocultar su calva, un gorro nuevo de encajes. Fueron sesiones silenciosas. Ella se sentó cómoda, los ojos avejentados y hundidos bajo la frente alta, los labios finos apretados, con el abanico cerrado en una mano, el rosario en la otra. Y ambos sentían placer y tenían paciencia. Y el retrato mostró a una anciana que vivió tantas cosas y se volvió sabia por su destino y aprendió a conformarse, pero deseosa de gozar lo que le quedaba de vida. Con mucho amor pintó Francisco las manos viejas, huesudas, fuertes. Doña Engracia estuvo contenta de su retrato. Le dijo a Francho que le agradaba que no hubiese vacilado en gastar tanta tela y tanta labor en una anciana que nada contaba.

Francisco visitó también a su hermano Tomás, el dorador, a quien encontró enojado por la tardanza. Conversando, Tomás le preguntó si después de ese aviso de Dios no comprendía que tenía el deber de hacer algo más por su familia, y le propuso que le facilitara su traslado a Madrid. Francisco aceptó; hablaría con Martín al día siguiente. El cuñado de Goya, el párroco Manuel Bayeu, decía que si Goya tardaba tanto en buscar consuelo espiritual en él, era porque no había entendido la advertencia del Señor. Cuando Francisco lo visitó, hubo de notar que el retrato del pintor de Corte que regaló a Josefa estaba allí colgado en un oscuro rincón. Preguntó al párroco su juicio y éste contestó que era una obra de arte de un corazón endurecido. Lamentaba sinceramente la desgracia de Francisco, pero había en sus palabras un dejo de satisfacción porque la altivez del ateo estaba deshecha.

Las grandes familias zaragozanas, Salvador, Grasa, Aznar y otras, buscaron al pintor, que con amables pretextos rechazó las invitaciones. El conde de Fuendetodos, viendo que Goya se negaba por segunda vez, hizo preguntar por Martín si podía visitarlo; no les costaría conversar porque conocía el lenguaje por señas. Goya se conmovió; recordaba el respeto medroso de su familia hacia el conde, amo de su pueblo natal. Fué a verlo también el arcediano de la iglesia del Pilar. Era aquel Gilberto Alué que le maltrató durante la disputa con Bayeu. Una prueba evidente de su elevación era esta visita del anciano y venerado canónigo. Muy amable, don Gilberto escribió con menuda caligrafía en un papel que el arzobispo lamentaba la desgracia del artista más grande que naciera en Zaragoza. Con rencorosa alegría, Goya advirtió que ya no le hacía sombra el difunto Bayeu. El arcediano le informó también que el arzobispo hubiera deseado que Goya ejecutara algunos trabajos en la catedral, poca cosa que demandaría escaso tiempo. El Capítulo ofrecía un honorario de 25.000 reales.

Por un instante, Goya pensó en un error. Antonio Velázquez, el famoso maestro, había pedido entonces la misma suma por una labor de muchos meses y el Capítulo no aceptó. Ahora le ofrecían a él lo mismo por dos semanas de trabajo. «¡No te envanezcas, alma mía!», pensó el pintor y se propuso trabajar con amor y humildad, sin ahorrar tiempo.

Mas antes de comenzar la obra, recibió un mensaje de Madrid. Con duras palabras le comunicaba don Miguel la muerte de su hijo Mariano. Y le aconsejaba volver a la capital en atención a Josefa. Goya regresó. Y esta vez viajó cómodo en un correo extraordinario. Dejó también que Martín le acompañara.

7

VIÓ QUE JOSEFA movía los labios, pero no comprendió una palabra. Ella trató de reprimir su terror al ver a Francho cambiado.

Mariano había sido sepultado días antes. Se dijeron mutuamente torpes palabras de consuelo; no hacían falta las palabras entre ellos. Se acompañaron largo rato, callados, y el silencio de Josefa y de Francisco fué más elocuente que si hubiesen hablado.

Él se recobró y con una sonrisa contrahecha le mostró su libro de dibujos, que llevaba siempre consigo, para que ella apuntara lo que quisiera decirle. «Tendrás que hacerlo así, porque oigo mal y debo adivinarlo todo; estoy completamente sordo». Ella apenas asintió con la cabeza. No quería preguntarle sobre lo ocurrido. Josefa fué aún más reservada que antes y se encerró en sí totalmente. Pero veía más hondo y más claro. Goya la había aceptado siempre como algo a mano, de lo que no cabía adivinar o interpretar nada. No había pensado qué ideas tendría del tiempo que pasó separado de ella. Un hombre de su rango se daba sólo a mujeres de su gusto. Eso deseaba y eso no se discutía. Por su parte no tomó a mal que creyera que el hermano era más grande que nadie, que no entendiera su arte y se enorgulleciera tranquilamente de los Bayeu, tan respetables como los Goya. Tardó casi toda una vida para que comprendiese qué gran artista era él y cuánto valía. Pero lo había amado siempre, aun sin saber nada de su grandeza; de otra manera una Bayeu no se hubiera casado con él. Él en cambio se casó porque la amaba y porque era una Bayeu. Ella lo sabía y siguió amándolo y soportándolo. Él sabía lo que ella había sufrido y a menudo le tuvo compasión. Le agradó que ahora tuviera motivos para apiadarse de él.

Mas el corazón se le abrió mirando a su hijo Javier, que no era ya un niño, sino un hombre joven a quien las mujeres guiñaban fatalmente el ojo. Javier le confesó que después de larga reflexión estaba resuelto a ser artista: aguardaba que el padre le tomara como discípulo. Goya sintió orgullo por su querido hijo y un gran consuelo después de la muerte de Mariano. Quería que el camino del hijo no fuera tan duro como el suyo; el mozo era un hidalgo de nacimiento: don Javier de Goya y Bayeu. La ley aragonesa le daba derecho a una renta de parte del padre, para que no tuviese que despellejarse las manos trabajando. Vivían en Castilla, ciertamente, pero la ley de Aragón era justa y Francisco la seguiría. Enviaría a Javier al extranjero, a Italia, a Francia. Él mismo se había perfeccionado en Italia, pero tuvo que matarse para asegurar la comida. Javier tendría más fácil la existencia y el estudio.

Cuando Agustín vió al amigo, su hosca cara reflejó una confusión interior; Goya no aceptaría palabras de piedad. Casi groseramente, Francisco preguntó: «¿Se complicaron las cosas durante mi ausencia? ¿Cometiste muchos desaguisados?» y le indicó que revisara las cuentas con Zapater. Luego le pidió que le mostrara lo que había hecho y Esteve le enseñó sus aguafuertes, ejecutados según el sistema de Leprince. Agustín había mejorado el procedimiento y Goya notó asombrado todo lo que se podía lograr. «¡Hombre!», exclamó repetidas veces y, a pesar de ser tan avaro en elogios, ensalzó al amigo y discípulo. «El método debería llamarse ahora método de Esteve», declaró. Volvía su vieja y profunda amistad.

Goya también le mostró sus dibujos de Zaragoza. Agustín se estremeció. Movió los labios, pero Goya ignoraba si hablaba o no. Esteve no se cansó de mirar hasta que Goya retiró suavemente las hojas. «Habla, pues», exigió Francisco, y Agustín contestó: «Éste es tu verdadero arte», y lo apuntó en un papel. Contento, Goya bromeó: «¿Mi pintura no cuenta para nada ya?».

Preocupado, Goya se presentó al día siguiente en la Corte. Lo trataron con extraordinario respeto; hasta el arrogante marqués de Ariza le mostró alguna simpatía. Don Carlos disipó con su jovialidad la cohibición del pintor y le gritó: «No se pinta con los oídos, sino con los ojos». Goya, asustado, no entendió y respetuosamente tendió a Su Majestad libreta de apuntes y lápiz. Satisfecho el rey por comunicarse con su primer pintor, escribió su alentadora frase y agregó por costumbre: «Yo el rey», sin olvidar la rúbrica. Goya leyó y se inclinó ante el monarca. Carlos prosiguió el diálogo semiescrito. «¿Cuántos retratos me hizo usted hasta ahora?», preguntó. Goya no lo sabía, pero contestó: «Sesenta y nueve». «Atiende», escribió Carlos y agregó: «Que la Santa Virgen nos dé vida bastante para que lleguen a ciento».

Don Manuel pidió a Goya que fuera a verlo; sentía el misterioso vínculo que le unía al pintor; debían de haber nacido bajo los mismos signos celestes porque, después de la fabulosa ascensión, el destino los había derribado casi juntos. Goya lo había atado a Pepa con una relación tan cargada de consecuencias y Godoy había favorecido mucho la elevación del amigo. Eran amigos, se comprendían, podían hablarse con toda franqueza. Sorprendió a Manuel ver a Goya envejecido, pero lo trató como en sus mejores días, volvió a

encarecer su mutua amistad y le recordó que lo había previsto todo. «Hay algunas nubes ahora en nuestro cielo», admitió, «pero esto pasará pronto y nuestras estrellas volverán a brillar más luminosas. El que como nosotros tuvo que conquistar el poder y los honores, los aprecia más que aquel que los tuvo por nacimiento, y no suelta presa». «¡Plus ultra!», exclamó, y como Goya no entendiera, lo escribió, agregando el lema que aprendiera en Cádiz. Y le habló de Cádiz, donde le contaron que Francisco había hecho locuras y —guiñándole el ojo con malicia— pintando cierta Venus desnuda. Francisco se sobresaltó: ¿habría dejado ver el cuadro a terceros la de Alba? ¿No temía los chismes? ¿No recelaba de la Inquisición?

Manuel notó la consternación del amigo y lo amenazó con el dedo. «Se trata sólo de rumores», explicó, «y no le pido que los confirme o caballerosamente los desmienta. Yo también quisiera una Venus semejante de su pincel y tendría algunos modelos muy atractivos. Quizás hablemos alguna vez sobre esto más adelante. Por ahora, retrate a mi Infanta; usted ya la pintó, cuando niña, creo». Se le acercó más y le confió cordialmente: «Estoy aprendiendo el lenguaje por señas. Quisiera entretenerme a menudo contigo, Francho; hasta encargué un proyecto para un instituto moderno de sordomudos, según los principios del doctor de L'Epée.
Llevará tu nombre, porque tú me diste la idea. Y no es una locura el que yo disponga así. Creo que mi retiro durará poco más y subiré aún más alto. Los dos subiremos aún más; puedes creerme, Francho».

Al día siguiente, Andrés anunció a una dama. Goya se irritó, pero el lacayo explicó que la dama insistía y además era una gran dama. Goya envió a Agustín, que volvió sorprendido y le anunció que era la condesa de Castillofiel. El pintor no entendía y Esteve tuvo que gritarle: «Es Pepa, ¿no entiendes?». Y Pepa entró. Con el momentáneo eclipse de Manuel, ella había alcanzado aún mayor esplendor. Nadie creía que el período de desgracia sería largo y los prudentes que evitaban al Infante, aparecían por eso más a menudo en casa de la condesa. Además, su patrimonio crecía asombrosamente. Cuando supo de la sordera de Goya, experimentó primero satisfacción; la consideró el castigo por su desprecio hacia ella. Pero la satisfacción no duró mucho; sabía que la desgracia y la pasión del amigo se encadenaban y envidió aquella pasión. Sólo le dolía el no haber inspirado amor tan grande.

Había acudido a verlo para hacerle sentir que todo se paga en la tierra y en el cielo. Mas, al ver a este otro Francho, se estremeció y el antiguo amor le apretó el corazón. Se limitó a ponderarle su propio progreso. «Estoy encinta», le confió orgullosa. «Tendré por hijo a un conde de Castillofiel, nacido en unión legítima». Goya notó que se esforzaba en demostrarle y demostrar a sí misma no sólo su esplendor, sino también su felicidad. Mas no era así, ella sufría por él, como él sufría por la de Alba, y sintió por ella el antiguo cariño, bondadoso, un poco apiadado y cómodo. Conversaron como viejos amigos que saben mucho de sí mismos; ella lo miraba impúdicamente, él leía en sus labios las palabras, sin esfuerzo. Goya había hecho la experiencia de que sólo le resultaba penoso entenderse con los indiferentes; comprendía en cambio sin dificultad a los que le interesaban o a aquellos a quienes odiaba.

«¿Te roba siempre Conchita jugando a las cartas?», preguntó el pintor y agregó: «Si puedo hacerlo, iré pronto a cenar y beber manzanilla contigo». Ella no pudo dejar de hacer ostentación. «Pero antes debes anunciarte», le dijo, «podrías encontrarte con don Carlos». «¿Con don Carlos?», preguntó él. «Don Carlos, el rey de las Españas y ambas Indias», repuso Pepa. «¡Carape!», exclamó el artista. «No hables mal», le reprochó Pepa, «y nunca delante de una dama que dará a luz muy pronto un condesito». Y le contó de don Carlos. «Se presenta como un simple general», explicó, «y no quiere de mí lo que tú piensas. Me muestra sus relojes, quiere que le palpe los bíceps, come nuestra olla podrida, toca para mí el violín y yo le canto un par de mis romances». «Ahora cantarás para mí algunos romances», le impuso Goya. Y como ella se asombrara y le parecieran extrañas esas palabras, el pintor le dijo con rencor y placer: «Tienes razón, estoy sordo como una tapia, pero escucho mejor aún que la mayoría de la gente». Aguardó.

«Canta de una vez», le gritó irritado, «te acompaño». Ella cantó, él tocó y, como en los romances, aquello fué triste, rabioso y dulce y, a veces, hasta coincidieron…

8

MARTÍN ZAPATER se quedó mucho tiempo en Madrid, aparentemente por negocios, en realidad por el amigo. No lo dejaba andar solo por la calle, temía accidentes. Goya odiaba la protección. Martín se las arreglaba para que el pintor fuera vigilado sin que lo notara. Francisco tenía más trabajo que nunca; Martín traía nuevos encargos para que el otro no pensara que su mal alejaba a la gente. Goya postergaba la mayoría de los encargos. Martín le informó también acerca de Cayetana; la de Alba había pedido autorización para viajar por el extranjero; visitaría parientes en Italia y no regresaría antes de que acabara su destierro. «Dondequiera que esté», dijo Goya, «poco le importará de un inválido».

El clima de Madrid le sentaba mal a Martín; estaba desmejorado, tosía mucho y se alegraba de que Francho no oyera esa mala tos. Por fin anunció que regresaría a Zaragoza. Se despidieron ruidosamente, como era su costumbre; trataban de no traicionar sus sentimientos, se dieron palmadas en los hombros, se rieron de su edad y de sus males.

En seguida quiso Francisco ver por sí solo cómo se entendían el sordo Goya y la ciudad de Madrid. Estaba cerca de la Puerta del Sol, donde desembocaban las grandes calles del Arenal, Mayor, Carmen, Alcalá y otras. Allí, en las horas de más movimiento, se colocó Goya, primero en la Red de San Luis, luego en las Gradas, delante de San Felipe El Real, finalmente en la fuente de Mariblanca. Goya *vió* el ruido y el tumulto; lo empujaron, lo insultaron; molestaba en todas partes. No hizo caso; tanto como Zaragoza le parecía apagada, era tan vivo su Madrid para él. «Agua fresca», gritaban los aguadores; «Naranjas» pregonaban las naranjeras; «Coche» ofrecían los cocheros de plaza; «Una limosna» pedía un lisiado. «¿Cómo te va, corazón?», ofrecía preguntando una buena moza. «¿No quieres ver mi cuartito, pequeño? ¿No quieres ver mi camita? ¡Linda, muelle, como no hay otra!». «¡El Diario! ¡La Gaceta!» pregonaba el vendedor de diarios. Los oficiales de la guardia conversaban, los cortejantes leían los pintorescos anuncios, los soldados valones y suizos hacían ruido. Los que necesitaban entregar peticiones a las autoridades dictaban sus deseos a los escribientes; un prestidigitador hacía bailar su mono; los proyectistas discutían sus planes para remediar los males de España y del mundo; los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías.

Goya observaba. Un consejo antiguo decía: «En la Puerta del Sol cuídate de las mujeres delante, de los arrieros detrás, de los coches a tu lado, de los chismosos por todas partes». Goya no se cuidaba; miraba. Oía y no oía, conocía gritos y palabras y no los reconocía y los percibía mejor que nunca. Apareció una cantaora ciega; se desconfiaba de los ciegos en Madrid, porque simulaban su desgracia para robar mejor y despertar más compasión. También se les jugaban bromas, vieran o no vieran. Goya también lo había hecho. Pero ahora esa ciega le dió dolorosa conciencia de su sordera. Cantaba ella acompañándose en la guitarra; sería sin duda lo que cantaba una canción interesante, porque todo el mundo escuchaba atento; Goya no entendía una palabra, aun mirando bien los labios de la ciega. El compañero de la cantaora mostraba entre tanto ilustraciones de la canción, verdaderos mamarrachos que hicieron reír a Goya; pensaba que él no oía a la mujer y la mujer no veía las figuras.

La canción se refería seguramente al Maragato, el bandido capturado por el valiente monje Valdivia. El Maragato, bandido bestial y codicioso, había apresado al monje que para rescatarse sólo pudo ofrecerle sus sandalias. Valdivia le arrancó el fusil, le hirió en el trasero y lo tomó prisionero. El país aclamó al fraile y la muchedumbre en la Puerta del Sol escuchaba con entusiasmo la narración, ciertamente pintoresca. Goya se sintió excluido; compró el texto para leerlo en casa.

Era tarde ya; las campanas tocaban al Angelus, los comerciantes comenzaron a alumbrar sus tiendas, se encendieron las lámparas delante de las casas. Goya regresó a la suya. La gente tomaba el fresco en los balcones. En un balcón de una casa sombría, casi sin ventanas, muy sospechosa, había dos lindas mozas regordetas apoyadas en la baranda; conversaban de algo importante, pero miraban a los hombres que pasaban; detrás de ellas, en la sombra, tan envueltos en sus capas que no se podían ver sus caras, se mantenían inmóviles dos jóvenes. Goya miró, acortó sus pasos, se detuvo. Los embozados se movieron; hicieron apenas un leve ademán, peligroso sin embargo; Goya creyó oportuno seguir su camino. Las mozas eran majas verdaderas con toda su seducción y su brillo, y detrás de ellas —como debía ser—, estaban la sombra y la amenaza.

Agustín le preguntó al día siguiente si no debía comenzar por fin el retrato del marqués de Castrofuerte. Goya meneó la cabeza, tenía otra cosa que hacer: pintó lo que viera la noche anterior. Fueron seis cuadritos con la historia del Maragato; un cuento simple y fresco con la viva alegría con que en la Puerta del Sol se

festejó la canción de la ciega. Recordó luego al otro bandido, ajusticiado en Córdoba y lo pintó en el patíbulo, barbudo, vestido de amarillo, solo, en una violenta luz. El mismo día —tenía prisa— se dedicó a pintar la escena de las majas del balcón y sus amigos en la sombra; pintó la tentación que emanaba de las mozas y la capciosa oscuridad detrás, que robustecía la tentación.

Mostró a Agustín las telas. «¿Hubiese sido mejor un retrato del marqués?», preguntó orgulloso. Agustín hizo unas muecas. «Nunca se acaba de aprender contigo», dijo, porque aquella era otra pintura, distinta de toda composición anterior. Había hecho Goya escenas parecidas de bandidos y majas, pero cosas insignificantes, divertidas y esto era fuerte y nuevo. Agustín las encontró extrañas, inquietantes y admirables. Francisco estaba ufano. Preguntó: «¿No oyes al Maragato amenazar? ¿No oyes el disparo? ¿No oyes el murmullo de las majas? ¿Se nota que el pintor es sordo?». Y antes de que Esteve contestara, exclamó: «¿Ves? ¡Aprendí algo más! Plus ultra».

«¿Qué piensas hacer con esto?», preguntó Agustín. «La de Osuna quería un par de cuadritos. Le agradarían estos del Maragato». «No los vendo», replicó Goya. «Son para mí, pero los regalo. Elige alguno; los demás son para Josefa». Josefa se extrañó, pero enrojeció de alegría. Sonriendo, con su letra juiciosa, aprendida con las monjas, escribió: «Te lo agradezco en el alma» y puso una cruz, como en todo lo que escribía. Goya la miró. Estaba más delgada y reservada. No tenía tema, pero le hubiera gustado charlar con ella ahora. Muchos amigos habían aprendido a hablar por señas; le dolía y le agriaba que ella ni hubiera pensado en ello. De pronto se le ocurrió retratarla. La veía distinta, más claramente que nunca. Pero vió también su desagradable parecido con el difunto hermano y su poca fe en su arte. Y notó lo que no quiso notar antes: su dolor —nacido del amor— por su escasa piedad, su rebeldía, su arrogancia.

Fué ella un paciente modelo. Aparecía erguida en el asiento, con un valioso chal sobre los hombros. Goya recalcó la dureza de Aragón que era el orgullo de ella; la hizo severa, pero amable. La vió con amor; no la embelleció, pero sí la rejuveneció un poco. Puso en los rasgos de su larga cara una ligera agudeza; hizo la piel apenas rosada, apenas marchita; dibujó aflojados ligeramente los hombros caídos. Y los grandes ojos brillantes miraban tristes sobre la cercanía; las manos caían pesadas sobre las rodillas, enfundadas en guantes grises, con los dedos de la izquierda un poco rígidos. Fué un buen retrato, agradable, pero sin alegría, muy distinto del otro de Zaragoza con los dos niños; el Goya de esos días tampoco tenía nada de alegre.

Fué el último retrato de ella. Pocos días después, Josefa se enfermó, cayó en cama, se fué acabando rápidamente. La causa del mortal agotamiento era clara: el clima caprichoso de Madrid, los inviernos helados, los veranos ardientes, los vientos salvajes y sus muchos embarazos. Y ahora que se moría, la mujer silenciosa tenía mucho que decir. Y él vió qué mal le traía el no haber aprendido a hablar por señas. Había aprendido y no había usado el recurso por inflexibilidad. Le habló ahora con sólo dos dedos cansados, dos o tres días, luego las manos se volvieron pesadas. Con enorme esfuerzo movió los labios para el último mensaje y él leyó: «Sé económico, Francho. No gastes y no tires tu dinero». Y murió como había vivido; callada, sin imponerse, con un aviso.

La cara de la muerta bajo la masa de cabello rubio parecía menos cansada ahora. Goya recordó toda su vida con ella, el cuerpo delicado y esbelto de la moza, su valor en los partos, la larga y muda pena a causa de él, su incomprensión artística, su terco amor. Era absurdo que se muriese ahora que se entendían. Pero no sintió el dolor salvaje y desesperado que siempre estallaba en él. Lo aplastaba el triste y sordo desierto, la conciencia de su inevitable soledad.

Encargó para Josefa un entierro sencillo, sin la pompa que ostentó para su Elenita. Luego, de vuelta del cementerio, hosco y sombrío, dijo a los amigos: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

Y los amigos notaron, aliviados, que Goya aceptaba la nueva desgracia sin accesos de furia. Él mismo creyó que ahora se había liberado del enemigo latente en su propio pecho.

9

DE ZARAGOZA llegó inesperadamente su madre para consolarlo. Tuvo elogios para la difunta; durante una visita anterior, no había hecho buenas migas con Josefa. Había viajado sola, aunque Tomás y el párroco querían acompañarla; había pensado en Francho; ambos hubieran pedido dinero. Le hubiera gustado venir con Zapater, pero éste desgraciadamente estaba enfermo con su vieja tos; escupía sangre. Goya se desesperó; las palabras de la madre le infundían supersticiosa angustia; temía por la vida de Martín. Muchos de sus amigos sobrevivían solamente en sus retratos. ¿No había muerto Josefa después que la retrató? Cuando retrataba a una persona con cariño, le quitaba un poco de vida para colocarla en la tela. Traía desgracia Francisco, lo mismo que Cayetana; tal vez en eso consistía su vínculo con la de Alba.

La presencia de su madre, tan razonable, le ayudó a vencer sus ideas negras. La anciana era fuerte, y tal como él la había retratado, no revelaba el menor signo de decadencia física. Lástima que no le tuviera simpatía a su nieto Javier. «No me gusta este joven», dijo en forma brusca. «Tiene todo lo malo de los Bayeu y los Goya. Narigón, mentiroso y disipado. Debes decirle lo que se merece, Francho». Mas tampoco al elegante y distinguido Javier le gustaba mucho la ruda abuela. En cambio, competían en atenciones para doña Engracia los amigos, Agustín, Miguel, Quintana. Don Miguel quería que Goya la presentara en la Corte, pero la anciana se opuso. «No me corresponde», dijo, «como no te corresponde a ti, Francho. Si se nace patán, no se llega a caballero».

No se quedó mucho tiempo y además insistió en regresar sola. ¿No había viajado solo él también hasta Zaragoza? «Para una vieja será más fácil que para un sordo», explicó. Antes de partir, le dió unos consejos parecidos a las advertencias de Josefa. Tenía que ser prudente, ahorrar, ser parco en dar dinero al hermano y al cuñado, los dos cuervos codiciosos. «Puedes dejarles algo en tu testamento», opinó, «pero mientras vivan, no les aumentes un real del subsidio. Y sobre todo no te hagas el grande, Paco. ¡No vuelvas a ser petulante! Ya ves dónde se llega. Cuanto más lindo es el traje que llevas, tanto más fea la suciedad que lo mancha». La dejó en la diligencia. El mayoral, el primer cochero y los ayudantes arrearon las bestias. «¡Macho, macho!», gritaban y entre los gritos, desde el coche, doña Engracia lo saludó: «¡Que la Virgen te proteja, Paco!». El gran vehículo partió: Goya pensó que no era probable que volviese a ver a la anciana.

Le preocupó a Francisco el que la madre no hubiese podido entenderse con su hijo Javier. Él lo amaba y lo mimaba; le gustaba lo que decía y cómo lo decía. La madre no tenía razón, no podía tenerla; el joven merecía ser mimado. Lo retrató. Esto le ayudó a conocerlo. No dejaba de ver las debilidades percibidas en él por Josefa y su madre, las mismas de aquel petimetre que era el marqués de San Adrián. Pero en el retrato puso todo su amor por el hijo. Hizo un joven fatuo, lleno sin embargo de irónica delicadeza por su porte atrayente y satisfecho de sí. Amplia y elegante chaqueta de color gris perla, suntuoso calzón, altas botas negras, abiertos los pies; guantes amarillos, bastón de paseo, tricornio; dijes colgantes del chaleco, y a los pies del esbelto joven, un grueso perro blanco con una cinta roja. Aparece con cara alargada, rizos rubios en la frente, los ojos de la madre y la gruesa nariz del padre. La figura surge en una oleada de tonos grises, delicados, matizados, mágicamente fundidos.

Concluido el retrato, Goya entendió lo que Josefa y su madre no admiraban en Javier; él lo quería tal como era y le agradaban su afectación y su gusto por la elegancia y el lujo. Y de pronto no le agradó más la casa en que vivía, esa casa magníficamente instalada en la Carrera de San Jerónimo. Elena había muerto, como Mariano; estaba solo con Javier y los pequeños. La casa y los muebles estaban viejos, gastados. Compró otra en las inmediaciones de Madrid, pero ya en el campo, a orillas del Manzanares, cerca de la Puerta de Segovia; una casa vieja, espaciosa, de dos pisos, una verdadera quinta con amplio terreno y una vista magnífica: a un lado la querida pradera de San Isidro; al otro, la sierra de Guadarrama. Arregló la quinta casi pobremente. Sonrió al ver que a Javier esa mezquindad no le gustaba mucho y lo incitó a arreglarse sus cuartos con el lujo que quisiera. Le dejó los valiosos sillones de la casa anterior, y casi todos los cuadros; conservó para sí el retrato de Cayetana, pintado por capricho. En su amplia habitación puso apenas lo necesario y eliminó tapices y telas preciosas dejando las paredes desnudas.

A menudo contempló esas paredes con astuta sonrisa; tenía el plan de pintarlas con escenas de su mundo; guiarían su pincel su propia observación, su propia fantasía; valdrían solamente sus propias reglas, y ese su mundo interior sería, a pesar de todo, el mundo real. Antes de hacerlo, tenía que aprender mucho. Lo alcanzado en su arte era apenas una primera altura. Como aquel que trepado a las primeras estribaciones contempla toda la ancha sierra sin nubes; así él, en estos años de dolor, de delirio, de sordera, de soledad,

de claridad, veía ahora su verdadera meta, lejos, muy alta, La intuyó oscuramente una vez cuando pintó la humillación de Olavide, la Inquisición, la casa de los locos y otros cuadritos. Ahora lo veía más claro: la faz exterior debía completarse con la interior; la desnuda realidad del mundo, con los sueños de su mente. Y sólo cuando pudiera pintar así, decoraría las paredes de su quinta.

Instaló pobremente su casa, pero prestó mucho valor a su vestimenta. Se vistió a la moda aburguesada de París. Con traje de Corte se mostraba sólo cuando estaba prescrito; inauguró el sombrero alto y duro, el bolívar; cubrió con el cabello las orejas. La gente lo vió a menudo en su jardín, robusto, digno, con cara leonina, muy sombrío. Lo llamaron «el sordo de la huerta» y su casa fué «la quinta del sordo». Siempre llevaba papel y lápiz para «conversar» con los demás, y allí muy a menudo echaba dibujitos rápidos, primeros esbozos, escenas instantáneas de su paisaje interno y del otro que lo rodeaba. Aprendió el nuevo procedimiento de Agustín, trabajó mucho con él, le pidió consejo sin reparos.

Compartió el estudio con Esteve, como antes. Mas ahora le molestaba la presencia del ayudante fiel y sensitivo. Alquiló para sí una habitación en una casona llena de inquilinos en el barrio más ruidoso, en una esquina de la calle de San Bernardino. Aquí también colocó los muebles más necesarios y los utensilios para los aguafuertes, planchas de cobre, una prensa y los demás instrumentos. La claridad del amplio cuarto acentuaba su desnudez. El traje cuidado chocaba con la pobreza del taller, y Goya sonrió pensando que ya no estaba Josefa para reprocharle con sus muecas el uso de esas prendas. De al lado, de abajo, de la calle animada, llegaba el ruido; pero Goya nada oía y trabajaba en sus nuevas y audaces intentonas. El desnudo taller se convirtió en su querida ermita.

El nuevo método de Esteve permitía tonalidades nuevas, nunca logradas. Era hermoso. Porque el mundo que llevaba dentro y quería confiar a las planchas, era rico y múltiple. Hombres, cosas y experiencias juveniles, campesinas, pequeño-burguesas, hombres y cosas de su vida en la Corte, el mundo de Madrid y de las residencias del rey. Creyó a veces que el pasado estaba muerto y que sólo quedaba el cortesano Goya. Al ensordecer, en cambio, viajando con el arriero Gil, supo que el pasado vivía, y le agradó. Era ahora un nuevo Goya, más sabio, que aprendió viviendo con campesinos y burgueses, con cortesanos y príncipes, con el hampa y los espectros. Cuando joven, quiso subir y conquistó el mundo. Pero aprendió que, al imponerse a ese mundo, el destino cae sobre uno. Se adaptó y gozó alegremente la vida de la Corte; y el destino siguió colgado de un cabello sobre él; era la ruina personal y artística. No hay que romper los cantos vivos, hay que tratar de redondearlos, y de redondear al mundo y a sí mismo.

Lo vivido estaba destinado sólo a traerlo hasta allí, a ese cuarto desnudo, y todo lo pintado y dibujado había sido solamente ejercicio físico para lo que debía hacer ahora. En la ermita dejó que el mundo se le impusiera y, al mismo tiempo, lo obligó a ser tal como él lo veía. Así lo esbozó en el papel, lo grabó en las planchas. ¡Hombre! Era distinto que pintar retratos de encargo, para que el retratado se reconociera en la tela. Aquí pintaría la verdad real. ¡Hombre! ¡Qué placer! Le gustó la sencillez y la economía impuesta por el material de su nuevo arte. Luz y color eran cosas magníficas, embriagaban; no dejaría de pintar, pero a veces en su soledad maldijo de sus cuadros anteriores, llenos de color como el trasero de un mono. Oh, no; para estas visiones nuevas, punzantes, amargas y divertidas no había más que el blanco y el negro.

Había comunicado a la Academia que con pesar tenía que solicitar el relevo de su cargo a causa de su sordera. La Academia lo nombró presidente honorario y con ocasión de su retiro organizó una buena exposición de sus obras. El rey prestó «La familia de Carlos», acerca de la cual corrían muchos rumores. A la inauguración no concurrieron solamente los miembros de la Corte, para demostrar su mecenismo y su amistad por Goya, sino todos los liberales de Madrid. Y ante la obra gloriosa y discutida, la mayoría de aquellos que la veían por primera vez, se quedaban sin aliento.

Acompañado por el presidente del comité de la Academia, marqués de Santa Cruz, Goya llegó hasta su obra por entre la multitud tensa y respetuosa. Casi modesto en su traje, más viejo que sus años, los ojos apretados, el labio inferior salido, Goya contempló sus Borbones; detrás de él había cortesanos, burgueses y artistas. Estalló una ovación. «¡Viva España!», se gritaba, «¡Viva Goya!». Pero Goya nada percibió. El marqués de Santa Cruz le tiró de la manga y le hizo girar suavemente; Francisco lo vió todo y se inclinó serio.

El Gran Inquisidor don Ramón de Reynoso y Arce contempló el cuadro que le había sido descrito como audaz desafío de lo divino.

Y no encontró exagerado lo que le anticiparan los suyos. «Si yo fuera el rey Carlos», dijo en latín, «no hubiera hecho a Goya primer pintor; hubiera pedido al Santo Oficio que dictaminara si no había allí un crimen de lesa Majestad».

10

DON MANUEL había calculado bien cuando propuso al rey a Urquijo y a Caballero. Mas no contó con que el primero era algo más que el político codicioso para quien las ideas liberales no eran solamente un tema de salón. Los dos ministros se combatían y trataban de anular mutuamente las medidas de gobierno, como esperaba don Manuel. Urquijo fué un ardiente patriota y un estadista vigoroso con quien no podía medirse Caballero, astuto y egoísta pero inhábil. Urquijo, a pesar de todo, logró disminuir la influencia de Roma sobre la Iglesia española y pasar a la Corte el dinero que los ultramontanos enviaban al Vaticano; pudo también limitar la jurisdicción del Santo Oficio. Y sobre todo, tuvo suerte en su política exterior. Impidió que se hiciesen a Francia las concesiones que Manuel consideró inevitables; con hábil juego entre una prudente condescendencia en lo pequeño y cortés resistencia en lo grande, reforzó la situación de España frente a los aliados poderosos, victoriosos y exigentes.

Manuel estaba desengañado. La reina no le tendía los brazos implorando ayuda, lo miraba fríamente y colmaba de pruebas de su favor y su satisfacción al nuevo presidente del consejo de ministros. Públicamente, Manuel era buen amigo de Urquijo, pero tramaba mil intrigas para impedir su obra. Ayudaba como podía al santurrón Caballero, incitaba a los ultramontanos a atacar desde el púlpito y la prensa al ministro ateo; obtuvo que el Consejo de Castilla reclamara al rey Carlos por la suavidad de la censura impuesta por Urquijo. Sobre todo trató de poner obstáculos al ministro en el exterior. El Gobierno francés vió en Urquijo a un adversario hábil y consciente y trabajó para derrocarlo. Manuel se hizo presente en París y brindó al Directorio el pretexto deseado para pedir la eliminación de Urquijo. El hermano de Carlos, Fernando de Nápoles, habíase adherido a la coalición antifrancesa; derrotado rápidamente, había sido depuesto. Manuel aconsejó al rey que pidiera para su segundo hijo la corona de Fernando. Era una exigencia audaz, porque Carlos, como aliado de Francia, hubiera debido imponer la neutralidad a su hermano. Urquijo explicó a Carlos que eso contrastaba con toda la prudencia política y traería dolorosas consecuencias. Carlos se mantuvo firme y Urquijo pidió a París la corona de Nápoles para el príncipe hispano. Sus predicciones se verificaron. El Directorio consideró ridícula y desvergonzada la pretensión, contestó agriamente y pidió al rey la dimisión del Ministro ofensor de la República. Manuel convenció al rey de las culpas del ministro, y éste, por dignidad, mantuvo a Urquijo por el momento en su cargo, pero lo censuró y comunicó la censura a los franceses. «Este zorro acabará pronto en manos del peletero», decía ufano Manuel.

De repente, ocurrió uno de esos hechos felices con que contaba Godoy. Napoleón volvió de Egipto y se convirtió en primer cónsul. El general vencedor no quiso tratar los asuntos españoles con Urquijo; no ocultó que vería con agrado a su amigo el infante don Manuel a la cabeza del gobierno hispano. Napoleón no se conformaba con que sus deseos no pasaran de tales; retiró al embajador Truguet y lo reemplazó con su hermano Luciano; le entregó el proyecto de un nuevo tratado con España, teniendo en cuenta el orgullo familiar de María Luisa, y ordenó a Luciano que discutiera el tratado con don Manuel y no con Urquijo.

Luciano, en una entrevista secreta, informó a Manuel que el Primer Cónsul quería crear un nuevo reino con el gran ducado de Toscana y las posesiones papales, el reino de Etruria, cuya corona destinaba a Luis de Parma, yerno de los reyes de España, para indemnizarlo del ducado de Parma. En trueque, Napoleón pedía la cesión a Francia de la Luisiana, colonia española en América. Manuel entendió que la propuesta agradaría a la reina, aunque fuera desfavorable para el país, y prometió al nuevo embajador que encarecería esa solución a los reyes.

Desde su gran disputa, Manuel no había tenido ocasión de hablar a solas con la reina. Le pidió ahora una entrevista por razones meramente políticas. Le expuso el proyecto. Se confesó feliz por haber suavizado las relaciones con la República, tensas por la incompetencia de Urquijo; la prueba estaba allí en la generosa oferta de Napoleón. Además, cabía agradecer al Primer Cónsul que evitase iniciar negociaciones sobre asuntos delicados con un ministro incapaz. La reina escuchó, atenta, sentimental, burlona. Había reemplazado a Manuel con el teniente primero de la guardia Fernando Mallo, haciéndolo primer ayuda de cámara del príncipe de Parma. Pero Mallo era tonto y brutal, ella estaba harta y, al ver por fin a Manuel de nuevo, sintió cómo lo había extrañado; lo deseaba con toda su sangre. Urquijo era sin duda un estadista hecho y derecho, pero si Napoleón quería tratar solamente con Manuel…

«Si entiendo bien, infante», dijo ella, «usted cree que este tratado puede ser concertado solamente por usted». Manuel sonrió: «El que el embajador me confíe planes secretos de su hermano», contestó, «parece

sin duda una prueba de confianza que no se otorga a cualquiera. De todas maneras, Su Majestad puede preguntarlo al embajador Bonaparte». «Por todos los medios quieres volver a ser primer ministro, Manuelito». dijo romántica y suave la reina; «y quieres volver por el rodeo del general Bonaparte». «Se equivoca, Majestad», declaró amablemente Manuel. «Tal como están las cosas hoy, no podría asumir de nuevo el cargo. Cuando Su Majestad me pidiese consejo, debería recordar la ofensa de su mano». «Yo sé», repuso María Luisa, «que eres muy sensible. ¿Qué quieres arrancarme ahora, chico?». «Su Majestad sabe», explicó Manuel, «que no puedo volver sin pedir satisfacción». «Abre de una vez tu boca de sinvergüenza», contestó la reina, «dime qué quieres para que mi hija sea reina de Etruria». «Pido respetuosamente», repuso Manuel, «que Su Majestad acoja a la condesa de Castillofiel como dama de su Corte». «Eres vulgar y bajo», dijo María Luisa. «Soy ambicioso», corrigió el infante, «por mí y por lo que amo».

Cuando Pepa recibió la invitación del Marqués de Ariza, en nombre de los soberanos, para presentarse al besamanos el día de cumpleaños del rey en el Escorial, se sintió feliz. Su dicha aumentó con el aumento de su embarazo. Y era magnífico ahora ser presentada en la Corte en un día de gran gala. Estaría Manuel, estaría toda la Corte. También Francho; el primer pintor del rey no podía faltar. Y la compararían con la reina, todos, la Corte, Manuel, Francho. Se preparó con esmero. Mandó un correo especial a Málaga, para traer al conde. Complicaría las cosas, pediría unos miles de reales, pero valía la pena. De París acababa de recibir un vestido verde, nuevo, de la Casa Odette, por indicación de Lucía. Haría ensanchar el talle y le sentaría bien con el embarazo. Consultó los cambios con Mademoiselle Lisette. Estudiaría a fondo el «Libro del ceremonial», ochenta y tres páginas de gran tamaño, que la mayordomía de Corte entregaba a los personajes a quienes recibía la realeza.

El día del recibimiento, entró majestuosa en el Escorial al lado de su vacilante esposo y no por la puerta trasera. Pasó por salas y pasillos, sobre las tumbas de los reyes, delante de guardias que presentaban armas y lacayos que hacían profundas reverencias; en las ocho grandes salas todo el personal estaba movilizado, junto con las guardias valona y suiza, un total de 1874 personas. Pepa fué recibida antes por la camarera mayor, la marquesa de Monte Alegre. Había otras diecinueve damas, muy jóvenes casi todas, admitidas al besamanos; parecían nerviosas; la única tranquila y dueña de sí era la condesa de Castillofiel. Había aprendido a estarlo cuando estudió para el teatro. La Camarera Mayor llevó el grupo a la sala del trono, colmada ya de Grandes, prelados y embajadores. A los costados y en las galerías se apiñaba la nobleza menor con los altos funcionarios. La entrada de Pepa causó impresión; ella miraba con desenfado buscando a los conocidos. Muchos la saludaron solemnes; ella contestó amablemente, con inclinaciones de cabeza. En la galería descubrió a Francisco y le hizo señas.

Oyéronse clarines en la antesala, voces de mando, golpes de las alabardas. El mayordomo golpeó tres veces con su bastón y anunció: «Los Reyes Católicos». Y toda la familia real, incluso el infante Manuel, hizo su triunfal entrada. El mayordomo mayor anunció que los Grandes estaban allí para felicitar al rey. «¡Quiera la Santísima Virgen conceder al rey larga vida por bien de España y del mundo!», gritó. Todos repitieron el voto, los clarines resonaron en todo el castillo, tañeron las campanas de la iglesia.

Procedieron al besamanos los doce Grandes de primera clase y sus damas, en primer término. Luego se hizo la presentación de las diecinueve damas, entre las que Pepa era la séptima en rango. Recorría la sala un estremecimiento de curiosidad y expectación, mientras se pronunciaban los nombres de las presentadas. El marqués de Ariza llevó a Pepa a presencia del rey; Carlos no pudo reprimir una leve sonrisa paternal, un poco maliciosa. Luego la condesa de Castillofiel se encontró frente a la reina. Era el momento esperado por todos. Estaba allí don Manuel Godoy, infante, Príncipe de la Paz, de cuya influencia sobre la reina y los destinos de España se ocupaban y preocupaban todas las cancillerías europeas; el hombre cuyas aventuras amorosas contaba todo el mundo con repudio o guiñando el ojo. Y allí estaban también sus dos amantes enfrentadas: la soberana que no podía deshacerse de él, la maja de la que él no podía librarse, y las miraba la legítima esposa de Manuel y las miraba el esposo legítimo de María Luisa, como lo hacía el esposo legítimo de Pepa Tudó.

María Luisa estaba sentada en el trono con su pesado ropaje de damasco, cubierta de joyas, la corona en la cabeza, imagen perfecta de un ídolo. Pepa se la enfrentaba, venusta en su plenitud, joven, floreciente, con su blanco cutis fresco, segura de su belleza. Pepa no dobló la rodilla, como estaba prescrito, a causa de su embarazo; besó la mano de la soberana, volvió a erguirse. Ambas mujeres se miraron a los ojos. Los pequeños, agudos y negros de la reina estudiaron a la presentada, cortés e indiferente. La procesión andaba por dentro. Esa mujer era más linda de lo que había imaginado, más hábil también; resultaba invencible. Los ojos de Pepa brillaban; saboreaba su presencia delante de la poderosa impotente. Dos segundos, como correspondía, la condesa miró a la reina en la cara; luego se dirigió al príncipe de Asturias, el heredero.

Goya desde la galería podía ver los rostros de ambas mujeres. Sonrió. «El gallo no entra en la catedral»,

pero ahora sí, la jamona lo había logrado; era una señora de título y el hijo que llevaba en sus entrañas sería conde de nacimiento.

Después del banquete, Pepa tomó parte en el juego de naipes de la reina, quien dirigía a ésta y a aquélla palabras amables. Pepa esperó que le dijera algo. Esperó mucho. «¿Está ganando, condesa?», preguntó por fin con su voz sonora y agradable la reina. Había resuelto tratarla como amiga; era lo más cuerdo. «No mucho, Majestad», repuso Pepa. «¿Cómo es su nombre de pila, condesa?», preguntó María Luisa. «Josefa», contestó, «María Josefa. El pueblo madrileño me llama condesa Pepa o simplemente Pepa». «Ciertamente», admitió la soberana, «el pueblo de mi capital es amable y lleno de confianza». Pepa se sorprendió de tanta desvergüenza; la extranjera, la italiana, la ramera, la ladrona, era odiada y la policía debía cuidar mucho para que la reina no fuera molestada en sus salidas de palacio. «¿Usted posee bienes en Andalucía, doña Josefa?», volvió a preguntar María Luisa. «Sí, Majestad», contestó Pepa. «¿Usted prefiere residir en Madrid, verdad?», inquirió la reina. «Sí, Majestad», repuso Pepa. «Como dice Su Majestad, el pueblo de Madrid es tan amable y lleno de confianza. Para mí…». «¿Y el conde su esposo?», preguntó María Luisa. «¿Camparte su alegría en Madrid?». «Ciertamente, Majestad», contestó Pepa, «pero su salud exige una residencia prolongada en Andalucía». «Comprendo», confesó la reina. «¿Espera hijos, doña Josefa?» se informó a continuación. «Gracias a la Santísima Virgen», contestó Pepa.

> *«Dígame, doña Josefa, ¿qué edad tiene su señor esposo?», preguntó pensativa la reina. «Tiene sesenta y ocho años. Mas espero», dijo Pepa, «y estoy íntimamente segura que nuestra Virgen de Atocha me concederá un parto feliz y un hijito fuerte y sano». Y miró a la soberana a la cara fijamente con ojos inocentes y luminosos.*

11

POR DIGNIDAD, María Luisa quiso evitar la impresión de que se dejaba imponer ministros por el Cónsul Bonaparte. Postergó el retiro de Urquijo. Manuel lo creyó oportuno. Sabía que el tratado propuesto era desventajoso para España, como Miguel también le había demostrado. Si Francia regalaba el trono de Etruria al yerno de la reina, sería alimento para la vanidad de María Luisa, pero lo pagaba España. Le convenía a Manuel que otro ministro firmara ese tratado. No podía desear nada mejor; él trataría con Bonaparte y merecería el aplauso de la reina; Urquijo se opondría; ella no le escucharía y Urquijo tendría que firmar y cargar con la culpa.

Manuel estaba seguro de poder derrocar a Urquijo cuando quisiera y por eso lo trataba como un amigo, lo que no dejó de hacer aun cuando le refirieron que el ministro lo despreciaba y censuraba. Se limitaba a sonreír diciéndose a sí mismo: «Virgen del Pilar, dame grandes enemigos y luego una larga y dulce venganza». Estaba satisfecho, se sentía feliz y de buen humor y quería que otros también lo fueran. Su vieja y razonable María Luisa se conducía a su gusto y él le demostró gratitud y trató de ocultar un poco su amistad con Pepa. Explicó a ésta que importaba mucho el futuro hijo y que quería evitar hasta la sombra de una sospecha con motivo de la criatura; por eso trataba de que el conde se quedara en Madrid hasta el parto; él mismo, por dignidad, desaparecería un poco en los últimos meses. Pepa estuvo conforme; ella también deseaba que el condesito naciera en circunstancias irreprochables.

Hasta la infanta Teresa estuvo agradecida a Manuel y él le demostró simpatía. Tenía hijos de la reina de España, pero no llevaban su nombre; con la mujer amada ocurría lo mismo. Esta infanta por sangre le daría el vástago con su nombre. En realidad, no esperaba mucho de esta mujer esquelética, pero quiso demostrarle apego. Sabía que ella deseaba alejarse de Madrid, pero por ciertas razones él quería que diera a luz en la capital. Por el momento, podía pasar tranquilamente dos o tres semanas en su castillo de Arenas de San Pedro. Además, Goya tenía que hacerle un retrato que ella apreciaría.

Francisco fué con gusto al palacio, cuyo nombre despertaba en él gratos recuerdos. Por intervención de Jovellanos, cuando era todavía un don nadie, el anciano infante don Luis le había hecho retratar allí a su familia. Y le había impresionado a Goya el que el hermano del rey se diera tan poca importancia como un Juan de los Palotes cualquiera. El pintor se quedó todo un mes en el castillo, tratado como un igual. En esos días felices había conocido a doña Teresa, y la había retratado: era una niñita tímida que con él se confiaba alegremente.

Ahora Goya comprendía mejor toda la sabiduría y cordialidad del difunto infante. Tenía derecho eventualmente a la corona, pero había renunciado ese derecho, para casarse con una dama de casta inferior, de apellido Vallabriga. Había preferido vivir en el castillo con la mujer amada y los hijos de su unión, dedicado a la agricultura y a la caza, a sus cuadros y a sus libros. Goya lo creía medio loco; ahora comprendía que, ahora, él mismo hubiera procedido así.

Había hecho un segundo retrato de doña Teresa cuando tenía diecisiete años y había perdido a sus padres. Estaba contenta con su vida en la sombra, lejos de la grotesca pompa de la Corte. Y la lasciva reina había dado a Manuel esta criatura inocente como precio de sus relaciones. Y Manuel la aceptó como pesado accesorio de un ansiado título que de otra manera no hubiera logrado. Desde que Goya era muy desdichado, comprendía mejor la desgracia ajena. Notó el triste embarazo de la infanta, vió cómo ésta padecía en la absurda y chocante situación que la hería muy hondo. La retrató cuidadosa y delicadamente, poniendo en la obra toda su simpatía por la hija de un viejo protector. Nació así un cuadro finísimo: el cuerpo frágil e infantil viste un traje blanco, vaporoso, cerrado debajo del pecho; el cuello y el busto delicados, y bajo una cascada de rubio cabello, una cara alargada, sin hermosura pero atractiva, que refleja todo el pesar íntimo de la criatura encinta: los ojos grandes, tristes, asustados, contemplan un mundo cuyo horror no comprenden.

Manuel, cuando vió el retrato, quedó turbado, no conocía toda esa emotiva delicadeza de su mujer. Lo invadió una sensación de piedad, de leve culpa, y exclamó ruidosamente: «¡Por vida del demonio! Francho, me pintaste a mi infanta en tal forma que tendré que enamorarme de ella». Pero Manuel no se presentaba para ver el retrato, sino para llevarse a Teresa a Madrid, donde debía nacer el hijo. La reina y él querían mostrar al mundo su reconciliación; la Corte participaría en el bautismo del niño. El 15 de octubre, un correo especial de Manuel llegó al Escorial, anunciando a la reina que la infanta había dado a luz una hijita sana. La reina pidió a Carlos que regresaran en seguida a la capital, para realizar el bautizo en las

habitaciones del rey. Éste se sintió molesto. Se ahorraba la visita a las tumbas de los antepasados, pero el plazo de residencia estaba fijado por el ceremonial. María Luisa declaró que los extraordinarios servicios de Manuel lo exigían y el rey cedió.

Carlos dió las órdenes a su primer maestresala, que opuso sus respetuosos reparos: durante dos siglos y medio el ceremonial había sido respetado. La reina observó fríamente: «Alguna vez ha de ser la primera». «Ya lo oyes, querido», confirmó el rey. Indignado, el marqués de Ariza confesó al marqués de la Vega Inclán y a la marquesa de Monte Alegre: «Estoy por arrancar del Libro del Ceremonial la página 52 y luego dimitir».

Este quebrantamiento de la etiqueta causó sensación. Los embajadores informaron a sus gobiernos que don Manuel volvería a tener en sus manos la dirección omnímoda de los destinos españoles. La permanencia de los reyes en la capital no debía exceder de un día y medio, pero todos los ministros, los funcionarios de la Corte, el personal mayor y menor, la orquesta de palacio y el servicio personal de los reyes y de los infantes tenían que acompañar a los soberanos.

El bautizo revistió la solemnidad que sólo se acostumbraba para el bautismo del heredero del trono. Escoltada por guardias suizos, la Camarera Mayor fué al palacio de Alcudia para traer a la Corte el hijo de Manuel. La siguió un ama en el coche real. Efectuó el rito en las habitaciones del rey el Gran Inquisidor Reynoso y Arce. La recién nacida recibió el nombre de Carlota Luisa. Carlos quiso tener en sus brazos a la criatura, la acunó con cuidado, extendió un dedo casi hasta la pequeña cara y dijo: «Tatata… Una linda criatura… Una princesa robusta y sana, que honrará a la Casa de Borbón». Y la Camarera Mayor devolvió luego la niñita al palacio de Manuel, escoltada esta vez por la guardia valona.

Más tarde, los reyes acudieron al palacio de Alcudia en el coche de gala que les regalara poco antes la República francesa; había pertenecido a las cocheras de Luis XVI. Don Manuel ofreció el banquete de gala, al que asistieron los reyes, casi todos los dignatarios y el embajador francés Luciano Bonaparte. En dos salones se exponían los regalos recibidos; Napoleón había enviado un sonajero de oro. La reina examinó los regalos y los valuó en tres millones. Ella misma otorgó a la recién nacida la Orden por ella fundada, «Nobilitati, virtuti, merito». Manuel hizo lanzar cinco mil reales a la muchedumbre, pero la chusma maldecía.

Pocas semanas después, dió a luz Pepa. El condesito de Castillofiel fué bautizado por el obispo de Cuenca con el nombre de Luis María y, entre otros más, los de Manuel y Francisco. El acto se realizó en el palacio de Bondad Real.

Asistió también don Manuel y un maestresala en representación del rey. Éste entregó como regalo del soberano una pieza rara y milagrosa, un diente de San Isidro, montado artísticamente en oro; el poseedor lograba el poder de tornarse simpático y conquistar amistad.

12

EL DÍA ANTES DEL BAUTISMO de la infanta, Luciano Bonaparte visitó al primer ministro Urquijo por asuntos políticos. Cuando se separaron, el embajador manifestó con indiferencia que volverían a verse al día siguiente en la capital. Urquijo repuso que no se sentía bien y no iría a Madrid. Luciano Bonaparte, sorprendido e irónico, observó: «Es una desgracia, Excelencia, que se enferme justamente mañana». Y esta enfermedad fué la última causa de su caída. Urquijo había emitido en los últimos días muy desdeñosas manifestaciones acerca de Manuel; su ausencia del bautizo fué como un desafío. Manuel lo aceptó y de acuerdo con la reina resolvió pedir a don Carlos la eliminación del atrevido en la primera oportunidad.

Ésta llegó pronto. El Papa se quejó en carta confidencial de algunas expresiones herejes del embajador español ante la Santa Sede, anunciando reformas proyectadas por Urquijo que herían antiguos derechos del Pontífice. El Papa pedía al rey católico que impidiera esas reformas y no se aliara con los perseguidores de la Iglesia amenazada; le correspondía defenderla. El Papa había indicado al Nuncio Apostólico que entregara la carta en manos del rey; el prelado, conocedor de la enemistad de Manuel por Urquijo, se dirigió al Príncipe de la Paz y logró que los reyes lo recibieran a espaldas del primer ministro.

El Nuncio entregó la misiva y rogó al rey que la leyera en seguida. Carlos se turbó durante la lectura; había firmado dos semanas antes las leyes respectivas que según Urquijo liberarían a España de Roma. Había vacilado mucho, pero ante las explicaciones astutas del ministro había cedido. Urquijo le previno que los ultramontanos enloquecerían, pero él le aseguró protección contra los ataques de los frailucos. Y ahora ardía Troya. Carlos balbuceó perplejo algunas disculpas, afirmó su profundo respeto por el Padre Santo. El Nuncio contestó que lo comunicaría al Papa, pero que temía mucho que no se diera por satisfecho. El prelado se fué y la reina y Manuel discutieron con don Carlos. Urquijo lo había engañado, arrancándole con diabólica elocuencia el edicto blasfemo. El remordimiento del rey se convirtió en furor contra Urquijo; la reina y Manuel aprovecharon el momento. Urquijo debía ser llamado inmediatamente a rendir cuentas.

El primer ministro guardaba cama, enfermo. Tuvo que levantarse y, nada preparado, se presentó ante los reyes y don Manuel, su peor enemigo. «¿Qué te permitiste?», le gritó el rey. «Me has engañado como a un niño. Me colocaste en disputa con el Padre Santo y has conjurado la ira de Dios sobre mí. ¡Hereje!». «Expuse a Su Majestad el pro y el contra, como era mi deber», contestó el enfermo. «Su Majestad escuchó mis razones y las aceptó antes de dignarse firmar. Algo más, Señor; Su Majestad me prometió protección, si fuera necesaria». «Es una atrevida mentira», rugió don Carlos. «Te prometí protección contra los frailucos, pero no contra el Nuncio y el Padre Santo. Tú tienes la responsabilidad de que ahora me encuentre casi en guerra con Roma. Y quienes cargarme con el crimen…». Y antes de calmarse, gritó: «¡A Pamplona! ¡A la fortaleza!». Sólo con esfuerzos impidieron María Luisa y Manuel que le pegara.

Después que el ministro se hubo retirado pálido como un cadáver, pero altivo, María Luisa pensó que era una lástima haberlo perdido. Carlos, meneando la cabeza, confesó: «Cosa curiosa; esta mañana le tenía simpatía; ahora es un criminal y tengo que encerrarlo».

Tratando de calmar al rey, Manuel le dijo: «No piense más tiempo en él, Señor. Tranquilícese y deje lo demás a cargo de la Inquisición».

13

POR CONSEJO del infante don Manuel, don Carlos, para demostrar amistad y veneración al Primer Cónsul, encargó al pintor David un cuadro que ensalzara al general Bonaparte. David eligió como tema: «El paso del San Bernardo», exigió doscientos cincuenta mil reales y el derecho de hacer tres copias ligeramente distintas. Importaba mucho mantener buenas relaciones con Napoleón. El cuadro llegó y se envió a Aranjuez; los señores Goya, Bermúdez y Esteve lo examinaron. Un magnífico cuadro de dos metros y medio de alto por otro tanto de ancho. Entre montañas salvajes, Napoleón montaba un caballo encabritado; soldados y cañones, pequeños y en sombra, se movían en su torno; desvaídas letras en las rocas recordaban a los otros dos guerreros que cruzaron los Alpes: Aníbal y Carlomagno.

Después de larga pausa, Miguel habló el primero: «Una glorificación del genio digna como pocas. El mundo alpino gigantesco se torna enano ante la grandeza de Napoleón. Y a pesar de lo monumental del conjunto, hay un retrato del héroe». «Por un cuarto de millón, podría pretenderse un poco más de parecido», opinó objetivamente Goya. «El caballo es un milagro de la naturaleza», observó seco Agustín. «Los traseros de tus caballos son mejores», afirmó Francisco. Miguel discutió con Esteve: «Usted no perdona a David que no se haya dejado guillotinar. Yo me alegro que el gran artista siga viviendo. Y tampoco puede reprochársele que renegara del modelo romano. Como ciudadano de Roma hubiera tomado partido por Augusto, con razón, al ver podrida la República. Cuando supo del golpe de Estado, dijo maravillosamente: "No éramos lo bastante virtuosos para una República"».

Goya no había entendido. «¿Qué dijo el colega David?», preguntó. En el gran salón, Miguel repitió en alta voz: «No somos lo bastante virtuosos para una República». Francisco se limitó a replicar: «Ya lo veo». Veía que David era ahora el pregonero charlatán del joven general, como lo fuera antes de la Revolución. ¡Y esto era virtud! Quizás Miguel era sincero. También él, cuando joven, había pintado en Parma, para una exposición, un «paso de los Alpes», el de Aníbal. En el cuadro puso mucha pompa guerrera, soldados, armas, elefantes, banderas. David era económico y dominaba la técnica; pero la concepción de David maduro era tan superficial como la suya a los veinte años.

Agustín continuó burlándose. «Todo lo que David tiene de maleable en política», opinó, «lo ostenta de rigidez en el arte. Pintor lento, pero estadista veloz». «No se deje arrastrar por su sentimiento, don Agustín», pontificó Miguel. «En las manifestaciones políticas hay que eliminar el odio. Hacer política o juzgarla, implica poseer sentido de la justicia. De todas maneras», concluyó, como indiferente, pero recalcando las palabras, «pronto hemos de saber algo genuino acerca de David. La misión de Lucía en París ha terminado. La espero de regreso dentro de dos semanas».

Goya vió las muecas en la cara de Esteve. Había entendido bien esta vez y también él estaba turbado. Ella volvía a su Miguel, como si nada hubiera pasado, y él la recibiría también como si nada hubiera ocurrido. ¿Y el abate? Lucía abandonaba a uno y luego al otro. Así eran Cayetana y Lucía.

En efecto, doña Lucía apareció a las dos semanas en Madrid. Invitó en seguida a sus íntimos a una tertulia. Y fueron los mismos de la velada en que Manuel conoció a Pepa. Faltaba solamente el abate. Pareció como si Lucía volviese de un descanso en el campo. Goya la observó atentamente. Su retrato había sido exacto; era el retrato de la mujer actual. Estaba un poco disfrazada, extrañamente astuta, con un sosiego inquietante; una dama intachable, pero con un halo más espeso de aventura alrededor. Había algo de común entre ellos, entre Francisco y Lucía. Pertenecían indiscutiblemente a la clase superior, pero vivía en ambos todavía lo inferior de donde procedían.

Lucía habló de París, pero nada dijo de aquello que más esperaban todos: la suerte del abate. Y su amable frialdad de dama impedía preguntas delicadas. Después se reunieron Lucía y Pepa, amigas íntimas como antes, llenas de comprensión mutua. Todos vieron cómo se divertían de la sumisión masculina. Si Lucía podía referir a alguien lo ocurrido entre ella y el abate, era a Pepa. Con Goya habló poco. Ella no solía hablar muy claro, tal vez le pesaba entretenerse con el sordo. Quizá sabía que él la conocía mejor que los demás y era prudente. Goya no se irritó.

Se sorprendió agradablemente, cuando en lo sucesivo ella apareció a menudo en la quinta, para charlar con él y con Esteve en el taller. No hacía caso de la sordera de Goya, ni hablaba claro ni escribía tampoco lo que él no oía. Pero estaba a gusto allí y observaba la labor del artista. A veces acudía con Pepa; charlaban entre sí o descansaban mudas y perezosas. A pesar de su afecto por Francisco, Agustín, al ver a las dos hermosas mujeres, sentía la vieja amargura con una mezcla de envidia. Francisco estaba viejo y sordo y las

mujeres seguían corriendo tras él sin tener una mirada para el desdichado ayudante. Sabía de arte como nadie en España y sin él Goya no sería Goya. Éste no ocultaba lo poco que le importaban ambas mujeres. En el fondo, pensaba siempre en la excelsa aquella que le había hundido en la desdicha; y la de Alba estaba allí en el único cuadro que había conservado. Las dos mujeres admitían todo eso…

Cuando Esteve veía a Lucía sentada debajo del retrato de Cayetana, no comprendía que se pudiera conformar con la duquesa quien podía tener a la otra. Con cualquier disfraz, la de Alba no dejaba de ser una ridícula duquesa; ni siquiera el arte de Goya pudo transformarla en maja; seguramente debió de hacer notar al pobre Francho la fantástica distancia entre un pintor vulgar y una Grande provocando su negra furia. Lucía, en cambio, llegó a verdadera gran dama, sin dejar de ser una verdadera maja; no le importa la opinión pública; se va con el abate a París cuando le place y, cuando siente nostalgia de Madrid, vuelve despreocupada a su sabio borrico de marido.

Una vez, ausente Pepa, dijo Lucía de repente: «Creía que ustedes eran amigos del abate. Me parece muy mal que nunca hayan preguntado por él». Hablaba indiferente, sin dejar entender para quién era el reproche. Goya siguió pintando; no se había fijado en los labios de la mujer. Esteve, turbado por el asombro, ofreció: «Si quiere, Francho, le escribo las palabras de la señora». «¿De qué se trata?», preguntó desde su caballete Goya. «Del abate», deletreó casi Agustín. Goya dejó de pintar y miró a Lucía atentamente. «Regresará muy pronto», informó la mujer con indiferencia. Goya dejó la paleta y los pinceles y comenzó a pasearse de un lado a otro. «¿Cómo pudo lograrlo?», preguntó. Lucía le echó una mirada un poco irónica, casi velada. «Le escribí que debía volver», contestó «Pero ¿y la Inquisición?», exclamó Esteve; «su retorno significa la hoguera. El Santo Oficio no lo aguantará». Con voz ligeramente arrastrada, la mujer explicó: «Pepa y yo hemos hablado con don Manuel, que interesó al Gran Inquisidor. El abate deberá soportar algunas molestias, es cierto, y él está dispuesto a todo; por lo menos estará en su tierra».

Doña Lucía hablaba con indiferencia, sin ufanarse. Goya y Esteve estaban helados. Pensaron rencorosamente en la sensación de triunfo de esta mujer, que había logrado de los superiores de su esposo el retorno del amante. Y éste volvía, dispuesto a enfrentarse al peligro y al sacrificio, para respirar el mismo aire que ella. El Gran Inquisidor Reynoso debía de haber pedido un alto precio seguramente para renunciar a quemar vivo a ese archihereje. Y lo que Manuel había «hablado» con Reynoso pesaría ciertamente en la vida de otros seres. Y la mujer hablaba de esto tranquilamente como una dama en una tertulia o en el salón de la peinadora. Goya tuvo que recordar a la avellanera del Prado, aquella verdadera maja que lo insultó, igual a esta vulgar y pícara Lucía, atrevida y cruel, que se reía del primer ministro, del Gran Inquisidor, del país entero.

Pero, al parecer, ella se había enorgullecido demasiado pronto de su victoria. Pasaron semanas, pasó un mes y pasó otro mes, sin que se oyera hablar del regreso del abate.

14

GOYA ESTABA TRABAJANDO en su estudio de la calle de San Bernardino, en la ermita. Hizo una pausa, empujó plancha y punta hacia adelante y observó con una leve sonrisa las manos sucias. Se levantó para lavárselas. En el cuarto había un hombre, un nuncio, uno de los verdes recaderos de la Inquisición, que hizo una respetuosa reverencia y dijo algo. Goya no entendió; el hombre entregó un papel y señaló la carta sellada que llevaba. Goya entendió que debía firmar, lo hizo mecánicamente; el hombre tomó el recibo, entregó el pliego, hizo una reverencia, dijo algo; Goya repuso: «Alabada sea la Santísima Virgen»; el hombre se fué.

Francisco se sentó en su soledad, ahora mayor todavía, con el pliego en la mano; vacía el alma, contempló fijamente los sellos, la cruz, la espada y la vara. Sabía que la Inquisición poseía buenos documentos contra él. Cayetana, la bruja, la ruin, había mostrado a otros el cuadro de su desnudez; si lo sabía Manuel, no lo ignoraba el Santo Oficio. Muchas de sus palabras podían interpretarse como herejías con un poco de mala voluntad; con muchos de sus cuadros pasaba igual: él mismo conocía manifestaciones de Reynoso que condenaban su persona y su obra. Pero se había creído seguro por la protección del rey y por su gloria. Y ahora allí tenía una invitación del Santo Tribunal…

Respiraba con dificultad y una loca angustia le apretaba el pecho. Ahora que salía del hondo vórtice del aniquilamiento y conocía sus abismos, no quería volver a hundirse. Acababa de aprender lo que son la vida, la pintura, el arte. La Inquisición no podía echarle ahora sus terribles garras. Pero él no se atrevía a abrir el pliego. Estuvo meditando indeciso. Habían tardado mucho, antes de atreverse a proceder: ¿por qué de pronto se resolvían? Recordó a Lucía y a Pepa juntas allí, pícaras, peligrosas, seductoras como las majas del balcón. Quizás era él parte del convenio negociado para el retorno del abate. Su experiencia con la de Alba lo llenaba de sospechas. En nadie podía confiar.

Abrió el pliego. El Tribunal de la Inquisición de Tarragona lo invitaba a un auto particular, contra el hereje Diego Perico, ex abate, ex secretario del Santo Oficio de Madrid. Por un segundo respiró aliviado. Luego se enfureció por la maliciosa invitación. Le obligaban a él, sordo, incapaz de oír la lectura de una sentencia, a someterse a las fatigas de un largo viaje hasta Aragón; era una bajeza y por eso mismo una sombría amenaza. Sin el impedimento de su mal, Goya hubiera hablado con Esteve o con Bermúdez. El peligroso tema podía discutirse con alusiones, con medias palabras solamente; él no entendería las respuestas, y si los amigos las escribían, los demonios las volverían más amenazantes. Pensó en Javier, con quien no se hubiera avergonzado. Pero Javier era demasiado joven.

Guardó su triste secreto, pasando del terror a la esperanza, de la fe a la amargura. Ora estaba seguro de que Reynoso mandaría al abate a la hoguera y lo arrestaría a él, ora confiaba en la astucia de Manuel y de Lucía; tenían ciertamente garantías de que el proceso no sería más que una farsa sombría y su invitación una hueca amenaza.

La Inquisición, entre tanto, a pesar del secreto reglamentario, difundió rumores, señalando como gloriosa victoria el regreso del abate: Dios había despertado la conciencia del hereje que se entregaba voluntariamente al Santo Oficio. Cuando Agustín lo supo, se estremeció. Odiaba, sí, la sabiduría preciosista y el porte de lechuguino del abate; estaba locamente celoso de la pasión de Lucía por este clérigo, pero admiraba a don Diego que por Lucía se entregaba a la venganza de la Inquisición, venganza que le dolía porque reconocía honestamente el idealismo liberal del abate. Atormentado por estos encontrados sentimientos, preguntó a Goya si sabía del regreso y del auto de fe. «Sí», contestó sombrío Goya y le mostró el pliego del Santo Tribunal.

En medio de su terror, Esteve sintió orgullo; los jueces eclesiásticos temían, pues, al sordo solitario, temían su arte. Mas calló esta idea y maldijo, como Goya, la imposición de ese fatigoso viaje. «Es un crimen», dijo, «causarle a usted esta molestia». Y Goya se complació porque los dos coincidían en no renegar ni de la Inquisición ni de Lucía. «Naturalmente, te acompañaré», dijo Esteve. Goya había pensado en pedirle que lo acompañara, pero le costaba mucho; había que ser valiente para eso. Y Agustín se ofrecía voluntariamente. Murmuró un rechazo, le dió las gracias; pero luego aceptó contento.

Reynoso, ciertamente por no aprobar el Gobierno un auto de fe en la capital, había elegido astutamente a Tarragona, ligada en la memoria de todos los españoles a un gran triunfo de la Inquisición. Había sido en 1494. Durante una epidemia de peste, el Inquisidor de Barcelona, Contreras, se había refugiado con sus familiares en Tarragona. Las autoridades comunicaron en la puerta de la ciudad al Inquisidor que si le permitían entrar, también los funcionarios del rey exigirían ser eximidos de la cuarentena. Contreras

contestó que les concedía un plazo de tres Misereres. Después, si no le abrían, pronunciaría la excomunión y el entredicho de la ciudad. Rezó los Misereres y ordenó al notario del Santo Tribunal que llamara a la puerta de la ciudad. No le abrieron y el Inquisidor se retiró al vecino monasterio de los dominicos, donde emitió el decreto de excomunión que hizo clavar en las puertas de Tarragona. Una semana después, Tarragona comunicó a Contreras que la puerta estaba abierta. El prelado ofendido impuso a los dignatarios y a los ciudadanos de pro solemne penitencia. En presencia del virrey de Cataluña, las autoridades y los grandes burgueses de la ciudad se reunieron en la catedral, ante el trono del Inquisidor, con sambenito y cirios encendidos, aceptando para sí y sus descendientes una infamia indeleble. Para recordar a los pecadores este hecho, el Santo Oficio había elegido esta ciudad para el auto de fe del abate.

Al cabo del pesado viaje, Goya y Esteve llegaron oportunamente a Tarragona. Se alojaron en una modesta posada y Francisco se anunció en el arzobispado, en el palacio del Patriarca. Lo recibió un vicario que le informó que el auto se realizaría dos días después en el salón del Consejo del palacio y agregó secamente que la asistencia sería muy útil al señor primer pintor del rey.

Francisco nunca había estado en Tarragona. Con Esteve visitó la ciudad, las enormes murallas ciclópeas, anteriores a la época romana; las innúmeras antigüedades latinas y la catedral, antiquísima y magnífica, con sus claustros y portales, las columnas romanas y las esculturas paganas, adaptadas ingenuamente a la idea cristiana. Goya apreció las bromas dejadas acá y allá por un anónimo escultor. Admiró la historia del gato que se finge muerto y se deja llevar a la tumba por los ratones, para caer sobre ellos, apenas se reúnen todos. Cuando el artista la grabó, seguramente tendría algún sentido alegórico nada ingenuo. Goya sacó su libreta de apuntes y dibujó a su manera el episodio.

Con Esteve, el pintor fué al puerto y visitó los depósitos. Tarragona era famosa por sus vinos, sus nueces, su mazapán. En un enorme cobertizo había muchachas que clasificaban nueces, labor mecánica veloz, entre charlas, risas, cantos. Eran unas doscientas; el lugar, un remolino de vida; Goya olvidó el auto de fe y tomó apuntes.

A la mañana del día siguiente concurrió al palacio del Patriarca. La sala del Consejo era amplia, moderna, desnuda. La mayoría de los invitados eran de la ciudad o de Barcelona. Nada bueno indicaba que hubiesen citado a Goya desde Madrid; todos lo miraban con tímida curiosidad, nadie le dirigía la palabra.

Hizo su entrada el tribunal. El estandarte, la cruz verde, la ropa sombría de los jueces, toda esta pompa tremenda chocaba con la instalación moderna y los trajes contemporáneos de la gente. Trajeron al abate. No llevaba el sambenito —excepción impuesta por el Gobierno—, vestía traje civil de corte francés; don Diego trataba de parecer tranquilo, elegante. Pero ya en el tablado de los reos, encerrado entre barreras de poca altura, frente al sombrío atuendo y a su afrenta, comenzó a temblar, se desmadejó, se disolvió; el cínico señor hizo la misma impresión que si llevara el capotillo de la infamia.

El prior dominico comenzó su sermón. Goya no se esforzó para entender; observaba. Y aunque faltaba aquí la solemnidad y la pompa del juicio de Olavide, el espectáculo no era menos sombrío y aterrador. No importaba ningún convenio previo, no importaba la condena grave o leve, allí se aniquilaba a un hombre y la cara del abate lo revelaba. Nadie podía recobrarse después de una humillación semejante, aunque tuviese el alma acorazada de cinismo y valentía. Y aunque se le dejara algún día en libertad, llevaría la marca del hereje condenado, que los demás rechazaban con horror. Comenzó la lectura de la sentencia, muy larga también esta vez. Goya vió con horror cómo el aspecto del abate decaía, cómo perdía su prestancia mundana y espiritual, cómo detrás aparecían la desesperación, el tormento del hombre. El abate había asistido al anonadamiento de Olavide y ahora le tocaba a él. Goya pensó si alguna vez, tarde o temprano, no le tocaría estar delante de la cruz verde, encerrado y vencido. Sintió que los demonios se acercaban. Los vió casi materializados y leyó en el cerebro del abate. Ningún pensamiento por la mujer amada, por una felicidad posible en lo futuro, por la obra realizada y a realizar, sino solamente la miseria eterna, abismal, dolorosa del instante. No en vano pensó que aquello era teatral necedad, farsa espectral con final clemente ya pactado. Sintió lo que cuando niño angustiaba y oprimía su corazón el anuncio de la llegada del coco, del hombre negro.

El abate abjuró. Y la vista del hombre elegante arrodillado, con la mano sobre los Evangelios, fué más terrible que entonces la de Olavide con el sambenito. El sacerdote leía y el abate repetía la horrenda y humillante fórmula.

Antes de advertirlo Goya, el acto concluyó, el reconciliado fué conducido afuera y los invitados se alejaron. Goya se quedó solo. Con paso vacilante, inseguro por su sordera, extrañamente cohibido, salió de la penumbra del salón y se fué. Agustín estaba en la posada, contra su costumbre, ante una botella de vino. Preguntó por la condena que Goya no conocía. El posadero pudo informar que el abate estaba sentenciado a tres años de encierro en un convento. El fondista parecía liberal, veneraba al primer pintor, era muy atento,

pero extrañamente miedoso. Habló de un vino excelente, de trece años, del que tenía solo siete botellas, reservadas para él y huéspedes de gran rango. Trajo una; Goya y Esteve bebieron en silencio.

En el viaje de regreso los dos amigos hablaron poco. Una sola vez Goya se franqueó de repente, diciendo con rencorosa satisfacción: «Ya ves adónde lleva meterse en política. Si hubiera procedido como tú querías, estaría ya podrido en las prisiones del Santo Oficio».

Pero en su corazón hacía planes: ahora pintaría el Santo Tribunal, lo dibujaría en la tranquilidad de la ermita; lo dibujaría tal como es, los frailucos que miran codiciosos al pecador que cae dolorosamente en la trampa. También dibujaría otra vez al ejecutado en el garrote, más sinceramente. Y al coco, terror de chicos, pesadilla, el hombre negro que no existe y sin embargo existe.

15

CUANDO LLEGÓ A MADRID, Javier le dijo que la duquesa de Alba había mandado por él; vivía en el palacete de Buenavista en la Moncloa, muy cerca de la quinta del pintor. Goya no sabía hasta dónde estaba enterado su hijo de sus relaciones. Se dominó, dijo casi naturalmente: «Gracias, hijo mío». Había creído que el poder fatal de Cayetana sobre él había terminado; que sólo quedaban cuadros, sueños, dulces y amargos, pero dentro de lo razonable. Y así ocurrió mientras ella estaba en Italia, mar de por medio. Ahora que podía alcanzarla con pocos pasos, la razón que regía los sueños estaba muerta. No fué a verla. Se quedó casi siempre en la ermita; trató de trabajar. Los rostros y los actos de Tarragona se diluían, veía sólo los sueños terribles de Sanlúcar. Se sintió desamparado, lleno de miserable deseo, bajo la campana de su sordera.

De repente apareció doña Eufemia, negra, digna, inmutable, llena de odio disimulado, viejísima a pesar de su cara sin edad. «Que la Virgen proteja a Su Excelencia», dijo. «No resulta fácil traerle un mensaje» y miró con desaprobación el estudio miserable y mal amueblado. Goya estaba excitado. «Apunte lo que tiene que decirme, doña Eufemia», contestó roncamente. «Estoy peor que antes, casi sordo del todo». La mujer escribió el mensaje y dijo además: «Siempre le dije, señor, que se termina mal haciendo cosas tan infernales». Goya no contestó. Leyó lo escrito. Dijo que esperaría a doña Cayetana al día siguiente por la noche, a las siete y media. «Aquí en el estudio de la calle San Bernardino», agregó en voz muy alta.

Se vistió con todo esmero y se rió él mismo. Era grotesco en traje elegante allí en el taller lamentable, como cuando era pobre. ¿Por qué citó a Cayetana allí? Era un desafío juvenil, insulso; se lo confirmó la cara de la dueña. Mas ¿vendrá ella? ¿Sabía de su transformación? ¿No le diría la vieja que era un anciano sordo, triste, lleno de rarezas? Las siete y media. Las siete y cuarenta. Ni la sombra de Cayetana. Pensó en la vida de ella en este lapso, con Peral enamorado sin esperanza sitiándola callado, con cortejantes italianos aún más frívolos que los hispanos. Corrió a la puerta; podía haber llamado, olvidando que estaba sordo, porque sólo pensaba en sí misma. Nada. Dejó la puerta entreabierta. Las ocho. Ciertamente, no vendría ya. Cinco minutos después llegó, retrasada como siempre. Se quitó el velo en silencio: nada había cambiado. Su cara ovalada y pura era maravillosamente clara; esbelto el cuerpo pequeño vestido de negro. Se miraron mutuamente y fué como cuando la vió en su estrado; su gran disputa no se había verificado. Y también en los meses siguientes todo fué como antes. Tal vez hablaban menos, pero siempre se habían entendido mejor por señas que con palabras. Las palabras sólo habían hecho daño. Además, la entendía mejor que a otros, leía mejor en sus labios; le parecía recordar más fielmente que ninguna otra su voz dura e infantil; siempre podía evocar dentro de sí el sonido exacto de aquellas palabras que la mujer le dijera sin saber que la escuchaba.

Fueron al teatro, aunque él sólo viera la música y el diálogo; fueron a los mesones de la majería, bienvenidos como antes. Le llamaban *el sordo.* Mas él no fastidiaba a nadie con quejas, reía con todos por algún malentendido y tenía que ser todo un gran tipo, para que la de Alba siguiera a su lado. Recordaba, conocía los abismos de Cayetana, pero los sueños estaban encerrados bajo siete llaves. Después de la tiniebla sofocante, gozaba de la claridad otra vez. Y el placer de ambos era una embriaguez. No deseaba retratarla ya, ni ella se lo pedía. Los retratos eran superficiales; él sabía y había visto lo que había dentro, debajo; la había pintado y dibujado en su miseria y en su soledad, y eso había sido verdad, remedio, curación. Ella le había hecho lo peor con inocente maldad y viciosa ignorancia, pero le había dado un recurso que fué medicina y tónico robustecedor a la vez.

En esta época, Goya ejecutaba muchos retratos, no descuidadamente sino como lo hacía antes, mucho antes; Agustín y él sabían que podía hacerlos mejores. Pintaba bellas mujeres, con una alborozada sensualidad que las embellecía aún más. Pintaba caballeros de la Corte, del ejército, de la alta burguesía, y parecían más importantes, sin que él borrara sus debilidades. Y las pinturas le dieron más dinero y gloria. La Corte y la ciudad sabían que no había en Europa pintor más grande que el sordo Francisco de Goya.

Siguió malcriando a su hijo Javier. Le gustaba lo que hacía. Lo colocó en la escuela de Ramón Bayeu, para que no se amanerara con él. Apreció los juicios de Javier en arte. A menudo lo tenía a su lado en la quinta, cuando Cayetana estaba con él. Ella lo trataba un poco como a un niño, otro poco como a un caballero. Sin hacerlo notar, le enseñaba amablemente lo que debía hacer y lo que no. Refrenó su manía de exagerar en el vestir, le trajo regalos, dijes, guantes, un anillo y le enseñó a reemplazar los objetos llamativos que llevaba y a usar otros más nobles, de mejor gusto. Y Javier gozó la ventaja de ser recibido en el círculo de la primera dama del reino; la estrecha amistad de su padre con la duquesa, públicamente

exhibida, le demostró el gran valor de su padre como artista.

Por esos días llegó a Madrid el armador Sebastián Martínez y visitó a Goya, con quien conversó apuntando por escrito sus palabras. Francisco admiró la rapidez de expresión del mercader y lamentó no haber cuidado más la reproducción de aquellas manos. Por fin, Martínez escribió: «Dicen que en Cádiz y en Sanlúcar usted pintó algo más que los cuadros de la Santa Cueva. Hablan de una Venus. ¿Soy presuntuoso si le pido una copia de aquella Venus?». Sonreía con malicia al escribir. «Lo es usted», contestó Goya. Martínez escribió: «Ofrezco cincuenta mil reales por una *copia*». Había subrayado la palabra copia. «¿Sigo siendo presuntuoso?». «Seguramente, señor», repuso Goya. «Cien mil», escribió, los ceros muy grandes, el uno más grande todavía. «Presuntuoso todavía», dijo Goya netamente. Martínez encogióse de hombros, un poco triste, y ahora hablando observó: «Su Excelencia es muy difícil».

Martínez visitó a la de Alba que lo invitó a una fiesta. Se bailó en ella el «desmayo», la danza de la consunción y la impotencia, donde primero el bailarín y luego la bailarina caen mutuamente sobre el pecho del compañero con abandono, cerrando los ojos. Luego se ejecutó también la «marcha china» en la que los bailarines se arrastran en cuatro patas y luego las bailarinas forman una «muralla china»; apretadas, se inclinan hasta tocar el suelo con las manos y los bailarines pasan entre los brazos de las mujeres, invirtiéndose luego las partes.

Cayetana bailó el desmayo con el marqués de San Adrián, la marcha china con el señor Martínez. Francisco contempló el asqueroso espectáculo, pensó en el aquelarre, en el enorme macho cabrío de su dibujo; la capitana hermosa de la gatería era Cayetana. Pero el turbio enfado de Francisco no era la furia insensata que sintiera por aquel fandango. Viendo arrastrarse bestialmente a Cayetana, al marqués, a Martínez y a los demás, entendió aun más que con la razón, y lo sintió en su ser, cuántas cualidades contradictorias puede haber y hay en un ser humano.

Esta mujer —él lo había vivido— podía ser apasionada y delicadamente altruista como ninguna otra; podía decir: «Te amo sólo a ti», con una voz que hacía perder el sentido y penetraba a través de la sordera, y allí estaba arrastrándose vulgar y grosera, con una risa cuya cosquilleante agudeza veía y penetraba punzante por su oído. Así era ella, así cualquiera, así él mismo. Subía al cielo más puro, se hundía en el abismo más inmundo. Se dejaba seducir por el mágico tono claro y puro de los colores, y tiraba el pincel y se iba sin lavarlo y corría en celo detrás de una ramera. Así está hecho el ser humano. Uno come la olla podrida y se entusiasma por Velázquez y se quema en su arte y rueda en sucia cama con una mujer de cinco reales y dibuja demonios y medita cómo cobrar a Dávila mil reales más por un retrato.

Abandonó la fiesta, fué a la ermita. Allí en la infinita calma, meditó acerca de Cayetana de Alba, una vez más, sabiendo que era la única que amó y que amaría. Las velas arrancaban a la tiniebla trozos del cuarto en su luz vacilante y de las sombras danzantes, crecientes, contraídas, surgieron en las paredes las caras de la de Alba. Vió todos los rostros perversos que descubriera, los irónicos, los de bruja y de simuladora, y los de la entrega amorosa, los de la pasión disolvente. Y se impuso: «¡No olvides los otros!». Trató de hacerle justicia. ¿No podía tener sus demonios? ¿Podía él vivir sin los propios? Sin ella, la vida sería aburrida, como la de Miguel. Cayetana no dominaba los suyos, no podía siquiera describir a su difunta doncella Brígida, menos dibujarla. Y ella debía soltar en palabras y actos su perversidad, hacer lo que le susurraba Brígida. Por eso bailaba el desmayo y la marcha china. A menudo era Cayetana, a menudo Brígida. Cerró los ojos. Las vió fundidas en una sola. Y las dibujó, la última verdad de ambos. Dibujó el ensueño, la mentira, la bacanal. Ella está allí amorosa y él le da dos caras. Una vuelta a un hombre que la abraza perdidamente, y el hombre tiene —irreconocibles— los rasgos de Francisco.

> *La otra cara, bella pero dominadora, mira en otra dirección; guiñando a otros hombres. Y una mano de la mujer de dos caras está abandonada quedamente al enamorado; la otra recibe el mensaje de una Brígida con dos caras también, mientras una segunda Brígida gordinflona tiene astutamente un dedo en los labios. Y delante de la mujer y alrededor de ella se arrastran y giran, en acecho, serpenteando, sapos, víboras y un demonio que ríe malicioso. Lejos, arriba, leve, vaporoso, inalcanzable, resplandece un castillo, construído seguramente con los sueños del loco amante.*

16

EN EL VALLE DEL MANZANARES, en los dominios de la Casa de Campo donde el rey solía cazar, en la Florida, había una capilla de San Antonio de Padua. Se hallaba en el camino de retorno del rey, cuando debía rezar sus oraciones de la noche. La capilla estaba casi en ruinas y don Carlos, que gustaba hacer construir, encargó al arquitecto Ventura Rodríguez que la reedificara. Rodríguez prefería los edificios suntuosos de unos años antes y propuso hacer de la ermita un cofre lujoso; el rey consintió en seguida. Goya, autor de bonitos tapices, era el más indicado para decorar la nueva capilla. Y el pintor se felicitó. Sería un escudo contra ulteriores ataques de Reynoso el encargo del rey, después de la invitación amenazante al auto de fe de Tarragona. Mas cuando debía pintar temas religiosos, no se sentía muy a sus anchas. «Sí, es cierto», dijo a Cayetana, «el que conoce su oficio, pinta cualquier cosa. Pero para pintar santos no valgo mucho. Puedo retratar muy bien al diablo, porque lo vi a menudo. Santos he visto pocos».

Tenía que ilustrar el milagro máximo de San Antonio. Habían acusado a un inocente por asesinato y el Santo resucitó al difunto para que declarara la inocencia del acusado. Francisco acababa de salir de un período de desgracias y ese tema no le atraía. Pero encontró una solución. Pintó el milagro en la cúpula. San Antonio, magro en su hábito de franciscano, en un cielo gris, se inclina con ademán de imperio, y de su rigidez se levanta horrible el cadáver casi infecto y el inocente abre feliz sus brazos. El milagro ocurre ante infinidad de espectadores que Goya pintó —esta era la solución— con particular cariño. El Santo, el muerto y el inocente eran accesorios; lo importante para Goya era la muchedumbre, que ostentaba el estado de ánimo de su vida actual, su nueva juventud, alegre, experta.

Goya no pintó contemporáneos del Santo, sino madrileños del ambiente, hasta de la majería, que contemplan el milagro como una gran corrida o un gran auto sacramental. Se apoyan en una balaustrada, cubierta con magnífico mantón; algunos golfos cabalgan o trepan por ella. Todos charlan entre sí, algunos excitados; miran si el cadáver tiene vida verdaderamente; otros, indiferentes, se cuentan cosas ajenas al milagro. Y del inocente nadie se cuida. En los arcos y lunetas, Goya pintó querubines y otros ángeles; hermosos, casi femeninos, con caras alegres; visten como manda la Inquisición, pero exhibiendo sus dotes físicas. Con excepción de las alas, nada tienen de angelical, pero sí esas caras anónimas, aunque muy conocidas, son de mujeres que él y muchos conocen perfectamente.

Durante esa tarea, Goya volvió a la vida despreocupada de sus primeros años en la Corte. La sordera fué apenas un ligero inconveniente; volvió a ser el majo vestido de cortesano, ruidoso, pintoresco, muy jactancioso. Ardía en él el último resplandor de su pasado más jocundo. Los frescos de la ermita fueron nuevos tapices, pero pintados por quien sabía mucho más de color, de luz y de movimiento. La capilla estaba cerca de la quinta de Goya y del palacete de Buenavista. Cayetana acudía a menudo y asistía a su labor. También Javier iba y Agustín estaba allí casi siempre. No faltaban otros amigos, Grandes y sus damas, y aun gente de los mesones de los majos. Goya trabajaba rápidamente y todos se alegraban sorprendidos, viendo con qué agilidad trepaba por los andamios y aun pintaba echado de espaldas. Era asombroso ver cómo de la nada surgía la pintoresca y bulliciosa multitud, los querubines atrevidos, las figuras fascinantes de los ángeles.

Dos días después de que Goya anunció concluida la obra, el rey fué a ver su nueva capilla en compañía del séquito con que volvía de caza. Se reunieron los caballeros y las damas en traje de caza en la capilla poco iluminada, pero llena de luz por el bullicio de los madrileños de Goya con alas o sin ellas. Había un poco de extrañeza por la interpretación muy mundana de un hecho religioso. Pero otros maestros también —eso sí, extranjeros— ¿no habían presentado así hechos venerables? Los distinguidos espectadores habían tenido muchas preocupaciones en esos últimos meses; les gustaba que este pintor sordo y avejentado cantara con tal ímpetu el placer de vivir. Volvían los años en que ellos también habían procedido como aquella muchedumbre. En el fondo, era bueno que se recordara un caso tan insólito de un milagro salvador, y era bueno poder verlo; tal vez el Señor hacía también para ellos un milagro y los redimía de la guerra, de los franceses y de las eternas necesidades financieras.

Así pensaban y hubieran elogiado mucho los frescos. Pero esperaban una palabra del rey y callaban. Tuvieron que estar callados largo rato; sólo se oía a través de la puerta abierta el ruido apagado de la gente que se reunía y el piafar de los caballos. Carlos demoraba, porque no sabía cómo juzgar. No era un pedante, le gustaba la broma, quería que su piedad y sus oraciones no fuesen sombrías. ¿No había ordenado que su iglesita fuera alegre? ¿Mas no era demasiado frívolo y mundano aquello? Los ángeles no eran muy

angelicales. «Aquella con las alas cerradas la conozco», dijo de pronto. «¡Pero si es Pepa! Y ésta es Rafaela, la que estuvo liada con el de Arcos, luego pasó al joven Colomero y ahora aparece a menudo en los informes de la policía. Querido Francisco, estos ángeles no me gustan. Ya sé, el arte ennoblece. Pero a Rafaela usted no la ennobleció bastante, me parece». La voz sonora llenó la pequeña iglesia y les pareció a todos una tormenta, menos a Francisco que no oía. Tendió su cuaderno al rey y dijo: «Perdone, Majestad, ¿quiere dignarse anotarme sus palabras de graciosa aprobación?».

Mas intervino María Luisa. Era verdad; ese ángel con las alas recogidas se parecía a Pepa, el otro a Rafaela; Goya hubiera podido elegir otros modelos. Pero aquellos no eran retratos; sólo había parecidos, mas esa era la manera de Goya y era una lástima que Goya no la hubiera colocado allí a ella también. Por lo menos Pepa se codeaba con Rafaela, la ramera. Además, la bóveda le recordaba una obra igual de Correggio en Parma, y en su querida Parma ella pensaba complacida. «Aquí creó usted otra obra maestra, don Francisco», dijo muy claramente. «Es cierto, sus ángeles y sus personajes proceden un poco festivamente; entiendo el pensamiento del rey, pero los ángeles y la multitud se han embriagado un poco al ver el milagro».

Ante la aprobación de María Luisa, el rey se suavizó en seguida. Palmeó el hombro a Goya. «Debió costarte mucho», dijo, «trepar y pintar allá arriba. Pero tienes los huesos duros». Y todo el mundo —Grandes y clérigos— alabaron la obra. Afuera entretanto se había reunido la población del valle, para ver el cortejo del rey. Lo saludaron con aclamaciones. Goya fué uno de los últimos en irse, la gente lo reconoció y muchos lo aplaudieron. Goya vió aquello, sabía que en Madrid se le quería y que esos últimos gritos eran para él. Vestido de gala, llevaba el tricornio bajo el brazo; se lo puso, se lo quitó para contestar los saludos y vió que la gente gritaba más fuerte todavía.

Cuando se metió en su coche, preguntó a Andrés qué gritaba la gente. Andrés, más atento y menos hosco desde que Goya había ensordecido, se esforzó en articular bien las palabras: «¡Viva San Antonio! ¡Viva la Virgen y su Corte celestial! ¡Viva Francisco Goya, el pintor de Corte de los Santos!».

Los días siguientes, todo Madrid pasó por la Florida, para ver los frescos de Goya, que se cubrió de gloria. Se habló y se escribió de la nueva creación con fanatismo. El crítico Yriarte publicó: «En la Florida se ven dos milagros, el de San Antonio y el del pintor Francisco Goya».

En cambio, el Gran Inquisidor Reynoso desaprobó severamente la obra de Goya. Habían invitado al hereje a Tarragona y éste se volvía más atrevido que antes. «Cuando pinta Santos», se quejaba el Cardenal inquisidor, «combina los siete pecados capitales también y más seductores que las virtudes». Con placer hubiera detenido al pecador y cerrado la capilla, pero el pintor era astuto; no se veía nada desnudo, nada positivamente inmoral, y el rey y la gente eran desgraciadamente unos ciegos para las sutilezas del vicio y el ateísmo. Y los madrileños se gozaban con esos frescos. Los majos de los mesones, los amigos de Goya, los campesinos y las lavanderas del valle del Manzanares fueron los primeros en verlos y difundieron su asombro, y ahora concurría todo el pueblo de Madrid para contemplar el milagro del Santo popular. Se sentían hermanos de los espectadores pintados; si les hubiera tocado asistir al milagro, hubieran procedido exactamente así. Amaban de esa manera su religión; la querían viva, excitante, espectacular; así la sentían en las procesiones y autos de fe, era una sola cosa con el alegre y colorido alboroto con que el pintor había llenado la iglesia; los había pintado a ellos y le estaban agradecidos.

Días después, al mediodía, cuando en la Florida no había nadie, debido al calor, Goya fué a ver sus frescos tranquilo. Se colocó en un rincón oscuro desde donde veía mejor la parte de la escena que le interesaba. Entró una anciana y no lo vió. Miró los frescos, dobló la cabeza hacia atrás para abarcar la cúpula, aprobó con gestos de la cara, se deslizó aquí y allá devotamente, siempre mirando. Al final volvió al centro de la capilla e hizo profundas reverencias en todas direcciones. El Santo estaba sobre la cabeza de la mujer: las reverencias por tanto estaban dedicadas en máxima parte a los ángeles y a los espectadores de la balaustrada.

> *Goya estaba sorprendido. «¿Qué estás haciendo, madre?», le preguntó. «¿Y por qué lo haces?». Pero no podía calcular el alcance de su voz y ésta llenó la capilla con la intensidad del trueno y asustó mucho a la mujer, que se volvió y vió al desconocido señor. «¿Qué estás haciendo, madre?», repitió Goya. «¿Por qué te inclinas delante del pueblo y los ángeles pintados?». preguntó sonriendo. Seria —y Goya leyó las palabras en sus labios—, la anciana contestó: «Cuando se ve algo tan hermoso, hay que inclinarse».*

17

CON EL DIRECTORIO dominante en Francia, el Gobierno español pudo aplazar indefinidamente la solución del problema portugués. Bonaparte no era hombre para tolerar evasivas promesas. Exigió, pues, que Manuel obligara a Portugal mediante un ultimátum, a romper relaciones con Inglaterra: en caso de fracasar, un ejército aliado de tropas hispanas y galas tomaría a Lisboa. Para respaldar su intimación, mandó a la frontera de España un cuerpo de ejército a las órdenes del general Leclerc, que a los diez días, sin depender de lo que se resolviera y emprendiera en Aranjuez, debía ponerse a disposición del rey Carlos *en suelo español,* para apoyar la empresa contra Portugal.

Luciano Bonaparte se presentó ante Manuel enfurruñado. Explicó que comprendía el dolor de los Reyes Católicos por ese paso contra la Casa real del vecino país, emparentada con ellos. Tenía que someter al primer ministro un proyecto un poco en el aire, pero que su hermano conocía y que seguramente tornaría más llevaderas las medidas de fuerza contra su hija en Lisboa. Como su hermano no esperaba hijos de Josefina, estaba resuelto a un divorcio en plazo prudente para contraer nuevas nupcias. Y él había apreciado los atractivos de la infanta Isabel, una niña aún, pero dentro de poco en condiciones de compromiso matrimonial. Había hecho a su hermano una alusión al respecto y Napoleón la había aceptado con sumo interés.

La hija menor de la reina, la infanta Isabel, era hija de Manuel —el parecido era innegable prueba— y Manuel se sintió halagado. Pero pensó que la idea de Luciano era un espejuelo. El primer ministro sabía leer en las caras. Pero contestó solemne que en este caso podía asumir ante Dios y su conciencia la responsabilidad del ultimátum; recomendaría a los Reyes el procedimiento. Con veladas palabras los dos caballeros convinieron luego la forma en que se repartirían la comisión personal por la indemnización de guerra que se pediría a Portugal.

Las propuestas de Napoleón impresionaron a María Luisa. Le costaba oponerse y amenazar con la guerra a su buena hija Carlota, pero Napoleón había mantenido ya antes su palabra: su hija María Luisa en reina de Etruria. Era posible que deseara emparentarse con los Borbones llevándose a Isabel a Versalles. Convenció a Carlos para que se adaptara a lo inevitable. Éste, apesadumbrado, llamó al embajador francés y le declaró que enviaría el ultimátum a Portugal. «Ya ves, mi querido embajador», dijo casi llorando, «lo que cuesta llevar una corona. Conozco a mi yerno; no cederá, y tendré que enviar mi ejército contra mi hija, que nada me ha hecho. Casi ignoro de qué se trata…».

En efecto, el príncipe regente de Portugal rechazó el ultimátum; un ejército español al mando de don Manuel marchó inmediatamente e invadió el país el 16 de mayo. El 30 de ese mes, desamparado Portugal pidió la paz. Las negociaciones se realizaron en Badajoz, ciudad fronteriza, lugar natal de Manuel. El tratado se concertó rápidamente; Godoy, que había recibido muchos honores y favores de Portugal, concedió al vencido condiciones generosas. Luciano, dueño también de una comisión y de ricos regalos, agregó su firma en nombre de Francia. El Príncipe de la Paz honró su nombre una vez más y, a pesar de la victoria lograda, ostentó magnanimidad con el adversario vencido. La paz de Badajoz fué celebrada en ambos países. Carlos preparó al infante Manuel una triunfal entrada en Madrid.

Pero Napoleón, vencedor de los austríacos en Marengo declaró en una nota violenta que el embajador Luciano había abusado de sus poderes; el Primer Cónsul no reconocía la estúpida paz de Badajoz y se consideraba todavía en guerra con Portugal. Para evitar malas inteligencias, hizo entrar en España otro cuerpo auxiliar francés. El incienso español nubló los ojos de Manuel; en una nota tan enérgica como la de Napoleón exigió el retiro de las fuerzas francesas de España, antes de que se hablara de una revisión de la paz de Badajoz. Bonaparte contestó que debía interpretar la audaz palabra de Manuel como confesión de que los Reyes católicos estaban cansados de su pesada corona y querían compartir la suerte de los demás Borbones.

Manuel había ocultado al pueblo y a los reyes los reparos de Napoleón a la paz de Badajoz; la Corte y la ciudad capital seguían festejándolo. Cegado por el júbilo, se dispuso a rechazar duramente la desvergüenza francesa. Preparó una respuesta que el embajador hispano Azara transmitiría verbalmente a Napoleón. Don Manuel advertía al advenedizo que los destinos de los Estados los rige Dios y no el Primer Cónsul y que un regente joven, apenas llegado al poder, pierde más fácilmente ese poder que un monarca ungido, cuyos antepasados llevaron la corona por más de un milenio.

Miguel se asustó al leer esta respuesta. Enviarla a Napoleón, vencedor en todos los frentes, era una

locura. Explicó a Manuel que Bonaparte contestaría con la invasión. El ministro dió un respingo; se disipó la niebla en su mente y comprendió su error. Miguel propuso una redacción llena de dignidad; pero se indicaría al embajador que la trasmitiese solamente en caso extremo de necesidad. Entre tanto llegaron las condiciones definitivas de Bonaparte para la paz con Portugal. Duras condiciones. Portugal debía ceder a Francia la Guayana, firmar un tratado de comercio con ventajas para Francia, pagar cien millones como indemnización y romper las relaciones con Inglaterra. El ejército francés permanecería en España hasta que se firmara la paz. Lo único que concedía el Primer Cónsul a España era que la nueva paz se firmara también en Badajoz.

Don Manuel replicó quejoso y obstinado. Napoleón ordenó a su hermano que dejara de negociar con él y le envió una nota que debía entregar en seguida a la reina a espaldas del ministro. La orden era tan terminante que Luciano tuvo que obedecer sin reparos. La carta personal de Bonaparte a María Luisa decía: «El señor Primer Ministro de V. M. ha enviado en estos meses una serie de notas ofensivas y ha hablado con atrevimiento de mí. Estoy harto de esta absurda e inconveniente conducta. Ruego a V. M. tomar nota de que si recibo una sola línea del mismo tenor, dejaré caer mi rayo». Asustada la reina llamó a Manuel. «¡Aquí tienes a tu buen amigo Napoleón!», le dijo y le tiró la carta. La redonda cara de este hombre, tan seguro de sí siempre, se contrajo. «¿Su consejo, señor ministro?», preguntó María Luisa sarcásticamente. «Me temo», contestó él aturdido, «que si Napoleón ha de ratificar la paz de Badajoz, tu Carlota tendrá que ceder la Guayana». «Y los cien millones», completó maligna la reina.

Hubo así una segunda paz de Badajoz, firmada esta vez por el Primer Cónsul. Pero ella tenía solamente el nombre en común con el tratado anterior.

Muy poco se informó a los españoles acerca de las nuevas cláusulas, y se siguió ensalzando a Manuel. Pero los soldados de Francia permanecieron en suelo español y a costa del país…

18

EN ARANJUEZ, Goya pintaba un retrato de don Manuel. A pesar de la ruidosa glorificación, muchos, entre ellos seguramente Francisco, habían entendido lo ficticio de la paz de Badajoz. Manuel quería ganárselo. Lo colmaba de atenciones cuidadosamente elegidas, comía con él, lo llevaba de paseo. A menudo empleaba signos, mas a menudo le hablaba tan atropelladamente que Goya entendía muy poco. A veces el pintor se preguntaba si el ministro quería siquiera que lo entendiese. Se veía que le urgía franquearse pero con alguien que no lo percibiera todo. Hablaba capciosamente; se expresaba con amarga violencia sobre el Primer Cónsul y no ahorraba sarcasmo para María Luisa y para el rey.

Manuel había pedido a Goya un retrato imponente con las insignias de generalísimo; le atraía —declaró — algo semejante al cuadro de David: el famoso paso del San Bernardo. Goya, por lo tanto, representó a don Manuel con brillante uniforme en el campo de batalla, sentado en el césped después de la victoria con un pliego en la mano. En las sesiones, el césped era un cómodo sofá donde el infante se hundía charlando. Goya no sentía ya indulgencia para su poderoso protector; veía que también su alma había aflojado como su cuerpo. Pensó en la brutal indiferencia con que Manuel destruyera la vida de doña Teresa, pensó en la baja venganza contra Urquijo porque había resultado mejor que él. Urquijo estaba encerrado en una húmeda y oscura celda de la fortaleza de Pamplona, se le daba escaso alimento, se le negaba papel y tinta… Goya pintó, sí, todo el resplandor del generalísimo, pero también su corrupción y su gordura, su altanería tonta y vulgar. «Cuanto más alto sube el mono, más muestra el trasero», pensó.

A veces Pepa asistía a las sesiones. Se sentía en su casa en Aranjuez, era dama de la reina, estaba en buena relación con ésta y en mejor aún con el rey; no había cumbre que escalar ya para ella. El que Goya la retratara en un ángel de la capilla, demostraba que estaba en el alma de él. Le mostró su hijito. Francisco tenía pasión por los críos; le sonrió y le dió un dedo para que jugara. Pepa observó: «Le tiene confianza, don Francisco. ¿No ve cómo se ríe?». Y luego preguntó de repente: «¿No te parece que es todo tu retrato?».

El retrato concluyó; Manuel y Pepa lo examinaron. Allí estaba Manuel, apoyado en una pequeña elevación, luciendo su traje guerrero, brillando en oro, la Orden de Cristo colgando en el puño de la espada. A la izquierda ondeaba una bandera portuguesa conquistada; en el fondo se movían como sombras caballos y soldados; apenas detrás, pequeñito, el ayudante, conde de Teba. El general aparecía bajo un cielo trágico del color del plomo, visiblemente cansado por la victoria, leyendo un despacho con leve aburrimiento; se veían bien las manos carnosas muy cuidadas.

«La postura no es muy natural», dijo Pepa, «pero está muy parecido. Realmente, has engordado un poco, infante». Manuel disintió, era el cuadro de un hombre y de su triunfo; así se vestía y así miraba solamente un hombre poderoso. «Excelente retrato», exclamó, «un verdadero Goya. Lástima que no puedo disponer de tiempo para otro más, amigo mío. Pero», suspiró, «los asuntos de Estado consumen mi día entero». Tenía realmente mucho que hacer. Si Napoleón le impedía mostrar a Europa su poder, quería que lo sintieran los españoles por lo menos. Quería mostrar que otro era el timonel y no Urquijo, y que no dependía de la atea Francia en política. Gobernó contra los liberales y acarició cada vez más a la nobleza reaccionaria y al clero ultramontano.

Bermúdez, quedamente, trató de suavizar medidas y puso en guardia a Manuel con elogios y argumentos prudentes. Pero Manuel no hacía caso y le dijo por fin que sus consejos le molestaban. Las relaciones entre ambos habían cambiado. El ministro había acudido al secretario en asuntos penosos y no quería recordarlo. El hecho de que Miguel hubiese sido tan poco hombre con Lucía, le autorizaba íntimamente a no estarle agradecido. Pero Miguel sufrió por este alejamiento del ministro, aunque su vida estaba llena de inquietudes. El regreso de Lucía le había traído nuevos sufrimientos. Ella intrigaba hasta con Manuel, sin decirle nada, porque la hubiera censurado. Sin duda, la leve condena del abate se debía a entendimiento del ministro con Reynoso y detrás estaban Lucía y Pepa.

Miguel se vió cada vez más excluido de la confianza de Manuel. A pesar de su consejo, Manuel apretaba más a los liberales y se preparaba para su golpe más duro. Reynoso había pedido a cambio de la clemencia con el abate, libertad para proceder contra Jovellanos. El ministro no quería entregar a un hombre cuya gracia había obtenido. Pero le atraía deshacerse del agrio moralista. Después de un breve regateo, había consentido y parecía llegado el momento de cumplir el pacto.

Se encontró pronto un cómodo pretexto. Jovellanos acababa de publicar un libro audaz. El Santo Oficio exigió que el Gobierno prohibiera la obra y llamara al autor a rendir cuenta. «Tu don Gaspar no aprenderá

nunca», dijo el ministro a Miguel suspirando. «Temo que esta vez tendré que proceder». «No permitirá, supongo, que se prohiba su libro», contestó Miguel. «Deje que esboce una contestación a Reynoso, algo capciosa, evasiva». «Me parece que esta vez no ganaremos», contestó el ministro y miró al secretario, preparado evidentemente a discutir su determinación. Y Miguel, alarmado ahora, preguntó: «¿Piensa usted realmente en censurar a Jovellanos?». «Creo», contestó Manuel, «que esta vez no basta la censura». Levantó una mano en un ademán aburrido y elegante de recusación. «Don Gaspar sigue creándome problemas con la Inquisición y con Roma y no quiere entender razones. Estoy harto de tantas dificultades», y ya sin máscara, maligno, concluyó: «Lo mandaré de vuelta a Asturias. Pediré al rey una orden».

«¡Usted no hará eso!», gritó Miguel. Se había puesto de pie. Recordaba cuánto había costado el perdón de Jovellanos; por eso el destino de Goya, de Pepa, de Manuel, el suyo propio, habían cambiado tanto, y todo en vano. «Perdone, don Manuel», agregó. «Si usted cede así al Gran Inquisidor, en lo sucesivo será peor aún». «No olvides, por favor, Miguel», contestó Manuel suave e irónicamente, «que si me toca, puedo enfrentarme al Papa y al Inquisidor. ¿Ha habido quien haya libertado a un hereje condenado y haya seguido con vida? Y yo lo hice. Y nuestro abate está en España y no le va mal y le irá mejor. Puedes admitir que hemos asestado un buen golpe al Santo Oficio, y es barato el servicio que hacemos». «¡Barato servicio!», exclamó Miguel, dominándose apenas. «El destierro del hombre más grande de España… De esta derrota no nos levantamos más. Piénselo dos veces, don Manuel, antes de dar ese paso». «Tus consejos, querido» contestó con asombrosa calma Manuel, «me resultan un poco cargantes en estos últimos tiempos. Créeme, puedo pensar muy bien por mi cuenta y ustedes, los liberales, comienzan a ensoberbecerse; los mimé demasiado». Se puso de pie. Carnoso, grande, imponente en comparación del flaco Miguel. «Ya está resuelto. Tu amigo don Gaspar recibe la orden real», dijo con voz ruda y triunfal.

«Solicito mi retiro», dijo Miguel. «¡Perro desagradecido!», exclamó el ministro. «¡Perro tonto, ciego, ignorante y desagradecido! ¿No comprendes que todo está combinado? ¿No adivinaste que es el precio por el regreso del abate? ¿No te dijo nada Lucía? Si yo lo discutí con ella y con Pepa… ¡Y un tonto como tú quiere darme consejos!».

Miguel no dejó advertir a Manuel que temblaba de pies a cabeza. Íntimamente lo sabía, lo había sabido; pero no quería saberlo, se lo había ocultado a sí mismo. «Gracias», dijo con la boca seca, «por la explicación». Le costaba hablar. «Eso era todo, pues», agregó. Hizo una rígida reverencia. Se fué.

19

DON MANUEL, influido por la discusión con Miguel, prescindió de un decreto real para desterrar a Jovellanos. En una entrevista personal le comunicó que su presencia en Madrid era un desafío permanente al clero adicto a Roma y a Reynoso; además hacía peligrar la política del rey. Le pedía que se retirara a su Asturias natal; la Corona deseaba que el viaje a Gijón fuera emprendido dentro de los quince días. Miguel, afectado por la culpa de Lucía en la mala suerte de don Gaspar, le aconsejó a éste que fuese a Francia. Él mismo se hubiera refugiado en París, ya que sus disputas con el ministro volvían cada vez más arriesgada su permanencia en Madrid. Pero no quería parecer cobarde a Lucía. Empleó toda su elocuencia para inducir por lo menos al amigo venerado a tomar esa resolución. Pero Jovellanos protestó: «¿Qué se piensa usted de mí? Antes de llegar a los Pirineos sentiría las carcajadas de mis adversarios. Este pillastre de Godoy no se jactará señalando mi fuga. No, don Miguel, me quedo».

La víspera de su segundo destierro, los amigos se reunieron con don Gaspar. Estaban presentes Miguel, Quintana, Goya, Agustín y, cosa extraña, el doctor Peral. El hombre, avejentado ya, mostraba su presencia de ánimo, como era de esperar. Era lógico, decía, que don Manuel tratara de ocultar sus fracasos en el exterior con una violenta política interna. El problema inglés no tardaría en resolverse y el vacilante estadista trataría de reconciliar a la burguesía con los liberales. Su propio destierro sería breve. Los amigos escucharon perplejos esta opinión tan segura de sí. Nadie podía pensar que esa esperanza tenía una base; la crueldad empleada por Manuel con Urquijo hacía temer lo peor para Jovellanos.

Fué el doctor Peral quien tomó la palabra después de embarazoso silencio. Razonando con calma, explicó que, dado el primer paso, Manuel no se asustaría ante otros peores. Por eso los amigos deseaban saber que estaba en París y no en Gijón. Los demás se apresuraron a confirmar las palabras de Peral. Y con más vivacidad Quintana. «Usted no se debe sólo a sí mismo sino a España, don Gaspar», declaró fogosamente; «tiene que ponerse a salvo de este bribón vengativo. Usted es indispensable en la lucha por la libertad y la moralidad».

El consejo unánime de los amigos, y sobre todo el de Quintana, cuya virtud apreciaba mucho, pareció impresionarle. Los miró pensativo y, casi sonriendo, dijo: «Creo que se preocupan demasiado por mí; pero aunque muriera en Asturias, serviría más a la causa del progreso que si estuviese en París, refugiado inactivo y parlanchín. Nadie todavía ha muerto inútilmente en la lucha por el espíritu. Juan Padilla fué vencido, pero vive y lucha aún». Francisco había entendido por lo menos el sentido de las palabras de Jovellanos y no pudo ocultar una triste sonrisa. Sí, Padilla vivía, pero convertido en olvidado bufón de Cayetana, en el fantasmal e inválido Padilla de la Casa de Haro de Cádiz.

Peral habló de Bonaparte, sin duda honestamente dispuesto a fomentar el liberalismo en toda Europa. Por desdicha, la política de don Manuel lo obligaba a tomar seguridades militares en España. Esto provocaba rencores y Bonaparte no trataría de aumentar la desazón del pueblo hispano interviniendo en la península; tal como estaban las cosas, ciertamente no interferiría en la persecución de los liberales. «Por eso», dijo Peral volviendo a su consejo precedente, «si yo estuviera en su lugar, no me quedaría en España».

Los amigos, Miguel sobre todo, temieron que don Gaspar rechazara violentamente el consejo de Peral. Pero Jovellanos se suavizó. «Pienso sin amargura en mi primer destierro», dijo. «El ocio impuesto entonces me sentó bien. Pude cazar, leer, estudiar y escribir algo útil, creo yo. Si la Providencia me devuelve a mis montañas, tendrá sus buenas razones». Todos callaron cortésmente, profundamente escépticos. Si a Urquijo se le negaba papel y tinta, no permitirían que Jovellanos escribiera en Asturias otro «Pan y toros». «Amigos míos», siguió diciendo don Gaspar, «por encima de nuestra derrota, no olviden lo que logró el valiente Urquijo: la independencia de la Iglesia española. Quedan en el país enormes sumas que antes se enviaban a Roma. ¿Qué importa la molestia grande o pequeña frente a esos resultados?». Intervino sombrío Agustín: «Si tienen la audacia de alejarlo de Madrid, don Gaspar, no tendrán reparos en derogar el edicto». «¡Ni lo piense!», exclamó Jovellanos. «No pueden permitir que Roma vuelva a sacarnos la última gota de sangre. Se los digo yo, amigos míos: ¡no se atreverán! No derogarán el edicto».

Los amigos se sintieron preocupados por la ingenuidad de Jovellanos. Hasta Goya, que no se ocupaba de política, veía que resultaba infantil la poca maldad que Jovellanos atribuía al mundo, a pesar de su experiencia. Miró el retrato en la pared, una obra de la juventud de ambos. Un mal retrato. Hoy pintaría el ser íntimo de don Gaspar con más emoción. Se quedaba al alcance del poderoso enemigo, en lugar de poner entre éste y él por lo menos los Pirineos. No había aprendido que para luchar por algo, por de pronto hay

que quedar con vida. Aun así, la tontera de Jovellanos no era despreciable; Goya admiraba casi la rigidez con que el hombre vivía de acuerdo con su moral. Y de repente notó que don Gaspar le hablaba. «Le toca a usted, don Francisco», decía, «ocupar en Madrid mi lugar. Los gobernantes actuales están ciegos ante sus cuadros y no ven todo lo que valen en la lucha contra los oscurantistas y los explotadores. Debe usted aprovechar el ciego favor del rey y de sus Grandes. No debe esquivar el bulto, Goya. Oponga a la época podrida su espejo. Si usted quiere, puede ser el Juvenal de la Corte y de la ciudad».

Nada estaba más lejos del ánimo de Goya. Estuvo por refutar la propuesta desvergonzada con palabras violentas. Pero pensó que el pobre se enfrentaba a un destino incierto y que tiene derecho de exigir algo a los demás quien asume tanta carga para sí. «Temo, don Gaspar», contestó amablemente, «que usted sobreestima el valor y el efecto de mi arte. El gobierno sabe la poca influencia de mis cuadros; por eso deja el agua correr. Y si el rey y los Grandes dejan que los pinte así como son, lo hacen por vanidad. Se creen tan altos que ninguna verdad los puede rebajar, ya sea que se la diga un bufón o se la pinte un artista».

«Usted es injusto consigo mismo, don Francisco», exclamó con ardor Quintana. «Lo que los escritores podemos dar es un castellano pulcro que suena bien a un hombre culto. Pero su “Familia de Carlos”, sus frescos de la Florida, llegan al alma de todo el mundo. Idioma universal». Francisco miró a Quintana amablemente, pero no le contestó. Tampoco se esforzó más para seguir la conversación; contempló su retrato de Jovellanos y lamentó que don Gaspar tuviera que irse y no quedara tiempo para hacerle uno nuevo.

> *Porque sólo ahora comprendía al hombre. No le interesaba la victoria, sino la lucha. Era el eterno combatiente. Había en él algo de don Quijote. Mas ¿en qué español no lo había? Don Gaspar ardía por luchar en defensa de la justicia. Donde hallara la injusticia, tenía que intervenir. No veía que la JUSTICIA era una meta azul, un ideal, inalcanzable como la meta caballeresca de don Quijote. No, no. Jovellanos tenía que cabalgar, don Quijote tenía que cabalgar…*

20

LOS AGUAFUERTES de Francisco en los últimos meses eran retoques de los apuntes de su época feliz en Sanlúcar. Pero esos dibujos inocentes habían tomado otro sentido en la nueva forma, más rico, más agudo, más maligno. Hacía mucho que Cayetana ya no era sólo Cayetana. Detrás de doña Eufemia atisbaba la difunta doncella Brígida. Fruela, la doncella; Serafina, la bailaora; eran ahora majas madrileñas en muchas formas distintas. Él mismo aparecía multiforme: ora galán insulso, ora majo peligroso, pero casi siempre fantaseador, engañado, pelele, loco. Nació así un libro de imágenes, ceñudo, salvaje, con lo que ocurría a las mujeres de Madrid; mucho malo y algún poco bueno. Casaban con hombres ricos pero feísimos, seducían a ingenuos enamorados, les robaban lo que era posible robarles y, a su vez, eran robadas por usureros, abogados, jueces. Amaban y requebraban, lucían buenos vestidos y, aun ya ancianas y con caras de muertas, se miraban al espejo y se hacían acicalar. Llevaban gran tren y se arrodillaban con su sambenito delante del Inquisidor; languidecían desesperadas en la prisión, llegaban a la picota, eran conducidas vergonzosamente medio desnudas al lugar de la ejecución y siempre había alrededor de ellas una bandada de elegantes disolutos, de policías brutales, de majos violentos, de dueñas astutas y de alcahuetas.

También las rodeaban demonios, no sólo la difunta Brígida, sino un ejército de espectros, algunos benignos, otros horrendos, la mayoría extraños, grotescos. Y todo fluía y cambiaba ante quien los miraba. La novia en el cortejo nupcial tenía una segunda cara bestial, la vieja detrás era feísima mona, en la penumbra hacían muecas espectadores con aire de que sabían. Y los hombres, los deseables, los libres, revoloteaban como pájaros, con caras anónimas identificables, caían al suelo, eran desplumados y luego barridos. Y al novio se le mostraba el inmaculado registro de los grandes antepasados muertos de la novia, y él lo estudiaba y no veía la cara de mona de esa novia viva. Ella tampoco la reconocía. Cada uno llevaba una máscara y se parecía también a sí mismo tal como quería ser y no como era. Nadie reconocía a nadie; ni siquiera a sí mismo.

Esto dibujó Goya en esas últimas semanas, con pasión, con rencoroso brío. Pero desde la despedida de don Gaspar su entusiasmo se había desvanecido. Holgazaneaba en la ermita, sin poder olvidar la conversación con don Gaspar; disputaba en su mente con los otros. ¿Qué querían realmente de él? ¿Debía colocarse en la Puerta del Sol y mostrar a la gente dibujos subversivos? ¿No sabían que los mártires son inútiles? Durante tres siglos se habían dejado desollar y atormentar y matar; ¿qué habían logrado? Que el viejo espere tranquilo en Asturias a los enviados verdes del Santo Oficio; él no se dejará trastornar la razón por la falsa valentía. ¡Tú a lo tuyo! Pero no podía liberarse de lo hablado alrededor de Jovellanos. Pensó en don Manuel podrido, saciado y arrogante, repantigado en el sofá que representaba el campo de batalla; pensó en la infanta frágil y delicada asustada ante el mundo inconcebiblemente asqueroso. De pronto, con el labio inferior adelantado, se sentó a la mesa y dibujó. No ya mujeres, ni damas, ni majas, ni alcahuetas, nada tampoco profundo, de múltiple sentido, sino dibujos sencillos que todo el mundo debía entender. Aquí, un viejo borrico enseñaba el abecé a uno pequeño; allí un mono cantaba en la guitarra a una vieja burra embelesada y su séquito aplaudía; más allá un asno distinguido estudiaba su genealogía y había asnos mil años antes; acá un mono pequeñito, diligente y hábil pintaba a un orgulloso y brillante jumento y en la tela había una cabeza con algún parecido, pero más a un león que a un jumento.

Goya examinó su labor; era demasiado valiente, demasiado simple, demasiado fiel a sus amigos. Y dibujó dos grandes burros pesados, que montaban sobre el lomo casi quebrado de dos hombres muy encorvados. Sonrió con malignidad. «Tú que no puedes, llévame a cuestas». Esto era ya mejor. Se veía cómo la nobleza y el clero cabalgaban sobre el lomo de los sufridos españoles. Esperar resultado político de semejantes garrapatos era naturalmente una insensatez. Pero hacía bien dibujar esas cosas, divertía.

En lo sucesivo se quedó mucho en la ermita, trabajando con calmado ardor. No había pensado hasta entonces en un nombre para sus dibujos y sus aguafuertes, los denominaba sátiras. Volvió también a dibujar mujeres, pero ahora con más maldad y menos compasión.

Una pareja de enamoriscados, y a los pies de ella dos minúsculos falderos a la moda, ocupados como la pareja humana. Delante de una enorme roca, un enamorado que se desespera ante la novia muerta. Pero ¿está realmente muerta? ¿No estaba fingiendo para gozar la desesperación del mozo? Cada vez más hondo jugaban ahora los demonios en la vida por él dibujada. Lo humano, lo celeste, lo infernal se entremezclaban y en el extraño fárrago bailaban Francisco, Cayetana, Lucía, y todo se volvía broma audaz y grandiosa.

Pintaba el placer del juego. Dibujó un sátiro sentado en una esfera —el mundo—, un sátiro con piernas de cabra que se divertía haciendo acrobacia. Con cara alborozada de niño, sostiene un hombre de lujoso uniforme y muchas condecoraciones, y éste lleva una peluca enorme que humea y arde, y en las manos también lleva antorchas encendidas. De un lado de la esfera se cae alguien, con quien el diablejo se cansó de jugar, y las piernas y el trasero del caído llegan grotescamente a la nada. Del otro lado cae otro de cabeza, con piernas y brazos extendidos, un juguete desechado.

Francisco se divertía con la ambigüedad de su labor; sonreía ante el humo de la peluca y las antorchas; la palabra humear, figuradamente, significa presumir; le hace gracia, pues, que el jactancioso pelele no sepa cuán pronto el sátiro tira su juguete. Y se preguntaba si don Manuel era el sátiro o el pelele. Lo cierto era que aun el más simplón notaría que la suerte no era una mujer bonita y caprichosa, sino un sátiro jovial, peligroso por su estupidez. También pensaba en sí mismo, en su «subir y bajar»; pero ya no le pesaría como al pelele humeante; ya no se dejaría engañar por ningún sátiro ni por otro demonio. No se burlarían más de él; estaba prevenido.

Muy pronto se demostró que su seguridad era estulta ufanía. El sátiro se reía de él como de los otros. Llegó la noticia de que Martín Zapater acababa de morir. Goya nada dijo a nadie y se refugió en la ermita. Otro pedazo de vida arrancado, perdido. No había ya nadie con quien hablar del pasado, reírse de lo absurdo, mostrarse furioso por naderías molestas, presumir a gusto. ¡Martín muerto! El narigón, su Martín del corazón… «¡Lo que me has hecho, perdulario!». Creyó que estaba pensando, pero había hablado en voz alta. Y de repente comenzó a bailar. Entre el desorden de las planchas, las prensas, los papeles, las puntas, los pinceles, los braseros, bailó alocadamente, pero duro y rígido. Bailó la jota, el baile digno, rabioso, guerrero de Aragón, de su Aragón; bailó la despedida, el funeral de Martín.

Al anochecer recordó que tenía cita con Cayetana. «Los muertos al hoyo, los vivos al bollo», dijo con rencor. Se había vestido mal, no había traído el coche y era largo el camino hasta la Moncloa. Se fué a pie. La de Alba se sorprendió al verlo cubierto de polvo y descuidado, pero nada preguntó; él nada dijo de la muerte de Zapater. Estuvo mucho con ella y se condujo con violencia.

Al día siguiente, en la ermita, se apoderó de él salvajemente el viejo delirio. Él tenía la culpa de la muerte de Zapater y no se atrevió a enfrentarse con los espíritus que reían dentro de él. Se quedó largo tiempo aplastado por el miedo. Luego se enfureció, primero contra sí mismo, luego contra Martín, que se le había metido en el alma de forma tal que él ya no podía prescindir del amigo y, cuando más falta hacía, lo abandonaba, lo traicionaba. Todos eran enemigos suyos y los íntimos eran los peores. ¿Quién era en resumidas cuentas este Martín? Un tonto muy astuto, un banquero, un don *Nadie* que no entendía nada de arte. ¡Y qué feo! ¿Cómo podía meterse en sus cosas con esa nariz y husmearlo todo? Irritado, lo dibujó comiendo un plato de sopa y la nariz del tío que tragaba se convirtió en una enorme obscenidad. La ira y el remordimiento sacudieron a Goya: ¡pecaba contra un muerto! Había dibujado solamente su propia vulgaridad. Porque Martín había sido el mejor amigo; por envidia había dibujado sus propios pensamientos perversos y sucios. Martín era simple por gracia de Dios, y los demonios no pudieron torturarlo. A él sí, porque había sido un demente al pensar que era un señor. Y allí estaban los demonios a su alrededor y en su sordera penetraban sus voces bestiales; sintió su aliento espantoso.

Se dominó con un supremo esfuerzo, apretó los labios, se arregló la chaqueta, el cabello. Francisco Goya, primer pintor del rey, presidente honorario de la Academia, no cierra los ojos, ni ahora que le han matado al Martín de su corazón. Y dibuja. Se dibuja a sí mismo echado sobre la mesa, ocultando la cara con los brazos y alrededor de él, enormes, aplastándolo, rueda la manada de demonios, gatos y pájaros monstruosos, lechuzas y murciélagos. Y sólo pueden acercarse, pero no meterse en él, porque a uno de los horrendos pájaros él mismo le ha puesto en las garras la punta, el estilete. Los espectros deberán servirlo, alcanzarle las herramientas, el arma para exorcizarlos, para confinarlos en el papel, donde ya no pueden causar daño.

Y ya no temió a los espectros. Se impuso el manejarlos, dominarlos y los llamó; ellos, domesticados, obedecieron. En todas partes se le mostraban. La forma cambiante de las nubes por el camino, las ramas de los árboles, las arrugas casuales de arena a orillas del Manzanares, las manchas en las paredes de la ermita y las del sol, todo se convirtió para él en contorno y figura de lo que llevaba dentro. Desde joven se había ocupado de la historia natural de los demonios y conocía de ellos más que los demás artistas y escritores de España, más que los demonólogos, los peritos oficiales de la Inquisición. Ahora, venciendo su miedo, conjuró también a los reacios hasta entonces, y también los conoció a todos. Conoció trasgos, mandragoras, lemures, elfos, hadas, gnomos, endriagos, íncubos, súcubos, monstruos, ogros, basiliscos y quimeras. Conoció también a los soplones, los más repugnantes, que con razón llevan el mismo nombre de los confidentes de la policía y del Santo Oficio. Y finalmente a los duendes y duendecitos, limpios, generosos,

que hacen el trabajo casero de sus huéspedes involuntarios.

Muchos tenían rasgos humanos, de amigos y enemigos. La misma bruja se parecía ahora a Cayetana, a Pepa, a Lucía; un mismo espíritu torpe era para él ora don Manuel, ora don Carlos. A menudo se presentaban con vestimenta eclesiástica, como frailes, como jueces del Santo Tribunal, como prelados. A menudo imitaban los ritos de la Iglesia y administraban los Sacramentos. Una bruja sentada en hombros de un sátiro prestaba el juramento de obediencia; espíritus benditos, vestidos como obispos, revoloteaban en el aire y mantenían delante de ella el libro por el que juraba; del fondo del mar miraban cantando brujas novicias.

Perdió el último residuo de miedo a los espectros. Y sintió irónica y cruel piedad por quienes pasan la vida asustados por los fantasmas o el delirio. Dibujó la muchedumbre que respetuosa invoca al coco; dibujó el pueblo, los explotados, los pobres de espíritu, que alimentaban y cuidaban ciegamente, con infinita paciencia, a sus opresores, las grandes ratas, los Grandes y los frailucos, los pericos ligeros, cuyos ojos cierra, cuyos oídos condena con enormes candados y cuyos miembros viste con trajes duros, antiquísimos, muy largos, que impiden todo movimiento. Dibujó la masa crepuscular e indolente de los subordinados, de los dominados, en cuclillas, tontos, sordos, inmóviles, mientras uno de los extenuados, con sus últimas fuerzas, se apoya en una roca que está por caer y aplastarlos a todos.

Los partos de su fantasía se volvieron cada vez más atrevidos y ambiguos, pero ya no los llamó sátiras, sino «caprichos». Atisbó a los espectros en sus ocupaciones íntimas, cuando se emborrachaban, cuando arreglaban sus personas, cortándose mutuamente el pelo y las uñas. Tuvieron que mostrarle cómo acudían al aquelarre, cómo con el aliento de un lactante avivaban el fuego bajo sus cacerolas; tuvieron que iniciarlo en el ceremonial necesario para el besamanos del gran macho cabrío, y revelarle los medios y conjuros para convertir un hombre en un animal: en un macho cabrío o en un gato.

> *A menudo llevaba consigo a la ermita su almuerzo, pan y queso y un poco de manzanilla. Y así invitaba también a los espectros, les daba de su alimento, se sentaba a la mesa con ellos. Llamaba «mi amigo» al macho cabrío, «chico» a otro demonio gigantesco, y charlaba y se divertía con los monstruos; tocaba sus garras y sus astas, les tiraba de la cola. Observaba atento los trasgos tontos, perversos, groseros, sus caras salvajes y lascivas, y reía a carcajadas en su fuero interno. Se reía de los demonios.*

21

GOYA HABÍA PROHIBIDO que se le visitara en la ermita, aun en casos urgentes. Una sola excepción: Cayetana. Ella nunca preguntaba por su trabajo. Pero un día le dijo: «Ya se te encuentra solamente aquí. ¿Qué estás haciendo?». «Dibujo ocurrencias», contestó, «bromas, fantasías. El nuevo recurso del aguafuerte se presta mucho. Como digo, nada importante, *caprichos*». Le irritaba rebajar su labor. Esperó que no le pediría que le mostrara algo. Y no se lo pidió. Contra su voluntad entonces le dijo: «Si quieres, te muestro algunos». Le enseñó algunas hojas, sin elegir; dejó a un lado aquellas que podían referirse a ella. La de Alba miró rápidamente, callada, como solía. De la anciana muy fea que se acicala ante el espejo, dijo satisfecha: «Esto no se lo puedes mostrar a tu María Luisa». De las demás nada dijo.

Estaba desilusionado. Le tendió las hojas que se referían a ella. Cayetana las miró con el mismo interés amable e impersonal. De la pareja de enamorados —eran ellos mismos—, con los perritos a sus pies, dijo: «Esto no le gustará a Pepa ni a Manuel». Por una fracción de segundo se sorprendió. Mas ¿no había escrito debajo: «Nadie se conoce»? En cambio, la de Alba miró mucho los espectros. «A Brígida la has retratado», confesó, pero permaneció fría delante de la mayor parte de los otros dibujos. «Es notable», opinó finalmente. «Bromas… Tú mismo lo dijiste. A ser franca, me imaginé estas bromas más alegres. *Nous ne sommes pas amusées*», citó con maliciosa sonrisa. Luego tomó la libreta de apuntes y escribió: «A ser franca, lo encuentro todo brutal, bárbaro». «Y carente de buen gusto», agregó en voz alta articulando despacio las palabras.

Goya se quedó perplejo. Creyó que rechazaría los dibujos horrorizada; no le hubiera admirado si se hubiese enfurecido. Mas ¿bárbaro?, ¿carente de gusto? Allí ella tenía la lección y el fruto de esos cinco años felices y desesperados. Allí él había descubierto a su América, después de un viaje muy peligroso. Y todo lo que ella sabía decir al respecto era «carente de buen gusto». El juicio de una Grande. *Ella* podía bailar el desmayo. Si su marido le incomodaba un poco, podía *ella* matarlo. Pero si él conjuraba y vencía a los espectros que querían aniquilarlo, carecía de buen gusto.

Mas pocos segundos después, ya se había tragado su rencor. Hubiera debido prever su reacción y no mostrarle los dibujos. «Idioma universal», pensaba. «El joven Quintana estaba equivocado», pensó también y se sonrió. «¿Por qué sonríes?», preguntó ella. «Por lo que hice con eso», contestó; reunió los «Caprichos» y los colocó en el cajón.

Al día siguiente hizo otro dibujo. Una pareja, atado el hombre a la mujer y ambos a un árbol, esforzándose desesperados por separarse; sobre ellos un búho, con anteojos y alas abiertas, aferrado con una garra a la planta y con la otra al cabello de la mujer. Jovellanos y Quintana dirían que el gran búho representaba la Iglesia y sus leyes de la sagrada indisolubilidad del matrimonio. Y Manuel supondría que significaba la fatalidad que une a Miguel con Lucía, y Miguel a la que ata a Manuel con Pepa; para él, se trataba de todo eso y de su vínculo con la de Alba.

Poco después se presentó de repente el doctor Peral. Desconfiado por naturaleza y aún más por su sordera, Goya pensó que venía por encargo de Cayetana. ¡Ésa era la influencia de su arte nuevo! Estuvo por enfurecerse; luego se divirtió. Ella no había ocultado su modo de pensar acerca de los dibujos y lo creería loco «Diga la verdad, doctor», le espetó forzadamente alegre. «Le envía doña Cayetana. Para examinar mi estado de salud…». Peral en el mismo tono contestó: «Sí y no, don Francisco. Pero no vengo a ver a mi paciente, sino al pintor. Hace mucho que no veo nada nuevo suyo. La señora duquesa me dice que recientemente usted ha preparado muchos aguafuertes. Usted sabe cómo le admiro. Me enorgullecería ver algo de su nueva labor».

«Sea usted franco, don Joaquín», repuso Goya. «Cayetana le dijo que me encierro y hago locuras. Le dijo», y ahora hablaba con enfado, «que estoy loco otra vez, perdido, hipocondríaco; enfermo de la mente, delirante, furioso. Usted tiene para eso muchas clasificaciones científicas». Y pensó para sí: «Debo dominarme, para que no le diga con razón que he enloquecido».

Peral, muy calmoso, repuso: «Doña Cayetana encontró sus dibujos notables. Pero durante el viaje por Italia y aun antes, aprendí que su opinión en arte es antojadiza». «Sí», dijo Goya, «las brujas tienen su propio patrón artístico». Peral continuó como si nada hubiese oído: «Usted sabe los prejuicios con que debe luchar un maestro que crea algo nuevo. No me gustaría insistir. Por favor, créame, no es por tonta curiosidad ni por interés médico si anhelo ver lo que ha hecho». Después de la necia charla de Cayetana, le atraía a Goya oír a este señor comedido y experto; le dijo: «Venga usted mañana por la tarde a mi taller, ya

sabe, en la calle de San Bernardino. Es decir, mañana no, el martes es día aciago. Venga el miércoles, aunque no pueda asegurarle qué estaré allí».

El médico acudió el miércoles. Goya estaba. Le mostró algunos «Caprichos». Le vió examinar las hojas con ávidos ojos de perito, y le mostró más. Sentía que Peral respiraba con verdadero gozo el humo del incienso y del azufre y le mostró las cabezas de los hombres en el aquelarre de Cayetana. Y le complació ver brillar los ojos de Peral.

> *Y preguntó: «¿Estoy loco, doctor? ¿Es locura lo dibujado?». Mas el otro, lleno de respeto, contestó: «Si hay algo que no entiendo bien, se debe a que sé menos que usted, mucho menos. Nos muestra el infierno como si volviera de él y me marea el contemplar todo esto». Goya replicó: «Estuve en el infierno, doctor. Y usted lo sabe. También yo me mareaba. Y quise justamente que otros también se marearan. Así está bien, don Joaquín», y con alegría juvenil le dió unas palmadas en los hombros.*

22

HABÍA DESCUIDADO los retratos; los clientes protestaban. Agustín le recordó que el cuadro del conde de Miranda estaba atrasado en tres semanas; el duque de Montellano también reclamaba. Él había adelantado todo lo posible, pero le tocaba a Goya terminarlos. «Acábalos tú», contestó Goya, indiferente, aburrido. «¿En serio?» preguntó ávido Agustín. «Pues sí», contestó Goya. Desde que Cayetana viera los «Caprichos», poco le importaba la opinión de los nobles.

Agustín trabajó esforzadamente; a los diez días ambos retratos estaban listos. El conde de Miranda estuvo muy satisfecho; el duque de Montellano, no menos. En lo sucesivo, Goya dejó cada vez más a Esteve que hiciera los cuadros en que él apenas había puesto el primer contorno. Nadie lo notó. Y Goya se divirtió por la estupidez de los clientes. Le dijo a Esteve: «La de Alba quiere un nuevo retrato; si lo hago yo, el cuadro resulta demasiado personal. Sabes cómo lo quiero; pon manos a la obra. Hay más estudios y figuras de lo que necesitas. Yo agregaré unas pinceladas y la firma; el decoro estará a salvo». Agustín lo miró perplejo, como sospechando. Goya, desafiante, le dijo: «¿No te animas?». Esteve pensó que la broma era pesada y si terminaba mal, Goya se la haría pagar a él. «Tú sabes que la duquesa conoce demasiado tu arte», opuso Agustín. «Está en idénticas condiciones que los demás», repuso Goya.

Esteve pintó el retrato. Y lo hizo bien. La dama era la duquesa de Alba; aquélla era su cara inmaculadamente hermosa, pura, clara, ovalada, con los ojos enormes, las cejas imponentes, el negro cabello excitante. No acechaba detrás de su frente una Brígida; nadie hubiera imaginado que esa mujer podía haber apresurado la muerte del marido o que cargaba sobre sus amados muchos tormentos infernales, por capricho, altivez, demonismo. Goya observó el cuadro a fondo, agregó dos pinceladas, firmó; echó una última mirada al retrato; era siempre una obra de Esteve. «Excelente», dijo. «Verás cómo se alegra Cayetana».

> *Así ocurrió. Cayetana se complació del aspecto calmado, puro, altivo. «Es posible que hayas hecho mejores retratos míos», le dijo. «Éste me agrada más. ¿No tengo razón, don Joaquín?». Peral extrañado sospechó que Goya se había permitido una broma cruel. «Este retrato enriquece dignamente su colección», contestó. Goya vió y oyó y no hizo una mueca. Estaba a mano con Cayetana.*

23

LA NOCHE AQUELLA en que los amigos estuvieron por última vez con Jovellanos, Agustín predijo sombrío que Manuel derogaría el edicto de Urquijo sobre la independencia de la Iglesia española. Gaspar había gritado: «No se atreverán» o algo parecido. Y ahora, de hecho, el ministro restableció con decreto real la antigua, amarga y cara dependencia de Roma; el hecho, aunque esperado por él, golpeó a Esteve con el peso de una desgracia. Se moría por desahogarse con Francisco. Al dejarle tanta parte en cuadros que él mismo firmaba, Goya le demostraba una amistad más profunda que nunca. Pero su alegría había durado poco. Hacía semanas que Francisco no se prestaba a conversar amigablemente y ahora, que tanto lo necesitaba, Goya no estaba allí. Y su enfado recayó pronto sobre el amigo solamente. Sabía que Francisco se enfurecía sin tasa si se le visitaba en la ermita. Y fué allá.

Cuando Agustín entró, Goya empujó irritado la plancha en que trabajaba, para que el otro no la viese. «¿Te molesto?», preguntó el discípulo en voz muy alta. «¿Qué dijiste?», preguntó rabioso Goya, y le tendió el cuadernillo. «¿Te molesto?», escribió en su cólera creciente Esteve. «¡Sí!», tronó Francisco. «¿Qué pasa?». Indignado Agustín informó: «Manuel acaba de derogar el edicto». «¿Qué edicto?», preguntó Goya. Esteve no pudo contenerse más. «¡Lo sabes perfectamente!», gritó. «¡Y tienes bastante culpa de ello!». «Loco, bobo, borrico elevado al cuadrado», le espetó en voz baja Francisco y luego comenzó a gritar: «¿Y por eso me molestas? ¿No lo hubiera sabido lo mismo esta noche? ¿Qué te crees tú? ¿Piensas que saldré corriendo para matar a don Manuel? ¿O qué?». «No grites así», dijo Agustín con rabia. «¿Y gritas a todo pulmón esas peligrosas estupideces?». Y escribió en el cuadernillo: «Esta casa tiene paredes que oyen. No necesitas aumentar el caudal de denuncias en tu contra». Luego, calmado, dijo amargamente: «Te estás aquí y atiendes a tus tonteras privadas. Si un amigo acude desesperado, le gritas que te deje en paz… ¿Qué hiciste en todo este tiempo en que hundieron a España en la noche maloliente? Retrataste a Manuel, el jefe de los delincuentes, como César y Alejandro y Federico en una sola persona. Eso fué todo lo que tenías que decir. ¡Hombre! ¿Estás ya completamente reblandecido y podrido?».

«No grites así», repuso Goya cansado. «¿No dijiste tú mismo que esta casa tiene paredes que oyen?». Se había tranquilizado totalmente y casi le divertía ver a Esteve que gesticulaba. ¿Había otra persona que en esos amargos meses viera con tal sombría claridad la desgracia de España? ¿Había quien mostrara con tanta evidencia esa situación? Y allí, en el templo de los «Caprichos», Esteve le reprochaba su ceguera, su indolencia, su insensibilidad… «Me estremezco todavía», refunfuñó aún Agustín, «cuando pienso que Jovellanos te incitó a trabajar, a pintar para España. Por tu arte no hubieras debido cerrar los ojos. Pero eres egoísta, sólo piensas en ti. El señor primer pintor tiene que usar consideraciones. Su excelencia no puede arriesgar nada para herir a la canalla bien vestida. ¡Cómo estás domesticado! ¡Cómo estás esclavizado! ¡Qué vergüenza!».

Tranquilo, Francisco sonreía. Y esto irritó aún más a Esteve. «Lógicamente, toda la culpa la tiene la mujer», dijo. «Por ella algo arriesgaste y mostraste tu valentía. Ahora chocheas a su lado. Y te encojes de hombros por lo que te dice Jovellanos. Estás haciendo niñerías, mientras España marcha a la ruina». Goya vió en las acusaciones de Agustín su irremediable furor por doña Lucía. «Hipocondríaco», dijo compasivo, «eterno estudiante, tienes una vislumbre de arte, pero del mundo, de los hombres y de mí no entiendes una higa. Crees que todos estos meses estuve aquí ocioso, incubando mi alma romántica. ¡Oh, no, sabihondo conocedor de almas! Lo que hice aquí es otra cosa distinta». Abrió el cajón, sacó una cantidad de dibujos y aguafuertes y lo amontonó todo delante de Agustín.

La ironía de Goya caló hondo en Esteve, pero la codicia de ver lo que había estado haciendo el amigo fué más fuerte que la irritación. De improviso, salvajemente, el mundo nuevo y monstruoso de los «Caprichos» cayó sobre él con la plenitud de una vivencia inefable, realmente sobrenatural. Miró y miró sin poder quitar los ojos, olvidado de sí, olvidado del edicto. Y entró a vivir en ese nuevo mundo. En algún dibujo visto anteriormente, supo algo de la fatalidad, el desenfado, la brutalidad de esa obra, pero esto era nuevo en su airada belleza; se veía a otro Goya, desconocido, descubridor de un universo más vasto que nunca. Y Agustín miró, saboreó, se estremeció. Goya tuvo paciencia: la forma de mirar era más que un elogio.

Finalmente, vencido, palpitante, hablando con esfuerzo, Agustín dijo: «¡Y nos dejaste hablar tanto! Seguramente te hemos parecido locos y ciegos…». Y viendo que Goya no le entendía bien, comenzó a utilizar el alfabeto de signos, gesticulando violentamente: «Esto tenías en el magín y tal vez ya en el papel,

y nos dejaste hablar…». Incapaz de alejarse de los dibujos, admirado, dichoso, acariciándolos con los ojos y las manos, continuó: «Eres todo un can. Te escondes y haces esto… ¡Hipócrita, emboscado! Sí, los pusiste contra la pared, los actuales y los precedentes». Se rió feliz, abrazó a Goya, se volvió un niño y Goya también se sintió feliz. «Por fin», le dijo, «sabes qué tipo es tu amigo. Sólo sabes injuriar, no me tienes la menor confianza. ¿He decaído? ¿Estoy reblandecido, podrido?». Y ansiosamente preguntó por fin: «¿No son alegres mis dibujos? ¿No son buenos? ¿Logré algo con tu técnica?».

Agustín, fija la mirada en una hoja muy extraña, dijo con leve humillación: «No comprendo bien esto, no lo comprendo aún. El conjunto, sí. Todo el mundo debe entenderlo. *Debe* entenderlo». Sonrió y agregó: «Idioma universal». Goya se quedó perplejo. Se había preguntado qué impresión darían esos dibujos a los demás y si debía mostrarlos; con angustia casi, había desechado esas ideas. Desde que Cayetana se mostrara tan indiferente, había resuelto ocultar para siempre toda esa labor. La tremenda y grotesca lucha con los espectros era sólo un asunto personal. Mostrar los «Caprichos» era lo mismo que correr por Madrid desnudo. Pero Esteve vió la perplejidad del amigo. Tuvo conciencia, como Goya seguramente, de que esas hojas eran peligrosas, mortalmente peligrosas. Quien las mostrara no tenía otra alternativa que entregarse al Santo Oficio como archihereje. Y Agustín sintió en toda su frialdad la soledad de Francisco. Había tenido el valor de arrancar de sí todo eso y de dibujarlo, él solo, sin la esperanza de que alguna vez alguien compartiría sus grandes y tremendas visiones.

Francisco, como leyendo el pensamiento de Agustín, le dijo: «Hubiera debido ser más inteligente. No debí enseñar esta labor a nadie; ni a ti siquiera». Reunió de prisa las hojas; Esteve no se atrevió a ayudarle. Cuando Goya acabó de guardar bruscamente los dibujos, Esteve salió de su perplejidad. No cabía pensar que eso podía quedar oculto por mucho tiempo, para siempre tal vez. «Por lo menos a los amigos deberías mostrarlos», suplicó. «A Quintana, a Miguel. ¡No te encierres tan orgullosamente, Francho! Me obligas casi a considerarte obtuso». Goya puso cara hosca, maldijo, meditó. Pero ardía dentro por mostrar a los amigos su obra.

Invitó a Miguel y a Quintana a la ermita, y también a Javier. Por primera vez hubo más de dos personas allí. A Goya le pareció casi una profanación. Los amigos, exceptuando a Javier, estaban confundidos, desmañados, extrañamente ansiosos. Había vino, pan, queso; Goya los invitó, pero estaba taciturno, arisco. Finalmente, como al acaso, con lentitud, sacó los dibujos del cajón.

Las hojas pasaron de mano en mano. Y de pronto la ermita se colmó con esos seres monstruosos, bestiales, diabólicos. Y los amigos vieron que estas figuras a pesar de sus máscaras y a través de ellas tenían caras más desnudas que hombres de carne y hueso. Eran personas conocidas, cruelmente despojadas de su apariencia y provistas de otra mucho más perversa. Y los demonios horrendos y grotescos eran los monstruos espectrales que, casi inasibles, los amenazaban a ellos mismos, que estaban dentro de ellos, miserables, ignorando y sabiendo, vulgares, tercos, piadosos y lascivos, inocentes y malvados.

Nadie hablaba. Finalmente Goya dijo: «¡Pero beban! ¡Beban y coman! ¡Escancia, Javier!», y como seguían callando, continuó: «Los llamo caprichos». Ellos siguieron en silencio. Solamente el joven Javier contestó: «Yo comprendo». Finalmente se recobró Quintana. «¡Caprichos!», exclamó. «Usted crea un mundo y habla de caprichos»… Goya empujó afuera su labio inferior, contrajo la boca en una leve sonrisa. Pero ya no era posible detener el entusiasmo de Quintana. «Usted me ha superado, Goya», exclamó: «¡Qué chapucero y tonto me veo con mis pobres versos! Ante estas hojas soy un niño que va por primera vez a la escuela y siente que la cabeza le da vueltas por las letras del pizarrón». Miguel dijo: «Es desagradable para un investigador del arte la llegada de algo nuevo que trastorna todas sus teorías. Tengo que volver a aprender. Sin embargo, te felicito, Francisco». Carraspeó y continuó: «Creo que no lo tomarás a mal si en algunos casos descubro influencias de antiguos maestros, por ejemplo de Bosch en el Escorial, o de ciertas tallas de sillones en las catedrales de Ávila y Toledo y, naturalmente, de la iglesia del Pilar en Zaragoza». Javier opinó: «Hasta el más grande artista está sobre los hombros de otro». Esta indiscreción confundió un poco a los amigos, Goya en cambio miró al hijo tan inteligente con una sonrisa de aprobación.

Miguel cavilaba. «El sentido de muchos dibujos me parece claro, pero —perdona, Francho— algunos no los comprendo». «Lo siento», contestó Goya. «Hay cosas que yo mismo no comprendo; esperaba que tú podrías explicármelas». «Yo también lo pensé», dijo contento y discreto Javier. «No se entiende nada y se entiende todo». Agustín en un descuido volcó su vaso de vino, que manchó dos dibujos. Los demás miraron como si hubiese cometido un sacrilegio.

Quintana se dirigió a Miguel un poco excitado. «Aunque una u otra hoja me pareció incomprensible», dijo, «admitirá por lo menos que el sentido del conjunto puede entenderlo todo el mundo. ¡Idioma universal! Ya verá, el pueblo comprenderá todos los dibujos». «Se equivoca usted», contestó Miguel. «El pueblo nada entenderá, ni la mayoría de los hombres cultos. Es una lástima que su tesis no puede ponerse a

prueba». «¿Cómo no?», preguntó Quintana. «¿Piensa usted que esta maravilla puede quedar oculta aquí en la ermita?». «Lógicamente», contestó Miguel. «¿Quiere mandar a Francisco a la hoguera?». Intervino sordamente Agustín: «Si estos dibujos se difunden, la Inquisición enciende un fuego tal que los autos de fe precedentes serán apenas tristes chispas. Usted lo sabe perfectamente». «¡Maldita prudencia!», exclamó amargamente Quintana. «Ustedes acobardan a cualquiera». Esteve señaló algunos aguafuertes. «¿Puede publicarse algo así?», preguntó. «Algunas deberán ocultarse, naturalmente», admitió Quintana. «Pero la mayor parte puede ser publicada. Debe serlo». «La mayoría no puede llegar al público», insistió Miguel. «No se puede omitir tanto que la Inquisición y los tribunales del rey no tengan que intervenir». Y como los demás callaban sombríos irresolutos, agregó conciliadoramente: «Hay que esperar el momento oportuno». «Cuando llegue ese "momento oportuno", será tarde», dijo Quintana. «Entonces los dibujos serán sólo arte y… por eso, inútiles». «Tal es la suerte del artista», observó pensativo Javier. Mas Quintana insistió: «El arte es vano si no ejerce influencia. Don Francisco ha mostrado la angustia secreta y fatal que pesa sobre el país. Basta mostrarla y desaparece. Basta arrancar al coco su ropaje y deja de ser peligroso. ¿Puede haber hecho Goya su obra maestra para nosotros cinco y nadie más?».

Discutieron y polemizaron como si Goya no estuviese allí. Él escuchaba callado, pasando con la mirada de una boca a otra, y aunque no entendía todo, pudo reunir sus argumentos en una forma general. Agotado el tema, estaban ahora mirándolo y aguardando. Astuto y reflexivo, declaró: «Lo que dijiste, Miguel, es justo y también mucho de lo suyo, don José. Mas como por desgracia ambos se contradicen terminantemente, tendré que pensarlo muy bien. Debo pensar también», continuó maliciosamente, «que no puedo permitirme el lujo de haber hecho tanto trabajo para nada. Necesito dinero». Y recogió los dibujos y los encerró en el cajón.

Todos vieron perplejos cómo ese mundo nuevo, embrujado y salvaje, desaparecía. Allí en el deleznable cajón, invisible, estaba lo más grande que mano española creara después de Velázquez. Los demonios de España estaban allí en el cajón, domados, prisioneros.

Mas ¿estaban domados si no se osaba mostrarlos? ¿No se justificaba así su poder? Aquello era sospechoso.

Y las fatales, salvajes, brutales sombras de los espectros y las aún más fatales de los hombres siguieron detrás de los amigos, cuando se marcharon de la ermita, asombrados y llenos de entusiasmo, y a pesar de todo, temerosos y oprimidos.

24

GOYA SE VALIÓ de la impresión de su obra en los demás. Como los amigos, francos y bien dispuestos, no habían comprendido algunos «Caprichos», se dió a separar los más oscuros y personales y a ordenar los restantes. Colocó ante todo aquellos que reproducían casos fácilmente comprensibles. A estas hojas de la «Realidad» hizo seguir los aguafuertes de lo espectral y su influencia. Este orden ayudaba a la interpretación, el mundo de la realidad llevaba al de los demonios, y el segundo grupo, el espectral, explicaba el primero, el humano. Su misma historia, como se la veía allí, el embrollado ensueño de su amor, su ascensión, su dicha, sus desengaños, logró el justo sentido en esta ordenación. Se convirtió en la historia de todos, en la historia de España.

Se dispusó a dar un título a cada dibujo, apenas los hubo ordenado, porque un buen dibujo debía tener su nombre como todo buen cristiano. No era un literato, tuvo que dar con la palabra exacta y esto lo divirtió. Si el nombre resultaba mezquino, agregaba una frase y, al final, cada hoja tuvo nombre y comentario Si el título era suave, el comentario se volvía cáustico; si chocante, la interpretación se tornaba ingenua. Fué una armónica mezcla de formas proverbiales, chistes rencorosos, ingenuas normas campesinas, doctrinas irónicamente piadosas, con sentencias picantes y hondamente sabias.

«Tantalus», escribió debajo del amante desesperado frente a la amada muerta, y comentó: «Si él fuera más caballeresco y menos aburrido, ella resucitaría». Puso «Nadie se conoce» bajo el baile de disfraces; «Hasta la muerte» debajo de la vieja que se hace acicalar para su septuagésimo quinto cumpleaños. El dibujo de la maja en su tocador, mientras Brígida, la alcahueta, reza el Rosario, tuvo como comentario: «Ella reza para sí misma —¿y no tiene razón?— para que Dios le dé felicidad y la libre del mal y de los barberos, médicos y oficiales de justicia, para que sea diestra, astuta y servicial para todos, como su difunta madre». En la hoja de la ramera delante del secretario del Santo Oficio que escucha su condena, escribió Goya: «¡Es feo, muy feo, tratar así a una mujer valiente, que por un panecillo sirvió a todo el mundo con tanta diligencia y sumisión!». Y en la hoja de la bruja acurrucada en hombros del sátiro, prestando juramento: «—¿Juras obedecer y venerar a tus maestros y superiores? ¿Dedicarte a barrer desvanes? ¿A tocar campanillas, a aullar y chillar? ¿A volar, untar, chupar, soplar y asar? ¿A cumplir donde y cuando sea y lo que sea lo que te manden? —Juro. —Bien, hija mía, ahora eres una bruja. ¡Mis mejores votos!».

Mucho meditó en la hoja que debía poner primero. Se decidió por el dibujo de sí mismo, acodado sobre la mesa, cuidando sus ojos de los espectros. Y la llamó: «Idioma universal». Pero el título le pareció demasiado arrogante y puso en su lugar: «El sueño de la razón». Y explicó: «Mientras la razón duerme, la fantasía que sueña produce monstruos. En cambio, unida con la razón, la fantasía se vuelve la madre de las artes y de todos sus milagros». Pero para cerrar los «Caprichos» hizo un nuevo dibujo. Un monje espectral, enorme, horriblemente feo, corre aterrorizado y detrás otro, y delante con la boca abierta de par en par un «chinchilla» y un cuarto espíritu más, otro monje que grita. Y debajo escribió el grito que sale de las tres gargantas enormemente rajadas:

> *«Ya es hora». La hora ha llegado, el tiempo ha corrido. Y todos debían ver que la hora estaba allí. Los demonios estaban liquidados. Fuera, fuera con el Grande autómata, fuera con él y sus compinches, los prelados y los monjes. Ya es hora. Así estaba bien; aquél era el dibujo que debía cerrar los «Caprichos». ¡Ya es hora!*

25

DESDE QUE GOYA mostrara a los amigos los «Caprichos», poco cuidaba el pintor en defender la severa calma de la ermita. Los amigos acudían a menudo y sin reparos. Un día en que estaban allí Agustín, Quintana, y Miguel, este último indicó sonriendo al literato y apuntando a Goya: «Te ha traído algo». Y como Goya mirara inquisitivo a Quintana todo sonrojo, Miguel continuó: «Escribió una oda para ti». Quintana sacó titubeando el manuscrito de la carpeta y quiso entregarlo a Goya. Pero Agustín pidió que lo leyera. Francisco también insistió en ello. «Yo miraré sus labios mientras lea; entiendo casi todo», dijo. Quintana leyó sus versos sonoros. La oda decía que el reino estaba en ruinas, el dominio del mundo, perdido. Sólo sobrevivía —decían los versos— la llama que ardiera en Velázquez y Murillo, ahora en Goya; y la realidad se oscurecía ante la fantasía hechicera del artista.

> … «Sí, vendrá un día,
> Vendrá también, ¡oh Goya!, en que a tu nombre
> El extranjero extático se incline».

De todos los países —proseguían los versos— peregrinarán las gentes a España y se quedarán embelesados ante el arte de Francisco Goya, gloria de su Patria.

Conmovidos, los amigos miraban a Goya, que sonreía un poco confundido y tocado también en el corazón. Repitió parte de los versos, y todos se asombraron de lo bien que había entendido. Quintana enrojeció aún más, y preguntó si no los encontraba exagerados. «Si usted hubiera escrito que soy mejor que David, quizás no exageraba; pero mejor que Rafael, sí me parece excesivo». Pero Quintana contestó fogosamente: «Aun la más alta palabra de loa sería poco para el artista que creó estos dibujos». Goya sabía de la ingenuidad infantil de Quintana y juzgó así sus versos; no necesitaba que nadie dijese que después de Velázquez era el mayor pintor de España. Y era mucho decir. Pero sintió que le invadía una ola de felicidad. Este joven había escrito versos tan soberbios y líricos loando sus dibujos «brutales, bárbaros, sin gusto». Y cuando no habían sido ordenados aún…

Goya tenía prisa por mostrar a los amigos los «Caprichos» como estaban ahora y les dijo con fingida indiferencia: «¿Quieren ver otra vez esos dibujos? Los puse en orden y les di títulos. Además les agregué breves comentarios para los tontos que necesitan una explicación». Los otros estaban sobre ascuas y no se hubieran atrevido a pedírselo. Y nuevamente el mundo que se les abría delante los estremeció. El orden que Goya les diera aclaraba todo su sentido. Hasta Miguel dijo casi con respeto: «Lo que hiciste, Francho, es tu mejor y mayor retrato, la cara de toda España».

Quintana confesó: «Soy libre pensador, pero ahora veré en cada rincón brujas y demonios». Agustín, sombrío y arrogante, declaró: «Y hay gente que considera artista a David…». Cuando llegaron a la última hoja, «¡Ya es hora!», exclamó Quintana: «¡Cierra España!», y bramó entusiasmado, repitiendo el viejo grito de guerra. Pensativo, Miguel opinó: «Los comentarios son notables y aun excelentes. Están para dar impresión de ingenuidad, pero a menudo tornan más aguda la idea». «¿Le parece?», preguntó con fingida inocencia Goya. Y prosiguió a continuación: «Sé bien que mi desmañado castellano no logra interpretar mi pensamiento. Les agradeceré que me aconsejen». Y los amigos se sintieron honrados en poder ayudar al pintor en la gran obra. Miguel tuvo en seguida una frase para el dibujo del viejo avaro que oculta sus tesoros; era una cita de Cervantes, algo como: «Cada cual es como Dios lo hizo y casi siempre aun peor». Los demás también tuvieron sus ocurrencias, para dar a las palabras carácter popular, jugoso y agrio. Todos colaboraron entusiastas y la ermita se llenó de risas y bromas.

Pero Miguel, a pesar de tanta alegría, estaba inquieto. ¿Por qué se habría tomado tanto trabajo Francisco en inventar todo aquello? ¿Acariciaría la idea de publicar los «Caprichos»? Y cuanto más pensaba, más se preocupaba. Este tonto genial de Goya se había dejado contagiar por el fanatismo de Quintana. Y pensó cómo podía impedir al amigo su peligrosa ligereza. Sólo una persona podía lograrlo: Lucía. Las relaciones de Miguel con ella seguían siendo poco claras. Cuando él le contó que había pedido su relevo a Manuel, Lucía lo reconfortó, comprensiva, amable, pero sin calor. Tal vez sabía ya por Pepa o por Manuel algo del asunto. Ella lamentó el distanciamiento del cual era culpable, y pensó en reconciliarlos, pero más tarde. Manuel tenía un consejero de confianza: el abate. El pacto con Reynoso había sido cumplido y don Diego salió del monasterio. La Inquisición, sin perdonarlo, hacía como que lo ignoraba; pero él no debía aparecer cerca de las residencias reales y, mientras la Corte estuviera ausente, podía ir a Madrid secretamente. En ese

momento en que no contaba ya con Miguel, el ministro necesitaba de las dotes del abate.

Miguel, lógicamente, se enteró de todo y le dolió que Lucía y Manuel lo hubiesen eliminado y reemplazado. Preocupado ahora por Goya, tenía un pretexto para conversar en confianza con Lucía. Después de alabarle la novedad y magnificencia de los «Caprichos» y en términos de perito, habló del insensato propósito de Goya de publicar esos dibujos y se quejó de la estupidez de los hombres, sobre todo de los inteligentes. Lucía le hizo coro y le prometió tratar de convencer al amigo.

Lucía fué a verlo. «Sé», le dijo, «que acaba usted de realizar una serie de aguafuertes especiales. No es muy amable de su parte ocultárselos a una vieja amiga». Goya se indignó por la indiscreción de Miguel, mas ¿no se los había mostrado a Cayetana? Lucía le preguntó cuándo podría ver los «Caprichos» en compañía de un amigo común. Goya preguntó a su vez con suspicacia: «¿Quién?». Pensó que se trataría de Pepa a quien no quería enseñar esa obra. Lucía confesó que sería el abate. Asombrado, Goya preguntó: «¿Está don Diego aquí? Tiene pues…». «No», contestó la mujer, «no tiene permiso alguno, pero está aquí».

Goya se quedó consternado; si recibía a un hereje sentenciado, desafiaba audazmente al Santo Oficio. Lucía comprendió y una irónica sonrisa surgió alrededor de sus labios. «¿Cree usted que soy una espía de la Inquisición?», preguntó. Por un instante, Goya sospechó que ella quería entregarlo a Reynoso; ¿no había hecho lo mismo con Jovellanos? No, la suya era una insensatez. Si el abate estaba en Madrid sin que lo detuviesen, nadie le condenaría si no le cerraba la puerta en la cara. Siempre le ocurría así con Lucía; ante ella, por un segundo, dudaba ridículamente de la mujer. Y ahora que había vencido su angustia de español y dibujado los «Caprichos», se había dejado sorprender por ella en un instante de cobardía. «¡Carape!», maldijo en su fuero interno.

Le seducía mostrar su obra a Lucía, que siempre lo había atraído, a pesar de su prudencia; había algo común en ellos: ambos habían llevado consigo lo plebeyo en su ascensión. Ella comprendería mejor que ninguna otra mujer y era casi una venganza contra Cayetana mostrarle los dibujos. «Doña Lucía», dijo secamente, «salude de mi parte a don Diego y hágame el honor de estar con él en mi estudio de San Bernardino el jueves a las tres».

Cuando llegó con Lucía, el abate parecía poco cambiado. Vestía sencillamente a la moda francesa y se esforzaba en mostrarse tranquilo, reposado, espiritual, un poco cínico, como antes. Pero Goya notó el esfuerzo y la inseguridad; se apresuró a abreviar la conversación preliminar y sacar los dibujos del cajón. Lucía y el abate contemplaron los «Caprichos». Sucedió lo previsto por el pintor: Lucía depuso su máscara; en su rostro se dibujó una fanática aprobación. La mujer se embebía de la vida violenta que emanaba de las hojas y se reflejaba luminosa en ella. El abate se mostró buen conocedor, ante los aguafuertes, de la «realidad» y habló con inteligencia de la parte técnica. Luego, a medida que los dibujos se tornaban más audaces y fantásticos, se calló y su cara tomó la misma expresión que la de Lucía.

Estaban inclinados ambos sobre el grabado de la pareja atada, con el búho fatal sobre sus cabezas —«¿No hay quien los desate?», se llamaba la página— y Goya se sintió colmado de gloria al ver cómo miraban el dibujo y su propio destino. Y desde ese momento, mientras pasaban revista al resto de la serie, hubo entre los tres una comunión superior a todas las palabras. Finalmente, disimulando su alegría, dijo Goya rudamente: «Bueno, ya basta», y se dispuso a guardar las hojas. Infantilmente, los dos se resistieron a dejar el dibujo que tenían en las manos. «Creía», dijo ella, «que me sabía al dedillo todo esto. Sólo usted me hace ver ahora el espantoso entrelazamiento de la vulgaridad y la tontería». Se sacudió estremecida y exclamó: «¡Porquería!»; fué una cosa extraña oír surgir la vulgar palabreja de los labios finos y largos de la dama.

Señalando la paginación, el abate dijo: «¿Serían setenta y seis dibujos? ¡Son más de mil! ¡Es el mundo entero! ¡Toda la grandeza y la miseria de España!».

Pero ahora, Goya tomó finalmente los aguafuertes y los guardó. El abate siguió con la mirada fija, salvaje y perdida, puesta en el cajón. Goya supo lo que pasaba en él; lo había visto de rodillas en Tarragona. Los «Caprichos» eran la venganza de todos los pisoteados, la del abate también; en los «Caprichos», don Diego también gritaba su odio y su desprecio a la cara de los audaces dominadores. Y en voz baja, lenta, pero vehemente, el abate dijo: «Es inconcebible que esto exista y nadie conozca su existencia». Goya sintió el cálido anhelo del abate, para que todo el mundo viese la cara desnuda de los infames que regían a España, tal como él los había reflejado en aquellas páginas. Más fuerte que nunca sintió la tentación de lanzar los «Caprichos» al mundo, y con voz ronca resolvió: «Los haré publicar».

Pero el abate se arrancó de su ensueño y volvió a la realidad de ese taller y de Madrid. Y como si conversara, dijo: «Naturalmente, usted bromea, don Francisco». Goya lo miró a la cara y vió detrás de la máscara elegante una cara de muerto, porque ese hombre no era otra cosa que un muerto, que pasaba oculto en ese mismo Madrid donde había brillado, viviendo ahora sólo de la compasión y el favor de la

mujer por quien se había dejado anonadar. Era un muerto empeñado en conversar elegantemente: Goya vió un «capricho», un cadáver apoyado con gracia en un piano y fumando un cigarro… Sintió miedo de este ser que parecía vivo y estaba muerto. «No he comprendido», dijo tontamente.

Lucía lo estaba mirando a la cara sin quererlo, pero también sin reírse de él. «El abate cree», dijo despaciosamente, «que usted debería ser más prudente». De pronto, Goya entendió la combinación: Lucía le mostraba al abate para que viera con sus propios ojos lo que les pasa a los mártires. La advertencia de Lucía era oportuna. Había sido un niño; la «gloria de España», los versos de Quintana, lo habían mareado, la vanidad había vencido a la razón. Quiso asir con la mano su «gloria», se merecía la severa mirada, la reprimenda de la mujer. Había hecho bien en traerle al abate, para que su espectáculo pusiera en su lugar su vieja cabeza todavía tan poco sabia y cuerda.

> *Simplemente dijo: «Tiene usted razón, doña Lucía», y volviéndose a don Diego repitió: «Tiene razón». Pero Lucía, antes de marcharse, señalando al cajón que guardaba su verdadera gloria, le dijo: «Gracias, Goya. Ahora que existen estas páginas, no me avergüenzo de ser española». Y ante los ojos de don Diego besó a Francisco en la boca, ardiente e impúdica.*

26

EL DOCTOR PERAL visitó a Goya en la ermita; el pintor adivinó en seguida que lo traía algo importante. «Debo comunicarle algo», dijo el médico después de los saludos. «Vacilé mucho en hacerlo y quizá me equivoque. Mas usted me permitió ver a la duquesa con los ojos de usted en los "Caprichos" y además ser testigo del juicio de ella sobre aquel retrato. Debo suponer que ambos somos íntimos amigos de la duquesita». Goya guardaba silencio esperando. Peral continuó inseguro; preguntó si Francisco no había notado pequeños cambios en ella en los últimos tiempos. Francisco creyó que ella había descubierto la broma con Agustín; admitió que la mujer le parecía algo cambiada. Peral, con simulada indiferencia, fué al grano: «Es otra. Porque está embarazada».

Goya se preguntó si había entendido bien, pero sabía que sí. «Está embarazada»; había dicho Peral y él pensó que la palabra también estaba «preñada» de sentido. Trató de dominar su reacción. Peral no debió haber hablado, él no quería ser iniciado en las feas intimidades de Cayetana, pero el médico continuó con sus indeseables confidencias; hasta se las escribió en el cuadernillo. «Antes, en estos casos, la duquesa tomó medidas a tiempo. Esta vez», apuntaba Peral, «en las primeras semanas quiso tener un hijo, sólo más tarde cambió de opinión. Demasiado tarde, por cierto, porque la cosa tiene sus riesgos». Goya leyó. «¿Por qué me lo comunica?», preguntó malignamente. Pero el doctor no contestó y lo siguió mirando. Supo Goya así que el niño era suyo, como comprendiera en seguida. Cayetana quiso tener el hijo de él y ahora ya no lo deseaba. Peral volvió a escribir: «Sería conveniente, don Francisco, que la convenciera de evitar la intervención». Roncamente, casi gritando, el pintor dijo: «No me corresponde meterme en lo que resuelva la señora duquesa. Nunca lo hice, nunca lo haré». Pensó casi delirando: «¡Embarazada! Mató a su marido, mató a mi Elenita, me matará a este hijo». Y dijo en voz alta: «No hablaré una palabra de esto con ella». El médico palideció un poco y escribió: «Por favor, comprenda, don Francisco, es peligroso realizar la intervención». Goya leyó y se encogió de hombros: «No puedo hacerlo, doctor», replicó como disculpándose. Peral dejó de escribir; arrancó la hoja del cuaderno y la rompió en trocitos.

Goya habló: «Perdone mi violencia, don Joaquín». Buscó los «Caprichos», sacó dos: el de la asunción de Cayetana al cielo o al infierno y el de la mujer de dos caras y del amante obseso. «¿Quiere estas hojas, doctor?», preguntó. Peral enrojeció: «Gracias, don Francisco», murmuró.

Pocos días después, llegó un mensaje de Peral pidiendo que Goya fuese en seguida a la Moncloa. Y Goya fué, vió la cara del médico y supo que no había ya esperanzas. En la habitación oscurecida donde yacía Cayetana se había pulverizado perfume, sin que pudiera ser vencido un leve mal olor dulzón que procedía de la alcoba. Las cortinas estaban corridas, Peral le indicó a Goya que las apartara y se alejó. Francisco obedeció. Al lado del lecho, seca, dura, petrificada, estaba la dueña. Francisco se colocó al otro lado.

Cayetana yacía con la cara amarilla, casi de cera, los ojos hundidos y cerrados. Goya imaginó a menudo que las altas cejas eran arcos de puertas detrás de las cuales nunca supo lo que pasaba. Deseó ardientemente que los párpados se abriesen; conocía aquellos ojos que no otorgaban la menor seguridad; ahora, esta última vez, si abría los ojos, él vería la verdad. Claras, como si estuviesen allí materializadas, escuchó las últimas palabras que llevó consigo en su sordera: «… Siempre y sólo a ti…». Por lo tanto ella sabía que su amor por él traería la ruina y había aceptado voluntariamente el amor y el peligro. Y él no la había pintado nunca, a pesar de tantos pedidos. No había podido. Tal vez porque no quería ponerla en riesgos. Y allí yacía moribunda, a pesar de todo.

La miraba confundido; no era posible pensar que ese corazón ardiente, caprichoso, arrogante había dejado de latir. Le ordenó que se moviese, que abriese los ojos y aguardó con violenta impaciencia. La insultó porque no obedecía. Pero ella no abrió los ojos, no habló; estaba ocupada con su debilidad, con su muerte. Un sentimiento de monstruosa soledad, de enorme extrañeza lo invadió. Habían estado unidos como nadie quizás y ¡qué extraños habían sido uno al otro! ¡Qué poco conocía ella la realidad y el arte de él! ¡Y qué poco la conoció él mismo! Su «Tantalus» mentía; ella había muerto.

Doña Eufemia se le acercó, dura, hostil; le apuntó: «Váyase usted ahora. Llega la marquesa de Villafranca». Goya comprendió; él había deshonrado a la duquesa de Alba durante tantos años y debía dejarla morir e irse dignamente, por lo menos. Casi se sonrió. Hubiera debido alejarse con una palabra audaz y cínica en los labios. Yacía ella allí quebrada y maloliente y no más digna de la presencia de la familia Villafranca que de la suya. La dueña lo acompañó hasta la puerta. «Usted la mató, señor pintor», le dijo con un odio sin límites en los ojos. Peral estaba en la antecámara; los dos se inclinaron sin decir una

palabra. Por el vestíbulo cruzó el sacerdote con el Santísimo; Goya se arrodilló con los demás; Cayetana poco percibiría de esta visita, como de la de su suegra y de la de él…

El pueblo madrileño, inclinado a los rumores, cuchicheó que también ahora se trataba de un envenenamiento, dispuesto por la italiana, la reina, la rival. La inquina que le tenían desde la muerte del duque, se trasformó en compasión, amor y veneración. Corrieron emotivas anécdotas acerca de su sencillez, de su llaneza, de sus juegos con los pilluelos en la calle, de su generosidad con todos los necesitados.

Todo Madrid participó en los funerales. Los Villafranca exhibieron toda la pompa tradicional, pero no se esforzaron en demostrar pena. Sólo la bondadosa María Tomasa compadeció a Cayetana, tan hermosa y tan prematuramente muerta. La anciana marquesa contempló con desprecio el sincero pesar del pueblo. Cayetana había amado al pueblo y el pueblo la amaba. La marquesa parecía de hielo. La misma mano por la que esta perdida había hecho eliminar a su hijo, la había eliminado a ella. María Antonia apenas movió los labios para rezar una oración por la muerta y lo que decía para sí misma no eran palabras piadosas.

En su testamento, la duquesa de Alba había dejado mandas para doña Eufemia, para la doncella Fruela, la numerosa servidumbre de sus posesiones y hasta para el bufón Padilla. ¡Curioso testamento! Estaban favorecidos con sumas de dinero, a veces muy fuertes, personas apenas conocidas, estudiantes que se le cruzaron por el camino, un monje casi idiota recogido en una de sus casas de campo, un expósito encontrado en uno de sus castillos, varios actores y toreros. A Goya y Lucientes le dejaba un anillo muy modesto y nada más; a Javier, una renta bastante escasa. Peral en cambio recibía medio millón de reales, una de las casas de campo de Andalucía y un grupo de cuadros elegidos.

Le molestó a la reina que joyas por ella envidiadas pasaran a los domésticos y otra gentuza; a despecho de las tradiciones, la de Alba no dejaba una sola propiedad a los Reyes Católicos. Don Manuel también estaba desilusionado; creyó poder cambiar con el heredero cuadros de las galerías de los Alba, que recibía en cambio el antipático doctor Peral. La reina y el primer ministro se felicitaron cuando don Luis María de Villafranca, décimocuarto duque de Alba, impugnó el testamento. Cayetana había sido confiada y además ignorante en cosas de negocios. Se sospechaba que ciertos legados, sobre todo los que favorecían insensatamente a Peral, a la dueña, a Fruela, habían sido logrados con engaños. Hasta la muerte imprevista de Cayetana era sospechosa. Se barruntaba que el codicioso médico, loco por el arte, apenas estuvo seguro del testamento, apresuró la posesión de sus legados, eliminando a la duquesa. La reina pensó que un proceso contra el doctor haría callar los rumores absurdos que ofendían su sagrada persona. Ordenó a Manuel que cuidara personalmente se hiciese luz sobre la muerte de su primera dama de Corte y el testamento.

Se formuló acusación por captación de herencia contra el doctor, la dueña y Fruela; los acusados fueron detenidos, la herencia cayó bajo secuestro. Se demostró rápidamente que la testadora había obrado bajo influencias criminales; se declaró nulo e inválido el testamento. El procedimiento contra los tres arrestados continuó. Las mandas anuladas fueron asignadas a la masa hereditaria, en poder del nuevo duque, quien pidió a don Manuel que seleccionara algunos cuadros, como premio de su intervención en el asunto. Muchas telas, que seguramente interesaban al infante, habían desaparecido misteriosamente. La reina, empeñada con tanta magnanimidad en aclarar la muerte de Cayetana, fué invitada a aceptar graciosamente, como recuerdos, algunas alhajas dejadas por la difunta primera dama.

Y pronto algunos de los cuadros de Cayetana enriquecieron las galerías del infante. Y en el cuello de la reina, en sus brazos y en sus manos resplandecieron collares, pulseras y anillos, que pertenecieron a las famosas joyas de la difunta duquesa de Alba.

27

GOYA NO PUDO inducir a los amigos a sincerarse con él acerca de la muerte de Cayetana; ellos temían la reacción, que no llegó. Sombrío, parco en palabras, se retiró el pintor a la quinta. Trató de evocar a la muerta, pero no pudo. No veía más que la figura de cera encerrada en sí misma y en su mal olor. Le había ordenado en vano abrir los ojos. Su rencor por los abismos de Cayetana se había suavizado antes de esa muerte; ahora lo colmaba con mayor violencia. Paseaba por el amplio jardín, solemne, erguido como un aragonés que era, cavilando. Cayetana había desaparecido. No creía Goya en el paraíso y el infierno de los frailucos; su paraíso y su infierno eran de este mundo. Ni la tierra existía ya sin ella.

No quedaba nada de Cayetana por culpa de él. Sus retratos eran sombras tristes y mezquinas sin pizca de su magnificencia; hasta la pintura de Agustín decía más de ella. Su arte había fracasado. Lo más claro era todavía lo conservado en los «Caprichos». Pero allí estaba retenido solamente lo nigromántico; de su luz, de su hechizo no había nada ni en cuadros ni en aguafuertes. «Los muertos abren los ojos a los vivos», decía la gente. La Cayetana muerta no se le abría; él no la comprendía, nunca la había comprendido. Tan ajena ante sus cuadros y sus grabados, no había estado ninguna otra mujer nunca. «Carentes de gusto, bárbaros»… Quizás fueron los «Caprichos» los que le hicieron cambiar de propósito y matar al hijo de él antes de darlo a luz… Trató de ser justo con ella; sí, desde el primer instante ella lo había odiado, pero él también la había odiado desde el momento en que la vió en el estrado por primera vez. Nunca acabó con ella, nunca acabaría; hasta en los momentos más ardientes, su pasión crecía por el odio. Ella había dicho palabras de amor al ser que creía dormido; él no podía decir, ni a la muerta siquiera, que la había amado. Lloró Goya lágrimas abundantes, desvergonzadas e indignas sobre sí mismo y sobre ella; pero esas lágrimas no se llevaron nada, ni del odio, ni del amor.

Era cosa baja insultar a la muerta indefensa. Se persignó delante de la Virgen de Atocha, a la que la primera noche Cayetana cubriera con la mantilla. Y rezó: «Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Hasta sus oraciones eran viles, porque él no la perdonaba.

Se sintió desnudo como la quinta. Su vida había gozado de plenitud, ahora sentía aburrimiento; nada le atraía, ni placer, ni mujeres, ni manjares o bebidas, ni ambición, ni triunfo. Ni el trabajo; el simple olor de los colores o de la tela lo dejaba vacío. ¡Concluido con todo: con el arte y con Cayetana! Estaba dicho lo que tenía que decir. Los «Caprichos» estaban allí en el cajón, terminados. Mas no, no había concluido con Cayetana. Le dolía la injusticia de la reina y de Manuel con la muerta. Le enfurecía pensar que Peral y la dueña estaban en la prisión y que la memoria de la mujer era pisoteada por tantos rumores. Él solo podía ser injusto con ella; nadie más. Tampoco con los «Caprichos» había concluido. «El arte es vano, si no ejerce alguna influencia», había dicho Quintana. Era cierto. Ocultar una obra creada es como provocar un aborto.

Jugó con la idea de lo que sucedería si publicaba los aguafuertes. A veces, si alguien comete una monstruosa audacia, los que están arriba se quedan paralizados. El joven Goya hubiera sentido la tentación de la gran aventura. Si ahora mostrara a todo el mundo lo que pensaba de los enemigos de Cayetana, ¿no sería una expiación por lo que él mismo le había hecho? ¿Un sacrificio fúnebre? Tal vez ella misma vería lo que representaban los «Caprichos» y junto con Brígida se rompería la cabeza sobre ellos. Ciertamente, publicar eso era irrazonable, mas ¿estaba ya tan envejecido que sólo obraría razonablemente? ¿Se había convertido en un cobarde como Miguel? No era digno de Goya esconderlos en la ermita por pusilanimidad.

Interrumpió la tarea de Esteve. «He pedido el coche», le dijo. «Vendrás conmigo. Llevaremos los “Caprichos” a la quinta». Asombrado, vió Agustín la cara sombría y resuelta y se calló. Fueron en silencio a la ermita y con esfuerzo llevaron hasta el coche las planchas, los dibujos, los grabados, el cajón y la pesada prensa, bajo la mirada sorprendida de los vecinos. Tuvieron que subir y bajar las escaleras infinidad de veces, el lacayo quiso ayudarles, pero Goya lo rechazó hosco. Callados siempre, regresaron con los ojos fijos en el cajón. Y ambos lo llevaron todo al estudio.

Llegaron visitas, la duquesa de Osuna, el marqués de San Adrián, otros más que se creían amigos de Goya, todos acuciados por la curiosidad. «Seguramente quisieran saber lo que hay en la caja», dijo él malicioso. «Tal vez se lo muestre. Valdría la pena». También de Cádiz llegó el armador Martínez. Apuntó en el cuaderno de Goya: «Ambos hemos perdido mucho, Excelencia. Una gran dama, maravillosa y última floración de la vieja España…»; y agregó: «Lástima de cómo se dispersa y se esfuma la herencia. Toda una serie de cuadros ha desaparecido; hasta la misteriosa Venus desnuda; tristemente desaparecida sin dejar huellas. Una propuesta: ¿no sería posible que un conocedor de confianza, que paga bien, tuviese por lo

menos una copia?». Goya leyó y su cara se ensombreció. Martínez dijo en seguida: «No, no, nada he dicho» y rompió la hoja.

Martínez pasó revista al estudio desnudo con interés y curiosidad, pero sus ojos volvían siempre a la caja. Finalmente preguntó si era posible saber lo que el señor primer pintor había producido en esos meses. Goya pensó un momento, sonrió y repuso: «Me honra el interés de un conocedor tan culto y generoso»; sacó algunas hojas: la serie del burro y luego la de las majas. Y cuando notó la reacción del huésped, se decidió y le mostró también la asunción de Cayetana. Martínez resopló, se sonrió, se acaloró. Dijo: «Esto es para mí. Todo lo que tiene en la caja es para mí». Balbuceó, escribió al vuelo, volvió a hablar. «Usted vió mi colección, tiene, pues, que admitir que esta obra maestra corresponde a mi colección. ¡Plus ultra! Fué mi lema siempre el de su arte Francisco. Usted llegó más alto que Murillo. ¡Véndame la caja, Excelencia! No encontrará un comprador y conocedor más digno y devoto». «He bautizado a los aguafuertes con el nombre de “Caprichos”», dijo Francisco. «¡Excelente título!», exclamó entusiasmado el armador. «¡Qué fantásticas ocurrencias! ¡Maravillosas! Bosch y Breughel y Callot en uno, y todo español y aun más salvaje y grandioso». «Pero ¿qué quiere comprar realmente, señor?», preguntó amablemente Goya. «Usted conoce apenas un par de hojas de la colección. Hay cinco o seis veces más; diez veces más». «Lo compro todo» declaró el señor Martínez. «Todo, las planchas, las copias y aun la caja. Mi oferta es terminante. Póngale usted el precio, Excelencia».

«Aumente como quiera ese precio», agregó: «No regatearé tratándose de obras suyas. Nadie más verá nunca esta maravilla…». «Si tuviera que imprimir y publicar los “Caprichos”», dijo Goya, «le enviaré la primera copia». «¡La primera!», suplicó Martínez. «¡Las tres primeras! ¡Y las planchas!». Le costó mucho a Goya alejar de la quinta al armador excitado.

28

ESA PRIMAVERA llegaron malas noticias sobre la suerte de Jovellanos. Manuel había concedido a la Inquisición el permiso para proceder contra él y, una noche, el anciano fué arrestado mientras dormía en su casa cerca de Gijón. El hereje fué llevado por el largo camino hasta Barcelona encadenado, a la vista de todo el mundo, y encerrado en un monasterio de la isla de Mallorca, en una celda sin ventanas. Se le prohibió el uso de libros y papel y todo contacto con el mundo exterior.

«Ya es hora», dijo Goya a Agustín. «Concluiré los "Caprichos". Procúrame el papel. Los imprimiremos juntos. Creo que trescientos ejemplares bastarán para la primera tirada». Esteve había observado con inquietud que Goya solía señalar a sus visitantes el misterioso contenido de la caja. «¿De verdad?», balbució consternado. «¿Te sorprende?», gruñó Francisco. «¿No hubo una vez alguien que vino corriendo a gritarme que me estaba pudriendo? Entonces tu Jovellanos era apenas un desterrado; ahora está encadenado, sin aire ni luz, en un sótano». «¡Estás loco, Francisco!», estalló Agustín. «No puedes hacernos eso. No puedes dar gusto a la Inquisición». «Imprimiremos los trescientos ejemplares», ordenó Goya. «Mis amigos considerarán esto como lo correcto, lo único correcto y posible. Un tal Quintana, por ejemplo». «Lo sabía», lamentó Agustín con amargura. «El incienso de Quintana se te subió a la cabeza, la oda de tu inmortalidad». «Me río de la inmortalidad», dijo Goya tranquilo. «Mientes como un cochino», contestó Esteve irritado. «No me insultes», ordenó Francisco, sorprendentemente tranquilo. «No te faltó ocasión para convencerme de que hiciera política con mi arte. Y ahora que atormentan mortalmente a don Gaspar, tendría que callarme… Así son ustedes los políticos y los proyectistas. La gente culta charla, la valiente obra». «Sería verdadera locura», insistió Esteve, «sacar los "Caprichos" de la caja. Estamos en guerra y el Santo Oficio puede hacer lo que quiera. ¡Entre en razón, Francho! Un hombre puede matar a su padre y salvarse tal vez, pero quien difunda hoy los aguafuertes comete un suicidio». «No te lo consiento», gritó Goya. «Soy español y un español no se suicida». «Es un suicidio», porfió Agustín. «Y tú lo sabes. Y no lo haces por dignidad o por política. Desde que se murió esa mujer, todo te parece vacío. La mujer tiene la culpa. Aun muerta trae desgracia».

Ahora Francisco se enfureció. «¡Cierra el pico!» gritó. «Y si te niegas todavía a ayudarme, me buscaré a otro». «Puedes buscar, no hallarás a nadie», contestó aullando Esteve. «¡Sólo yo estoy loco y te aguanto!». Y salió del cuarto, abandonó la quinta, y aunque Goya no podía oírlo, golpeó violentamente las puertas detrás de sí.

29

VENCIENDO SU MIEDO, corrió a casa de Lucía; había sido la única que lograra sacarle a Francisco esa loca idea de publicar los «Caprichos». Se quejó con ella porque el señor de Goya, a raíz de sus desgracias, se había resuelto a imprimir y difundir los aguafuertes. «¡Por caridad, ayúdelo usted, doña Lucía!», la suplicó. «Por amor del cielo, no lo deje hundirse en la ruina. Es la figura más grande de España». Mientras él, desamparado y aturdido, la hablaba, Lucía lo miró atenta. Y vió dentro de él. La amaba, pero en su corazón la acusaba de haber aniquilado a sus amigos, al abate, a Miguel y, sobre todo, a Jovellanos. Y debía sufrir viéndose obligado a suplicarla. «Es usted un amigo fiel, Agustín», le dijo. «Haré todo lo que pueda».

Lucía creyó comprender lo que impulsaba a Francisco en ese momento. Para salvarse de su pena, necesitaba del peligro. Por otra parte, era un campesino de Aragón, acostumbrado a unir la audacia a la prudencia; aunque se lanzara a una aventura elegida por él, no despreciaría una buena defensa. Ella vió una posibilidad de protegerlo de la Inquisición, pero el plan necesitaba preparación, importaba impedir que Francisco se precipitara en demasía.

Fué a verlo. «Usted sabe lógicamente», le dijo, «cuán peligroso es su propósito». «Lo sé», contestó Goya. «Hay medios para disminuir el riesgo», declaró ella. «Ya no soy un chiquillo», protestó Goya. «Prefiero tomar una brasa con las tenazas y no con la mano desnuda. Pero hay que tener unas tenazas». «Las negociaciones de paz en Amiens», explicó Lucía, «no se desarrollan como desearía don Manuel; necesitaría allí de un agente de fiar. Si Miguel se declara dispuesto a trabajar de nuevo con el ministro, podría lograr algo para la causa liberal y por un hombre que quiere». Goya no perdía de vista los labios de Lucía, que continuó: «Ofreceré pronto una tertulia sólo para mis íntimos. Estarán el infante, Pepa y, espero, Miguel. ¿Puedo contar con usted y con don Agustín?». «Iré», contestó Goya y prosiguió con calor: «Usted se esfuerza mucho, doña Lucía, en cuidarme de las consecuencias de mi necedad. Es capaz todavía de meter en el tratado de paz un par de cláusulas para eso». Y su rostro se ensanchó en una sonrisa. «Ahora tiene usted más de zorro que de león», replicó la mujer sonriendo también.

Los negocios políticos eran familiares para Lucía y las estrellas, favorables. En Amiens, donde Inglaterra, Francia y España discutían la paz de Europa, debían resolverse problemas que, como era claro para Lucía, interesaban personalmente a Manuel, quien deseaba obtener ventajas para el Papa; esperaba de éste grandes honores. Debía, además, demostrar a la reina que era indispensable, y lograr condiciones de favor para las regiones italianas cuyos príncipes estaban emparentados con ella. Sobre todo, debía desear más jurisdicción para el reino de Nápoles y la eliminación de los gabachos: las tropas de Bonaparte. Con eso eliminaría también los obstáculos al casamiento de la hija menor de la reina con el heredero del trono napolitano; la infanta Isabel —Manuel nunca lo ocultó ni a Pepa ni a Lucía— era hija del ministro y le halagaría verla ciñendo corona real. Los intereses de Manuel no coincidían siempre con los de España, y como el embajador Azara, representante del reino en Amiens, no era amigo de él, el infante necesitaba de un agente que estuviera de su parte. Lucía estaba convencida de que Miguel podía pedir un alto precio para representar a Manuel en la conferencia.

Doña Lucía invitó a Manuel a su tertulia y vió con satisfacción cómo se iluminaba la cara del ministro al decirle que contaba con la presencia de Miguel. Éste se hizo de rogar, pero también se alegró visiblemente de la ocasión de encontrarse con Manuel.

Se reunió en torno de Lucía el mismo grupo de la velada en que Pepa conoció a Manuel; sólo debió faltar el abate. Las paredes estaban aún más cubiertas de cuadros, entre ellos el retrato de Lucía hecho por Goya. Hacía poco que Miguel había reconocido dolorosamente toda la mágica fidelidad de esa obra. Francisco había anunciado con escalofriante previsión el verdadero ser y el ulterior destino de Lucía; ahora la Lucía de carne y hueso se fundía con la mujer del retrato. El rostro de Miguel permaneció también esta noche luminoso y amable, aunque en su alma hirviera la tormenta. Se dijo que era afortunado; la gran obra de su vida, el Léxico, había adelantado mucho en esos meses de ocio forzoso, y estaba casi terminado. Allí, entre los tesoros de arte que amaba estaba su Lucía que amaba; los disgustos habían pasado. Y ahora dependería de lo que su ofensor le pidiera, si volvía o no a su gozo de regir el destino de España desde la sombra. Pero en su esperanza había un asomo de perplejidad; su hermosa seguridad había desaparecido; podía decir con firmeza: «Esto es bueno, esto es malo», pero ahora sólo su voz era firme, no su mente.

En cambio, rebosaba de satisfacción como nunca el corazón de Esteve. Nada sabía en detalle, pero sí que la tertulia ocurría porque Lucía quería ayudar a Goya. Mucho importaba por de pronto el encuentro de

Miguel y Manuel, en presencia de Francisco, por añadidura. Agustín se felicitó por haber vencido su timidez con Lucía y dado pasos para evitar a Goya las consecuencias de una locura. Hasta su propio futuro le parecía más claro; quizás llegara a ser algún día pintor de primera fila. Era lerdo y pesado, pero así son aquellos que suelen llegar muy arriba. Y aunque así no fuese, nunca se quejaría; era mucho ser un afortunado ayudante de Goya.

Lucía también se complacía de su velada. Sus invitados habían experimentado muchos cambios, ella había participado en esos cambios y estaba por dirigir destinos aún, de su tierra y de sus íntimos. Lástima que faltara don Diego que saborearía la broma de hacer colaborar a Manuel para que el mundo guardara para siempre en los «Caprichos» la ilustración de su bajeza. El ministro había acudido resuelto a reconquistar a Miguel. Quería hacer honor una vez más a su lema: «Una onza de paz vale más que un quintal de victoria». Volverían a llegar de América sin obstáculos los cargamentos de oro y de plata; España tendría de nuevo dinero y alegría, y eso, gracias a él. En esas circunstancias podía ser magnánimo con Miguel y si éste sacudiese fuerte el árbol de Amiens, caerían seguramente frutos magníficos.

Apenas besó la mano a Lucía, Manuel se acercó ruidosamente a Bermúdez, lo palmoteo, trató de abrazarlo. «Me alegro mucho», exclamó, «volver a verte. Creo que me dijiste algunas groserías y que yo contesté con poco tacto. Ya olvidé ese disparate. ¡Olvídalo tú también!». Miguel había consultado a Maquiavelo, debía dominarse, pero contestó duramente: «Había ciertas razones en el disparate». «Tú sabes», continuó el infante, «en qué situación me hallaba. Pero las cosas han cambiado. Deja que llegue la paz y veras adónde echamos a los frailucos. No pongas esa cara, Miguel. Te necesito en Amiens. No puedes negar ni a España ni a mí este servicio». «No dudo, don Manuel», repuso Bermúdez, «que usted está resuelto a una política liberal, pero a pesar de la paz, temo que al final se aprovecharán de ella sólo el Papa, el Gran Inquisidor y un par de Grandes bestiales».

Manuel se tragó la irritación por la resistencia de Miguel; habló de grandes empresas liberales proyectadas. Llevaría a cabo la regulación fluvial, crearía institutos agrícolas modelo y grandes laboratorios; pensaba fundar tres universidades más; aliviaría la censura, tal vez la suprimiría. «Tráeme una buena paz», exclamó, «y verás a España florecer al sol del iluminismo». Hablaba con toda su voz y nadie dejó de escucharle. «Proyectos maravillosos», dijo Miguel, pero seco, objetivo, disimulando casi del todo la ironía. «Pero, don Manuel, creo que usted subestima las dificultades que encontrará. No tiene tampoco una idea clara de la arrogancia cobrada en estos meses por el Santo Oficio. Todo un Goya debe pensar dos veces si puede publicar ciertos magníficos dibujos». Sorprendido, Manuel se volvió hacia el pintor. «¿Es verdad, Francisco?», preguntó. Y Pepa inquirió: «¿Qué dibujos?». Manuel, gruñendo bondadoso, prosiguió: «¿Por qué no has venido a verme, mal amigo?» y se llevó a Goya hasta una mesa. «Tienes que hablarme de esos dibujos», insistió. Y Pepa se les reunió.

Goya advirtió con qué habilidad Miguel había tendido la trampa al ministro y gozó de ese paso gigantesco que daría la peligrosa aventura. Pero su alegría duró poco. Manuel, golpeándole en las costillas y sonriendo a Pepa, dijo: «Muy bien, querido, ahora confesarás: ¿pintaste otra Venus desnuda?» y lanzó una carcajada. Goya recordó las alusiones de Martínez acerca de los cuadros de Sanlúcar. Ya tenía el cabo del ovillo. En la cara de fauno de Manuel, en la indolente de Pepa pudo leer el final de los cuadros. Hallados al hacer el inventario de la herencia, se había descubierto el doble cuadro, ahora en poder de Manuel, quien interpretaba las palabras de Miguel como que Goya acababa de pintar algo parecido y temía a la Inquisición. Imaginó cómo Manuel y Pepa, delante del cuadro, palpaban casi con sus ojos vulgares el cuerpo de Cayetana, avivando su propia lascivia con la visión. Sintió invadirle el furor y a duras penas se contuvo de gritar.

Pepa vió con angustia y placer, cómo se le ensombrecía la mirada; Manuel interpretó mal esa reacción. «Sí, don Francisco», bromeó con estúpida astucia, «lo hemos pescado. Ni los franceses lo hubiesen hecho mejor. Pero no tema. Las telas están en manos de un conocedor que tiene el poder de reírse de la Inquisición. Las dos damas están ahora en mi colección y colgadas en la misma forma que en la Casa de Haro». Con esfuerzo, Francisco dominó su rencor y casi sonrió maliciosamente. Pensó que tocaba a este tonto exhibirse como protector de los «Caprichos», pero edificando el estrado en que se expondría toda su vulgaridad. Pensó que no se echaría a perder la dulce venganza.

Pepa, bella, blanca e indolente, jugaba a la condesa de Castillofiel. Hasta ese momento se había callado. Pero ya sentía el placer de que Goya tuviese que depender de su favor. «¿Qué dibujos son esos», preguntó, «de qué hablan? Estoy segura de que el infante le protegerá si los publica». «¿Se trata de dibujos del tipo de la Venus?», inquirió curioso Manuel. «No, Alteza», contestó seco Goya. «En la colección hay apenas un par de dibujos eróticos». Manuel, realmente sorprendido, un poco desilusionado, preguntó: «Pero ¿por qué tiene miedo?». «Los amigos», explicó Francisco, «me aconsejan que no publique esas cosas, porque algunos

aguafuertes representan espectros que llevan sotanas de cura. Creo que la colección en general es divertida. La bauticé: “Caprichos”». Pepa aludió a sus notables ocurrencias, pero Goya no le hizo caso y prosiguió: «Reynoso no es muy amigo de mi arte». «A mí tampoco me quiere», dijo gozoso Manuel. «Por su culpa, tuve que postergar muchos de mis proyectos. Pero todo esto acabará pronto, muy pronto». Se levantó, apoyó ambas manos en la mesa, se había excitado. Anunció: «Nuestro amigo Goya no deberá esperar mucho para mostrar al mundo sus espectros vestidos de clérigos. Sólo hace falta que me traigas el tratado de Amiens, Miguel. Y ya será la hora. ¿Has entendido, Francisco?», preguntó gritando al sordo. Goya contestó: «He entendido perfectamente. Ya es hora», y Manuel riendo repitió: «Sí, señor, ya es hora». Agustín, colmado de placer, repitió a su vez muy fuerte: «Ya es hora».

«Pero ahora quisiéramos ver tus peligrosos espectros», pidió Pepa, y Manuel la secundó: «Sí, ahora me ha entrado la curiosidad». Golpeó a Goya en los hombros y declaró: «Es bueno que lo sepas: tus espectros y caprichos serán publicados, aunque estén tirando de la capa roja del Gran Inquisidor. Yo los patrocino y veremos quién se atreve. Debes esperar muy poco más, unos dos meses, quizás apenas semanas, hasta que se haga la paz. Miguel puede apresurarlo todo, si quiere».

Se puso de pie, llevó a Goya hasta Miguel, los abrazó a los dos. «Es ésta una noche feliz», exclamó, «brindaremos por la paz. Y tú, Miguel, te irás a Amiens. Y tú, Francisco, mostrarás al mundo tus “Caprichos”, en las mismas barbas de todos los frailucos y de los demonios y para gloria de nuestro arte español. Yo pongo mis manos protectoras sobre ti».

30

CUANDO PEPA se informó de la muerte de la de Alba y de los rumores que corrían, sintió un doloroso placer y quiso dar su pésame a Goya. Lucía había estado varias veces en la ermita; ella en cambio no había sido invitada nunca a visitarlo. La condesa de Castillofiel no se humilló. Después Manuel le había mostrado las vergonzosas telas: la duquesa en traje de torero y luego desnuda. Le repugnaban las obscenidades de la de Alba y de este Francisco sin Dios; pero Manuel la llevaba a menudo a ver los cuadros y ella había estudiado el cuerpo de su rival. No, ella no se avergonzaba en la comparación; nadie comprendería que Goya hubiese preferido a esta mujer lasciva, desvergonzada y afectada.

En la tertulia de Lucía no había tenido oportunidad de hablar francamente con Goya. Mas ahora él pedía su ayuda y la de Manuel y, como los asuntos de Amiens no dejaban al infante un minuto libre, resolvió ver por su cuenta los famosos «Caprichos».

Fué a la quinta, sin anunciarse, curiosa, un poco cohibida. Explicó la razón de su visita; Goya la escuchó amablemente. Don Agustín no estaba, por suerte. Ella y Francho estuvieron solos, como en días lejanos y, como él pareciera contento de la ausencia del infante, ella aprovechó para hablar claramente. «No tienes el buen aspecto que yo quisiera», comenzó. «Este asunto te ha hecho daño. Sentí mucho cuando supe de tu desgracia. Pero supe siempre que tu duquesa no te traería suerte». Goya se calló. El retrato de la de Alba, el único cuadro de la habitación, la estremeció. «Y no supiste retratarla», continuó Pepa; «está allí sin naturalidad. Y es cómico ese dedo índice tendido. Pero siempre fué así: cuando algo fallaba entre tú y tu modelo, nunca hiciste un buen retrato».

Goya sacó el labio inferior; esta tonta e impúdica ramera veía hondo dentro de él. Recordó que ella había contemplado a su Venus desnuda, junto con su rufián, y sintió deseo de tirarla escalera abajo; buenas razones se lo impidieron. «Si entiendo bien, condesa», le dijo, «usted ha venido para ver mis grabados por encargo del infante». Hablaba con sobrada cortesía. La condesa se sintió regañada, se calló. Goya trajo los «Caprichos». Ella los miró y él supo que ella comprendía. Llegaba la serie de los borricos aristocráticos. Pepa mostró su arrogancia y Goya previó el peligro. Ella tenía influencia sobre Manuel; podía enemistarlo con él; los «Caprichos» no verían nunca la luz. «Eres verdaderamente audaz, Francho», fué todo lo que ella dijo; la arrogancia había desaparecido de su cara; ahora Pepa movía la hermosa cabeza a un lado y otro, casi sonriendo. Goya había intuido bien cuando se vinculó con ella.

Gran placer le causó la hoja «Hasta la muerte», con la vieja que se acicala delante del espejo; reconocía en ella a la reina. Pero no dejó notar si se reconocía a sí misma en alguna de tantas majas. Notó en cambio a la de Alba. «Eres cruel también, Francho», dijo. «Yo lo sabía. Estos dibujos son muy crueles. No tienen suerte las mujeres contigo. Es probable que ella tampoco la tuviera a tu lado». Y lo miró de lleno en la cara con sus ojos verdes, impúdicos, indolentes, y él comprendió que a pesar de lo que decía, ella hubiera deseado intentar otra vez su suerte con él. Le gustaba esta Pepa de magníficas carnes. Y era justo que ella estuviese de parte de él contra Manuel. Sintió algo del cómodo deseo de su relación antigua, sin compromiso. No le sería desagradable volver por una vez a los brazos de esta romántica jamona. Pero él temía los platos recalentados. «Lo que pasó, pasó», dijo vagamente; ella podía referirlo a lo que dijera de su crueldad con Cayetana.

Aparentemente divagando, Pepa preguntó maligna y amable a la vez: «¿Qué harás, Francho? ¿Te meterás en un convento?». «Si me lo permites», contestó Goya, «iré pronto a tu casa para ver a tu pequeño». Ella volvió a los «Caprichos». Contempló como en sueño tantas mozas y mujeres. Estaba la de Alba, estaba ella, estaba Lucía, y había muchas más que Francho conocía mucho o creía conocer. Y él las amaba y odiaba a todas. Y en ellas y alrededor de ellas dejaba surgir los demonios. Era un gran artista, pero nada entendía del mundo y de los hombres y menos de las mujeres. Era extraño lo que no veía, y admirable todo lo que veía y no estaba allí. Era un pobre Francho obsesionado y había que ser amables con él y darle ánimo. «*Trés interesantes, vos Caprices*», murmuró. «Tendrán un gran lugar en tu obra. Quisiera decir que son excelentes, *remarquables.* Un solo reparo haré: exageras, eres demasiado triste y pesimista. Pasé horas muy malas, pero el mundo no es tan negro, en realidad. Puedes creerme, Francho. Tú mismo no lo viste antes así. Y no eras aún primer pintor». «Exagerado, pesimista, bárbaro, carente de gusto», pensó. «Mis dibujos no tienen suerte ni con los vivos ni con los muertos». Ella pensó: «Pero fué feliz solamente a su lado, hasta que estuvo a su lado. En los aguafuertes se percibe lo mal que le fué con las otras…».

En voz alta, Pepa dijo: «Era romántica, debo reconocerlo. Pero se puede ser romántico sin sembrar la

desgracia alrededor». Y como él callara, explicó: «Ella les trajo desgracia a todos. Hasta el dinero que dejó al médico, le trajo mala suerte a éste. Y nunca supo tampoco quién fué amigo, quién enemigo. De otra manera nada le hubiera dejado». Goya escuchó, no entendió todo y no se irritó. Desde su punto de vista, Pepa tenía razón. Pepa le había irritado a menudo con sus necedades, pero no le había traído desgracia y, si podía ayudarlo, lo hacía. «Lo que la gente afirma del doctor Peral», le dijo, «no es exacto. La realidad es a menudo distinta de lo que tu hermosa y sentimental cabecita se imagina». Pepa se picó un poco, porque la trataba todavía como a una chicuela tonta. Pero la lisonjeaba que él le hablara de cosas que le interesaban a él. Era todavía algo de su intimidad precedente.

«¿Qué pasó, pues, con el bendito médico?», preguntó ella «¿La mató o no la mató?». Cálido, convencido, él contestó: «Peral es exactamente tan culpable y tan inocente como yo. Y sería una obra buena si se lo hicieras entender así a cierta gente». Pepa se llenó de orgullo y gozo porque Francisco —era la primera vez — le pidiera francamente un servicio. «¿Te agradaría, Francho?», quiso saber y lo miró atenta. Con alguna sequedad, Goya replicó: «Salvar a un inocente debería ser un orgullo para ti, como lo sería para mí». Ella suspiró. «Nunca quieres confesar que algo te importa de mí», se quejó Pepa. «Mucho me importas», admitió Francisco ligeramente irónico, pero no sin ternura.

Ya en el momento de irse, Pepa dijo: «Montada a caballo, nunca me retrataste». «Lo haré, si quieres», contestó Goya. «Pero no te lo aconsejo». «Hasta la reina se impone, montada», replicó Pepa. «Sí», contestó secamente él, «ELLA se impone». Pero Pepa se quejó: «¡Eres siempre tan condenadamente sincero, Francho!». «¿No es justamente lo mejor de nuestra amistad», repuso Goya, «el que nos digamos siempre la verdad?».

31

MIGUEL BERMÚDEZ fué a despedirse de Goya. «Lo que Manuel y la reina ansían para sí», declaró al amigo, «es posible lograrlo en Amiens. Pero no puedo traerme de vuelta una buena paz. Si alcanzo algo para España, será una redacción amistosa, para salvar por lo menos el prestigio. No tomo parte en estas amargas negociaciones muy a gusto; lo hago solamente porque puedo reforzar mi posición al lado del infante. Los oscurantistas volverán a su oscuridad, pero alguien al menos —y su cara se iluminó— sacará una ventaja de la paz de Amiens: Francisco Goya». «No estoy siempre de acuerdo con tus ideas artísticas, Miguel», dijo Goya, «pero eres un gran amigo». Y se colocó su gran sombrero y se lo quitó delante de él. «¿Cuánto crees que durará la conferencia?», preguntó luego. «Seguramente no más de dos meses», contestó Miguel. «Hasta entonces», reflexionó Goya, «estaré listo. Dos o tres días después de firmada la paz anunciaré los "Caprichos" y una semana más tarde todo Madrid podrá verlos. Y comprarlos, si tiene dinero», concluyó diciendo.

Miguel, con leve titubeo, dijo: «Me gustaría ver los "Caprichos" en su forma definitiva, antes de que los publiques. ¿Quieres aguardar mi regreso de Amiens?». «No», repuso Goya netamente. Miguel suplicó: «Tendrías que volver a mirar por lo menos las hojas con Manuel y con la reina». «Las miré mil veces», replicó el pintor. «También cuando retraté a la familia real, alguien hizo negras profecías. Además», continuó astutamente, «en un detallado prospecto declararé que los "Caprichos" no se refieren a ningún caso individual ni a determinadas personalidades». «Yo eliminaría por lo menos la serie de los borricos», insistió Miguel. Francisco se negó. «Quien mire los "Caprichos" sin malicia», contestó complacido, «los tomará tal como son. Los malévolos interpretarán torcidamente hasta los aguafuertes más inocentes». «No seas demasiado audaz, Francho», rogó una vez más Miguel. «No estires demasiado la cuerda». «Gracias, Miguel», contestó despreocupado Goya, «y no temas nada por mí. Guarda tu mente para ganarle a Francia. Cumple a conciencia tu tarea allá; aquí yo no haré mal la mía».

Durante los días siguientes Goya estudió por última vez qué «Caprichos» conservaría en la serie. Mas no tomó en cuenta lo que pudiera ofender al ministro o a la reina, no se cuidó ni de la Corte ni de la política: sólo se preguntó: «¿No seré injusto con Cayetana?». Conservó, pues, la sacrílega asunción, separó el «Sueño de la mentira». Cada vez más, los «Caprichos» se convirtieron en un asunto personal, en un Diario, la crónica de su vida.

Le chocaba que abriera la colección aquel Goya de «El sueño de la razón». Podía insertarse más adelante, tal vez abriendo la segunda serie, la de los espectros. No era el mejor para prologar toda la obra. Ese Goya estaba idealizado, era demasiado esbelto y joven. Y era indigno, incorrecto que el Goya de la primera página ocultara el rostro. El autor de obra tan discutible *debía* mostrar la cara; estar allí para que todos lo reconocieran. En la hoja número uno de los «Caprichos» debía verse Goya, claramente, el Goya de ahora, a quien la muerte le había quitado a Josefa, a Martín, a Cayetana, y que había descendido hondo en el terrible torbellino y había vuelto a salir. El Goya que había obligado a la fantasía a adaptarse a la razón; a no crear monstruos sino arte.

Había pintado y dibujado muchos autorretratos, un Goya joven que, modesto y seguro, mira desde la sombra a su poderoso Mecenas; un Goya más crecido, audaz, en traje de torero, con el mundo en un puño; luego, un Goya cortesano, elegante, que coquetea con una Cayetana; después otro que desde la sombra, esta vez consciente, mira a la familia real, y finalmente aquel barbudo, desesperado, poseído por todos los demonios malos. Era necesario ahora pintar al Goya que había andado el amargo camino del conocimiento y aprendido a adaptarse al mundo sin doblarse. Se peinó cuidadosamente el pelo sobre las orejas y pensó mucho en cómo se vestiría. Delante de los «Caprichos» debía estar un Goya imponente, digno, no un saltimbanqui o un bromista, sino el primer pintor del rey. Se colocó el corbatín cerrado hasta la barbilla, la gran chaqueta gris de paseo, el sombrero duro, el bolívar de anchas alas.

Se retrató así de perfil, curioso del resultado final.

> *Cuando terminó, miró sorprendido el dibujo. ¿Era él este señor anciano y hosco? ¿Era él? Desde su hoja espiaban ojos malignos y penetrantes. El labio inferior pendía grueso. Duras arrugas corrían desde la nariz a los extremos del labio superior delgado y contraído. Imponente, severa, rechazante, la redonda cabeza leonina parecía aún más imponente debajo del bolívar.*

Confundido, Goya miraba el dibujo. ¿Tenía realmente ese aspecto de viejo y de gruñón? ¿O se anticipaba en esas líneas el porvenir odioso?

Se irritó. Luego escribió su nombre: Francisco Goya y Lucientes, pintor. Y comentó: «¡Vean un poco cuánta gravedad! Pero si le quitan el sombrero y le abren el cráneo, se estremecerán y mirarán asombrados lo que hay debajo, dentro».

32

TODAS LAS CAMPANAS de Madrid habían sido echadas a vuelo. Los plenipontenciarios del rey católico y de Su Majestad británica acababan de firmar el tratado en Amiens; era la paz. Hubo júbilo. La miseria había terminado. Regresarían las naos de los países de ultramar. Sobre la aridez de España fluirían como lluvia fructuosa los tesoros de ambas Indias. La vida volvería a ser magnífica.

Goya no esperaba la paz tan pronto. Pero estaba listo; habían sido impresos los trescientos ejemplares de los «Caprichos», y estaban ya escritos los prospectos que habían de acompañarlos.

Una semana después de anunciada la paz, el «Diario de Madrid» anunció los «Caprichos». El señor Francisco de Goya —decía la noticia-anuncio— había creado una serie de aguafuertes que tenía por tema «asuntos caprichosos». El autor había sacado de muchas extravagancias y muchos despropósitos de la sociedad, de prejuicios y timos consagrados por la costumbre, la ignorancia y el interés, los casos que le parecían mejores para una representación instructiva y fantástica. El señor de Goya no tenía intención de atacar o ridiculizar a determinadas personas o hechos; su finalidad era la de fustigar caracteres típicos, vicios y absurdos vulgares. Los «Caprichos» podían ser vistos y adquiridos en la tienda del señor Frágola, calle del Desengaño 37. La carpeta contenía 76 grabados. El precio sería de una onza de oro, es decir, 288 reales.

La calle del Desengaño era tranquila, distinguida; el comercio íntimo del señor Frágola estaba arreglado con buen gusto. Se podían comprar allí perfumes selectos, finos licores franceses de la época de Luis XV todavía y aun de Luis XIV; encajes de Valenciennes, tabaqueras, libros antiguos, antigüedades, reliquias y cosas parecidas. Esteve y Quintana desecharon ese lugar de lujo, pero Goya insistió en que los Caprichos debían exhibirse como cosas raras entre cosas raras; debían ser considerados de inmediato como obras de arte y no como elementos de propaganda política. Goya recordaba que a menudo estuvo en esa tienda con Cayetana, admirando rarezas preciosas. Mas le había atraído sobre todo el nombre de la calle, porque desengaño no quiere decir solamente desilusión, sino también lección, desencantamiento, verdad, conocimiento. Ésa era la calle adecuada para los «Caprichos»; él había caminado por esa calle amarga; debían caminar por ella los demás ahora.

Pero los demás que fueron a ver la obra, no sacaron de ella lección alguna. Hojearon la carpeta y quedaron perplejos. Tampoco en los juicios de la prensa hubo calor y comprensión. Solamente el crítico Antonio Pons elogió mucho la originalidad y hondura de la obra y escribió: «Cuatro ojos a la vez, dice el refrán, nunca vieron un espectro. Goya desmiente el refrán». Quintana, que había esperado casi una revolución, estaba amargado. Goya no. Sabía que una obra de esta clase necesita tiempo para encontrar los verdaderos destinatarios. Pero muy pronto empezó a despertar interés y cada vez corría más gente a la calle del Desengaño.

> *Y muchos hallaron en los aguafuertes, a pesar del comentario de Goya, caricaturas audaces, alusiones a personajes de mayor rango, ingeniosas befas de usos eclesiásticos. Hubo rumores murmurados, cuchicheos cosquillosamente picarescos. Y también los amos del Santo Oficio fueron apareciendo cada vez más a menudo en la tienda del señor Frágola.*

33

DE PRONTO, MISTERIOSAMENTE, se le apareció a Goya el nuncio verde. Había llegado deslizándose furtivo; del mismo modo se fué. Con las manos temblorosas, Goya abrió la carta. Estaba citado para el día siguiente ante el Santo Oficio. En lo más hondo del alma, siempre pensó que ocurriría así, desde el auto de fe de Olavide. Había sido advertido muchas veces y muy severamente. A pesar le ello, la invitación fué para él un golpe fulminante. Llamó en su ayuda a la razón. Pero el Gran Inquisidor no era un coco que se podía vencer con grabados y cinceles. De cualquier manera, tenía otras armas. Tenía la seguridad de sus amigos; la guerra había terminado, don Manuel podía rechazar sin esfuerzo los ataques de la Inquisición.

A pesar de esta reflexión, la angustia lo sumergía cada vez más en su negro olaje. Estaba hundido en un sillón, abatido, asustado; nadie hubiese reconocido en él al Goya de la primera página de los «Caprichos». Ni uno solo de sus amigos estaba en Madrid. Miguel y Lucía se hallaban aún en Francia, Manuel y Pepa estaban en el Escorial con la Corte, Quintana en Sevilla, en el Consejo de las Indias. Debía hablar por lo menos con Esteve o con Javier. Había penetrado hondamente en sus huesos el miedo por las penas prescritas contra quien quebrantara el secreto; sentía el horror con que en su juventud había oído pregonar todos los años el edicto de la fe. A todos traía él desgracia. ¡Ay de su pobre Javier! Lo desterrarán, lo llevarán a la perdición…

Al día siguiente, modestamente vestido, como debía, se presentó en la Santa Casa. Lo llevaron a un cuartito común. Llegó un juez, un señor tranquilo con traje de clérigo, de gafas, seguido por un secretario. Aparecieron actas en la mesa y una carpeta de sus dibujos, una de las primeras para la prueba de imprenta. Otras dos estaban en poder de Martínez y de la de Osuna; una más en manos de Miguel. No valía la pena cavilar para saber quién lo había traicionado. Allí estaba la carpeta, esto sólo contaba. Había un silencio ominoso que envolvía al pobre sordo. Nadie movía los labios mientras el juez anotaba lo que tenía que preguntar, lo pasaba al secretario para su protocolización; luego lo pasaba a Goya.

El juez tendió a Goya el comentario de algunos «Caprichos» que tenía en sus actas. Era la primera copia, obra de Agustín, corregida por el pintor. El juez preguntó: «¿Expresan los dibujos solamente lo que dice el comentario o algo más?». Francisco parecía aturdido; no lograba pensar. Apenas se preguntaba: ¿De quién tendrán la carpeta? ¿De quién el comentario? Para recobrarse, observó la cara y las manos del juez. Una cara tranquila, alargada, casi morena, con ojos en forma de almendra bajo las gafas; las manos flacas, bien formadas. Ya dueño de sí, contestó prudente: «Soy hombre sencillo, me cuesta trabajo encontrar muchas palabras».

El juez esperó que el secretario escribiera la respuesta. Luego, tendió a Goya uno de los «Caprichos», el número 23: la ramera con sambenito, a quien se lee la condena. Goya miró la hoja: era un buen dibujo; la coroza penetraba aguda en el aire, la cara de la mujer estaba anonadada, el secretario lector se parecía al que estaba allí; la mar de cabezas curiosas, ávidas; estaba bien; no tenía que avergonzarse de su dibujo. El juez dejó la hoja y le tendió a Goya el comentario, que decía: «Una mujer valiente…». El juez preguntó: «¿Qué quiso decir usted? ¿Quién trata mal a la mujer? ¿El Santo Tribunal? ¿O quién si no?». La pregunta estaba materialmente delante de él, en letras claras, bonitas, enormemente peligrosas. Debía cuidar su contestación para no perderse. Y no sólo a él, sino también a su hijo y a los hijos del hijo. Contestó: «El destino». La cara lisa, ovalada, quedó impasible. La delgada mano escribió: «¿Qué entiende usted por destino? ¿La Providencia divina?».

Su respuesta no había sido respuesta; volvía a tener enfrente la pregunta, con otro atuendo, cortés, maliciosa, amenazante. Debía encontrar una contestación perfecta, atendible. Buscó angustiado, no había respuesta. Había caído en la trampa. Las gafas del juez centelleaban. Goya pensó, buscó, buscó, pensó. Nadie se movió. «Santísima Virgen de Atocha», rogó Goya con el alma, «dame una contestación. Haz que se me ocurra responder bien. Si no tienes piedad de mí, tenla de mi hijo».

Con leve movimiento del lápiz, el juez indicó lo escrito. Y Goya contestó: «Los demonios», y sintió que su voz era ronca. El secretario escribió. Y siguió una pregunta, y otra más, y diez aún, y cada una era un tormento, y cada pausa entre pregunta y respuesta, una eternidad. Después de una eternidad, la audiencia llegó a su término. El secretario preparó el acta para la firma. Goya miraba la mano que escribía, hábil, pero vulgar y grosera. El cuarto era común y corriente, la mesa con las actas lo era también; delante de ella estaba sentado un señor bien educado, vestido de clérigo y una mano vulgar escribía tranquila y uniforme. Para Goya en cambio el cuarto se volvía cada vez más oscuro, parecido a una tumba, como si las paredes se

acercaran cada vez más y lo empujaran fuera, y él se cayera a través del tiempo, fuera del mundo.

El secretario era insoportablemente lerdo. Goya aguardaba que terminara y deseaba sin embargo que escribiera cada vez más lentamente, que no acabara nunca. Le harán firmar, tendrá que firmar y, en cuanto lo haya hecho, llegarán los hombres verdes y se lo llevarán: desaparecerá para siempre en los sótanos. Los demás preguntarán dónde está, se reunirán y dirán grandes palabras. Pero no harán nada y él se pudrirá en su calabozo. En la espera, sintió el peso de cada uno de sus miembros; le costaba trabajo mantenerse en la silla; pronto se desmayaría y caería al suelo. Ahora sabía lo que es el infierno.

El escribiente terminó. El juez leyó el protocolo, lentamente, fielmente. Firmó. Pasó el escrito a Goya. «¿Debía firmar?». Miró con terror al juez. «Lea», le dijo éste, y Goya respiró aliviado, porque no debía firmar aún. Leyó; fué una lectura penosa. Allí estaban las preguntas del juez, cruelmente astutas, cada una representando una verdadera trampa; allí estaban sus respuestas tontas, desamparadas. Pero Goya leyó despacio; trató de ganar segundos, por lo menos. Leyó la segunda página, la tercera, la cuarta. La quinta no pasaba de la mitad. Ya estaba al final. El secretario le tendió la pluma y le indicó el lugar para la firma. Los ojos tranquilos le miraban a través del centelleo de las gafas. Firmó con los dedos duros, pesados. Tuvo una feliz ocurrencia. Sonriendo tontamente, con picardía, miró al juez y preguntó: «¿También la rúbrica?». El juez asintió con la cabeza. Había ganado unos segundos más. Goya dibujó la rúbrica, lenta, cuidadosamente. Ya había firmado.

No ocurrió nada. Pudo irse. Descendió las escaleras paso a paso. Salió del edificio. El aire fresco le hizo bien y le dolió al mismo tiempo. Cada paso hacia su casa fué para él una pena y un esfuerzo, como si se hubiese levantado del lecho después de una grave enfermedad, demasiado pronto.

Llegó muy agotado. Pidió a Andrés algo de comer. Cuando el mozo volvió, Goya dormía profundamente.

34

EL JOVEN SEÑOR JAVIER DE GOYA notó sorprendido que sus amigos de la juventud dorada ya no lo invitaban, y rechazaban con pretextos sus invitaciones; seguramente, alguien entre los Grandes y los prelados estaría escandalizado por los «Caprichos». Javier quería hablar con el padre, pero éste estaba ahora tan callado y amargado que, a pesar de su juvenil irreflexión, Javier no osó llevarle también sus penas. Necesitaba alegría y amistad. Madrid le desagradaba ahora y como el padre le prometiera enviarlo al extranjero en viaje de estudio, se lo recordó amablemente. «Haces bien en recordármelo», contestó Goya para su asombro, «lo prepararemos todo».

También Esteve había advertido con creciente dolor el vacío alrededor del amigo. Nobles antes ansiosos de un retrato, retiraban con excusas el encargo; Frágola, de pronto, no pudo vender un ejemplar más de los «Caprichos». El solo nombre de Goya dejaba perpleja a la gente. Se decía que el Santo Oficio preparaba el proceso y los rumores salían de la misma Santa Casa.

Agustín respiró cuando supo que los Bermúdez estaban por llegar. Miguel había cumplido felizmente su misión en Amiens y estaba en viaje de regreso con Lucía. Sabía que la paz lograda no era ventajosa para España, pero por lo menos para Manuel y para la reina había obtenido resultados superiores a toda esperanza. Estaba restablecido el ducado de Parma, Francia se obligaba a retirar sus tropas de ocupación del Estado papal, de Nápoles y Etruria; los representantes españoles pudieron firmar el tratado muchos días antes que los apoderados de Francia. Miguel había ganado la gratitud de Manuel y la utilizaría en favor del progreso, la civilización, la libertad.

Miguel volvió, pues, contento a Madrid. Apenas llegó, Esteve, trastornado, se le presentó y le informó de los asuntos de Goya. Miguel vió en seguida al señor de Linares, jefe de policía, para saber si el pánico de Agustín era fundado. Linares tenía sus espías en la Santa Casa y estaba bien enterado. Y lo que le dijo, le causó suma preocupación. Don Ramón de Reynoso y Arce, Arzobispo de Burgos y Zaragoza, patriarca de las Indias, cuadragésimo cuarto Gran Inquisidor había declarado que la tentación que emanaba del arte infernal de Goya era peor que la de todos los libros y discursos de Jovellanos. Que los «Caprichos» apestaban a azufre del infierno. Reynoso había expresado tales juicios a menudo, ante legos, para difundirlos. Sin duda estaba pronto para proceder contra el pintor. Se decía que Goya había sido ya interrogado.

Miguel consultó con Lucía. Reynoso, buen político, debió entender que la paz lograda amenazaba su poder y quería comprobarlo: los «Caprichos» le ofrecían la mejor ocasión. El peligro era grande, había que darse prisa. Discutir con Goya era inútil. Miguel y Lucía idearon un plan para sofocar en germen el ataque de la Inquisición. Ese mismo día Miguel marchó para el Escorial.

Encontró a Manuel ruidosamente feliz. Había comprobado una vez más que era el preferido de la suerte. Acababa de agregar una dignidad más a las suyas: el Papa, reconocido, lo había nombrado Príncipe de Bassano; el documento había tenido que entregárselo su cuñado, el infante, Primado de España, que hacía tiempo lo había despreciado. Había demostrado también una vez más a la reina que había guiado los destinos de su Casa a nuevas victorias; en tercer lugar, la infanta Isabel, la hija predilecta de la reina y del ministro, sería reina, reina de Nápoles liberada de los gabachos. Y por añadidura —el mayor orgullo de Manuel— sus representantes habían sido los primeros en firmar el tratado. Había hecho honor a su nombre: Europa le debía a él la paz y no al general Bonaparte. El nombre del Príncipe de la Paz sería celebrado en todos los dominios de España con sagrado respeto. Se alegró sinceramente al ver a Miguel; no olvidaba la parte de éste en el triunfo de Amiens y le había preparado algunas sorpresas: una carta autógrafa de agradecimiento del rey, nuevos títulos y dignidades y un buen presente en dinero.

Desgraciadamente, Miguel echó a perder la alegría del encuentro; le habló de las dificultades de Goya. Una leve sombra nubló la cara del ministro. Había perdido el tiempo exhibiendo su nuevo lustre y olvidado a Goya. Sí, le dijeron que Reynoso veía mal los «Caprichos». Lo había previsto. Pero hasta el auto de fe el camino era muy largo. No había que ser pesimista. Reynoso se conformaría con su censura personal. Pero Miguel no se satisfizo. Explicó que podía asegurar que Reynoso haría del caso Goya un segundo caso Jovellanos. Si no se intervenía en seguida, en pocos días más Goya estaría en la cárcel; sacarlo de ella sería mucho más difícil que tomar en el acto medidas claras y eficaces.

Le pesaba al infante meterse en un conflicto con el Santo Oficio en días jubilosos, pero admitió que debía hacer algo. «Tienes razón», declaró. «Debemos comenzar en seguida a interesarnos por nuestro amigo

querido. Las dos bodas de la Casa real deben festejarse con inusitado brillo. Barcelona será un único escenario de fiesta. Y propondré como director a Francisco Goya. ¿No distinguió Felipe el Grande a Velázquez con un encargo parecido?». Se fué animando. «Reconocerás que encontré la solución. De esta manera mostramos al país entero el favor sumo que goza Francisco de Sus Majestades. Mañana mismo hablaré con la reina. Y veremos si Reynoso se atreve a seguir molestando a nuestro Goya».

Miguel elogió la feliz ocurrencia. Sólo temía —agregó— que ni ese honor bastara para asustar a Reynoso. Se necesitaban medidas directamente dedicadas a los «Caprichos»; en torno de ellos era necesario erigir una muralla. Y a pesar de la cara agria de Manuel, Miguel no cejó. «Nuestro amigo podría entregar un presente a Sus Majestades», propuso, «con motivo de la boda. Las planchas de la obra, por ejemplo. En adelante la imprenta de arte del rey realizaría la edición de los "Caprichos"». Manuel, sorprendido, no halló una respuesta en seguida. Había hojeado apenas el ejemplar que Goya le dedicara. Tuvo la vaga sospecha de que la audacia del pintor se dirigía a él mismo, mas antes de cerciorarse, su dicha había barrido con todo. Le había divertido la caricatura de la reina, sin llegar a profundizar. La obra en conjunto le pareció broma de artista muy arrogante, en el fondo inocente. Ante la propuesta audaz de Miguel, sintió renacer aquella leve sospecha; le pesaba que la reina pudiera disgustarse por los «Caprichos». Mas por algo que no veía claro se guardó la objeción. Preguntó en cambio: «La obra apareció ya, perdió su virginidad. ¿Se puede hacer al rey semejante regalo? ¿Valen algo las planchas, desde que los dibujos están ya en el mercado? La reina sabe calcular. ¿No juzgará ofensivo tal presente?».

Miguel estaba preparado. «Frágola», repuso, «suspendió la venta en seguida por miedo a la Inquisición. Por lo que sé, no han llegado al público 200 ejemplares. De las planchas se pueden tirar de cinco a seis mil ejemplares, el interés es enorme, se puede pedir una onza de oro por ejemplar. El regalo no es nada insignificante». Manuel, mentalmente, hizo la cuenta: un millón y medio de reales. Y silbó contento. Mas preguntó en seguida: «¿Y si la reina sospecha que el gran regalo no es más que un escudo protector contra el Santo Oficio?». Miguel explicó que eso aumentaría para ella el valor del presente; le gustaría jugar una mala pasada a Reynoso.

«Tus argumentos son buenos», opinó el infante. «Pero si mal no recuerdo hay páginas que no serán gratas a la reina. A veces es tan sensible…». Miguel contestó sin titubeos: «La reina sabe seguramente que nadie se atrevería a ofrecerle la obra si alguna página la aludiese. Y si la reina misma publica los aguafuertes, nadie puede pensar que ciertas hojas la satirizan». Miguel comprendió. Un gran estadista puede inutilizar un libelo difundiéndolo él mismo. ¿No había procedido de esta manera Bonaparte con un cartel infamante? ¿O fué el rey Federico de Prusia? Quienquiera hubiese sido, él y la reina podían imitarlo. La idea de editar los «Caprichos» en la imprenta real le gustaba cada vez más. «Hablaré con María Luisa», prometió. «Muchas gracias, infante», contestó Miguel.

Contó a Lucía el resultado de su entrevista. Ella fué a ver a Goya. Éste estaba furioso porque Miguel, después de tan larga ausencia, había seguido viaje al Escorial, sin visitarlo. Así eran sus amigos: chusma. Desaparecían porque él estaba en apremios. Se reanimó a la llegada de Lucía. «Me dicen», comenzó ella, «que la Inquisición no está muy contenta de los "Caprichos". ¿Sabe usted algo?». Luchó con la tentación de hablar y volcar toda su desesperación, mas dijo solamente: «Sí». «Usted es bastante raro, don Francisco», dijo ella. «¿Por qué no se dirigió a nosotros? Tenía ciertas promesas…». «Promesas…» repitió Goya y se encogió de hombros.

Lucía le explicó: «Se ha resuelto festejar las dos bodas de los infantes en Barcelona. Le llamarán a usted al Escorial y en audiencia solemne le encargarán el proyecto y la dirección de las fiestas. Como ya le tocó a Velázquez». Goya pensó un poco y preguntó objetivamente: «¿Basta eso?». Y agregó: «Además, me pesa lo mismo organizar fiestas de esa clase que pintar santos». Lucía soltó el resto: «Esperan que usted entregará un presente en esa ocasión. Un presente a la familia real. Los amigos creen que lo más adecuado serían las planchas de los "Caprichos"».

Goya creyó no haber entendido bien. «Tiene que apuntarme eso, doña Lucía», le dijo. Y mientras ella escribía cuidadosa, con la lengua asomando entre los labios, fué otra vez la avellanera del Prado. Goya leyó. «¿No me tirarán por las escaleras del Escorial?», preguntó. «Son muy empinadas». «Sus amigos», replicó doña Lucía, «han calculado que la obra editada por la imprenta real puede dar un millón y medio. Y tratan de explicarlo en la Corte».

Goya comenzó a sentirse complacido. «¿Es suyo el plan, Lucía?», preguntó. Ella calló. Luego dijo: «En su lugar, yo eliminaría una hoja, cuando pase el material a manos reales; la titulada "Hasta la muerte"». «¿La vieja que se acicala?», preguntó Goya. «Sí, las mujeres que van para viejas son muy quisquillosas», repuso Lucía. «No eliminaré nada», declaró alegremente el pintor. «La anciana se queda en la carpeta. Hasta la muerte». Y agregó todavía: «¿Para qué quiere perdigones y pólvora el cobarde?». Lucía pareció divertida.

«Mucho arriesga usted», opinó; «pero usted debe saber cuánto le representa la broma».

Goya, con deliberada equivocación, contestó: «Tiene usted razón. Regalo tan caro no puede hacerlo un simple pintor». Pensó un poco y continuó: «Usted es muy hábil y Miguel todo un diplomático. Hace tiempo que quiero enviar a mi hijo Javier a Italia y Francia en viaje de estudio. ¿No se podría conseguir que el rey pague eso por lo menos?».

Goya la vió reír y eso no ocurría a menudo. «El proyecto no es malo», opinó ella. «Si en la Corte se vacila en aceptar un regalo tan grande, se podía inducir al rey a fijar un estipendio adecuado para su hijo a raíz del viaje. ¿Por qué no demostraría el rey su sentido artístico tanto al padre como al hijo?». Y la avellanera del Prado y el mozo campesino de Aragón se miraron mutuamente y se rieron.

35

CARLOS Y MARÍA LUISA estaban sentados en altas sillas, a modo de trono. Detrás estaban de pie el infante Manuel, la condesa de Castillofiel, otros caballeros y damas. El primer pintor Goya, con una rodilla en la tarima, entregó su presente, los «Caprichos».

Mientras doblaba la rodilla, saboreaba la burla feroz que se consumaba. Era la broma más salvaje de su vida rica en tales befas; un capricho que superaba en tétrica truhanería a todos los de la carpeta. El Escorial, majestuosamente severo; el jovial tonto de monarca y su orgullosa mujer; el primer pintor con sus arrogantes dibujos, sus burros solemnes, sus rameras simiescas, sus viejas exprimidas y sus demonios. Y, por las creaciones de su audaz humorada Sus Majestades le darían las gracias, le asegurarían protección contra el Santo Oficio, le prometerían mostrar al mundo sus sarcásticas figuras. Y eso sobre la tumba del antiguo dominador del mundo… Y a Goya se le ocurrió una escena donde los reyes muertos trataban de levantar la pesada tapa de sus ataúdes de plata, para acabar con el blasfemo alboroto.

Sus Majestades miraron los «Caprichos». Hojearon los dibujos, se los pasaron de mano en mano, observaron todo largo rato y poco a poco se desvaneció del alma de Goya la seguridad. Se sintió incómodo. La reina podía perder la prudencia, tirarle a los pies el regalo, entregarlo a él a la Inquisición. Manuel y Pepa también esperaban tensos la reacción de la reina. Era bastante inteligente para interpretar correctamente ciertos dibujos; ¿lo sería para pasar sobre otros? Don Carlos no dijo mucho. Le divertían los «Caprichos». «Aquí veo a muchos de mis Grandes», dijo complacido al ver la serie de los borricos. «A muchos de estos asnos les diría: “Cubríos”. ¡Y con qué simples recursos logró todo esto, mi querido Goya! Pero es fácil hacer caricaturas. Una nariz más larga, unas pantorrillas más flacas, y ya está el arte. Pronto lo intentaré yo mismo». La reina estaba colmada de felicidad en esos días; había satisfecho sus deseos y entregado tronos a sus hijos, y sus barcos corrían de nuevo por los siete mares, los tesoros de todos los continentes afluían a sus arcas. Y miraba los «Caprichos» en ese estado de ánimo. Sí, su gran pintor tenía ojos alegres e impíos. ¡Con qué insobornable claridad mostraba a uno la gente, después de sondear sus abismos! ¡Y cómo conocía a las mujeres! ¡Cómo las amaba, las odiaba, las despreciaba y admiraba, todo un hombre! Una mujer debía luchar como él mostraba; debía ataviarse y cuidar que la peineta estuviera bien colocada en el pelo y la media bien tendida sobre la pierna; debía calcular cómo engañar a los hombres y defenderse para no ser engañada demasiado; debía tratar de que un Inquisidor hipócrita no predicara en su perjuicio y la echara del trono.

¿No era la de Alba ésta que subía al cielo o bajaba al infierno? Sí que era ella. Y aparecía en otras hojas más, orgullosa y bella, pero toda una bruja. Seguramente había dañado también a Francisco; en los dibujos, a pesar de su belleza, no resultaba simpática. Ahora se pudría en su mausoleo de San Isidro olvidada; los «Caprichos» no le proporcionarían ni alegría ni enfado. La rival, bella, audaz, orgullosa, se había ido en forma vergonzosa y en pleno escándalo. Ella en cambio seguía en plena flor, tenía hambre de vida y haría muchos viajes terrenos antes de su viaje al cielo o al infierno.

Goya miraba fijamente las manos de María Luisa, que hojeaban la carpeta, manos carnosas, deseables, que tantas veces había pintado. Y vió en sus dedos muchos anillos y, entre ellos, el preferido de Cayetana. Él lo había visto muchas veces, lo había sentido y pintado, amado y odiado. Viéndolo en esos dedos, experimentó gran amargura. Había acertado eternizando en los «Caprichos» la salvaje y lasciva fealdad de la reina; ella lo había merecido ya sólo por su grosería para con Cayetana. La cara de la soberana callada era dura, atenta, dueña de sí. Y de pronto, más violento que antes, Goya sintió terror. Entendía en forma cortante la monstruosa audacia de su regalo. Había sido una locura no eliminar la hoja titulada «Hasta la muerte», a pesar del consejo de Lucía. La reina se reconocería. Reconocería a Cayetana. Y comprendería que él continuaba en aquellas páginas la lucha de la odiada rival.

Y ahora había llegado el momento. La reina, avejentada, engalanada, miraba a la anciana que se acicala. María Luisa no era flaca, sino más bien robusta y muchísimo más joven. No lo quería creer, pero lo entendía sin lugar a dudas: la anciana simiesca e insulsa era ella. Perdió el aliento ante el insulto, el más bajo que había sufrido hasta entonces. Con un vacío enorme en la mente, miró el número de la hoja: 55 y se lo imprimió en la memoria. Y allí estaba este hijo de la chusma, este montón de estiércol, este don Nadie, que ella elevara a primer pintor; allí estaba delante de su esposo y de sus amigos y enemigos y le metía bajo la nariz el audaz dibujo. Y todos, Manuel y Pepa también, gozaban de ello. ¿La más orgullosa reina de la tierra carecía de poder sólo porque tenía más de cuarenta años y era fea?

Mecánicamente, para no perder la idea, se repitió: «Hasta la muerte; cincuenta y cinco, *cinquante-cinq*». Recordó todos sus retratos de manos de Goya, que pintó su fealdad, pero también su energía y su dignidad. Ella era un ave de rapiña y fea, pero de ojos agudos y buenas ganas; podía volar aún y espiar su presa y no errarla. En esta página 55 el hombre le había quitado todo lo que ella tenía de bueno; había pintado solamente su fealdad, sin la altivez, sin la energía. Por una fracción de segundo pensó furiosa en aniquilarlo. No necesitaba siquiera levantar la mano, bastaba rechazar los «Caprichos» con un pretexto; la Inquisición se ocuparía de lo demás. Mas sabía que todos esperaban lo que haría. Era necesario enfrentar esta grosera audacia con irónica superioridad. Calló, miró. Manuel y Pepa aguardaban cada vez más tensos. ¿No habrían excedido todo límite? Y la angustia invadió también a Goya quitándole el aliento.

Finalmente, la reina habló. Impasible, sonriendo amable, amenazó astutamente al pintor: «Esta pobre anciana delante del espejo… Mi querido Francisco, ¿no fué usted injusto con la madre de nuestra buena Osuna?». Goya, Manuel y Pepa entendieron: la mujer sabía que la hoja se dirigía a ella. Mas no perdía los estribos, no vacilaba. Era intocable. Hojeó nuevamente, de prisa, las páginas de la carpeta y las dejó. «Muy buenos dibujos», declaró, «atrevidos, locos, hermosos. Algunos de nuestros Grandes se enfurruñarán. En Parma decimos que solamente un loco se enfada con el espejo que reproduce su imagen». Se volvió, subió las gradas del entarimado y se sentó. «España», dijo sin patetismo y con dignidad, «es un viejo país, pero a pesar de ciertos vecinos bien vivo aún. Puede soportar algunas verdades, sobre todo si son presentadas con arte y malicia. Ciertamente, don Francisco, en lo sucesivo tendrá que ser usted un poco más prudente. No siempre domina la razón y podría llegar un momento en que usted, señor, dependa de los locos». Señaló con un dedo la carpeta, como tomando posesión de ella. «Aceptamos su presente, don Francisco», dijo todavía: «Usted cuidará de que los dibujos se difundan en el país y en el extranjero».

Don Carlos bajó del trono, dió vigorosamente unas palmaditas a Goya y le dijo al sordo artista en voz alta, como a un niño: «Excelentes, sus caricaturas. Nos han divertido. Muchas gracias». Pero María Luisa prosiguió: «Además hemos resuelto conceder a su hijo por tres años un estipendio para un largo viaje de estudio. Quería decírselo yo misma. ¿Es hermoso su hijo, Goya, o se parece a usted? Dígale que me vea antes de partir. Y arréglelo todo en Barcelona, como usted sabe hacerlo. Esas jornadas festivas de nuestros hijos y de nuestro reino nos complacen sobremanera».

Los soberanos se retiraron. Goya, Manuel y Pepa se sentían satisfechos, pero tenían la sensación de que había sido la reina la que se había mofado de ellos.

Seguidamente María Luisa fué a su tocador; una dama la siguió con la carpeta. Apenas le quitaron el vestido de fiesta, pidió que la dejaran sola. La mesa del tocador había pertenecido a María Antonieta. Productos selectos se acumulaban sobre ella, cajillas y cofrecitos, potes y frascos, peines, pomadas, polvos y cremas, perfumes muy finos y aguas raras destiladas por médicos y artistas de la cosmética. Impaciente, la reina hizo todo a un lado y tomó la carpeta de los «Caprichos». Se dispuso a mirarlos tranquilamente. Era natural que Goya no le había regalado eso para ofenderla, sino para salvarse de la Inquisición y Reynoso, sin quererlo, le había proporcionado a ella un buen negocio. Divertidos, arrogantes, los «Caprichos» atraerían muchos compradores. Un millón redondo, le había explicado Manuel. Justo castigo del pintor, ella cobraría ese millón. Miró la última hoja: el pánico de monjes y Grandes en fuga. «Ya es hora», decía el título. Y de pronto entendió el cálido sentido revolucionario de la hoja. ¿Creía él que había llegado la hora? Estaba equivocado. No era la hora aún. Y ella no pensaba fugarse, mientras viviera.

Volvió a estudiar la hoja «Hasta la muerte». Era un dibujo vulgar, despreciable. Broma grosera ésta de reírse de una envejecida coqueta. Un pintor de rango no llega tan bajo. Pero a pesar de su bajeza, el dibujo es bueno. La vieja delante del espejo no es ni broma barata ni lección de moral, sino la triste verdad, desnuda, evidente.

Quien ve tan hondo es peligroso. Mas ella no le teme. Los perros ladran, la caravana sigue su camino. Casi la complace a María Luisa la existencia del pintor, porque ella puede permitirse que él eche una mirada en su alma. Ella también conoce los demonios. Todos ellos son iguales y camaradas; son de la misma cepa, la de los temerarios. Aleja la carpeta. Se mira en el espejo. ¡No es vieja, no, no! De ninguna manera se asemeja a la anciana de Goya. ¡Ella es feliz! ¡Ha logrado todo lo que un ser humano puede lograr! Y de pronto comienza a llorar lágrimas amargas, inútilmente rabiosas, cada vez más agrias, hasta que el llanto le estremece espasmódicamente el cuerpo. Con repentino impulso se recobra, se suena, se seca las lágrimas, se empolva la nariz enrojecida. Se sienta erguida. Llama. Y para las damas

del séquito que van entrando la reina es la reina.

36

CUANDO GOYA REGRESÓ de Barcelona, cansado y colmado de honores, encontró sus negocios de Madrid en plena prosperidad. La imprenta real, dirigida por Esteve, había publicado una abultada edición de los «Caprichos» y estaba en curso una segunda. Se podía adquirir la obra en todas las grandes ciudades de Europa. En Madrid se vendía en siete librerías y galerías de arte. A veces, Goya visitaba la librería Durán, para saber lo que se decía de la obra. La hermosa propietaria, la señora Felipa Durán, lo veía con placer y le contaba de todo. Concurría mucha gente a ver los «Caprichos», aun del extranjero, y la carpeta se vendía mucho, a pesar de su precio. Goya notó que la mujer se asombraba porque no entendía la obra y le decía: «¡Qué sueños turbios tiene usted, don Francisco!». Goya sonreía bondadosamente y le devolvía la mirada; ella le gustaba.

La mayoría estaba sorprendida frente a los «Caprichos». Goya juzgó que el clasicismo del colega David había echado a perder el gusto. Si a pesar de eso acudía gente y pagaban los 288 reales, era por el escándalo levantado por él y su labor. Se buscaba el original detrás de cada dibujo y se recordaba su lucha subterránea con la Inquisición. Pero muchos jóvenes sobre todo entendían y admiraban ese arte nuevo, audaz y voluntarioso. Cartas comprensivas y elogiosas llegaban de Francia y de Italia; Quintana, orgulloso, decía que sus versos eran ya realidad: Europa estaba colmada de la gloria de Goya. Muchas visitas llegaban a la quinta; admiradores y curiosos. Goya recibía a muy pocos. De sorpresa, un día apareció el doctor Peral. Le habían libertado, pero tenía que expatriarse y no dejarse ver más en los reinos de Carlos. Visitaba a Goya para despedirse y darle las gracias, porque seguramente había contribuido a obtener su libertad. Le agradó a Goya que Pepa le hubiese hecho ese favor. «No era difícil», dijo, «lograr algo para usted. Repartido el botín, no había interés en tenerlo preso».

Peral dijo: «Con mucho placer le hubiera dejado como recuerdo algún cuadro de mi colección. Pero me lo confiscaron todo». Luego contó sobre la mesa 288 reales. «Tengo que pedirle algo, don Francisco», explicó. «Las copias de los “Caprichos” que están en venta, son pálidas. Le agradecería mucho si me cediera uno de los primeros ejemplares». Sonriendo con malicia, Goya contestó: «Agustín le dará la mejor que tenemos». Peral también sonrió y pareció de pronto rejuvenecido. «Tal vez», dijo, «pueda enviarle del extranjero una prueba de mi gratitud. Con tantas amargas experiencias, estaba yo preparado a cualquier cambio. Voy ahora a San Petersburgo; si nada malo ha sucedido, espero encontrar allí algunas piezas especiales de mi colección. Todos mis Goyas, por ejemplo, y con ellos una hoja de los “Caprichos”, eliminada de la edición definitiva». Aunque estaban solos, se acercó al pintor y lentamente le susurró: «Creo que encontraré allá también un cuadro de Velázquez, un cuadro magnífico aunque poco conocido: la Venus del espejo». «Ha sido usted previsor, don Joaquín», le dijo como elogio Goya. «Con la venta de ese Velázquez podrá usted vivir sin preocupaciones». «Pienso que no tendré que vender el cuadro», contestó Peral; «no me será difícil la vida en la Corte del Zar; tengo buenos amigos y propuestas seductoras. Pero echaré siempre de menos a mi España. Y a usted, don Francisco».

La visita de Peral conmovió a Goya. Había provocado el retorno de recuerdos lejanos, de días más felices y más miserables. Y vió irse con una sensación de sorda oquedad a este hombre que había sabido y comprendido más que nadie su vinculación con la de Alba, feliz y dolorosa a un tiempo.

Muy pronto terminaron también los preparativos para el viaje de Javier. Preveíase una larga residencia en Italia y en Francia. El hijo de Goya —lo quiso el padre— viajaría como un gran señor, con un doméstico y mucho equipaje. Y un buen día, Francisco estaba con Javier al lado del coche, mientras se cargaban los últimos baúles. «Puedes otorgarme toda tu confianza», dijo Javier. «Tu hijo volverá hecho un artista de quien podrás estar orgulloso. Me alienta la esperanza de poder pintar un día como tú, padre. Ciertamente», afirmó con decisión, «los “Caprichos” nadie te los imitará».

Recogió su capa ancha, un poco fuera de moda, sujeta en el cuello por un cierre de plata, regalo de la duquesa de Alba, y subió con ligereza al coche de un salto. Hizo señas con el sombrero desde la ventanilla sonriendo alegremente. El cochero levantó la fusta, los caballos arrancaron, el carruaje se fué. Javier también se había ido.

De él quedó en el alma del padre como última visión una cara joven, hermosa, sin preocupaciones, toda sonrisas, un sombrero que se agitaba y una capa flotante, cerrada en el cuello con un broche de Cayetana.

37

GOYA SIGUIÓ VIVIENDO en la quinta del Sordo, sólo con Agustín y sus cuadros; los pintados y los no pintados. Por sus años no era viejo todavía, pero sí estaba cargado de sabiduría y de rostros. Había obligado a los espectros a servirle, pero eran rebeldes. Lo había visto hacía poco en presencia del juez de la Inquisición, cuando la horrorosa angustia le apretaba la garganta. Pero ya no podían llenar de dolor su vida; la angustia aquella demostraba cómo amaba la vida. Pensó en doña Felipa, la bella librera, que lo veía con placer, no cabía duda, aunque fuera sordo y maduro. Si ella se esforzaba en alabar su obra a los clientes, no era por la obra misma, sino para agradarle a él. «¡Qué turbios sueños tiene usted, don Francisco!». Y ella atisbaba a menudo en sus sueños. La retrataría pronto.

Tomó su bolívar y su bastón de paseo. Salió al aire libre. Subió lentamente la colina que se elevaba detrás de la casa. Arriba había hecho colocar un banco de madera, sin respaldo. Se sentó erguido, como correspondía a un hombre de Aragón. Ante él se tendía ancha y llana la tierra, plateada en la mañana ya avanzada; detrás de las praderas resplandecientes se elevaban los montes de Guadarrama con las cumbres nevadas. Esa visión había ensanchado a menudo su corazón; hoy no la percibía. Mecánicamente dibujó con el bastón en la arena círculos que se convirtieron en un caos de figuras y rostros. Miró sorprendido; allí estaba otra vez la cara de su amigo Martín, el narigón. Muchos muertos llegaban ahora hasta él. Y quería más a los amigos muertos que a los vivos. Los muertos abren los ojos a los vivientes. Ya tendría que tener los ojos muy abiertos. Tenía algunos conocimientos. Sabía, por ejemplo, que la vida, aunque se la esté maldiciendo a menudo, merece la pena de ser vivida. A pesar de todo. Y merecerá la pena vivirla. Seguramente, no podrá gritar tan pronto: «Ya es hora». Mas aunque nunca llegue la hora, él la aguardará y creerá en ella hasta el último suspiro. Con la mirada vacía, dirigía los ojos a la pradera, y a las montañas que se elevaban tras ella. Había alcanzado una cresta muy alta, pero allí veía perplejo qué alta era la siguiente y qué enormemente elevada la última. «*Plus ultra*», era fácil decirlo. El amargo camino se tornaba cada vez más empinado, rocoso, y el aire sutil y frío quitaba el aliento.

Volvió a dibujar en la arena, jugueteando. Una figura familiar esta vez, los contornos de un gigante sentado para descansar, en tontos sueños, y encima una luna magra y ridícula. Con ademán brusco dejó de dibujar; su gesto se endureció tenso. Acababa de ver algo nuevo. Fijar en el papel o en la tela este «algo nuevo» costaría mucho. Será una altura terrible la que habrá que alcanzar. Y deberá encontrar tonos de colores nunca vistos para tornar visible lo que nunca se vió. Algo entre el blanco negruzco y el pardo, un gris verde sucio, algo pálido, sordamente incitante. «¿Es pintura esto todavía?», preguntarán. Será pintura, su pintura; para quien *había pintado* los «Caprichos» sería la única pintura posible. Y frente a los «Caprichos pintados», los grabados serán un juego inocente de niño.

«¡Qué turbios sueños tiene usted, don Francisco!». El muy digno señor sonrió con malicia bajo el muy digno bolívar. Se levantó. Volvió a casa. Fué hasta su dormitorio. Se puso cómodo, vistió la ropa de trabajo, tanto tiempo abandonada, volvió a sonreír; Josefa hubiera sentido gran satisfacción. Bajó al comedor, se colocó entre las paredes desnudas. Para su novedad no servían las telas. No era nada que se pudiera estirar en un marco y llevar de un lado a otro. Era una parte de su mundo y tal debía quedar. Estaría ligada, prendida de una pared. Miró la superficie desnuda, cerró los ojos, los abrió, miró de nuevo agudamente y sin mirar sin embargo. Nuevas fuerzas corrieron por su sangre. Su nuevo gigante era lo adecuado. Pero muy distinto del gigante que viera hasta hoy y ridiculizara y borroneara en la arena. Más ávido y peligroso, tal vez aquel que devoró a los compañeros de Ulises o el otro, Saturno, o como diantre se llamara, el demonio del tiempo, que se come a sus hijos. Sí, allí estaba bien un gigante antropófago. Antes había encontrado a veces al «Yantar» y lo temió y lo evitó, aunque fuese un demonio bueno; ahora estaba tan lejos que ya no temía ni al «Jayán», el asesino tonto y peligroso. Por el contrario, quería acostumbrarse a él, quería tenerlo siempre delante de los ojos, el ogro, el coloso, el gigante que come, mastica, muele y traga, y al final lo comerá a él también. Lo que vive come y es comido. Está bien así, y lo tendría ante la mirada, mientras él mismo pudiera comer todavía.

Y también tendría ante los ojos a los amigos que admitía a su mesa. Quien viera a su gigante, tendría que sentir más fuerte y alegremente que aún vivía. El ogro los tragará a todos, a Miguel y a Lucía y a Agustín y a doña Felipa, la hermosa librera. Por ahora uno come y bebe. Y se robustece. Se siente que uno es mil veces superior al gigante de la pared. Se le ve en toda su omnipotencia y en toda su impotencia, en su peligrosa maldad y en su mísera ridiculez. Y uno puede mofarse de él, de su malicia, atormentarlo,

despreciarlo, mientras se siente a la mesa y coma. Y más allá de la muerte se puede uno reír del ogro tonto gracias a la figura de la pared.

Su coloso, su gigante, es todavía una forma de sombra, de color pardo verdoso y apenas negruzco, pero ya tornasolado, una figura con el minúsculo hombrecillo en la horrenda boca. Sólo que la sombra será cuerpo, vivirá. De la tiniebla, Francisco sacará su gigante a la luz del día, que no podrá ser día en esa pálida luz. ¡En la pared tenía que estar su ogro!

Goya se puso de pie. Se dijo a sí mismo: «Los muertos al hoyo, los vivos al bollo». Y se sentó a la mesa. Tenía en la boca todos sus dientes aún, y su apetito era excelente.

Llegó Agustín. Vió al amigo en ropa de trabajo y se asombró. Goya, con maliciosa sonrisa y salvaje alegría, declaró: «Sí, vuelvo a la pintura. Haré algo nuevo. Ya no puedo ver las paredes desnudas. Me pintaré algo allí. Algo sabroso, que abra el apetito. Mañana comienzo a pintar».

FIN

Notas

[*] El autor ha sustituido en los diálogos el antiguo tratamiento de «vos» por el moderno de «usted», para no volver pesada la lectura. La traducción respeta el original. Por idéntica razón, se dejó de señalar en notas al pie las palabras castellanas del original alemán, empleadas en abundancia, que dan al texto un sabor especial, como *señora, dueña, viudita, maja, torero, jamona, cámara, mantilla, Grande, romance, tonadilla, petimetre, chusma, muchas gracias, ¡qué vergüenza!,* etc., etc.—*N. del T.* <<

[*] Respetuosamente Esteve trata de usted a Goya, pero cuando el trabajo de Goya despierta la admiración o la cólera de Esteve, la amistad entrañable que le profesa hace que lo trate de *tú. N. del T.* <<